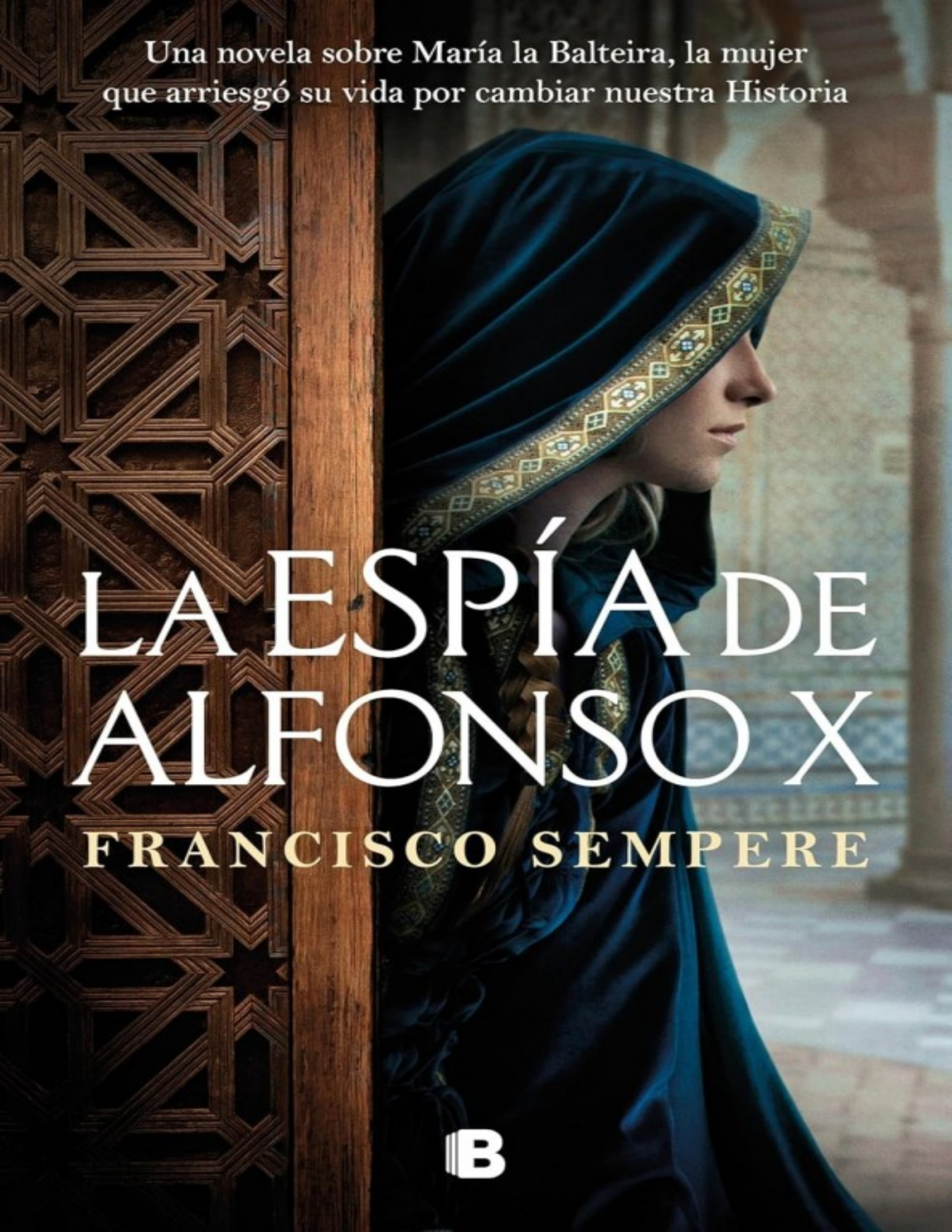
Una novela sobre María la Balteira, la mujer que arriesgó su vida por cambiar nuestra Historia



LA ESPÍA DE ALFONSO X

FRANCISCO SEMPERE

La espía de Alfonso X

Francisco Sempere

A ti

1

Galicia, otoño de 1267

Era noche cerrada en el cementerio del monasterio de Santa María de Sobrado. El entierro había tenido lugar entre los rezos de laudes y prima. A través de la espesa bruma apenas podía adivinarse la nutrida presencia de monjes cistercienses que, con sus hábitos blancos y capuchones negros completamente empapados, miraban a los dos túmulos recién cerrados, temerosos de lo que el futuro tendría reservado para cada uno de ellos. Nunca la zozobra se había apoderado de la congregación con tanta crudeza.

Los últimos tres días se les habían hecho tan largos como tres lustros. En aquellas tensas jornadas, en las que se había intentado que los monjes se comunicasen lo menos posible entre ellos, los grupos creados entre los hermanos se habían vuelto incluso más cerrados que antes de que la desgracia se cerniese sobre el cenobio, algo que parecía imposible. Los integrantes de la congregación se juntaban a espaldas de los nuevos regidores para escabullirse de la regla y demorarse en conversaciones secretas, llenas de suspicacias, alrededor de los infortunios que se habían cebado con el convento.

Hacía al menos un mes que el sol no asomaba sobre aquellas tierras, algo usual en esa época del año, pero que contribuía a cubrir con un manto sombrío el alma ya bastante atormentada de los hermanos. Estos recorrían los fríos pasillos del convento en solitario y exhalando un vaho espeso, con la barbilla pegada al pecho y el golpeteo de sus sandalias contra el suelo de piedra como único sonido.

Sobre el cementerio caía una lluvia fina movida por una brisa que hacía que las gotas se metiesen en los ojos, y esta sustituía a otra más copiosa que había caído, pertinaz, durante toda la noche; la

cual ayudó a que los caminos que comunicaban la abadía con el exterior estuviesen aún más impracticables, si es que eso era posible. Eso había motivado que los días de biblioteca y recogimiento se convirtiesen en una especie de encierro forzoso que enervaba a unos monjes acostumbrados a intercalar días de reclusión en la biblioteca, donde trabajaban sin descanso en la minuciosa elaboración de sus códices, con días de labor en los huertos, en los que el trabajo físico los ayudaba a serenar la mente.

El boticario y el cillerero, que por edad y jerarquía se habían convertido en los responsables del convento tras los hechos acaecidos, seguían sin dar demasiada información a los demás monjes. Esta actitud había contribuido a que se incrementasen las suspicacias y se propagase una enorme ansiedad entre el resto de los integrantes de la comunidad. Tras asumir con sorpresa, pero con absoluta docilidad las primeras noticias aportadas por el hermano Esteban, el paso de los días sin obtener datos nuevos sobre la fatídica noche en la casa abacial estaba empezando a generar sospechas entre los monjes.

El padre Esteban era el máximo responsable de los asuntos económicos del monasterio de Sobrado y ejercía el cargo de cillerero. Era un buen cristiano y un hombre recto e inteligente que había conseguido enderezar las saneadas pero dudosas cuentas de la congregación. El anterior responsable de la cilla del convento había fallecido hacía algo más de cuatro años y el cargo no se cubrió en ese momento con las garantías suficientes para una institución de la importancia del monasterio de Santa María de Sobrado.

Al ecónomo lo habían situado al frente de las responsabilidades económicas de la poderosa institución de manera provisional. Su nombramiento lo promocionó la dirección del monasterio, que estaba en manos del abad y el prior. Los regidores de la congregación ganaron mucho con la elección de Rodrigo para aquel cargo, ya que a partir de ese momento las cuentas del vasto patrimonio y los ricos negocios de todo cuanto giraba alrededor del cenobio cisterciense pasaban a estar controlados directamente por ellos.

La diócesis tardó muy poco en darse cuenta de la merma en los ingresos procedentes de Sobrado e hizo de la necesidad virtud: mandó al padre Esteban a enderezar la marcha de la cilla del convento. En Santiago eran conscientes de que enviaban a un hombre que no solamente estaba capacitado para ocupar el cargo, sino que además tenía probadas su honradez y lealtad.

En la capital de la diócesis conocían muy bien el carácter del padre Esteban, que había conseguido, merced a su exceso de celo en el desempeño de sus funciones, suficientes enemigos como para que muchos le desearan una buena trayectoria lo más alejada posible del entorno del obispado santiagués. Además, sabían que ese carácter le serviría para no sucumbir a los manejos de la cúpula del monasterio de Sobrado, que hacía años que preocupaba en el palacio episcopal.

El hermano ecónomo le guardó un gran resentimiento a Esteban desde el momento en que puso un pie en el monasterio de Sobrado y lo despojó del manejo de la cilla, en la que no obstante siguió manteniendo la función de asistente que ostentaba con el anterior cillerero. A partir de ese instante volvió a ejercer su función de informante bajo cuerda, a las órdenes del abad y del prior, que lo utilizaban además para controlar al resto de los monjes, entre los que era la cabeza visible del amplio grupo contrario al «esbirro de la diócesis», como conocían entre ellos al hermano Esteban.

Esta ascendencia que el padre Rodrigo tenía entre la mayoría de sus compañeros motivó que, desde el mismo momento en que se conoció la desgarradora noticia que acabaría por llevarlos esa brumosa madrugada de lluvia fina hasta el cementerio, el monje pudiera inocular en la congregación los más sombríos e inquietantes augurios sobre el futuro de esta y sus miembros.

A los conversos que trabajaban en los huertos junto con los integrantes de la comunidad no se les había informado de lo sucedido, y por tanto se les había encargado a los hermanos más jóvenes que cavaran las dos tumbas y cubrieran de tierra las cajas. A pesar de estar acostumbrados a trabajar el campo, no conocían el oficio, y los dos túmulos frente a los que los religiosos rezaban, casi en un susurro, eran irregulares y escasos de tierra, por lo que en

cualquier momento la lluvia podía dejar a la vista la madera de alguno de los ataúdes. Esa idea rondaba la cabeza de los miembros de la congregación, que miraban con una mezcla de espanto e incertidumbre las dos pequeñas protuberancias de tierra sobre el pasto verde, apenas distinguibles bajo la luz de unos hachones tan protegidos para no apagarse que casi no alumbraban.

Esteban era consciente de su error, pero no daba con la forma de solucionarlo. El tiempo pasaba de manera inexorable y aún no había notificado nada a la diócesis. Pensó darse unos días para estudiar la mejor manera de poner lo sucedido en conocimiento de las autoridades eclesiásticas, pero aquellos habían pasado sin que hallase la forma de trasladar las tristes y embarazosas nuevas a Compostela. Tenía suficientes años y experiencia para saber que las cosas normalmente eran lo que parecían, y a ojos de los gerifaltes del obispado su actitud semejaba la de quien oculta algo por estar involucrado en el asunto, circunstancia muy alejada de la realidad, aunque tendría que demostrarlo.

Aquel error, cuyas consecuencias no había calculado, lo conduciría probablemente a la excomunión; a él y al hermano Jeremías, que ejercía las funciones de boticario y herbolario. Era un hombre metódico y discreto al que nunca debería haber implicado en aquel asunto. No había hecho más que asentir a cada idea que le fue proponiendo el cillerero desde el día en que la desgracia entró en la congregación.

2

Esteban era un hombre de Dios que antes de llegar a aquella esquina del mundo había cursado Teología en París y había pasado cinco años en la curia, de la que salió para volver a su Galicia natal. Los primeros dos años tras su regreso ejerció de diácono en la catedral de Santiago, donde tuvo una gran influencia sobre el obispo hasta que las envidias, las malas lenguas y los comentarios interesados por parte de algunos acólitos apartados debido a su gran influencia sobre la dirección de la diócesis lo expulsaron de la catedral. Así fue como el oblato recaló en el convento de Sobrado, que hacía al menos dos años que buscaba para la cilla un responsable a la altura de un cenobio como aquel, en el que la actividad económica era muy pujante merced al molino, las tierras repartidas por la comarca y los hornos de pan, a los que acudían gentes de todo el concejo. Pero, sobre todo, eran sus viñedos y su excelente producción de vino lo que convertía aquella cilla en una de las más sobresalientes de cuantas había en los conventos gallegos. Desde su cargo, el hermano Esteban controlaba no solo los emolumentos que manejaba la congregación, sino la producción y distribución de aquel excelso caldo.

Puso orden en la desorganizada economía del convento y no tardó en ganarse una gran enemistad con el abad y el prior de la congregación, que no veían la forma de manejar a aquel monje notablemente más inteligente que ellos. Habían vivido muy cómodos mientras las finanzas del convento habían estado en manos del padre Rodrigo, que se limitaba a cumplir con el formalismo que requería la institución, pero que carecía de la independencia y preparación para llevar a cabo su labor. El nuevo cillerero tardó muy poco tiempo en detectar las irregularidades cometidas por los dos

responsables del monasterio y fue recortando estos desmanes sin levantar ampollas, aunque consciente de la animadversión que se iba granjeando por parte de algunos monjes.

Precisamente por su inteligencia y el conocimiento que había adquirido de la comunidad, Esteban sabía que una desgracia de aquel calibre iba a extender un enorme manto de desconfianza sobre la congregación. Él no creía en brujerías ni en ocultismos banales, pero el resto de los monjes eran en su mayoría supersticiosos hasta lo enfermizo. A pesar de que se les exigía el cumplimiento estricto del voto de silencio, desde la mañana en que aparecieron los cadáveres del abad y el prior del convento en la casa abacial, muchos comentarios aludían al castigo divino que acabaría con todos ellos.

La mañana en que aparecieron los cuerpos de los hermanos Diego y Gonzalo, abad y prior de la congregación respectivamente, Esteban se encontraba en su celda tras el rezo de laudes. Casi no pegó ojo en toda la noche, tras una semana en la que ya le había costado conciliar el sueño. La lluvia no cesaba y el trabajo en los huertos estaba empezando a acumular un retraso excesivo. A eso había que añadir que hacía casi un mes desde su última visita a los predios que poseían extramuros, y necesitaba saber en qué situación se encontraban.

Cuando se disponía a arrodillarse para rezar junto a su jergón, como le gustaba hacer a aquellas horas de la noche entre laudes y prima, alguien llamó a su puerta. Estaba casi seguro de quién se trataba. Solo el padre Jeremías tocaba con ese golpeteo casi imperceptible. Se alegró de recibir aquella visita, pues el hermano encargado de la farmacia le había contado unos días atrás que había dado con unas hierbas que venían muy bien para curar el mal de los insomnes.

—Buenos días, ¿qué se os ofrece?

—Disculpadme por importunaros. —El anciano mostraba un gesto de preocupación.

—Pasad, por favor, y sentaos —le dijo señalándole los pies del jergón.

—¿Habéis observado vuesa merced también la ausencia del abad y el prior en el rezo?

—Así es.

—Anoche oí ruido —soltó el monje, y dejó que Esteban pensase en ello.

El cillerero tenía una ventana abocinada muy pequeña en la parte más alta de la pared, que al igual que la del hermano Jeremías daba al sendero que conducía a la casa abacial. El responsable del herbolario sabía del pertinaz insomnio del cillerero y había tratado de paliar su padecimiento con infinidad de infusiones.

El padre Esteban había oído el mismo ruido que el anciano entre los rezos de maitines y laudes, pero no lo había relacionado con la ausencia de los dos máximos responsables de la congregación durante el rezo. Sin embargo, de pronto se sobrecogió.

—Es posible que también yo oyera algo, ahora que lo habéis dicho, pero no le presté atención.

—Pues, si me permitís, hermano —respondió el anciano—, desde que oí el primer sonido me puse en alerta. Al principio pensé que podían ser incluso figuraciones de viejo, si bien creo que oí unos pasos chapoteando por los charcos a toda prisa algo después, como si alguien saliera a la carrera de la casa abacial. Pero ya os digo que puede estar todo dentro de esta cabeza, que cada día me falla más.

El padre Esteban sabía de las malas compañías que acostumbraban a frecuentar la casa del abad, así que, sin decir nada más, se calzó las sandalias y salió junto a Jeremías escaleras abajo. Una punzada en el estómago le advertía de que algo extraño había pasado.

Se imaginó lo que había sucedido antes de verlo con sus propios ojos. Las visitas de determinadas mujeres a aquella casa apartada de las celdas del resto de los monjes eran un secreto a voces, como lo era la inquina que había entre los grupúsculos de integrantes de la congregación. Él llevaba dos años en el cenobio, pero seguía considerándose a sí mismo un recién llegado. Debido a su jerarquía ganada fuera de las paredes de aquella institución, no había conseguido penetrar en ninguno de los grupos de monjes del

convento. Todos le tenían respeto, al tiempo que desconfiaban de él por su proximidad al obispado compostelano.

A nadie se le escapaba que el abad y el prior desafiaban a Dios con su actitud indecente hacia el voto de castidad. Además, se oían con mucha frecuencia chismorreos sobre el patrimonio en tierras y dineros que habían acumulado en toda la comarca, desde el monasterio hasta Betanzos. El cenobio estaba aislado del mundo que lo rodeaba, pero la actividad económica de la congregación hacía que determinados monjes tuviesen contacto con agricultores y comerciantes de la zona. Estos gustaban de tirarles de la lengua, sabedores de que estaban deseando airear su información sobre las desmesuradas posesiones que estaban acumulando a título personal los responsables del convento.

Esteban y Jeremías salieron de la construcción principal y caminaron con presteza para no empaparse en los apenas cien pasos que separaban la casa abacial del monasterio. Todavía era noche cerrada y la lluvia caía sin descanso sobre el compás del cenobio, que casi se había convertido en una laguna. La puerta de la casa, de una planta y forma rectangular, estaba entornada, y se podía ver la luz de una lámpara que permanecía encendida en el recibidor.

Al llegar al vano de la puerta se detuvieron bajo el alero que los protegía de la lluvia. Fue el anciano, con su mano de dedos largos, delgados y nervudos, el que empujó la hoja de madera para terminar de abrirla. El boticario era muy alto y delgado, tenía una joroba muy acentuada, producto de los muchos años de estudio en su mesa del herbolario; una nariz aguileña; los ojos pequeños, de color negro, incrustados en unas profundas cuencas; y una larga barba rala completamente blanca.

El hermano Jeremías entró con paso decidido y no se detuvo en el recibidor más que para coger la lámpara y valerse de ella para iluminar el cuarto del abad, que tenía la puerta entreabierta. Desde el umbral se podía ver un pie desnudo que sobresalía del catre. Esa imagen era el preludio de una escena que sin lugar a duda apuntaba a luctuosa.

Terminó de abrir y ante los dos hermanos apareció una visión que difícilmente olvidarían el resto de su vida. El prior de la congregación estaba bocarriba en el suelo, junto a la cama, completamente desnudo y con la cabeza ladeada. No presentaba herida alguna en el tronco ni en las extremidades, pero reposaba sobre un enorme charco de sangre seca. Junto a él había un cuchillo con el filo negro por la sangre coagulada que lo impregnaba. Sobre el catre se encontraba el abad, desnudo también, tumbado bocarriba y con una herida en el pecho y otra en el cuello.

Esteban y Jeremías se miraron, se dieron la vuelta y salieron estrepitosamente de aquella casa del horror, cerrando la puerta con la llave que estaba colgada en la misma alcayata de siempre, como si nada hubiese pasado. El hermano Esteban le rogó a su acompañante que no dijese nada al resto de los integrantes del convento, ya que debían madurar sus siguientes pasos. Ese crimen nefando no podía airearse sin pensar en las consecuencias.

3

Tras el rezo de prima el oficiante, el hermano Carlos, un cura leonés que tenía como principal función ordenar las partidas de conversos que trabajaban en los huertos, indicó a los miembros de la congregación que continuasen en la capilla para escuchar unas palabras que tenía que trasladarles el padre Esteban.

—Buenos días, hermanos —comenzó con voz temblorosa el encargado de la cilla—. Como sabéis, el abad y el prior se han ausentado de los rezos de esta mañana. En esta jornada vamos a establecer día de oración y por tanto permaneceremos en nuestras celdas, de las que solamente saldremos para los rezos preceptivos.

—¿Qué les ha sucedido a nuestros hermanos? —Rodrigo, a pesar de que ni tan siquiera sospechaba lo que había acontecido, no dejaba escapar nunca la oportunidad de mostrarse como cabeza visible del numeroso grupo de monjes, entre los que se sentía importante.

—Hermano Rodrigo —lo reprendió el boticario, lanzándole una mirada reprobadora desde su sitio habitual, en el banco de la primera fila.

—Disculpadme —se apresuró a decir el ecónomo, que conocía bien el genio del anciano.

—Se aceptan las disculpas. Y ahora id directamente a vuestras celdas observando con pulcritud nuestra regla, uno de cuyos principales preceptos es el voto de silencio —concluyó el padre Esteban.

Una vez que se deshicieron del resto de los monjes y pudieron ocuparse de los finados sin tener que dispensar explicaciones, transportaron los cadáveres con la ayuda del carro a la estancia contigua al herbolario, donde se amortajaban los cuerpos de los

hermanos fallecidos antes de enterrarlos. Sabían que el tiempo corría en su contra, pues tras las palabras trasladadas a los integrantes de la congregación el ambiente había quedado muy enrarecido y pronto tendrían a una delegación pidiéndoles explicaciones en nombre de todos ellos.

El hermano Esteban era un hombre de mediana estatura, pero robusto como un mulo. Se había pasado la niñez trabajando en las tierras de sus padres para ayudar a la familia y posteriormente se hizo cargo del huerto de la parroquia de su pueblo, en la que descubrió su amor por Dios y por los libros. De todas las actividades que había desarrollado de niño, la que más había echado de menos durante sus estancias en París, Roma y Santiago había sido la agricultura. Adoraba el contacto con la tierra y la magia de ver crecer los cultivos, por lo que desde su llegada a Sobrado alternaba sus ocupaciones en la cilla y los rezos con largas jornadas de trabajo en los bancales durante el verano.

A pesar de que no era un hombre mayor, ya que todavía no había cumplido la treintena, su piel estaba ajada por una vida a la intemperie trabajando el campo, y esto le concedía el aspecto de estar más cerca de la cuarentena que de su edad. Tenía los ojos grises y una barba negra que se empezaba a tornar grisácea en algunos lugares. Era el menor de dos hermanos de una familia que contaba con unos viñedos muy productivos a la vera del Miño. La uva de las cepas de sus padres, que habían pasado a pertenecer a su hermano tras la muerte de estos, era de gran calidad, pero la finca no era grande y apenas daba para alimentar a una familia, por lo que la llamada de Dios al pequeño de la casa fue una auténtica bendición para los suyos y resolvió su porvenir.

Jeremías se movía con aparente lentitud, pero con una gran eficacia. Todas sus acciones sobre los cadáveres se asemejaban a las de un palafrenero experto en el cuidado de los jamelgos. Vistió los cuerpos y los introdujo en los ataúdes con la maña propia del que lo ha hecho incontables veces, y solo requirió la ayuda del cillerero para levantarlos de la tabla en la que los había vestido y colocarlos dentro de las cajas de pino.

Lo más fácil ya estaba hecho. Ahora llegaba el momento de la verdad: tenían que reunir a los hermanos en el refectorio y explicarles lo sucedido. Era muy importante pensar hasta dónde era conveniente informar al resto y cómo debían transmitir lo sucedido a la diócesis.

La comunicación con Compostela era muy complicada por el momento. Los caminos que conducían a Betanzos estaban impracticables casi por completo y todavía tardarían en admitir el paso de la carreta del convento. Por ello era decisión exclusiva del padre Esteban lo que se debía hacer con los cuerpos embalsamados del abad y el prior, los cuales habían manejado los designios de la institución a lo largo del último lustro.

Esteban y Jeremías habían borrado cualquier resquicio de lo sucedido en la habitación en la que hallaron los cadáveres. Así, era la palabra de los dos religiosos la que daría cuenta de aquella tragedia en la que la muerte de los regidores del cenobio casi era lo de menos, pues la situación en la que habían encontrado los cuerpos y lo que ello parecía indicar era lo que de verdad complicaba las explicaciones que debían dar.

Tras encontrarse en aquella habitación a dos hombres solos, desnudos y acuchillados, había un hecho escalofriante que no escapaba a ninguno de los dos monjes. Evidentemente, era segura la presencia de al menos otra persona en el momento del asesinato, pues al darle la vuelta al cuerpo del prior comprobaron que lo habían apuñalado por la espalda. Si admitían que este había asesinado al abad, alguien debería haberlo acuchillado a él después. No obstante todo apuntaba a que a ambos los había asesinado una tercera persona, e incluso cabía la posibilidad de que no hubiese actuado sola.

Debían tener, por tanto, mucho cuidado con lo que contaban. Aunque se esforzasen en dar una versión sin fisuras en la que se pusieran de acuerdo, había al menos una persona que sabía lo que de verdad había ocurrido: el autor del doble asesinato. Pero por más vueltas que el padre Esteban le daba en la cabeza a lo sucedido, nada lo ayudaba a hallar una explicación que no hiciese que los cimientos de la institución se tambalearan. En la escena que había

presenciado junto al responsable del herbolario, todos los detalles apuntaban a los pecados más deplorables de cuantos se podían cometer.

—Hermano. —El padre Esteban miró fijamente al herbolario, que estaba agotado y respiraba con dificultad—. ¿Habéis pensado lo mismo que yo? Quizá haya alguien entre las paredes de este convento capaz de cometer la atrocidad que contemplamos en la casa abacial.

—Puede ser. Pero me inclino más a creer que este crimen lo ha cometido alguien de fuera de esta congregación. Y no lo digo porque entre nosotros no pueda haber alguna persona capaz de esto y de mucho más, tengo años suficientes para saber lo que son capaces de hacer los hombres. Lo digo porque estos dos hermanos, que Dios tenga en su gloria —dijo levantando la mirada en dirección a los cuerpos embalsamados—, se traían juegos muy peligrosos de los que todos éramos conscientes.

—En cualquier caso, no nos va a quedar más remedio que hacer frente a nuestras obligaciones si os encontráis con fuerzas. Y ante todo os quería pedir disculpas de nuevo por haberos involucrado y hecho partícipe de una situación en la que solo podéis salir perdiendo.

—No tengáis tanto miedo. Haced lo que os indique vuestra conciencia, que el que tiene que juzgaros todo lo sabe.

Por fin, el responsable de la cilla reunió al resto de la congregación en el refectorio tras el rezo de vísperas y les trasladó la terrible noticia de la muerte de Diego y Gonzalo. No dio otra explicación. Los informó de que debía dar parte a los responsables de la diócesis, pero que los caminos no le permitían moverse en ese momento, excusa que todos los allí presentes sabían insuficiente, ya que la situación era lo bastante grave como para que un obstáculo así no lo detuviera.

—Nos mentisteis la primera vez que hablasteis con nosotros en la capilla. —Rodrigo se puso en pie para hablar—. En aquel momento ya sabíais que el prior y el abad habían muerto y nos lo ocultasteis.

—No he mentido, pero sí que callé este terrible suceso porque quería estar preparado para comunicároslo, y entonces no tenía

todavía la fuerza necesaria para hacerlo público.

—Hermano Rodrigo, no pienso aceptar vuestras insinuaciones y vuestra falta de respeto continuo con nuestro responsable de la cilla. Es posible que le guardéis un gran resentimiento por algo que los más veteranos en este convento conocemos, pero es necesario que recapacitéis y os deis cuenta de la gravedad del momento, por lo que os ruego que os moderéis. —Los muchos años entre aquellos muros habían convertido al padre Jeremías en un hombre sagaz que sabía dónde hurgar para frenar determinadas embestidas.

—Gracias, hermano Jeremías —habló Esteban desde el atril en el que se leía la Palabra durante las comidas—. Os quiero informar de que el entierro tendrá lugar en el cementerio.

—¡Eso es una venganza y una traición! —bramó Rodrigo, que consiguió levantar un murmullo que por momentos se convirtió en una protesta generalizada.

—¡Ni venganza ni traición! —saltó el anciano, emocionando al hermano Esteban por su defensa férrea—. Pensad bien las cosas antes de decirlas. Estáis acusando a buenos y honrados hombres de Dios.

—Quien está acusando a unos buenos miembros de nuestra congregación sois vos al impedir que los que han sido los rectores de este convento descansen en el claustro, que es donde deben reposar.

—Podemos estar equivocados, no os lo niego, hermano Rodrigo. Pero en vista de lo que hemos conocido con respecto a las circunstancias de estas muertes, y creedme que pronto lo sabremos todo, lo más prudente es darles tierra en el cementerio.

Con esta decisión quedaba claro que las muertes habían debido de producirse en circunstancias difícilmente explicables y del todo contrarias a la fe de Dios. En otro caso, no solo se habría establecido el lugar para el descanso eterno del abad y el prior del monasterio, donde en buena lid les correspondería, sino que además se habría informado a la comunidad sobre lo sucedido, como era costumbre cuando algún miembro los dejaba.

Todos los integrantes de la congregación, no solo Esteban y Jeremías, sabían de los peligrosos juegos contrarios a la ley de Dios

que se traían entre manos los regidores del monasterio, por lo que aquellas palabras subidas de tono del padre Rodrigo no eran más que una estratagema para intentar poner al resto en contra de Esteban. Aquel turbio asunto podía acabar convirtiéndose en un avispero en el que el ecónomo habría de ser el gran favorecido.

—Esteban. —La voz sosegada del herbolario, incluso en esos momentos de zozobra, le transmitía calma al responsable de la cilla —. No he querido hablar de esto antes de la reunión con el resto de los integrantes de la congregación para no exaltar más aún su ánimo.

Habían salido todos los monjes del refectorio y estaban a solas en la sala. El padre Esteban se quedó mirando a aquel anciano en el que había descubierto la fuerza que proporciona el saberse una persona recta y sin miedo alguno a su encuentro con el Altísimo. Estar junto a él le hacía sentirse indigno de vestir el hábito que lo cubría. Necesitaba desesperadamente salir con bien de todo cuanto estaba sucediendo, con el único propósito de acercarse a aquel anciano del que estaba deseando aprender a ser mejor cristiano.

—Como os decía, no he querido deciros nada hasta este momento, pero debéis saber que entre nuestros hermanos se están produciendo movimientos muy graves y preocupantes, y debemos extremar la prudencia.

—No os entiendo.

—¿Recordáis la pócima que le administré al converso al que tuvimos que volverle el hombro a su sitio tras la caída en los huertos el verano pasado?

—Lo recuerdo perfectamente.

—Pues ese calmante lo preparo con la planta de la cicuta, aunque por supuesto lo hago empleando dosis muy pequeñas.

—Sé lo que es la cicuta, no hace falta que me lo expliquéis.

—Pues bien, más nos vale ocuparnos nosotros mismos de nuestra comida hasta que este turbio asunto en el que estamos involucrados termine, si es que termina algún día. Después de ver determinadas actitudes, acudí a la zona apartada del huerto donde crece esta

planta y he descubierto que alguien ha cortado una buena cantidad, lo suficiente para dormir para siempre a un buey.

En ese momento el padre Esteban se dio cuenta de que no solo estaban en peligro su alma y su futuro en la diócesis compostelana, sino también su propia vida. Ni por un instante se había parado a pensar en ello. De no haber sido por el padre Jeremías, habría sido muy probable que ese hubiese sido su último día sobre la tierra.

—Imagino que ambos sospechamos de la misma persona.

—No comencéis otra batalla, mi buen Esteban —le dijo por fin el anciano.

El viento pareció dar una pequeña tregua y la lluvia que caía sobre el cementerio en aquella tétrica noche, que todavía era cerrada, se hizo de nuevo más intensa. Los monjes continuaban con sus rezos al pie de los túmulos, con la vista fija en las dos protuberancias de tierra que encerraban los ataúdes del prior y el abad.

De pronto un chirrido agudo, pero apagado por el golpeteo de las gotas de lluvia sobre los charcos que había entre los lodazales, hizo que la mirada de los monjes cistercienses se dirigiese al exterior del cementerio mientras la letanía de rezos continuaba imperturbable. Por el camino que conducía hasta el camposanto, iluminada por una lámpara bien protegida de la lluvia, avanzaba una comitiva compuesta por dos hombres a pie: uno de ellos era un religioso vestido con hábito negro y el otro un individuo al que no se le distinguía el rostro, pues iba completamente cubierto por una capa. El hombre embozado llevaba agarrado por el ronzal un mulo que tiraba de un carro en el que se adivinaba entre la bruma un féretro de madera de pino.

Los recién llegados se detuvieron a unos pocos pasos del lugar donde oraban los religiosos. El cementerio carecía de cercado y solo los separaba la distancia que había entre ellos. Los monjes bajaron la cabeza de nuevo y continuaron con sus oraciones. A ninguno de ellos se le escapó el detalle de que, si aquella carreta había sido capaz de alcanzar el cenobio en una noche como esa, en la que no

había dejado de llover ni un momento, no sería tan difícil acudir a Compostela a notificar lo que había sucedido.

El religioso recién llegado bajó la cabeza también y se unió al rezo, mientras el hombre que lo acompañaba se dio la vuelta, evidenciando que aquello nada tenía que ver con él. Apoyó las posaderas en el carro y se ocultó tras su capa mientras los religiosos rogaban por el alma de los fallecidos.

4

Écija, 3 de mayo de 1240

El infante Alfonso tenía tal cantidad de asuntos en la cabeza y estaba tan disperso que casi lo descabalgó su caballo. El animal se sobresaltó y levantó las patas delanteras cuando lo asustó uno de los niños que correteaban entre los corceles montados por los caballeros cristianos que se dirigían hacia la puerta del puente para tomar posesión de la ciudad.

El heredero al trono apenas había conseguido conciliar el sueño en toda la noche. Su progenitor, el rey Fernando, se había empeñado en compartir la carpa con él, aunque al menos le había permitido dormir en una cama separada de la de su padre por una cortina. Antes del amanecer una de las siervas más próximas al monarca castellano, Mariña, una mujer portuguesa de edad avanzada y carácter entrañable, se arrodilló junto a su cama para susurrarle las nuevas llegadas desde Salamanca sin que su padre se apercibiese de ello.

—Alfonso, mi rapaz —le dijo en un cuchicheo.

—Mariña, ¿qué sucede? ¿Dónde está Nuño?

—No os preocupéis por Nuño. Es María.

El heredero de Castilla se quedó callado y su mente se trasladó hasta la Extremadura leonesa, donde había dejado al amor de su vida. Un amor proscrito y considerado absolutamente indecente por el parentesco tan próximo que existía entre los dos amantes, pero que le dolía solo de recordarlo. Estaba hundido desde el día en que su abuela y su padre lo obligaron a abandonar a su amada allí en Salamanca, y había derramado lágrimas por su ausencia casi todas las noches desde entonces.

—Espera un hijo. Está encinta. Quería que lo supieseis antes de que alguien os sorprendiera con la noticia.

—¿Estás segura de cuanto me dices? —le preguntó agarrándole la mano.

—Sí, rapaciño. Si no estuviese segura, no os lo habría dicho.

Y tras darle aquella noticia que le dejó la cabeza completamente desordenada, se marchó haciendo menos ruido que un espíritu. No albergaba duda de que la revelación era completamente fiable. En la corte había infinidad de intrigas palaciegas y comentarios interesados, falsos en la mayoría de las ocasiones, pero justo Mariña no era una mujer a la que le gustase participar en esos juegos que tanto odiaba el heredero de la corona.

La comitiva seguía avanzando hacia la ciudad de Écija y solo la necesidad de congraciarse con el rey de los castellanos podía explicar la tremenda algarabía que acompañaba el paso del cortejo. No hacía ni una semana que la plaza había dejado de estar bajo el dominio nazarí, y era evidente que aquellos ciudadanos habrían recibido de la misma guisa a las tropas de al-Ahmar si estas se hubieran dirigido a la ciudad fortificada para visitar al alcaide.

El rey avanzaba a la cabeza de la comitiva con gesto serio, lamentando que la toma de la plaza se hubiese producido de una forma tan pacífica. Era la primera incursión seria de su hijo, el infante Alfonso, como alférez de sus ejércitos, y le habría gustado ver de qué pasta estaba hecho su heredero. Sentía que el peso de los años le empezaba a pasar factura y no estaba seguro de poder acompañar al joven delfín en la siguiente expedición.

El rey había puesto en manos de su hijo los ejércitos y el peso de las negociaciones para la toma de esa plaza sin demasiadas expectativas sobre su capacidad, y tenía que reconocer que le había sorprendido. Al mandarlo a residir a la ciudad de Córdoba, en parte para alejarlo de Salamanca, donde el escándalo mayúsculo provocado por su heredero acabaría por apaciguarse, pensó que no sería capaz de llevar a cabo el encargo con el que había llegado a al-Ándalus. Pero su primogénito lo había sorprendido, pues le constaba que el joven príncipe, al que no se le conocía entusiasmo alguno por los asuntos bélicos, había recorrido la frontera con sus inseparables

Juan García y Nuño González de Lara, tal y como el rey le había ordenado, y había recuperado un buen número de villas y castillos de menor entidad que el rey nazarí no podía defender.

El propio monarca permanecía largos periodos en Córdoba para seguir de cerca las oportunidades que les ofrecía la imprevisible frontera de las taifas musulmanas, pese a la oposición de su joven esposa, que prefería la corte de Toledo. Doña Juana no logró adaptarse a la vida en el alcázar cordobés y por ello establecían su residencia en una almunia, a las afueras de la ciudad, en las estancias que pasaban en la antigua capital califal. La reina se tomaba aquellos periodos como un retiro del ajetreo de la corte, algo que comenzaba a echar de menos nada más cruzar el río Tajo rumbo al sur.

La comitiva avanzaba por el carril que discurría entre los campos de labor, en los que en aquel día de celebración nadie se arrodillaba para extraerle el fruto a la tierra. Ese júbilo se podía leer en la cara de los campesinos, con independencia de su credo, pero era un día sombrío para el heredero de la corona de Castilla. Aquel triunfo personal, que se le atribuiría a él en su totalidad, estaba manchado por las nuevas llegadas desde Salamanca, y notaba un volcán en las entrañas que podía entrar en erupción en cualquier momento. Se conocía y sabía bien que era capaz incluso de abandonar la comitiva y mandar al infierno a su señor padre, circunstancia que acabaría por darles la razón a los lacayos que tenía junto a su esposa conspirando en su contra.

El encargo de hacerse con la importante plaza de Écija se lo había encomendado el rey Fernando a su hijo en una de sus largas conversaciones a la vera del Guadalquivir dos meses atrás. Y fue una verdadera sorpresa verlo entrar, apenas un mes después, en la almunia de al-Ruzafa, junto a Nuño González de Lara, con las nuevas de la rendición de la ciudad. Al principio le costó dar crédito a la noticia, pero el pergamino que portaba su hijo despejó todas sus dudas.

El rey tenía que hacer un gran esfuerzo para valorar los éxitos de Alfonso, ya que debía alegrarse en silencio. Su segunda esposa, la

reina Juana, mantenía una pésima relación con el heredero y no permitía que saliese de su boca halago alguno al referirse al infante.

Era cierto que el rey añoraba a su anterior alférez, Diego López de Haro, pero el asunto de La Rioja los había distanciado y ya no era persona de su confianza. Sin duda don Diego habría conseguido rendir la plaza de Écija para su rey, igual que lo había hecho en otras muchas localidades y jamás le había temblado el puño, eso no lo ponía en cuestión.

Aquel éxito de don Alfonso no pasó desapercibido para la reina Juana. La hija del conde de Aumale tardó muy poco en susurrar al oído de su marido los rumores que pululaban por la corte, según los cuales el heredero de la corona se relacionaba con mujeres musulmanas a las que sonsacaba información, mujeres con las que compartía noches de poesía y música, y probablemente muchas otras cosas. El rey no sabía si aquello era cierto o simplemente se trataba de otra insidia más con la que su fogosa mujer trataba de poner distancia entre el soberano y su heredero. Pese a todo, ni aun siendo ciertas aquellas insinuaciones le quitarían el sueño, pues en absoluto le parecían algo reprochable.

El monarca montaba un impresionante caballo de guerra color marrón. El bocado y las riendas de cuero repujados en oro hacían resaltar aún más el poderío del impresionante ejemplar que el rey de Castilla manejaba con las riendas tensas y las rodillas bien apretadas contra el lomo del animal. Conocía la bravura de su equino y sabía que no era ni mucho menos el más obediente de cuantos formaban su extensa cuadra; sin embargo, quería dejar claro al alcaide de la ciudad que se encontraba ante un guerrero que todavía era capaz de dominar aquel fenomenal ejemplar de seis pies de altura.

En un lugar más discreto de la comitiva cabalgaba el heredero de la corona castellana secundado por sus acólitos, a los que estaba poniendo a prueba en esa mañana accidentada en la que todo parecía molestar al joven príncipe.

—Por favor, Alfonso, déjalo ya. —Nuño González de Lara llevaba toda la mañana aguantando el carácter airado con el que se había levantado don Alfonso ese día.

—Sabes que no, me resulta imposible. Es como si estuviese sucediendo ante mis ojos. No sé si me excita más la toma de la plaza o la tormenta que le espera a mi señor padre cuando regrese a Córdoba. Y sabe Dios que le deseo lo mejor.

—Se te oye perfectamente, espero que te estés dando cuenta. Coincido contigo en que a estas alturas la reina debe de tener un ataque de ira solo comparable al de tu hermano Fadrique. —El buen Lara sabía que estaba obligado a seguirle la corriente al heredero de la corona si quería que cerrase la boca antes de que sus comentarios llegasen a oídos indiscretos.

—Tu hijo el inútil ha tenido que conquistar Écija por ti, ni se te ocurra volver a pisar esta alcoba —dijo Alfonso, imitando la voz de la reina, y tras proferir ese comentario levantó el mentón con una amplia sonrisa en dirección a su padre, el rey, que cabalgaba a unas veinte varas.

Nuño decidió no contestarle y siguió saludando a los entusiastas ciudadanos que agitaban los brazos al paso de la cabeza de la comitiva. Pero el príncipe seguía con ganas de poner a prueba a su buen amigo y continuó.

—Y, por cierto, no te creas que tú te vas a escapar. Estoy seguro de que mi adorada madrastra tendrá palabras tan bonitas o más para ti y todo el que se digne a considerarse amigo mío. —Y, tras decir esto, se unió a los saludos del buen Lara.

El rey miraba fijamente hacia delante sin alterar su gesto ni un ápice ante las entusiastas arengas de los ciudadanos, que lo observaban con gesto de admiración, respeto y también pavor mientras pasaba junto a ellos montando su impresionante ejemplar. Vestía una sobrevesta roja y una capa de seda azul cuyo paño abarcaba tanto al monarca como la grupa del animal. Llevaba las piernas cubiertas por unas calzas de color granate, y sus botas de montar de cuero.

La población en general esperaba que el monarca fuese magnánimo, como lo había sido en otras plazas, y que el cambio del régimen en la ciudad y todo su alfoz no tuviese demasiadas repercusiones para los ciudadanos y labriegos. Sin embargo, estos movimientos políticos siempre hacían zozobrar al pueblo.

El rey tenía muy buena fama y era en parte por ella por la que la ciudad no había opuesto resistencia en su entrega a las huestes cristianas. Tanto los musulmanes como los judíos, que estaban entre la plebe, mezclados con los cristianos, confiaban en que el cabal rey castellano les perdonase tanto la vida como las haciendas, algo que había venido cumpliendo en sus conquistas anteriores.

5

Despierta a ese niño, pordiosera, ¿o quieres que te lo arranque de las manos y lo azote hasta que aprenda a respetar a su rey?

—Señora, no hagáis caso: el rey ya ha pasado de largo y sabe diferenciar perfectamente quién le ofende y quién no.

Tras pronunciar aquellas palabras, Nuño González de Lara, subido en su montura, apoyó la bota derecha sobre el hombro del soldado, que no se atrevía a mirar a su izquierda por no encontrarse con él. El noble lo lanzó con fuerza hacia delante para que dejase de molestar a aquella familia ataviada con vestimentas tradicionales blancas. Los musulmanes se habían engalanado con sus mejores prendas para recibir al nuevo rey.

Los soldados y alguaciles que abrían el paso a la comitiva no tenían el talante magnánimo del monarca y estaban dispuestos a beneficiarse de la nueva situación en la ciudad y las fértiles tierras ribereñas del Genil. Las estacas de dos y hasta tres varas de altura rematadas con una cruz en lo alto se veían por cientos a lo largo del camino que separaba el campamento de los cristianos del milenario puente que llevaba a una de las puertas de la ciudad.

Nuño volvió a la fila de notables junto al infante Alfonso y observó que este le hacía un gesto disimulado hacia el lado izquierdo, donde se arremolinaban la mayoría de los cristianos que habían cumplido con el bando en el que se los conminaba a arropar la entrada triunfal de la comitiva real en la ciudad.

Nuño miró hacia donde indicaba el primogénito del monarca y se encontró con los ojos celestes de aquella mujer inquietante a la que pasaría por las armas si estuviese en su mano. El amigo del infante acababa de convertirse en uno de los cabezas visibles de la poderosa familia de los Lara tras el fallecimiento de su padre,

Gonzalo Pérez de Lara. Se encontraba muy apesadumbrado por la muerte de su progenitor, al que veneraba y quería con todo su corazón, pero era un fiel servidor de Alfonso y no pensaba tomarse un tiempo de luto para recuperar su ánimo, sino que estaba allí junto a él para servirle con lealtad.

El infante Alfonso arrastraba una vida plagada de errores. Precisamente aquella mujer que miraba con descaro en medio de la algarabía era una de las complicaciones que todavía no había tomado cuerpo ni llegado a oídos del rey, pero que a buen seguro acabaría por darle otro quebradero de cabeza a la corona. Nuño se arrepentía de haberle confesado al propio heredero su inquietud con respecto a las intenciones de aquella mujer que los miraba desde la orilla de la calzada, y que no era otra que María la Balteira, la trovadora que acompañaba no solo a la corte de don Alfonso, sino sobre todo a los ejércitos en sus algaras por tierras de al-Ándalus. Conocía la forma de actuar del infante y sabía que a partir del momento en el que le confesó al futuro rey que no soportaba verlo en compañía de aquella mujer, este lo había alejado de todo cuanto tuviese que ver con la soldadera. Don Alfonso lo trataba con la fraternidad de un hermano, y él sabía de hecho que lo apreciaba más que a ninguno de los propios, pero tenía facilidad para evitar consultarle los asuntos en los que no compartían la misma opinión.

La soldadera tenía engatusado al infante y, a pesar de sus malos modos, su afición al vino y sus malas artes en los juegos de mesa, este se trataba con ella de igual a igual y le permitía que trovase poemas en los que, en ocasiones, nombraba hasta al propio heredero mientras amenizaba a los soldados con su viola. Nuño era consciente de que su oportunidad para sacar a aquella abominable mujer del entorno de su señor había pasado y solo le quedaba asumir que la juglaresa, que los seguía con la mirada mientras se alejaban de ella camino del puente sobre el río Genil, gozaba de la protección del heredero.

—Sigue riendo así y acabarás por dar la razón a la reina Juana. —Nuño estaba al límite, había visto a su amigo jugar con fuego en muchas ocasiones y la mayor parte de las veces había acabado por quemarse.

—No dejes volar tanto tu mente calenturienta; esa mujer no es más que una trovadora que acompaña a nuestros ejércitos para dar solaz a los soldados.

—Esa mujer es el demonio con un sayo y unos ojos celestes que te han hecho perder la cordura.

—Si supieses lo errado que andas, hasta te sonrojarías —trató de cerrar la conversación el infante.

La comitiva se detuvo junto a la puerta de la ciudad, de la que el puente formaba parte. Los representantes musulmanes que se disponían a rendir la ciudad aguardaban allí al rey.

Los antiguos súbditos del rey de Granada iban ataviados completamente de blanco y con la cabeza cubierta por un casquete de lana, del mismo color, rematado con un pañuelo rojo. La comitiva estaba formada por cuatro hombres: dos de mediana edad con la barba negra y muy cerrada, uno de los cuales era el alcaide, y dos ancianos de largas barbas completamente blancas. Los cuatro tenían la tez morena y los ojos clavados en el albero que precedía a las piedras con las que estaban construidos tanto el puente romano como la puerta de entrada. El cielo lucía azul y salpicado de nubes blancas que no anunciaban lluvias y parecían bendecir aquel acuerdo.

Los portadores de los estandartes reales llegaron hasta la altura de la pequeña comitiva de los representantes musulmanes y se distribuyeron formando un círculo en el que se adentró el rey montado sobre su cabalgadura. El resto de la comitiva se detuvo y se hizo un silencio absoluto, solo roto por los relinchos de algunos de los corceles y el sonido del río que golpeaba los arcos del puente. Aquel silencio mostraba la gravedad del momento. Para los tenentes de la plaza, la entrega que iban a realizar suponía por un lado la humillación de verse desposeídos de su ciudad, pero por otro era garantía de su supervivencia y la de sus familias.

El rey esperó paciente hasta que su hijo llegó a donde él se encontraba, y se quedó expectante montado en su caballo. A pesar de la importancia del momento para esas gentes a las que le iba a cambiar la vida, la cabeza del infante estaba a muchas leguas de allí y no podía dejar de darle vueltas a las noches de pasión en el

castillo de Villanueva, los momentos más felices de su vida a la vez que los más tristes. La noticia que le había dado Mariña al pie del jergón antes de la salida del sol con respecto al embarazo de María le había desordenado la cabeza y no podía apartar de su mente esos tres días con sus noches, que le parecían terriblemente lejanos, aunque apenas habían pasado tres meses.

—Aquí tenéis las llaves de esta ciudad que espera de vuestra merced la generosidad y magnificencia que tuvisteis con Córdoba cuando la tomasteis —inició en un romance castellano perfectamente comprensible el que había sido hasta ese momento el señor de Écija.

—La palabra de un rey no es algo de lo que se deba dudar —respondió don Fernando sin desmontar, manteniendo una mirada de reproche.

—Os hago entrega de este pergamino con el que la ciudad queda bajo vuestro dominio absoluto.

—Y yo lo acepto y me comprometo a velar por los intereses de esta próspera ciudad, así como a defenderla con mis ejércitos como parte integrante que es de la corona de Castilla.

—Confiamos en esa espada como mayor garantía de la defensa de esta nuestra ciudad.

El joven Alfonso seguía perdido en sus pensamientos. María debía de estar soportando un auténtico calvario en Salamanca. Aun así, no se arrepentía de nada de lo que había pasado y estaba dispuesto a reconocer el fruto de aquel amor prohibido pero absolutamente inevitable.

Los representantes de la familia nazarí, que había regido la ciudad mientras esta había estado bajo el dominio de al-Ahmar, hicieron una genuflexión ante su nuevo monarca y a continuación franquearon la entrada a los nuevos gobernantes de la plaza. La comitiva cristiana atravesó con paso firme el puente romano para tomar el centro de la urbe. Recorrieron las calles empedradas de la ciudad fortificada hasta el alcázar y, una vez allí, el infante Alfonso en persona subió hasta la torre del homenaje del castillo para sustituir el pendón musulmán por el del reino de Castilla.

6

Los diferentes gremios de la ciudad, en especial el de los agricultores, dieron la bienvenida a los nuevos señores con un generoso banquete que se sirvió en la plaza Mayor. Écija era una ciudad rica, con unas tierras fértiles y una situación envidiable entre las ciudades de Córdoba y Sevilla. El puente de entrada a esta ciudad, con un formidable portazgo, era un paso fundamental en la antigua Vía Augusta, que comunicaba las dos grandes ciudades.

Los ojos azul claro de la Balteira dieron con los del infante Alfonso, que se encontraba sentado en el centro de la mesa de los representantes de la corona castellana, cuando la noche caía sobre la ciudad de Écija y la luna comenzaba a despuntar por el este de la gran plaza. La gallega le hizo un gesto y el delfín se levantó con un nudo en la garganta. Tanto el señorío como las rentas que acababa de conquistar Castilla tenían una contraprestación de la que ni tan siquiera Nuño sabía. La soldadera conocía muy bien a los miembros de la familia real y sabía que era importante recordarles a quién había que pagar las deudas contraídas, porque tenían una gran facilidad para utilizar a sus vasallos y luego no acordarse de ellos. Era evidente que la impetuosa juglaresa no iba a permitir al príncipe que se olvidara de ella con facilidad.

El buen Lara no era partidario de la relación de Alfonso con la soldadera, una relación que, a pesar de lo que su buen consejero podría pensar, poco tenía que ver con los desaforados deseos carnales del heredero. A los ojos del séquito de don Alfonso, aquella mujer maleducada y esquiva no era más que otra de las muchas que acostumbraban a merodear a su alrededor. Sin embargo, el infante había encontrado en aquella misteriosa mujer su mejor arma para entrar hasta el mismo corazón de las alcazabas musulmanas.

Hacía varias misas que el rey don Fernando se había retirado y ya ni siquiera estaba intramuros de la ciudad. La reina Juana era una mujer joven y fogosa que requería a su marido cada noche y había pasado casi una semana desde que el monarca había abandonado la almunia próxima a Córdoba donde residía en sus periplos por el sur de al-Ándalus. Se decía que el rey estaba extenuado, pues doña Juana de Ponthieu tenía veinte años menos que el monarca y era una mujer tan exigente en la alcoba como lo había sido el propio rey con la anterior reina, doña Beatriz de Suabia, que había estado embarazada todos los días de su existencia desde que se casó hasta su muerte, un lustro atrás.

Los representantes del gremio del algodón habían esperado pacientes a que los olivareros terminasen de agasajar a los integrantes de la mesa que ocupaba el infante Alfonso junto a sus inseparables Juan García y Nuño González de Lara. En aquel momento se encontraba rodeada de pesadas tinajas de barro y toneles de madera repletos hasta el borde del exquisito aceite de la zona. Pero don Alfonso sabía que la paciencia no estaba entre las virtudes de aquella mujer que lo había estado buscando durante todo el día con sus ojos claros, por eso se dirigió a sus consejeros:

—Me voy a ausentar, atended a los representantes del gremio del algodón.

—No te creas que no tengo ojos en la cara —intervino Nuño, que solía ser el más franco con el heredero.

—No lo podrías entender, buen Nuño.

—Sabes bien que las fábricas de Sevilla, Córdoba e incluso Granada compran toda la producción de algodón de estos campos. Son unas rentas muy beneficiosas para sufragar a nuestras tropas si queremos seguir anexionando villas.

—Y espero que sepáis llegar a un buen acuerdo con ellos. Bien sabéis que sois unos grandes negociantes, y que en este asunto yo solo puedo…

—Márchate ya —lo interrumpió Juan, desabrido, que sabía que era inútil intentar convencer al joven infante. El hijo de Fernando III era inteligente, generoso y culto, pero las mujeres se habían convertido en su punto débil en los últimos años, sobre todo desde que se

enamoró de María Alfonso de León, hija ilegítima de su abuelo y, por tanto, tía suya por parte paterna.

El rey tenía buena parte de culpa en la promiscuidad de su hijo, por dos motivos: debido a la herencia que le transmitió en sus genes y por no haberle facilitado un matrimonio con una mujer con la que pudiera yacer. Tanto el rey, don Fernando, como su padre, el rey Alfonso IX, habían sido hombres que no sabían vivir sin una mujer a su lado. Pero el monarca, junto a su madre, la reina Berenguela, había concertado el matrimonio del infante con Violante de Aragón, la hija de Jaime I el Conquistador, que apenas tenía seis años cuando Alfonso estaba a punto de cumplir la veintena. Por ese motivo, el propio heredero no permitía a su padre que osase reprocharle su actitud de mujeriego.

El rey le dio la razón a su hijo, pero solo en parte. En una de sus muchas tardes a la vera del Guadalquivir le explicó que era consciente de que no podía prohibir la fogosidad de un hombre de su edad al que no habían permitido desposarse con una mujer adulta, pero le dejó bien claro que existían infinidad de cortesanas rodeándolo y había tomado la peor decisión al encapricharse de una viuda medio hermana de su padre, el rey.

Así pues, don Alfonso se levantó con disimulo de la mesa, esquivó los enormes recipientes de aceite y fue bordeando la plaza en la que la falta de luz, la abundante ingesta de vino por parte de los comensales y las conversaciones a voces entre las mesas le hicieron pasar desapercibido. Así ganó la calle de la especería, donde había una pequeña partida de soldados que no le hicieron caso alguno, entretenidos como estaban dando conversación a un grupo de mozas. Caminó hasta la calle de la platería y se alejó definitivamente de la zona de la plaza, que era donde se aglutinaba la muchedumbre. Giró la esquina siguiendo la sombra de la gallega, que lo iba guiando desde la salida de la plaza unos cinco o diez pasos por delante de él. Se encontró en una calle estrecha que daba acceso a un barrio repleto de casas de una planta con puertas de madera agrietadas y ventanas pequeñas con persianas de esparto.

Siguió a María la Balteira hasta una de las covachas en la que esta se detuvo y empujó la puerta de listones de madera astillados, que

rozó con el suelo de piedra y se abrió a trompicones tras emitir un chirrido agudo. La casa, que no era más que el salón, estaba casi a oscuras, salvo por la poca luz procedente del reflejo de la luna que entraba por la ventana. El barrio estaba absolutamente desértico. La ciudad entera se había congregado en la plaza Mayor, donde la madrugada prometía ser larga. El ambiente de la diminuta casucha estaba viciado por el humo que salía de unas brasas que permanecían moribundas, pero aún con algo de vida en la esquina derecha, frente a la entrada.

—No hacía falta que vinieses a ver lo que todos van a conocer con las primeras luces del alba. Dije que cumpliría y pienso hacerlo.

Por sorprendente que fuera, el heredero a la corona no conseguía mantener la serenidad ante aquella mujer. No podía haber mayor distancia social entre ellos —él era el próximo rey de Castilla y ella una soldadera que se ganaba la vida distrayendo a los integrantes de sus ejércitos—, pero la juglaresa sabía jugar sus cartas y tenía al infante donde quería.

La gallega se agachó y sopló con tiento las brasas, obviando el comentario atribulado del noble. Tenía en la mano una lámpara de sebo que pegó a las brasas para que la mecha que sobresalía del recipiente de barro prendiese al contacto con ellas. No le costó demasiado encenderla. La dejó en una pequeña repisa que había junto a la improvisada chimenea y el espacio se iluminó.

Había un jergón de paja, un taburete de madera macizo de tres patas, unas escudillas de lata y varias cucharas de madera dentro del recipiente. También había un caldero vacío y no más de diez tarugos apilados junto a la pared. El príncipe no sabía de quién era aquella covacha, pero la trovadora parecía sentirse en la chabola como si estuviese en su propia casa, así que prefirió no preguntar al respecto.

No sabía por qué la Balteira lo había conducido hasta allí. Al contrario de lo que pudieran pensar sus allegados, sus cuitas con la soldadera no tenían motivos carnales y la plaza por la que habían negociado durante semanas ya estaba cobrada. Tan pronto como las rentas que le correspondían por la toma de la plaza le llegasen, cumpliría lo pactado con ella. Recordaba habérselo explicado en uno

de los primeros encuentros que habían tenido, el día que esta lo informó de sus noches de música y poesía con miembros de la familia del arráez de la ciudad.

El príncipe, una vez que la luz de la lámpara empezó a iluminar la pequeña estancia, se quedó de pie frente a la gallega esperando que esta comenzase a hablar. Pero en vez de dirigirse a él, la Balteira apoyó la mano en el pecho del infante y lo hizo retroceder un paso en dirección al camastro, que estaba apenas a una vara de donde se encontraban, y tumbó al heredero en el jergón.

El joven se dejó caer torpemente sobre el lecho de paja y observó cómo la mujer se deshacía del sayo negro, con el que la había visto en varias ocasiones, mientras la luz del candil iluminaba su arrebatador cuerpo insinuado tras una suave camisa que marcaba sus protuberantes pezones bajo la fina tela de algodón blanco. El príncipe se quedó extasiado ante la imagen y se reclinó un poco más hacia atrás, hasta toparse con la pared a su espalda.

La gallega lo miró y vio en su cara una mezcla de deseo y temor que la hizo sentirse poderosa. Le remangó el sayo, se sentó sobre sus muslos y exploró su entrepierna hasta hacerse con su miembro, que mostraba una absoluta disposición a hundirse en el interior de la poderosa mujer de ojos azules, melena rubia, piel blanca como la leche y pechos generosos y firmes, propios de una joven que no había tenido la oportunidad de ser madre.

—Ya hemos hablado con don García y está arreglándolo todo con el abad del monasterio. Sabemos que en Sobrado no son fáciles las cosas, pero no debes preocuparte por ello —dijo el infante tartamudeando mientras seguía completamente a expensas de lo que aquella mujer quisiese hacer con él.

—Al final era verdad que los hijos de los reyes no salen demasiado inteligentes —comenzó ella despacio, inclinándose para acercar los labios a la oreja del príncipe, mientras este ardía en la desesperación por poseerla.

—No dispongo de tantas rentas y señoríos: mi padre sigue siendo el rey.

—Entonces a lo mejor debería ir a visitarlo a él.

—Él no se iba a dejar convencer por una cualquiera…

Sin dar lugar a que terminara la frase, la Balteira comenzó a golpearle en la cara y a arañarle la cabeza.

Don Alfonso reaccionó con presteza y consiguió sujetarle los brazos por las muñecas antes de que la joven le sacara los ojos. Esta siguió forcejeando, pero el heredero al trono era más fuerte que ella y consiguió dominarla hasta que la mujer pareció tranquilizarse. Solo entonces le soltó los antebrazos. Ella se dejó caer en el jergón junto a él. El príncipe estaba todavía más excitado, pero sabía que la juglaresa era imprevisible y se acercó a ella con cuidado. Introdujo con tiento la mano bajo la camisa de la soldadera y le rozó con la yema de los dedos la piel suave del muslo sin advertir rechazo en su mirada, así que continuó con lo que habían dejado prácticamente sin empezar cuando ella se abalanzó sobre él como un felino.

—Me van a dar el señorío de estas tierras y todas sus rentas, y bien fértiles que son. Te lo juro —continuó explicando mientras recorría con la mano las nalgas de María camino de su espalda, que acarició con delicadeza.

—No jures lo que no puedes. No eres más que el hijo de un rey, pero ese rey tiene muchos hijos.

—Sí, pero solo uno es el primogénito.

Continuaban tumbados de lado enfrentados el uno al otro. María sacó la lengua y comenzó a lamerle la cara, luego se puso sobre él y se dedicó al cuello y después le abrió la camisa y comenzó a besarle el pecho. Estaba sentada sobre el abdomen del príncipe y notaba cómo su sexo seguía completamente erecto. No obstante, todavía quiso hacerlo esperar un poco más y se limitó a erguirse sobre las rodillas, recorrerle el cuello y lamerle el lóbulo de la oreja izquierda mientras le susurraba al oído que no tuviese prisa, que los niños impacientes se quedaban sin su regalo. Después separó la cara y lo miró con gesto serio. A continuación, se dejó caer poco a poco hasta que rozó su propio sexo con el de él, y entonces notó unas ganas insoportables por sentir a aquel hombre en su interior. Bajó lentamente, percibiendo cómo el pene de don Alfonso se introducía en sus cavidades más íntimas, y comenzó a saciar su apetito con tanto ímpetu que el hijo del rey sintió una mezcla de dolor y placer que le hizo olvidar todas sus preocupaciones.

7

Dieciocho meses antes
Almería, primeros días de 1238

A María la Balteira no le gustaba transitar los caminos, ni en invierno ni en verano, aunque por distintos motivos. Durante el estío no era raro toparse con una avanzada de soldados musulmanes salidos en una razia o un grupo de asaltantes ávidos de rapiñar en las carretas de los viajeros, pero en invierno el peligro era otro: los caminos estaban desiertos, pero los charcos y el barro hacían casi imposible avanzar más de dos o tres leguas por jornada. A pesar de todo, la soldadera dejó su retiro invernal y se aventuró a hacer fortuna en la ciudad de Almería. La campaña se le había dado muy bien, pero su ansia por seguir coleccionando monedas parecía crecer conforme aumentaba el tamaño de su bolsa. A eso debía añadir el miedo atávico que había tomado a esos inviernos de lluvia que pasaba encerrada en la cueva viendo el discurrir de los días sin otra distracción que su viola y los pellejos de vino que vaciaba cada noche junto a la fogata.

La habían informado de que esta plaza contaba con un puerto de mucho tránsito y un clima suave en invierno, que contribuían a la prosperidad de la medina. Además, los musulmanes que gobernaban la ciudad eran grandes amantes de las noches de versos y tertulia a la luz de las lámparas de sebo y las teas. En estas veladas que tenían lugar en la alcazaba almeriense, se podían degustar los más ricos manjares del mar y de la tierra, procedentes de las magníficas huertas que rodeaban la ciudad y de las capturas de los pescadores de la zona, que varaban sus barcas en la playa y llegaban con los peces prácticamente vivos hasta las mismas cocinas del palacio del arráez.

El viaje se prolongó durante más de un mes y se les hizo eterno. María la Balteira y su sierva, Naia, salieron de la cueva en la que se refugiaban durante el invierno, en una zona próxima a Córdoba, y tuvieron que atravesar toda la campiña alternando días de lluvia pertinaz con otros tan fríos que los caminos amanecían completamente congelados e intransitables. Hubo cinco jornadas en las que ni tan siquiera pudieron reemprender la marcha y tuvieron que permanecer debajo de la lona con la que se cubrían, en el pescante de la pequeña carreta, esperando a que escampara.

Ambas mujeres eran gallegas y estaban acostumbradas a la lluvia y sus incomodidades, pero lo que enfrentaron aquellos días no fue lluvia. Fue un diluvio como el que jamás habían visto en su tierra del norte, en la que el cielo mandaba agua todos los días, pero sin la intención de anegar el mundo por completo, que era lo que parecía pretender el Señor con aquel aguacero.

Se guiaron por las indicaciones que les fueron facilitando en las hospederías y tabernas que encontraron en su ruta. Antes de pararse a consultar tomaban la precaución de ver salir al menos a una mujer de las casas a las que se acercaban. Sabían que las mujeres las tendrían por busconas de las que hacían la calle, pero eso le traía sin cuidado a la Balteira, que se encontraba andando los caminos sin rumbo fijo y sin un hogar, desde hacía años, cuando salió de su Galicia natal.

—Ama, tengo un muy mal presentimiento sobre este viaje: nos va a matar este frío si no lo hace antes una de esas mujeres a las que insistís en acudir en cada aldea que nos cruzamos —le dijo Naia con mirada asustada.

—No seas ingenua; camina y calla la boca si no quieres que te arranque los pocos pelos que te han dejado las brujas esas.

—Pero, ama, os empeñáis en acercaros a cada mujer que nos encontramos por los caminos, y ya es la tercera vez que nos arañan la cara y nos rasgan los sayos mientras nos insultan y nos echan a empujones de sus dominios, como si fuésemos a quitarles el pan de la boca.

La Balteira se giró hacia su sierva y, con el dorso de la mano, le cruzó la cara para terminar con aquella conversación que no iba a

llevarlas a nada. María sabía que las mujeres se ponían muy nerviosas cuando las rondaban, sobre todo por ir acompañada por una belleza como Naia, pero no le preocupaba en absoluto. Además, necesitaba las indicaciones de esas mujeres para dar con el camino hacia Guadix y así evitar lo más peligroso de la frontera, que se encontraba en el alfoz de las ciudades de Jaén y Granada.

La soldadera era mujer experta y sabía que un mal paso en los caminos podía costarles incluso la vida, algo que su covilheira, pese a los años que llevaba a su lado, parecía desconocer. Por precaución había llenado un hatillo de saquitos de cuero repletos de dírhams de cobre para ir pagando dádivas en las tabernas de los caminos a cambio de indicaciones y consejos sobre sitios seguros en los que hacer noche.

—De todas maneras, rapaza, después de los años que llevamos desplumando soldados de punta a punta de al-Ándalus, ¿te vas a asustar ahora por cuatro arañazos? —le dijo a su sirvienta, que seguía con el gesto sombrío.

—Ama, temo más a esas mujeres que a los soldados. La del moño grisáceo no nos ha matado porque hemos puesto tierra de por medio, pero tenía escrito en los ojos que nos abría la cabeza con el mazo.

—Ahora te vas a enterar de lo que es capaz tu ama.

La soldadera ató el ronzal del mulo a una encina, agarró a Naia de la manga del sayo y tiró de ella en dirección a la aldea que habían dejado atrás. La sierva intentó desasirse de su ama, pero esta la cogió del pelo y se encaminó hacia la taberna. Cuando estaban a unos treinta pasos, se sentaron en una piedra de gran tamaño que había junto al camino que conducía al pueblo y no tardaron demasiado en acercarse dos paisanos.

—¿Estáis perdidas?

—Sabéis que no —respondió la Balteira con su descaro habitual.

—¿Entonces?

—¿No tendréis un par de monedas en esas faltriqueras?

María miró de reojo a su covilheira y observó el pánico que tenía dibujado en el rostro. Miraba a los dos tipos al tiempo que trataba de

ver si las mujeres que las habían atacado un rato antes aparecían por el carril.

La Balteira se levantó de la piedra y se perdió en la maleza acompañada por el más alto de los dos. Era un individuo que frisaba la treintena, con poco pelo en la frente, pero con una barba negra muy cerrada y unos ojos saltones de color gris que se asemejaban a los de un sapo. María lo despachó en un momento: le metió la mano entre los pliegues del sayal, le masajeó el miembro y consiguió que este se derramase sin demasiado esfuerzo, pues el tipo estaba muy excitado tras recorrer el cuerpo de la gallega por el interior de su camisa con sus manos ásperas y llenas de callos.

—Anda, dile a tu amigo que venga si no quiere quedarse con las ganas, que la mojigata esa no va a hacer nada con él.

La Balteira atendió también al otro individuo, que tenía una barriga tan grande que le costó dar con su ridículo miembro, pero este estaba más excitado y terminó con él incluso con más facilidad.

—Sabe Dios que no me gusta esta forma de ganar las monedas, pues es una manera de darles la razón a los que nos acusan de barraganas, pero esas cuatro desgraciadas no se iban a salir con la suya, y estos son los maridos de dos de ellas. —Miró a Naia y con una sonrisa le dijo—: Con la Balteira no se juega.

Descansaron una semana en una zona de casas cueva que había en las inmediaciones de Guadix, donde dieron con una musulmana viuda que las acogió. La mujer vivía de lo que conseguía sacar del pequeño huerto que compartía con una familia que habitaba la cueva contigua y de la leche de unas cabras que cuidaban entre todos. La mujer aceptó de buena gana uno de los saquitos repletos de dírhams a cambio de un cántaro de leche, y tras departir un rato junto a la lumbre que tenía en la entrada de la cueva las animó a que se quedasen a dormir con ella. La compañía y los dírhams no le irían mal para encarar el invierno.

Cinco jornadas tardaron desde Guadix hasta divisar la poderosa construcción de la alcazaba almeriense con el mar Mediterráneo de fondo. Atrás quedaba un viaje cuya última etapa, la que transcurrió

desde la casa cueva de la viuda musulmana hasta la capital almeriense, les había dejado un recuerdo imborrable. Era casi inconcebible pasar en la misma jornada de contemplar las nieves perpetuas de los glaciares a tener que atravesar un desierto en el que la vegetación apenas estaba formada por cactus y algún que otro arbusto raquítico.

Consiguieron entrar en la ciudad al segundo intento. El primer día les fue imposible porque habían llegado al puerto varios barcos de gran calado provistos de mercancías para la corte granadina. La puerta estuvo bloqueada por la salida de carros de bueyes hasta bien entrada la tarde, y para entonces los soldados que custodiaban la entrada estaban quisquillosos y agresivos, y las dos mujeres no quisieron arriesgarse a recibir las caricias de sus látigos.

8

Pasaron su primera noche en aquella tierra junto a un buen número de viajeros que se quedaron sin poder acceder a la medina como ellas. Esta circunstancia les acabó viniendo bien, pues la Balteira reconoció a unos viajeros con los que habían coincidido el día que pasaron junto a las grandes montañas nevadas y se acercó a ellos para informarse de un lugar conveniente en el que dos cristianas podrían instalar su pequeña tienda dentro de aquella urbe musulmana.

Los mercaderes a los que se acercó eran judíos y tampoco se sentían muy cómodos en aquella tierra, lo que los invitó a prestarse ayuda mutuamente. Siguieron los consejos de los sefarditas y al otro día, cuando por fin entraron en la ciudad, se instalaron en una zona donde se mezclaban las tiendas de lona con casuchas que apoyaban su estructura de palos y maderos en la muralla que cerraba la ciudad por la zona oeste, muy cerca del peñasco donde se ubicaba la alcazaba. En aquel lugar abundaban los mozárabes y no les fue difícil conseguir un trozo de tierra donde plantar su tienda.

Una mujer alta y entrada en carnes manejaba aquel barrio hecho fundamentalmente a base de tiendas de lona con mal aspecto, en el que abundaban mercaderes ambulantes, maleantes, prostitutas y porteadores de los puestos del mercado. La mujer se acercó hasta la Balteira cuando la vio aparecer.

—Llegas tarde, cristiana. En esta medina tenemos suficientes fulanas.

María miró a la mujer sin soltar el ronzal de su mulo, que a duras penas había conseguido subir la empinada cuesta que llevaba hasta aquel asentamiento, mientras Naia aguardaba a tres pasos de su ama, con cara circunspecta. La soldadera se planteó abrirle la

cabeza a su anfitriona, pero pensó que no era buena idea y se tragó su orgullo por enésima vez en ese viaje. Era parte de los requisitos que había que cumplir cuando uno se introducía en tierras musulmanas.

—Disculpad, buena señora, pero estáis en un error. Yo soy música y esta moza que me acompaña es mi sirvienta.

—A mí no me cuentes tu historia. Eso guárdatelo para tus clientes cuando los tengas en el lecho.

María se dio por vencida, metió la mano en su faltriquera y le ofreció uno de los pequeños saquitos repleto de dírhams de cobre. La mujer arrambló de malas maneras con la bolsita de cuero, señaló con el mentón hacia uno de los huecos que quedaban en la parte más alejada de la explanada y se marchó.

Desde la puerta de tela que cerraba la tienda de las gallegas se veía imponente la muralla de la alcazaba. Se trataba de una fortaleza absolutamente inexpugnable gracias a sus altas defensas y su localización estratégica en un monte escarpado que cerraba la plaza por el norte.

La ciudad de Almería cumplía con los requisitos exigidos para que una medina creciese y se desarrollase el comercio. Por un lado, estaba su puerto, que la convertía en entrada para las transacciones y lugar de cabotaje para las naves que iban y venían de tierras lejanas. El comercio proveniente de Portugal, Francia, la Gascuña o Inglaterra hacía escala en aquellos muelles antes de cruzar hacia Génova, Pisa o Florencia.

A esta privilegiada situación en las rutas marítimas había que unir la orografía física de la ciudad, que la ayudaba a convertirse en una plaza casi inexpugnable para los ataques cristianos, por lo que el comercio crecía con fuerza intramuros de la medina. A esta plaza además la favorecían, dentro y fuera de las murallas, un clima suave y la fertilidad de sus tierras, que convertían el alfoz en un vergel repleto de huertos ampliamente productivos.

María no tardó demasiado en actuar para el arráez y los prohombres de la ciudad en la alcazaba. Le bastó con subirse a un improvisado escenario en el que se tocaba el laúd y se declamaba poesía a cambio de unas monedas en mitad del ruidoso mercado

central. La plaza tenía un ajetreo tan enorme que el simple hecho de sentarse a observar aquella actividad frenética acababa por agotar a cualquiera. Se subastaba el pescado a gritos mientras las espuertas de esparto, llenas hasta los topes de verduras frescas, cambiaban incesantemente de manos en aquella medina que tenía en la compraventa su principal actividad.

La Balteira se subió a la tarima de madera con su laúd y su voz aterciopelada y tardó muy poco en atraer las miradas de cuantos la rodeaban. Había esperado su turno con paciencia, confiada en la facilidad que siempre había tenido para atraer a las mujeres con su música y a los hombres con las curvas insinuadas bajo su sayo de lino fino color malva. Al día siguiente consiguió actuar en la alcazaba de la ciudad, invitada por un hombre alto y muy delgado, sin apenas pelo sobre la cabeza y con una barba larga de un blanco deslumbrante.

El individuo que la abordó en la plaza vestía una túnica marrón oscuro con bordados en oro y pedrería. Se le presentó como uno de los armadores más importantes de aquel puerto y, tras asombrarla con la entrega de un octavo de dinar andalusí, la apartó del bullicio para hablar con ella a solas. Entraron en uno de los callejones que partían de la plaza del mercado y el hombre de ojos brillantes y tez arrugada le confesó que le había gustado tanto lo que había oído que pretendía ofrecer la música de la gallega como regalo a la familia del arráez de la ciudad.

—Por el dinero no os preocupéis, porque seréis muy bien pagada, pero no podéis fallar: mañana es un gran día en esta plaza.

—¿Y eso por qué? —quiso saber la cristiana.

—Cada cosa a su tiempo.

—Mirad que si no me lo decís mañana igual no me encuentro con ánimo de subir hasta la alcazaba.

—El dinero es un muy buen motivo para tener buen ánimo —le dijo el tipo mientras le acariciaba el costado con un objeto punzante que la gallega identificó rápidamente.

—Podéis guardar vuestro puñal. Ya veo que en esta tierra no tenéis demasiado sentido del humor.

—Señora, vos y yo somos extraños en esta plaza. Nuestra cabeza sigue sobre nuestros hombros de pura casualidad, de modo que no tentéis a la suerte. Los sefarditas debemos andarnos con la misma prudencia que los cristianos en esta tierra.

El tipo guardó la daga y miró directamente a los ojos azul claro de la soldadera.

—Espero que sepáis perdonarme, pero llevo demasiados años aguantando esta situación y creo que estoy llegando al límite. Este es mi último invierno en esta ciudad.

Cuando María y Naia regresaron a su tienda en la gran explanada situada a poca distancia de la alcazaba, se encontraron con la mujer que dominaba el asentamiento. María adivinó sus intenciones desde el primer momento en que la vio. De hecho, había sabido lo que pretendía la taimada mujer casi antes de verla por primera vez. Odiaba lo que iba a pasar, pero era consciente de que no podía hacer nada por evitarlo.

Algo en su interior le hacía retorcerse de rabia. En una ocasión, una de tantas noches que pasaron entre las mesnadas del infante de Castilla, había permitido al heredero de la corona disfrutar de aquella fruta prohibida. Le había costado meses superar la rabia que sintió tras entregarle, aunque solo fuese por una noche, a su covilheira al príncipe Alfonso.

Dejó entrar a Naia en la tienda y se quedó frente a la mujer, que desde el momento en que les puso el ojo encima detectó la piel blanca y tersa de su sierva, su melena castaña y sus ojos de un verde que hipnotizaba a todo el mundo. Y a pesar de que Naia iba vestida con el sayo de lino basto marrón, la mujer había sabido observar esa figura que mezclaba la fragilidad con la voluptuosidad y despertaba la sed de lujuria tanto en hombres como en mujeres.

—¿No fueron suficientes las monedas que os pagué por este ridículo trozo de tierra?

—Buenas noches, yo también me alegro de verte.

—¿Os alegráis de verme a mí o son otras vuestras intenciones?

—Para estar en tierra extraña te veo muy envalentonada; no sigas por ese camino si no quieres que avise a los alguaciles. Créeme que estarían encantados de poner las manos sobre una cristiana.

—Mi covilheira no está en venta —le dijo para dejar de dar vueltas al asunto.

—¿Y quién ha dicho que venga con la intención de comprar cosa alguna? Al menos me dejarás que mire dentro de la tienda para ver si traes armas o algo que deba requisar.

En todo caso, María era consciente de que su sierva sabría defenderse, pues ya la había visto saltar al cuello de más de una y más de uno para dar la cara por su ama en alguna noche en que las cosas no habían salido como había planeado. Así pues, abrió la cortina de la tienda y dejó entrar a la mujer.

Naia llevaba puesta una camisa de lino fina, que era blanca y transparentaba su cuerpo con la leve luz de la fogata que se colaba por la puerta. Le indicó a la intrusa que se mantuviese en silencio, poniéndose el dedo índice en la boca, y señaló el lecho de paja para que se recostara.

Una vez que la mujer se tumbó sobre el montón de paja, Naia se sentó a horcajadas sobre la musulmana y, tras asentar las nalgas sobre las caderas de la mujer, le masajeó los hombros en absoluto silencio, roto únicamente por los gritos de las gentes que vociferaban en el exterior. Después se agachó sobre ella, le lamió el lóbulo de la oreja y siguió hasta su cuello. Le subió el sayo y con la ayuda de la mujer se lo sacó por la cabeza, dejándola con una camisa color crema como única ropa. Metió las manos en el interior del blusón y recorrió ambos costados del cuerpo de la musulmana hasta alcanzar sus pechos. Los notó grandes y blandos, pero aun así le gustó su tacto. Los masajeó en círculos y se dio cuenta de que no era capaz de rodearlos por completo con las manos. Sintió el tacto diferente de la piel de las aureolas y detectó que eran algo más grandes que las suyas. Las repasó durante unos instantes con el dorso de los dedos hasta que llegó a los pezones. Los atrapó entre ellos y los pellizcó con suavidad hasta que los notó endurecerse, y entonces los chupó a través de la camisa. Después fue bajando hacia su entrepierna, donde al principio la acarició con delicadeza para ir incrementando la presión de los dedos cuando sintió que la mujer se lo pedía con sus movimientos.

Después de llegar al éxtasis tras gemir sin contención alguna, se quedó tumbada bocarriba con la respiración alterada y los brazos en cruz, completamente extenuada. Entonces Naia se puso el sayo sobre la camisa y salió de la tienda dejando a la musulmana en el interior de la carpa mientras recomponía su figura. La mujer salió un rato después y se marchó hacia el centro de la medina sin despedirse de las cristianas, que la observaron perderse por la cuesta en silencio.

9

Al caer la tarde del día siguiente, María se apostó en la puerta que daba acceso a la alcazaba junto a un buen número de personas que cada tarde esperaban por una ocupación en el servicio de los gobernadores de Almería. En la puerta había artistas, porteadores, jardineros, cocineros y todo tipo de personal de servicio doméstico, tanto hombres como mujeres. Las conversaciones entre las gentes que se agolpaban frente a la entrada eran todas en árabe, y, por tanto, María no lograba entender de lo que hablaban, pero sí le quedó claro que aquellas personas acudían a diario a esa puerta para trabajar en el interior de la fortaleza.

El encargado de seleccionar a las personas que accederían al interior salía cada cierto tiempo y en ese momento las conversaciones se detenían. El funcionario, ataviado con una chilaba gris y un turbante negro, elegía a varios afortunados y se perdía dentro de la fortaleza. El resto continuaba con su cháchara. Era una situación extraña, pues las personas que esperaban por el centinela lo miraban con gran expectación, tratando de llamar su atención para ser los afortunados, pero cuando el funcionario se marchaba sin seleccionarlos parecían respirar aliviados.

—Acompañadme —le dijo el hombre alto de larga barba que la había citado en aquel lugar. El individuo había llegado hasta donde ella se encontraba sin que la gallega se apercibiese de su presencia hasta que oyó su voz.

Los guardas que estaban junto al portón se hicieron a un lado y María entró siguiendo a ese hombre cuyo nombre ignoraba.

Subieron una escalinata interminable, franqueada por alguaciles vestidos con túnicas grises y con un alfanje pendiendo del lado derecho del cinto y un puñal en el izquierdo. El anciano tuvo que

detenerse en dos ocasiones para recuperar el resuello antes de llegar al final de la escalera, donde se encontraron con una puerta de madera maciza que daba acceso a una torre rectangular, hecha a base de sillares de piedra gris. Frente a la puerta había dos centinelas que escrutaron con mirada ausente a los recién llegados. El soldado de la derecha abrió el portón y les dio paso mientras el otro permanecía inmóvil.

Ya había oscurecido, y si bien la escalinata exterior estaba iluminada por antorchas que desprendían un agradable calor en aquella noche fría, en el interior las lámparas de sebo pendían de las paredes del ancho pasillo encalado que conducía hasta un gran salón custodiado por otros dos centinelas también armados. Estos soldados adoptaron una actitud más relajada que los anteriores y le dedicaron una amplia sonrisa al acompañante de María.

Tras la puerta se abría un salón de grandes dimensiones cuya iluminación era tenue y con un ambiente sosegado, a pesar de encontrarse repleta de invitados cuando entró la soldadera. El anciano fue saludando a los consejeros del gobernador con inclinaciones de cabeza y una amplia sonrisa. Algunos de los consejeros le devolvían la sonrisa y otros retomaban sus conversaciones tras mostrar absoluta indiferencia hacia el mercader. Tres de ellos, además de saludarlo desde la distancia, con la dentadura blanca resaltando entre las pobladas barbas negras, asintieron con la cabeza tras apuntar con el mentón en dirección a la Balteira.

El suelo del salón era de mármol y estaba cubierto por alfombras que se superponían formando montículos de hasta cinco piezas. Encima de ellas había grandes cojines de pluma sobre los que descansaban muchachas con apariencia de ser bastante jóvenes, por lo que se podía adivinar tras los velos que les tapaban la cara y los sayos anchos y coloridos que les cubrían el cuerpo.

Las jóvenes doncellas estaban recostadas sobre los almohadones en el centro de la sala, muy cerca del pequeño escenario en el que en ese momento actuaba un poeta cristiano que basaba su espectáculo en una burla de las débiles tropas castellanas. Tras la zona donde estaban las muchachas una hilera de mesas formaba un

semicírculo. Sobre estas, cubiertas por manteles de hilo blanco, reposaban los más variados manjares en forma de verduras, pescados, aves y todo tipo de panes de fruta.

Sentados a estas mesas los hombres reían, hablaban y hacían chanzas a costa de la actuación que estaban viendo. Se trataba de los gobernadores de aquella plaza y sus familiares masculinos más próximos, así como de sus amigos y los militares de mayor rango. Sería muy difícil encontrar en una corte cristiana la cuidada decoración del salón y los manjares que se podían ver sobre las mesas; los musulmanes sabían representar mejor que nadie el Paraíso en la tierra, como les había oído decir en multitud de ocasiones la gallega.

—Ignoro si nos volveremos a ver —le dijo el anciano a la Balteira cuando la dejó junto al escenario antes de marcharse hasta una de las mesas en la que lo esperaban unos magnates ataviados con vestimentas blancas.

—No os preocupéis, que no decepcionaré a vuestros amigos. Los voy a deleitar con mi mejor música.

—Tened mucho cuidado con las mozas que aguardan en los cojines. Son muy celosas de su territorio y todas ellas portan alfanjes entre los pliegues de sus vestidos —le advirtió en un susurro, acercándose al oído de la gallega mientras le depositaba una bolsa con monedas en la mano.

—Voy a tener que hacerme con un puñal yo también, estoy empezando a pensar que en esta ciudad todo se arregla de la misma manera.

—Nunca superaré la vergüenza que me inunda el alma por lo sucedido junto al mercado. Sentí pánico al pensar que este regalo que quiero ofrecer al rey de los murcianos —le dijo señalando con la cabeza hacia la comitiva del emir— se pudiese esfumar. Sois vos y vuestra música lo que me hizo perder la cordura.

—No os preocupéis, que no soy un polluelo recién salido del cascarón. Está todo perdonado. —Y realmente lo estaba. El pequeño saquito que le acababa de dar pesaba lo suficiente para pagar por el incidente.

—Siempre os estaré agradecido, cristiana. —Estas fueron las últimas palabras que le oyó al anciano.

En el escenario, que estaba justo delante de los cojines donde aguardaban las mozas, el poeta cristiano se defendía de las mofas que hacían de él dos poetisas que se reían de la forma de hablar del muchacho y de la poca destreza que había demostrado con las armas, circunstancia por la que había tenido que dedicarse a recitar poesías y tocar el laúd.

Las cantigas de escarnio eran la especialidad de María, pero ese día no podía darle rienda suelta a su lengua, ya que la habían llevado hasta allí para cantar y recitar poesía, y eso era lo que debía hacer si no quería volverse a Córdoba con la faltriquera vacía. Las poetisas que arremetieron contra el cristiano no lo hicieron nada mal, pero María se quedó con las ganas de subir a las tablas y soltar una retahíla de improperios contra aquel tipo, que tenía la cara llena de pecas y una poblada melena de tirabuzones rubios. Sin duda la Balteira habría hecho reír a carcajadas a los magnates musulmanes y les habría hecho vaciar sus faltriqueras; pero no se fustigaba, ya habría otras oportunidades.

Era una noche especial en la alcazaba almeriense. Entre los asistentes a aquella jornada de ensueño se encontraba el emir de Murcia, Ibn Hud, el hombre que había dominado todo al-Ándalus hasta la aparición del joven al-Ahmar, el pujante caballero musulmán natural de la ciudad de Arjona que estaba empezando a controlar el tablero del poder en el sur de la Península.

Las muchachas que aguardaban hasta que el espectáculo finalizase se aburrieron de esperar y, sin permitir que las poetisas terminasen de despellejar al sonrojado juglar, se levantaron de sus grandes cojines y comenzaron un baile que acabó con las conversaciones de los ricoshombres sentados alrededor de los suculentos manjares.

El baile sensual de las mozas era embriagador y contagió a buena parte de los presentes, que se levantaron de sus sillones y se entremezclaron con las bailarinas. Los susurros de algunos de estos hombres al oído de las muchachas estaban acompañados por el sonido apagado de los instrumentos de cuerda, que, junto con la

tenue iluminación de las teas, generaba una sensación de sensual intimidad. Las muchachas conocían muy bien el arte de la seducción y rechazaban a los hombres para seguir con los movimientos de sus bailes, en los que se adivinaba más por las sombras que se movían en las paredes y en el suelo que por la propia imagen de las bailarinas, ya que la estudiada iluminación lograba componer un teatro de sombras que fascinaba a los presentes.

El número de prendas de ropa que cubrían los cuerpos de las muchachas cada vez era menor, y las miradas de los hombres cada vez resultaban más descaradas. Estos trataban de elegir compañía a medida que pasaba el tiempo, aunque algunos todavía no se habían decidido por ninguna y permanecían recostados en sus almohadones, observando cómo se contorneaban las jóvenes. A María le quedaba claro que lo que había oído con respecto a las noches de música, poesía y solaz en la plaza almeriense era cierto; de hecho, estaba empezando a pensar que sus informadores se habían quedado cortos.

El arráez de la ciudad rendía pleitesía a Ibn Hud, según había podido saber María. En el tiempo que estuvo esperando para entrar a la alcazaba se informó de que al gobernador de aquella ciudad lo había enviado allí el propio emir murciano para crear una plaza segura en la que protegerse si las cosas se complicaban en su capital. Aquel era un día especial porque hacía más de un año desde la última visita del máximo representante de la dinastía hudí en la Península.

El valí de la plaza almeriense, al-Ramaní, vestía una túnica con tal cantidad de bordados en oro y pedrería exótica que parecía iluminarse cuando la reflejaban las pocas teas que continuaban encendidas. A la Balteira aquello le extrañó desde el principio, ya que no acertaba a ver lo que pretendía el gobernador de la ciudad. Era evidente que se había esmerado por lucir unas vestimentas que destacaran por encima de las del propio Ibn Hud, al que debía pleitesía, y la soldadera conocía lo suficiente los entresijos del poder musulmán como para darse cuenta de que aquello constituía una ofensa que el rey murciano parecía pasar por alto, pero no algunos de sus consejeros.

Cuando la noche se acercaba a su punto más álgido, en el momento en que casi no quedaba un solo hombre que no estuviese conversando con alguna de las muchachas, irrumpió en la sala una joven que no llegaba a los diecisiete años. Su entrada estuvo precedida de un cambio en la música y en la iluminación, pues crearon un camino delimitado por lámparas de sebo que conducía desde la entrada proveniente del interior del palacio hasta el centro del salón. Y mientras la muchacha entraba siguiendo aquel camino marcado por las lámparas, precedida por dos mozas que lanzaban pétalos de rosas para que la doncella caminase sobre ellos, la música se detuvo y comenzó a sonar un ritmo parsimonioso que la acompañó a su destino, justo delante de la mesa de los magnates murcianos.

La entrada de la muchacha provocó que el rumor de las conversaciones se detuviese y todos los ojos de la sala se dirigieran hacia ella. Vestía un sayal negro de terciopelo con una costura dorada que recorría el centro del paño desde el pecho hasta los pies. Tenía un escote recatado que acababa en punta y el borde estaba decorado en oro, así como el bajo del sayo y las mangas. Iba descalza y tenía dibujos en los tobillos y los pies, así como en los dorsos de las manos. Los labios estaban pintados de un rojo muy oscuro, casi granate, y sus enormes ojos negros se hallaban contorneados con un lápiz del mismo color.

Al-Ramaní se levantó al verla entrar y fue a su encuentro. La muchacha no parecía deber ningún respeto a aquel poderoso magnate y mantuvo la mirada hierática en dirección al final de la sala. El valí se mostró conforme con la situación y le ofreció su mano, que ella tomó para que la condujese hasta donde se encontraba el emir murciano, que esperaba sentado a la mesa con ojos expectantes.

—Adorado emir —dijo el arráez almeriense al llegar frente al rey murciano—, he aquí la prueba de mi lealtad con vos.

—Estimado al-Ramaní, nunca lo dudé, y es por esa confianza que os tengo por lo que puse en vuestras manos mi tesoro más preciado, que según puedo comprobar no solo habéis cuidado, sino hecho florecer.

—Es un honor sin igual que depositéis en mi humilde persona semejante honor y responsabilidad.

El emir se incorporó y acto seguido se levantaron el resto de los comensales. Ibn Hud esperó a que le retirasen el sillón en el que había estado sentado, se dio media vuelta y salió del salón por la puerta que conducía al interior de la fortaleza sin dirigir una palabra a nadie. Tras él salieron la muchacha y una dama de compañía que caminaba justo detrás de la joven mujer.

10

María no consiguió dormir en toda la noche, no podía dejar de dar vueltas a lo que había sucedido en el salón de la alcazaba. Le pareció todo muy raro, tanto la marcha apresurada del emir murciano como las miradas que se cruzaron el arráez y sus adláteres tras la salida de su invitado, al que siguieron prácticamente todos los hombres que habían permanecido junto a él durante la velada. Uno de ellos, un tipo de piel curtida, barba negra muy cerrada y unos ojos negros grandes y misteriosos, que parecía estar en desacuerdo con su emir durante toda la cena y que incluso llegó a discutir con él, permaneció en la estancia con gesto contrariado.

El final de la velada había sido abrupto e incomprensible para María. Era obvio que el emir deseaba pasar un rato de intimidad con aquella muchacha, pero ver a uno de sus consejeros mostrar en público tal nivel de desacuerdo con su propio rey era algo que no lograba entender. Ella había estado en infinidad de celebraciones musulmanas, sobre todo en presencia de ricoshombres y militares de alta graduación tras algunas victorias, y jamás había visto a un subordinado adoptar una actitud como aquella. Una ofensa de tamaña magnitud no estaba permitida y se podía castigar incluso con la muerte, pero el hombre no se inmutó. Era como si todo cuanto estaba sucediendo en aquel lugar fuese completamente reprobable para el magnate de los penetrantes ojos negros.

El día siguiente vino a confirmar los malos presagios de la gallega. La ciudad se sumió en un gran desconcierto y convirtió el espíritu festivo que reinaba la jornada anterior en un baño de lágrimas, ruegos y, sobre todo, rabia. El arráez de la plaza proclamó a los cuatro vientos que la fatalidad se había cernido sobre aquella joya mediterránea que era la ciudad de Almería: el destino había querido

que un hombre joven y fuerte abandonase este mundo de forma natural cuando nadie lo esperaba. La muerte de Ibn Hud en plena madrugada había convulsionado a la ciudad.

Lo que empezó en consternación fue convirtiéndose en zozobra, detenciones y violencia por parte de los alguaciles de la medina. Pero aquello no sorprendió a la Balteira, que había decidido abandonar Almería a la carrera ese mismo día antes de que terminase de salir el sol. Y no fue solo por lo que contempló con sus propios ojos en la velada del gran salón, sino porque en el improvisado barrio en el que pernoctaba tuvo la fortuna de escuchar antes que nadie lo que estaba por venir.

—Todos los de esa parte de ahí son cristianos, y los de aquel lado son los comerciantes judíos de los que hablamos antes. —La voz de la mujerona que manejaba con puño de hierro el asentamiento le llegó en un susurro a través de la pared de lona de la tienda en mitad de la madrugada.

—Pero estos son todos unos muertos de hambre. —La voz del hombre era ronca y dejaba entrever un tono despectivo.

—Aquí hay algunos mercaderes que han hecho buen dinero, créeme —le dijo la mujer.

—Por tu bien espero que sea verdad lo que me cuentas y que esos dinares que te has llevado no te cuesten el pescuezo. Cuando se conozca la noticia no vamos a dejar una sola chabola de estas en pie.

María separó con tiento las piezas de lona que cumplían el papel de puerta de su tienda y vio cómo la mujer alta y oronda se alejaba hacia el centro de la medina y el soldado se encaminaba a la alcazaba.

—Despierta. —Le dio un codazo a Naia.

—¡Ama!

—Rápido, levanta, que nos vamos de esta ciudad.

—¡Pero si ayer trajisteis un buen puñado de sueldos!

—Si no nos vamos de aquí en cuanto abran la dichosa puerta, es posible que esas monedas pasen a engrosar las faltriqueras de los soldados del arráez y nuestros cuerpos sean parte del festín de las aves carroñeras.

La salida por la única puerta de la ciudad por la que se permitió el paso ese día no fue fácil. La aglomeración de comerciantes, prestamistas, juglares, maleantes y toda clase de ciudadanos que no profesaban la fe musulmana ocupaba todo el barrio aledaño a la puerta de la ciudad. Los ánimos estaban muy revueltos y los látigos y los alfanjes de los soldados que patrullaban la ciudad caían sin piedad sobre ellos aprovechando la ira que reinaba entre los gobernadores.

La Balteira y su covilheira consiguieron salir junto a un nutrido grupo de comerciantes y buhoneros, que aprovecharon una rigurosa inspección a un grupo de prestamistas judíos, a los que desnudaron y desvalijaron por completo. Las escenas de pánico y las carreras de los viajeros no parecían tener fin. Huían despavoridos de los guardias, asustados por la desmesurada violencia sin control de aquellos hombres armados, que de pronto se habían sentido con autoridad para fustigar arbitrariamente a la población.

—Esto se veía venir desde lejos. Lo que más me ha extrañado es que no haya sucedido antes —le confesó entre susurros un trovador con el que había coincidido la Balteira en algún lugar de la frontera que ninguno de los dos acertó a recordar.

—¿Insinúas que han asesinado al emir? —preguntó María, haciéndose la nueva.

—No lo insinúo. Lo sé. La esposa del emir es muy celosa, tanto que le hizo jurar que no habría otra mujer que no fuese ella, y al final esto le ha costado enviudar y quedar relegada al ostracismo, porque no está claro qué va a pasar ahora en Murcia.

—No entiendo qué me quieres decir.

—¿Sabes lo de la moza que apareció anoche en la alcazaba?

María sabía perfectamente de lo que hablaba aquel tipo con la cara picada de viruela, pelo rubio y escaso, y ojos saltones del color de la miel; de hecho la había visto aparecer con sus propios ojos.

—Sí, sé lo de la moza.

—Pues bien. Esa joven era el capricho del emir, pero su esposa no le permitía disponer de estos antojos y la dejó aquí bajo la tutela del arráez de la ciudad. No sé si la has visto; yo no he tenido la suerte, pero dicen que es una verdadera diosa.

—Sí. Anoche estuve en la alcazaba. —El tipo merecía un poco de sinceridad por su parte.

—Cuéntame, ¿es tan deslumbrante como dicen las gentes o son simples exageraciones igual que las que tú y yo lanzamos sobre las tablas?

María lo miró y asintió con la cabeza apretando los labios y entornando los ojos.

—Pues ese tipo de joyas las debe guardar uno cerca del pecho y no dejarlas en joyeros ajenos, porque por mucha fidelidad que al-Ramaní debiese al malogrado Ibn Hud, perdóname por lo que voy a decir, la carne es débil y eso ya tenía edad para saberlo el buen emir.

Así pues, aquel amorío entre al-Ramaní y la joven concubina de Ibn Hud parecía estar en el origen del magnicidio que las autoridades almerienses achacaban a una muerte natural o accidental. Todo esto, junto con el ambiente que habían vivido intramuros de la ciudad, hizo que tanto el grupo de buhoneros como María y el juglar que la había puesto en antecedentes aligerasen el paso todo lo que pudieron para poner distancia con aquella medina manchada de sangre.

11

Campiña cordobesa, otoño de 1238

La lluvia había dejado de caer. Gervasio estaba completamente calado, al igual que el resto de sus acompañantes en aquel amanecer. Se hallaba tumbado entre la maleza que crecía salvaje junto al arroyo de la Marota, que los desafiaba con su cauce a punto de desbordarse, lleno hasta los topes de unas aguas turbias y embravecidas por las incesantes lluvias de las últimas semanas. Había tenido toda la noche la barbilla apoyada en el fango mientras caía el aguacero. El grupo llevaba varios días acudiendo a ese punto para vigilar el entorno del asentamiento y a Gervasio le costaba recordar la última vez que pasó una jornada entera sin empaparse hasta la ropa interior. No obstante, se había criado en el monte y casi se sentía parte de él, por lo que no le molestaba en absoluto estar mojado y cubierto por el lodo. En cierto modo lo agradecía: esa sensación lo ayudaba a aislarse de lo que estaba por venir.

Lo que más odiaba en el mundo el joven pero diestro guerrero almogávar era tener que visitar una ciudad o una villa que fuese mayor que una aldeúcha formada por varias casas. Sin embargo, en la naturaleza, aunque fuese en aquellas circunstancias, se sentía como uno más entre todas las especies que la habitaban. De hecho, no llevaba consigo comida ni agua cuando salía durante varios días al monte, ya fuera en busca de alguna oveja extraviada de su rebaño o simplemente para cazar; en el zurrón apenas llevaba piedra y yesca para encender un fuego si lo necesitaba. Era capaz de localizar agua en las vaguadas o excavando profundos agujeros con sus propias manos, incluso en lo más duro del verano. Sabía detectarla a través del follaje que crecía en los lugares más húmedos

de los montes o en los cauces secos que todavía albergaban arroyos subterráneos en esa época del año.

La comida se la procuraba en los ríos y en las zonas más boscosas del monte, donde era fácil localizar caza. Como buena alimaña de campo, era un experto pescador y un cazador infalible capaz de atravesar a un zorro o a un conejo en plena carrera con uno de sus dardos. No se planteaba el uso de la ballesta, pues lanzaba sus azconas con tal precisión y velocidad que no echaba en absoluto de menos un arco y unas flechas. También era muy habilidoso con la honda, que utilizaba sobre todo para la caza menor.

Su padre le había enseñado a usar las armas de los almogávares desde que tuvo fuerza para sostenerlas con sus pequeñas manos, y le inculcó la sabiduría de estos astutos guerreros que formaban el batallón de choque en las huestes del señor al que sirviesen. No solo eran expertos soldados en la guerra de guerrillas, sino que además formaban la mejor estirpe de espionaje que se podía encontrar en Hispania. Eran grandes conocedores del terreno, y su sigilo era una de las virtudes más valoradas por los demás. Un cuerpo de almogávares podía entrar en un poblado y arrasarlo por completo sin que sus víctimas llegasen a abrir los ojos.

Eso mismo era lo que se esperaba de ellos en esa mañana que aún estaba por despuntar. En el fango, a pesar de que todavía estaba oscuro, podía ver las lombrices que reptaban junto a él y sentía envidia de ellas, porque no tenían que verse obligadas a matar a sangre fría gentes que no habían cometido otro pecado que profesar una religión distinta a la suya. Odiaba esos momentos previos a las matanzas, porque lo que les tocaba aquel día no se podía llamar de otra manera.

A Gervasio apenas le quedaba un recuerdo borroso de sus primeros años de vida en las montañas nevadas del norte de la Península. Más lo recordaba por lo que su madre le había contado que por las imágenes que conservaba en su mente. Pero todavía se acordaba de una cosa que no había cambiado, algo común tanto a su familia como a la hueste junto a la que luchaba: el catalán, un idioma romance diferente al de las gentes de Córdoba. Algunos de sus compañeros de algara habían nacido en aquella sierra que

separaba Castilla de Córdoba, pero para entrar a formar parte de su unidad debían ser familia de los almogávares originales que habían viajado hacia el sur desde las tierras aragonesas.

Su padre fue uno de los muchos que se desplazaron con las huestes del señor de Molina para luchar junto al rey Fernando en al-Ándalus. Se llevó a su familia con él y dejó a su mujer y a su hijo Gervasio, de cuatro años, en una zona de riscos y cuevas en Sierra Morena. Allí se crio el aprendiz de almogávar, porque eso eran los hijos de los almogávares, junto a su madre y los hermanos que fueron naciendo cada otoño.

Su padre volvía a la cueva al final de las campañas, con las primeras lluvias, y pasaba junto a ellos lo más crudo del invierno, hasta que un año no regresó. Su madre murió al año siguiente de nacer su hermana menor y Gervasio se quedó al cargo de la familia y del pequeño rebaño que habían sido capaces de reunir durante los años en que su padre se mantuvo con vida. A partir de ese momento se ocupó de cuidar a sus hermanos y procurarles comida cada día. Cazaba, pescaba y vendía la lana de las ovejas a un tratante que las esquilaba a final del invierno en un cercado que había en la entrada de la aldea, donde se hacía mercado un día al mes.

Nada de lo sucedido constituía un drama para ellos; las familias almogávares sabían que su destino era dar la vida por el pendón al que perteneciese su unidad, y después del padre les tocaría a los hijos. Había infinidad de familias de almogávares del señor de Molina dispersas por las cuevas y las aldeas de aquella sierra, y cada año se incorporaban nuevos miembros para sustituir a los que iban cayendo en las algaras de la frontera.

—Cuida de tus hermanos, sabes que ya no me queda más de una noche —le dijo entre temblores su madre la última vez que habló con ella.

—Vete tranquila, que nada les va a faltar a tus hijos.

—Un día vendrán a por ti.

—Lo sé, madre.

—Trata de enseñar a tus hermanos a pastorear y llévalos a la aldea para que sepan qué hacer con la lana.

—No te preocupes, que yo vendré cada invierno.

—Dios lo quiera. —Ambos sabían que era la voluntad de Dios la única que decidiría si Gervasio volvería de las campañas en la frontera.

El adolescente sabía que las huestes de su padre pasarían a reclutarlo cuando cumpliese los quince años; estaba escrito en su destino, era un almogávar desde el mismo día en que nació. Su padre se lo grabó a fuego en cuanto tuvo uso de razón.

Una mañana de primavera dos hombres llegaron hasta el cercado de tablones de madera que servía para estabular a las ovejas y cerrar el acceso a la cueva en la que vivían los cuatro hijos del fallecido matrimonio almogávar. Gervasio no tuvo que preguntar. Cogió las armas que le habían llevado otros dos hombres, parecidos a aquellos, cuatro años atrás, se despidió de sus hermanos recordándoles todo lo que habían hablado para cuando llegase ese día y salió del cercado.

En los dos años que habían pasado desde que había abandonado la cueva no había tenido la oportunidad de volver, por lo que sentía una gran nostalgia y una preocupación constante por saber de sus hermanos. El aguacero caía cada vez con más fuerza sobre la campiña mientras la mañana se negaba a despuntar. La espera para introducirse en las gélidas aguas del arroyo que los conduciría hasta el asentamiento que se disponían a tomar y que apenas estaba a cien pasos lo estaba torturando con esos recuerdos que hacían que se sintiera la peor persona del mundo. Era verdad que un almogávar no tenía permitido abandonar su unidad, pero aquellos tres niños dejados a su suerte en los riscos de Sierra Morena eran su vida.

Recordaba la entereza con la que habían encarado la despedida sus tres hermanos, que, como si fuesen aguerridos almogávares con un lustro de batallas a las espaldas, lo miraron con gesto serio antes de verlo salir de la cueva y asintieron con un movimiento leve de las cabezas, cubiertas por largas melenas revueltas de pelo castaño, como el de su madre antes de que se volviera grisáceo. Después Gervasio los abrazó y fue besándolos uno a uno en las mejillas y los párpados.

—Joan, eres el mayor. Cuida de tus hermanos y enséñales todo cuanto has aprendido de mí.

—No tengo que cuidar de mis hermanos, ellos se cuidan solos. Debemos cuidar del ganado y vigilar el paso escarpado por el que puede sorprendernos algún salteador, pero no te preocupes por eso —le respondió mientras acariciaba el mango de madera de un hacha tan afilada que era capaz de cortar un trozo de tela de lino que se apoyase sobre el filo.

—Ya habéis oído a vuestro hermano.

—Vete ya. Esos hombres esperan por ti. Nosotros no necesitamos nada. Cuidaremos la cueva, no te preocupes. —El nuevo jefe de aquella manada sonó convincente.

—Y tú ya sabes que aquí solo pueden entrar tus tres hermanos. Si osa acercarse cualquier otro, espero que no dejes de él un pedazo mayor que una hogaza de pan —le dijo antes de marcharse al mayor de los perros, sujetándolo por debajo del hocico para que lo mirase a los ojos.

Su vida se había desarrollado entre zarzas, arbustos y montañas en las estribaciones de las poderosas montañas que rodeaban su cueva, en las que enseñó a sus hermanos a respetar y entender aquel universo de la misma forma que lo había aprendido él de su padre cuando era un niño que apenas sabía caminar. Solo esperaba que sus hermanos tuviesen los conocimientos suficientes para defenderse de lo que se les venía encima a partir de aquel día. Por sí mismo no se preocupaba, sabía desde la muerte de sus padres que la vida era un regalo efímero. Pero era consciente de que todavía tenía una labor pendiente y esto era algo que lo ayudaba a seguir adelante: en cuanto tuviese la oportunidad, volvería a esa cueva en Sierra Morena para terminar de adiestrar a sus hermanos con los conocimientos que aprendió de su padre y que todavía no le había dado tiempo a enseñarles. Además, debía transmitirles todo aquello que la vida le había mostrado desde que salió de allí. Ese se convirtió en el único propósito de su existencia desde el momento en que abandonó en aquellos riscos lo más importante que había para él en este mundo.

12

Dos años después de que la turba almogávar reclutase a Gervasio en aquel risco de Sierra Morena, este se había convertido en un luchador experto. Había participado en tantas algaras que era incapaz de contarlas. Se había vuelto insensible a la muerte cuando entraba en acción. Antes y después de los combates tenía momentos de mucha repulsión hacia las escabechinas en las que se veía involucrado, pero durante la lucha dejaba a su instinto actuar sin pensar en ello.

Estas batallas eran terribles baños de sangre en los que dejaba de reconocerse a sí mismo. Una vez que empezaba el combate había algo en su interior que le hacía olvidarse del mundo y le cegaba la razón. Al principio no había reparado en ello, pero tras decenas de contiendas se dio cuenta, con más orgullo que remordimiento, de que era un auténtico almogávar. Peleaba, *coltell* en mano, contra caballeros musulmanes montados en ágiles cabalgaduras de guerra. Gervasio se lanzaba contra ellas a pecho descubierto para herirlas en las patas y en el vientre, y de este modo hacer caer al jinete, al cual agarraba por la espalda para rebanarle el cuello antes incluso de que alcanzase el suelo.

Había caballos en aquellas razias que podían valer más que una aldea entera. Por lo general, lo montaba el mismo arráez de alguna plaza, que se aventuraba en la escaramuza de turno, o algún emir o caíd de las tropas sarracenas. En esos casos era todavía más peligrosa la empresa, ya que aquellos caballos eran muy bien recompensados por su señor, y el grupo de almogávares con los que Gervasio avanzaba en las algaras prefería perder a un miembro del grupo antes que matar uno de esos ejemplares con los que les podían doblar la soldada.

—Tú también lo has visto. —Recordaba las palabras de Jofá.

—Lo hemos visto todos. —Los ojos de Gervasio estaban encendidos mientras corría como un condenado al encuentro del grupo musulmán formado por veinte jinetes.

—Atento a las riendas —le gritó Arnau casi sin resuello mientras se preparaba para lanzar una azcona al jefe de la tropa infiel.

—¿A qué esperas? ¡Vamos! —le gritó Gervasio para informarlo de que estaba preparado.

Pero uno nunca lo está para algo así. Mientras el resto del grupo almogávar se ocupaba de los demás integrantes de la razia, Arnau y él solo debían pensar en aquel fenomenal ejemplar árabe de pelaje color alazán que montaba el magnate musulmán. Arnau derribó con su azcona al jinete y el caballo salió despavorido. Gervasio corrió en sentido contrario al del equino para chocar con él, y cuando estaba a menos de un codo de distancia saltó y se agarró a su cuello con los brazos y las piernas. Luego se giró sujeto a las crines del animal, que intentó librarse de él lanzando un derrote con el cuello, pero el almogávar lo estaba esperando y consiguió seguir agarrado como una garrapata. El equino se arrojó al suelo para aplastar con el cuerpo a Gervasio y este aprovechó el momento para subirse en la silla y agarrar las riendas con firmeza para dominarlo cuando el animal se pusiera de nuevo de pie.

Batallas como aquella eran las que realmente disfrutaba, pues sabía que por la noche, cuando apagasen las lámparas, no tendría los ojos de los desgraciados a los que había arrancado la vida mirándolo fijamente.

Desde la toma de Córdoba por el rey Fernando, dos años atrás, el joven almogávar no había vuelto a pastorear su rebaño. Eran sus hermanos, de apenas cuatro, seis y siete años, a los que hacía demasiado tiempo que no veía, los que se encargaban de hacer la labor que había desempeñado desde que tenía uso de razón hasta que salió en la algara que tomó la gran ciudad.

Arribó el invierno, al que estaba deseando llegar con vida, sobre todo por volver a ver a sus hermanos, pero no le permitieron regresar a casa. De hecho, ni siquiera lo planteó: sabía cuáles eran sus obligaciones.

Estuvo meses en Córdoba, en el barrio de la Axarquía, junto a los integrantes de la hueste almogávar que tomó esa parte de la ciudad, esperando a que la maniobra del rey de los castellanos diese sus frutos. Lo informaron de que podían pasar meses e incluso un año al completo hasta que se rindiese el resto de la ciudad. Don Fernando había cortado por el flanco sur la comunicación de la ciudad con el resto de al-Ándalus, y esta estrategia acabaría por dar sus frutos. Pero mientras tanto la incertidumbre y la repulsión hacia la vida en aquella urbe poblada por ríos de gente convirtieron en un martirio para Gervasio su estancia allí. Al final, el hambre y la falta de un horizonte, una vez huido Ibn Hud, el rey andalusí, en una de las muchas derrotas que acumuló en sus últimos años antes de perder la vida en Almería, propiciaron que un caluroso día de comienzos de verano los cordobeses rindieran la medina y la ciudad al completo pasase a manos cristianas.

Habían transcurrido algo más de dos años desde que el rey de los castellanos había recibido de manos del príncipe Abu Hasan las llaves de la antigua capital de los califas, y Gervasio se sentía muy cerca de reunirse con los suyos. Era consciente de que ya no quedaban demasiadas algaras ese invierno; pronto se anegarían los caminos y se llenarían los cauces de los ríos, al igual que lo estaba el poderoso arroyo que tenía frente a él, y sería imposible cruzar con los ejércitos sin convertirse en blanco fácil para sus rivales. Si lograba salir con vida de la escaramuza que estaba por venir, no le quedaría demasiado para volver a ver a las personas que más quería en el mundo.

Pero tenía un mal presentimiento sobre la batalla que estaba a punto de comenzar: acababa de darse cuenta de un detalle que sabía que le iba a costar la vida. Mientras seguía en aquel lodazal, en el que a los jinetes musulmanes les sería imposible mantenerse de pie una vez descabalgados, sentía que esa tierra que notaba hasta en el último rincón de su cuerpo lo iba a ver dar sus estertores finales. Le dolía en el alma, porque sabía que de salir con vida de allí pronto estaría con sus hermanos y podría abrazarlos y cuidarlos

durante el invierno. Esos pensamientos no lo ayudaban ante lo que estaba a punto de venirle encima. Además, era consciente de que ya había tenido esos presentimientos en alguna ocasión y allí seguía, respirando el mismo aire de siempre, por lo que debía intentar apartar todo aquello de su mente.

El día despuntaba y el viento procedente del este acentuaba el mal presagio del joven guerrero de diecisiete primaveras. Acababa de olvidarse de todo lo que no tuviese que ver con la trifulca que estaba a punto de comenzar. Pero él no estaba allí para pensar ni para hablar, estaba metido en aquel lodazal para morir por el rey, como el resto de los almogávares que suponían la avanzadilla de las huestes del señor de Molina. Gervasio no sabía quién era ese señor, pero para él era Dios; había que cumplir cualquier orden que proviniese de aquella casa, sin titubear.

La brisa había detenido la lluvia y Gervasio, tras levantar su cara del suelo y ver los ojos de pánico de Arnau, un compañero de armas descendiente de una familia de almogávares procedente de los Pirineos, supo que estaba ante su último amanecer. Eso no les preocupaba en aquel momento, ya que la entrada en acción era tan inminente que Gervasio ni se acordaba de sus hermanos ni de su cueva en Sierra Morena, pero la derrota que iba a sufrir el ejército del rey de los castellanos sí que les dolía.

El viento de levante que había parado la lluvia les había traído un casi imperceptible olor a madera quemada, que para unas alimañas de campo como ellos proporcionaba mucha información. Jamás hablaban entre ellos en mitad de una batalla ni en sus prolegómenos: vivían juntos, se habían hecho hombres juntos y sabían perfectamente lo que corría por la cabeza de sus compañeros de batallón. Tanto Gervasio como Arnau sabían que el otro acababa de percibir la misma sombría noticia transportada por la brisa de la mañana.

—Gerva. —Lo sorprendió Arnau hablando en un momento en el que estaba prohibido, salvo que fuese estrictamente necesario para el desarrollo de la incursión.

—Lo sé —respondió, sin que tuviera que darle ninguna otra pista —. Nos vemos allí arriba. Por fin vamos a estar con nuestros

mayores.

—¿Crees que todavía daría tiempo? —Arnau hablaba el catalán más cerrado que jamás había oído.

Este sabía que se refería a salir corriendo como liebres hasta el grueso de la caballería para avisarlos de la emboscada, pero estaba del todo prohibido. Él también lo había pensado en un primer momento, incluso había calculado que podría llegar sin que lo detectaran casi hasta el pie de la arboleda donde estaban ocultos. Pero era inútil, nadie le prestaría atención y podrían incluso acusarlo de intento de deserción y ejecutarlo allí mismo.

—¿Estás loco?

—No vamos a morir nosotros solos, van a morir todos. No va a quedar nadie, lo sabes igual que yo. —Arnau le hablaba casi en un susurro, con media cara enterrada en el fango, mientras lo miraba de reojo.

—Pues ya sabes lo que toca. Vamos a llevarnos con nosotros a todos los musulmanes que podamos.

Arnau estiró el brazo y le revolvió la melena empapada a Gervasio, que le tomó la mano y se la estrechó como gesto de despedida. Ambos sabían que ese día estaba por llegar, y no era miedo lo que sentían, sino rabia por no poder evitarlo.

La batalla que pretendían acometer las fuerzas castellanas tenía como objetivo una ciudad amurallada que estaba a una media milla del arroyo junto al que se encontraban agazapados. A poco más de veinte pasos de donde la avanzada almogávar permanecía inmóvil para que no la detectaran, había un estrecho puente romano que salvaba el arroyo. Aquel puente estaba firmemente custodiado por un asentamiento plantado por los musulmanes, hecho a base de tiendas de lona y rodeado por una empalizada de madera, en el que habían ubicado un destacamento. El grupo almogávar debía tomarlo y aniquilar a las tropas sarracenas que en él se encontraban, para permitir que el grueso de la caballería castellana cargase sobre la ciudadela. Una vez que tuviesen el camino despejado, la infantería arremetería con un ariete contra la puerta que cerraba la fortaleza, con el objetivo de percutir por aquel flanco mientras otro grupo de

soldados se encargaría de tomar las murallas valiéndose de las máquinas de asalto con las que podían encaramarse a las almenas.

El campamento que iban a atacar por sorpresa estaba al otro lado del arroyo en dirección al oeste, y el leve olor no podría llegar hasta el grueso de la tropa y advertirlos de la presencia de fuerzas enemigas, ya que permanecían escondidos en el bosque que había en el flanco sur. Esperaban allí a que el campamento estuviese casi arrasado por la vanguardia almogávar, para entonces entrar y tomar la ciudad que estaba a tiro de ballesta del asentamiento. Por tanto, el grueso de la tropa castellana desconocía la existencia de una mesnada sarracena agazapada tras la espesa arboleda que había a la espalda de los almogávares.

Los ojos con los que se miraron de nuevo los dos almogávares, tumbados frente al curso de agua, revelaban que les había dado tiempo a asumir lo que sucedía en aquel momento y lo que acontecería después; la emboscada era un hecho.

La caballería musulmana esperaría para atacar a la hueste cristiana cuando esta fuese a cruzar el puente, y en ese embudo iban a masacrar a los hombres de la mesnada del señor de Molina. Gervasio y Arnau lo sabían, pero nada podían hacer: las órdenes ya estaban dadas y no se podía detener el ataque. No había forma humana de comunicarse con los oficiales al cargo ni estaban autorizados para hacer otra cosa que morir una vez que se habían dado las consignas en el campamento.

13

Gervasio se introdujo en el arroyo, que tenía dos hombres de profundidad en la parte central del cauce y llevaba una corriente que lo arrastró más de diez varas en el breve instante en que perdió pie. Aun así, logró llegar a la orilla contraria sin demasiados problemas. Miró a ambos lados y comprobó que el grupo estaba al completo. Corrieron con el sigilo que les proporcionaban sus pies descalzos y la habilidad de desplazarse sobre el follaje mojado como si levitaran.

Una vez que estuvieron a menos de veinte pasos de la entrada al cercado que rodeaba el asentamiento de las huestes de al-Ahmar, se juntaron los tres cabezas visibles de la avanzada: Arnau, Gervasio y el jefe de la expedición, Jofá, un tipo mayor que ellos y con la cara atravesada por una cicatriz que le confería un aspecto fiero. Lo más sorprendente de aquellas reuniones previas a la entrada en acción era que no cruzaban ni una sola palabra: eran sus ojos los que hablaban por ellos, los ojos de aquellos hombres dispuestos a morir cada vez que se comunicaban con el ceño fruncido y la mirada fría. Pero esta vez la cosa era diferente: aquellos tres tipos sabían demasiado sobre la guerra como para obviar lo que acontecía.

—Ni una palabra al resto —dijo Jofá con gesto serio, sin necesidad de mencionar aquello a lo que se refería.

—No son tan niños —replicó Arnau señalando con el mentón hacia el resto del grupo, que estaba a unas diez varas.

—Yo creo que lo saben, pero es mejor así. Si tienen que ponerse en paz con Dios, ya lo habrán hecho en el rato que hemos tenido junto al arroyo. No hay nada que temer, van a luchar hasta la muerte, estoy convencido —contestó Gervasio, que no solía encadenar tantas palabras, lo que sorprendió a sus compañeros.

—Pues entonces no perdamos más el tiempo —respondió por fin Jofá.

Gervasio, que se haría cargo de asaltar el campamento por la parte posterior, se desplazó más rápido que un rayo pegado a la empalizada para que no lo vieran, seguido por varios muchachos que no tendrían más de catorce o quince años. En el flanco que cerraba el campamento por detrás encontró una zona por la que pudieron acceder al interior del cercado tras colocar, con tiento, pero con mucha rapidez, los maderos que se habían dejado abandonados junto a la valla los carpinteros sarracenos que habían levantado la empalizada.

Entraron en las tiendas y fueron rebanando el cuello de los sorprendidos soldados sarracenos hasta que no quedó ni uno con vida. El grotesco baño de sangre que perpetraron en aquella avanzada fue una de las incursiones más fáciles de cuantas había protagonizado en los últimos dos años. Esto le produjo una profunda desazón en el alma a Gervasio, que sin la adrenalina propia de la batalla mató a sangre fría a siete u ocho mozos más jóvenes que él. El hecho de no ser ni siquiera capaz de recordar a cuántos chicos acababa de arrancar la vida le hizo temblar y sentirse mareado mientras encendía la antorcha y la agitaba para avisar al grueso de la tropa.

El día no acababa de despuntar y, por tanto, la luz de la antorcha que movía por encima de su cabeza se debía de ver con total nitidez desde el puesto de vigilancia, situado en la copa de uno de los árboles entre los que permanecía oculta la mesnada. Sentía ganas de vomitar al saber que, tras cometer una barbarie propia de la peor calaña que podía habitar esta tierra, estaba condenando a muerte a los suyos con el baile de aquel hachón sobre su cabeza.

Se sentía tentado de agarrar a los más jóvenes de los que habían entrado junto a él por la parte trasera de la empalizada y decirles que huyeran a la carrera. No debían morir por culpa de una estrategia chapucera que había funcionado en tantas ocasiones que les había hecho confiarse, y por eso no habían atado todos los cabos sueltos que pueden surgir en un asalto como el que pretendían llevar a efecto en esa mañana.

No tardó demasiado en notar cómo el suelo zozobraba ante la llegada de la caballería al puente romano que salvaba el arroyo. Era un paso estrecho, pero ya no estaba vigilado por la tropa sarracena que lo custodiaba, por lo que la empresa no parecía revestir peligro. No obstante, era un tránsito demasiado lento por lo angosto del paso, tan estrecho que había que desmontar en parte las máquinas de asedio.

Cuando el primer cristiano cruzó el puente, el rumor de la ofensiva sarracena que se cernía sobre ellos se oyó desde levante. La caballería cristiana, formada por grandes animales que cargaban con jinetes provistos de cota de malla, lorigas, yelmos, escudos y pesadas mazas que les hacían moverse con poca agilidad y que eran perfectos para cargas en campo abierto, estaba en total desventaja en el campo de batalla que se les había presentado. Los infieles habían estudiado muy bien dónde encontrarlos para hacerles aquella emboscada de la que no podrían salir. Mientras los castellanos daban la vuelta a las monturas para encarar al enemigo, estos los degollarían, llegando por detrás en ágiles caballos, vistiendo ropa ligera y empuñando sus alfanjes de filo curvo, con los que iban a destrozar a la hueste cristiana.

La escabechina se produjo tal y como habían planeado los estrategas musulmanes y como se barruntaron los almogávares, que habían detectado a la tropa que esperaba paciente a que los castellanos llegasen hasta el embudo que suponía el paso por el puente. El espectáculo fue dantesco y una lluvia de flechas cayó sobre el grueso de los caballeros cristianos, que se vio diezmado antes incluso de darse cuenta de lo que sucedía. Las ráfagas de saetas caían sin descanso, al igual que la lluvia pertinaz que había vuelto a aparecer.

Los caballos montados por los cristianos caían al barro tras el impacto de los dardos y pisaban a los jinetes, retorcidos de dolor en aquel lodazal que en un momento se tiñó de un rojo muy oscuro. Cuando cesó la lluvia de flechas, la caballería musulmana cayó sobre la diezmada mesnada del señor de Molina, que sucumbió sin ser capaz de ofrecer resistencia.

Los almogávares cruzaron a nado el río de vuelta y se lanzaron a por los hombres de al-Ahmar. Gervasio saltó, nada más entrar en combate, y desmontó a un jinete sarraceno al que atravesó con su *coltell*. Después se lanzó a por la pata delantera de un caballo al que consiguió herir en la extremidad, y el jinete cayó de bruces. Acto seguido, se abalanzó sobre él y le atravesó la garganta con uno de los venablos que llevaba a la espalda.

Cuando se fue a levantar notó lo que le pareció un golpe en el costado, que de pronto comenzó a quemarle como si alguien le hubiese metido una brasa incandescente entre las costillas. Se tocó con la mano y notó que estaba sangrando. Se dio la vuelta y vio un caballo que se dirigía hacia él, lo esperó sin moverse y, justo cuando el animal iba a arrollarlo, hizo una finta y agarró a su jinete por la pierna, descabalgándolo. Cayeron ambos hombres al suelo, pero el soldado ya tenía el cuchillo de Gervasio atravesándole de lado a lado el pecho cuando tocaron tierra. El costado le abrasaba, pero seguía siendo rápido como una serpiente venenosa para clavar su aguijón. Después de aquello, la pérdida de sangre no le permitió mantener la consciencia y sintió que daba sus últimos estertores abrazado a aquel caballero de las huestes de al-Ahmar.

14

Los ojos de los muertos eran algo que siempre había llamado la atención de la Balteira, y ella, por su profesión, los había visto a centenares. María, al igual que los innumerables individuos que se ganaban el jornal a costa de los ejércitos, formaba parte de las huestes que atravesaban el campo de batalla una vez terminada la acción. Aunque rara vez rapiñaba algo que mereciese la pena, pues los soldados victoriosos eran los primeros en husmear entre los cadáveres, de vez en cuando era capaz de hacerse con alguna baratija que les alegraba el día tanto a ella como a su sirvienta.

Y fue en ese saqueo que hicieron tras la derrota de los hombres del señor de Molina, en la emboscada junto al arroyo de la Marota, donde hallaron la pieza más preciada de cuantas podían encontrar, hecho que sucedió como suelen suceder estas cosas, cuando uno ya está a punto de darse por vencido. En las victorias cristianas resultaba más sencillo dar con algo de valor entre los restos de la batalla, pues los integrantes de las mesnadas castellanas y aragonesas a menudo estaban tan impacientes por celebrar el triunfo y vaciar las reservas de vino que solían dejarse atrás más de una pieza de valor en sus inspecciones de saqueo. Justo por aquel motivo, por la tozudez con la que solían buscar los musulmanes entre los caídos, les sorprendió sobremanera dar con semejante hallazgo.

Los cadáveres en aquel campo de batalla eran casi todos cristianos. La sangre había corrido como hacía tiempo que no recordaban y los hombres a los que tantas noches había desplumado junto a las fogatas de campaña descansaban sobre las zarzas aplastadas por las pisadas de soldados y caballos. La mayor parte de ellos tenían el gaznate rebanado y estaban en paños menores

cuando no completamente desnudos: les habían robado las armas y los dineros que solían llevar escondidos bajo las lorigas. Esas monedas que cada noche les sacaba la soldadera con sus trovas, juegos de cartas, dados y apuestas al tiro de ballesta ahora habían pasado a engrosar las faltriqueras de los infieles que además les habían robado la vida y sus monturas.

Los hombres de al-Ahmar habían hecho su acostumbrada inspección entre los cadáveres y no habían dejado ni un solo dírham sin rapiñar, pero la Balteira andaba entre los cuerpos mirando los ojos de los caídos, pues apenas a una docena de ellos les habían cerrado los párpados. El resto seguía mirando al cielo con los ojos abiertos como platos o bocabajo con las extremidades cruzadas en posturas imposibles. El hedor de la muerte ya empezaba a estar presente en aquel lodazal, a pesar de tratarse de un día húmedo y en absoluto caluroso. Tanto María como Naia habían estado en demasiadas ocasiones buscando entre los restos de alguna batalla en la que los insectos y el olor provocado por la descomposición de los cadáveres, bajo el sol del impenitente verano de al-Ándalus, hacía que fuese casi imposible aguantar en aquel infierno sobre la tierra más de lo que dura un padrenuestro.

Junto al curso de agua, que mostraba el caudal poderoso resultante de las primeras lluvias del otoño, había un caballo desangrado y caído sobre dos soldados que habían terminado sus días el uno sobre el otro en la misma posición que estarían un hombre y una mujer amándose en un jergón. El musulmán estaba bocabajo echado encima del cristiano, que se hallaba tumbado bocarriba sobre las zarzas, muy espesas en la ribera del cauce. El puñal del cristiano sobresalía por la espalda del soldado de al-Ahmar; la espesura de la vegetación había hecho que aquel *coltell*, propio de los almogávares, pasase inadvertido para los saqueadores musulmanes.

En cualquier otra batalla ese preciado cuchillo no se les habría quedado atrás a los minuciosos defensores del islam, que eran tan buenos luchando como despejando el campo de batalla de cualquier utensilio que tuviese un valor mínimo. Pero en aquella mañana los cristianos ni por un momento pensaron en encontrarse con aquella

sorpresa mortal y ninguno de ellos tuvo la precaución de dejar su bolsa a buen recaudo en el campamento, por lo que las huestes musulmanas se hicieron con un botín de tal entidad que no les hizo falta repelar las sobras para saciarse por completo.

—Naia —dijo entre dientes María.

—Ama.

—Mira los ojos del almogávar.

—No los veo bien, señora —respondió la joven agachándose para mirarlos de cerca—. Ahora los veo, apenas los tiene abiertos.

—Por eso, este hombre está vivo. Vámonos de aquí corriendo, lo último que queremos es atraer a nadie.

Al caer la noche volvieron hasta el mismo lugar con una tea, iluminaron la cara del joven y adivinaron su gesto de dolor. Seguía con vida, aunque todo indicaba que no pasaría de aquella noche. Aun así la gallega y su sirvienta levantaron con gran esfuerzo el cadáver del caballero musulmán que aplastaba al herido y limpiaron la cara del almogávar con un paño de lino empapado en agua del río. Sin embargo, el chico no parecía volver en sí a pesar de que respiraba lentamente, inhalando y expulsando una cantidad casi imperceptible de aire.

El campamento improvisado de las huestes del señor de Molina se había desmontado en un día y casi no quedaba una sola tienda en lo que había sido un asentamiento de más de cincuenta. Esa noche solo se mantenía en pie la carpa de la Balteira. Las dos mujeres montaron al herido en su carro y lo llevaron hasta allí, lo metieron en la tienda, tras asegurarse de que nadie las había seguido, y consiguieron darle un caldo caliente hecho con verduras y las sobras de la carne de cerdo que habían comido hacía dos días.

Después le quitaron las ropas y comprobaron que tenía en el costado una herida que había dejado de sangrar, pero con muy mal aspecto: sobre el corte había una costra reseca y en el borde de la herida se acumulaba el pus, propio de las infecciones. Naia la limpió con esmero y, mientras, la Balteira hizo un ungüento con miel, ajo, vinagre y romero. Al aplicarlo sobre la carne viva el enfermo abrió un poco los ojos y las miró, pero no pronunció palabra alguna y volvió a quedarse dormido.

Una vez hechas las curas, la Balteira se puso el sayo malva, cogió el laúd y salió de la tienda seguida por su covilheira; una noche de triunfo era un negocio demasiado jugoso como para dejarlo pasar. Los súbditos de Castilla habían caído en aquel lodazal junto al arroyo, pero había otro ejército que había vencido y tendría muchas ganas de celebrar esa victoria. No podían hacer nada más por aquel hombre; solo les quedaba esperar a ver si conseguía llegar vivo al amanecer, en cuyo caso era posible que sobreviviera.

—Pero, ama, ¿nos vamos a ir y vamos a dejar a este desgraciado aquí, moribundo? —preguntó Naia cuando vio a la Balteira ponerse el sayo malva.

La soldadera le soltó tal bofetón con el dorso de la mano que le torció el cuello.

—Pero ¿quién te has creído que eres? Mira mis ropas. ¿Qué ves?

La agarró por el hombro clavándole las uñas y la zarandeó con la rabia propia de la que se siente harta de dar bandazos por la vida sin que nada le salga a derechas.

—Dime qué ves. ¿Acaso ves un hábito benedictino? Mira mis manos. ¿Ves los callos de cultivar los huertos del cenobio, eh?

—No, ama —contestó con voz temblorosa la sierva.

—Ves un sayo de lino fino, muy fino, que marca mis caderas y que con mucha facilidad puede dejar una apertura en el escote para provocar la fantasía de los soldados, ¿verdad?

—Verdad, señora.

—¿Y tú? Porque tú tampoco eres una hermanita de la caridad. Mírate. No creo que haya en convento alguno una monja con esas hechuras de barragana —le dijo, dejando salir la envidia que sentía por la belleza de su covilheira.

—Perdón, ama. He hablado sin pensar.

—Y por este desgraciado poco más podemos hacer. Si el señor se lo lleva esta noche, habrá hecho lo correcto, porque no creo que vuelva a servir para mucho; pero, si mañana sigue con vida, intentaremos ayudarle.

La soldadera sabía que una buena cristiana nunca dejaría morir como un perro a un hijo de Dios; ya arrastraba suficientes pecados en su vida para seguir incrementando su condena. Si el tipo que

estaba reposando sobre el lecho de paja moría durante la noche, estaba dispuesta a buscar un cementerio cristiano para darle sepultura. Sentía que necesitaba empezar a comportarse como una mujer de bien.

María y su sierva se desplazaron hasta la ciudad en el carro. El sendero estaba embarrado, pero ya habían comprobado en su salida a por el almogávar que era transitable y llegaron sin contratiempo alguno a la puerta de la ciudad amurallada, que distaba algo menos de media legua del campamento. Los dos centinelas que allí se encontraban ni siquiera se molestaron en preguntarles qué se les había perdido allí; aquella era una jornada de celebración y dos mujeres vestidas con atuendos festivos portando instrumentos musicales eran muy bien recibidas.

La noche era fresca y corría un viento un poco incómodo por las callejuelas de la ciudadela, pero en la plaza Mayor las hogueras, los bailes y las mesas llenas de soldados que jugaban a los naipes y a los dados entre gritos, risas y desplantes amenazantes por parte de los perdedores hacían que los rigores de la noche apenas se notasen. María llegó justo en el momento en que un poeta musulmán, con el que había coincidido en varias ocasiones, se bajaba del improvisado escenario. Así que, tras intercambiar unas palabras con una bailarina musulmana, subió a las tablas antes de que los soldados que habían estado escuchando a su colega se diesen la vuelta y se quedase sin público.

Pisó las tablas, que no eran más que cuatro tablones de madera basta apoyados sobre varios tocones de roble, para improvisar unas frases de mofa acerca del parlanchín que acababa de abandonar el escenario. Pero cuando dirigió la mirada a la veintena de soldados de las huestes de los Asquilula que la observaban con ganas de escucharla vilipendiar a los cristianos, vio los penetrantes ojos negros del magnate murciano que se negó a acompañar a su emir la noche en que murió en los baños de la alcazaba almeriense.

La visión de aquel hombre de barba cerrada, piel muy morena y esos ojos inolvidables le provocó un pellizco en la boca del estómago. Su piel era muy blanca, pero debía de haber empalidecido aún más ante el impacto que le había producido la

presencia de aquel hombre entre los soldados fieles a la poderosa familia de Arjona. Por primera vez en su vida sintió que esos tipos que la miraban eran capaces de adivinar, por su rostro de estupefacción, las ideas atribuladas que se le agolpaban en la mente.

Aquel era el tipo de noche en la que la Balteira llenaba hasta los topes de monedas la faltriquera de su sayo. Los soldados no solo estaban atentos a su mordaz y afilada lengua, sino que además eran incapaces de apartar sus ojos del contoneo de su cadera, bien marcada por aquel sayo ajustado, que en su parte superior dejaba ver un canalillo muy generoso.

En ese tipo de celebraciones solía tener problemas con ricoshombres, que no acostumbraban a acudir a las veladas en campaña, pero sí acompañaban a los militares de alto rango cuando había una gran victoria. Estos magnates solían quedarse prendados del descaro y la sensualidad de la cristiana en las tablas, y se valían de su posición para reprender a la soldadera haciéndole ver quién mandaba en la plaza.

Cuando detectaba a aquel tipo de prohombres, ya sabía lo que vendría después, así que hacía un gesto a su sierva para que fuese preparando la huida. No era extraño que ante esas situaciones la soldadera y Naia tuviesen que salir a la carrera o desaparecer entre las mesas de juego, pues justo aquellos que más la reprendían por su atuendo y su baile provocativo eran los que después le mandaban notas con algún mensajero para verse con ella en su jaima.

Miró las caras de los soldados musulmanes, que parecían impacientarse ante sus dudas sobre las tablas, y, cuando trató de comenzar con alguna frase ocurrente que arrancase las primeras risas y burlas, se encontró con la mente en blanco. Nunca preparaba aquellas improvisadas cantigas de escarnio, que le brotaban casi sin pensar. Rebuscó en su cabeza, pero no halló la punta del hilo del que tanto le gustaba tirar para desmadejar las vestimentas de los tipos a los que agraviaba en sus ácidos poemas, y, lo que era peor, supo que sería incapaz de hallarlo. Las ideas que habían empezado a invadir su mente tras encontrarse con aquella inolvidable mirada casi no le permitían ni respirar.

Trató de serenarse y sacó su laúd de la funda, gesto que hizo desistir a buena parte de los soldados musulmanes, que estaban deseosos de vitorear escarnios. Una vez que se hizo con el instrumento, cantó su tema favorito, una canción gallega que tocaba en la intimidad cuando no tenía ganas de darle vueltas a su atribulada cabeza. Aquella canción le salía sin querer y fue lo único a lo que pudo recurrir, tras dar por hecho que su faltriquera no recogería ni un mísero dinar de cobre esa noche.

Cuando terminó la canción no quedaba ni uno solo de los soldados alrededor del escenario y se bajó, agradecida de no tener que permanecer sobre las tablas ni un momento más. Las piernas le flojeaban y se sentó en un taburete que había en esa zona, un poco apartada del bullicio trasladado a las mesas de juego.

15

Ama, ¿estáis bien?

—Rapaciña, búscame un pellejo de vino.

—Aquí no hay vino, ama. Recordad dónde estamos.

—Necesito ver a un hombre. Tú sabes cuál es, a ti no hace falta que te diga las cosas.

—Al de los misteriosos ojos negros, por supuesto que lo sé; no ha dejado de lanzaros miradas en toda la actuación. Ahora mismo me ocupo de eso, pero tratad de tranquilizaros un poco, que tenéis los labios amoratados y la cara más blanca que la leche de una cabra. Pensé que os ibais a caer desde el mismo escenario.

—Rapaza, no te imaginas lo que ha sucedido. Luego te lo contaré, ahora haz lo que te he dicho, y no tardes.

—No hace falta que me lo contéis, ama. Es evidente que ese musulmán es aquel del que me hablasteis en Almería. Los ojos son tal y como me los describisteis.

Su covilheira seguía hablándole sin parar, pero ya no la oía. La veía mover los labios y era obvio que le decía algo, pero la voz de Naia no llegaba hasta sus oídos. La idea que estaba barruntando en su mente era algo muy peligroso, pero podía proporcionarle lo que llevaba buscando desde hacía casi un lustro, y sabía que no iba a tener otra oportunidad como esa nunca más. Una mujer en su situación no podía desaprovechar las ocasiones que le ofrecía el destino.

No sabía si el hombre de los ojos negros se había cambiado de bando, dejando de lado a los señores de Murcia, o solo se había quedado atrapado entre los Asquilula en Almería sin poder regresar a su tierra, mientras en su interior todavía le era fiel a la familia hudí que gobernaba en el reino de Murcia. Esto era algo muy común

entre los habitantes de al-Ándalus, que en infinidad de ocasiones vivían mostrando ser devotos de un credo que, en realidad, no profesaban para conservar su vida y la de su familia.

La Balteira había fiado su existencia a la intuición y, por más vueltas que le daba a lo sucedido la noche en que murió Ibn Hud en Almería, no recordaba en aquel hombre un gesto de traición a su señor, sino más bien de disconformidad con la decisión que estaba tomando de seguir a aquella joven que era un dulce envenenado.

Necesitaba hablar con el magnate musulmán de ojos negros penetrantes, por más que le asustase la decisión que estaba tomando sin tiempo para la reflexión. Sabía que, si no seguía adelante, se arrepentiría el resto de su vida. Su covilheira emplearía su magia, esa por la que la odiaba, y en menos de lo que se tarda en rezar un padrenuestro haría aparecer frente a ella a aquel hombre misterioso.

La relación entre las dos mujeres no era cordial en su día a día, pero la trovadora era consciente de que no encontraría una moza como aquella aunque buscase en el mundo entero. La sirvienta la entendía con un solo gesto, había aprendido a seguirle el hilo en las historias con las que cautivaba a sus oyentes, conocía todos los trucos con los que preparaban las trampas en las cartas, en los dados e incluso en el lanzamiento de ballesta, donde aparentaba darles a los rivales de su ama la mejor arma.

Vio a su joven ayudante encaminarse con sus andares sensuales hacia las mesas de juego. Adoraba ver la imagen de las caderas de Naia marcándose en el paño fino del sayo verde, era algo hipnótico para ella. La plaza no era demasiado grande, y a pesar de estar apartada de la vista del grupo que vociferaba en las timbas no le perdió la pista a su sierva y la vio actuar.

Se quedó a unos diez pasos de la mesa en la que jugaba el magnate de los penetrantes ojos negros. El tipo estaba atento a los naipes que tenía en la mano, pero cuando miró al frente la primera vez se debió de encontrar con los ojos de Naia, que lo observaban más allá de sus compañeros de mesa. A continuación volvió a bajar la vista a sus naipes y prestó atención a la partida, pero para cuando alzó la cabeza volvió a encontrarse con aquella mirada, que le debió

de nublar la razón. La juventud, la belleza y ese gesto mitad inocente y mitad pícaro eran infalibles. La Balteira supo que podía darse la vuelta, porque su sierva conocía a la perfección lo que debía hacer para terminar de encandilar a los hombres cuando los tenía a menos de un codo. En esa distancia también la había visto manejarse con mucha soltura.

El fresco de la noche se había transformado en frío, pero la gallega en ese momento no lo notaba y se sentó, junto a su lámpara de sebo, en un murete de piedra de un par de codos de altura que había adosado a la muralla.

A pesar de su resistencia al frío María comenzó a temblar por la mezcla de la tensión y el miedo que sentía. Era sin duda lo más arriesgado que iba a hacer en su vida, pero aquel hombre con el que esperaba verse le podía facilitar un acuerdo muy jugoso para conseguir aquello que tanto ansiaba del infante Alfonso, la única persona en el reino junto a su padre, el rey Fernando, que podía abrirle las puertas del cementerio de Santa María de Sobrado para descansar *in aeternum*.

Necesitaba cerrar esa cicatriz para poder seguir adelante. Muchas noches se despertaba sobresaltada sintiendo que se asfixiaba con una pesadilla recurrente en la que sus padres y ella caían al Averno, un lugar oscuro con sonidos chirriantes, donde permanecerían solos debido a su existencia pecaminosa. Estaba convencida de que la única forma de evitar ese castigo eterno era que la enterraran en el cementerio del convento gallego. Se sentía culpable de la suerte que pudiese correr el alma de sus progenitores, que no habían sido capaces de enderezar su comportamiento y recibirían también su castigo si su hija no conseguía la salvación.

Los pasos de unas botas de cuero sobre el suelo empedrado la sacaron de esas conocidas cavilaciones que tantas madrugadas la habían mantenido despierta hasta que el amanecer la rescataba de su infierno en la vida. Las pisadas de las personas poderosas se oían desde lejos, algo que siempre le había llamado la atención. Se debía a la calidad de sus calzados, muy diferente de las sandalias harapientas que utilizaban los miembros del pueblo llano cuando se podían permitir el lujo de no caminar descalzos.

—Buenas noches —le dijo el gerifalte musulmán, con voz aterciopelada, en el romance que se hablaba en al-Ándalus.

—Buenas noches, mi señor.

—Tengo entendido que queréis conversar con mi persona.

No era fácil conseguir que un prohombre abandonase la velada y saliese a tertuliar con nadie, pero Naia no era una mujer a la que se pudiese contrariar. La Balteira la aborrecía por ello, aunque jamás se lo había dicho ni quería que lo notase, pero era la única mujer que había conocido con más capacidad que ella para manejar a los soldados. No solo tenía una juventud y una belleza arrebatadora, sino que, pese a ser una moza, había aprendido a la perfección cuáles eran las debilidades de los hombres y se valía de ellas: unas palabras sugerentes al oído, las curvas de su cuerpo sugeridas sin descaro bajo el sayo de seda verde heredado de su ama y una sonrisa que parecía tan natural que hasta la Balteira se la creía.

—Así es —afirmó la gallega—. ¿No os acordáis de mí?

—No —le mintió.

—Pues yo me acuerdo perfectamente de vos. Quizá os refresque la memoria si os menciono la noche en la que murió Ibn Hud —le dijo la Balteira tratando de no elevar el tono de voz.

—Ese no es un nombre que podáis poner en vuestros labios de cristiana —prácticamente le susurró, mientras trataba de reprobar a su interlocutora clavándole sus profundos ojos negros.

—Os pido disculpas, ha sido una terrible torpeza por mi parte, sé que no he debido nombrar a vuestro añorado emir. —Lo agarró de la manga del sayo—. No os marchéis, por favor os lo ruego; es muy importante lo que debo deciros.

—No creo que alguien como vos tenga nada importante que decirme. Me cuesta entender quién ha podido permitir que entréis en la fortaleza una noche tan importante como esta. Dad gracias a que continuáis con vida tanto vos como vuestra esclava.

—No es mi esclava —le contestó instintivamente.

—Es verdad, los cristianos no los llaman esclavos, pero los tratan peor. Conozco muy bien vuestra doble moral.

—Tengo una proposición que no vais a poder rechazar. Os puedo ayudar a salir del terrible encierro en el que os halláis. —Se arriesgó

la soldadera, dando un paso en falso que ni siquiera pensó.

—Vos no me conocéis, no me habéis visto en vuestra vida y con un poco de suerte no me volveréis a ver. Quiero pensar que sois una mujer inteligente, de las que saben cuándo ha llegado el momento en el que valen más muertas que vivas, así que os aconsejo que salgáis de estas tierras antes de que se me acabe la paciencia.

—Espero estar cerca el día que eso ocurra, pues os puedo ser de mucha ayuda. Pensad sobre lo que os he propuesto. —María era consciente de que podía ser la última frase que le iba a permitir decir el musulmán y necesitaba hurgar en su conciencia.

El tipo de los ojos penetrantes miró a su alrededor con parsimonia y después clavó la mirada en la de María, tratando de mostrarle lo cerca que estaba de llamar a los guardias para que las prendiesen. Y después de esto el consejero de los Asquilula se dio la vuelta sobre sus botas de cuero repujadas con clavos de plata y desapareció en la oscuridad de la calle en dirección a la plaza Mayor. El sonido de las botas golpeando el suelo de piedra de la ciudadela fue disipándose conforme la figura del musulmán se perdía en la oscuridad de la noche, llevándose consigo buena parte de las aspiraciones de la soldadera, que no había sabido cómo reaccionar ante la desafiante mirada de aquel hombre.

Naia, que había estado observando la conversación oculta en las sombras, supo sin tener que escucharlo de labios de su ama que había llegado el momento de salir de aquella plaza musulmana para emprender el camino de vuelta a casa, dando por terminada la temporada bélica. La sierva sabía que su ama era osada y en muchas ocasiones había arriesgado su cuello y el de su covilheira, pero reconocía cuándo era el momento de batirse en retirada, y estaba por completo segura de que el resultado del encuentro que acababa de presenciar no invitaba a otra cosa que no fuese salir de allí, ahora que todavía podían permitírselo.

16

María y Naia no iban a poder abandonar aquella explanada junto al arroyo donde había estado acampada la malograda mesnada del señor de Molina tan pronto como les hubiese gustado. Aquella noche, nada más llegar de la ciudad amurallada tras el desaire del consejero musulmán, el sentido común indicaba que debían huir de allí sin esperar a la mañana siguiente, pero María decidió arriesgarse y hacer noche en aquel lugar.

La situación de las dos cristianas en esa zona de la frontera, que claramente pertenecía a los musulmanes de Arjona, por mor de la batalla en la que habían arrasado a las huestes castellanas, era muy comprometida. Las gallegas eran mujeres prudentes y gracias a ello habían sobrevivido hasta ese momento solas en un mundo de frontera en el que mantener la cabeza sobre los hombros no era sencillo.

No acostumbraban a hablar entre ellas. Las pocas conversaciones que mantenían solían terminar en duras reprimendas e incluso en bofetadas de la soldadera a su sierva cuando el vino acababa por agriarle el carácter en las madrugadas de insomnio. Las dos sabían que esa era su última noche en aquel lugar, por lo que el herido que habían dejado tumbado sobre la paja amontonada en el lado derecho de la tienda tendría que poder desplazarse con ellas a la mañana siguiente. Si no, iban a verse obligadas a abandonarlo a su suerte.

—Qué poco te ha costado llamar la atención del musulmán esta noche. —María no podía contenerse ni un momento más.

—Solo he hecho lo que me habéis pedido, ama.

—Te gusta mucho que te pida determinadas cosas. Creo que piensas que yo no soy capaz de hacerlas.

—¡Ama, no! —exclamó mientras se cubría la cara con los brazos.

Acababan de llegar a la pequeña tienda en la que pasaban las noches y la Balteira le atizó con una vara fina con la que solía azotarla en las corvas.

—Por favor, os lo ruego.

—Te crees más guapa y más inteligente que yo. Piensas que todos esos hombres que caen en tus brazos a mí ni me mirarían, pero estás muy equivocada. ¿Te enteras, niña desagradecida?

—Pero, ama, si todo lo que sé lo he aprendido de vos.

La Balteira la agarró por el pescuezo y la empujó al interior de la carpa, donde el joven almogávar dormía con la boca abierta, emitiendo un leve ronquido que les confirmó que seguía con vida. Naia agradeció la presencia del convaleciente, pues su ama lo miró con desprecio y no terminó de entrar en la tienda. Su sierva supo que era el momento de acurrucarse en su lado de la pequeña carpa de lona. María no volvería a entrar hasta que terminase con el pellejo de vino que había dejado a medias la noche anterior, y para entonces era posible que se hubiese olvidado de la trifulca que tenían entre manos.

Los ungüentos que le aplicaron en la herida, el caldo que consiguieron que tomase en tres ocasiones y el descanso obraron el milagro en el herido, y cuando las mujeres se despertaron a la mañana siguiente de un sueño que más fue un duermevela, se encontraron solas.

Al ver la situación, María ordenó a su covilheira que desmontase la tienda y pusiera todas las pertenencias de ambas en el viejo remolque de madera para salir lo antes posible de aquella zona en la que corrían evidente peligro. Cuando Naia empezó a recoger, apareció el soldado almogávar caminando con paso lento y ayudó a la joven a cargar la carreta y desmontar la tienda. A continuación enganchó el carro a la mula, les indicó con un gesto de la mano que subieran al pescante y agarró al mulo por el ronzal para guiarlo por el carril mientras él continuaba a pie. No hizo falta que le indicasen hacia dónde se dirigían; el almogávar las había oído hablar antes de que cayeran dormidas y sabía que los pasos de aquellas mujeres se

encaminaban a la ciudad que había ayudado a tomar en su primera razia.

Cuando el firme del camino empezó a ser más compacto le dio las riendas a la Balteira y se sentó en la parte de detrás del remolque. Todavía no estaba del todo recuperado y necesitaba descanso, por lo que cayó dormido con el traqueteo al poco de subirse a la carreta.

El almogávar pasó casi toda la jornada durmiendo hasta que se despertó de forma súbita cuando el traqueteo se detuvo a media tarde. Tras un primer momento de absoluto desconcierto, se bajó del carro y lo rodeó hasta encontrarse frente a María y a Naia. Estaba un poco aturdido, pero tenía consciencia de que aquellas dos mujeres eran cristianas y habían querido alejarse todo lo posible de aquel campo de batalla en el que había perecido toda su compañía. Recordaba el baño de sangre de aquel amanecer y la sensación de que no saldría con vida de aquella refriega junto al arroyo. También se acordaba del dolor que sintió cuando le clavaron el acero, algo difícil de olvidar, pues seguía doliéndole como si todavía no le hubiesen sacado el cuchillo del costado.

Sentía la boca seca y un calor propio de la fiebre que le recorría el cuerpo junto con unos escalofríos que le hacían tiritar, pero podía mantenerse sobre las piernas. Debía prestar su ayuda a aquellas dos mujeres que lo habían rescatado de una muerte segura bajo el cuerpo de aquel soldado musulmán.

Tras permanecer durante un rato frente a María y a Naia sin separar los labios, eligiendo las palabras más adecuadas, se dirigió a ellas:

—Mi agradecimiento será eterno —dijo en el mismo romance que se hablaba en Córdoba, pero con un acento muy pronunciado de otra tierra, y añadió una pregunta cuya respuesta ya conocía—: ¿Adónde nos dirigimos?

—A Córdoba —respondió Naia, a la que se le cayeron las palabras sin darse cuenta.

Acto seguido el tipo desapareció en la foresta, lo que dejó un tanto desconcertadas a las dos mujeres, que no supieron cómo interpretar su actitud. María no le dio más vueltas al asunto, subió al pescante, le ordenó que hiciese lo mismo a su sierva, que se había

quedado traspuesta mirando entre el espeso follaje por ver si daba con el misterioso individuo, y arreó las riendas para dejar atrás lo antes posible aquel lugar.

No tardaron mucho en salir de dudas, pues el almogávar las fue esperando en los cruces que iba haciendo el sendero para indicarles el camino que debían seguir, y a continuación se perdía de nuevo entre la maleza. El almogávar tenía el gesto completamente desencajado; era evidente que todavía no estaba recuperado de las fiebres que había padecido la noche anterior, cuando le humedecieron todo el cuerpo con unos trapos de lino empapados en agua fría. Pero a pesar de mostrar unas ojeras muy marcadas y los ojos vidriosos, parecía querer compensar cuanto antes a las dos mujeres que lo habían rescatado del barrizal en el que languidecía moribundo.

La segunda noche que pasó junto a ellas el muchacho les dijo que se llamaba Gervasio y les explicó con pocas y escogidas palabras que era miembro de un grupo de almogávares que había perecido al completo en aquella batalla junto al arroyo de la Marota. Desde ese momento quedó al servicio de María la Balteira y no permitiría una negativa a su sumisión.

La mujer conocía los códigos de honor de los almogávares. Se había ganado el pan en los campamentos militares y había oído todo tipo de comentarios sobre estos particulares guerreros orgullosos y leales. Sabía muy bien cómo se las gastaban aquellos mercenarios, mitad soldados mitad alimañas de campo, capaces de aniquilar ellos solos a una docena de caballeros provistos de cota de malla, loriga, lanza y espada a lomos de un poderoso corcel.

—Cazaré y haré en el fuego las presas para mi señora y su sierva. Nunca os faltará comida ni una lumbre donde os podáis calentar, como tampoco una techumbre que os proporcione cobijo —les dijo después de repasar sus años al servicio de las huestes del señor de Molina.

—Eres muy libre de marcharte, nada te une a nosotras —le insistió la Balteira, que lo había escuchado con atención.

—Si vuestro deseo es que me marche, lo haré, pero creedme que sería una deshonra para mí. Me salvasteis la vida y desde ese

momento os pertenezco.

—Continúa con nosotras si es lo que quieres, no te lo voy a impedir, pero ya no volverás a dormir en el interior de la tienda.

—Los caminos no son seguros, ni la frontera es un lugar de paz. Lo único que os puedo asegurar es que, si alguien os amenaza, me amenaza a mí, por lo que jamás tendréis que mirar hacia atrás por ver si tenéis vuestras espaldas cubiertas.

A partir de ese día supieron poco más de él, pues apenas les volvió a dirigir la palabra. No dormía con ellas ni comían juntos, pero cazaba, cocinaba, montaba la tienda, la desmontaba y la transportaba sin ser visto, al igual que se alimentaba y descansaba sin que nadie supiese ni cuándo ni dónde lo hacía. Nunca más desde aquel momento les faltaron a ninguna de las dos los ojos de aquel hombre que las vigilaba sin que ellas jamás supiesen a ciencia cierta dónde se encontraba.

María no se ganaba la vida de la forma más antigua que se conocía, aunque había ocasiones en que había mantenido relaciones con ricoshombres y gerifaltes de grandes condados y taifas. Siempre había mediado cortejo e incontables encuentros plagados de coqueteos y desaires por parte de ella antes de acabar en el jergón de alguno de aquellos pretendientes, hasta el punto de que la gran mayoría de ellos se quedaban sin probar las mieles de la gallega. Era capaz de llegar hasta el final para lograr determinados propósitos, normalmente información para la corte, ya fuese musulmana o cristiana, pero de ahí a que la confundieran con una barragana distaba un mundo. Era, sobre todas las cosas, una mujer dedicada a la poesía y la trova, al menos hasta que el alcohol hacía presa de ella y se le soltaban la lengua y las ganas de dinero fácil. Tenía demasiada habilidad en el juego y el tiro como para dejar pasar algunas de las oportunidades que daban las noches en que se velaban armas antes de poner la vida en juego. Entonces los soldados tenían menos apego a su bolsa y su cuello; cuando se barruntaba batalla, las madrugadas eran de cuidado en los campamentos.

Al principio le costó a la Balteira acostumbrarse a los ojos del almogávar siguiendo sus pasos a cada instante. Era una mujer muy

independiente, que lo había dejado todo atrás para hacer su vida como le viniese en gana, y se sentía controlada y atada a aquel hombre, que a su vez era lo más parecido a un esclavo. No estaba dispuesta a convertirse en servidora de su servidor. Tenía la impresión de haber perdido la libertad que se había ganado a base de convertirse en una proscrita incluso para ella misma, pero desde hacía años suspiraba por dejar de sentirse a merced de los maleantes que abundaban en los caminos y los campamentos militares, y por eso tampoco estaba dispuesta a deshacerse de aquel centinela que les había mandado el cielo.

17

Poco después de la recuperación total de su joven servidor, la Balteira planificó un viaje a Málaga. María maliciaba un plan en la cabeza y para llevarlo a efecto debía ir a la ciudad dominada por los Asquilula. Allí debía de estar el magnate de los profundos ojos negros y, a pesar del desaire, era obvio que aquel encuentro que habían mantenido junto a la muralla de la fortaleza de la frontera se había quedado a medias.

En el momento en que el musulmán le dio la espalda, ofendido, y se marchó de vuelta con los suyos dejándola con la palabra en la boca, se quedó con la amarga sensación de que el encuentro había sido un completo fracaso. Pero con el paso de los días había reflexionado sobre lo sucedido junto a la muralla de aquella ciudad fronteriza. Repasó con atención todos los detalles del encuentro y las consecuencias de cada uno de los gestos que el misterioso individuo había tenido con ella, hasta que al final fue capaz de captar el mensaje que el caballero musulmán pretendió trasladarle de manera tácita.

Sentía que algo se le escapaba en el comportamiento de ese individuo, que para nada tenía la necesidad de mentirle diciéndole que no la recordaba de aquella noche en la que habían cruzado la mirada tantas veces que le dio la impresión de verlo sonrojarse. Si había una cosa en la que la Balteira era una auténtica experta era en darle vueltas a los pensamientos, algo que podía llegar a ser enfermizo. Una noche, después de pensar tanto sobre el asunto que sintió que iba a volverse loca, descifró el mensaje y lo encontró tan evidente que le dolió haber tardado tanto en dar con él. Odiaba recordar las palabras de Naia, nada más salir de la fortaleza aquella noche, diciéndole que parecía mentira que no se hubiese dado

cuenta de lo que en realidad pasaba. La azotó con saña en las nalgas y en los muslos con la vara, y se sentía tan frustrada que no quería ni tan siquiera oírla, pero ahora se daba cuenta de que tenía razón.

—Naia —avisó a su sierva, que estaba en la entrada de la cueva contemplando la lluvia mientras acariciaba a uno de los perros.

—Ama —contestó esta con cara de pánico.

—Háblame ahora de aquello que quisiste contarme sobre el magnate de los ojos negros.

—Aquel musulmán no estaba entre los suyos —le dijo con tiento —. Las dos lo sabemos.

—¿Y por qué estás tan segura?

—Porque estamos aquí respirando; si hubiera sido de otro modo, ahora mismo estaríamos muertas y nadie se acordaría de estas dos pobres almas descarriadas —se atrevió a contestar.

María la odiaba cada día con más ahínco; sabía que su covilheira no solo imaginaba la conversación que había tenido con el caballero de los ojos misteriosos, sino que debía de haberle leído los labios. Era capaz de ver hasta el último detalle incluso en lugares oscuros apenas iluminados por la luz de una lámpara, como era aquel rincón de la ciudadela donde se reunió con el caballero musulmán. La quemaría por bruja si estuviese en su mano. Naia conocía exactamente cada palabra que se dijo en aquella conversación que mantuvo casi en sordina, María estaba segura de ello.

—¿A qué te refieres con que estamos aquí respirando?

—Mi señora —dijo antes de tragar saliva—, no son los Asquilula conocidos precisamente por su piedad, y tanto vos como yo sabemos que le insinuó cosas muy comprometidas para un guerrero fiel a la familia de Arjona.

—Solamente le dije lo que pensaba.

—Lo llamó traidor e impostor, y lo invitó a abandonar aquella tierra a cambio de vender a sus señores. Eso no se lo dijo porque no le dio tiempo, pero era obvio que por ahí iba a continuar la conversación.

No era eso lo que tenía pensado proponerle la Balteira, pero todo lo anterior sí que era cierto, así que la invitó a continuar, señalándola con el mentón.

—Solo con que aquel caballero hubiera tenido una mínima adhesión a la familia de los Asquilula nos habría separado la cabeza del cuello allí mismo, por lo que su marcha desairada no fue más que una invitación a continuar en un momento más apropiado con aquella conversación.

El súbdito hudí —porque eso era aquel caballero, aunque no lo pudiera confesar— estaba atrapado entre aquellas huestes. María había llegado al mismo convencimiento que su sierva, con la diferencia que esta lo había hecho la noche en cuestión. Era evidente que el musulmán no se había atrevido a hablar con ella porque para seguir con vida debía andarse con mucho tiento, y habría sido una auténtica temeridad arrojarse a los brazos de una desconocida que podía incluso formar parte de una conspiración organizada para descubrirle. El hecho que apoyaba la teoría que manejaba en aquel momento la Balteira era que, si de verdad hubiese sido un soldado fiel a los Asquilula, habría mandado que los alguaciles de la fortaleza la hubieran prendido, como le estaba diciendo Naia, cosa que no hizo.

La gallega sabía que, para tener cuanto quería de la corte de Castilla, debía ofrecer algo grande. Ya había comprobado lo rápido que habían olvidado su papel en la conquista de alguna pequeña plaza que había ayudado a conseguir con su acercamiento a los arráeces musulmanes. Necesitaba una conquista de mucha enjundia y, además, debía ser más astuta y negociar las condiciones antes de entregar su contraprestación.

Llevaba meses mortificándose por la torpeza con que había jugado sus cartas. No había sido capaz de conseguir nada de los alféreces cristianos ni del heredero, a pesar de la labor que había realizado entre los gerifaltes musulmanes para la entrega de al menos diez plazas entre fortalezas y castillos en la última campaña. Se sentía muy frustrada, era algo imperdonable para una tahúra como ella, que justo en esas lides era infalible.

Había valorado con muy poco tino al infante Alfonso. Su humanidad y su entrega absoluta a las artes y a las ciencias la habían confundido y le habían hecho bajar la guardia al negociar con él y su entorno. Pero al final, tanto en el orbe cristiano como entre

los musulmanes, los poderosos utilizaban a los plebeyos y luego se olvidaban no solo de lo adeudado, sino hasta de su propia faz.

La soldadera, su covilheira y desde hacía poco el joven almogávar habitaban una casa cueva en las proximidades de un arrabal que había conocido tiempos mejores al sur de la ciudad de Córdoba. No distaba más de una milla de la almunia en la que gustaban de residir el rey Fernando y la reina Juana cuando trasladaban su corte a la ciudad del Guadalquivir. La casa cueva estaba iluminada por una hoguera que prendían en la entrada y que constituía un impedimento natural para que penetrasen curiosos y amigos de lo ajeno en el hogar de la soldadera. En las muchas ocasiones en que las dos mujeres salían a los caminos, llevaban consigo en el carro todas sus pertenencias y no dejaban en la cueva más que una escueta vigilancia formada por tres perros famélicos de morro puntiagudo, pelo revuelto y dientes afilados, que constituían la mejor guardia pretoriana para conservar aquel agujero en el que pasaban lo peor del invierno anhelando la siguiente primavera.

Gervasio dormía junto al fuego, entre los perros, a los que supo ganarse nada más llegar. Desde siempre le había resultado más sencillo comunicarse con el entorno natural que con los propios humanos. Sabía que aquel no era su lugar y que sus hermanos estaban abandonados en una cueva similar a esa a no más de cuatro días de camino si movía con agilidad las piernas. Pero aún no había ni empezado a compensarle a su nueva ama el gesto de arrancarlo de las garras de la muerte, y no podía abandonar a aquellas dos mujeres, aunque eso le produjese una herida que supuraba cada vez con más dolor en su alma.

Salieron hacia Málaga una mañana lluviosa del mes de enero, cuando el frío, el hielo y el fango convertían los caminos en casi intransitables, pero la Balteira necesitaba mover pieza si no quería que pasara otro año más. El rey Fernando no sería eterno y, a pesar de tener la seguridad de que sabría ganarse a su heredero, el infante Alfonso, cuando este tomase el mando del reino, prefería negociar con aquel rey de buena fama y en todo caso tener algo grande que ofrecerle a su hijo tan pronto como este se hiciera cargo del poder. La contraprestación que pensaba pedir a cambio era muy

ambiciosa y la familia real no se contentaría con la toma de una serie de villorrios.

María era consciente de que la incomodidad de aquel clima infernal que se iban a encontrar en su desplazamiento invernal sería de mucha ayuda para escapar de una de las trabas más importantes en esos tiempos: los asaltantes de caminos. Muy poca gente se aventuraba con aquella climatología, salía más a cuenta rapiñar en el interior de las ciudades, más numerosas y pobladas en al-Ándalus que en León y Castilla. El ataque de un grupo de asaltantes, normalmente formado por cuatro o cinco almas en pena famélicas, no sería un asunto demasiado difícil de resolver para el espíritu que las andaría vigilando desde los espesos matorrales que rodeaban los caminos, pero prefería no tentar a la suerte.

Gervasio apenas durmió la noche anterior a la salida hacia Málaga. Tan pronto como lo informó su ama sobre sus planes, empezó a vaciar la cueva para dejarla en el mismo estado en que la habían encontrado el día en que llegaron.

Hizo una pila con los enseres de su ama y estuvo todo el día pendiente de las indicaciones de esta, que con movimientos secos de cabeza le iba marcando las tareas. Cuando cayó la noche y las dos mujeres se arrebujaron en su manta, el almogávar apoyó las lanzas del tosco carro en dos grandes piedras y comenzó a cargarlo.

Una vez pertrechado, se sentó con los perros, que se echaron sobre él, y los dejó lamerle, gruñirle y jugar a marcarle los brazos y las manos con sus poderosos incisivos. Iba a pasar un largo tiempo antes de volver a verlos y quería asegurarse la fidelidad de aquellos animales, fieros como lobos pero leales y fieles como ningún otro ser sobre la tierra.

18

Con el cielo todavía completamente negro amanecieron María y Naia, que se encontraron con Gervasio preparándoles un desayuno copioso para enfrentarse al duro día que tenían por delante: les calentó todo el pan del que disponían en la cueva y lo embadurnó con grasa de cerdo, y para beber les hizo una infusión de romero. Mientras las mujeres daban buena cuenta de ello, terminó de vaciar la cueva, donde todavía estaba la manta con la que habían dormido y una caja de madera donde guardaban ungüentos, paños, aceites y hierbas que usaban para su aseo.

El antiguo soldado repasó todas las esquinas de la cueva y se aseguró de no abandonar allí nada que les fuera de utilidad. El carro no era grande, pero tenía capacidad suficiente para llevarse todo cuanto poseían, por lo que no dejó atrás ni tan siquiera una escudilla. Todavía guardaba en la memoria el día en que abandonó junto a sus padres su vida en las montañas del norte de la Península y cruzó las amplias planicies que separaban aquella cordillera de la que ocuparon cuando se asentaron al sur de la frontera. La larga hilera de carros, cargados hasta arriba, levantaba una polvareda que parecía borrar el camino. Gervasio viajó casi todo el tiempo que duró aquel interminable desplazamiento en el remolque del carro de sus padres, mirando hacia atrás con la esperanza de ver su antigua cueva, pues su madre le había dicho que, si observaba con atención, podría verla al final del camino.

Aquel día que estaba por despuntar en el alfoz cordobés parecía querer trasladarles el claro aviso de que por nada del mundo emprendiesen el viaje que habían planeado en dirección a Málaga. A mitad de la noche había comenzado un aguacero que no amainó ni un ápice en toda la madrugada, pero su ama no pareció querer

darse por enterada y decidió seguir adelante. El almogávar puso una gruesa lona sobre los enseres y se aseguró de que entrase la menor cantidad posible de agua en la caja del carro. Colocó la collera al mulo, le enganchó la vara y, cuando se aseguró de que todo estaba preparado, volvió sobre sus pasos hasta la cueva para despedirse de los perros, a los que dejó una docena de perdices desplumadas para que recordasen dónde estaba su casa.

Agarró al mulo por el ronzal y fue guiándolo en la bajada de la empinada cuesta que separaba la entrada de la cueva del llano, donde subieron al carro María y Naia, cubiertas por una tela de lino basto que les servía para protegerse con cierta dificultad del aguacero. La lluvia apretó hasta hacerse casi imposible ver ni a un codo de distancia, pero la trovadora gallega no titubeó ni por un instante y se sentó sobre el banco corrido de madera empapado para coger las riendas de manos del soldado.

El antiguo guerrero no subió ni tan siquiera una milla en el carro. Se limitó a correr entre las zarzas durante el día, por lo que apenas lo veían en toda la cabalgada salvo en los cruces de camino, donde se acercaba hasta su ama para indicarle la dirección que debían seguir y las condiciones en las que se encontraba el firme que tenían por delante. Sabía que debían viajar hacia el suroeste y su infalible sentido de la orientación no le hizo dudar ni una sola vez.

Cada noche el almogávar montaba el campamento junto al remanso de algún río o arroyo y comían las piezas que iba cazando durante la jornada y las uvas afanadas en las fincas que atravesaban.

La segunda jornada de singladura se toparon con una noche despejada, muy fría y con una luna llena tan grande que se confundía con el sol. Acamparon junto al río que regaba las frondosas tierras de Écija.

Esta era una tierra conocida tanto por el antiguo soldado de las huestes del señor de Molina como por las dos mujeres que viajaban en el pescante del carro. Gervasio había realizado incontables incursiones en aquellos campos, en pos de guarniciones musulmanas a las que había pasado semanas espiando y contra las que había terminado por manchar de sangre su *coltell* mucho más

de lo que hubiera deseado. Esa tierra de frontera había visto morir a centenares de soldados de ambos credos.

La Balteira y su covilheira habían sido testigos de excepción de aquellos desmanes, que a ellas les servían para recoger los frutos con los que pasar el invierno a buen recaudo y con el estómago lleno. María había empezado con aquella vida de nómada tantos años atrás que no sabía vivir de otra forma. Los inviernos en la cueva que compartía con Naia se le hacían eternos y, aunque le costara reconocerlo, aquella tienda de lona que llevaban doblada en el carro era su verdadero hogar. Tanto era así que los soldados a los que vaciaba las faltriqueras cada noche se habían convertido en su familia. Nadie entre las mesnadas lo podría sospechar, pero había llorado la muerte de alguno de ellos como la de un familiar.

El río Genil hacía un remanso a unos cien pasos del lugar donde plantaron la tienda. Gervasio encendió un pequeño fuego, suficiente para cocinar las piezas de caza menor que llevaba en el morral, pero sin una columna de humo tan notoria que atrajese visitas indeseadas. Preparó la cena para las dos mujeres, que estaban hambrientas tras una jornada de viaje eterna por las innumerables veces que habían tenido que sacar el carro de los lodos acumulados en el camino.

Después de la cena María informó a Naia de que iba a tomar un baño en el río. A la covilheira no le extrañó, pues su ama tenía predilección por introducir su cuerpo en aguas tan gélidas que espantarían al más fiero de los soldados. Aquel río procedente de las montañas nevadas granadinas tenía las aguas más frías en las que jamás se habían sumergido.

La Balteira quería acabar de una vez con la sensación de pudor que la invadía cada vez que se alejaba para aliviar sus necesidades fisiológicas o decidía bañarse en un río o una poza. Sentía los ojos del almogávar clavados en su cuerpo y no estaba dispuesta a permitir esa desazón ni un día más. Se desnudó a toda prisa y se metió en el río. Notó cómo se le contraía el cuerpo y se le erizaba la piel. Las carnes se le apretaban y se le aceleraba el pulso. Ni siquiera en las rías de su Galicia natal había probado un agua tan gélida como la de aquella noche en la campiña ecijana.

Se sabía observada por los escrutadores ojos de aquella alimaña humana que se movía entre el follaje como una serpiente escurridiza. La Balteira no había llegado a ese lugar al que llegan tan pocas mujeres, rodeada de soldados y miembros de la corte, por ser una ingenua, sino por acreditar innumerables habilidades entre las que la observación y el don para calibrar a las personas eran las más desarrolladas. Por eso, no había dejado de estudiar a aquel joven soldado desde el mismo día en que lo recogió moribundo.

La Balteira sabía que no era una mujer muy guapa; Naia lo era mucho más que ella, pero no era necesariamente la belleza lo que los hombres valoraban más. La mayor parte de las veces iban en busca de otra cosa, un cuerpo poderoso y con curvas con el que saciar sus ansias de sexo, y ahí sí que tenía mucho que ofrecer. Se acercó hasta la orilla, se levantó y dejó que la luna iluminase su silueta arrebatadora. Sentía cada pulgada de su piel absolutamente erizada, sus carnes apretadas por el contacto con las gélidas aguas y los pezones erguidos; percibía su vientre encogido por el frío y sus nalgas duras como una piedra. Miró en dirección a donde se encontraba Gervasio, a mitad de camino entre la tienda y el río, el único sitio desde el que podría vigilar a ambas mujeres, y le hizo un gesto para que se acercase hasta donde ella se encontraba.

Hubo un movimiento apenas perceptible en la maleza y de allí surgió la figura del joven guerrero. Este anduvo hasta que apenas estuvo a una vara de su ama, y se quedó mirando su desnudez con ojos inexpresivos.

—El día en que te vi por primera vez hubo algo en mi interior que me obligó a sacarte de aquel barrizal en el que estabas completamente desahuciado. No sé si fue la alegría de ver a un cristiano con vida en mitad de aquella carnicería o la necesidad de contar con un centinela que velase por nosotras, pero el caso es que me hiciste feliz —pensó en voz alta.

—Eternamente os lo agradeceré —le dijo mientras permanecía mirándola con ojos escrutadores.

—Pero hay algo que todavía no sé ni creo que sepa jamás —continuó la soldadera mientras le pasaba el dorso de la mano por la

barba de una semana—, y es lo que hay en el interior de esa cabeza.

—Mi señora…

—Por una vez que debes estar callado no hables —lo cortó.

María le desabrochó el cinturón de cuero que le ceñía la gonella, después hizo lo propio con la cuerda con la que cerraba la túnica corta de lino recio a su cuello y se la sacó por la cabeza, acercándose hasta él para que notase cómo su cuerpo se pegaba contra su camisa, de la que también lo despojó. Después le desanudó las polainas y las dejó caer al suelo.

Se paró y lo observó frente a ella con tan solo el calzón puesto, pero ya conocía lo que había debajo de este, pues lo había lavado con Naia el día en que lo rescataron del campo de batalla. Le bajó el calzón y se quedaron ambos desnudos frente a frente. Gervasio estaba petrificado y no parecía ser capaz de moverse. Su miembro empezaba a mostrar la tensión sexual del momento y de pronto, sin tiempo de reaccionar, la Balteira le puso la mano en el pecho y lo empujó hacia atrás.

—Túmbate —le pidió en el mismo tono en el que se mantiene una conversación coloquial.

El joven se tumbó bocarriba y apoyó los codos en el suelo, quedándose casi del todo recostado; miró hacia la mujer y la vio sobre él, poderosa y dueña de la situación. Bajó la vista y observó que su sexo, sus piernas, sus rodillas y sus pies se encontraban semicubiertos por el agua del río. Su miembro estaba completamente erecto y palpitante, y notaba una desesperación insoportable por que aquella mujer lo poseyera. María se puso de rodillas en el barro y fue sentándose muy lentamente sobre el sexo de su centinela, sintiendo cómo entraba en su interior. Disfrutó de aquella sensación bajo la luz de la luna como una de las mejores que había experimentado en su vida y se olvidó durante un momento de las miserias que la rodeaban, de la cantidad de voluntades que debía torcer para conseguir aquello que con tanto anhelo perseguía. Se sintió en el paraíso por primera vez en tanto tiempo que no fue capaz de recordar cuándo había estado mejor que entonces.

La Balteira llevaba tantos años utilizando su música y en ocasiones hasta su cuerpo como moneda de cambio o como forma de rebelarse contra las normas establecidas que se había olvidado de lo que significaba hacer aquello por simple placer.

Se dejó llevar y gimió cuanto le pidieron sus entrañas. Le arañó la espalda a Gervasio y le tiró del pelo cuando más intenso era su orgasmo, y hasta se lo trajo para sí y lo besó en el cuello, los labios y el pecho. Cuando terminó, estaba completamente agotada por la jornada de viaje y aquel encuentro en el que llevaba días pensando.

—Ahora márchate y deja que me bañe en paz.

Gervasio se levantó del suelo y comenzó a recoger sus vestimentas al tiempo que la gallega se introducía de nuevo en las heladas aguas del Genil caminando hacia atrás, mientras observaba cómo su vigilante se ponía la ropa sobre la piel mojada. Nunca había abrazado a un hombre con los músculos tan endurecidos como los del almogávar, así que estaba completamente segura de que jamás olvidaría lo que acababa de sentir. Iba a resultarle muy difícil caer en los brazos de un hombre que no fuese el que tenía frente a ella. Las barrigas blandas y sudorosas de los ricoshombres que se le acercaban cuando bajaba del escenario le parecían absolutamente repulsivas en ese momento.

—¿Es que no sabes hablar? —le preguntó con tono áspero al soldado antes de que este se marchase.

—No tengo nada que decir, ama, pero sé hablar perfectamente.

—Entonces, a partir de ahora, además de servirnos estás obligado a hablarnos al menos una vez al día. Nos podemos pasar jornadas enteras sin oír tu voz. Más pareces un espíritu que un sirviente, y eso es algo que no me gusta.

—Como deseéis, ama.

—Déjame tranquila —le dijo al fin, y se sumergió en el río.

19

Tres semanas de caminos embarrados y penurias los llevó a avistar el mar. María y Naia ya lo conocían, por lo que no le dieron ninguna importancia a la aparición de la inmensa lámina azul que surgió tras dejar atrás una de las inacabables colinas por las que serpenteaba el sendero de los montes de Málaga. Pero Gervasio, que se había adelantado a la carreta para ir abriendo camino, se quedó extasiado bajo la lluvia menuda que los había acompañado los últimos dos días. Sabía que se dirigían hacia una ciudad portuaria y, por tanto, fue consciente desde el momento en que su ama lo informó del viaje de que por fin conocería el mar. Pero la aparición súbita de ese mundo azul que se perdía en el horizonte lo dejó paralizado por completo. Se sentía incapaz de mover los pies desnudos, tenía la sensación de estar clavado como un poste en el barro del camino.

—No lo mires más, es el mar. Un lugar pestilente cuando baja la marea y mortífero cuando se mueve el viento y se pone de uñas —le dijo María al llegar a su altura.

—Señora, qué pequeños somos todos al lado de algo así. Es como si ese manto azul se pudiese tragar todas las montañas desde Córdoba hasta aquí solo con proponérselo.

—Ese manto azul produce una niebla tan espesa que a veces es difícil incluso verse los pies y hace que el frío del invierno se te meta por los huesos, y ni la manta más gruesa de lana te serviría para arroparte por la noche, así que ya verás cómo pronto le pierdes el cariño. Díselo tú, rapaciña.

—Es cierto cuanto decís, ama —apuntó con desgana su covilheira.

—Y, además, ¿ves toda esa agua? —le preguntó por último la soldadera—. Pues no sirve para nada. Si te vas a morir de sed en verano o no tienes con qué regar los huertos, esa agua salada del

demonio no te va a ayudar. Así que míralo todo lo que quieras, pero ese mar no es más que un cementerio lleno de almas de hombres y mujeres.

—Pero sí que hay una cosa buena en ese mar —dijo de pronto Naia—: los peces. Hay algunos que tienen el tamaño de una liebre o un zorro, y su carne en la brasa es incluso más sabrosa. Espero que sepas pescar.

—Sé pescar —contestó, todavía obnubilado, sin dirigirle la mirada —. Pero siempre lo he hecho en lagunas y ríos, desconozco la pesca en el mar.

—No será tan diferente —respondió la chica con desinterés.

—Pero hay otra cosa que trae ese mar que tanto te gusta y que a buen seguro te va a dejar de gustar cuando lo oigas, aunque ya lo sabes —apuntó María con gesto serio—. Ese mar trae oleadas de tropas infieles cuyo único objetivo es colonizar nuestra tierra. Del océano proceden los portadores de los alfanjes y las cimitarras, no lo olvides.

Gervasio la miró levemente y volvió la vista hacia el final del horizonte. La nube que se aferraba a la montaña y los empapaba sin piedad no avanzaba hacia el mar y creaba un marco perfecto en el que el Mediterráneo iba cambiando de color con las nubes y los claros que lo cubrían. En un momento era de un azul intenso y un rato después una nube tapaba el sol y tomaba un tono plateado que al siervo de la Balteira se le antojaba mágico.

Las dos mujeres siguieron hacia delante tras esquivar al antiguo soldado de las huestes del señor de Molina y continuaron colina abajo. Naia, para quien el almogávar no había sido hasta ese momento más que una sombra, se quedó mirando al joven, que estaba extasiado observando el nuevo mundo que se perdía en el horizonte, y la imagen del fornido luchador con la camisa de lino completamente empapada y pegada a la piel la hizo estremecerse por dentro. Se le encogió el estómago y notó un pellizco en el vientre. Era la primera vez que observaba un rasgo propio de una persona con sentimientos en aquel tipo que llevaba meses actuando como fiel servidor de su ama, un siervo al que costaba sacarle una

palabra y cuyo rostro, inalterable, siempre reflejaba total disposición a hacer cuanto se le exigiera.

La carreta avanzaba por la rodera embarrada, que cada vez se acercaba más al cauce del río Guadalmedina, que discurría enfurecido por su curso sinuoso rodeando una montaña tras otra. La lluvia no daba descanso en aquellos montes y las aguas del río bajaban turbias por la tierra y las piedras arrastradas junto a restos de arbustos y algún animal muerto. La Balteira sujetaba con tensión las riendas y miraba hacia delante, atenta a detener la mula en caso de que algún desprendimiento pudiese jugarles una mala pasada. Mientras, Naia seguía pensando en el chico que habían dejado unas curvas atrás obnubilado con la aparición del mar en el horizonte.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de que estaba perdidamente enamorada, y lo estaba desde que lo llevaron a su tienda el día en que lo rescataron moribundo. Ahora entendía por qué le costaba tanto mirarlo y dirigirse a él. Apenas tenía experiencia con los hombres, más allá de las escapadas con su primo en la aldea cuando no eran más que unos mozos. Pero estaba claro, suspiraba por acariciar la piel de Gervasio, por besarlo y abrazarse a él. Sintió un cosquilleo tan intenso en el estómago que se retorció bajo la lona que las cubría de la lluvia y notó que le faltaba el aire.

Recordó el día después de que lo hallaron moribundo en aquel campo de batalla arrasado por las huestes de los Asquilula. Habían emprendido su viaje de regreso a Córdoba y el almogávar pasó casi toda la jornada durmiendo en el remolque de la carreta. Cuando se detuvieron a media tarde, el joven se despertó restablecido por completo. Entonces se marchó corriendo entre la maleza para ir abriendo la ruta. Ella al principio no entendió si se había ido para siempre, pero recordaba que se había sentido rota por dentro hasta que lo vio aparecer en el siguiente cruce del camino. Estaba enamorada hasta los huesos de Gervasio, no tenía duda alguna de ello.

Sin pensarlo, saltó de la carreta y clavó los borceguíes en el fango. María la miró sin demasiado interés y siguió callada mientras atendía al firme del carril que tenía frente a ella. No era extraño que la joven se apease del pescante para andar durante un rato o atender a sus

necesidades fisiológicas. La moza solo pretendía tomar aire y caminar un poco para superar el mareo que le había sobrevenido. Notaba la camisa completamente empapada por la mezcla de la lluvia que se le colaba por el sayal y un sudor repentino que le subió por el pecho y debió de ponerle las mejillas completamente coloradas.

Al poco volvió a subirse a la carreta evitando mirar a su ama. No lo podía soportar, la Balteira era capaz de leer en su gesto como si todo cuanto pasase por su mente se lo estuviese escribiendo en un lienzo. Así que, sin dejarle tiempo para pensar, comenzó a hablar de las irregularidades del firme y lo peligroso de aquella cuesta, que cada vez era más empinada y más resbaladiza. La Balteira sabía a la perfección lo que circulaba por la mente de su covilheira, pero prefirió centrarse en lo que estaba haciendo, y llegaron a Málaga con la caída del sol.

No entraron en la ciudad propiamente, sino que acamparon para pasar la noche en la margen derecha del río, donde se encontraron con un grupo de mercaderes y viajantes que habían decidido pasar allí también la madrugada. El pequeño asentamiento que se había originado estaba formado por carros y tiendecitas de lona de diversos colores, que en su mayoría estaban apoyadas contra una tapia de piedra de no más de un hombre y medio de alto, que discurría junto al río hasta la playa. Aquel muro de sillares rectangulares cerraba un gran arrabal situado a pocos pasos de la entrada a la medina.

Gervasio no conocía los planes de su ama. Desde que había empezado a vivir con aquellas dos mujeres, a las que debía lealtad después de que le hubieran salvado la vida, su existencia se había vuelto completamente imprevisible. Necesitaba ir a ver a sus hermanos, pues hacía demasiado tiempo que no sabía de ellos, y a pesar de que confiaba en que sabrían salir adelante, eran demasiado pequeños cuando los abandonó en la cueva de Sierra Morena. Algunas madrugadas había estado tentado de dejarlo todo y echar a correr y no parar hasta llegar a la cueva, pero en las circunstancias en las que estaba la frontera habría sido un auténtico suicidio y habría dejado a sus hermanos definitivamente solos en el mundo.

20

Málaga, finales de 1238

Gervasio apenas había pegado ojo. Como buen almogávar jamás dormía una noche de continuo, sino que permanecía alerta a cualquier incidente que pudiera surgir. Además, se sentía incómodo al estar en una ciudad con una gran población.

Cuando la claridad de la mañana empezó a ganarle la partida a la negrura, el siervo de la Balteira se hallaba a unas cien varas de la improvisada tienda donde dormían María y Naia. Era una distancia prudente desde la que podía vigilar a su ama al tiempo que se familiarizaba con el entorno. Estaba lo bastante alejado de la muralla que cerraba la ciudad al otro lado del río, por lo que podía ver buena parte del interior de la medina, y el amanecer le mostró un gran número de minaretes que sobresalían por encima de las construcciones, blancas en su mayoría. La ciudad era muy grande y se desparramaba siguiendo la línea de la costa, donde una muralla cerraba el acceso desde el mar.

De ella sobresalían las almenas de un pequeño castillo que dividía la línea de costa en dos ensenadas. Pero lo que más impactado lo dejó fue la fortaleza que se levantaba sobre la colina en el extremo opuesto a donde él se encontraba. La altura de los muros de aquella fortaleza apoyada en la montaña escarpada que cerraba la ciudad por el este le confería aún un aspecto de mayor inexpugnabilidad. Tardaría poco en conocer que aquel baluarte era la alcazaba de Málaga.

Pero no era aquella medina un lugar acogedor para María la Balteira y sus siervos. La puerta estaba bien custodiada y no debían olvidar que, a pesar de la convivencia más o menos pacífica que había entre las tres religiones, se encontraban en una ciudad

musulmana y debían tener algo concreto que argumentar para que los dejaran entrar. Ni tan siquiera se propusieron cruzar el puente fortificado que le daba acceso.

Se instalaron en el arrabal que se encontraba junto a la entrada a la ciudad, al que no tuvieron ningún problema en acceder cuando se abrió la puerta con la salida del sol. La gran mayoría de los habitantes que allí se abigarraban estaban en circunstancias similares a las suyas.

La Balteira consiguió alojamiento en una casa donde la dueña accedió a que ella y Naia durmiesen, junto a otras cinco mujeres, sobre un suelo de tierra cubierto de paja seca en la parte trasera de una especie de taberna que desprendía un fuerte olor empalagoso a uvas pasadas. En aquella casa se daban comidas a mediodía y al caer la noche los hombres acudían para beber el vino dulce que se hacía en esas tierras y que tan buena fama tenía.

La puerta de la tasca daba a una calleja estrecha y recortada, repleta de casas en mal estado, algunas incluso desmoronadas y abandonadas, con puertas hechas a base de listones de madera astillada. En su mayoría eran construcciones de dos alturas con las paredes desconchadas, que evidenciaban la necesidad de una mano de cal.

Gervasio esperó a que su ama le confirmase que se hospedarían en la habitación trasera de la taberna, y a continuación agarró la mula por el ronzal y siguió por el pequeño callejón en busca de un establo donde dejar el animal y la carga. No tardó mucho en dar con lo que andaba rastreando. A la espalda del tugurio encontró un cercado mitad cuadra y mitad gallinero, hecho con el mismo tipo de tablones de madera con el que se fabricaban las puertas de las casas, y llegó a un acuerdo con el musulmán que hacía las veces de palafrenero y encargado para dejar allí el carro, los pertrechos y la mula. Y aunque sobre su persona no le dijo palabra alguna, decidió que aquel era el mejor sitio para pasar las noches, ya que la ventana de la habitación de la taberna daba justo allí y así podría vigilar a María y a Naia.

María no había ido hasta Málaga de visita, se estaba jugando su descanso eterno y necesitaba darse prisa. La primera noche que

pasó en el cuarto del establecimiento esperó hasta que las cinco mujeres con las que dormían empezaron a roncar con más o menos fuerza y, sin hacer ruido alguno, se levantó conteniendo el aire del improvisado jergón, que no era más que un puñado de paja seca mal aplastada bajo su espalda. Miró a Naia y vio que esta dormía igual que el resto de las mujeres y la despertó moviéndole levemente el hombro.

—Me voy a marchar a hacer unas averiguaciones —le dijo en un susurro.

La boca de su señora estaba completamente pegada a su oreja y Naia comenzó a temblar. Conocía muy bien a su ama y sabía que algo no iba bien: jamás la habría despertado para informarla de algo así; lo normal habría sido que se hubiera marchado sin ponerla al corriente de sus planes.

—Espero que no pienses ni por un instante que estoy ciega, sorda o alunada. A ese soldado que vela por nuestra seguridad no lo volverás a ver en tu vida si avanzas un paso más en lo que tienes planeado en tu cabeza —musitó, clavándole el dedo índice en la sien.

—Pero, ama, ¿por qué decís tal cosa?

—Porque son muchos años en los caminos y la vida te enseña demasiado. Ahora duerme, que mañana nos espera un día largo.

Al salir de la habitación observó que todavía quedaban varios hombres en la taberna. Había unas letrinas que daban a la calle entre la tasca y el cuarto que acababa de abandonar. Se quedó en la penumbra, observando a los hombres, y reconoció a dos guardas entre los parroquianos. Salió sigilosamente al callejón y caminó en dirección a la torre barragana en la que se encontraba la puerta que daba acceso al puente de entrada a la ciudad. Allí vio que solamente la custodiaba un alguacil, así que se acercó hasta él.

—Buenas noches.

—¿Qué hacéis aquí? A esta hora no se puede estar en la calle.

—Tengo muy buena relación con la familia Asquilula y me gustaría trasladarles un mensaje.

El tipo se refrenó y pareció pensar con detenimiento sus siguientes palabras; no era normal que una mujer emplease con

tanto descaro el nombre de los arráeces de la ciudad, y aunque dudaba de la veracidad de cuanto acababa de escuchar debía tener cuidado porque un desaire a alguien que tuviese que ver con sus señores podía costarle la cabeza.

—Me gustaría entrar en Málaga.

—Eso es imposible, por la noche las puertas están cerradas y, aunque consiguierais entrar en la medina, el señor de la ciudad tiene apostados en todas las calles vigilantes acompañados por perros, provistos con antorchas para poder controlar hasta la última esquina.

—Pues a mí no me ha costado tanto llegar hasta aquí, nadie me ha dicho nada.

—En el arrabal no se cierra la puerta hasta bien tarde. El señor de la ciudad no tiene necesidad de preocuparse por la mezcla de judíos, cristianos y mendigos que hay en ese pestilente lugar —dijo levantando la nariz y mirando con desprecio hacia el acceso a la barriada—. Pero esta puerta sí está vigilada, como podéis observar, y ya os he dicho que os marchéis de vuelta a vuestra pocilga.

—Bueno, imagino que por la mañana, que entra y sale tanta gente, será más fácil acceder a la medina —insistió la cristiana ignorando los comentarios del soldado.

Y tras decir estas palabras la Balteira sacó un saquito de cuero de la faltriquera de su sayo y se lo dio al centinela, que se sorprendió por el peso del pequeño envoltorio de cuero, lleno a rebosar de monedas. La gallega sabía que era el momento de invertir la ingente cantidad de dinero que conseguía en las noches de alcohol y apuestas previas a las batallas, y tras estas, cuando las huestes celebraban sus ansiados triunfos.

En el arrabal donde se habían instalado María y sus siervos había un palacio en el que los más distinguidos prohombres de la ciudad acudían a sus afamadas veladas de música, poesía y bailes junto a jóvenes mozas. Necesitaba entrar en la almunia Sayyid, pues así se llamaba esta dependencia real rodeada de jardines, a la que solamente podría acceder si establecía amistad con alguna persona que tuviese contactos en la ciudad.

María conocía la existencia de aquel alcázar junto al río Guadalmedina desde la noche en que rescataron a Gervasio del campo de batalla en la campiña cordobesa. Aquella noche, al volver a su tienda, no quedaba rastro alguno de los oficios que seguían a las tropas castellanas, pues el miedo a que los soldados infieles arrasasen con sus bienes y negocios los hizo salir a la carrera rumbo a Córdoba. Pero la Balteira y su sierva estaban bien acostumbradas a trabajar en los asentamientos musulmanes y María había aprovechado para intentar ganar unos maravedís entre las huestes de los Asquilula después de llevar al joven almogávar hasta su tienda.

Antes de subir al escenario en aquella velada en la que se encontró de cara con los penetrantes ojos negros del musulmán al que ahora buscaba en Málaga, habló con una danzarina que seguía a las tropas de al-Ahmar de continuo. Esta la informó sobre las noches de poesía y danza en las casas del arrabal Attabanim, sobre todo en el palacio de la almunia Sayyid. Allí los más próximos servidores del arráez de Málaga acostumbraban a relajarse, alejados de la alcazaba, donde se consideraban del todo ofensivos determinados comportamientos permitidos extramuros de la ciudad.

María, después de dejarle al centinela de la puerta del puente el saquito repleto de monedas, volvió a su cuarto en la taberna del arrabal, como el vigía le había indicado de malos modos. El tipo parecía guardarle un gran resentimiento por profesar un credo diferente al suyo, y a pesar de recibir el dinero de la Balteira sin objeción alguna, todavía la despidió de malas maneras.

—No volváis a salir de ese arrabal tras la caída del sol, el dinero no lo compra todo y por las noches está completamente prohibido andar por las calles. La próxima vez os llevaré a una celda para que durmáis allí, y creedme que no os gustará. Espero que me estéis prestando atención.

Esas fueron las últimas palabras que oyó la cristiana antes de perderse en el interior del arrabal.

21

Al amanecer del siguiente día, María y Naia, nada más salir del atestado cuarto donde habían pasado la noche, pudieron comprobar que el frío no castigaba como en las zonas de interior a pesar de ser pleno invierno, lo que supuso una gran sorpresa para ambas. Lo habían pasado realmente mal durante la noche, cuando el frío, acompañado por la humedad del río y la proximidad del mar, se les metió hasta los huesos a pesar de llevar todas sus ropas puestas y estar tapadas por las dos mantas más gruesas que tenían. Eso les recordó a ambas las noches invernales de su húmeda Galicia natal.

Las dos cristianas se dirigieron a la puerta del puente por donde pretendían entrar en Málaga, para conseguir aproximarse a algún allegado a la familia de los arráeces de la ciudad. La Balteira no tenía muy claro cómo seguir adelante en su plan, solo sabía que Málaga estaba dominada por una de las facciones de las poderosas familias de Arjona que habían formado el reino nazarí, y tenía noticias de que las dos que habían fundado el reino granadino no andaban en buenas relaciones.

Aquel alejamiento entre las dos poderosas familias creadoras del reino habría desencadenado tensiones y bandos en sus filas. Era muy probable que aquel ambiente de inestabilidad, que no había podido originarse con anterioridad en el reino por lo reciente de su nacimiento, le estuviera removiendo la conciencia al prohombre musulmán con el que había hablado en la fortaleza de la frontera. Cada vez estaba más convencida de que aquel misterioso caballero no guardaba fidelidad a los Asquilula.

Ahí tenía la soldadera, por tanto, el asidero para empezar con la estratagema que había ido maquinando desde el mismo momento

en que cruzó la mirada con la del magnate musulmán de los inolvidables ojos negros.

Estaba casi convencida de que la protección castellana era la última esperanza que le quedaba al reino murciano para sobrevivir como tal. No solo los soldados de las huestes castellanas, sino también los de las hordas musulmanas, le habían relatado el continuo asedio que mantenían en el sureste de la Península sobre el solar murciano, que aguantaba con bravura pero al límite de su resistencia.

Si el poseedor de aquellos ojazos negros seguía siendo un fiel servidor hudí atrapado en la hueste de los Asquilula, tal y como la gallega pensaba, solo necesitaba acercarse a él. Estaba completamente segura de que esa vez sería el consejero musulmán el que no desaprovecharía la oportunidad de proponerle un acuerdo para salir de aquella tierra en la que, sin duda, se sentía amenazado.

El día estaba a punto de despuntar cuando María y Naia salieron del arrabal del mercado de la paja, así conocían en la ciudad a ese barrio abigarrado a poniente del río. Se dieron de bruces con una infinidad de comerciantes y viajeros que hacían cola para entrar en la medina por la puerta de la torre albarrana que daba acceso al puente. El griterío de los guardas que trataban de ordenar al gentío que se arremolinaba frente a la puerta parecía surtir efecto, por las caras de pánico de hombres, mujeres y niños que aguardaban su turno para abonar el portazgo.

Los guardas imponían su ley a fuerza de varazos, que iban repartiendo sin miramiento alguno a quien simplemente osase dirigirles la palabra o cruzarse la mirada con ellos. Los guardianes de la entrada vestían sayos de color marfil ceñidos al torso por un cinturón de cuero del que colgaba intimidante un alfanje que no dudaban en desenvainar y blandir cuando algún incauto se atrevía a cuestionar cualquiera de sus órdenes.

Naia estaba muy nerviosa, por lo que se situó detrás de su señora, en la parte final de la cola que se había formado siguiendo el curso del río. La afluencia de gente era tan abundante que no tardaron en quedar en mitad de la larga fila, pues siguieron arribando viajeros y gentes que procedían tanto del camino que llegaba a la ciudad

pegado al río como del mismo arrabal del que habían salido las gallegas.

Al otro lado del río, entre el cauce de este y la muralla, había un grupo de barcas de pesca y otras embarcaciones de más calado que estaban esperando reparación en los talleres aledaños. Junto a las barcas se observaban imponentes las poderosas torres que cerraban las atarazanas, donde además sobresalía el castillete de su mezquita y una torre conocida como la Torre Gorda, al final del extremo de la muralla occidental de la ciudad.

La sierva de la Balteira estaba tan sobrecogida por la impresionante muralla que pasó un buen rato pensando en cómo el ingenio del hombre habría conseguido que semejante construcción se alzase allí. Cuando volvió en sí miró hacia el final de la cola y vio que esta llegaba hasta la playa, a unos doscientos pasos de donde ellas se encontraban, y justo al girar el cuello para mirar hacia delante un alguacil la empujó y la tiró al suelo por sorpresa. La joven cayó sobre su ama, que había recibido un fuerte empellón de otro de los guardianes. A continuación, este último las agarró por los brazos y las sacó de la cola arrastrándolas por el barro.

—Fuera de aquí, no queremos volver a ver vuestras asquerosas caras cristianas —le gritó el guarda que había recogido la mordida la noche anterior.

—Eso, fuera, pecadoras asquerosas —se arrancaron los compañeros de cola, que de pronto habían avanzado dos puestos en la interminable fila.

—No os quedéis ahí en el suelo, corred si no queréis que os cojamos presas —les insistió el alguacil mientras vareaba en el lomo a Naia.

La joven notó cómo le subían los calores que le venían cuando estallaba por dentro y se levantó, sin que el guarda tuviese tiempo a reaccionar, para lanzarse contra él y sacarle los ojos con las uñas. Pero su ama, que la conocía bien, la vio venir, se abalanzó sobre ella y ambas volvieron a caer al suelo ante la mirada de cuantos las rodeaban.

—Ni se te ocurra, rapaciña —le dijo al oído mientras le agarraba las muñecas con todas sus fuerzas.

—¡Soltadme u os juro que no lo contáis!

Se quitó a la Balteira de encima y fue a incorporarse para lanzarse contra el centinela, que estaba acostumbrado a muchos tipos de reacciones y la esperó a dos codos de distancia con el puñal en la mano. María tiró de ella, que además había detenido su impulso inicial ante la presencia del arma, y hasta ahí duró la pelea.

Gervasio observaba la trifulca a poca distancia, confundido entre unos pescadores que remendaban sus redes junto a sus pequeñas embarcaciones. Aquellas barcas, que ni tan siquiera contaban con un mástil para ayudarse del viento, sino que se movían exclusivamente a remo, descansaban sobre la arena, pues los pescadores sacaban del mar sus cayucos cada noche para evitar perderlos en alguna tempestad y para que las maderas no sufrieran el deterioro constante del agua salada.

Se retorcía los dedos de las manos y apretaba los dientes con rabia al ver la escena de sus dos protegidas arrastradas por el suelo con el sayo y la camisa interior subidos casi hasta la cintura y las piernas blancas a la vista de todo el mundo. Se le pasó por la cabeza cometer la locura de acabar con aquellos dos alguaciles, pero vio el gesto que le hizo la Balteira desde el suelo y se mantuvo al margen.

María sabía que los ojos de Gervasio, al que no había visto esa mañana, estarían clavándose en su nuca. Era algo que notaba como el peso de una losa y que siempre merodeaba su mente. Sabía que el almogávar era capaz de organizar una buena escabechina en aquel tumulto, e incluso apañárselas para salir con vida de aquello. Lo conocía bien y era consciente de que a los dos soldados que las estaban apabullando con sus varas y sus malos modos les daría muerte en menos de lo que tardarían en pestañear, y luego se organizaría tal revuelo que no sería descabellado que pudiesen acabar escabulléndose entre el gentío. Pero ella no estaba allí para eso, y un empujón y cuatro salivazos no iban a torcer la voluntad de una mujer dura y decidida como ella. Por eso hizo ese gesto desde el suelo en dirección a las barcas de la playa, único sitio en el que podría estar el joven siervo observando a las dos mujeres. Levantó la palma de la mano hacia allí y la movió adelante y atrás un par de veces al objeto de detener a su impetuoso protector con la

esperanza de que, para entonces, no estuvieran los dardos volando en dirección al cuello de sus agresores.

22

María y Naia se alejaron de la interminable cola de la puerta de la ciudad donde habían sufrido la ira de los alguaciles y se fueron de vuelta al arrabal, pero antes de entrar en la populosa barriada la soldadera se dirigió a su sierva:

—Márchate, rapaza, no quiero compañía hoy.

—Pero, ama, dejadme al menos que os ayude con las heridas de las piernas y los brazos.

—Esto no son heridas, apenas son rasguños.

—Lo mejor será volver a la cueva y dejar esta tierra de infieles antes de que nos corten la cabeza. Ya habéis visto que no quieren saber nada de nos. —Una vez calmada, la sierva volvió a esgrimir su carácter prudente.

—No te dejes amedrentar por cuatro desgraciados, niña. A la Balteira nadie se la quita de encima con tanta facilidad.

María se perdió en el interior del arrabal, en dirección a los baños, y la moza se giró y se encontró con Gervasio, que la observaba desde una distancia de unas treinta varas. Anduvo con paso lento hacia él, cojeando levemente por el dolor que le producía el roce de la rodilla descarnada con la tela de lino del camisón interior. En su mente solo había una idea: era como si el episodio por el que acababa de pasar la hubiese hecho reaccionar, así que se dio cuenta de que no tenía sentido continuar engañándose; necesitaba saber si aquel tipo indescifrable tenía algo para ella. Podrían haber muerto o haber caído presas para acabar convertidas en esclavas de algún prohombre musulmán, y todavía desconocía si el tipo que la miraba con ojos absolutamente inexpresivos se había enterado de su existencia, porque había veces en las que dudaba de que ni tan siquiera la viese.

—En mi pueblo las heridas siempre las hemos curado con el agua del mar, y aquí no tiene que ser diferente —le dijo al mozo cuando llegó hasta él.

—Para ello hay que meterse en el mar, y eso es peligroso.

—Yo me he metido muchas veces en el mar y aquí estoy, no debe de ser tan peligroso.

—Si quieres ir hasta el mar para curar esas heridas, te acompañaré, pero a ese enorme manto azul hay que respetarlo si no quieres que te trague —insistió el soldado.

—El mar es como los hombres y las mujeres, tiene sus días. Y, por lo que se ve desde aquí, hoy es uno de esos en los que te invita a remojar el cuerpo sin temor a que te lleve a sus entrañas.

El almogávar aceptó la evidente invitación de la joven para que la acompañase a la playa y la siguió un par de pasos por detrás. La sierva de la Balteira estaba advertida por su ama de que debía alejarse de Gervasio, pero seguía teniendo en su interior el impulso que le había dado ver el filo del puñal apuntando hacia ella, y siguió adelante. Atravesaron el arenal, en el que los pescadores se ayudaban los unos a los otros a bajar las barcas al mar sobre troncos perfectamente redondeados. Se gritaban entre ellos en una lengua que ni Gervasio ni Naia eran capaces de entender, probablemente algún dialecto árabe. Al llegar a la orilla caminaron alejándose de la ciudad para encontrar una playa solitaria de agua transparente en la que la joven podría curar sus heridas con el agua marina sin necesidad de atraer la mirada de los pescadores.

No tardaron en encontrarse con otro gran río que desembocaba de forma pacífica. Era como si sus aguas se confundiesen con las del mar sin saber muy bien si era el río el que entraba en el mar o este el que se adentraba en el río. Había gran cantidad de pescadores con pequeños botes que parecían hacer muy buenas capturas justo en esa zona de la desembocadura. Ayudaron a un pescador a llevar su barca hasta el agua y este a cambio les vadeó el cauce hasta la margen occidental del río. Desde allí continuaron andando por la orilla de una playa ancha y plana, con una duna de arena a la espalda y numerosos arbustos, que parecía no tener final.

El mar estaba en calma total y Naia, que llevaba los borceguíes en la mano, los dejó sobre la arena y se remangó el sayo y el camisón hasta la altura de los muslos. Tras otear en todas direcciones y solo encontrar la mirada estupefacta de Gervasio, se metió con tiento en el mar. Al contrario de lo que sucedía en la costa de su Galicia natal, la playa era plana, y a pesar de andar cuatro o cinco pasos hacia dentro el agua apenas le cubría las pantorrillas, así que anduvo un poco más y notó cómo la sal se introducía en las heridas de sus rodillas y le aguijoneaba las piernas un escozor que le recordó a su infancia.

Se dio la vuelta, miró hacia la orilla y no se extrañó de la imagen que vio: el almogávar estaba girado hacia la duna, dándole la espalda. Por un momento pensó en ir sigilosamente hasta donde él se encontraba y lanzarse sobre sus hombros, pero era mejor no probar ese tipo de bromas con un almogávar, acostumbrado a triturar al que osara atacarlo, y optó por avisarlo con una voz.

—Gervasio, date la vuelta y ven a ayudarme, ¿o es que tienes miedo?

—Si lo ves necesario, iré —le respondió levantando la voz para que la joven lo pudiese oír a pesar de seguir de espaldas.

—¡Que te des la vuelta de una vez y vengas!

Gervasio llevaba puesta una camisa de lino que le llegaba un poco más abajo de la cintura y unas calzas de lana. Se quitó las calzas y se introdujo por primera vez en su vida en aquel mundo azul que lo había obnubilado desde que lo conoció. Notó el frío del agua y la suavidad de la arena bajo los pies, que eran capaces de caminar por riscos afilados sin el más mínimo sufrimiento, por lo que aquello le pareció como pisar cojines de seda.

Cuando llegó hasta donde se encontraba Naia, esta se subió la manga de la camisa que le cubría el brazo en el que tenía las heridas y se las mostró. El joven se agachó, hizo la forma de un cuenco con sus manos, recogió agua y la puso a la altura del codo de la muchacha. Esta lo introdujo en el agua y notó un escozor similar al de las rodillas. Repitieron la operación tres veces y luego Gervasio le señaló el otro codo.

—Ahí no tengo ninguna rozadura, pero aquí en el costado sí.

El almogávar no supo qué decir y apenas tartamudeó algo incomprensible incluso para él. Naia se soltó el cordel que cerraba el sayo por el cuello y se lo sacó por la cabeza, quedándose en camisa. Se la desabotonó, se liberó de las mangas y luego la dejó caer por su torso hasta dejar al descubierto la herida que tenía en la espalda, para que Gervasio pudiera verla.

Estaba desnuda de cintura para arriba y el joven guerrero sentía una excitación como nunca en su vida. Cogió agua y limpió la herida de la espalda de la mujer acariciándole por primera vez la piel. Era tan suave que le dio vergüenza arañársela con los callos de unas manos, que más parecían armas y herramientas de trabajo. Pero a Naia el roce de aquellas manos poderosas y ásperas le pareció lo más excitante que le había sucedido. Estaba perdida por aquel guerrero cuyos músculos podrían haber estado esculpidos en mármol.

—Quizá te estoy haciendo más daño que bien, tengo las palmas de las manos endurecidas y te estoy arañando la piel.

—Lo estás haciendo muy bien, continúa y no pares por nada del mundo —le dijo al tiempo que ponía la mano sobre la del almogávar para que siguiese masajeándola.

A continuación la joven se dio la vuelta y Gervasio se atragantó ante aquella visión de su torso desnudo. No fue capaz de contenerse y se abrazó a la mujer, que era obvio incluso para alguien tan inexperto como él que estaba muerta de ganas por apretarse contra su cuerpo. La besó en el cuello y en los labios, la levantó en peso y metió la cabeza entre sus senos, recorriéndolos con su lengua hasta introducirse un pezón en la boca y luego el otro, mientras ella lo aplastaba contra su pecho, que ardía por dentro. Después, Gervasio la llevó en brazos hasta la orilla y se tumbaron el uno frente al otro de lado, sobre la arena mojada. Mecidos por el rebalaje, siguieron besándose y la gallega hurgó en el calzón del joven, donde se encontró con su verga completamente erecta. Se puso sobre el almogávar y guio con la mano el miembro de este hasta su interior sin perder ni un instante; no quería desaprovechar esa oportunidad única que se les había presentado. Hicieron el amor durante toda la mañana. Habían acumulado tanta necesidad el uno del otro que se

sentían incapaces de refrenarse, y se revolcaron en la orilla, completamente ajenos al mundo, hasta que no pudieron más. Acabaron exhaustos el uno junto al otro, bocarriba, mientras el sol del mediodía caía sobre ellos.

Gervasio estaba perdidamente enamorado de aquella joven desde el día que la conoció, pero a fuerza de ignorar la punzada que sentía en sus entrañas cada día al verla, había conseguido mentalizarse de que jamás tendría la oportunidad de ni tan siquiera merecer una sonrisa de la mujer que le había robado el sueño. Por lo que no terminaba de creerse lo que había sucedido.

Eran dos personas que habían sufrido casi cada día de su vida desde que tenían memoria. Su existencia se limitaba a la mera supervivencia y a cumplir con las órdenes recibidas, ya fuera en el batallón almogávar o con la soldadera gallega a la que ambos servían. Aquel rato que estuvieron recibiendo el baño del sol en la orilla de la costa malagueña, tras amarse como no lo habían hecho antes, era un regalo que se sentían casi incapaces de saborear.

Cuando el sol pasó su cenit, los jóvenes se levantaron de la orilla, atravesaron la duna que había a la espalda de la playa y se introdujeron en el monte de coníferas que había a continuación de los lentiscos y zarzas que crecían en la arena. Gervasio tardó poco en acertarles a dos liebres con su honda y las asaron en un pequeño fuego que hizo el almogávar y que les sirvió para calentarse al mismo tiempo las manos al anochecer, que llegó con la impaciencia propia de aquella época del año.

—Ni una palabra de esto a María —dijo Naia cuando caminaban en dirección a las barcas que cruzaban el primer río.

Gervasio siguió andando y no la miró.

—Ah, es verdad, se me olvidaba. Es imposible que le cuentes nada: la mayoría de los días pareces mudo —respondió con cierta resignación.

—Lo va a adivinar sin que se lo cuentes, por eso no te preocupes —la sorprendió el guerrero.

—¿Y eso tú cómo lo sabes?

—Lo sé igual que tú.

—Tienes que conocer una cosa —le indicó con voz pausada la moza, que se disponía a contarle las duras palabras que había tenido con su ama en el lecho la noche anterior.

—Ya lo sé.

—¿Cómo que ya lo sabes?

El almogávar, a pesar de desconocer los secretos del amor, era un gran observador. Hablaba poco, pero era difícil que se le escapase un detalle, y desde el mismo día que había empezado a convivir con aquellas dos mujeres observó el celo con el que su ama vigilaba la relación entre los mozos. Justo por ello se propuso que las pocas palabras que intercambiase con ellas fuesen siempre con María. Aunque resultaba todo muy extraño, no estaba del todo seguro si la soldadera los controlaba para que no surgiese nada entre ellos o si de alguna manera su ama protegía a Naia, a la que quería para ella en exclusiva.

—Lo sé porque nuestra ama se ha convertido en una barrera entre nosotros desde el mismo día que me recogisteis moribundo junto a aquel arroyo.

—Soy tonta, no me había dado cuenta hasta este momento —pensó en voz alta.

—Si te ha amenazado, no creo que cumpla su amenaza, pero, como has dicho, lo mejor es seguir ignorándonos como hasta ahora.

—No sé si lo lograré, creo que me va a ser imposible. —Le acarició la melena revuelta, lo atrajo hacia ella y lo besó en los labios, sintiendo esa calidez de la que sabía que tenía que despedirse por largo tiempo.

Llegaron al arrabal cuando la noche ya había caído sobre la ciudad costera y se encontraron la taberna a rebosar de parroquianos. Gervasio siguió hasta la cuadra y Naia atravesó el salón aguantando las miradas de los hombres y sin prestar atención a los comentarios que le dirigían. En el cuarto estaban las mujeres ocupando los mismos espacios de la noche anterior, y las mantas que habían utilizado la Balteira y ella permanecían dobladas tal y como las había dejado por la mañana, antes de salir a su intento infructuoso por adentrarse en la ciudad.

Levantó con impaciencia las mantas y se encontró con la tela roja que le dejaba su ama cuando salía y no quería que fuese a buscarla. Lo odiaba. Sabía que María era una mujer muy temeraria y cualquier noche alguna cosa no iba a salir como había planeado y la iba a dejar sola en el mundo. Había pensado en ello en más de una ocasión, pero tenía que asumir que ya era una mujer y no podía pasar la vida a expensas de la Balteira, aunque no veía la forma de despegarse de ella.

A pesar de todo, se metió entre las mantas y se acurrucó repasando el inolvidable día que había pasado. Gervasio era un hombre demasiado callado y no sabía hasta qué punto era una persona del todo normal, pero a pesar de eso estaba absolutamente enamorada del almogávar. Se iría con ese hombre medio mudo, alto y de mirada esquiva al fin del mundo.

Lo habían encontrado moribundo en un campo de batalla y jamás les había hablado de su familia ni de sus orígenes, ni mucho menos de cuáles eran sus intenciones en el futuro, por lo que no sabía si ese hombre, al que ya echaba de menos aunque hacía solo un rato que se habían separado, estaba tan perdido por ella como ella por él. Lo que ya nadie le podría quitar es ese recuerdo del día que habían pasado amándose en esa playa, y el tacto de esa musculatura poderosa que había sentido alrededor de su cuerpo. Porque, a pesar de sus dudas y de no querer crearse falsas expectativas, creía haber percibido algo más que puro deseo carnal en el almogávar, y eso hacía que todo su organismo temblase por dentro.

23

María se sentó, protegida por la oscuridad de la noche, a una distancia prudencial de la torre albarrana que custodiaba el puente de entrada a la ciudad, y esperó paciente a que apareciesen los alguaciles. Los últimos pescadores habían dejado las barcas en el arenal y se encaminaban al arrabal Attabanim, donde en las pequeñas casas del abigarrado barrio de los pescadores se veían las lámparas de sebo, mientras por los huecos de los tejados el humo de los hogares expandía un intenso olor a pescado a la brasa.

Los alguaciles no tardaron demasiado en llegar a la puerta. A María la rabia se la comía por dentro, no terminaba de explicarse lo que había sucedido por la mañana y estaba loca por encontrarse con el centinela que la había arrastrado por los suelos después de recoger una bolsa repleta de monedas.

Solo había dos explicaciones a todo aquello. Una era la más sencilla, y en su larga existencia había llegado a la conclusión de que las cosas solían ser lo que aparentaban: aquel truhan se había reído de ella en sus narices y le había levantado un buen saquito de monedas. Y lo iba a pagar muy caro. No obstante, el paso de los años le había enseñado también a contener esos impulsos porque una explicación más enrevesada podía estar detrás de lo sucedido. Y a pesar de que le gustaría ajustarle las cuentas a aquel soldado, lo más conveniente era esperar a escuchar sus explicaciones y entrar en esa medina en la que tenía asuntos que resolver.

—No os mováis de donde os encontráis. —La voz le resultó familiar a la Balteira—. Ni se os ocurra daros la vuelta o tendré que mataros.

—Lo podíais haber hecho esta mañana, no creo que nadie os hubiese echado nada en cara. Las cristianas estamos mejor muertas.

—Pensaba que erais una cristiana más inteligente.

—Y yo que los soldados musulmanes tenían más palabra.

—No sigáis por ahí si no queréis comprobar lo fácil que atraviesa un alfanje musulmán la carne pecadora de una cristiana.

María decidió cerrar la boca y escuchar lo que aquel hombre tenía para ella. El tiempo corría y necesitaba entrar en la ciudad cuanto antes, así que de poco le iba a servir dárselas de mujer digna con aquel hombre que sabía a la perfección que no era una señora decente, porque las personas que no tienen nada que ocultar no andan por el mundo soltando saquitos de monedas para doblegar voluntades.

—¿Cómo se te ha ocurrido aparecer esta mañana en la puerta después de que mis compañeros te viesen hablando conmigo ayer noche? Debías haber esperado en el arrabal hasta que te hubiera avisado para entrar en la ciudad. —El soldado se decidió a dejar de lado la cortesía en el trato; al fin y a la postre, era una conversación entre pillos.

—Nada me dijiste de eso, y además no tengo tiempo para estar esperando a que un príncipe aparezca y me abra la puerta de la ciudad. Yo necesito entrar ya.

—Más arriba hay otro puente.

—Lo conozco, y enfrente hay otra puerta, la de Antequera.

—De acuerdo. Deja avanzar un poco la madrugada, pero no demasiado, porque te va a llevar casi toda la noche llegar hasta el paso que te permita entrar en la ciudad.

—Esta mañana he estado en esa puerta y se encontraba igual de custodiada que esta.

—No te dirigirás a esa puerta. Cruza el puente del que hemos hablado y sigue el contorno de la muralla hacia el norte. Cuando hayas caminado lo que dura una misa de las vuestras, llegarás a un cercado que hace de establo para el ganado. No te preocupes por la falta de luz, sabrás que has llegado por el olor y el sonido de las bestias —le advirtió con una sonrisa en la que le mostró sus dientes amarillentos.

A continuación, levantó un pequeño saco que llevaba consigo y se lo lanzó a los pies a la cristiana. La Balteira lo miró con sorpresa. El

saco tenía cerrada la apertura superior con una cuerda. Le devolvió una mirada inquisitiva al guarda.

—Ahí tienes grano, es el que comen las bestias que están allí encerradas esperando para ir a los mataderos de la ciudad. No merodees en las inmediaciones de la cerca del establo porque el revuelo de los animales te delatará y los pastores se abalanzarán sobre ti. Y créeme, aunque sé que eres mujer valerosa, no son hombres acostumbrados a razonar con damas y te tratarían como a cualquier alimaña del campo que amenazase a sus bestias.

—Entonces mejor será que este saco te lo quedes para comer tú, hombre sin palabra.

María seguía resentida con el tipo que la había vilipendiado por la mañana y que se revelaba más como un charlatán que como alguien que mereciese la abultada cantidad de monedas que le había entregado la noche anterior.

—Agarra ese saco, mujer infiel y merecedora del infierno, porque sin él no vas a ser más que un entretenimiento para los pastores. Y no me agotes la paciencia, porque sabes muy bien que podría quedarme con tu dinero y darte muerte sin que a nadie en la ciudad le importase.

La mujer se quedó mirándolo y el soldado nazarí continuó:

—Rodea el muro del establo hasta que encuentres una zona en la que te va a resultar muy fácil subir por los sillares desordenados que forman la tapia. Luego arroja todo el contenido del saco en el interior del corral: las bestias comenzarán a piafar y a mugir, y se arremolinarán en esa zona. Entonces corre hacia la parte más pegada a la muralla y atraviesa el establo una vez que veas a los pastores acudir al tumulto que formarán los animales. Tras esto, sigue caminando por la muralla que rodea la ciudad.

La cristiana había recuperado la confianza en el alguacil, sobre todo porque estaba empezando a asumir que no tendría mejor opción. Odiaba tener que ir hasta la puerta más alejada de la medina para poder acceder al interior mientras tenían una apenas a unos pasos de donde se encontraban. Le daban ganas de hacer tragarse al alguacil todo el grano que había en el saco, que seguía tirado a sus pies. Observaba cómo ese desgraciado disfrutaba

relatándole la tortura a la que debía someterse para entrar en Málaga.

—Quizá debas correr, porque el día no te puede sorprender antes de llegar a tu destino. Dejarás atrás la siguiente entrada, que es la de la Fontanella, y darás con un arrabal superior en tamaño a este en el que os habéis instalado. Pásalo de largo y llegarás a la puerta de Granada.

—Donde me pegarán y me arrastrarán por los suelos como habéis hecho esta mañana.

—No. Aunque te cueste creerlo, en esa puerta el tránsito de viajeros es todavía mayor al del puente, y sobre todo son musulmanes los que llegan hasta Málaga por esa entrada, gentes procedentes de Granada y Almería, nuestras grandes ciudades hermanas.

—¿Y eso en qué mejora mis opciones?

—Ponte esto y habla lo justo, y cuando lo hagas preocúpate de hacerlo en nuestra lengua. Sé que eres mujer nigromante y conocedora de idiomas y poesía.

La gallega agarró de malas formas el saco con el grano, el sayo y el hiyab que le ofrecía el musulmán, y se volvió con la idea de regresar a su cuarto para intentar descansar antes de emprender la excursión que acababa de plantearle el alguacil. La vida en tierras musulmanas era peligrosa e incómoda, nunca había puesto ninguna objeción a ello. Había entrado en infinidad de asentamientos del otro lado de la frontera vestida de musulmana e incluso de hombre, pero no acababa de comprender el motivo por el que en esta ocasión estaba tan hastiada. Cada vez le veía menos sentido a esa vida de la que no era capaz de salir. Lo que la agotaba no eran los musulmanes, ni el alguacil, ni siquiera el periplo al que se iba a someter antes de entrar en la medina, sino la incertidumbre pertinaz con la que vivía.

—No tan rápida, amiga —le dijo el tipo interponiéndose en su camino cuando al final arrancó en dirección al arrabal.

—Yo no soy tu amiga, cerdo.

—Escúchame bien, porque no te lo voy a decir dos veces: cuando veas a un alguacil bajo, encorvado y con una cojera fácil de detectar,

le buscas la mirada y le inclinas la cabeza dos veces hacia delante. A partir de ahí no hables más que lo imprescindible.

Otra vez se dispuso a girarse con violencia la gallega y el guardián la agarró del brazo para impedirle de malas formas salir de allí. Aquella mujer le daba mala espina y no quería tener cuitas pendientes con ella. Tenía la sensación de que era capaz de llegar hasta el mismo cadí de la ciudad, y no quería conocer la parte de las mazmorras de la alcazaba que todavía no había visto y de la que se contaban historias terroríficas.

—Que sepas —le dijo a la soldadera mirándola a los ojos— que no han sido los caudales que me diste anoche lo único que he salvado esta mañana cuando os he arrastrado a ti y a tu esclava por el suelo.

—Yo no tengo ninguna esclava, cerdo charlatán —lo interrumpió.

—Dejémonos de rodeos. Si llego a permitiros entrar con esos trajes cristianos, con el rostro descubierto y sin un pergamino lacrado con el sello de alguna autoridad musulmana, te garantizo que en este momento seríais comida para peces en el puerto de la ciudad, así que mejor será que me tengas por amigo. Y ahora ve en paz con tu Dios.

24

La Balteira volvió al cuarto de la taberna y se acostó junto a Naia, que dormía a pierna suelta bajo las ásperas mantas. Apenas pudo pegar ojo. Admiraba la facilidad de su joven sirvienta para conciliar el sueño. Cuando se convenció de que no se dormiría, dejó el señuelo rojo de nuevo bajo la manta y se marchó hacia el puente que cruzaba frente a la puerta de Antequera.

El periplo alrededor de la muralla que cerraba la medina malagueña se desarrolló de la forma que le había adelantado el alguacil, y antes de la salida del sol se hallaba en la interminable cola de entrada a la ciudad en el camino de Granada.

El gentío y la rudeza de los guardas que custodiaban la puerta era realmente similar a lo que se había encontrado la mañana anterior en la puerta del puente, con la salvedad de que esa vez el sol quería salir por su espalda y frente a ella se levantaban, como un gigante de piedra, las formidables almenas de la alcazaba de Málaga. Los guardas se aproximaban al lugar que ocupaba la Balteira en la cola. Todavía no los veía, pero delante de ella se iba haciendo el silencio en la desordenada fila mientras los gritos de los alguaciles y los quejidos de los viajeros, que a buen seguro estaban probando en sus carnes las varas de los soldados, se oían cada vez más cercanos.

Los vigilantes eran al menos ocho o diez. Los vio llegar formando un grupo de hombres cubiertos por sayos color marfil y pañuelos del mismo tono sobre la cabeza. Tenían barbas pobladas y mostraban sus dientes amarillos y escasos al tiempo que gritaban y salivaban sobre los atemorizados miembros de la cola, que mostraban las monedas con la mano abierta antes de que los funcionarios llegasen hasta ellos para no poner a prueba su exigua paciencia.

Por suerte, el alguacil que se movía tratando de equilibrar el cuerpo para compensar la cojera se desplazaba con una rapidez de la que nadie le creería capaz. Apareció frente a María casi al mismo tiempo que el primero de los alguaciles, y mientras este le arrebataba de malas maneras las monedas que esta se había puesto sobre la palma de la mano, le dio tiempo a buscar los ojos del tipo enjuto y jorobado para hacerle dos asentimientos rápidos con la cabeza. El alguacil reaccionó empujando a su compañero hacia el siguiente miembro de la fila, sin indagar más en el motivo de la mujer para entrar en la medina.

Con las primeras luces de un día de sol espléndido que asomaba por encima del monte de Gibralfaro, a la espalda de la alcazaba, entró María la Balteira por primera vez en su vida en Málaga. Se encontró con una amplia avenida completamente recta, repleta de personas que conversaban en voz alta configurando pequeños grupos. Las casas que había en el lado derecho de la calle eran de dos alturas y estaban pegadas las unas a las otras. A unos quinientos pasos desde la entrada a la ciudad, en el mismo lado derecho, había una puerta flanqueada por una vivienda de altas paredes y tejado abovedado, y otra igualmente grande, pero de techo plano. Entre la puerta de Granada y la que daba acceso desde el arrabal de Fontanella se podía ver la puerta de entrada a la judería, que era el barrio que se encontraba en la esquina noreste de la ciudad.

En la puerta de la judería había una gran concentración de hombres ataviados con sayos de tela humilde y colores oscuros, casi todos negros o grises. Estos individuos, que mantenían el gesto serio, llevaban la cabeza tocada por gorros sencillos hechos de lino o de lana. Tenían largas barbas, casi todas de color blanco, que les daban un aire respetuoso. Algunos de ellos llevaban en la mano una lente con la que revisaban las cartas de crédito que ciertos viajeros que entraban en la ciudad les entregaban a cambio de dinares de plata, dírhams y algún florín con los que aprovisionarse en los mercados de la ciudad.

Aquella ciudad portuaria bullía de actividad y se había convertido en la puerta de entrada del comercio del reino nazarí, junto a

Almería. Había gentes de todos los rincones del Mediterráneo, sobre todo mercaderes genoveses a los que tardó poco en identificar, tanto por el habla como por las vestimentas. Entraban en masa por la puerta de Granada procedentes de la capital del reino, donde hacían grandes negocios, y se dirigían con paso firme hacia el puerto. Algunos de ellos vestían túnicas de seda con bordados de oro y pedrería. Llevaban las sayas ceñidas a sus orondas barrigas con cinturones de cuero provistos de hebillas de oro y plata, y absolutamente todos calzaban sandalias de cuero. María los había conocido en sus muchas noches amenizando a los prohombres tanto musulmanes como cristianos: los mercaderes del norte de Italia no entendían de religión a la hora de vender sus especias traídas de Oriente, sus sedas, sus manufacturas de lujo y, sobre todo, sus cargamentos de esclavos.

En el lado izquierdo de la gran calzada que daba acceso al centro de la medina desde la puerta de Granada, estaba situada la poderosa muralla de la alcazaba, construida sobre un promontorio natural que se levantaba partiendo desde la misma calzada y le daba a aquel fortín musulmán un aspecto no solo inexpugnable, sino también intimidante. Desde el adarve que recorría las murallas del castillo se controlaba toda la ciudad, en especial la judería, que se encontraba al otro lado de la amplia vía de acceso.

—Te puedo ser de mucha ayuda, cristiana —le dijo en voz baja una mujer que se le acercó por detrás cuando María se detuvo casi sin darse cuenta a observar el intercambio entre mercaderes y prestamistas.

—Te estás equivocando —le dijo a la mujer sin girarse para contestarle, temerosa de que alguien la descubriese.

—Sígueme hasta un lugar seguro y no hables con nadie.

María no había previsto servirse de ninguna ayuda y, tras oír las palabras de aquella mujer, se dio cuenta de que había caído como llovida del cielo, porque aunque pensase de ella que era otra barragana más que había entrado en aquella rica ciudad para ganarse unas monedas a cambio de su cuerpo, era cierto que necesitaba ayuda cuanto antes.

Fue a responderle a la mujer, pero esta no le dio opción y salió a paso ligero en el mismo sentido en el que caminaban casi todos los viandantes de la calzada. Parecía que huyese de alguien, porque andaba a paso rápido, atribulada y girándose a cada instante para mirar más atrás de donde estaba María, que trataba de seguirla tropezando con la gente que atestaba la calle.

La mujer era bajita, pero se movía con rapidez en dirección a la mezquita mayor, que mostraba su gran minarete orgulloso al final de la calzada. Justo antes de llegar al edificio religioso, hizo un giro brusco. La Balteira la siguió y se precipitaron por una calleja minúscula que había en el lado derecho de la calle principal. El callejón era sombrío por lo estrecho y revirado. Las casas de dos alturas no permitían que entrase ni un rayo de luz y, a pesar de que no era un día especialmente frío, la gallega notó la bajada de temperatura en aquellas calles en las que jamás daba el sol.

La musulmana por fin se detuvo, se dio la vuelta y la miró con unos ojos que denotaban el vigor de aquella mujer escurridiza, que la había hecho sudar por las calles de la medina. Le pidió a María, apoyándose el dedo índice en los labios, que no pronunciase palabra. Comprobó que no las había seguido nadie y solo entonces se quitó el dedo índice de la boca, por lo que la gallega entendió que ya podía hablarle.

—No soy lo que te piensas —soltó con gesto serio María mirándola fijamente a los ojos, para quitarle de la cabeza lo antes posible su idea de ofrecerla para un harén o para satisfacer a algún prohombre de la ciudad.

—Eso decís todas las cristianas. ¿Para qué demonios ibas a presentarte aquí disfrazada de musulmana si no fuese para ofrecer tu cuerpo? A mí no tienes que engañarme, te puedo ayudar y encontrarte los mejores hombres de la ciudad. Los mejores y los más respetuosos.

—Soy trovadora. Mi idea es actuar para vuestros señores, no convertirme en la barragana de ninguno de ellos. Además, ya he actuado para ellos en varias ocasiones en campaña.

La malagueña, a pesar de ser bajita y enjuta, no era en absoluto una anciana, sino una mujer en la veintena, con un rostro agradable

y la piel muy blanca, circunstancia que sorprendió a la gallega. El contraste de la tela verde oscura del traje de la musulmana con su piel blanca como la leche realzaba su belleza. Además, iba perfectamente maquillada, con el contorno de los ojos marcados por una línea negra, los labios de un rojo tan oscuro que parecía granate y dos lunares pintados en la cara: uno sobre la parte derecha del labio y otro en el centro de la mejilla izquierda. El hiyab con el que se cubría todo el cabello, que no tenía ni siquiera un mechón a la vista, era del mismo color que su túnica, que le llegaba hasta los pies.

Los pies sí que se los había visto María, porque la mujer se había remangado ligeramente el faldón del sayal para moverse con agilidad por las calles de la ciudad. Calzaba unas sandalias de cuero que le dejaban buena parte del pie a la vista, y pudo observar que los llevaba adornados con unos dibujos que no fue capaz de identificar.

—¿Crees que cualquiera puede cantar para el cadí de esta ciudad? Esto no es un asentamiento de lona, de esos que hacen los soldados en las razias. Aquí hay suficientes poetas, astrólogos y sabios para ilustrar las noches de los palacios, así que no hace falta que venga una soldadera, además cristiana, a aburrir a nadie.

—En ese caso, muchas gracias por tu información, pero te puedes guardar esos consejos que no te he pedido.

—No me los has pedido, pero te hacen falta, ¿o es que tienes un plan?

—Esta ciudad no será muy distinta del resto, así que me acercaré al mercado y algo encontraré.

La musulmana sonrió y la miró a los ojos moviendo la cabeza con leves gestos de afirmación, dándole a entender que si eso era lo que quería, por ella estaba bien, pero sería mejor para la cristiana escuchar lo que tenía que decirle. Era evidente que beneficiaría a María, pero sobre todo a esa mujer inteligente y despierta, que desde el principio iba un paso por delante de la gallega.

—En el mercado que vas a encontrar camino de la puerta del mar solo vas a tener la posibilidad de hablar con mercaderes genoveses,

tratantes judíos y algún alfarero pordiosero, que poco te van a ayudar.

—¿Y bien? —La cristiana se dio por vencida.

—Es en la alcaicería donde puedes encontrar a esos ricoshombres que andas buscando. Allí se comercia con la más selecta orfebrería y las más finas pieles y sedas traídas de Oriente.

—¿Qué debo hacer para entrar en ese mercado?

—No hay nada que puedas hacer para atravesar esa puerta, pero yo puedo entrar por ti y llevarte la información.

La Balteira se quedó callada y meditó sobre lo que acababa de decirle la musulmana. No estaba del todo segura de que aquello fuese verdad, pero en alguna ocasión había oído hablar de esos mercados a los que no podía acceder cualquiera, y ella no dejaba de ser una enemiga en aquella tierra. A pesar de no haberle gustado nunca que los demás hiciesen las cosas que le correspondía hacer a ella, no tuvo más remedio que ceder.

—Está bien, ¿conoces la almunia Sayyid? —le preguntó a la mujer menuda tratando de mostrarle su mirada más amenazante. Iba a poner sus cartas bocarriba y las manos comenzaron a sudarle.

—¿Quién no la conoce en Málaga?

—Necesito entrar allí una de esas noches en las que corre el vino de la tierra y las más bellas poesías y canciones hacen el deleite de los señores de estos pagos.

—En esta ciudad no se bebe vino, eso debería saberlo hasta una pecadora como tú.

—De acuerdo —le dijo—, eso a mí no me importa; cada uno puede hacer cuanto quiera y yo no soy quién para juzgarlo.

—Cuida esa boca.

—Y tú vigila tu espalda si me entero de que hay movimiento en la almunia y no consigues que yo actúe allí.

Y tras decirle estas palabras, le alargó un saquito de monedas como el que había entregado al centinela de la puerta del puente. Era consciente de que lo que daba a la musulmana, al igual que lo del día anterior, no era más que una dádiva; en aquella plaza en la que los cristianos vivían en peligro constante no podría reclamar cosa alguna a la mujer enjuta, que escondió con avidez, entre los

pliegues de su sayo, el saquito de cuero. Pero María, a pesar de ser una recién llegada a esa ciudad, sabía desde hacía muchos años que el que recibe dineros una vez espera recibirlos de nuevo, y aquellos ojitos vivarachos tenían ese brillo inconfundible de la codicia mientras recibían la taleguita de cobre.

A María le gustaba hacer tratos con gentes que matarían a cambio de dinero. Eran los más previsibles y fáciles de controlar. El ansia por volver a llenar la faltriquera convertía a esas personas en gente leal; leal al dinero, por supuesto, pero mientras supiesen que podía haber una recompensa al final del trayecto se podía contar con ellos.

25

Málaga, finales de 1238

Pasaron una semana en aquel arrabal del que María y Naia desaparecían por las mañanas y no volvían a ver a su mozo hasta la hora de la cena. El plan de la gallega debía cocerse a fuego lento a pesar de sus prisas y cada día se perdía con su covilheira por las calles de Málaga. La puerta del puente estaba abierta de par en par para ellas desde que consiguieron ataviarse a la musulmana. Cada día, al regresar a la habitación, la Balteira preguntaba a Gervasio si había visto a una mujer musulmana, bajita y enjuta, merodeando por la taberna en su busca. Estaba deseando entrar al gran palacio de la almunia para obtener la información que tanto ansiaba. El edificio se encontraba en el arrabal en el que habían recalado, pero era obvio que en los recortados callejones de ese barrio de aluvión no iban a encontrar quien les facilitase la entrada a esta dependencia real.

—¿No hay otro tipo de caza en el alfoz de esta ciudad? —La Balteira repelaba el hueso de un muslo de liebre que Gervasio había asado en una pequeña fogata en el arenal que había junto al río.

Eran muchas las gentes que preparaban sus humildes hogueras para hacerse la cena en aquella zona, apenas a unos pasos de la entrada al arrabal. Las casuchas y posadas para viajeros y mercaderes carecían de cocina, y las hogueras constituían la mejor solución, pues a pesar de ser pleno invierno el frío en aquella ciudad era soportable.

—Mañana voy a ir un poco más allá, a ver si doy con alguna otra pieza —dijo Gervasio, que estaba obligado a contestar.

—¿Qué te pasa, rapaza? Andas muy callada.

—Ama, yo también estaría encantada de comer otro tipo de carne, pero de lo que más ganas tengo es de pescado, ya que estamos en la costa.

Tras decir esto miró hacia Gervasio. Era la primera vez que lo miraba a la cara desde que habían pasado la inolvidable jornada en la playa y se encontró con los ojos esquivos del almogávar, lo cual le sentó como si le clavase un puñal en el corazón. Después miró a su ama y vio que la vigilaba con suma atención. Esto la motivó a mantener la distancia con Gervasio incluso cuando su ama no estaba delante, porque seguía convencida de que la Balteira sabría que había hablado con él, aunque no lo viera con sus propios ojos.

María los vigilaba, pero ahora había algo que le preocupaba mucho más, aunque decidió que todavía no era el momento de intervenir, cada cosa a su tiempo. La gallega estaba segura de que daría con el magnate musulmán de los enigmáticos ojos negros dentro del impresionante edificio que se veía tras la tapia de la almunia que cerraba el arrabal por el norte, y eso era lo que realmente le quitaba el sueño. Le habían asegurado que los caballeros más distinguidos de la ciudad salían de la medina para asistir a las noches de poesía y música en ese palacio propiedad de los Asquilula, por lo que un magnate de la talla del caballero musulmán con el que había estado en la fortaleza de la frontera no faltaría a esas veladas.

La octava noche de estancia en el arrabal Naia apareció en el establo donde dormía Gervasio y se fue directa hasta el carro, removió los enseres que allí se encontraban y cogió el sayo que la Balteira utilizaba para acudir a los encuentros nocturnos en los que cantaba y declamaba sus trovas. No le dirigió la palabra al joven, pero lo miró fijamente y le sonrió antes de marcharse con el traje. El almogávar no supo cómo interpretar el gesto, pues la covilheira lo venía ignorando desde el día en que se juraron amor en la playa y solo lo había mirado una noche durante la cena. Era la mejor manera de comportarse delante de su ama, pero la sierva de la

Balteira había mantenido la misma actitud seca y distante también cuando estaban a solas.

A Gervasio lo corroía por dentro su amor por aquella mujer. No se la quitaba de la cabeza ni de noche ni de día. Odiaba que se le hubiese entregado de aquella manera para ahora ignorarlo por completo, aunque sabía que era lo mejor para los dos. Deseaba con toda su alma abrazarse a aquel cuerpo que había sido suyo durante una mañana y no sabía si volvería a rozar nunca más.

Desde aquella inolvidable jornada no había intercambiado más de dos o tres palabras con Naia. Tan solo había oído hablar a la Balteira, que insistía en su habitual burla hacia el almogávar a cuenta de su carácter huidizo, sobre todo las noches en las que vaciaba un pellejo de vino a la vera de las pequeñas fogatas encendidas entre los botes del arenal para cocinar las piezas de caza que seguía trayendo de las dunas y los zarzales.

La Balteira por lo general era antipática y ruda. Trataba a Gervasio y a Naia sin miramientos y les levantaba la voz. A veces, cuando perdía la paciencia, incluso les atizaba con una vara que siempre tenía a mano, arranques de ira que cada vez eran más frecuentes. Tanto Naia como Gervasio habían empezado a pensar, cada uno por su lado, que esto sin duda tenía que ver con su escapada a la duna, porque todas las noches desde entonces habían tenido que soportar el aire agrio y repleto de reproches de su ama. La Balteira, después de liquidar un pellejo entero de vino, y tras desahogar su ira en las espinillas y los costados de sus siervos con la fina rama de chopo, pasaba largos ratos hablando de Galicia y de su ansiado entierro.

—Te gusta escucharme, ¿verdad? —le preguntó con los ojos encendidos por el alcohol a Gervasio, cuya atención llamó con una caricia de la vara en sus espinillas.

—Son historias muy bonitas, ama.

—Bonitos son los ojos de mi covilheira, ¿no es verdad?

El tipo se arrimó al fuego y lo movió con una pequeña rama de la que se estaba sirviendo para mantener los troncos juntos, tratando de obviar el comentario de la Balteira, que llevaba un buen rato buscándolo con sus insinuaciones.

—¡Mírala! ¡Te digo que la mires directamente a los ojos y me digas si los tiene bonitos o no! Aunque no creo que te haga falta mirarla, porque esos ojos los conoces mejor que los tuyos propios. Te pasas todo el santo día vigilándola, ¿o es que te crees que soy tonta?

—Ama, no hay ojos más bonitos que los vuestros. Son celestes como los de un día de primavera.

La Balteira se giró y le cruzó la cara con la vara a su covilheira, por su intento de interceder por el soldado. Era la primera vez que María la utilizaba en la cara de alguno de ellos. Le ardieron las entrañas cuando vio a Naia defendiendo a su amado, y no lo pudo evitar. Gervasio intentó acercarse para interesarse por ella y la joven se lo quitó de encima con un manotazo, gesto que alivió un poco el pesar de María.

—Deja a la moza y tráeme el último pellejo que me queda allí donde las escudillas —le dijo señalando la espuerta en la que transportaban los enseres para las cenas en la arena.

Después de aquel incidente, María dedicó una larga perorata a describir el monasterio y las maravillosas viñas que lo rodeaban, aunque para ese momento ya había acabado con casi todo el vino y terminaba hablando en un gallego cerrado que hacía muy difícil entenderla, sobre todo para Gervasio, menos acostumbrado que Naia a esta lengua.

Por fin llegó el ansiado día y la Balteira se presentó en la puerta que daba acceso al patio de la almunia de Sayyid. Iba ataviada con las ropas que Naia había recogido del carro custodiado celosamente por Gervasio en la cuadra. Desde fuera de la finca no se apreciaba demasiado movimiento, pero una paisana de un concejo muy próximo a la parroquia de Sobrado, que María había conocido en un puesto callejero en el que vendía todo tipo de baratijas, le llevó el recado que estaba esperando.

La musulmana le aseguró a su paisana que acudiría gente muy próxima a la familia de los Asquilula porque habían reunido los mejores manjares que se podían encontrar en los mercados. Según le dijo la buhonera, la señora que le dio la noticia tenía mucha

amistad con varias sirvientas de la casona y, por tanto, manejaba información de primera mano. También le indicó que aguardase con paciencia en la entrada a la finca, perimetrada por una tapia de dos hombres de altura, hasta que un alguacil la invitase a entrar. Y le insistió en que no hiciese por saludar a los centinelas ni presentarse; ellos la localizarían y se ocuparían de que cruzase la puerta en el momento más conveniente.

Al final, pese a tantos días sin noticias de ella, la musulmana había resultado ser una mujer de palabra. Lo que dejó completamente descolocada a María fue que en vez de comunicarse con Gervasio, como habían convenido, informó directamente a la buhonera del arrabal, algo que la asustó un poco, ya que esta misteriosa mujer no debía conocer su amistad con la comerciante; alguien la espiaba.

Odiaba que la vigilasen, pero no tenía tiempo para ocuparse de eso. Ahora debía centrarse en sacar adelante aquello que la había llevado hasta la ciudad de los Asquilula. Además, debía reconocer que estaba contenta por la oportunidad que se le había brindado para actuar en la gran almunia. Estaba manejando sus ahorros con gran acierto. Una vez dentro del palacio de la almunia, nadie tenía que decirle los pasos que debía dar, sabía a la perfección cómo ganarse el derecho a subir al escenario.

El mismo día que debía acudir al palacio real del arrabal no pudo evitarlo y se fue por la mañana, ella sola, a buscar a la musulmana que le había facilitado la ocasión. Dio con ella en la entrada del mercado de la Alcaicería; estaba segura de que estaría allí rondando a los clientes de los puestos.

—Buenos días, cristiana —le dijo en voz baja cuando la encontró junto a la puerta de la plaza.

—Y a fe que es un buen día —respondió María.

—Vas a conocer el lugar donde los sueños se cumplen. En ese palacio, al que yo no he tenido el honor de entrar, dicen que se confunde la realidad con la fantasía y entre música, manjares y bailes sensuales se disfruta de veladas inolvidables.

—Estoy completamente segura de ello —le contestó María mientras caminaba hacia un callejón próximo atrayendo a la musulmana.

—¿Necesitas algo más de una servidora?

—Sí —le respondió lanzándole la mano al cuello como un resorte y apretándole el gaznate con fuerza, una vez que estuvo alejada del gentío—. Necesito que me digas quién me sigue y para qué. Y, además, necesito que me lo digas ahora mismo si no quieres que te deje aquí seca.

La musulmana la miraba con los ojos saliéndose de las órbitas y los labios comenzando a amoratarse mientras María, presa de la rabia, le oprimía la garganta con saña. No había nada en el mundo que odiase más que tener a alguien tras sus pasos. Pensó que iba a ser capaz de centrarse en su actuación y olvidar el detalle de que alguien debía de andar tras de ella, pero no pudo evitar el desplazarse hasta el interior de la ciudad para aclarar un asunto que no la había dejado dormir. Por fin soltó el cuello de la mujer. Esta se agachó para intentar recuperar el resuello y le habló con voz de súplica.

—Nadie me ha mandado seguirte, te doy mi palabra.

—Tú no tienes palabra. ¿Cómo supiste lo de mi paisana del puesto de baratijas?

—Te seguí, pero no me lo pidió nadie. Yo no puedo buscar a un hombre, y menos cristiano, me tienes que entender, así que busqué una manera de informarte. Pero te juro que no tenía otra intención.

A María no le convenció aquella explicación, pero era consciente de que no podía hacer nada al respecto. Desde el día en que se supo observada comenzó a moverse por la ciudad y el arrabal con más sigilo, era todo lo que podía hacer.

Empezó a caer la tarde mientras esperaba en la puerta de la almunia junto a un nutrido grupo de personas, todos ataviados con vestimentas musulmanas, al igual que ella. La puerta que daba acceso al poderoso palacio se iba abriendo con la llegada de los notables de la ciudad, para los que habían despejado las calles del arrabal que conducían hasta la entrada a los jardines de la fortificación.

Cada tanto salía del interior de la finca un hombre fornido con una túnica color gris y el cabello cubierto por un pañuelo blanco y granate. Tenía la piel oscura y la cara picada de viruela, y su barba

rala denotaba su juventud pese a la impronta que pretendía ofrecer de hombre serio y bregado en el manejo de turbas y aglomeraciones. Llevaba en el cinto una cimitarra sin vaina; el arma mostraba un amenazante filo acabado en una punta muy fina que producía escalofríos. Portaba, además, un puñal en la parte trasera del cinto y nadie parecía ser capaz de acercarse a menos de dos varas de él.

El alguacil se aproximaba a los grupos de hombres o mujeres, dependiendo del tipo de siervos que anduviese buscando, y los seleccionaba con gritos secos en un idioma completamente desconocido para María, a pesar de su habilidad para hacerse con los dialectos árabes de las diferentes partes de al-Ándalus.

26

Una de las veces que el alguacil salió del patio de la almunia Sayyid en busca de personal, oteó durante un rato a su alrededor hasta que dio con María, que estaba junto a un grupo de mujeres, vestida con su túnica malva y el velo cubriéndole la cabeza. Lo único que la diferenciaba del resto de las mujeres era el laúd, guardado en una funda de cuero de la que sobresalía el mástil. El hombre la señaló con un gesto y con otro le indicó que lo siguiese al interior del recinto.

La Balteira fue tras él por un camino de albero rodeado por un seto cortado geométricamente con tal precisión que parecía que el funcionario lo hubiera hecho con el filo amenazante de la cimitarra. Había fuentes y cursos de agua que discurrían entre los arriates y los parterres, frondosos, pero sin flores por la época del año en la que se encontraban. A buen seguro que aquellas pequeñas acequias que discurrían a ambos lados del camino y entre los frutales que ocupaban buena parte de la gran extensión de aquel huerto aportarían frescor y alivio en los días más duros del estío, pensó la gallega, que había sufrido en sus carnes la crudeza del verano del sur de la Península.

Cuando por fin entró en el salón donde se encontraban los prohombres de la ciudad, era noche cerrada y las teas iluminaban tenuemente la estancia. El escenario estaba vacío y los comensales se afanaban en deleitarse con los ricos manjares que llenaban las mesas. Nadie pareció percatarse de la entrada de María en el salón. Una mujer le indicó que subiera al escenario. La Balteira subió y, ante la indiferencia de cuantos allí se hallaban, comenzó a tocar en su laúd unos acordes lentos y tímidos. Conforme fue captando la

atención de los comensales tocó con más energía las cuerdas de su instrumento.

Entonó canciones en gallego, que era su lengua favorita para cantar, y luego declamó poesía en el romance castellano que hablaban en Córdoba y que los respetuosos asistentes de aquella noche entendían a la perfección. Se gustó en poesías que escarnecían a los cristianos y sus pobres ejércitos, y arrancó aplausos y carcajadas de casi todos los presentes, con excepción de un hombre que la intimidaba con la mirada.

Se trataba de aquellos ojos negros penetrantes que nunca podría olvidar. Tenía una conversación pendiente con el musulmán, pero la gallega era mujer muy resabiada y, por tanto, era consciente de que debía dejar que fuera él quien marcase el paso. Ya se había equivocado con él la vez anterior; no iba a cometer la misma torpeza dos veces.

Recordaba su expresión cuando vio salir al emir murciano de aquel salón de la alcazaba almeriense. Le había dado muchas vueltas a esa velada en un salón muy similar a aquel en el que se encontraban, junto al río Guadalmedina. El tipo, al igual que aquella noche, la miraba con atención, pero no variaba ni un ápice el gesto de la cara, de la que apenas podía ver sus labios cubiertos por una frondosa barba negra. Tenía las cejas muy pobladas y su piel era algo más oscura que la de sus compañeros de velada. Apenas hablaba con nadie y parecía estar algo aislado del resto de los presentes, que habían jaleado con entusiasmo varias de las estrofas de la Balteira, en especial en las que cargaba las tintas contra los reyes cristianos.

La mañana siguiente a aquella noche en Almería el gran emir de al-Ándalus, Ibn Hud, había aparecido muerto en los baños de la alcazaba de la ciudad. Se dijo que había fallecido de manera natural y los embajadores del arráez de la plaza se prepararon para llevar su cuerpo a Murcia. Durante la jornada siguiente circularon por la ciudad toda clase de habladurías en las que se elucubró incluso con un magnicidio en el que podía haber tenido algo que ver el mismo arráez de Almería. Corrió la sangre a borbotones y hubo linchamientos y escarmientos públicos por parte de los alguaciles

fieles al arráez, que de esta manera paró en seco los rumores que lo incriminaban en aquel suceso.

María supo que algo pasaba desde el mismo momento en que vio al emir murciano salir de la sala acompañado por aquella joven de gesto hierático que había sacudido la velada, pero lo que no había terminado de entender en todo ese tiempo había sido el papel de aquel enigmático hombre con el que se volvía a encontrar.

Cuando acabó de cantar y declamar, bajó del pequeño escenario y se encaminó hacia el grupo de magnates que la habían estado animando durante toda su actuación sin cansarse de escucharla. Siempre se le había dado muy bien encandilar con su música, su poesía y el encanto que sugería su cuerpo tras las finas telas de su sayal malva, y sabía que no le sería nada difícil acceder al grupo de prohombres, que a buen seguro soltarían su lengua ante las preguntas correctas.

La gallega no era una mujer guapa. Tenía la piel muy blanca, unas pecas le cubrían las mejillas y sus ojos eran pequeños y pegados a su nariz, algo más prominente de lo ideal para el tamaño de su cara. Era algo más alta que una mujer promedio, aunque no llegaba a la talla que solían tener los mozos. Tenía un bonito color de ojos, de un azul pálido que le había facilitado un poco la vida. Su pelo era rubio y estropajoso, pero, cuando lo lavaba, durante unos días emitía un brillo que la llenaba de orgullo. Pese a todo, subida en las tablas y vestida con los sayales que utilizaba para actuar sabía que pocas mujeres le ganaban en sensualidad y manejo de los hombres, que tras vaciar jarras de vino aguado se perdían por los encantos sugeridos por las delicadas telas que le cubrían el cuerpo.

No se había equivocado en su corazonada, y el misterioso caballero de los ojos negros estaba entre los ricoshombres que habían ido a disfrutar de la velada. Sin embargo, no veía la forma de acercarse a él, pues el centinela que la había acompañado hasta aquel salón adornado con cortinas de colores vivos, alfombras con dibujos de frutales y bodegones, y fuentes repletas de los más variados y selectos manjares la interceptó y la invitó a acompañarlo fuera de la sala sin darle opción a saludar a su público. El musulmán la llevó al exterior del edificio y la dejó en la senda de albero que

conducía hasta la salida de la almunia. La trovadora no tenía nada más que hacer una vez concluido su espectáculo y no podría reclamar nada a la musulmana que había engrosado su faltriquera con aquella bolsa repleta de monedas de cobre, pues el acuerdo era entrar en la almunia una noche en la que acudiesen los más importantes magnates de la ciudad, y era evidente que había cumplido.

María estaba decepcionada por no haber podido intercambiar palabra alguna con el caballero que había ido a buscar, pero al menos estaba allí presente y se habían cruzado la mirada, por lo que era muy probable que pronto tuviese noticias de él, si es que, tal y como sospechaba, aquel hombre todavía profesaba fidelidad al rey hudí de Murcia.

—¿Adónde vais tan rápida? —La voz surgió aterciopelada de entre los frutales que rodeaban el camino.

—¿Adónde creéis? —La Balteira reconoció la voz y aquellos ojos negros, iluminados por una de las teas que marcaban el camino.

—Vuesa merced y yo nos conocemos. ¿Os acordáis de mí?

—Me acuerdo perfectamente —respondió María, que todavía no sabía si aquel encuentro iba a proporcionarle algo de provecho o solo iba a costarle la vida—, lo que me extraña es que esta vez no os hayáis olvidado de mí como la ocasión anterior en que coincidimos en la frontera.

—Imagino que habéis venido aquí por el mismo motivo por el que fuisteis a Almería el invierno pasado.

La razón que la había arrastrado hasta Málaga no era exactamente la misma, pero aquello carecía de importancia.

—Ya sabéis que las soldaderas tenemos que ganarnos la vida.

—Una soldadera no precisa entrar en el palacio real para ganarse la vida, lo puede hacer en muchos otros sitios. Y tampoco necesita dejar propinas en media ciudad para poder deleitar con sus trovas a los arráeces musulmanes.

La Balteira sabía que se encontraba ante la ocasión que había ido a buscar y no estaba dispuesta a dejarla pasar. Se jugaba la vida si le hablaba del reino de Murcia que los unía a ambos, por lo que debía ser paciente. El sibilino musulmán no le había dado todavía pie

para que la realidad que flotaba en el ambiente entre ellos pudiese verbalizarse. La gallega sabía que la conversación debía empezar por al-Ahmar, el rey al que en teoría debía fidelidad el soldado, si no quería sufrir un desaire como el que había recibido la última vez.

—Tengo una gran oferta para vuestro rey.

—Por favor, no me hagáis reír, que no os quiero hacer llorar.

—El rey de los castellanos estaría dispuesto a hacer un pacto. Sé que son muchos los levantamientos y las guerras que asolan el territorio. Vuestros enfrentamientos son tanto contra cristianos como contra los propios musulmanes, y el amparo del buen monarca castellano favorecería la preeminencia de vuestro dominio sobre el resto de los territorios con los que lucháis sin tregua desde hace años.

—Debéis salir de la ciudad mañana con las primeras luces del día, hacedme caso.

—Os haré caso, pero quiero que sepáis que hablo completamente en serio. Sabéis mejor que nadie que la ciudad de los Asquilula no es la más adecuada para alguien como yo —quiso decirle que tampoco para él, pero no se atrevió—, y aquí estoy jugándome el gaznate por traeros esta propuesta.

—Soy consciente de cuánto ponéis en juego en este propósito y cómo puede llegar a terminar este peligroso juego en el que habéis querido participar. Poned tierra de por medio e id con cuidado, insisto.

María había guardado tanta precaución al hacer su propuesta que no sabía bien si el hombre que tenía frente a ella había sido capaz de entender que, aun refiriéndose al reino nazarí, en realidad la ayuda se la estaba ofreciendo para la taifa hudí de Murcia. Pero tenía confianza en que lo habría comprendido, ya que ese individuo que le clavaba aquellos ojos que parecían leer su mente había demostrado captar los dobles sentidos tanto en los hechos como en las palabras. Solo tenía que recordar su gesto en la fortaleza de la frontera, donde la había dejado marchar como prueba de su falta de fidelidad a los Asquilula. La soldadera abandonó aquel inigualable jardín con una sonrisa en los labios y la seguridad de que había subido un peldaño más en su huida del Averno.

27

Antes de llegar a la habitación que compartía con Naia y el resto de las mujeres, la Balteira se detuvo en la cuadra donde se encontraba el carro custodiado por Gervasio, que la esperaba de pie junto a la entrada. Se había pasado todo el tiempo en el que su ama actuaba dando carreras del cuarto donde dormía Naia a la almunia, y había visto a la Balteira entrar en el callejón donde se encontraba la cuadra.

Verse a solas con Gervasio hizo que a María se le revolviese algo en el estómago, pero luchó por ofrecerle la más inexpresiva de las miradas y lo informó de que debía tener el carro dispuesto para partir al amanecer. Tras las breves palabras que no hallaron respuesta por parte del almogávar, María no pudo contenerse y procedió contra su siervo.

—¿Sabes de dónde vengo?

—Sí, ama. Venís de la almunia que cierra el arrabal por el norte.

—¿Y se puede saber qué haces aquí dormitando en vez de vigilar mis pasos?

—Os seguí hasta la puerta del recinto y después vine para vigilar la habitación.

—No soy ingenua, creo que te lo he dicho en más de una ocasión. Deja de pensar con esto —le dijo al tiempo que lo agarraba por la entrepierna y lo miraba fijamente a los ojos—, no es a tu amante a la que debes fidelidad, sino a mí, ¿entiendes? —le preguntó apretando con fuerza sus partes mientras seguía mirándolo con fijeza.

—Es a vos a quien he protegido con todo el celo que me ha sido posible desde que me convertí en vuestro siervo.

—Espero empezar a sentirlo, porque me da la impresión de que solo tienes ojos para esa moza que crees que suspira por ti —le dijo al tiempo que liberaba su agarre.

A continuación, sin esperar respuesta, se marchó a su habitación. Era consciente de que ese regalo que le había enviado el cielo en forma de soldado almogávar no era para ella, y esa era la derrota más amarga de su vida. Por momentos odiaba con todo su ser a sus dos siervos, que, a pesar de la opresión a la que los sometía y el sufrimiento que debían de arrastrar por no poder dar rienda suelta a su pasión, en el fondo de sus corazones se sentían completamente felices por ese amor correspondido.

Antes del amanecer Naia y María salieron por la puerta de las letrinas al exterior del cuarto y se encontraron con la dueña de la casa, que las esperaba con gesto somnoliento. María le pagó por la última noche y se despidió de la musulmana con un movimiento de la cabeza, que esta le devolvió poniéndose la mano derecha en el pecho. Luego las dos mujeres caminaron hasta la cuadra y se encontraron con Gervasio, que tenía el carro enganchado al mulo y ya pertrechado para emprender el viaje.

Antes de que María subiese al pescante el almogávar se le acercó y le ofreció una esquela que, según le dijo, le había entregado un correo justo antes de salir de la cuadra.

—Pero ¿quién te la ha traído? —le volvió a preguntar la Balteira.

—Ha sido un chico muy joven, ama. No debía de tener más de doce o trece años.

—¿Y no te ha dicho nada?

—Lo que os he transmitido antes. Sus únicas palabras han sido «esta misiva es para la cristiana llamada María». Eso ha sido todo, no me ha dicho nada más. De hecho, me ha sorprendido que se haya marchado corriendo a la velocidad de un rayo y mirando hacia todos lados, temeroso de que lo hubiesen visto entregarme la esquela.

—Pues eso solo puede significar una cosa —pensó en voz alta la gallega.

—Que cuanto antes salgamos de este arrabal mejor para todos —apuntó el almogávar.

María abrió el mensaje y lo leyó con la ayuda de la lámpara que le alargó Naia, que se mantuvo al margen en la conversación entre Gervasio y su ama. La carta era de Hasan. Hasta ese momento no había terminado de conocer el nombre del misterioso musulmán; sin embargo, era evidente que todas sus suposiciones eran ciertas: el tipo había interpretado a la perfección sus mensajes.

En la misiva la informaba de que tenía un hermano, Mohamed, que era consejero del emir de Murcia y que debía llegar hasta él para informarlo de que seguía siendo fiel a su rey murciano, estaba al día de todo cuanto pasaba en la taifa y debía admitir la ayuda de aquella mujer, porque conocía las intenciones del reino nazarí en pos de la conquista de la plaza murciana en cuanto decayesen sus fuerzas.

Relataba también en la misiva la triste noche en la que perdió la vida Ibn Hud y explicaba cómo intentó por todos los medios que no se acercara a aquella mujer que tenía el pecado grabado en el rostro. Incluso discutió con él y, cuando lo vio abandonar el salón, estaba tan enfadado por la traición hacia su esposa que se negó a acompañarlo. Ahora sabía que había sido un error: debería haber estado con él y haberlo protegido.

Tras leer la carta, María levantó la cabeza y se quedó meditabunda, pues sabía lo complicada que iba a ser la tarea que le había encargado aquel hombre. Solo lo había visto tres veces y, sin embargo, parecía haber ordenado los designios de su existencia para muchos años. Ahora entendía, además, el porqué del anillo que le había introducido Hasan en la faltriquera sin que ella lo hubiera advertido la noche anterior.

Al principio pensó que se trataba de un pago por sus servicios, un adelanto por lo que esperaba que hiciese por él o incluso una propuesta más íntima, pero ahora se daba cuenta de que, a pesar de la situación, aquel tipo gustaba de los mensajes ocultos. Ese anillo sería una prueba de vida para que le mostrara a su hermano en el caso de que consiguiera dar con él. Sin duda, aquel tipo había tenido que aprender a moverse en las sombras con astucia, e indudablemente era por ese carácter precavido y desconfiado por lo que todavía conservaba la cabeza sobre los hombros después de

vivir tantos años en tierra hostil, mezclado entre los temidos Asquilula.

28

Salamanca, febrero de 1240

El escándalo con el que hizo zozobrar el infante Alfonso a la casa real y en especial a su abuela Berenguela pareció quedar apaciguado tras la boda de su medio tía por parte de padre, María Alfonso de León, con Álvaro Fernández de Lara, descendiente de los poderosos Salvadórez. Don Alfonso había pasado su adolescencia en Salamanca, donde la familia de Teresa Gil de Soverosa fue para él una prolongación de la suya propia y vivió con los hermanastros de su padre como si fueran sus propios hermanos. De los cuatro hijos de doña Teresa congenió desde el principio con María, que contaba con nueve años por los diez del infante cuando este llegó; pero esta relación, que empezó siendo la prevista en unos críos de esa edad, cambió a los cuatro, cuando ambos dejaron de ser unos niños y se sintieron fuertemente atraídos el uno por el otro. Esta situación no pasó inadvertida para nadie en la corte y doña Teresa ordenó el ingreso de su hija en el convento de las comendadoras de Santiago para intentar que la indecorosa situación no llegase a mayores.

El amor entre el heredero al trono y María Alfonso de León fue un asunto recurrente que hizo maniobrar a la corte de todas las maneras posibles. En todo caso, la pareja seguía viéndose los domingos, cuando la moza salía del convento para pasar el día con los suyos y los jóvenes enamorados aprovechaban aquellos paseos en familia para adelantarse y hacerse sus confidencias alejados de todos, aunque sabedores de que los afilados ojos de doña Teresa no los perdían de vista ni por un instante.

La joven y proscrita pareja se adaptó muy bien a sus circunstancias y la adolescencia de Alfonso fue dichosa en Salamanca. Era un joven que adoraba los libros y la música, y las

mañanas se le pasaban casi sin darse cuenta en los Estudios Generales de las escuelas catedralicias creadas por su abuelo veinte años atrás, donde pudo aprender de maravillosos profesores formados en las más prestigiosas universidades europeas.

Pero el año en que el infante cumplió los quince una sucesión de acontecimientos que atañían directamente a la casa real hicieron que su vida diese un cambio radical y comenzara así su verdadera actividad como heredero al trono. En 1236 su padre conquistó Córdoba y volvió triunfante a Toledo, donde cayó enfermo, circunstancia que puso sobre aviso a su abuela Berenguela, auténtica jefa del clan. Esta decidió que el infante marcharía a la corte, donde debía aprender a manejarse; así pues, lo obligó a abandonar su paraíso salmantino para recalar en Toledo.

Alfonso se alejó de su gran amor sin posibilidad de oponerse a ello y durante el otoño de ese año estuvo completamente hundido. A partir de aquel momento su vida se convirtió en un continuo ir y venir entre Toledo, Burgos y Córdoba, por lo que uno de los grandes objetivos de su abuela quedó cumplido: alejar al heredero de su medio tía salmantina.

—Sabes que este amor nunca nos lo podrán robar. Nos pueden separar, pero cada noche, cuando el manto de estrellas cubra el cielo, acuérdate de hablarles, pues ellas nos enviarán nuestros mensajes. —Alfonso tenía las manos de María agarradas sin importarle que la madre de esta estuviese clavándoles los ojos desde la escalinata del casón de campo donde pasó su última noche antes de abandonar Salamanca.

—Alfonso, tu camino y el mío no pueden confluir. Soy tu tía y nuestro amor es imposible. Les hablaré a las estrellas y siempre estarás en mi corazón, pero nunca podremos tenernos. —Los ojos de María, a la que su madre había aleccionado con lo que debía decir, estaban tan llenos de lágrimas que apenas podía ver a su amado entre imágenes borrosas.

—Sabes que el mundo se acaba para mí en el día de hoy. Nada podrá resarcirme del trozo de corazón que me dejo en esta tierra, pero juro que volveré aunque sea lo último que haga en mi vida. Estas manos tomarán de nuevo las tuyas y esos labios que no voy a

besar ahora los besaré un día. Esa esperanza es lo único que me mantiene con vida y me va a permitir marcharme.

Tras aquellas palabras, Alfonso se dio la vuelta para que su tía no lo viese llorar, y así se despidió de su gran amor. La relación fría entre el heredero de la corona y su abuela, la reina Berenguela, dio otro paso en su distanciamiento tras esta decisión: el joven sabía perfectamente de dónde partía. Era consciente de que no estaba en su mano llevarle la contraria, pero los años corrían a su favor y antes o después llegaría el momento en el que ni su abuela, ni siquiera su señor padre, el rey Fernando, serían quiénes para tomar determinadas decisiones en nombre del heredero de la corona de Castilla.

En el año 1237 María ya era moza casadera y se arregló su matrimonio con Álvaro Fernández de Lara. El infante lo asumió de buen grado, dada la imposibilidad de poder tomarla como esposa por su consanguineidad tan cercana.

Pero en aquel momento, tres años después, Alfonso era un hombre de diecinueve años, independiente económicamente, con el señorío de Salamanca en su haber, así como el de Alba de Tormes, La Armuña y varios más, y había vuelto a Salamanca por voluntad propia, a pesar de la oposición tanto de su abuela como de su padre.

Tres años atrás había salido de la capital del Tormes como un niño dispuesto a acatar las órdenes de su abuela sin oponerse. Pero a sus diecinueve años se había convertido en un hombre con el mismo buen fondo que siempre se le había reconocido, pero con un aire soberbio y altivo. Ya no permitía que nadie tomase decisiones por él. El propósito que se hizo cuando se marchó de Salamanca como un niño se había cumplido y ahora estaba de vuelta como un hombre. Además, el destino, siempre cruel, se había puesto de su parte, y a causa de una desgracia tan inmensa como la muerte de un hombre joven como era Álvaro Fernández de Lara se le ofrecía la posibilidad de consolar al gran amor de su vida, que debía de estar rota por la tragedia.

—Déjame y marcha tú, Nuño.

El buen Lara sabía que las miradas de todos los feligreses se habían dirigido al infante y a María y su hijo Fernando sin prestar atención alguna al obispo, que oficiaba aquella fría mañana de domingo en la catedral salmantina. Incluso se habían oído algunos murmullos, algo insólito cuando daba misa el titular de la diócesis.

—Vas a tener muchas ocasiones para darle el pésame, no es necesario que remuevas de nuevo las aguas del Tormes.

—Sé que me lo dices por el bien de mi persona, pero no te lo volveré a repetir.

Nuño se apartó cinco pasos del infante y atrajo consigo a los miembros del séquito que los acompañaban. Los feligreses fueron saliendo del templo mientras miraban con disimulo a don Alfonso. Los asistentes al oficio formaban parte de las más distinguidas casas de la ciudad, así como de la Extremadura leonesa. María apareció secundada por un aya que llevaba a su hijo en brazos. No iban acompañados por ningún otro familiar y el rostro de aquella mujer, que para él era el amor de su vida, era indistinguible tras el velo negro que lo cubría.

La mujer se quedó parada frente al infante. Este se había situado en mitad de la salida y era imposible no tropezarse con él, por lo que, a pesar de considerarlo algo impropio y escandaloso, no podía obviar su presencia. Tragó saliva para aguantar el momento incómodo al que la iba a someter Alfonso, que nunca había tenido entre sus virtudes la prudencia.

—Creedme, María, que vuestro sufrimiento ha sido el mío y vuestro pesar lo he sentido en el alma.

—Lo sé, alteza. Agradezco vuestras palabras, pero permitidme que alcance mi casa, pues mi hijo es todavía tierno y se siente agotado.

—Concededme una cosa más antes de dejaros marchar. Acordaos de que os dije que estas manos volverían a tomar las vuestras —le dijo hablándole con el respeto debido a una señora que acababa de enviudar—. Y también os dije que estos labios besarían los vuestros. Quizá esta no sea la ocasión propicia, pero no dudéis que eso es algo que también se ha de cumplir.

—Por favor, alteza. Os ruego que me disculpéis, mi hijo es realmente pequeño y me debo a él en este momento.

—Sea pues.

Tras una pequeña genuflexión, la joven viuda se encaminó a su casa con una lágrima resbalándole por la mejilla. Agradecía infinitamente el velo que ocultaba su sonrojo y su vergüenza, pues Alfonso había vuelto a avivar aquel fuego que jamás se había apagado en sus entrañas. Era consciente de que no había decepcionado a nadie en la alta sociedad de la villa y de que no habría otro tema de conversación que no fuese ese encuentro que acababa de tener con quien inevitablemente acabaría por volver a su vida.

Don Alfonso había estado buscando ese momento desde su vuelta a la ciudad. Estaba harto de hacer caso a su abuela y a su padre, que se negaban en redondo a permitir que mantuviese siquiera una amistad inocente con la que había sido la persona más importante de su vida. Por momentos se había planteado incluso convertir a su hermano Fadrique en el hombre más feliz del reino renunciando a sus derechos y dejándolo todo por esa mujer.

Había entrado en la catedral sin un plan determinado. Estaba absolutamente seguro de que coincidiría con ella, pero no había querido poner límites a lo que estaba dispuesto a hacer por María. Si la conversación lo hubiese llevado a entregarle su amor y romper con todo por ella en la misma plaza de la catedral, lo habría hecho sin dudarlo. Pero ahora, mientras descansaba sentado en uno de los bancos de piedra de la plaza, con la mirada perdida y la cabeza dándole vueltas, agradecía que la conversación no hubiese llegado tan lejos.

Iba a volver a ver a María, de eso no tenía duda, pero necesitaba meditar lo que esperaba de esa relación y tener la sangre fría de no dejarse llevar, porque había comprobado que su corazón estaba completamente roto y desesperado por aquella mujer a la que no había podido dejar de mirar en todo el oficio. Había sido débil, él mismo lo reconocía, pero a partir de ese momento se hacía necesario que calculara con mayor cuidado sus movimientos. Era obvio que no iba luchar en contra de lo que le pedía su corazón, pero sí que debía ser más sagaz y acceder a su amada con la máxima discreción. No se trataba de un acto de cobardía, sino de

inteligencia, y eso era lo primero de lo que tenía que convencerse. Así no se prodigaría en aquellas innecesarias escenas que solo favorecían a sus detractores, en particular a su madrastra y a su hermano Fadrique.

Para el infante la vuelta a la capital salmantina suponía el retorno al paraíso, a la ciudad que lo acogió de niño, donde tuvo sus mejores maestros, sus mejores amigos, el lugar en el que se convirtió en un hombre, y, por encima de todas las cosas, donde conoció el amor. El amor rotundo de un adolescente que había perdido a su madre muy pronto y se agarró a María casi con desesperación.

Esperarla en la puerta de la catedral ante los ojos de todos era el acto más irreflexivo que había hecho. Seguro que eso pensaría la ciudad entera en aquel momento y media península Ibérica a partir de la semana siguiente, pero para él había sido el primer acto de respeto hacia sí mismo que había realizado en mucho tiempo. Estaba cansado de ser uno de los hombres más poderosos del orbe cristiano y tener que seguir comportándose como un niño pequeño temeroso de recibir una tunda en el trasero. Por fin estaba vivo, había recuperado el flujo sanguíneo por las arterias, esas que había estudiado en los libros de medicina, con una fuerza que jamás había sentido. Miró en su interior y encontró un hombre feliz y libre.

29

Las noches de marzo eran en ocasiones más frías incluso que las de febrero en la ciudad del Tormes, pero esto no era algo que molestase al heredero de León y Castilla, sino todo lo contrario. Cuando no amenazaban lluvias o nevadas, el cielo estaba tan limpio que el estudio de los astros hacía que la salida del sol sorprendiese al joven infante en su *scriptorium* improvisado en el adarve de los muros del alcázar. Había pasado infinidad de noches en el alcázar de Toledo midiendo con paciencia las posiciones astrales que indicaban las tablas de Azarquiel y estaba casi convencido de que eran erróneas. Desde Salamanca no iba a poder comprobarlo, pues el meridiano era otro, pero aun así se esmeraba en anotar en una tabla las distancias que se observaban desde allí.

Las mañanas las tenía igual de ocupadas que las noches o todavía más. Era un hombre joven que había dedicado su vida a la poesía, el estudio del universo, los minerales y las leyes. Además, había dado con un maestro italiano experto en derecho en las escuelas catedralicias, aquellas que había frecuentado a diario en su primera adolescencia, y donde casi desde el mismo día de su vuelta a la ciudad se puso manos a la obra para elaborar un compendio de derecho romano.

Junto a todo aquello, las cabalgadas y paseos a la vera del río en los cada vez más largos atardeceres acompañado por María estaban convirtiendo aquel año en el mejor de su vida. Mientras tanto, ella, que había pasado los dos peores años de su existencia, desafió la opinión de la estricta sociedad salmantina de la época y se dejó llevar por aquella luz que parecía haber llegado para sacarla de las tinieblas.

María se había enfrentado a unos meses tan traumáticos que por momentos pensó que no los superaría. Todo comenzó a torcerse cuando le arrancaron definitivamente al infante Alfonso de su vida. Desde niños les habían puesto todas las trabas del mundo para impedir que intimasen, pero habían aguantado con paciencia hasta la llegada de cada domingo para poder pasar esos pocos momentos juntos cuando María salía de su internado en el convento. No obstante, el día en que supieron que era muy probable que no volvieran a verse jamás, la joven pensó que su mundo se había terminado.

Después de aquello la obligaron a casarse y se marchó con su marido a Galicia, donde tuvo un hijo. Se sentía sola, pero la llegada de aquel retoño iluminó su vida hasta que su marido enfermó y murió de manera fulminante, lo que volvió a dejarla completamente desorientada. Solo había una cosa que tenía clara en su vida, y era que en cuanto tuviese la oportunidad regresaría a Salamanca. Nada la ataba a Galicia y estaba consumiéndose en soledad en aquellas tierras lejanas, oscuras y húmedas. Aún recordaba las acaloradas discusiones con su suegra, y se sentía tan incapaz de pensar por sí misma que, de no haber sido por su aya, una de las personas más importantes de su vida, que gracias al Altísimo había conservado la salud para criar a su hijo después de haberla criado a ella, todavía seguiría consumiéndose en las tierras de su fallecido esposo.

—María, en el día de mañana voy a comenzar con la preparación de nuestro viaje.

—¿Qué viaje, Francisca? ¿De qué viaje me estás hablando?

—Señora, volvemos a casa, a Salamanca —le dijo la mujer con el rostro repleto de arrugas y los mechones blancos de su cabello saliendo por los lados de la cofia del uniforme gris oscuro.

—Pero ¿cómo nos vamos a marchar? ¿No acabas de escuchar a mi señora suegra?

—A vuestra señora suegra la hemos oído yo y todos los miembros de esta casa; diría más, de esta finca. Y justo por ello no vamos a aguantar aquí ni una semana más. Esto se ha acabado.

—Pero eso no es posible, Francisca. Ella es la señora de estas tierras y la madre del padre de mi hijo. Vivimos en su hacienda y

estamos bajo su protección.

—Y vos, señora, sois la hermanastra del rey y la tía del heredero de la corona, que parece que lo habéis olvidado, así que voy a ir buscando un carro que nos lleve de vuelta a casa. Y la abuela de este niño —dijo refiriéndose al bebé que tenía entre los brazos—, cuando quiera verlo, no va a tener más que acercarse a Salamanca, donde la recibiremos con las puertas abiertas.

—Las cosas no son tan sencillas, Francisca. Ya quisiera yo.

—Si no se lo decís vos a vuestra señora suegra, se lo diré yo. Pero no voy a esperar a mañana: si me dais la autorización, voy ahora mismo al cuarto de costura y hablo con ella.

—¿Qué conspiráis en presencia de este niño tan hermoso? —preguntó la suegra de doña María, que apareció de repente en el comedor con una sonrisa en los labios.

—Nada, señora —dijo con gesto serio Francisca—. Estamos hablando de los pormenores de nuestros equipajes y los de este caballero. Nos marchamos de vuelta a Salamanca. Mi señora había pensado que quizá nos querríais acompañar y pasar un tiempo allí con nosotros.

—De eso nada. Sal ahora mismo de esta estancia, que necesito hablar con mi nuera. Este niño jamás abandonará los dominios de su difunto padre, que Dios tenga en su gloria.

Francisca no se dejó impresionar por la impetuosa mujer de papada prominente, cintura ancha y mejillas tersas a pesar de sus más de cuarenta años. Miró entonces a María, que tenía cara de pánico y movía lentamente la cabeza de un lado a otro rogándole que no la dejase sola ante aquella señora, que la tenía dominada por completo.

—Por supuesto que me marcho, pero ya hablaréis en otra ocasión con mi señora, pues me debe acompañar para indicarme cuanto debo ir metiendo en los baúles.

—No pienso consentirte esta irreverencia, a mí no me contestas de esta guisa. Es más, a mí ni siquiera has de dirigirme la palabra. Esto lo vas a pagar bien caro. —El dedo índice de la matriarca de la familia apenas estaba a una pulgada del pómulo de Francisca.

—Mi señora es doña Teresa Gil de Soverosa, como vos bien sabéis. A ella me debo, y a su hija, que está aquí junto a nosotras. También me debo a su hijo, que está entre mis brazos —le indicó mostrándole al bebé—. Este niño es tan nieto de vos como de doña Teresa. Las cuitas que tengáis que resolver las tratáis directamente con mi señora, pues como bien sabéis yo no soy nada más que una servidora. Pero, por el cariño que le tengo, dejadme advertiros que vais a tener en la madre de vuestra nuera una oponente de entidad.

La suegra de doña María giró sobre sus borceguíes y salió del comedor dejando tras de sí un aroma a revancha que podía olerse a millas de distancia.

La vuelta a Salamanca pareció resucitarla. La proximidad de su familia, la luz de aquellos días fríos pero soleados y los paseos a la vera del río con su hijo surtieron un efecto casi mágico sobre ella. Pero por encima de todas las cosas que le habían pasado en esos meses, fue la aparición de Alfonso en la catedral, ante los ojos de todos los señores de la ciudad, lo que de verdad hizo que algo en su interior se revolviese y comenzase a faltarle el aire.

Conocía muy bien a su sobrino y sabía que no iba a conformarse con dejarse ver, por lo que no se sorprendió al encontrárselo plantado en mitad de la plaza al salir del oficio. Le vino muy bien conocer y anticipar que la abordaría sin pudor alguno frente a todo el pueblo. Solo de esa manera consiguió deshacerse de él con unas pocas palabras que había ido escogiendo mientras el obispo oficiaba en el púlpito.

Estaba segura de que jamás olvidaría la imagen del infante parado en mitad de la plaza, donde no iba a pasar desapercibido para ninguno de los feligreses que abandonaban el templo. Ese movimiento osado por parte del heredero a la corona era la muestra de amor más grande posible. Las costuras de la corte podían saltar por los aires por un gesto así, una acción que tardaría muy poco en ser trovada en las plazas de todas las villas del reino y que llegaría a los oídos del rey Fernando y la reina Berenguela antes de que finalizase la semana que estaba por comenzar.

Don Alfonso sabía que María leería sus pensamientos nada más mirarlo, por lo que no se molestó en ocultar ese gesto de emoción,

con una media sonrisa contenida, tan habitual en él. Se disponía a darle el pésame en persona, algo que ya había hecho a través de un mensajero real que llevó la misiva hasta Galicia, pero no se habían visto en años, y ni tan siquiera en un momento tan grave pudo ocultar su emoción por volver a estar con ella.

María afrontó el encuentro con la serenidad que le había proporcionado una misa entera preparándolo y no le permitió a Alfonso romper la distancia que puso entre ellos. No obstante, sabía que el príncipe tardaría poco en volver a buscarla, y así fue.

A partir de ese momento el tiempo se les escapó a los dos enamorados como el agua entre los dedos, y después de dos meses de absoluta locura, María le pedía a Dios que todo siguiese igual para siempre, aunque sabía que era imposible. No quería pensar, solo deseaba dejarse llevar por una felicidad que le habían arrancado de cuajo y que había recuperado con más entusiasmo todavía que la primera vez que la disfrutó de adolescente.

30

Ribera del Genil, cinco leguas al este de Écija,
junio de 1240

El vino seguía corriendo cada noche como si fuese un maná inagotable. Desde la toma de Écija las huestes encabezadas por Nuño González de Lara habían recorrido la campiña de vuelta a sus cuarteles tomando aldeas y villorrios en los que el noble se desentendía del comportamiento de sus soldados con los haberes de los infieles que los habitaban.

La orden era respetar a las mujeres, los niños y las vidas de los hombres. No se permitía hacer prisioneros si no había oposición, y era obligatorio respetar las haciendas y los negocios. Pero en lo referente a las provisiones de los almacenes tanto de las poblaciones como de las casas nada se decía, y en aquellas villas se hacían muy buenos vinos, con los que negociaban sobre todo los mercaderes judíos.

Nuño estaba muy contento con la marcha de la ofensiva y sabía que a su llegada a Córdoba el infante lo recompensaría. La nómina de feudos que estaba consiguiendo para engrosar la corona castellana se incrementaba en cada día de marcha. No se les había resistido ni una sola villa desde la salida de Écija. Esta satisfacción hacía que el buen Lara se retirase a su carpa cada noche dejando a la tropa a sus anchas. Mientras cumpliesen por el día, nada tendría que reprocharles por su actitud ampliamente reprobable de las noches en campaña.

No era extraño que lo informaran, en su desayuno matutino, de trifulcas en las que habían perdido la vida los soldados durante la noche, pero don Nuño se había criado enrolado en las mesnadas de su padre y este siempre le había advertido que no debía entrar ni

mediar en esos asuntos. Los soldados pasaban medio año fuera de sus casas y creaban su propia ciudad itinerante, con sus rencillas y acuerdos, y ese asunto no tenía nada que ver con él.

Sabía que se estaban cometiendo algunos desmanes por parte de sus hombres en las bodegas y los almacenes de las haciendas más importantes, tanto de musulmanes como de judíos, en las plazas que iban tomando. Le preocupaba que en algunas ocasiones habían sido hombres de sus huestes a los que tenía por personas de confianza los que habían incumplido las órdenes, pero pronto regresarían a Córdoba y acabarían los desmanes. La campaña se había prolongado durante demasiado tiempo y esto contribuía a que todos los integrantes de la hueste acabasen comportándose de forma primitiva.

María la Balteira estaba subida junto a otros dos trovadores en un improvisado escenario que no era más que un conjunto de tablones de madera apilados que no levantaba del suelo más de un codo. Los soldados bebían mientras los trovadores se vociferaban cantigas entre los tres. María era, sin duda, mucho más incisiva e hiriente que sus dos acompañantes en el escenario, y esto hacía que los soldados se mofasen de los otros dos trovadores, que intentaban contraatacar a la gallega.

No eran pocas las veces que los trovos se dirigían contra ella acusándola sobre el escenario de andar cada noche con un hombre distinto y avisándola de que iría derecha al infierno cuando la vida sobre la tierra se le terminase. Pero era ahí donde mejor se manejaba, acusando a sus compañeros de reprocharle a ella lo que ellos eran incapaces de conseguir: el favor de una mujer.

—Entonces ¿cuál es ese pecado tan grave del que me acusáis, el de estar cada noche con un mozo diferente? La semana pasada con aquel de allí —dijo señalando a un soldado ebrio que levantó su jarra de vino en dirección a la soldadera—, y hoy con este de aquí —añadió refiriéndose a otro.

—Vos sabréis lo que hacéis con vuestra alma. Esta vida no durará para siempre y el Averno aguarda por vos si seguís con ese comportamiento —respondió el trovador, que todavía estaba subido en las tablas con ella.

—¿No será más bien que no he hecho caso alguno de vuestras propuestas deshonestas y por ello me recriminái aquí en público?

—¿Yo? Dios me libre de acercarme a un alma tan oscura como la vuestra. Por nada del mundo me acercaría yo a vos.

—Eso resulta un tanto extraño —contestó la soldadera contoneando sus caderas y agachándose primero en dirección a su compañero de actuación y después a los soldados. Estos comenzaron a jalearla y a lanzar improperios contra el trovador, al que tildaban de mentiroso e incluso de afeminado.

—Juro por lo más sagrado que jamás le he propuesto nada a esta mujer pecaminosa.

—Jurad, jurad —dijo con sorna—. Pero lo cierto es que ese bultillo ridículo que marcan las calzas en vuestra entrepierna es lo que hace que ninguna mujer os haga caso, porque la verdad es que este pobre se dedica a tocar música y a declamar porque no es hombre ni para luchar ni para contentar a una mujer.

Y tras estas palabras el estruendo de los soldados se volvió tan sonoro que el trovador no pudo más que bajarse del escenario por la parte de atrás mientras Naia llenaba de monedas su faltriquera hasta los topes.

El especial descaro de la juglaresa volvía locos a los soldados, que escuchaban con atención los escarnios que la Balteira lanzaba mientras permitía que dos o incluso tres botones de su túnica se le abriesen y el canalillo de su abultado escote embobara a los ebrios espectadores. Su covilheira, mientras, iba recogiendo las monedas de manos de los soldados al tiempo que estos le hacían todo tipo de proposiciones deshonestas.

Tras la actuación en las tablas, la Balteira se sentaba a las mesas de juego y se dejaba ir con el lenguaje más soez que se podía oír en aquel agresivo entorno, en el que no era difícil que la tahúra rematase la noche desplumando al más afortunado de cuantos habían probado con los dados o los naipes.

—Hijo de mala madre, de arriba abajo te voy a atravesar con mi daga.

—Ya te advertí que siguieras con tu laúd y no te acercases a las mesas de juego, que esto es para los hombres. —Los soldados

ebrios entraban como corderitos para ser degollados en sus provocaciones.

—¿Y qué hombre eres tú?

—El que te ha limpiado hasta el último maravedí.

—No tienes lo que hay que tener para jugártelos todos conmigo.

—¿Y qué vas a apostar?

—Mi laúd.

—Y para qué quiero yo tu laúd. Te prefiero a ti.

La algarabía, el golpeo en las mesas y el vino corriendo a raudales convertía de nuevo a María en el centro de todas las miradas.

—Sí, acepto. Pero, si pierdes, quiero todas esas monedas y tu daga, esa que te cuelga junto a la entrepierna.

La gallega sabía decir siempre lo que todos querían oír.

La tensión en la partida era máxima. Se cruzaron apuestas entre el resto de los soldados que disfrutaban de aquella madrugada en la ribera del Genil bajo el manto de estrellas de la noche veraniega de al-Ándalus. El alcohol había corrido en tal cantidad que María y Naia podían hacer con aquellos hombres lo que les viniera en gana, como siempre; acabarían por sacarles las soldadas que se ganaban con el acero de sus armas. El contrincante de la gallega levantaba el cubilete de latón para ver sus dados ante la atenta mirada de casi un centenar de soldados, mientras esta encontraba los ojos atentos de Naia, que con un ligero movimiento de cejas le cantaba la jugada que había dentro del cubilete.

La Balteira no tardó en desplumar al intrépido soldado, que casi rompió el pequeño recipiente de latón cuando lo levantó y comprobó que la jugada que le había cantado no era un farol. Los reproches, las burlas, los gritos y los golpes se sucedieron alrededor de la mesa, donde los soldados que habían perdido sus últimas monedas pagaban sus apuestas a los que habían apostado por la soldadera, entre acusaciones de nigromancia y malas artes. Mientras, la Balteira recogía la montaña de monedas que había perdido su oponente, que se había quedado mudo del todo.

—Estos maravedís, que se vengan aquí con su mamá, que es donde deben estar.

—Bruja, nigromante —bramó a su espalda uno de los que habían perdido una buena suma en las apuestas paralelas, a lo que la Balteira contestó enseñando las palmas de las manos mientras mostraba su media sonrisa. Pero María era inteligente y sabía que su ganancia estaba más en conservar a sus víctimas con vida que en ganar todo en un solo día. El tipo al que había desplumado iba a agradecer un gesto por su parte.

—Y tú déjate ese estilete colgado del cinto, que no quiero que lo eches en falta mañana cuando te encuentres con el infiel.

Dicho esto, se levantó del taburete y salió de aquella pestilente reunión acompañada por su covilheira. Se marcharon como cada noche, mirando hacia atrás con la incertidumbre de haber pisado algún callo que les pudiese salir caro, aunque era muy poco probable que recibiesen visita alguna en su desplazamiento desde el campamento hasta su pequeño asentamiento, a una milla de donde paraba el grueso de la mesnada.

Mientras salían de aquel lugar repleto de soldados ebrios, a los que las barraganas se acercaban con la esperanza de llevarse unas últimas monedas antes de dar por concluida la noche, recogían los improperios de los desgraciados cuyos bolsillos habían vaciado. A la siguiente velada volverían a recibirlas con los brazos abiertos, como si la llegada del día limpiase todo lo que la noche había ensuciado.

También solían llevarse algún salivazo en los sayos y algún tirón de pelos, al que ellas respondían soltando la mano en dirección a la cara del que osase atacarlas, así como lanzándoles una maldición que solía sentarles tan a cuerno quemado a aquellos hombres incultos y supersticiosos que seguramente tardarían días en superarla.

31

Había infinidad de oficios que seguían a las tropas en su peregrinar por las tierras de al-Ándalus, al igual que los había en Castilla y en cualquier lugar por el que se desplazasen los ejércitos. A María no le gustaba acampar junto al resto de los oficios, pues era habitual que acabasen produciéndose malentendidos con algunos comerciantes, que las tenían por lo que en verdad no eran, y en el pasado se habían visto envueltas en más de una refriega. La soldadera, junto a su covilheira, tenía una pequeña carpa hecha a base de telares de lino y tablones de madera. Alrededor de la cabaña Gervasio había construido una empalizada que cerraba el espacio que utilizaban para guardar el carro, sus enseres y la tiendecita donde dormía el almogávar.

La carpa de la juglaresa estaba alejada de la pequeña ciudad de lona que se arremolinaba junto al cauce de un arroyo, que corría poderoso y transparente cuando asentaron allí sus reales, allá por el mes de abril, y que ahora era una charca inmunda que hedía como una pocilga. Esto era algo que María y Naia habían visto pasar en cada asentamiento al que habían acudido siguiendo a las mesnadas, por lo que solían tomar la precaución de acampar aguas arriba. Ya que plantaban su improvisada covacha alejada del grueso de las tiendas, al menos se libraban de los inconvenientes del hacinamiento humano.

Aquella era una noche sin luna, en la que no contaban más que con la luz de las estrellas sobre ellas. Andaban con paso firme por el camino que las llevaba a su cabaña. Por alguna razón María intuía que esa noche tendrían visita. Corría la leyenda de que las dos mujeres se convertían en demonios cuando salían a los caminos, y los hombres que habían osado atacarlas habían amanecido con el

pecho perforado y los ojos abiertos, como los cadáveres sorprendidos por una muerte inesperada.

A pesar de las sospechas que rondaban la mente de la Balteira, que sabía lo golosa que era para aquellos soldados una bolsa repleta de monedas como la que portaba en su faltriquera, el casi imperceptible sonido que provenía del follaje que rodeaba el camino la tranquilizaba y le hacía disfrutar de aquel paseo de vuelta en el que notaba el peso de los sueldos que había arrebatado a los soldados. Era consciente de que cada noche arriesgaba más en su ansia por ganar hasta el último dinar y algún día no iban a conseguir salir airosas de aquellos salones de juego improvisados que florecían entre las tiendas de la mesnada.

—¿Adónde van dos almas descarriadas tan solas? —le lanzó uno de los soldados que se interpusieron en su camino.

—A donde no les importa a dos desgraciados como vosotros —respondió Naia, que se erigió en portavoz de ambas.

—Mira la mala boca que tiene la esclava, se parece mucho a su señora. Seguro que es tan ladrona como ella.

—¿Se puede saber qué queréis de nosotras? ¿Es que no habéis oído lo que les pasa a los valientes que osan asaltar a estas dos brujas? —dijo Naia burlándose de los soldados, que dejaron de mostrarles sus pocos dientes amarillentos a la luz de la lámpara que portaba uno de ellos y cambiaron el gesto por otro muy distinto, en el que se podía adivinar la congoja de quien era consciente de la leyenda. Ellos mismos debían saber de los últimos dos compañeros de armas que habían caído poco antes de la toma del villorrio anterior en una noche más fría que esa, pero en muy parecidas circunstancias.

Naia sabía que las cosas irían mejor si se contenía, pero aquella joven de piel blanca, melena lacia hasta los hombros, ojos verdes y de unas proporciones tan perfectas que hacía perder la concentración a todo el que se cruzaba con ella habría saltado como una felina sobre aquellos dos desgraciados si no hubiera sabido que iba a mancharse las manos, y en particular el sayo, sin ninguna necesidad.

Los dos tipos sacaron sendos cuchillos de los cintos y las mujeres, sabedoras del peligro que corrían al mantenerse en pie frente a ellos, se echaron rápidamente al suelo. Acto seguido, dos venablos silbaron en la noche. Los tipos abrieron la boca y los ojos como calderos, y se echaron la mano al pecho. Allí pudieron comprobar que el dolor que les atravesaba el alma no era fruto de una leyenda de las que se cuentan a los niños para que no salgan solos al monte, sino que se les estaba escapando la vida por el impacto de aquellas dos flechas que el maligno les había mandado desde la oscuridad de la maleza.

María y Naia se levantaron del suelo, se sacudieron el sayo y siguieron su camino sin molestarse en mirar demasiado atrás, solo lo justo para ver la expresión que les había quedado a aquellos dos tipos que pensaban darles una lección haciendo caso omiso del peligro de las dos nigromantes. El maligno les guardaba las espaldas y ellas manejaban a su antojo a aquellos soldados nada preparados para hacerles frente.

Dejaron los cuerpos sobre el camino y vieron aparecer a Gervasio de entre el follaje. No le gustaba dejar los cadáveres a la vista y mucho menos perder dos de sus afilados venablos; se pasaba la vida afilándolos y les tenía tal cariño que la soldadera lo había sorprendido en más de una ocasión hablándoles. El almogávar no les dirigió la palabra, se agachó y se hizo cargo de los cuerpos que había sobre el camino. Los arrastró uno a uno hasta que quedaron fuera de la vista de cualquier viandante que transitase por allí, y a continuación desapareció entre las zarzas.

Tardaron lo que dura media misa en llegar hasta el escueto asentamiento que habían improvisado. No se extrañaron de que el almogávar estuviese allí preparando un fuego cuando arribaron, a pesar de haber tenido que deshacerse de los cuerpos, recuperar los dardos y desplazarse por el follaje, algo mucho más complicado que andar por el camino. La velocidad de las piernas de aquel misterioso hombre, que seguía comportándose con la eficiencia, discreción y timidez del primer día, era algo inaudito para la Balteira.

32

Toledo, julio de 1241

María la Balteira necesitaba reunirse con el infante Alfonso. Llevaba tres años jugándose el cuello para conseguir un compromiso por parte del heredero de la corona. Había recorrido de punta a punta el sur de la Península, abriéndose camino en tierras sarracenas, donde un mal paso se comete con mucha facilidad. Ahora que tenía en su poder la información que necesitaba para poder allanarle el camino a la corona hacia una buena tajada, tenía que mantener la calma y jugar sus cartas con inteligencia. En Écija descubrió lo taimado que podía ser el infante.

Cualquier otra persona temería el momento en que se viera cara a cara con el heredero de la corona de Castilla, pero ella a quien temía de verdad era al abad del monasterio de Sobrado. Aquel hombre indescifrable y esquivo era el único que podía facilitarle el descanso eterno por el que había suspirado desde que le inculcaron el temor a Dios en la parroquia de su concejo gallego. Allí había pasado tardes enteras junto a las hijas de los nobles de la zona.

Aquella vez no quería dejar nada al azar y decidió acampar junto a Naia y Gervasio al otro lado del río, en la zona donde se abigarraban las tiendas de lona y chabolas hechas a base de listones de madera y troncos de chopo mal recortados. Era un asentamiento provisional, de esos a los que llegaban los plebeyos para unos días y acababan por quedarse el resto de su vida.

El reducto de chamizos no estaba bien protegido y había sufrido mucho en los ataques musulmanes a la ciudad, pero los impuestos intramuros de la capital eran tan altos que muchos de los mercaderes que abastecían los puestos del interior preferían pagar el

portazgo los días de mercado y permanecer en aquel asentamiento el resto del tiempo.

María dejó a sus siervos en aquella especie de campamento, a la vera del río Tajo, y entró sin la compañía de estos en la ciudad. Quería visitar al futuro rey Alfonso X, pero en aquella ocasión no le iba a facilitar lo que llevaba para él hasta que el infante cumpliese con su parte. Esa vez sus servicios iban a costarle a la familia real el precio que valían.

La gallega conocía al delfín real mejor de lo que él mismo podría imaginar. De hecho, había pasado por su alcoba en dos ocasiones. El primogénito de don Fernando era un hombre volcado en las ciencias y las artes, pero esto no había impedido que sin estar todavía desposado fuese ya padre de una hija, la hija de doña María Alfonso de León.

La reina Berenguela había casado a la madre de su bisnieta con un noble gallego, Suero Arias de Valladares, que alejó a madre e hija de la capital del Tormes, donde los chismorreos alimentados por los juglares en las plazas de la ciudad estaban empezando a resultar muy incómodos para la familia real.

La tía y amante del infante Alfonso se volvía a ver en la misma situación en la que se había encontrado cuando apenas había dejado de ser una jovenzuela, y pagaba de nuevo con el exilio forzoso de la ciudad de Salamanca sus amoríos con el príncipe. Se veía obligada a regresar a Galicia desterrada y casada por orden de la reina madre.

La Balteira tenía infinidad de contactos en la corte, había pasado muchas campañas rodeada cada noche por los soldados y los caballeros que mandaban las mesnadas castellanas, por lo que no le faltaba quien la pusiera al día de los nuevos chismorreos de la familia real.

Según pudo saber en su primera noche en Toledo, donde se dejó caer por las tabernas de la parte baja en las que los infanzones y soldados destilaban vino barato cada noche, el delfín seguía perdiéndose en las faldas de las cortesanas con el mismo brío de siempre. No era Salamanca ni Córdoba ni Burgos, el lugar no era el problema, sino la falta de una mujer que hiciera sentar la cabeza a don Alfonso, algo en lo que su padre y su abuela tenían mucha

culpa. El infante debía esperar todavía casi dos lustros para que su prometida, Violante de Aragón, tuviera edad casadera, y esos años se les iban a hacer muy largos al rey Fernando y a la reina Berenguela.

—¿Vienes a desplumarnos aquí también? Pensaba que mientras estuviésemos alejados de los campos de batalla nuestras faltriqueras estarían protegidas de esas manos a las que se les pegan los sueldos.

—No vengo a desplumar a nadie, todo lo contrario; vengo a invitarte a otra de esas jarras de vino. —María no acertaba a recordar de qué conocía a aquel hombre, pero le resultaba familiar esa cara ancha de barba rala, mejillas y papada grande, y ojos tan pequeños y finos que parecía que estuviesen cerrados.

—A eso nunca me voy a oponer.

Los chismes eran el pasatiempo preferido de las mesnadas mientras estaban de brazos cruzados, y por alguna razón que la Balteira no conocía, el soldado estaba en una taberna de la capital del reino en plena época de algaras, por lo que debía de tener las últimas informaciones de cuanto sucedía en la corte. La gallega no quiso desaprovechar la oportunidad y se hizo con otras dos jarras de vino aguado, con las que fue sonsacando al soldado. Aquello se le antojaba tan fácil como vaciarles los bolsillos: la mezcla de un escote distraídamente abierto y un poco de alcohol le permitía manejar a los integrantes de las mesnadas como a inocentes niños de cuna.

—Buena se va a poner la reina madre.

—¿Doña Berenguela? —preguntó la Balteira haciéndose la sorprendida.

—La misma. Su leal servidor Rodrigo Fernández de Villada mandó a su hija Elvira a la corte.

—¿Aquí a Toledo? —preguntó sin ocultar su interés para animar a que saliesen las palabras de los labios del soldado.

—Sí. ¿Y a quién crees que está viendo esa moza de piel blanca como la leche y pelo trigueño?

—No me lo digas. A mi señor el infante de Castilla.

—El mismo. El final del mes de junio ha sido muy lluvioso, y me cuentan que se les ha visto refugiarse de la lluvia en alguno de los

pabellones escondidos de los jardines del alcázar.

—Bueno, eso poco puede indicar; cualquiera se protege de un chaparrón donde encuentre refugio.

—Sí, pero no hace falta salir del escondite ajustándose las calzas y cinturón el uno, y el sayo y la camisa la otra. Además, tengo información de primera mano de alguna cortesana que gusta de frecuentar a la soldada.

33

El infante Alfonso se sentía seguro y admirado entre los habituales de sus noches toledanas. Atrás quedaban Salamanca y sus imborrables recuerdos con su tía y amante María Alfonso de León, que había contraído nupcias por segunda vez. El príncipe sabía que era algo inevitable. Aunque aquello lo sumió en la más profunda de las crisis cuando llegó hasta sus oídos, el paso del tiempo y el hallazgo de una nueva mujer cariñosa a la que echaba de menos con locura nada más separarse de ella habían conseguido que la cabeza del heredero de Castilla viajase con menos frecuencia a Salamanca y sus tardes de verano con María, que, esta vez sí, se habían terminado para siempre.

El príncipe sabía que su abuela y su padre desaprobarían su nuevo amorío. Les parecía que lo hacía para echarles en cara la pertinaz actitud de estos al firmar aquellas absurdas alianzas en las que el único perjudicado era él, que debía permanecer sin una mujer a la que abrazarse por las noches y una prole mientras esperaba a que su prometida se convirtiese en una moza casadera.

Era consciente de que, cuando llegase hasta los oídos de su abuela, porque llegaría, su amorío con la hija del señor de Villada el grito de esta se iba a oír en la luna, pero le daba absolutamente igual. Su abuela jamás había sido una mujer cariñosa con él y, a pesar de que la quería, no le importaba en absoluto que aquello pudiese molestarle. De alguna manera agradecía la oportunidad que le brindaba el destino para poder contrariar a la reina madre, a la que retaba desde la distancia. Se negaba a ser un niño toda la vida; él era el heredero de la corona y debían respetar sus decisiones.

—Alfonso, sabes que daría mi vida a cambio de la tuya.

—Eso nunca lo pondré en duda, mi buen Nuño. Pero no empieces, porque sé por dónde vas y ya debes conocer mi respuesta.

—Esta vez es diferente. El jardín del alcázar florece en primavera y permanece en flor todo el verano. No hay lugar mejor para pasar el estío. Pero algunas de esas flores que crecen en los parterres son tan bellas como peligrosas. Es fácil que las espinas de sus tallos hieran la piel.

—Mi buen Nuño, cuán orgulloso estoy de ti. Jamás en todos los días de tu vida habías sido capaz de decir cosas tan hermosas. Es tal la emoción que me invade que estoy a punto de hacerte caso, pero no lo voy a hacer sencillamente porque no quiero plegarme por enésima vez a los caprichos de mi señora abuela.

—Eres un hombre comprometido. Nadie te impide acercarte cada día a una flor, pero insistes en rondar siempre la misma, que es justo la más peligrosa de cuantas florecen en ese jardín.

El infante no quería renunciar a su nuevo amor. Cada rato que pasaba separado de aquella mujer introvertida y esquiva se le hacía eterno, así que, en su lugar, se alejó de su amigo y lo dejó con la palabra en la boca.

En la corte corría el vino a raudales, la poesía, la sensualidad y las conversaciones eruditas. Ese era el pasatiempo favorito de don Alfonso cuando no se encontraba perdido en los brazos de su nueva amante, de la que todos hablaban a espaldas del príncipe, pero que nunca los acompañaba en aquellas veladas. Ni en aquellas veladas ni en ningún momento, pues era mucho más fácil verlo conversar o tocar el laúd con cualquier otra cortesana del grupo que frecuentaba los jardines del alcázar en las tardes de verano.

Elvira no quería que la viesen con él. Era muy introvertida y, cuando se encontraba con el resto de las cortesanas y aparecía el infante, trataba de escabullirse con cualquier excusa. Por ello, ni se le pasaba por la cabeza acudir a aquellas veladas en presencia de filósofos, poetas y trovadores, donde se encontraba muy incómoda y se sentía observada por todos.

En el gran salón del alcázar toledano, contiguo al comedor, degustaban toda la muestra de las especies que se podían cazar en aquellos lares. También era el lugar donde artistas, tahúres,

caballeros y algún que otro rufián agotaban las noches entre partidas de dados, juegos de ajedrez y declinación de todo tipo de trovas que podían llegar a ser muy hirientes para el receptor del escarnio.

La caza era la parte de las actividades propias de su estatus social que menos agradaba al heredero, pero había conseguido adquirir cierta habilidad en el manejo de la ballesta, lo cual le permitía pasar desapercibido entre los miembros de las partidas que salían al amanecer de los días despejados. Era en cambio en las veladas nocturnas, en los salones, entre filósofos, poetas, soldaderas, cortesanos y demás integrantes de la alta sociedad toledana donde el infante se sentía en su ambiente.

Las noches de los salones del alcázar, además de su embrujo cultural, tenían un marcado tono fratricida, en especial acentuado desde la llegada de Alfonso desde Salamanca. Su hermano Fadrique era conocedor del destino de la corona de su padre y esto lo convirtió en enemigo de Alfonso casi desde la cuna. Consideraba una injusticia irreparable que heredase los dos reinos, León y Castilla. Esa herida parecía supurar todo el tiempo, le escocía como si tuviera la punta de hierro de una flecha sarracena clavada en el costado. No era capaz de olvidar el asunto ni tan siquiera en los días de celebración.

El ambiente en los salones cuando coincidían los dos era tan irrespirable que no era extraño asistir a un fin de fiesta abrupto y anticipado. Fadrique no sentía pudor alguno en pagar sus malas formas con cualquier noble que era difícil que pudiera defenderse del furibundo desplante de un hijo legítimo del rey. Porque eran muy pocas las veces que el segundogénito del rey Fernando lanzaba uno de sus dardos directo hacia Alfonso. Gustaba más de atacar a su hermano mayor a través del escarnio o la humillación de uno de sus amigos íntimos o de los primos con los que el heredero al trono tenía más proximidad.

—¿Veis, mi señor, como siempre es mejor nadar a favor de la corriente y no enfrentaros a vuestra abuela, la reina madre? Esta noche no solo es un regalo para vos, sino que lo es para todos los que os rodean. —Su buen amigo Juan García se cuidaba de tratarlo

con extrema cortesía cuando se encontraban rodeados de los miembros de la corte menos habituales.

—No te creas, buen Juan, que mi abuela ha pensado ni por un momento en la comodidad de nuestras noches de solaz aquí en el alcázar. Y, por supuesto, tampoco ha hecho este movimiento porque guarde el más mínimo cariño a la familia de la que fuese su nuera, mi añorada madre. Esto es una simple disputa por una herencia. Ningún otro motivo nos ha librado de la presencia de mi inconformista hermano, tan difícil de contentar. Y además estamos de enhorabuena, porque la tarea que acaba de emprender en tierras teutonas le ocupará varios años; son trámites interminables los que ahora comienzan.

—¿No podéis vuestra alteza pensar bien, aunque sea en una sola ocasión, de la reina Berenguela?

—Juan, te ruego que no sigas por ahí, porque se ven demasiado claras tus intenciones. Y no pienses ni por un instante que voy a dejar de ver a cierta dama solo porque un buen amigo mío trate de interponerse con argumentos peregrinos.

Juan García sabía que era del todo imposible hacer entrar en razón a don Alfonso y, al final, como solía ocurrir en estos casos, desistía en su empeño y era él el que se dejaba llevar por la corriente a la que lo impulsaba el príncipe de Castilla.

Aquella era una noche especialmente feliz para el joven heredero. La marcha de su hermano Fadrique a Alemania para reclamar la herencia materna y de paso demostrarle al emperador Federico II que las relaciones de ambas casas seguían siendo fraternales, a pesar de la excomunión del emperador por parte del papa Gregorio IX, había procurado a todos los asistentes una velada tan relajada como no la habían vivido en meses.

Fadrique era un hermano agotador, jamás desfallecía en sus suspicacias y enfrentamientos con sus parientes más cercanos, así que aquella noche acudieron todos ellos. Además, estaban volviendo a atreverse con sus parcos y torpes poemas desde el improvisado escenario al que no se habían vuelto a subir desde hacía meses, temerosos del ácido sentido del humor del infante Fadrique. Salvo en el caso de don Alfonso, eran todos muy limitados en lo referente a la

cultura, y eso favorecía que las declamaciones les quedaran pobres y deslucidas.

La ausencia prolongada de la corte de Fadrique se notaba en el ambiente, sobre todo entre los que conocían los entresijos de la familia, y hasta el propio infante Alfonso subió en dos ocasiones al improvisado escenario a lanzar sus mordaces cantigas de escarnio. Al infante Fadrique no lo nombraron ni tan siquiera en el turno de los escarnios, algunos por temor a que sus burlas llegasen hasta los oídos del infante y otros para intentar borrar de su mente lo antes posible al insoportable miembro de la familia real.

Había un momento de la noche en el que el heredero al trono desaparecía de aquellos encuentros y todos los asistentes sabían a la perfección adónde dirigía sus pasos, sobre todo en las noches despejadas. Don Alfonso subía a las torres de vigilancia del alcázar, desde donde podía observar el movimiento de las estrellas, y esa vez no iba a ser diferente. En septiembre solo había dos clases de noches en esa parte de Castilla: las de tormenta y las de cielos absolutamente despejados y llenos de estrellas. Aquella era de las segundas. Había un manto de estrellas tan rotundo en el cielo que el príncipe sentía una incontenible emoción por comenzar su paseo entre ellas.

34

Don Alfonso subió hasta el adarve de la muralla y, tras saludar a los centinelas que ocupaban las garitas de las torres esquineras, se instaló en el escabel que tenía junto a la mesa de madera maciza apoyada en una de las almenas de la muralla. Dejó sobre la mesa la lámpara de sebo con la que había subido hasta aquel rincón e iluminó la tabla astronómica en la que estaba trabajando. En aquel lugar apartado del bullicio, concentrado en desvelar los secretos de cuanto lo rodeaba, se sentía libre.

Abrió la pesada caja con la que subía cada noche hasta el adarve y depositó sobre la mesa el astrolabio y el cuadrante junto a la pluma, la tinta y el secante. Disfrutaba de los momentos previos al estudio del firmamento, y se consideraba un afortunado por poder dedicar aquel tiempo a desvelar los secretos que entrañaba el universo. No lograba comprender cómo el resto de la humanidad parecía vivir al margen de algo tan vital para la existencia de los hombres.

—¿Aquí te escondes? —sorprendió la Balteira al infante cuando este se disponía a levantar el astrolabio, tras despachar a los vigías con el fin de no perder la concentración.

—¿Qué haces en Toledo?

—Te marchaste de Córdoba sin decir adiós.

—No recuerdo deberte explicación alguna sobre mi deambular por el reino —repuso el heredero con gesto adusto.

—Écija es una plaza suculenta. Esos campos son muy fértiles y la ciudad está en un lugar estratégico, con un puente que deja muy buenos réditos. Lo conozco muy bien; al principio no era consciente de ello, pero llevo casi un año en aquellos lares y sabes que tengo los ojos bien abiertos.

—Lo sé —le dijo Alfonso mientras devolvía el preciado instrumento astronómico a su caja—, y también sé de los sueldos que arrebatas a mis soldados cada noche. No pienses que eres la única que tiene los ojos abiertos. ¿Te parece poco pago lo que allí ganas?

—Sabes que me has pagado por semejante joya mucho menos de lo que vale. Ya volverás a mí, te conozco, y entonces seré yo la que ponga el precio, esa vez por adelantado.

—Por supuesto que acudiré a ti cuando me haga falta, y el día que me des la espalda se habrán acabado tus noches de francachela y maravedís a cuenta de mis huestes.

—Eres consciente de que soy poderosa y puedo conseguir cosas para ti tanto dentro como fuera de las cortes musulmanas, pero también sé que esto ahora te tiene sin cuidado, pues te sientes muy cómodo en esta fortaleza disfrutando de tus noches de ensueño.

—¿Es acaso eso algo que te pueda molestar?

—Es evidente que no tenemos las mismas necesidades en esta vida que nos ha tocado vivir, pero sí que podemos ayudarnos a conseguir nuestros propósitos.

—En este momento mi propósito es observar este manto de estrellas —le dijo el príncipe en portugués, que era la lengua que hablaba con la soldadera.

—Esta lengua que tan bien conoces puede ser muy peligrosa para ti y para tus intereses, tú mismo has reconocido que me gano el sustento entre tus tropas, a las que siempre he hablado bien de su alteza, pero a las que puedo hacer cambiar de opinión difundiendo determinados comentarios con respecto a los buenos sueldos que se pueden ganar en las mesnadas del rey de los aragoneses.

—¡Di algo semejante otra vez y haré que te prendan y no vuelvas a salir de las mazmorras de esta fortaleza! —María consiguió sacar de sus casillas al príncipe, que por fin se decidió a prestarle verdadera atención.

La Balteira le clavó los ojos azul claro, aguantándole esa mirada con la que sabía que desconcertaba a los hombres. El heredero de Castilla la mantuvo un instante y al momento se dio por vencido y volvió la vista hacia el astrolabio que había depositado en la caja. Decidió sacarlo de nuevo y posarlo con delicadeza sobre la mesa.

Cuando terminase aquella incómoda visita pensaba continuar con lo que había subido a hacer en las alturas del alcázar.

Una trenza gruesa rubia asomaba por el lado derecho del cuello de la soldadera, procedente del interior de la toca con la que se cubría la cabeza, azul como su sayal y sus ojos. Ese era uno de los colores favoritos de la trovadora, junto con el malva y el verde, que resaltaban sus rasgos.

La actitud de la gallega era la de una mujer segura de sí misma y dispuesta a llegar hasta el final con aquel que pretendiese desafiarla. Pero sus convicciones cristianas, mucho más profundas de lo que nadie podía llegar a imaginar, la hacían enfrentarse a una situación de desamparo espiritual que la carcomía por dentro. Había tomado muchos años atrás la determinación de dejar su Galicia natal, en la que era una mujer con una posición, a cambio de una vida licenciosa en los caminos, y todo lo había hecho para no tener que someterse a la tortura de soportar a un hombre mandando sobre ella para el resto de sus días.

Lo había sacrificado todo y ahora tenía ante sí al heredero al reino, que se valía de ella para hacer numerosas conquistas a lo largo de la frontera de Castilla con el reino nazarí.

Todo era muy conveniente para la corona mientras que a la gallega pretendían pagarle con las migajas de un mendrugo. La corroía la ira por dentro, pero sabía que estaba ante la única persona que podría proporcionarle aquello que representaba el propósito de su vida.

Aquel hombre al que María no debía respeto alguno, ya que tenía en muy poca consideración a la familia real, era la segunda persona más poderosa del reino en aquel momento en el que su abuela parecía haber bajado un poco la guardia, y algún día se convertiría en el rey de Castilla. Por ello, a pesar de los sentimientos que le despertaba el joven heredero, debía jugar sus cartas con cuidado.

María era una pecadora y lo sabía. Compartía lecho con distintos hombres y no lo hacía por dinero, sino por desprecio hacia la forma de vida que el mundo patriarcal había impuesto, en el que las mujeres no eran más que meros instrumentos que servían para procrear, cuidar a la prole y alimentar a los hombres. Eso era algo en

lo que jamás transigiría. Prefería morir lapidada o quemada en la plaza de cualquier pueblo antes que someterse a un rufián que mandase sobre sus designios y dispusiese de su cuerpo como si fuese otra más de sus propiedades. Pero todo aquello era contrario a cuanto le habían enseñado desde niña, y su propia forma de actuar le pesaba en la conciencia como una losa. Por esta actitud que era incapaz de evitar sentía un miedo atávico a la muerte en pecado y pasaba las noches en vela rezando y pidiendo por la salvación de su alma.

No se consideraba mucho peor que las dignas mujeres que engañaban a sus maridos asqueadas de soportarlos, pero eso no la hacía estar más cerca de la salvación. Trataba de olvidarse de estas comparaciones y centrarse en su objetivo, algo para lo que necesitaría mucho más dinero del que era capaz de sacar de sus faltriqueras a los soldados ebrios de la frontera.

Todavía no sabía lo que iba a tener que sacrificar para descansar *in aeternum* en el monasterio de Sobrado e intentar garantizarse al menos la entrada en el purgatorio, pero era evidente que sin la ayuda de la casa real no lo conseguiría jamás. Había cosas caras y otras muy caras, y lo que pretendía de aquellos monjes, en concreto de su abad, que la tenía por una especie de demonio, le iba a costar todo cuanto poseía y mucho más. Era incluso probable que ni todo el oro del mundo sirviese para convencer al arrogante oblato.

—Me preocupa que hayas conseguido entrar en esta torre. Hasta aquí no es capaz de llegar ni el mismísimo Nuño. No permito que nadie me interrumpa cuando estoy estudiando el firmamento.

—¿Qué te preocupa, que haya llegado hasta aquí o que llegue hasta la misma alcoba donde yaces con tu nueva amante? —La gallega jugaba a desafiar al príncipe pisando terrenos pantanosos.

—A veces no sé por qué todavía permito que sigas con vida.

—Si sigo con vida es porque te interesa.

—¿Y por qué me iba a interesar a mí?

—Porque tengo un nuevo amigo y una gran necesidad de caudales —se atrevió a decir la soldadera.

—Por fin llegamos al punto donde debería haber empezado esta conversación. Así que estamos aquí, bajo el cielo castellano,

hablando de algo tan mezquino como un puñado de maravedís. ¿Para eso te has jugado el pescuezo y con toda probabilidad te has remangado el sayo con alguno de los centinelas de la torre?

La gallega se quedó mirándolo y comprobó que, a pesar de sus formas elegantes y sus enormes conocimientos de leyes, arte y astrología, el príncipe sabía arrastrarse como una sabandija por el fango para tratar de hurgar donde más les pudiera doler a las personas que se enfrentaban a él. Justo esto era lo que más valoraba María en el heredero. A pesar de ofrecer la impresión de ser indulgente y distante, como si nunca se pudiese llegar a discutir de igual a igual con él, tal y como debía suceder con su padre o su abuela, no era así. El heredero se remangaba y se lanzaba a por quien lo retase; ya lo había comprobado en un par de ocasiones, así que le respondió poniéndose a su altura.

—Cuando tu padre te manda a conquistar plazas como la que rendimos en Écija —le insistió, para que no olvidase su intermediación con los alguaciles de la ciudad—, no solo lo hace por sumar otra fortaleza al reino, sino que anda detrás de unos mezquinos maravedís, así que no te ofendas tanto porque una servidora tenga también necesidades a las que hacer frente.

—¿De cuántos sueldos hablamos y quién es ese nuevo amigo que con tanto misterio me ocultas? —preguntó el heredero sin esconder su curiosidad.

—No sé todavía cuánto dinero voy a necesitar. He parado en esta corte de camino hacia Galicia, donde probablemente pactaré unas donaciones para los monjes del monasterio de Santa María de Sobrado que supondrán el total de mi hacienda y mis posesiones.

—Aun así sigues teniendo tu laúd y tus canciones para seguir ganándote la vida.

—No va a ser suficiente, pues el abad del convento es insaciable y estoy segura de que todavía querrá exprimirme un poco más.

—En tal caso, si fuiste capaz de encontrar la entrada, no tengo duda de que hallarás la salida.

35

Tras sus últimas palabras, el infante subió la escalera que lo separaba del torreón de vigilancia situado en la parte oriental de la fortaleza. Se dispuso entonces a seguir con aquella tabla en la que iba anotando con paciencia la distancia entre los astros y que estaba empezando a pensar que no concluiría nunca. Se tumbó bocarriba en una plancha de madera inclinada que le permitía mirar hacia las estrellas sin necesidad de girar el cuello, situó el astrolabio frente a sus ojos y comenzó a observar.

Tenía muchas ganas de aprovechar aquella noche relativamente fría, nítida y estrellada. No sabía cuántas como esa volvería a tener a su alcance. Se había pasado la tarde, hasta la misma puesta de sol, rogando al Señor para que las inoportunas nubes que habían originado las tormentas de las últimas tres madrugadas no se repitiesen y le permitiesen penetrar en ese cielo limpio por completo que habían dejado las lluvias. Eran numerosas las veces en las que tenía que ausentarse de la capital y aquella tabla que tenía a medias era una de sus prioridades en ese momento.

Esa tabla astral y la joven Elvira, una cortesana inocente que le estaba robando el corazón hecho pedazos que había traído en su pecho desde Salamanca, habían conseguido sacar al príncipe de su depresión y lo habían convertido en un tiempo muy breve en un hombre feliz de nuevo.

Había ido a regañadientes a Toledo y enseguida todo había cambiado. Se había reencontrado con sus viejos profesores, retomó su tabla del firmamento toledano y su corazón parecía poner algo de distancia con María, a la que cada día iba desplazando por su nueva amante.

A todo esto había que añadir la marcha de su hermano Fadrique a tierras alemanas. Era en momentos como aquel, en los que la vida parecía volverle a sonreír, cuando aparecía un imponderable que arrasaba con su plácida existencia como un soplo de viento arrasa un castillo de naipes. Y la presencia de la Balteira en aquella noche que podía haber sido una de las más afortunadas de los últimos tiempos parecía ser el preludio de sus sombrías sospechas.

La soldadera esperó a que el heredero se abstrajera del mundo, perdido entre constelaciones, y subió por la misma escalera sin que este oyera sus pies descalzos. Se situó detrás de él y apoyó la mano derecha en el hombro del infante al tiempo que con la otra le quitaba el astrolabio de las manos. Le mordió el cabello, mientras lo abrazaba desde detrás, y después bajó la boca hacia su nuca para darle pequeños mordiscos mientras don Alfonso permanecía impertérrito mirando hacia las estrellas con el pergamino caído sobre el suelo de piedra de la torre.

La Balteira buscó el miembro del infante bajo el sayo y lo acarició mientras aún estaba detrás del príncipe. Después se situó frente a él y se sentó a horcajadas sobre el noble, que permanecía tumbado sobre el tablón de madera, con su miembro completamente erecto asomando por debajo del sayo subido hasta la cintura. A continuación, la gallega se subió el sayal y se sentó poco a poco sobre el miembro del delfín del reino, que se iba introduciendo en su interior al ritmo que ella marcaba, mientras enfrentaba sus ojos a los de su amante y comenzaba a moverse de arriba abajo. Don Alfonso se incorporó, la agarró por detrás del cuello, la besó en la cara, el pelo y el propio cuello, y esta lo empujó hacia atrás, dejó caer la parte superior de sus ropas y le ofreció la visión de su torso desnudo.

El príncipe se quedó tumbado en el tablón, admirando cómo el cuerpo arrebatador de aquella mujer indescifrable se movía a un ritmo cada vez más vivo sobre su miembro. La gallega atrajo hacia ella al príncipe y lo abrazó con fuerza contra su cuerpo. María era una mujer fogosa y muy avezada en las lides amatorias, y llevó al heredero de la corona de Castilla al éxtasis en dos ocasiones, hasta que ambos acabaron exhaustos. Al terminar, permaneció tumbada

sobre él notando el cosquilleo que le producía la brisa sobre la espalda húmeda de sudor y se quedó dormida unos breves instantes. Cuando abrió los ojos, se encontró al príncipe mirando al cielo negro tapizado de estrellas, lo besó en la frente, se compuso el sayo y, antes de desaparecer por la escalera que bajaba de vuelta al adarve de la muralla, le habló con calma y con una cortesía que antes no había practicado:

—Don Alfonso. No he venido hasta aquí a traeros problemas y mucho menos a haceros perder el tiempo. Es verdad cuanto decís con respecto a los buenos dineros que gano en las mesnadas de vuestros nobles y no soy mujer desagradecida; no penséis eso de mí, os lo ruego.

—No lo pensaba, pero no me gustan las propuestas que se quedan a medias. Me parecen una falta del respeto debido hacia la casa del rey.

—No es falta de respeto, sino de seguridad en aquello que os quiero ofrecer. Permitidme que viaje a mi tierra gallega para arreglar un asunto de familia y os juro que pronto tendréis noticias de una servidora de vos.

Cuando María desapareció de su vista, el príncipe se quedó pensativo durante un buen rato. Aquellas estrellas que aguardaban por él tuvieron que esperar hasta que don Alfonso consiguió serenar la mente. Era consciente de que le atraía algo de la mujer que acababa de bajar los escalones del adarve, y no conseguía saber qué demonios era. Además, la despreciaba por su actitud mercantilista y la falta de tacto y educación con la que se dirigía a él en infinidad de ocasiones, pues el príncipe no estaba acostumbrado a aquel tipo de trato. No sentía haber contraído una deuda no atendida con ella; bajo su punto de vista siempre había actuado con total honestidad con la gallega. De hecho, llevaba años intercediendo en favor de la soldadera ante todos sus consejeros, que desaprobaban su relación con aquella mujer que de manera constante le hacía sentirse a su merced, algo que ellos habían detectado y reprobaban por completo.

Pero había algo que todavía le preocupaba más, y era que, a pesar de sentir una calma total en su corazón con la aparición de su

nuevo amor, la presencia de esta mujer insolente y decidida lo ponía muy nervioso. Su conexión con la soldadera la alimentaban tantos elementos que le costaba detectar lo que de verdad sentía por ella.

La necesitaba para el desarrollo de su política en la zona infiel del sur de al-Ándalus, disfrutaba escuchándola cantar en galaicoportugués, tocar la viola, declamar sus afiladas cantigas y además era capaz de seducirlo, desarmarlo, desnudarlo y amarlo con el simple hecho de proponérselo. Era evidente que mientras esa mujer siguiera merodeando su corte él nunca iba a ser libre, siempre estaría sometido a sus caprichos; y lo peor de todo ello era que necesitaba que siguiese siendo así. Pocas cosas le harían más daño en aquel momento que saberse alejado para siempre de esa mujer que era capaz de sacarlo de sus casillas y, sin pedir permiso a nadie, plantarse en sus dependencias y robarle la paz.

Había algo morboso en esa relación en la que, cuanto más detestaban a la gallega sus colaboradores más íntimos, más próximo se sentía a ella. Era consciente de que estaba en una relación enfermiza de la que no quería salir.

A María no le resultó difícil salir del alcázar. En los salones sonaban la música y las voces de los cortesanos, que parecían pasarlo en grande a esas horas en las que el vino ya había corrido a raudales. Los sirvientes de palacio disfrutaban más aún que los propios invitados: se los veía en los pasillos repelando las bandejas de comida y las jarras, que no se sabía si iban o venían desde los salones.

También vio a una de las mozas ataviada de camarera perdiéndose por un pasillo entre risas y chanzas con un noble que iba pellizcándole el trasero. Esperaba que al menos aquella muchacha estuviese perdiéndose entre los enormes pilares de la fortaleza por puro instinto lujurioso. Le dieron ganas de advertirle que había visto a demasiadas compañeras de oficio pasarse años esperando que uno de esos nobles reconociese a su hijo ilegítimo, pero lo que acababa sucediendo era que el fruto de esos escarceos

terminaba engrosando alguna de las partidas de artistas ambulantes, en el mejor de los casos.

La gallega conocía al dedillo aquellas noches y finales de fiesta, pues llevaba años ganándose la vida en lugares como aquel, donde la oscuridad y el buen vino acababan confundiendo a nobles y plebeyos, que se mezclaban entre sí, sobre todo si se trataba de hombres ricos y mozas jóvenes, aunque también había visto señoras nobles con muchachos e incluso hombres con mozos. La noche se lo había enseñado todo, había visto cosas que jamás pensó que vería.

—¿Adónde vas tan aprisa? —le dijo entre susurros a la moza que apareció corriendo desde el fondo de un pasillo oscuro.

—A donde a ti no te importa, barragana del diablo —contestó la moza, que era realmente joven, pero ya sabía defender su territorio.

—Sí que me importa. Espero que sepas lo que estás haciendo en ese rincón, porque ese hombre que te va a deshonrar se olvidará de ti en cuanto derrame el veneno que acumula en su entrepierna.

La moza se lanzó a por la Balteira con las uñas por delante, tratando de arañarle la cara, pero María, que estaba ya avisada de las intenciones de la joven, la sujetó de los antebrazos y la detuvo en su arranque.

—Ni quiero a ese hombre para mí ni te voy a impedir que hagas cuanto quieras con él, pero respóndeme a una pregunta: ¿te ha estado lanzando miradas toda la noche y se te ha insinuado cuando pasabas junto a él?

—¿Y qué si ha hecho eso?

—Otra pregunta: ¿te ha mandado a por otra jarra de vino?

La chica se dio la vuelta para seguir su camino en dirección a las cocinas de la fortaleza, y María la cogió de la mano.

—Piensa bien lo que haces, porque puedes convertirte en una desgraciada. Ese hombre no va a reconocer el fruto de vuestra lujuria y mañana no se va a acordar de tu cara. Una mujer con un hijo y sin marido que la cuide no puede ganarse la vida. ¿Con quién vas a dejar al bebé cuando tengas que trabajar?

La joven volvió a apartar a la Balteira y prosiguió su camino hacia las cocinas, pero ya no andaba con paso tan firme. Había dejado de parecerle tan buena idea entregarse al caballero que la esperaba

casi desnudo en las escaleras que subían a una de las torres de defensa.

Salió de la imponente fortaleza sin dirigirle la palabra a nadie más y bajó a toda prisa hasta la puerta de Alcántara, que estaba a un suspiro de distancia. Tan solo se cruzó con un par de hombres en la calle y se ocultó entre las sombras para no verse obligada a dar explicaciones. El turno de alguaciles que vigilaba esa zona de la medina había pasado calle arriba justo antes de que saliese del interior del alcázar, y esperó tras uno de los contrafuertes hasta que los vio perderse al doblar una esquina.

La puerta de la ciudad estaba cerrada, pero la gallega había dejado una espuerta con frutas escondida entre los sillares de la muralla para convencer al custodio con el viejo truco que tantas veces le había funcionado. Había manejado siempre a los hombres a su antojo, conocía a la perfección sus debilidades y solamente había algo más fácil para ella que un hombre: un alguacil joven y aburrido.

Con el cordón que cerraba su escote convenientemente aflojado se acercó hasta el puesto donde se hallaba el soldado, apoyado en la puerta de la garita y con cara de sueño. Era posible que pudiera pasar frente a él sin que se apercibiese de su presencia, pero otra cosa distinta era abrir la puerta de la ciudad. El chico que hacía ese turno era muy muy joven, los soldados toscos y resabiados se reservaban los turnos buenos y dejaban para los mozos recién llegados la vigilancia en las noches interminables y exentas de propinas.

Pero, pensó María para sí, aquel chico iba a tener suerte cuando se tomase un par de jarras de vino aguado en la taberna en la que se reunían los alguaciles se iba a vengar bien de todos ellos, que sin duda iban a estar más que arrepentidos de haber dejado al más inexperto el turno en el que podía llevarse un regalito.

—Buenas noches.

—¿Qué hacéis aquí? Está prohibido andar a estas horas por las calles.

—Perdonad, no era mi intención molestar.

—Volved a vuestra casa y esperad a la salida del sol si queréis abandonar la ciudad. A esta hora no tengo permitido abrir esta

puerta. ¿Qué lleváis ahí?

—Son unas ciruelas, quizá queráis alguna.

El centinela la ayudó a seleccionar unas pocas mientras perdía los ojos en el escote de la juglaresa. Esta permaneció inclinada sobre las piezas de fruta hasta que el tipo, completamente atrapado por el escote infinito de aquel sayo, hizo todo cuanto la gallega le dijo, que no fue más que sacar un par de piezas de fruta y abrir el portón para que acudiese a ver a su madre enferma a las afueras de la capital.

Cruzó el puente y, tras caminar por el sendero que salía de la ciudad, se reunió con Naia en el mismo paraje en el que se había despedido de ella. La estancia en Toledo había salido tal y como María había planificado y ahora solo le faltaba una parada más antes de saber definitivamente qué sería de ella.

El camino hasta su tierra gallega era resbaladizo y sombrío. María sabía que se enfrentaban a bosques llenos de maleantes y senderos embarrados que discurrían por lugares en los que llovía casi todos los días del año. Pensar en la proeza que suponía llegar hasta su tierra y estar de vuelta casi en la misma estación la cansaba solo de pensarlo, pero no tenía más remedio que hacerlo. Aun así, no era a ese viaje incierto y que a buen seguro las dejaría exhaustas a lo que le temía, sino a la reunión que debía mantener allí con el único hombre que había conocido en su vida que no se regía por los mismos patrones que el resto.

Al abad de Sobrado ni se le ocurriría insinuarle los encantos que escondía bajo el sayo sobrio con el que acudiría a visitarlo. Aquel hombre solo ambicionaba dominar las almas de las personas, pues sus haberes presentes y futuros ya contaba con arrebatárselos; era como si el juicio sumario al que sometía con su mirada esquiva e inquisitiva fuese una distracción de la que no se quería privar. Eso producía escalofríos en la Balteira a medida que se acercaba el encuentro al que estaba a punto de enfrentarse.

Y en el fondo, tras haber llegado a un principio de acuerdo con el infante Alfonso, ese era el único miedo que le recorría las entrañas. Porque, a pesar de las continuas noticias que le iban llegando de las atrocidades cometidas por los salteadores de los caminos, ellas se

sentían seguras; eran dos mujeres solas, pero tenían a su dragón levitando entre las zarzas. Quien no lo conocía por las muchas leyendas que de él se estaban empezando a escuchar lo acababa conociendo por la sensación que produce el filo de la hoja de una azcona perforando el pecho mientras el amargo sabor de la sangre inunda la garganta y la boca.

Por eso la Balteira, ahora que emprendían viaje en tierras cristianas, no temía su desplazamiento al norte y su mente se centraba en enternecer al oblato que la esperaba con el hacha de guerra levantada y la convicción firme de que esa pecadora jamás descansaría en aquel lugar sagrado. No obstante, algo en su interior le decía que, si ese Dios existía, iba a ser generoso con ella y la iba ayudar. Necesitaba pensar así.

36

No me gusta.

Esas fueron las primeras palabras que María dirigió a Naia tras llegar a la tienda que habían plantado en el asentamiento aledaño a Toledo.

—Os juro que os equivocáis, ama.

—Te juro que no. Debemos usar a los hombres y jamás enamorarnos de ellos, eso no nos lo podemos permitir. Ya eres moza casadera. Si es lo que quieres, adelante, pero nuestra sombra no se toca. Sabes de lo que soy capaz.

Naia agachaba la cabeza, consciente de que, si miraba a su ama a los ojos, esta le leería la mente como si llevara el pensamiento escrito en la frente. La moza no era tan cándida como la Balteira creía y sospechaba que esta estaba igual de enamorada o más que ella, si es que eso era posible, de Gervasio, pero nunca tendría el valor de decírselo. Había disfrutado de un día de intimidad con el almogávar y se temía que su ama se lo reprocharía nada más verla, pero también conocía la necesidad que tenía esa mujer tanto de ella como del centinela que velaba por sus pasos en el viaje que les esperaba.

En el fondo, la gallega prefería que su dragón, porque eso era lo que representaba para ella Gervasio, saciase sus instintos con Naia antes que con cualquier otra a la que fuese a buscar en los campamentos que frecuentaba, pues no soportaba la idea de que sus ojos afilados no le guardasen las espaldas. Ambas seguían con vida gracias a aquel tipo callado y escurridizo, que casi era una alimaña de los campos a la que nadie había sido capaz de poner cara.

Pero había algo que había escapado al control de la Balteira, y era que aquel hombre delgado, fuerte, de mirada esquiva pero penetrante, le estaba robando el corazón. Lo notaba, intentaba no hacerle caso a la sensación y trataba de apartarlo de su mente y pensar en él como otro soldado más, otro de esos patanes a los que con dos tragos y un par de faroles mal tirados desplumaba cada noche. Sin embargo, la realidad era que se había ido enamorando de él con el paso de los días. Sentía por el almogávar algo parecido a lo que sentía por su covilheira, y no servía para nada seguir negándoselo. Era paradójico que se sintiese atrapada precisamente por dos personas que harían cuanto ella les dijese por la obediencia que le debían, pero a los que se veía incapaz de robar el corazón. Su carácter imposible y sus maneras agresivas eran su estrategia para levantar una cortina de humo tras la que protegerse, pero ante una convivencia tan próxima como la que tenían los tres acabarían por descubrirla.

Se había metido en aquel laberinto ella sola. Desde siempre había suspirado por acercarse a los almogávares y por más campamentos que había visitado jamás había tenido la oportunidad de enredar a ninguno. Tan solo oía leyendas sobre ellos y suspiraba por aproximarse a alguno, así que, cuando vio a Gervasio moribundo en aquel campo de batalla, no se lo pensó dos veces y decidió darle cobijo en su pequeña carpa. Necesitaba saber si era verdad que no había hombres como aquellos guerreros. Y después del tiempo que llevaba a su lado había comprobado que incluso se quedaba corta la Juanilla, una de esas mujeres que alternaban entre las mesnadas y que sabía más por lo que callaba que por lo que contaba.

—No te lo diré. Eso tienes que descubrirlo por ti misma, pero ten cuidado, porque es un pastel; si lo pruebas una vez, no querrás tomar otro.

—¿Y tú qué vas a saber, si solo eres capaz de ganarte la vida entre estos desperdicios de hombre, por llamarlos de alguna forma? —le dijo en voz baja la Balteira entre las mesas de juego de las mesnadas castellanas.

—Una tiene sus secretos.

—No sé si creerte, Juanilla, pero este cuerpo que va a ser pasto de las lombrices antes lo va a disfrutar uno de esos escurridizos almogávares. Por esta. —Y se besó el pulgar y el índice.

Naia estaba enamorada del vigía, pero aquel enamoramiento no había surgido poco a poco. La soldadera se dio cuenta nada más ver su rostro cuando lo encontraron en aquel lodazal, no tuvo duda alguna. Y él parecía estarlo también de ella, y mientras, la Balteira notaba cómo le ardía el pecho cuando cazaba alguna de las miradas furtivas que se lanzaban sus siervos. No sabía qué le daba más rabia, si haber caído prendada del almogávar o que este estuviese enamorado de su covilheira. Y había algo que la intranquilizaba aún más, y era la sensación de que cada día se sentía más perdida por Naia, y aquello suponía que la traición que estaba soportando por parte de ellos le dolía por todos los costados.

—¿Qué es eso que tanto te gusta de nuestro almogávar?

—Ama, por favor. Os juro que estáis en un error.

—Sabes igual que yo de lo que te hablo —le dijo atrapándola contra el tronco de un árbol recio como un hombre.

Juntó la cara a la de su covilheira para notar el calor de su mejilla mientras le pegaba el cuerpo. Con la mano derecha fue recorriéndole el muslo por encima del sayo hasta que llegó al lugar donde convergían las piernas de la joven en su bajo vientre y la acarició con delicadeza.

—¿Qué te gusta más, sentirlo dentro de tu cuerpo o tocarte recordándolo cada noche? No olvides que duermo junto a ti y me doy cuenta de más cosas de las que te piensas.

—Ama, por favor, que nos van a ver —le rogó la joven, que estaba sorprendida, pues su ama nunca la había tocado de forma semejante.

—¿Sabes quién nos ve? —le preguntó mojando con saliva el lóbulo de la oreja de la moza.

Naia lo sabía perfectamente, pero era consciente de que no podía librarse de su ama, que seguía acariciándole la entrepierna mientras la besaba en el cuello, aumentando su excitación. La Balteira le buscó los labios y la encontró receptiva. La muchacha había terminado por bajar la guardia en vista de que aquello era

inevitable, y cada vez sintió más curiosidad por lo que su ama había comenzado. La Balteira sabía mover los dedos y encontró aquello que buscaba hurgando con mucho tacto en el sexo de su sierva, y esta empezó a sentir el placer que le proporcionaba ese juego. Bajó la mano y buscó el sexo de su ama, que se dejó hacer. Le remangó el sayo y encontró el calzón de lino fino de la Balteira húmedo y completamente pegado a su entrepierna. Introdujo los dedos por debajo del calzón y notó el calor del interior de su ama al tiempo que la masajeaba con delicadeza. Ambas mujeres comenzaron a retorcerse de placer casi al mismo tiempo y, tras apretarse mutuamente las manos ajenas en la entrepierna, cerrando con fuerza los muslos, se dieron por satisfechas cuando el placer les hizo vencer los cuerpos, que estaban casi fundidos en un abrazo y de rodillas junto a la base del árbol.

Enseguida se compusieron las vestimentas y llegaron en silencio hasta la pequeña fogata donde Gervasio calentaba unas liebres despellejadas.

La Balteira era todavía una mujer joven, pero sabía mucho de la vida. Por las noches le resultaba casi imposible no vaciar al menos medio pellejo de vino antes de cerrar los ojos. Prefería caer vencida por los efectos del alcohol antes que acostarse a darle vueltas a su atribulada mente. Y a pesar de no recordar demasiado de cuanto sucedía a desde que el vino la dominaba, era consciente de lo deslenguada y agresiva que podía llegar a ser en esos momentos, por lo que la situación en que se encontraban ella y sus siervos, sumidos en un triángulo amoroso de difícil solución, podía convertirse en una trifulca de consecuencias dramáticas una de esas noches en las que el vino hablaba por ella.

37

Galicia, agosto de 1241

María debía moverse con rapidez si quería conseguir del infante de Castilla todo cuanto el indescifrable abad del convento de Sobrado le exigiese a cambio de descansar *in aeternum* entre los muros de su abadía. Llevaba años casi sin pegar ojo en la soledad de las interminables noches, rogando a Dios que el prelado aceptase todo su patrimonio en vida como pago por inhumar sus restos en aquel lugar, pero sabía que el regidor de aquella institución no iba a conformarse con eso. Daba por hecho que ya había perdido todas sus propiedades, pero aún desconocía qué más le reclamaría el religioso. Odiaba a aquel hombre con toda su alma, ya que no solo iba a hacerse con el patrimonio que su familia había cuidado y engordado durante generaciones, sino que, además, tenía la suficiente astucia como para hacer con ella lo que le viniese en gana.

El tiempo avanzaba inexorable y, aunque todavía se sentía fuerte, joven y con muchos años por delante, habría sido capaz de destrozar su vida sobre esta tierra si el abad se lo hubiese pedido. Para ella destrozar su vida era volver a su Galicia natal, preparar su buena dote y casarse con un noble de aquellos pagos, uno de esos que se frotaban las manos esperándola ver aparecer por su tierra. Era, sin duda, la moza casadera más codiciada de su parroquia y, aunque no lo pareciese, una mujer tan temerosa de Dios que habría sido capaz de todo eso y mucho más, incluso de vestir los hábitos, con tal de al menos ir al purgatorio después del tránsito por este valle de lágrimas.

Al entrar en aquella sala, en la que se le amontonaron los recuerdos, notó que se le cerraba la garganta y no era capaz de

tragar saliva. Era el mismo espacio que había visitado tras la muerte de sus padres, cuando el religioso que allí la esperaba, como el que aguarda sentado para ver el cadáver de su enemigo pasar por la puerta de su casa, recogió de sus manos una cruz de oro macizo que había pasado de generación en generación en su familia y que ella donó al convento para que desde ese momento no les faltase una misa mensual a sus padres.

Aquel día, uno de los más sombríos de su existencia, corroboró algo que ya le había advertido su madre: el oro era capaz de conseguir logros que no se alcanzarían por ningún otro medio. María no podía soportar la idea de que el alma de su madre vagara sin destino por toda la eternidad, y sabía que, a pesar de haber sido una señora de misa diaria, casada con uno de los nobles más adinerados del concejo, había estado muy mal vista en los últimos años de su existencia por no admitir a ninguno de los mozos casaderos de buena cuna que se le habían ofrecido para desposar a su hija.

El abad del convento había aceptado aquella nueva visita de María pese a que se había vuelto casi una proscrita en aquella parroquia, a la que no llegaban noticias muy alentadoras sobre el propósito de enmienda de aquella joven rebelde. Pero a pesar de aquellas noticias, había otras nuevas que sí lo eran para el monasterio. Se hablaba de la facilidad de la moza para llenar la faltriquera de su sayo con los sueldos de los soldados, tanto de los ejércitos cristianos como de los sarracenos, y de su proximidad con la familia real.

El oblato la recibió con la vista clavada en un códice que sin duda revestía para él mucha más importancia que la visita de una pecadora a la que jamás habría recibido de no haber sido por su amplio patrimonio y sus fabulosos contactos en la corte.

—No le ha faltado misa a tus padres desde el mismo día que depositaste en este sagrado lugar la cruz que ya nos es completamente imposible devolverte —le dijo don Evaristo con gesto severo, sentado tras su escritorio.

María esperaba ese recibimiento. Cuando el hermano portero la condujo hasta el despacho del abad, tampoco se dignó darle los buenos días; solo la miró con gesto serio, le franqueó el paso y la

conminó con un movimiento de cabeza a que lo siguiera por los pasillos de piedra del convento, oscuros y fríos a pesar de ser pleno verano.

—No osaría yo, una pecadora, venir hasta vuestra casa a solicitaros tal cosa —rompió su mutismo María con los ojos fijos en la mesa de madera maciza que la separaba del oblato.

—En el anuncio de tu visita nada dijiste del motivo de esta, y no se me ocurre qué otra inquietud puede traerte hasta este rincón del reino.

—Mi alma, padre.

El religioso la miró directamente a los ojos de la forma más inexpresiva que fue capaz de ofrecer a la pecadora que tenía frente a él, pues era consciente de que no se trataba de una infractora al uso, sino de una mujer que ardería en los fuegos del infierno. Sin embargo, le sorprendió oírla hablar de su alma. Don Evaristo era un hombre codicioso y ventajista que jamás se revolvería contra la mano que le daba de comer: los benefactores del cenobio y los miembros de la curia que mandaban en su diócesis. Pero también se trataba de un hombre con dos almas muy fácilmente distinguibles, a pesar de su apego al cargo y su actitud deferente para con los poderosos. Era un religioso convencido, capaz de dar una segunda oportunidad a cualquier alma descarriada dispuesta a volver al redil. No era un hombre cruel en absoluto, como pensaba María, sino un hombre inteligente, que sabía de la debilidad del ser humano, incluido él mismo, y sentía miedo de acercarse a una mujer que podría arrastrarlo a la perdición. El religioso proyectaba una imagen autoritaria para impedir que aquella mujer se le aproximase más de la cuenta.

Las paredes del despacho del abad eran de piedra, grandes sillares rectangulares de color oscuro, que imprimían un aspecto casi siniestro a la estancia. Dos teas colocadas en sendos soportes en la pared que había tras el escritorio y una lámpara de sebo situada sobre la mesa iluminaban la pieza. Era mediodía, pero en el exterior llovía con fuerza y apenas entraba un poco de luz por el ventanuco abocinado abierto en la pared a la izquierda del escritorio, por el que se colaba un hilo de agua que formaba un pequeño charco. Aquel

charco debía de ser perenne, porque se podía observar el verdín tanto en la pared como en el suelo.

Se contaban tres códices cerrados sobre la mesa y uno abierto, el que estaba leyendo el abad cuando María entró en la sala. Además de eso había un pergamino en el que el religioso había escrito algo que se preocupó de ocultar a su visitante, y junto al lienzo estaban los aparejos para escribir: una pluma de ganso, tinta y el secante. Aquella mesa robusta repleta de saberes escritos en las páginas de aquellos pesados códices hacía que la distancia que separaba al abad de la pecadora fuese todavía mayor. Era como si no perteneciesen al mismo mundo: él estaba sentado con la solidez de quien sabe que siempre tendrá un techo, un plato de comida caliente y un alma descarriada a la que juzgar con su indiferencia, mientras que ella oía tronar la tormenta en el exterior y sabía que en cualquier momento estaría fuera mojándose, pasando frío y con el alma hecha añicos.

Su obligación era no salir de esa sala sin llegar hasta el final. Había conseguido decir la palabra que más le iba a costar pronunciar, y ahora que se había abierto a mostrarle su desamparado corazón a ese bloque de hielo que había al otro lado de la mesa, estaba dispuesta a derretirlo y obligarlo a que le concediera una oportunidad. No era ingenua, había conocido a muchas personas en su vida y no le cabía la menor duda de que el gesto del oblato se había torcido al escucharla nombrar su alma. Quizá él pensaba que la soldadera no lo había detectado, pero había estado muy atenta en ese momento al rostro de su interlocutor. Era como si todos los sufrimientos por los que había pasado tuviesen en ese casi imperceptible ceño fruncido su razón de ser.

—Sé lo que opináis de mí, padre —continuó María mostrándose afligida.

El religioso, astuto, mantuvo la boca cerrada, con la intención de que su interlocutora se cavase su propia fosa. Sobre todo tras haberla oído mentar su alma, que era el punto débil de los incontables pecadores a los que había escuchado no solo en confesión, sino en aquella sala. Allí había acrecentado su fortuna personal, pues amasaba una cantidad de tierras y rentas tan

insultante que, si tal noticia llegase a oídos inoportunos en la diócesis, podrían despojarlo de todos sus cargos.

—Mi vida no es la que en esta santa casa se considera la más respetuosa para con los preceptos del Altísimo, eso debo reconocerlo —dijo con la voz entrecortada, sin atreverse a levantar la vista ante la mirada fija de su interlocutor—, pero os juro que nunca he tenido la intención de ofender a nuestro Señor.

—Hermana, si vuelves a jurar en vano haré que te devuelvan esa cruz y me encargaré personalmente de procurarte la excomunión. Estoy haciendo un esfuerzo ímprobo por mantener esta conversación contigo, pero no me pidas que aguante lo inaguantable. Di aquello que hayas venido a decir y hagamos que este encuentro sea lo más breve posible.

—Mis tierras, padre. Mis tierras, mi casa, todo mi solar, el que he heredado de mi familia. Estoy dispuesta a donarlo a este monasterio a cambio de descansar para siempre aquí, en este sagrado lugar.

Nada más decir estas palabras surgidas del interior de sus entrañas con voz temblorosa y ojos empapados en lágrimas, apartó el escabel en que se hallaba sentada y se postró de rodillas agarrándose las manos con fuerza, clavándose las uñas en el dorso de la mano contraria y apretándolas contra su pecho. El abad la perdió de vista y tuvo que incorporarse para hallarla al otro lado de la mesa, llorando, con el cuerpo recogido contra las rodillas y con la frente clavada en el suelo de piedra. No eran sollozos, sino un llanto silencioso y respetuoso con el que suplicaba la piedad de aquel hombre en el que no confiaba, pero que se había convertido en la clave para serenar su tormento.

María se negaba a mirar al religioso. Este no pronunciaba palabra y la trovadora, que no era tal en ese momento, sino un alma en pena destinada a vagar hasta la eternidad sin rumbo en el infierno, sentía tanto miedo que notaba cómo le temblaba todo el cuerpo. Si en ese momento el abad le hubiese exigido que tomase los hábitos para el resto de sus días y se recluyese en un cenobio benedictino, con el único fin de rezar y arar la tierra, la gallega lo habría acatado sin cuestionarlo. Desde la muerte de sus padres no había hecho sino que pensar en la eternidad. Mientras estaba con otras personas era

capaz de abstraerse de esos pensamientos, pero en cuanto se quedaba sola, en particular a la hora de dormir, la mente la torturaba sin descanso.

—Levántate y límpiate las lágrimas, que no es así como se purgan los pecados.

—Perdón, padre. Estoy dispuesta a hacer todo cuanto me pidáis.

—Sabes que no, María.

Esta lo miró a los ojos, sabedora de lo que significaban las palabras de aquel gerifalte eclesiástico criado en una aldea perdida, pero convertido en uno de los emblemas de la Iglesia de Roma en aquella zona, en la que brillaba la catedral de Santiago con luz propia como símbolo del poderío de la fe de Dios sobre aquella esquina de las Hispanias.

—Ha llegado el momento de que tú, pecadora irrecuperable, y yo, servidor del Altísimo y por tanto encargado de recuperar esa alma descarriada, acabemos con los preámbulos de esta conversación y vayamos al grano.

—No es mi intención agotar vuestra paciencia, padre, pero creedme que haré cuanto esté en mi mano por salvar mi alma. Habréis escuchado tantas injurias sobre mi persona que pensáis que es imposible.

—¿Injurias? —la interrumpió el religioso—. ¿Injurias de qué tipo, de las que dicen que andas con un hombre diferente cada noche, que frecuentas las mesas de juego, que blasfemas más que hablas o que pesa sobre ti la sombra de la nigromancia?

María le sostuvo una mirada llorosa e insegura, y después volvió a bajar la cabeza. Luego dejó pasar un intervalo de tiempo que consideró suficiente para mostrar respeto por el religioso y la retahíla de verdades que había dicho sobre ella, y entonces habló con tono respetuoso pero seguro. No iba a sucumbir a las soflamas de un religioso engreído.

—Supongamos, padre, que mi vida es todo cuanto acabáis de decir, que soy esa mujer de moral incorregible y modales de pordiosera. ¿Qué tendría que hacer para buscar el perdón de Dios y vuestra generosidad con el fin de que mis huesos descansasen en esta sagrada casa el resto de los días?

En ese momento el abad atrajo hacia sí el papiro que había apartado de la vista de la Balteira. María no sabía si aquel hombre, porque lo que había debajo del hábito blanco que vestía era simplemente un hombre, disfrutaba con aquello o la sensación de poder que le confería su cargo lo había convertido sin posibilidad de evitarlo en un ser cruel. Entretanto, el religioso seguía con su actitud intransigente y, tras la estudiada pausa, leyó las líneas escritas en el documento.

—Donarás todas tus tierras a partir del próximo año, así como las rentas que de estas se obtuvieren, y tu hacienda con todos los enseres que en ella se encuentren en este momento.

—Al menos podré dormir allí esta noche —protestó la joven, que notó una mezcla de alivio y rechazo por el burdo intercambio propuesto por aquel tipo que mostraba ser más ladino a cada palabra que salía de su boca. No debía olvidar que justo por ello era posible lograr lo que andaba buscando.

El abad levantó la mano y la hizo callar.

—Por supuesto que podrás dormir en tu casa, hoy y siempre que quieras, pero cuando salgas del cenobio te acompañarán dos hermanas que harán un inventario riguroso de cuanto se encuentra en el interior de aquella casa, propiedad de este convento a partir de que firmes este documento que estoy leyendo.

—¿Algo más? —preguntó sumisa.

—Sí. Deberás peregrinar a Tierra Santa y ser atendida en tus últimas voluntades antes de morir, para lo que te aconsejo que te hagas con la compañía constante de un cura cuando empieces a considerar que tu vida va llegando a su final.

—Pero ¿cómo pretendéis que financie todo eso si me vais a dejar sin tierras ni rentas y vais a confiscar todo cuanto de valor hay en mi casa?

El religioso no contestó a la pregunta de María, tan solo deslizó el pergamino por la mesa hasta que quedó situado justo delante de aquella pecadora, mojó la punta de la pluma en el tintero y se la ofreció a la Balteira, que estampó su firma y se levantó para abandonar la sala sin estar convencida de lo que acababa de hacer. Lo único que quedaba claro era que necesitaba encontrar a quien

financiase aquello a lo que se había comprometido, y ahora que había conseguido ese extraño acuerdo con el abad del monasterio de Sobrado nada iba a detenerla.

Pero lo peor de la conversación llegó cuando la joven ya había rubricado el acuerdo y se había entregado por completo a los dictados de su impertérrito interlocutor, que la hizo volver sobre sus pasos y le alargó un pergamino al que le faltaba el sello real en un espacio reservado para ello.

La mujer leyó con cautela la esquela en la que el religioso gallego pedía la firma del rey de Castilla para autorizar al abad de Sobrado para que pudiera cobrar rentas e impartir justicia en todo el concejo.

María llevaba muchos años fuera de aquellas tierras, pero desde niña siempre había oído que los merinos de todo aquello que la vista alcanzaba eran la familia Traba. Aquella era una petición que dejaba absolutamente en mantillas su aportación al cenobio. El abad había demostrado ser un hombre ambicioso y muy inteligente, había olido sangre y no estaba dispuesto a dejar escapar la pieza. La Iglesia tenía los tentáculos muy alargados y de alguna manera se había enterado de que su interlocutora tenía algo grande para ofrecer a la casa real, y ellos se iban a llevar una buena tajada.

Tenía que reconocer que el abad era un tipo con arrestos. Los Traba eran una de las familias más poderosas no solo de Galicia, sino de todo el reino de Castilla, y con el encargo que le acababa de hacer les declaraba abiertamente la guerra. De pronto la Balteira se situaba en mitad de una batalla que no solo le era ajena, sino que la estaban librando poderosas instituciones ante las que ella era solo una hormiga a la que se podría aplastar sin miramientos. Sintió un repentino mareo al terminar de leer y dejó el documento sobre la mesa como si de aquella manera se viese liberada de esa carga.

—No entiendo lo que me pedís —le dijo con ojos desesperados, tapándose la boca con la mano derecha mientras notaba un temblor en las piernas que la obligó a sujetarse—. Es imposible que el rey se enfrente ni más ni menos que a los Traba. Vos sabéis que sus mesnadas forman parte de los ejércitos que combaten junto a las tropas castellanas.

—No habrás venido hasta este rincón del mundo para darme lecciones de política…

—No, mi señor. Pero no sé si esto que me reclamáis está al alcance de nadie proporcionároslo.

—Todo cuanto está bajo el dominio de nuestro rey se debe someter a su voluntad. Todo menos los asuntos del alma, en los cuales ni el rey está por encima de nuestro Señor. Así que acude a la corte y consigue esa rúbrica.

—Yo… —le tembló la voz— no creo que pueda. Y no es que no quiera.

—Sí que puedes. Ahora ya puedes marcharte.

Miró al oblato sin ser capaz de ver con claridad su cara. Recogió la esquela con la mano temblorosa y abandonó aquel despacho, que se había convertido en un cuarto de tortura para ella. Cuando por fin salió de allí se encontró con los ojos inquisitivos del monje que esperaba por ella al otro lado de la puerta y que comenzó a andar sin darle tiempo a recuperar el resuello. Le resultó muy difícil seguir las zancadas del hermano portero por el pasillo, que parecía temer por la santidad de aquel lugar si la Balteira continuaba un instante más entre aquellas paredes. Además de mareada, María se sentía agotada, como si hubiese pasado el día entero andando sin parar por las montañas gallegas.

Cuando ya pensaba que el abad no sería capaz de sorprenderla de nuevo, se encontraba con una prueba más de su propia bisoñez.

38

Frontera del reino de Murcia,
finales de octubre de 1241

El Almanzora empezaba a parecer al fin un río. Las primeras lluvias del otoño, algunas de ellas torrenciales, animaban el cauce de un curso de agua casi inexistente en lo peor del verano. María y sus dos acompañantes habían viajado casi sin descanso desde que salieron de Toledo hacia Galicia a mediados de verano.

Una vez concluida la visita a su tierra natal, emprendieron viaje hacia el sur para atravesar toda la Península desde el noroeste al sureste. Habían cambiado la zona más verde y húmeda del país por las tierras semidesérticas del este de al-Ándalus. En su trayecto hacia el sur solo se habían detenido en los pueblos y villorrios donde había mercado, para ganar unas monedas declamando poemas y tocando el laúd y la viola. El resto del tiempo habían seguido sin descanso el camino.

A través de los arrieros y viajantes que fueron encontrando por los caminos, dieron con el campamento que había establecido la taifa murciana junto al río Almanzora, en la misma frontera oeste del reino de Murcia. Se instalaron junto a un pequeño grupo de tiendas de lona ocupadas por cristianos y judíos que permanecían a algo menos de media legua del asentamiento, atentos para vender cualquier cosa que pudiese surgir. Las familias que ocupaban las tiendas eran en su mayoría pequeños prestamistas, los judíos, y buhoneros, los cristianos. Del resto de los oficios se ocupaban mercaderes musulmanes, que estaban junto a las carpas del ejército mezclados con integrantes de las otras dos religiones.

María había acudido dos noches al poblado de tiendas musulmanas para subirse a las tablas en la carpa en la que se

cantaba y declamaba para los magnates del reino de Murcia allí desplazados. Estaba muy contenta con el resultado de sus incursiones, ya que había conseguido dar con el hermano de Hasan, aunque era consciente de la necesidad de dar un paso más y hablar con él. El musulmán, que permanecía en Málaga esperando nuevas de la Balteira, estaba en lo cierto: su hermano Mohamed seguía siendo uno de los más destacados caballeros del reino hudí y se encontraba entre los principales magnates que cada noche acudían a la carpa.

Aquel día María se había decidido a dar un paso adelante y, al caer la noche, pensaba volver a la carpa para terminar lo que había dejado a medias. Las dos veladas anteriores le había dedicado miradas e insinuaciones a las que el musulmán había reaccionado con interés evidente, aunque había tenido cuidado de que el resto de los magnates no la descubrieran.

Era la tercera vez que María la Balteira, acompañada por Naia, se aventuraba en el interior del asentamiento de campaña de los reyes musulmanes de Murcia. A los guardas se les notaba un gran resentimiento hacia ella, y si estuviese en sus manos la Balteira no solo no actuaría para sus alféreces, sino que la habrían hecho prisionera y la habrían vendido como esclava en el puerto de Cartagena.

Las tiendas estaban situadas en la margen izquierda del río, conformando una auténtica ciudad completamente blindada por las tropas de hudíes que custodiaban con celo el contorno del asentamiento. La carpa del gobernador, Ibn Hud al-Dawla, se encontraba en el centro de la interminable masa de tiendas de lona. La zona en la que estaban plantadas las tiendas del emir y sus más allegados, así como la gran carpa que se utilizaba tanto para albergar reuniones de los jefes militares como para organizar veladas de solaz, estaba rodeada por una empalizada de tablones de madera de casi dos hombres de altura, y la custodiaban de manera permanente al menos dos soldados.

Cada noche se reunían los más allegados al gobernador de la plaza y se deleitaban con música, poemas y conversaciones de eruditos y astrólogos. Aquellos poemas no eran el fuerte de la

Balteira, que se encontraba más cómoda destripando a otros trovadores con sus cantigas de escarnio, pero la gallega era perfectamente capaz de embelesar a los asistentes sin apenas esfuerzo. De no haber sido por su género, sin duda habría estado reconocida como la mejor juglaresa de las Hispanias, pero así era la sociedad y no tenía más remedio que asumirlo. No obstante, era una mujer inteligente y conocedora de los hombres, y sabía que tenía a su alcance más armas que la trova para conseguir lo que andaba buscando.

La inmensa masa de carpas cada día era más grande, debido a la llegada de nuevas fuerzas y comerciantes de todo pelaje. Estos, sin que les importara la religión que profesase el ejército al que daban servicio, se arremolinaban con un desorden organizado, en el que los oficios se juntaban para ser más fácilmente reconocibles dentro de aquel universo de tierra, polvo, viento y un griterío ensordecedor que solo menguaba al caer la noche.

La mayor parte de la tropa allí asentada era muy respetuosa con su fe. Los hudíes eran parecidos a los almohades y, por tanto, respetaban los preceptos religiosos de manera muy estricta.

—¿Otra vez tú? —le preguntó con desprecio el vigía que controlaba el paso en la empalizada.

—¿No eres demasiado joven para poner tantas objeciones a un poco de diversión, o es que te molesta que no te dejen pasar? Yo estoy dispuesta a hacerte un pase especial a ti solo —le dijo la soldadera con tono pícaro.

—Un alfanje en el cuello, ese es el pase que te iba a dar yo —pensó en voz alta el centinela.

—Ya te irá despabilando la vida. Ahora limítate a cumplir con tu deber si no quieres conocer los alfanjes de los magnates que me esperan en la carpa.

—Sígueme y no me hagas perder más el tiempo.

La Balteira se limitó a asentir con la cabeza. Era evidente que el soldado no aprobaba el comportamiento de los altos gerifaltes de su taifa, pero también sabía lo que le sucedería si llegaba hasta sus oídos su opinión sobre aquellas noches de poesía, juego y música en

la jaima prohibida, que era como conocían en la tropa a la inmensa tienda de lona que ocupaba el centro del campamento.

El vigilante andaba con paso firme entre las tiendas y los cables que sostenían los postes de madera que servían de estructura a aquellas casas de tela improvisadas. Hacía meses que habían dejado de constituir un campamento temporal para pasar a ser la corte del gobernador de Murcia hasta que las lluvias lo forzasen a volver a su capital y dejar las razias.

El vigilante llevaba un alfanje en el cinto y una espada curva en la mano derecha, una suerte de amenaza con la que dejaba claro a cuantos lo rodeaban que estaba allí para hacer cumplir el orden. Vestía una túnica blanca con los bajos manchados de tierra. El cinto era de cuero negro y tenía una gran hebilla de hierro. El tipo era alto y muy joven, de no más de diecisiete años, por lo que su barba era todavía algo lampiña, aunque su gesto era tan serio que nadie osaría valerse de su corta edad para poner en duda su autoridad. Tenía los ojos negros hundidos en unas cuencas profundas y no miraba directamente a la cara, sino de medio lado. La piel de su rostro era muy oscura y se adivinaba algo picada tras su escasa barba.

El vigilante dijo algo en árabe y la cortina que daba acceso a la carpa se abrió desde dentro. El tipo hizo por asomarse, pero una mano que salió del interior lo apartó con cierta aspereza. La Balteira pasó frente a él y entró. Iba vestida de hombre, algo que no le servía para engañar al vigilante, pero no quería problemas y, a pesar de que su engaño hubiese sido descubierto, prefería seguir comunicándose con el muchacho a través de gestos, para no mostrar su voz de mujer. No era la única poetisa vestida de hombre en aquella carpa donde cada día se observaban mejoras en la comodidad y el lujo del que se rodeaban aquellos magnates de barbas pobladas, miradas inquisitivas y gesto serio.

Dentro había un canal de agua desviado desde el río para refrescar el ambiente. Aquel curso de agua estaba hecho a base de ladrillos de barro y se ramificaba en otros cuatro pequeños canales que permitían que el frescor del agua llegase a todos los rincones.

Los miembros de la corte estaban recostados sobre alfombras traídas de ultramar y cojines de seda que se amontonaban por

decenas alrededor del improvisado escenario hecho de listones de madera. Los prohombres musulmanes mantenían conversaciones en grupos de no más de tres o cuatro, hablaban en voz baja e intercambiaban miradas con los miembros de otros grupos.

En las mesas que rodeaban aquella platea en la que se recostaba la familia hudí y sus alféreces abundaban la fruta, los pasteles y un gran surtido de frutos secos entre los que se podían encontrar almendras, nueces y pistachos. También había *musakhan,* una carne asada que desprendía un maravilloso aroma a las especias con las que se había elaborado, sobre todo comino, cilantro y canela. Se podían ver fuentes con aves cocinadas y verduras de guarnición. Además había arroces preparados con pasas, piñones y azafrán.

En unas jarras de barro frescas se podía encontrar toda clase de zumos, que los prohombres bebían sin cesar y que ayudaban a refrescar esas noches cálidas en las que jóvenes mozas, sentadas tras unos visillos, aguardaban para participar en cuanto los gerifaltes de la taifa las requiriesen.

La Balteira subió al escenario nada más entrar en la tienda. Llevaba un sayo de color marrón hecho de lino basto, con un cinturón de cuerda que hacía un pliegue a la altura de la cintura, para que las telas no insinuasen su busto, y sobre la cabeza se había puesto un turbante en el que escondía la melena. Su vestimenta imitaba la de cualquier poeta o músico musulmán que utilizase ropas sobrias y sin brocados de ningún tipo. Cada vez quedaban menos artistas que usaran aquellos ropajes espartanos, pero formaba parte del disfraz con el que María ocultaba su género y su religión a modo de engaño conocido por todos los presentes. A nadie se le escapaba que era una pecadora cristiana merecedora de los peores castigos.

Había un laúd entre los varios instrumentos con que contaba la carpa y la Balteira decidió deleitar a sus anfitriones con su música. Cantaba ante cierta indiferencia por parte de los miembros de la taifa, más entretenidos mirando hacia los visillos de la parte posterior de la carpa. Era más tarde de lo habitual y parecía que la parte cultural de la velada estaba entrando en decadencia. De todos modos, la Balteira estaba encantada con la situación, porque hacía dos noches que había cazado las miradas furtivas del alférez que le

interesaba y que parecía seguir interesado en ella, y mientras el resto se dedicaba a mirar hacia atrás ella lanzaba miradas de complicidad a aquel tipo, que parecía haber caído en su red.

La soldadera se bajó de las tablas y salió de la carpa. Era muy tarde y no había nada más que hacer allí. Además, tenía planes y estos incluían desaparecer como por arte de magia del alcance del magnate con los ojos inconfundibles. Conocía muy bien a esos hombres y sabía que su parte del trabajo ya estaba hecha. Era el momento de que Naia concluyera el asunto.

39

El tipo salió a toda prisa de la carpa y María lo vio perderse por los intrincados callejones que formaban la infinidad de carpas blancas. Había hecho su trabajo a conciencia y al magnate se le veía desesperado por dar con ella. Cuando el tipo dio alcance a su presa, que no era quien él pensaba, la agarró por el hombro con suavidad, a pesar de la urgencia que denotaba su respiración entrecortada, y le habló en un romance perfectamente comprensible para los habitantes de la Península:

—No hay necesidad de que corras tanto; me gustaría escuchar esos poemas en privado.

—Pues vais a tener que esperar mejor ocasión, porque yo soy incapaz de declamar una sola estrofa —le respondió Naia, embutida en un sayo exactamente igual al de su ama.

—¿Es tu señora la trovadora? —le preguntó un tanto descolocado y con el gesto muy serio.

—Así es, ¿cómo lo habéis sabido?

—A ti también te conozco. Te vi con ella junto a los puestos de los alfareros hace dos días. Trasládale lo que te he dicho, y que no se haga demasiado de rogar. Soy muy generoso por las buenas.

—Mi señora me ha dado un mensaje para vos.

—Habla.

—A la salida del sol os espera dos millas río arriba. Tiene algo muy importante que contaros.

Tras ese breve intercambio de palabras, Naia se dio la vuelta y se perdió entre las tiendas en la noche. A la joven le gustaban los campamentos musulmanes a partir de la caída del sol; eran pacíficos y ordenados, mientras que entre los soldados cristianos sentía verdadero pavor, pues estos bebían y jugaban hasta el amanecer, y

convertían los asentamientos en lugares sucios y peligrosos. Una madrugada de verano como aquella, en un campamento cristiano de semejante tamaño, no se saldaría con menos de tres o cuatro muertos por arma, ya fuese espada o puñal. Y a eso había que unir el insoportable olor que se acumulaba a alcohol mezclado con vómitos y orines hacia el final de la noche.

Cuando llegó hasta el lugar donde se abría un hueco en la valla de la empalizada, custodiada por el guarda que las había recibido de malos modos cada día, esperó a su ama escondida tras el tronco de un pino. Sabía que esta no tardaría en aparecer. Cuando vio que el centinela quitaba con desgana la cadena que cerraba el recinto para franquearle el paso a María, que había llegado hasta allí con todo el sigilo del que había sido capaz, Naia se puso en alerta para aprovechar su oportunidad y salir del cercado en cuanto la gallega le facilitase la ocasión.

—Quizá vuelva mañana —le dijo María al soldado.

Y se quedó frente a él en una actitud provocadora, alargó la mano y le acarició la barba, a lo que el musulmán reaccionó apartándosela. Luego ella se acercó más y le dio un pellizco en el trasero que hizo que el centinela diese un paso hacia un lado y apoyase la mano sobre el pomo de su arma mientras la miraba con el ceño fruncido y los labios apretados.

—Márchate ya, y por mí te puedes perder en la noche oscura y no volver jamás.

—¿Estás seguro de lo que dices? —le susurró la Balteira con los labios pegados a su oreja, mientras palpaba la tela de la túnica del vigía en dirección a su entrepierna.

—Totalmente seguro —dijo este apartándola de nuevo de malas maneras.

La juglaresa insistió y el tipo siguió en sus trece, pero menos convencido que la primera vez. Al final consiguió palparle el bulto, que había ganado en prominencia, y lo atrajo hacia la parte más oscura de la calle, momento que aprovechó Naia para salir en un suspiro y perderse entre las tiendas que formaban el arrabal de la ciudad de lona.

María no sabía si volvería a entrar en aquel enjambre de tiendas. La covilheira parecía haberle dado el mensaje al magnate al que había tardado tres años en encontrar, y muy posiblemente se vería con él en el siguiente amanecer. Pero había noches en las que le gustaba jugar con los hombres, sobre todo con aquellos que se las daban de santurrones. Llevaba demasiados años rodeada de soldados, ladronzuelos y mercaderes, que en muchas ocasiones eran mucho más ladrones que los propios rateros.

—Dime una cosa. Por este paso entran y salen muchas mozas todas las noches, ¿pretendes hacerme creer que no te has acercado a ninguna de ellas?

—Aléjate. No te creas que no he visto salir a tu esclava, tengo ojos en la cara, así que agradece que no dé parte de ello y piérdete, como te he dicho antes.

—Ya sabía yo que tenías un gran corazón. Pero lo que me extraña es que esas mozas no se hayan dado cuenta de otras cosas más grandes todavía que tienes aquí —le dijo acariciando con el dorso de la mano el bulto que se le empezaba a marcar en el sayo.

—Por este lugar no transita moza alguna. Haz el favor de salir de una vez.

Pero María llevaba suficiente guerra a las espaldas como para saber que las precauciones del centinela habían sido más que superadas, así que se soltó el cordel con el que cerraba el escote de su sayo y dejó que la vista de aquel desgraciado se perdiese en la abertura de la túnica. Metió la mano por debajo del sayo del chico y, cuando llegó hasta su miembro, apenas lo tuvo que rozar para que el joven derramara la tensión acumulada. Acto seguido el alguacil pareció recuperar la compostura y la mandó salir de malas maneras, con evidentes signos de arrepentimiento y vergüenza por su desliz.

—Has de saber, cristiana, que no serás bienvenida nunca más; este paso que custodio está completamente cerrado para ti y para tu esclava. Yo no volvería a tentar a la suerte.

—Me gusta que todavía seas un hombre educado y recto, dispuesto a cumplir con lo que te han encargado. Pero nunca olvides que quien lo puede pasar mal eres tú, si se te pasa por esa cabeza

estropear las noches de solaz de tus magnates —le dijo apoyándole un dedo en la sien.

Y tras estas palabras se marchó después de escrutarlo con la mirada mientras le regalaba una sonrisa picarona de despedida, a la que el soldado respondió manteniéndose completamente hierático y sin mover un músculo de la cara.

40

Por la mañana María caminó río arriba antes del alba, acompañada por dos sonidos, el del curso del río Almanzora, que bajaba poderoso, y el del crujir de la hojarasca y los arbustos fuera de su alcance visual. No era sino Gervasio, que la había oído salir a pesar de que la gallega había tratado de hacer el mínimo ruido al abandonar la tiendecita de lona en la que dormía junto a Naia, que seguía teniendo ese sueño profundo que siempre había fascinado a su ama. Su sierva le había confirmado al llegar a la carpa por la noche que el hermano de Hasan había aceptado su propuesta y por fin podría verse con él.

Se detuvo en una explanada que había junto a un remanso del río. El lugar lo había elegido el día en que llegó al asentamiento. Por fin había logrado algo que daba casi por imposible desde que salió de Málaga tres años antes. Conseguir aquel logro se había convertido en el propósito de su existencia y notaba cómo por momentos el corazón se le iba a salir del pecho.

El sol todavía no había hecho acto de presencia tras el pequeño grupo de montañas que había a levante del asentamiento. Sentada en una roca mientras repasaba con cuidado las convincentes palabras con las que intentaría ganarse el respeto de aquel musulmán, que seguramente la rechazaría, oyó el relinchar de un caballo que se aproximaba. En su persona se juntaban todos los males que podía representar alguien ante los ojos que la iban a escrutar: era mujer, cristiana y soldadera, de las que se ganaban la vida cantando y declamando a cambio de unas monedas. La empresa era difícil, pero sus argumentos eran muy poderosos.

El caballo que montaba el magnate musulmán era recortado, de pecho prominente y de un negro tan brillante que al posarse sobre

su pelaje el primer rayo del sol de la mañana, el lomo del animal brilló de tal manera que dio la impresión de estar completamente empapado. Una vez que el jinete mandó detenerse a su montura, el equino movió la cabeza arriba y abajo, con gestos violentos acompañados de un bufido en el que se podía reconocer con facilidad su contrariedad, ya que necesitaba continuar con aquel paseo, que había acabado de forma precipitada.

El hermano de Hasan se quedó sobre su montura y miró en rededor, como si María no estuviese allí a sus pies. Mientras tanto, ella dio un brinco y se levantó de la roca. Antes de que se rompiera el silencio se oyeron los cascos de otro caballo que avanzaba por el carril de tierra y cantos rodados; se trataba de un percherón montado a pelo por un niño de no más de diez años, que se bajó de la montura sin dejar que el animal se detuviese del todo y agarró el caballo de su amo por una de las riendas, para que el prohombre finalmente desmontase. A continuación, el palafrenero se llevó ambos animales y se alejó de la explanada, luchando contra la voluntad del caballo del magnate, que seguía enormemente incomodado.

El prohombre musulmán vestía una túnica azul oscura y llevaba la cabeza cubierta con un turbante blanco. Tenía la barba entrecana y unos poderosos ojos negros de mirada penetrante, como los de su hermano. El parecido con su hermano menor era tan impactante que por un momento la Balteira llegó a dudar de que se tratase del propio Hasan el día que dio con él, por lo que no tuvo la menor duda de que se encontraba ante el hombre al que había ido a buscar.

María era consciente de que ese encuentro no iba a ser fácil. Sin duda el caballero musulmán sentiría la humillación de andar tras una mujer cristiana, sometido a sus normas y sus tiempos. La gallega sabía que la forma de esquivarlo la noche anterior para luego hacerlo correr detrás de su sayo río arriba podía agotar la paciencia de ese hombre, pero habría sido una temeridad absurda mantener la conversación que habían de tener en pleno asentamiento, un lugar hecho con paredes de lona tras las que los oídos indiscretos se podían ocultar con facilidad.

—No me gusta que me engañen las mujeres, tampoco me gusta que se hagan las misteriosas y mucho menos que sean ellas las que decidan dónde y cuándo debo verlas.

—Buenos días, mi señor; espero que sepáis aceptar mis disculpas.

—Espero que esos motivos sean tan poderosos como me dijo la pecadora con la que tuve la desgracia de hablar ayer noche.

—Me envía Hasan —dijo la gallega sin saber cómo reaccionaría su interlocutor.

—¿Qué Hasan? Conozco muchos Hasan.

—Me refiero a vuestro hermano Hasan.

—Yo no tengo ningún hermano con ese nombre, haré que te azoten por venir hasta mi tierra a insultarme y mentirme.

El hombre se dio la vuelta desairado tras mirarla con los ojos desencajados y un brillo en la retina que dejaba entrever el latigazo del golpe que acababa de recibir con la noticia que le había trasladado María.

—Yo no me iría tan rápido —le espetó la Balteira sin denotar respeto alguno en su voz, que más sonó como una advertencia.

El tipo giró sobre sus borceguíes de cuero y se encontró con el sello que su hermano jamás se quitaría del dedo meñique de la mano izquierda. María se lo mostraba a la altura de su cara al tiempo que le buscaba los ojos. Cuando este dejó de calibrar la joya y se encaró con María, a ella se le encogieron las entrañas por la fuerza de aquellos enormes ojos negros que parecían querer atravesarla. El musulmán imprimió toda la fuerza que pudo en esa mirada, en la que la intención se veía con nitidez. Pero María, que no solo rebuscaba en los pensamientos de los hombres a través de sus ojos, sino que era capaz de dedicar un buen rato a buscar en los de un cadáver lo último que sintió al morir, ya fuese el dolor, la sorpresa o el miedo, vio en los de aquel hombre escéptico el deseo por volver a ver a su hermano. La gallega supo desde ese momento que, por mucho que rechistara, tenía ante ella a su principal valedor en Murcia.

—No quiero saber nada de ese traidor. Para mí nunca existió ni fue mi hermano; aléjate de estas tierras y no traigas la ruina a mi familia con ese anillo robado.

—Por favor, permitidme hablar, tengo algo muy importante que ofrecerle a vuestro emir.

Mohamed se debatía entre pedirle a la cristiana que desembuchase aquella historia o sacar su cimitarra del cinto y rebanarle el pescuezo antes de que fuese con el cuento por el asentamiento y revolviese la tormenta que tanto tiempo le había costado sofocar.

Todavía se acordaba del día en que llegó el cadáver de Ibn Hud a Murcia. Iba acompañado por sus hombres de confianza y una esquela del arráez de Almería, que, con el alma rota, se había despedido en su ciudad de un hombre al que quería como a un padre. En las líneas que había escrito en el lienzo decía con elegidas palabras que el emir de al-Ándalus, su señor, había muerto de manera natural, durante la madrugada, en la alcazaba almeriense, y un manto de dolor recorría el sur de la Península.

Pero antes de su muerte en Almería el emir murciano llevaba cinco años encadenando derrotas en las que no solo la espada del poderoso rey Fernando de Castilla había sido culpable de tanto sinsabor. Si bien el cristiano lo obligó a huir de Córdoba y abandonar la antigua capital califal, dos años antes habían sido las dos poderosas familias de Arjona las que lo habían echado de Sevilla y habían prolongado su decadencia, que había empezado un año antes en Úbeda.

Las plazas iban cayendo una tras otra y esto hizo al rey murciano replegarse a su territorio, en el sureste de la Península. Precisamente en una de sus plazas, en la ciudad de Almería, encontró una muerte que nadie en Murcia conseguía explicarse.

Los notables que quedaron al mando de la taifa murciana no tomaron represalias contra el rey nazarí, a pesar de las sospechas más que fundadas en las que se veía una clara connivencia del arráez almeriense con el rey granadino. Este tardó poco en librarse del propio arráez cuando aseguró la plaza para su reino. Con la anexión de Almería el reino de al-Ahmar ganaba otro gran puerto y veía su solar crecer con fuerza mientras el reino murciano seguía debilitándose. En aquel momento el pujante rey procedente de Arjona contaba con tres de las más grandes ciudades de al-Ándalus

bajo su dominio: a la nueva plaza de Almería tenía que unir las plazas de Málaga y Granada, donde situó su capital. Los ejércitos del reino de Murcia no tenían potencial para comenzar una guerra contra el pujante reino granadino, pero eso no significaba que no les hubieran invadido el resquemor y el odio hacia ellos.

A esto había que unir la diferente invocación de los dos reinos musulmanes, con los murcianos dependientes del califato de Bagdad y los granadinos del califa magrebí al-Rasid. Por todo ello las diferencias entre los magnates de ambas taifas se habían vuelto irreconciliables, lo que llevó a un enfrentamiento directo, toda vez que compartían frontera, diferencias religiosas y cuentas pendientes tras la sospechosa muerte del rey murciano.

Hasan no se encontraba entre los hombres que acompañaron el cadáver de Ibn Hud de vuelta a Murcia tras su inesperada muerte en la alcazaba almeriense, y esto les creó muchos problemas a Mohamed y a su familia, a la que gran parte de los notables de la ciudad tildaron de traidora. La comitiva procedente de Almería aseguraba que el hermano de Mohamed seguía con vida y se había quedado en aquella plaza junto al gobernador, al-Raminí, al que, según se supo después, el rey nazarí al-Ahmar había expulsado de la ciudad. El hecho de que no hubiesen ejecutado a Hasan ni lo echaran de la plaza apoyó la tesis de los que abogaban por la posible implicación de este en la muerte del rey murciano, cuyo supuesto carácter accidental nadie creía en la taifa de Murcia.

Mohamed accedió a escuchar cuanto María la Balteira tenía que contarle. Esta le relató el encuentro con su hermano tres años antes en Málaga. Le explicó lo que había ocurrido la noche del magnicidio, cuando la presencia de una hermosa mujer, una especie de diosa, se había interpuesto entre el emir de Murcia y el arráez de Almería, que se valió de sus más fieles soldados para acabar con la vida de Ibn Hud en los baños de la fortaleza.

También le contó cómo le había metido Hasan el anillo en la faltriquera del sayo sin que ella lo advirtiese, y vio una sonrisa asomar a los labios de Mohamed, que debió de reconocer a su hermano en ese gesto.

Después sacó de entre los pliegues del sayo la carta que su hermano le había hecho llegar a través de Gervasio. Sabía que aquel era el momento en el que el musulmán debía decidir sobre la credibilidad de cuanto ella le había relatado. El magnate leyó la misiva y su gesto se tornó grave mientras hacía leves movimientos afirmativos con la cabeza.

—La propuesta que os traigo es la única que puede salvar vuestro reino —dijo la gallega sacándolo de sus pensamientos—. La espada del rey Fernando puede devolver la tranquilidad a vuestro solar.

—¿De qué me estás hablando ahora? —El musulmán estaba completamente desconcertado con las palabras de la cristiana.

—Os estoy ofreciendo lo que necesitáis para ir al emir y solicitarle el perdón para vuestro hermano. Sois un hombre muy inteligente y estoy completamente segura de que entenderéis lo que os propongo.

—El reino de Murcia nunca se entregará a ese rey cristiano.

—El reino de Murcia va a desaparecer en la próxima primavera, y eso lo sabéis igual que una servidora. Dejad que os recuerde que vuestro venerado Ibn Hud ya pidió la protección del rey Fernando en el pasado.

Al musulmán se le notó en el gesto el dolor que le suponía oír el nombre de su añorado rey en una boca tan sucia como la de la pecadora que tenía frente a él, pero se tragó su reproche y se concentró en pensar cómo podría plantear la propuesta a los gobernadores de su reino. Los conocía bien y sabía que el relato era tan importante como la información que debía transmitirles. El hecho de que el acuerdo proviniese de una soldadera cristiana no debía trascender, al menos hasta que el miedo por las consecuencias de una invasión por parte de alguno de los reinos vecinos no estuviese del todo presente en la conversación.

Aun así, sabía que ese encuentro en el Castillejo iba a ser una de las pruebas más complicadas a las que iba a enfrentarse en lo que le quedaba de vida. Su pasado en la taifa no era inmaculado y siempre, desde el día en que acusaron de traición a su hermano, había tratado de ir a favor de la corriente en todo cuanto tenía que

ver con el gobierno del reino. Y ahora, de pronto, se veía en la tesitura de proponer la rendición de su orgullosa taifa.

—Esto que me planteas puede hacer que rueden cabezas si no se expone con la delicadeza que exige un asunto que puede llegar a considerarse alta traición.

La gallega hizo una pausa para tragar saliva y le explicó su relación con el infante Alfonso y la conversación que había mantenido con él en el adarve de la muralla del alcázar de Toledo.

—No estoy aquí para perder el tiempo ni para hacéroslo perder. Os garantizo que lo que traigo es una propuesta en firme del rey de Castilla para su venerado Ibn Hud al-Dawla.

El sol ya brillaba con fuerza sobre la explanada, junto al curso del río Almanzora, y los ojos negros del prohombre murciano apuntaban hacia el infinito mientras se atusaba la barba con la mano derecha. Trataba de ver cómo transmitir la sugerente oferta que acababa de trasladarle aquella pecadora, que permanecía frente a él con la mirada en el suelo y la zozobra de quien no las tiene todas consigo.

Cuando la cristiana notó que el corazón de Mohamed estaba tan derretido que sus poderosos ojos negros empezaban a brillar, entendió que era el momento de relatarle las súplicas de su hermano. Y entonces fue cuando narró con detalle el encuentro nocturno con Hasan en la almunia Sayyid, donde cantó para los arráeces malagueños. Esa noche su hermano le suplicó, agarrándola de los brazos, que por favor no desfalleciese hasta dar con Mohamed, que era el único al que podía aferrarse para recuperar su vida, que había quedado sepultada aquella fatídica noche en Almería. María le añadió todo el dramatismo que pudo al encuentro, pues sabía que, si desaprovechaba la oportunidad que tenía ante ella, no habría otra.

—Son muchas cosas y muy sorprendentes las que me has contado en esta mañana, tanto que casi nos vamos a encontrar con el mediodía. No sé muy bien qué pensar, pero mientras hago alguna discreta comprobación te pido que abandones este asentamiento.

—¿No tenéis respuesta para mi proposición? —La decepción de la Balteira era evidente.

—No hace falta que te diga lo que tienes que hacer, lo sabes muy bien. —El magnate se mostró firme—. Déjanos terminar con esta campaña y ven a buscarnos a nuestra capital. Pregunta por mí, te aseguro que sabrán conducirte a mi presencia.

—Pero todavía no me habéis dicho si aceptáis mi propuesta.

—Todavía no soy capaz de saber si llevaré estas palabras hasta mi señor. Cuando averigüe ciertos extremos y si todo es tal y como me has contado, trasladaré la propuesta.

—¿Y eso cómo lo sabré yo?

—Si todo cuanto me has transmitido es verdad, no debes temer por tu vida, por lo que podrás venir sin miedo alguno en mi busca como te he indicado. Pero dame un tiempo para que haga mis indagaciones en Málaga, donde no nos resultará difícil comprobar algunos detalles a través de un emisario que debemos mandar cuanto antes —dijo Mohamed pensando en voz alta. Y con eso dio por terminado el encuentro.

41

Noviembre de 1241

A la mañana siguiente María y Naia salieron hacia Murcia. La Balteira no estaba dispuesta a volver a Córdoba. El invierno ya estaba allí y, aunque en aquella zona todavía seguían alternando días frescos y lluviosos con otros muy parecidos a los del final del verano, el sentido común le advertía de que lo más prudente era no exponerse a los rigores del invierno en mitad de los caminos. Era evidente que, si regresaban a la cueva cordobesa, la ruta iba a estar completamente impracticable para cuando se decidiesen a salir hacia Murcia.

Gracias a esas jornadas de tiempo benigno que todavía se podían encontrar en el sureste de la Península, el firme permitía desplazarse con cierta comodidad. Así, consiguieron moverse a buen ritmo y fueron valiéndose de las indicaciones de los viajeros para tomar el camino hacia Lorca, la ruta más directa para llegar a la capital del reino de Murcia.

Los primeros días avanzaron por senderos rodeados de un paisaje agreste de tierras blancas, pobladas de zarzas que arañaban la piel y se pegaban a los bajos de los sayos con saña, dejando el paño repleto de unas bolas rodeadas de pequeños pinchos y del tamaño de un maravedí de cobre.

Esos días la Balteira tenía un gesto tan avinagrado que daba miedo incluso dirigirse a ella para ofrecerle agua. Le habría gustado dejar resuelto el acuerdo en la reunión que había mantenido con Mohamed, el hermano de Hasan. Pero el consejero hudí parecía albergar demasiadas dudas, y estas hacían que el viaje que habían emprendido estuviera lleno de esperanza, pero también de incertidumbre, lo que tenía a la gallega de uñas.

Ella estaba allí la noche en que murió Ibn Hud, por lo que era posible que incluso pudieran tomar represalias contra ella. El propio Mohamed ya le había advertido que había pasado un tiempo de purgatorio hasta que volvió a ganarse la confianza de la familia del emir, pero el miedo no iba a detenerla; tenía que hablar con el gobernador murciano y proponerle el pacto que llevaba para ellos. La eternidad la esperaba y no estaba dispuesta a echarse atrás por nada del mundo.

Había otra cosa que cada día le molestaba más y que contribuía al enfado que arrastraba desde hacía un tiempo: no soportaba la relación entre Naia y Gervasio. Los dos se preocupaban de ocultar lo que había entre ellos, pero la Balteira no era ajena a lo que estaba sucediendo y ya le había advertido en más de una ocasión a la covilheira de lo peligroso de sus escarceos con el almogávar.

La tercera noche de ruta se detuvieron junto a una rambla seca en un campo en el que apenas había unos arbustos y algún árbol desperdigado. La temperatura era bastante cálida a pesar de que ya había anochecido y arrastraban el cansancio de tres días de camino con un sol abrasador que más parecía de pleno verano que del otoño. Por suerte dieron con un pozo en uno de los pocos asentamientos que atravesaron y llenaron los cántaros de arcilla y los pellejos.

Gervasio hizo un fuego y cocinó en la lumbre la caza del día, que había sido abundante. Había muchos animales entre aquellas zarzas. El almogávar y la sierva de la Balteira se barruntaron lo peor esa noche: su ama vació un pellejo de vino casi por completo antes de cenar. Permaneció sentada en una caja de madera que servía como pescante de la pequeña carreta y que no permitía que utilizase ninguno de sus siervos. Mantenía el gesto serio y observaba alternativamente a sus dos acompañantes, que no se atrevían a sostenerle la mirada, pues ninguno de los dos quería ser el primero en recibir la tormenta de ira que mostraba su gesto.

—Bueno —dijo—, ya estamos llegando a Murcia. Con un poco de suerte cambia nuestra estrella tras esta visita.

—Seguro que sí, ama.

—Nadie puede estar más segura que tú, Naia. Gracias a ti y a nadie más pronto tendremos la oportunidad de ofrecer un gran pacto al emir de Murcia.

—¿A mí, señora?

—No te hagas la estrecha ahora, que aquí parece que la única que está dispuesta a deshonrarse por mantener el gaznate de una pieza soy yo.

Tanto Naia como Gervasio, que andaba haciéndose el distraído, miraron hacia María con los ojos muy abiertos, temerosos de lo que aquella mujer, con la lengua suelta por la ingesta de vino, pudiese decir. La sirvienta rebuscaba en su memoria y no hallaba el motivo por el que su ama quisiera ajustar cuentas con ella ni en qué momento había podido deshonrarse.

—No es mal amante el infante de Castilla, ¿verdad?

Naia la miró y observó que la Balteira le clavaba los ojos y no la dejaba mirar a Gervasio. La covilheira necesitaba ver la reacción de este, pues hacía semanas que no le había vuelto a dirigir la palabra ni a mostrar afecto alguno y no quería que creyera que ya no existía nada entre ellos, ya que justo ahora estaba más enamorada que nunca, pensaba en él todo el día y se estaba volviendo loca por no poder abrazarlo y tenerlo junto a ella por las noches. Sabía que debía mantener la relación en secreto y creía que lo había logrado, que de alguna manera había convencido a su ama de que sus sospechas no eran ciertas, pero el ataque furibundo de María dejaba bien a las claras que estaba al tanto de lo que ocupaba la mente de sus siervos y se lo iba a poner imposible.

—¿Qué te pasa, Naia, te ha comido la lengua el gato?

—No, mi señora.

—Entonces ¿es que no te acuerdas de aquella mañana en Écija?

La joven se tapó la cara con las manos y escrutó entre los dedos la reacción de Gervasio, que miraba con gesto serio a la Balteira sin mover un músculo del rostro.

—Pero no te preocupes, rapaza, que esa cara de niña buena no se la cree nadie. Ya lo deberías saber, llevas años perdida por los caminos con una soldadera, y los tres sabemos la reputación que tienen las soldaderas.

Naia soltó un gemido que sonó a lo que era, la confirmación de todo cuanto estaba diciendo su señora.

—Pues tengo que decir que a mí personalmente me gusta más como amante nuestro buen Gervasio que el infante. También puede ser que la novedad me nublara la razón, o que la pasión de un cuerpo fuerte como el de nuestro fiel guardián a la luz de la luna en un río de aguas frías, parecidas a las de nuestra tierra gallega, me hiciera recordar el momento como uno de los mejores de mi vida.

Naia no pudo resistir más y salió corriendo por el camino con la idea de no volver jamás. Sabía que, si no se marchaba de allí enseguida, era capaz de saltar sobre esa bruja y arrancarle los ojos y la melena rubia a tirones. Tropezó en su carrera y rodó por el suelo de bruces contra los cantos rodados del camino, pero no notó dolor, sino una rabia que se la comía por dentro. Se levantó y siguió corriendo para liberarse del yugo que la ataba. Su mundo se había hecho añicos en un instante.

—¡Naia, vuelve! —le gritó su ama.

Pero esta siguió corriendo y la Balteira le hizo un gesto a Gervasio, que fue tras ella y la llevó en volandas de vuelta junto a la hoguera. La joven arañó y pataleó al almogávar, le tiró del pelo e incluso lo mordió con todas sus fuerzas en el brazo. Lo odiaba, lo quería, lo deseaba, lo despreciaba; tenía en su interior una hoguera de verdad, no como aquel ridículo fuego que habían hecho para asar las piezas de carne.

—No te pongas así, rapaciña. ¿Qué quieres, que te coja una alimaña de esas que andan sueltas por los montes y te devore? ¿Cómo se te ocurre salir corriendo en mitad de la noche?

Naia miraba al suelo y no tenía la menor intención de responder a su ama. Estaba tentada de coger uno de los troncos de la pequeña fogata para reventárselo en la sien. Tenía tanta rabia contenida en su interior que era capaz de cometer cualquier locura.

—Además, tienes muy poca memoria. Gervasio podría estar tan enfadado como tú. ¿O es que ya no te acuerdas? Díselo —le indicó al almogávar señalándolo con el pellejo de vino.

—No sé a qué os referís, ama —dijo este con un tono casi inaudible.

—Me parece que tanto amor os ha sorbido el seso. Pues déjame que te lo recuerde, porque vi tus ojos bien abiertos, sin perder un detalle del encuentro de tu amada conmigo junto a una encina —le mintió—. ¿O era un chopo? No me acuerdo bien. Refréscanos la memoria, Naia.

—Era un chopo —dijo esta, que preveía la tunda de varazos que le podían caer si ignoraba una segunda pregunta de su señora.

—Eso, un chopo. Yo creo que disfrutó mucho más que contigo. Te lo digo porque yo sí que lo disfruté más que en nuestro encuentro en la poza del Genil.

María estaba tan dolida con lo que estaba sucediendo entre sus dos siervos que se había propuesto hacerles el mayor daño posible.

Aquella noche quedó grabada en las conciencias de Naia y Gervasio. Ninguno de los dos volvió a mirarse a la cara ni a dirigirse la palabra, algo que apenas varió el comportamiento de ambos. Hicieron de los silencios y las miradas huidizas la forma de mostrarse un amor proscrito necesitado de un encuentro a solas que no se había vuelto a producir desde la noche en que habían quedado solos en el alfoz de Toledo, algo ya muy lejano.

42

Tras diez jornadas, en las que arrancaban con las primeras luces del día y no se detenían hasta que la oscuridad ocultaba aquel paisaje agreste y monótono de zarzas y barrancos secos, avistaron una torre sobre un risco que se levantaba a la vera del enorme cauce vacío de una rambla. Era evidente que por el cauce corría abundante agua, pues la vegetación era tan espesa que resultaba imposible atravesarla. Siguieron la margen derecha en dirección a la torre.

Con la aparición de la rambla el paisaje varió de forma radical y los montes yermos pasaron a convertirse en huertas bien regadas y llenas de labriegos, que apenas levantaban la cabeza al verlos pasar. El camino era más ancho y la presencia de viajeros se incrementó en aquel nuevo tramo de su desplazamiento.

Había pequeños grupos que se movían en borricos o andando, grandes grupos de comerciantes que viajaban en pesadas carretas y que se juntaban para hacer fuerza y defender sus mercaderías de los salteadores, y, por último, grupos de soldados que regresaban a casa tras el cese de las hostilidades por la llegada del invierno.

Pasaron dos noches a la vera de aquella torre. Junto al promontorio donde se ubicaba la fortaleza, que en aquellos momentos era propiedad de los reyes de Murcia, había una pequeña aldea de agricultores, muy próspera, que disponía de tantos pozos como eran necesarios para abastecer a la población y sus huertas.

Les informaron de que no se hallaban muy lejos de Lorca y de que aquella gran ciudad estaría repleta de gentes que acudirían a los mercados que el concejo autorizaba ante la llegada de los soldados tras el fin de las algaras, y los innumerables oficios y ciudadanos que seguían a los ejércitos.

Al caer la segunda noche en el asentamiento junto a la fortaleza, la Balteira informó a Naia y a Gervasio de su intención de ir a una poza en la que tomaban baños las mujeres del lugar, e insistió en acudir sin compañía; era un espacio reservado para ellas, muy cerca de la población, y no había peligro alguno. Además, la presencia del almogávar vigilando la zona resultaría muy violenta para el resto de las mujeres que allí pudiese haber. María era consciente de la discordia que había sembrado entre sus siervos y calculó que era el momento de dejarlos a solas para que terminasen de distanciarse. Era evidente que iban a saltar chispas entre aquellos dos jóvenes que acababan de conocer el dolor de la traición.

—Qué poco te ha costado siempre dejarme sola e irte tras de tu ama cuando esta se ha alejado de nosotros en cualquier parada en el camino —le soltó Naia sin esperar a que la figura de su señora se perdiera por la calzada de piedra que salía de la aldea.

—Lo mismo que te costaba a ti llevar los mensajes de nuestra ama a los nobles, y quizá a los no tan nobles también.

Estas palabras de Gervasio hicieron removerse por dentro a Naia, que notó el dolor que sentía el almogávar, prueba evidente de su amor por ella, y una lágrima le resbaló por la mejilla al oírlo. Conforme escuchó aquel reproche se dio cuenta de que le iba a decir todo lo que tenía guardado en el pecho.

Naia llegó a perder por completo la cordura, pues la discordia sembrada por su ama entre ellos había conseguido desquiciarla. Una noche se acostó con uno de los cuchillos más afilados que tenían entre sus enseres con la intención de cometer una locura y matar a la Balteira en mitad de la madrugada. Estaba devastada: aquella mujer no solo le gritaba y le pegaba, sino que además le había robado el único regalo que le había dado la vida. Estaba dispuesta a terminar sus días ahorcada en la plaza de cualquier pueblo antes que seguir viviendo aquel infierno.

Recordaba aquella noche de la que no hacía más de una semana. Estaba apretando por primera vez el frío y se acurrucó debajo de la manta esperando a que su señora cayera completamente dormida, pero al final fue ella la que se durmió primero. Por la mañana se encontró el cuchillo junto a las escudillas y el resto de los utensilios,

pero estaba tan derrotada que ni le importó cómo había llegado el arma de vuelta a su lugar habitual.

—Fuiste tú, ¿verdad? —le preguntó a Gervasio mirándolo con ojos desesperados—. Siempre has sido tú. De alguna manera piensas que tienes que ocuparte de mí; pues no, ocúpate de tu ama y a mí olvídame para siempre.

Ambos sabían que se estaba refiriendo al asunto del cuchillo. Y en ese momento sí que adoptó el almogávar la insoportable actitud que Naia se barruntaba, y perdió la mirada en el horizonte, como si la sirvienta de la Balteira ya no estuviera junto a él.

Pero la covilheira había pensado mucho en aquella oportunidad y tenía que dejar los reproches de lado; sabía que antes o después su ama los dejaría solos y llegaría su momento, y no podía desaprovecharlo. En este momento lo tenía ante ella, y estaba obligada a sacar fuerzas de su interior para traspasar el muro de ese gesto pétreo que le ofrecía Gervasio. Dentro de ese cuerpo de aspecto indestructible se hallaba un hombre que le había mostrado su corazón, no le cabía ninguna duda. Cualquier patán de entre los que formaban las mesnadas entre las que se había ganado la vida los últimos años se habría ido con ella como lo hizo Gervasio en la inolvidable playa malagueña, pero allí se produjo algo más que un mero encuentro pasional.

—Sabes que no somos dueños de nuestra vida ni de nuestro cuerpo, por lo que, si nos vamos a reprochar las veces que nos hemos tenido que quitar el sayo para seguir con vida, no vamos a poder mirarnos a los ojos nunca más —se arriesgó a decirle con la cara inundada de lágrimas—. Yo te recogí de un campo lleno de muertos, ¿te crees que ignoro las barbaridades que cometéis los que sois como tú?

—Animales. Eso quieres decir. Pues dilo. Sí, somos animales dispuestos a matar a gentes inocentes. —A Gervasio se le estaban acumulando todas sus frustraciones.

—Exacto, sé perfectamente quién eres y lo acepto porque estoy loca por ti. Solo nos tenemos el uno al otro. Yo te quiero como no he querido a nadie en mi vida, y te aseguro que la ama hará todo lo que esté en su mano para que nos odiemos. Me ha dado tiempo a

pensar en estos días desde que nos puso a prueba y estoy dispuesta a olvidarme del resto del mundo. Para mí solo existes tú —continuó arriesgándose la covilheira, que de pronto se dio cuenta de que no estaba dispuesta a esperar ni un día más para salir de dudas.

Naia no pensaba decirle nada de aquello al almogávar, pero su sorpresa fue mayúscula al escuchar a Gervasio, completamente dolido por lo que había pasado, mostrarle el amor que sentía por ella, porque era obvio que, si no la quisiese, todo aquello no le habría importado.

Desde que su ama le participó lo sucedido en aquella noche en las frías aguas de un arroyo, no había hecho otra cosa que interpretar cada mirada, cada palabra e incluso cada respiración, tanto de su señora como del centinela, como una muestra de la irrefrenable atracción mutua que ambos sentían. De hecho, se alegraba de que él la hubiese visto junto a la base de aquel chopo amándose con María; esa venganza había sido su único consuelo hasta esta noche en la que estaba abriéndole el corazón a aquel hombre sin el cual le resultaba imposible vivir.

El almogávar la agarró por la muñeca y la besó en la mano manteniendo los labios pegados al dorso de su mano durante un rato largo. Después la miró a los ojos, hizo un gesto de asentimiento y se alejó unas varas hasta sentarse en el lugar que solía ocupar mientras las dos mujeres comían. Naia entendió perfectamente aquel gesto que le dio un vuelco a su alma: ella también reconocía que su amor debía aguardar, pero a partir de aquel momento sabía que la espera merecería la pena.

43

Llegaron a Lorca formando parte de una gran caravana de viajeros que se afanaban por entrar en la ciudad antes del cierre de la puerta a la caída del sol. Pagaron el portazgo con mucha dificultad; no es que María hubiese acabado con los pequeños saquitos de monedas que había preparado antes de emprender el viaje, sino que los sueldos que los llenaban hasta forzar las costuras no eran demasiado bien vistos tierra adentro. En las ciudades portuarias era más habitual que circulase todo tipo de divisas, pero no ocurría lo mismo en las ciudades musulmanas del interior, algo que preocupaba intensamente a la Balteira.

Pero ese desasosiego, ahora que estaban en el interior de la ciudad, empezaba a disiparse. Una mujer como ella, acostumbrada a ganarse la vida con su laúd, su facilidad para entonar canciones y su lengua mordaz estaba en el lugar adecuado para hacerse con un buen puñado de monedas, de las de curso legal en aquellos pagos. La campaña de verano había sido muy buena para la soldadera; había ganado grandes cantidades de sueldos casi cada noche. Las batallas se sucedieron a lo largo de la frontera y eso favorecía su negocio. Además, con el paso de los años había afinado su habilidad para vaciarles los bolsillos a los descuidados soldados, que se refugiaban en el alcohol y en el juego en las noches de miedo y zozobra alrededor de las batallas.

El portazgo en la ciudad del Guadalentín había sido el más caro que había pagado jamás en su vida. A pesar de no dedicarse al comercio, la obligaron a pagar como si quisiera regentar un puesto en los días de mercado que había decretado el concejo. Le pidieron un octavo de dinar de oro por los ocho días de mercado y la entrada en la ciudad. Sabía que la estaban engañando y además no tenía

ese tipo de monedas, por lo que tuvo que desprenderse de dos croats de plata que guardaba con tanto celo en la faltriquera de su sayo que casi no logró dar con ellos. Sabía que aquellos tipos, armados hasta los dientes para saquear a los viajantes que arribaban a la ciudad, no habrían visto una moneda de plata quizá en toda su vida, pero María llevaba escrita en la cara su procedencia cristiana, que la convertía en la presa más suculenta que podían encontrar.

—¿Dónde están nuestras mercancías? —preguntó por quinta vez la Balteira tratando de que los alguaciles entraran en razón.

—La mercancía sois vos, asquerosa cristiana. Vos y vuestros esclavos.

La Balteira miró al suelo para no soltarle a la cara a aquel tipo de barba espesa negra, dientes del mismo color y frente arrugada los improperios que se le venían a la mente.

—Además, mirad la cola de gente que hay tras de vosotros. Pagad ya si no queréis ir directamente a las mazmorras de la alcazaba.

Se le revolvieron las tripas al soltar las monedas, pero necesitaba entrar en la ciudad y, además, sabía cómo volver a ganar muchas como esas y otras. No se bajó del carro para hablar con los funcionarios, que recogieron los dineros alargando la mano como pedigüeños de los caminos, que era en lo que se habían convertido. Mientras María rebuscaba entre sus monedas para pagar aquel precio tan abusivo que resultaba ridículo estuvo pisando con fuerza el pie de su sierva, porque la conocía demasiado bien y sabía que era capaz de saltar por encima de ella y agarrar por el cuello a aquel ladrón con uniforme de centinela hasta estrangularlo.

Los alguaciles mandaron a la mayor parte de los mercaderes que habían entrado en la ciudad hacia el monte que conducía hacia la alcazaba. En mitad del risco había una explanada de gran tamaño que ocupaba todo el espacio entre el camino de subida a la fortaleza y la muralla de Poniente de la ciudad; aquel era el lugar donde debían plantar sus tiendas mientras estuviesen intramuros. Les advirtieron que antes de la salida del sol visitarían el asentamiento los alguaciles del mercado para asignar los puestos que todavía quedaban libres.

Durmieron con la misma disposición que todas las noches, ambas mujeres en la pequeña tienda y Gervasio en la carreta, tras comer un guiso de verduras que hizo Naia en el único caldero que tenían. El almogávar se había encargado de ir sisando con disimulo lo necesario para llenar un caldero a lo largo de la última jornada. Los huertos por los que había transitado en su desplazamiento alejado del camino estaban tan bien surtidos que lamentó tener que dejar atrás infinidad de hortalizas.

Por la mañana, en el mercado, la Balteira no tuvo oportunidad de compartir tablas con los trovadores que habían llegado hasta la ciudad. No era la primera vez que la privaban de actuar por el hecho de ser mujer. María odiaba aquellas cosas, pero era lo bastante inteligente como para saber que esas batallas no se ganaban por las malas. Se limitó a perderse entre el gentío y deleitarse con las actuaciones de los malabaristas, trovadores y tahúres que congregaban a la multitud y vaciaban las faltriqueras con suma habilidad.

—Búscanos en las chabolas que hay pegadas a la pared de la alcazaba —le dijo una mujer a la Balteira tras depositarle un dírham de plata cuadrado en la mano.

La mujer iba vestida de negro con un sayo que le caía hasta los pies y el pelo cubierto por la capucha del sayal. No le pareció que fuese una mujer mayor, pero sí era achacosa. Le recordó un poco a la musulmana que le había proporcionado el contacto de la alcaicería de Málaga. Naia se quedó mirándola mientras su ama se limitó a cerrar la mano y continuar observando el manido truco de cartas que ejecutaba un tahúr tan torpe que cualquiera que hubiera puesto un poco de atención se hubiese dado cuenta del engaño.

El bullicio de las calles del mercado solo se interrumpió para permitir el paso de una comitiva fúnebre, que atravesaba la ciudad en dirección al cementerio, muy próximo al mercado. Esta ajetreada zona estaba situada en la parte baja de la urbe. Los mercaderes y visitantes eran conscientes de la fría mirada de los alguaciles del concejo, que con un simple gesto advertirían a los soldados que aguardaban para que intervinieran en caso de que fuera necesario. Esa partida de hombres armados permanecía de guardia en el

interior de la alcazaba; era una ciudad fronteriza muy amenazada, tanto por las huestes cristianas como por la de los ejércitos de al-Ahmar, y jamás se bajaba la guardia.

El mercado constituía el centro neurálgico de la ciudad. Sus primeros puestos se hallaban en la plaza de la mezquita mayor y desde allí se expandía por el centro de la urbe. Recibía clientes tanto de la medina como de los pueblos de su alfoz y del arrabal próximo a la entrada a la ciudad, que era muy populoso.

Las calles en las que se encontraban las tiendas y los puestos del mercado eran reviradas y estaban repletas de comerciantes que invitaban a visitar sus tiendas. Unos vociferaban las excelencias que podrían ver en el interior de sus tiendas mientras que otros, más discretos y misteriosos, se acercaban para susurrar al oído los parabienes que escondían sus locales.

A cuenta de estas incisivas artes de venta el mercado resultaba atribulado y ruidoso, pero a su vez estaba muy bien organizado. Los gremios se distribuían los espacios con gran celo, y los agricultores y los alfareros eran los más numerosos de entre los comerciantes de aquellos puestos.

44

Cuando terminó de anochecer la Balteira salió de la pequeña tienda en la que pasaría la noche junto a Naia y subió la cuesta que separaba el asentamiento de tiendas de lona asignado a los mercaderes ambulantes de la muralla de la alcazaba. En el asentamiento de los comerciantes había un alboroto que nada tenía que envidiar al de la mañana en el mercado. Los hombres entonaban canciones a la luz de las hogueras mientras las mujeres bailaban moviendo las caderas alrededor de los fuegos ante el jolgorio generalizado. El vino corría con alegría y el calor, que había vuelto a aparecer, invitaba a los feriantes a apurar la noche. Los niños corrían y jugaban despreocupados entre las tiendas a pesar de que hacía un buen rato que los alguaciles de la ciudad habían subido hasta la explanada para intentar en vano que cesasen el cante y los bailes pecaminosos de aquellas mujeres.

María se alejó del tumulto y percibió que Gervasio seguía sus pasos. Lo ignoró por completo y siguió su camino. Siempre lo había hecho, aunque antes al menos le dedicaba un gesto para advertirle que sabía de su presencia. Pero desde la atribulada noche en que desveló su encuentro sexual casi no se habían cruzado una palabra ninguno de los tres, por lo que ni tan siquiera miró en dirección a donde debía de estar el almogávar. Le encantaba que la siguiera, no solo por la ayuda que pudiera dispensarle en el caso de que se encontrara con algún indeseable, sino porque sabía que Naia estaría rabiando de celos en la carpa. Esa vez Gervasio no podría vigilarlas a ambas: su pequeña aventura la iba a llevar lo bastante lejos como para que el almogávar no pudiese tenerlas controladas a las dos a la vez, así que su covilheira iba a tener que asumir que la había elegido a ella.

Cuando terminó de subir la cuesta que conducía a la entrada de la fortaleza observó un sendero que se perdía hacia la izquierda, entre un grupo de chumberas cubiertas de espinas prominentes. Siguió la senda y anduvo entre las chumberas, que dejaban un paso muy estrecho. Ese desfiladero vegetal no era fruto de la casualidad; María sabía que se estaba encaminando a un asentamiento judío que carecía de muralla y puerta, y la hostilidad vegetal que se había encontrado en la entrada servía para que los visitantes al menos tuviesen que entrar de uno en uno.

No era difícil distinguir el asentamiento sefardita, pues estaba ubicado bajo la impresionante pared de sillares que sostenía el paño sur de una de las torres de vigilancia de la fortaleza. María observó cuatro chabolas hechas de maderos, rematadas con un tejado plano fabricado con los mismos listones de madera con los que estaban hechas las paredes. Más adelante había dos covachas hechas de piedra y barro con el tejado a un agua, pero con suficiente inclinación como para evacuar la lluvia. No se oía a nadie, los ocupantes de las covachas debían de estar durmiendo en aquel momento, pero a través de la cortina de una de las casas hechas de madera y barro se adivinaban siluetas oscuras.

La visitante no tuvo que anunciarse: antes de llegar a la altura de la casa oyó el chirrido de los goznes de la puerta y la misma mujer que la había localizado en el mercado salió a su encuentro con una lámpara de sebo en la mano. Tuvo dudas al verla abrir, pero su andar desnivelado le confirmó que se trataba de ella.

—Buenas noches, sed bienvenida. Me alegro de que os decidieseis a venir.

—Bien hallada —respondió la gallega expectante.

—Seguidme y os aseguro que seréis muy bien tratada.

—Una pregunta, moza —le dijo la Balteira agarrándola del brazo y dejando de lado cualquier cordialidad—. ¿Quién os ha hablado de mí?

—Nadie, señora, ¿quién lo iba a hacer? ¿Sois acaso vos mujer de alcurnia?

—Déjate de engaños y trucos, que estoy dispuesta a destriparte aquí mismo y poco me importa quién esté ahí dentro. ¿De qué va

este cuento?

—Si tantas ganas tenéis de saber, seguidme al interior y hablemos allí.

María siguió a la mujer al interior de la covacha y encontró a dos hombres mayores con largas barbas y mirada huidiza. Estaban sentados tras un escritorio en el que había pergaminos extendidos sobre la mesa, aparejos de escritura y dos cajas de madera de tamaño considerable repletas de monedas.

El primer sentimiento que experimentó María hacia aquellos hombres fue de un gran escepticismo. Los sefarditas tenían fama de negociantes muy pegados a sus dividendos pero justos en el trato, y difícilmente se iban a equivocar a favor de la parte contraria. Pero su negocio no estaba en el engaño ni en el robo; de hecho, la gallega conocía los medios que estos tratantes habían puesto al servicio de muchos mercaderes que podían hacer efectiva una carta de pago en casi cualquier lugar del orbe. La palabra de aquellos tratantes de dinero era muy respetada, sobre todo entre ellos.

A pesar de las reticencias iniciales de María, los hombres fueron francos y directos con la cristiana desde el primer momento. Le explicaron que la habían detectado en la puerta del Pescado cuando fue a entrar en la ciudad, ya que tenían espías por todas partes buscando mercaderes y cualquier clase de viajero procedente de otras taifas y de la España cristiana para facilitarles cambio de moneda. Se trataba de un negocio muy favorable debido a los inmensos sobrecostes que imponían los alguaciles locales a los mercaderes que tratasen de pagar con monedas de reinos cristianos, como la Balteira había experimentado en sus propias carnes. No eran una red de agentes especializados ni mucho menos, sino grupos de niños que recorrían las calles metiéndose entre las gentes y poniendo la oreja allí donde dos adultos discutían.

Después de la explicación y sin más preámbulo abrieron las cajas de los caudales y mostraron sus monedas a la soldadera como señal de confianza y buenas intenciones. El mayor de los dos hombres llevaba una lente en el ojo derecho y fue sacando piezas y explicándole a la gallega el valor, la ceca y el territorio en el que podría utilizarlas sin ningún problema. María escuchó con atención

su voz sosegada, tratando de no dejarse llevar por su aspecto paternal y sus cuidados modales.

También quisieron saber cuáles serían sus pasos tras salir de Lorca, algo que la Balteira se tomó de forma equivocada, pues a pesar de las explicaciones recibidas había sufrido suficientes desengaños en su azarosa vida y le costaba relajarse. Por ello, se irguió en el escabel en que se hallaba sentada y dejó pasar un tiempo antes de contestar. Quería que su respuesta sonara con suficiente antipatía como para que se olvidasen de ejercer esa actitud paternalista sobre ella por el simple hecho de que fuera una mujer.

—Adónde me dirijo o qué será de mí no es asunto que tenga importancia alguna en esta conversación.

—Sí la tiene, mi joven invitada. Os vamos a informar de los asentamientos sefarditas en aquellos lugares a los que os dirijáis, ya que en todos ellos podréis cambiar sin problema alguno estas monedas —le dijo el anciano mirando la moneda de oro que tenía en la mano, sin levantar la vista hacia la quisquillosa mujer que se encontraba frente a él.

La gallega se negaba a caer en la interpretación que estaba llevando a cabo el cambista, que a pesar de imponer respeto tenía el único objetivo de estrujarla todo lo que ella se dejase.

Tras un silencio que duró hasta que María volvió a despegar los labios, hicieron el trato, para el que el cambista utilizó una pequeña báscula en la que fue depositando las monedas que iba sacando la soldadera de sus saquitos y las fue cambiando por otras de origen norteafricano y andalusí. Las que más sorprendieron a la Balteira fueron unas de plata y con forma cuadrada, como la que le había dado de señal la mujer en el mercado. Despertaron tanto su curiosidad que acabó por interrogar a los cambistas sobre ellas. Estos la informaron de que aquellas extrañas piezas procedían de la ciudad de Cehegín, una población de la taifa murciana a la que podría llegar remontando el río Quípar.

El anciano hablaba el mismo romance que María y eso le hizo pensar a la gallega que aquel hombre podía ser de Córdoba, donde había infinidad de cambistas. Se dijo que debía tener cuidado con no

bajar excesivamente la guardia, pues aquel tipo manejaba todos los resortes de su oficio, incluido el de hipnotizar a sus clientes con su conversación y el movimiento estudiado de las manos.

—Me gustaría que os subieseis las mangas —pidió la Balteira tanto por romper el ambiente sosegado que reinaba como por evitar posibles extravíos de monedas.

—Remángatelas tú primero —saltó desde detrás la mujer que la había localizado en las calles de la medina—. A esta casa no se viene a faltarle el respeto a venerables ancianos. Márchate si tanto desconfías de nosotros.

—Relájate, hermana —protestó el más joven de los hombres con tono templado.

—¡Que te levantes de una buena vez y te marches de aquí! —le dijo a María, ignorando el comentario, al tiempo que le daba una patada al asiento en el que la soldadera se había sentado.

—No os levantéis. —El anciano se dirigió a ella con tranquilidad mostrándole la palma de la mano derecha.

—Si no se va ella, me iré yo. —Y, tras decir aquellas palabras, la hermana del cambista salió airada de la covacha.

El incidente se disipó y el anciano se aclaró la garganta antes de seguir con las explicaciones. La voz del hombre continuaba con ese tono templado, y ahora que las monedas estaban sobre la mesa lo acompañaba con unas formas meticulosas en el manejo de estas. Escrutaba con detenimiento, a través de la lente que llevaba en la mano derecha, cada pieza que caía en su mano, y mientras la observaba por ambos lados iba informando a su interlocutora de su procedencia, tanto si era una moneda propia como si formaba parte de las que la soldadera iba sacando de los pequeños hatillos.

Depositaba las divisas en la báscula y a continuación sacaba pequeñas pesas cuadradas de una caja de madera en la que estaban ordenadas según el peso. Algunas de las pequeñas piezas metálicas eran tan finas como un papiro; eran aquellas las que más utilizaba el cambista para equilibrar la balanza, que era caprichosa y en ocasiones necesitaba de infinidad de estas unidades para llegar a cuadrar la aguja en el centro.

La sala estaba iluminada con una pobre lámpara de sebo que reposaba sobre el alféizar de una de las ventanas, pero la iluminación de la covacha en general no le importaba a ninguno de los presentes. Lo trascendente era la iluminación de la mesa, donde había una lámpara con una mecha de gran tamaño que emitía un espeso humo negro con un intenso olor a sebo quemado.

En las estanterías situadas tras los cambistas había cuatro repisas muy bien surtidas de objetos muy delicados. Se podían ver fuentes y copas de cristal de cuarzo labradas con esmero, y pequeños cofres de madera de ébano a modo de exposición de los que sobresalían perlas y collares de oro.

El aspecto de la chabola por fuera era tan cochambroso que daba reparo entrar, pero en el interior la limpieza y el orden eran sorprendentes. A María le recordó a algunos salones de los que había frecuentado en su infancia, antes de abandonar su tierra, títulos y posesiones y aventurarse a los caminos. En ese salón de sefarditas del barrio alto de Lorca le acudió por primera vez a la mente una reflexión que jamás había hecho.

El anciano pesaba las monedas y hacía montones con ellas al tiempo que el otro cambista escribía sin parar en el libro, y mientras María notaba en el estómago vacío una sensación de abandono que nunca había sentido antes. Estaba claro que se retorcía de envidia por el hecho de que Naia y Gervasio pudiesen encontrar la felicidad, pero algo le impedía dejar que aquello sucediese. Era evidente que en su interior se encontraba tan desorientada y enfadada con el mundo que no podía permitir que la gente que la rodeaba pudiese disfrutar de él. Deseaba que sufrieran como lo hacía ella, y además era casi seguro que también la propia María se había enamorado de Gervasio o de Naia. Ya no sabía ni quién era ni por qué había tomado aquella decisión de dejarlo todo cuando era solo una moza.

Notó que le resbalaba una lágrima por la mejilla, algo impropio de ella, pero era verdad que no sabía por qué lo había dejado todo, por qué había huido de aquella vida que entendió tan servil y humillante sin ni siquiera conocerla. Ahora podría ser madre y, por mucho que le doliese tener que vivir a la sombra de un hombre, era posible que no fuese algo tan horrible como para justificar aquella vida sin norte,

sin tierra y sin nada que la atase a este mundo. No sabía qué pensar y decidió apartar todos aquellos pensamientos de su mente y centrarse en el negocio que tenía sobre el mantel verde de aquella mesa de cambistas.

Cuando por fin acabó con el interminable trueque de monedas tuvo que admitir que había errado por completo en su percepción de aquellos hombres que la atendían en su casa. Llevaba una vida rapiñando monedas a ambos lados de la frontera y, aunque no era una experta, sí tenía una idea muy aproximada del valor de cambio de las más comunes. Y aquellos hombres habían sido educados con ella, la habían tratado con respeto y, sobre todo, no habían intentado engañarla en ningún momento.

45

Murcia, finales de noviembre de 1241

Llegaron al arrabal de la Arrixaca, en la capital del reino de Murcia, en la décima noche de viaje. El camino desde Lorca era recto y además no tuvieron que remontar ningún alto. La ruta estaba muy transitada por mercaderes y viajantes de distintas procedencias: había comerciantes italianos, trovadores y miembros itinerantes de oficios. También grupos de soldados que caminaban a paso lento custodiando largas hileras de desarrapados cristianos presos, con los tobillos anillados y unidos por una cadena que enganchaba del primero al último, conscientes del futuro que les esperaba como esclavos posiblemente en tierras remotas.

La puerta del arrabal estaba vigilada, pero ni mucho menos con el control al que se habían visto sometidos en la entrada a Lorca. Un dinar almohade les bastó para abrir la puerta y acceder al recinto amurallado, cuya pared de piedra dibujaba una curva similar a la que hacía el río Segura a unos doscientos pasos de la muralla.

Las inmediaciones de la ciudad, así como todo el camino desde Lorca, eran un vergel, y no solo la belleza de aquella frondosidad tenía obnubilada a la Balteira, que estaba más que acostumbrada al verde de su Galicia natal, sino también la riqueza de los huertos, repletos de agricultores arrodillados entre los bancales mientras plantaban todo tipo de verduras y hortalizas. Estas amplias extensiones de huerta alternaban con otras en las que se perdía la vista divisando las copas de los limoneros y naranjos.

Un grupo de chiquillos que esperaban la llegada de viajeros en una pequeña plazuela junto a la puerta del arrabal llevó a las mujeres casi a empellones hasta una casa grande, donde la señora que la regentaba las acompañó hasta un cuarto de techos altos y

suelo de barro, donde encontraron una esquina para depositar sus esteras y mantas. La casa olía mal y había al menos otras diez mujeres que ya dormitaban, por lo que debieron entrar en silencio.

Cuando la Balteira y su covilheira se perdieron en el interior de la casa, los cuatro chiquillos despeinados, de ojos saltones y delgados como una vara de olivo, se arremolinaron en torno a Gervasio.

—Síguenos, cristiano. —Los chicos estaban muy animados por las dos monedas de cobre que la Balteira le había dado al más alto del grupo.

—Sí, ven por aquí, que te vamos a mostrar un buen sitio para dejar el mulo y la carga —siguió el más nervioso.

El callejón situado frente a la casa era angosto, pero la carreta cabía entre las paredes encaladas de las casas que había a ambos lados de la calleja, así que pasaron por ella y, tras girar una esquina, dieron con un establo que se anunció antes de llegar por el olor de los excrementos de los animales que lo ocupaban.

—Aquí no admitimos cristianos. —Aquella fue la bienvenida del palafrenero.

Era un muchacho un poco mayor que el séquito que lo había acompañado. Acabó abriendo la puerta de las caballerizas cuando Gervasio le mostró un dinar de cobre.

—Esto por noche. ¿Hasta cuándo os quedáis?

—No lo sé a ciencia cierta.

—¿Qué sucede aquí? —La voz grave de un hombre ataviado con un sayo blanco impecable interrumpió la conversación.

Los cuatro chicos, el palafrenero y Gervasio se dieron la vuelta y se quedaron mirando al hombre de barba gris y piel oscura que portaba una lámpara de sebo en la mano y un puñal visible en el cinto.

—Este hombre, a pesar de ser cristiano, es mi invitado, así que facilitadle comida a su mulo y un lecho de paja a él en la zona techada del establo, para que pernocte.

—Así lo haré —tartamudeó el mayor de los chicos mientras el resto se desvanecía en la oscuridad.

Gervasio no se extrañó de aquello. Era obvio que en aquella taifa los esperaban deseosos de que todo transcurriera por buen camino.

Su ama los había puesto al día de la importante misión que los había llevado hasta el sureste de la Península. Lo que su señora no les confiaba por el día se lo confiaba por la noche entre varazos e improperios.

Por fin estaban en Murcia, había llegado el momento en el que la Balteira sabría si aquel periplo en pos de su sueño había merecido la pena. Tumbada sobre la estera de esparto y cubierta con la misma manta que Naia, le dio vueltas al largo desplazamiento que la había llevado primero a Málaga, donde, siguiendo su intuición, consiguió dar con Hasan; solo halla quien persevera. Después llegó el azaroso desplazamiento hasta la frontera en busca del hermano de Hasan, Mohamed, en el asentamiento junto al río Almanzora, y ahora, tras su periplo en Lorca, había llegado a su destino.

Y, además, en mitad de aquellas negociaciones que le habían llevado años y que todavía no estaban cerradas, tenía pendiente la firma del rey de los castellanos para hurtarle a la poderosa familia de los Traba las rentas de unos concejos en Galicia en favor del monasterio de Santa María de Sobrado. Todo parecía ir avanzando en el buen sentido, pero lo cierto era que todavía no tenía ninguna certeza a la que agarrarse.

Sentía una gran zozobra; era la palabra del infante la que la había llevado hasta allí. Jamás había confiado en nadie y menos en un miembro de la familia real, pues sabía que para ellos, los plebeyos, no eran más que piezas puestas por el Altísimo a su servicio y podían disponer de los súbditos del reino a su antojo para luego deshacerse de ellos. Pero no tenía otra alternativa y esos pensamientos no iban ayudarla en nada; había llegado hasta Murcia, donde tenía un contacto, o al menos en eso había quedado con Mohamed, y no era momento de poner en duda todo cuanto había hecho.

Se quedó dormida después que Naia, que seguía comunicándose con ella lo mínimo e imprescindible, al igual que Gervasio, circunstancia que incluso agradecía. De todos modos, seguía amenizándoles a ambos las noches con largas historias sobre su infancia y su pueblo cuando el vino de los pellejos le soltaba la lengua tras largas jornadas de ruta en silencio.

En mitad de la noche notó un fuerte tirón de pelo que le hizo lanzar la mano hacia su agresor, pero no dio con nadie. Abrió los ojos y se encontró con la mujer que la había conducido hasta allí, y vio que esta le hacía un gesto para que la siguiese. La Balteira le dedicó una mirada con la que quiso que la musulmana supiese que la próxima vez que le pusiera la mano encima se la cortaría, y esta se la devolvió con suficiencia y la barbilla alta, en un claro gesto de desafío. La gallega tragó saliva, se guardó las ganas de saltar sobre la mujer para arrancarle un buen puñado de pelos, se levantó y fue tras ella, tal y como su anfitriona le había indicado.

—Poco has tardado en llegar —la saludó Mohamed al verla aparecer tras los pasos de la patrona de la casa.

—Menos habéis tardado vos en dar conmigo —le respondió María, que recordó la costumbre de tutearla de aquel hombre al que apenas conocía.

—Espero que fuese verdad el acuerdo real del que hablamos a la vera del Almanzora. —Estaba claro que el magnate musulmán no iba a andarse por las ramas.

—Tan verdad como que estoy aquí arriesgando el cuello en esta tierra en la que soy poco menos que una proscrita.

—No creo que puedas tener queja del trato que damos a los que son como tú en nuestras ciudades; a la inversa la cosa funciona de manera muy distinta.

Tras decir aquello, el hombre se separó de la pared de la casa en la que apoyaba la mano izquierda mientras hablaba con la cristiana y anduvo despacio por la calle que conducía al exterior del arrabal. María lo siguió respetando una distancia de una vara con el musulmán, que no la había invitado a andar a su lado.

Salieron por la puerta del arrabal, donde el prohombre de la taifa saludó a los alguaciles, y se adentraron en un carril que conducía hasta el río. No tuvieron que caminar demasiado para encontrarse con el curso de agua, que bajaba ruidoso merced a una pequeña cascada. Mohamed se sentó y le indicó a la cristiana que tomase asiento junto a él en el banco de piedra que había frente al cauce.

—Has de saber que ambos vamos a jugarnos la vida. No es costumbre entre los walíes, y menos entre los arráeces y los

gobernadores de nuestras taifas, recibir informaciones delicadas procedentes de infieles, y es impensable si se trata de una mujer. Es casi una ofensa.

—Por eso no os preocupéis, llevo tiempo suficiente entre cristianos y musulmanes como para saber cuáles son los umbrales que no debo cruzar.

—Permíteme que te hable de mí en primer lugar. Tras la muerte de Ibn Hud, nuestro amado emir, y la desaparición de mi hermano, al que vieron meses después en Málaga, la situación de mi familia estuvo a punto de ser trágica. Solo mi amistad personal con la familia real hudí me permitió continuar con vida, y créeme que de alguna manera suspiraba por no volver a saber de Hasan, ¿entiendes?

—Cualquiera lo entendería. Pero entonces no comprendo por qué me habéis hecho venir.

—Hay dos motivos. Uno es la situación de nuestro reino. Estamos rodeados por todos nuestros flancos, la presión del reino de Aragón es asfixiante desde hace años y nos hace sacrificar multitud de esfuerzos en nuestra frontera levantina, en la que las luchas no cesan jamás. No solo la espada del rey Jaime es poderosa, sino que su política en el Mediterráneo parece que no quedará completada hasta que se anexione nuestro solar.

El musulmán calló y levantó la mirada para observar las estrellas en una noche que era fresca y despejada, y en la que el rumor de las aguas del Segura era lo único que interrumpía el silencio.

—Después tenemos al rey de los granadinos. Al-Ahmar es un guerrero pertinaz con el que hemos perdido tantas batallas que, me duele reconocerlo, no sé si nuestros hombres serían capaces de enfrentarse de nuevo a ese ejército nazarí.

—Con respecto al rey de los aragoneses poco sé, pero del rey de la barba roja no hace falta que me habléis una palabra; conozco muy bien de lo que es capaz.

—Pues bien, de vuestro rey castellano no tenemos mejor opinión, pero siempre ha sido proclive a establecer acuerdos con las taifas musulmanas; si fueras capaz de acercarnos a él, te estaríamos eternamente agradecidos. Verás que soy directo.

—Y la otra razón es vuestro hermano, ¿me equivoco?

—No te equivocas. Ya lo había dado por muerto para mí, pero desde la misma noche en que me hablaste de él no hago otra cosa que rezar pidiendo al Altísimo que tenga con mi persona la generosidad que no estoy seguro de merecer. Aunque sea lo último que me conceda en la vida, espero que me permita verlo una vez más y abrazarlo.

Mohamed se quedó callado de nuevo y tragó saliva moviendo su prominente nuez para sumirse en pensamientos sombríos, los únicos que lo habían acompañado desde que aquella mujer había aparecido en su vida. Ahora añoraba algo que no había necesitado durante mucho tiempo y sabía que no era fácil de conseguir. Había hablado con Ibn Hud al-Dawla en persona y tenía el compromiso del emir de la taifa de perdonar a su hermano si las explicaciones y la propuesta de la cristiana resultaban creíbles. Y no solo eso, sino que se le reconocería a Hasan el esfuerzo que había hecho por ayudar al malogrado Ibn Hud.

Pero había otra cosa que preocupaba sobremanera a Mohamed, y era que, una vez aclarado lo anterior, debía conseguir que su hermano saliese con vida de Málaga y pudiese llegar hasta Murcia, donde por fin tendría protección. Debería hacer todo el viaje a través de los dominios de al-Ahmar, y sabía del carácter de los Asquilula. Nadie era ajeno en al-Ándalus a las formas crueles de aquella familia, que desde el principio había sido el brazo armado del reino nazarí. Sin duda, una noticia como la sumisión del reino de Murcia al solar castellano causaría un revuelo de consecuencias imprevisibles en Málaga y Granada, y esto podría perjudicar a su hermano por su pasado hudí.

El musulmán era consciente de que todavía le quedaba mucho para abrazar a su hermano, algo que creía que no volvería a hacer en vida y que en aquel momento se había convertido en el único motivo de su existencia. En su fuero interno nunca había dudado de la lealtad de Hasan hacia el malogrado Ibn Hud; lo conocía mejor que nadie en el mundo y sabía que aquello de lo que lo acusaban era imposible. Pero también sabía que el más mínimo gesto en favor

de su hermano le costaría la cabeza a toda su familia, por lo que no había podido mover ni un dedo por ayudarlo.

—Dime una cosa más, cristiana: ¿qué te ha dicho mi hermano de mí?

—No os entiendo —le dijo María, que se quedó un tanto sorprendida con la pregunta.

—Ha pasado mucho tiempo y no ha ido nadie a interesarse por él. Es cierto que hasta aquí llegaron noticias muy contradictorias con respecto a su comportamiento en la última noche que estuvo con vida nuestro añorado Ibn Hud, pero Hasan era uno de los principales consejeros del emir y no hay explicación posible a este tiempo de olvido. Hemos mandado emisarios encubiertos para intentar sacar a gentes mucho menos relevantes de determinadas plazas.

—Y, además, es vuestro hermano —terminó María la frase que Mohamed no se había atrevido a verbalizar.

—Y además es mi hermano, tú lo has dicho. Los días que han pasado desde nuestro encuentro a la vera del río Almanzora están siendo los más difíciles desde que tengo memoria. Se enfrentan en mi interior los inmensos deseos que tengo de abrazar a Hasan con la vergüenza más absoluta por no haber dado la cara por él.

—Nada habéis podido hacer. Estoy completamente segura de que Hasan lo comprende, pues en vuestra situación él habría hecho lo mismo.

—No lo sé. Ahora al menos intentaré enmendar mi error para pedirle perdón mirándolo a los ojos.

46

El primer día de la Balteira y sus siervos en Murcia amaneció con un sol resplandeciente y una temperatura que, aunque era fría en los primeros momentos, fue suavizándose conforme avanzaba la jornada. Cerca de la casa donde dormían María y Naia se encontraba la muralla que separaba el arrabal del interior de la medina. En las inmediaciones de la puerta de acceso a la ciudad hacían cola desde muy temprano viajeros, comerciantes y labriegos de los huertos más próximos, para acceder a los diferentes mercados que había intramuros.

María y Naia se vistieron con sus indumentarias musulmanas y se pusieron en la cola, desde la que se podía ver la torre de una mezquita situada a poca distancia de la muralla de poniente. La medina estaba protegida por una muralla doble, que la convertía en casi inexpugnable, a pesar de ser plana y no disponer de un montículo dentro en el que situar una fortaleza.

Entraron por la puerta de los Vidrieros y recorrieron las calles de la ciudad con la curiosidad de dos niñas. Les habían contado las maravillas de aquella urbe que el rey Lobo había convertido en una auténtica joya. La medina bullía de actividad, cada calle era un mercado en sí misma y en cada esquina se ofrecían la orfebrería, los productos de la huerta y las más finas telas.

Siguieron el flujo del gentío y llegaron hasta una plaza de grandes dimensiones, donde se encontraron con la mezquita aljama y las murallas del alcázar mayor. La zona estaba repleta de soldados que a cada rato procedían contra algún transeúnte, al que tiraban al suelo y no dudaban en azotar con las varas mientras lo interrogaban en una lengua árabe que la Balteira no era capaz de entender. Lo

más sorprendente era que el resto de los viandantes se detenían y animaban a los centinelas en su cometido.

—¿Qué sucede, ama? ¿Por qué le pegan?

—Cierra esa boca y continúa andando si no quieres que seamos las siguientes. ¿No te das cuenta de que son musulmanes también? Imagina lo que deben de tener preparado para un par de cristianas pecadoras.

—No te creas, cristiana —le dijo una vendedora ambulante que pasaba junto a ellas que captó la conversación.

—Nosotras no… —comenzó María.

—Vosotras sois cristianas igual que lo soy yo. No os preocupéis por ello. Ahora mismo aquí hay mucho odio por los propios musulmanes, el reino nazarí es el que más daño está haciendo en estas tierras. —Y tras una pausa continuó—: Los aragoneses también están haciendo daño, pero vosotras venís de Córdoba.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque si vinierais de la zona de Aragón os habría delatado el acento y estaríais en este momento en las celdas de la alcazaba. Debéis saber que aquí se controlan los pasos de todo el mundo.

—Ama, tengo un muy mal presentimiento. Deberíamos marcharnos ahora que todavía es posible. ¿No habéis oído lo que ha dicho esa mujer? —le rogó Naia en un susurro cuando dejaron atrás a la mujer que las había abordado.

—No te pongas nerviosa ni me pongas a mí. Cierra esa boca por la que solo salen estupideces y continúa andando mientras muestras tu mejor sonrisa, que eso sabes hacerlo muy bien.

Estas escenas de apaleamientos se repitieron al menos diez veces a lo largo de la jornada dejando bien claro a la soldadera que los argumentos de Mohamed la noche anterior, en la que le había insistido sobre el nerviosismo que asolaba la taifa ante los ataques que sufrían por todos los flancos, se veían reflejados en los soldados desplegados en el interior de la capital. Pasaron toda la jornada recorriendo calles y plazas mientras se familiarizaban con la urbe. No hablaron ni una sola palabra entre ellas y apenas se dirigieron a los mercaderes cristianos con los que coincidieron.

El amanecer del día siguiente fue una réplica exacta de lo que había sucedido la mañana anterior, cuando un sol radiante borró el frío húmedo del alba con el que se desperezó el barrio de aluvión en el que habían recalado. Mohamed había empezado a mover ficha y organizó un encuentro muy importante para María; de aquella manera comenzaba la aproximación de la cristiana a los gobernadores de la plaza.

Era obvio que, si la Balteira tenía prisa por cumplir con aquello que la había llevado hasta el reino de Murcia, más prisa tenía Mohamed por ver a su hermano de vuelta a la tierra que nunca debería haber abandonado. Era una bendición para la cristiana que los intereses del magnate musulmán coincidieran con los suyos, pues tenía aún reciente lo exasperante que había sido corretear tras del infante Alfonso para conseguir de él un compromiso. En aquella ocasión era el propio Mohamed el que la llevaba con la lengua fuera desde que había recalado en el arrabal de la Arrixaca.

María acudió puntual a mediodía al alcázar menor, como le había indicado el magnate. No tuvo la necesidad de entrar en la medina para llegar hasta esa residencia real, que se utilizaba sobre todo en verano, ya que no estaba situada intramuros, como el alcázar mayor, sino en la zona norte del arrabal de la Arrixaca, el mismo en el que había dormido esa noche y la anterior.

La parte norte de este arrabal no estaba hecha a base de callejones estrechos y recortados, como sucedía en la zona del barrio que la gallega conocía, sino que la formaban viviendas unifamiliares rodeadas de parcelas privadas en las que abundaban los huertos y los jardines. El alcázar menor se encontraba en la parte más oriental y era una gran construcción que María pudo reconocer sin ningún género de dudas desde el mismo momento en que salió del entramado de callejas de la parte más humilde del barrio. El palacio presidía el centro de una gran finca hecha a base de bancales, en los que se afanaban varios labriegos.

Llegó hasta la puerta del patio que daba acceso al palacio acompañada por dos alguaciles, que habían esperado por ella frente a la casa donde dormía desde antes del amanecer. La encargada de la casa de huéspedes, la misma que la había levantado con un tirón

de pelos la noche anterior, fue la que la advirtió de la presencia de los soldados del emir.

Al llegar a esta dependencia real, los acompañantes de María intercambiaron saludos en un dialecto árabe con los alguaciles que custodiaban la entrada al palacio, y estos le franquearon la entrada a la cristiana y le indicaron que esperase en un banco de madera de color marrón rojizo. Los dos soldados que la habían acompañado hasta allí se marcharon y delegaron la custodia de la cristiana en los centinelas del palacio.

—No os mováis de ese banco. Aguardad ahí hasta que vengan a por vos.

—Estoy dispuesto a utilizar esto —le dijo el más joven de los dos señalando un látigo que tenía colgado del cinto—, así que esperad con paciencia.

Era obvio que, a pesar de la grave misión que había llevado a María hasta aquella plaza, los cristianos no eran un pueblo querido. A la gallega le daban ganas de contarles que estaba allí para intentar que sus bonitas cabezas barbudas continuasen sobre sus hombros cuando volviese la época de las razias.

El banco en el que esperó era una auténtica obra de arte, al igual que todo cuanto había en aquel lujoso recibidor. Las patas eran robustas y estaban talladas semejando la forma de una columna dórica, mientras el respaldo se había cincelado a base de arabescos con representaciones de hojas de parra y racimos de uva. María había frecuentado suficientes palacios y alcazabas como para saber que esa madera rojiza, que tanto gustaba a los ebanistas por lo fácil que resultaba trabajarla, procedía casi con toda seguridad de cedros talados en el norte de África. Los musulmanes no escatimaban en detalles cuando decoraban sus palacios, en eso no había diferencias entre las distintas taifas. El gusto por crear espacios en los que los integrantes de las familias de los gobernadores pudieran sentirse como si estuviesen en el paraíso era algo común a todos ellos.

Dos mujeres ataviadas con túnicas de seda de color gris oscuro que les cubrían todo el cuerpo y con la cabeza tocada por un velo perfectamente colocado para ocultar gran parte de su rostro se acercaron hasta donde se encontraba María y le indicaron que las

siguiese. Ninguna intercambió una sola palabra con ella ni hizo gesto alguno con las manos o la cabeza; se entendieron con la visitante a través de los ojos, con los que tenían una increíble habilidad para transmitir mensajes.

La mirada de la mujer que se comunicó con ella inspiraba calma y hospitalidad, lo que hizo que la gallega, que había entrado en aquella dependencia real llena de dudas e incertidumbre, se sintiera más confiada.

La Balteira las siguió hasta el interior del palacio, donde pudo comprobar que las paredes estaban encaladas y en los altos techos corrían vigas de madera pintadas de negro. El suelo estaba hecho a base de piezas de mármol y barro intercaladas como si fuesen los escaques de un tablero de ajedrez, de esos que acostumbraba a ver en las veladas del infante Alfonso. Atravesaron una sala flanqueada por columnas y accedieron a un patio en el que había una gran alberca llena de agua hasta el borde. Alrededor de la alberca había frutales rodeados por setos perfectamente recortados, entre los que discurría el agua en canales hechos con piezas de barro.

Desde el patio entraron a un salón situado al otro lado de la enorme alberca. Se trataba de unos baños privados con tres bañeras de gran tamaño. No había nadie más que ella en esa sala, que tenía el techo muy alto y unas ventanas estrechas en la parte superior de las paredes, por las cuales entraba la claridad de un sol intenso. La neblina que producía una de las bañeras, de la que salía una gran cantidad de vapor de agua, hacía que los rayos de luz que se proyectaban por las ventanas creasen un ambiente mágico en aquella sala en la que nada parecía real.

Enseguida se dio cuenta de para qué estaba allí. Se había sorprendido de que la invitasen con tanta rapidez a las dependencias reales y le pareció muy extraño que en su primer encuentro con los responsables de la taifa Mohamed no estuviera junto a ella. Hasta que entró en los baños estaba convencida por completo de que acudía a aquel palacio para reunirse con el emir, pero las cosas no eran exactamente iguales a ambos lados de la frontera, así que se dejó hacer.

—Sois nuestra invitada, relajaos y disfrutad de los baños —le indicó la más alta, sorprendiéndola, pues María pensó que no hablarían su idioma.

—Estoy muy agradecida. Sois muy amables.

—Es necesario que os quitéis toda la ropa. Podéis dejarla sobre ese escabel —le indicó señalando hacia la esquina.

—Soy una completa ignorante de vuestros ritos —se disculpó María intentando ganarse a las mujeres— y no sé lo que se espera de mí. ¿Sabéis por un casual qué será lo siguiente? Nadie me ha informado de lo qué debo hacer ni adónde debo ir.

Las mujeres la miraron y bajaron la vista al suelo mientras la ayudaban a deshacerse del sayo con los labios sellados. La Balteira tuvo la sensación de que su pregunta les había molestado, algo que ya previó antes de lanzarse a hacerla.

—Os pido disculpas si quizá he sido un poco osada interrogándoos, pero estoy muy nerviosa.

La desnudaron por completo y le indicaron que se introdujese en la gran bañera de agua templada. Después la ungieron con aceites de romero y luego le tocó el turno a la bañera de agua caliente, que era probablemente la más caliente en la que se había sumergido en su vida. Por último la introdujeron en la bañera de contraste, con el agua helada. La secaron con esmero y la vistieron con una túnica de color verde y un hiyab del mismo color. Por último, le devolvieron todas sus pertenencias, entre las que se encontraba el pergamino que le valía por media vida y la había tenido con el corazón encogido hasta que lo recuperó. Sin mediar palabra la condujeron a la salida de las dependencias reales, donde los mismos soldados que había conocido por la mañana la acompañaron hasta el lugar donde la habían recogido con las primeras luces del día.

Nada le dijeron sobre su reunión con el regidor de aquellas tierras, pero en vista de que desde su llegada a Murcia todo iba sucediendo sin que pudiese controlar ni uno solo de los pasos que daba, se decidió a esperar acontecimientos, ya que de poco servía tratar de tomar la iniciativa. Una cosa tenía clara: todo apuntaba en la buena dirección. No conocía cómo funcionaban las cosas en la taifa

murciana, pero era evidente que la habían purificado para que pudiera ser digna de entrevistarse con el líder supremo del solar.

47

El arrabal de la Arrixaca, en el que se habían instalado María y sus siervos, era tan grande como algunas de las medinas de mayor tamaño de al-Ándalus. En él se desarrollaban tanto mercados improvisados, que contaban con la aquiescencia de alguaciles seguramente sobornados, como timbas de tahúres y proposiciones de adivinadoras y prostitutas. Estos acababan por formar grandes aglomeraciones en determinados callejones, donde gentes provenientes de los caminos hablaban de la presencia de tropas de al-Ahmar a poca distancia de la frontera oeste, y de cómo los cristianos estaban cada vez más cerca por el norte.

La Balteira pasó el día deambulando por los callejones del arrabal acompañada por Naia, a la espera de que alguno de los anónimos transeúntes con los que iba cruzándose fuese, en realidad, un enviado del alcázar menor con noticias sobre su encuentro con la familia real hudí. Al caer la noche nadie se había puesto en contacto con ella, por lo que se acostó temprano suspirando por recibir un doloroso tirón de pelos que la advirtiese de su ansiado encuentro.

Y así fue. Para su sorpresa cayó dormida profundamente por la tensión del día, y en mitad de un sueño placentero notó un agudo dolor en el cuero cabelludo. Tardó poco en reaccionar, se levantó, le clavó la mirada desafiante a la odiosa posadera, que le devolvió un gesto de indiferencia, y la siguió al exterior.

—¿Os importaría despertarme de otro modo la próxima vez? —le pidió María a la casera en mitad del pasillo, apenas iluminado por una lámpara de sebo, que conducía a la calle.

—Que una sucia cristiana tenga que dormir en mi casa es algo por lo que paso, pero no creo que pueda superar con tanta facilidad que por su culpa me anden despertando noche tras noche. A ver si tu

amante te consigue otra casa y os marcháis ya de aquí, tú y tu esclava.

María notó unos calores que le subían por el cuello, probablemente por el desprecio con el que había hablado de Naia. El caso es que no pudo contenerse, lanzó la mano al cuello de la casera y la aprisionó contra la pared. Esta parecía estar acostumbrada a defenderse de todo tipo de huéspedes y le dio un rodillazo entre las piernas con tanta fuerza que la hizo encogerse. A continuación la sujetó de los pelos, la arrojó al suelo y le acercó la boca a la oreja para hablarle lo bastante bajo como para no despertar al resto de las mujeres que dormían en el cuarto.

—Barraganas cristianas han venido muchas, pero ninguna ha conseguido engañarme, así que mañana la zorra esa que está pernoctando ahí dentro —le dijo indicando con los ojos hacia el cuarto— y tú os marcháis de aquí con las primeras luces del día.

No había terminado de decir la última palabra cuando un pie descalzo pasó como una exhalación junto al rostro de María e impactó de lleno en la cara de la posadera, que emitió un gemido sordo. Sin tiempo para reaccionar, sintió cómo le caía encima Naia, que, con los puños apretados, comenzó a golpearla en la cara con tanta saña que la sangre brotó al instante.

—Para ya. Detente, que la vas a matar y nos vas a buscar la ruina —la frenó María.

—A mi ama no la vuelves a tocar. Y en cuanto a nosotras, nos iremos cuando nos venga en gana. Y ten mucho cuidado con volver a llamarnos barraganas si no quieres tragarte los dientes que te quedan. Ahora responde con un movimiento afirmativo de cabeza si has entendido todo lo que te he dicho.

La mujer asintió con esfuerzo, pues estaba en el suelo soportando el peso de Naia sobre las costillas mientras sentía el dolor en las heridas de la cara, al tiempo que la garganta le rabiaba de dolor cuando tragaba saliva, merced al golpe que le había propinado María en el cuello.

—Vos ya os marchabais, ¿no es así? Pues idos. —María era consciente de que no podía hacer esperar al magnate que habría ido

a recogerla, así que hizo caso a su covilheira y salió del pasillo dejando a las dos mujeres en el suelo.

No era la primera ni la segunda vez que había visto a Naia saltar sobre alguien y abrirle la cabeza. En más de una ocasión se había abalanzado sobre las mesas de juego a por algún soldado cuando, airado por perder más monedas de las que podía permitirse, insultaba a María tachándola de nigromante y barragana.

Había una luna casi llena que iluminaba con fuerza la noche. Se encontró con Mohamed, que no la saludó al verla y se limitó a darse la vuelta y echar a andar calle abajo. Caminaron hasta cruzar la puerta del arrabal y se encontraron con una pequeña carreta tirada por un mulo en el camino que discurría junto al río. El musulmán se subió al carro sin indicarle nada a la cristiana. Junto a él quedaba un hueco en el banco corrido de madera desgastada y la Balteira entendió que le correspondía a ella ocupar ese lugar. Subió al pescante junto al magnate y el palafrenero le alargó las riendas al consejero hudí, que las agitó para que el animal arrancase.

Este se puso en marcha con parsimonia, lo que hizo sonreír a María, que observó a Mohamed con gesto desesperado. Ella se sentía igual cuando conducía su propio carro; su mulo la ponía tan fuera de sí que a veces desmontaba y caminaba junto a la carreta para serenarse, sobre todo en las cuestas pronunciadas.

Le temblaba todo el cuerpo y no estaba segura de si era por el traqueteo o por el desasosiego que estaba empezando a sentir en la boca del estómago. El día anterior la habían purificado en los baños del alcázar menor y sin previo aviso Mohamed la había recogido con discreción en mitad de la noche. Estaba completamente segura de lo que significaba aquello.

No se atrevía a buscar los ojos de su acompañante. Se negaba a que este le comunicase que no se dirigían al encuentro del emir de Murcia, y en su interior algo le decía que, mientras no le mostrase su cara de pánico, el magnate pensaría que para ella aquello era solo un paso más en lo que la cristiana había ido a hacer a aquellas tierras. La gallega era consciente de que estaba a punto de enfrentarse al encuentro más importante de su vida. Era como si a cada paso que daba se encontrase con una de esas reuniones, que

en sí mismas valían el precio de la eternidad. Estaba tan emocionada como agotada por los tres años de tensión insoportable que llevaba sobre las espaldas.

—Sé que debes de estar soportando una carga enorme. No soy ingenuo y la visita a la máxima autoridad de un reino siempre es algo difícil de sobrellevar. Incluso a mí, que estoy acostumbrado a mantener encuentros con ellos, me resultan casi dramáticas estas conversaciones en las que un mal paso puede tener consecuencias incalculables.

La voz tersa y atemperada de aquel hombre siempre conseguía apaciguar la mente atribulada de María, que en esas palabras acababa de recibir la confirmación del encuentro que estaban por mantener. Sabía que le tocaba escuchar con atención todo cuanto tuviese que contarle el tipo que sujetaba con firmeza las riendas del carro.

—Debes estar tranquila y pensar que tienes la razón en lo que dijiste.

—¿Yo? —preguntó completamente desconcertada la gallega.

—Sí. Es cierto que el reino de Murcia tiene los días contados si el manto protector del reino de Castilla no cubre nuestro solar antes de que las revueltas vuelvan a nuestras fronteras con la llegada de la primavera.

El musulmán volvió a hacer una de esas pausas que acostumbraba en las largas explicaciones que solía dar a la cristiana, más para que María pensase sobre lo que acababa de decirle que como forma de imprimir dramatismo a su relato, que ya de por sí lo tenía.

—Por tanto, debes hablar con confianza, con mucho respeto y esperando a que sea tu turno de intervención, pero sabiendo que en este momento eres la única luz que ilumina este reino, que se encuentra en una situación precaria, por mucho que me cueste asumirlo.

48

Naia estaba completamente fuera de sí desde que su ama se había interpuesto entre Gervasio y ella. Era probable que aquel fuese el motivo por el que había saltado como una felina sobre la posadera cuando advirtió desde la oscuridad de la habitación la trifulca en el pasillo. En su interior ardía un volcán que entraba en erupción cuando algo la perturbaba. Su ama lo sabía bien, la había visto saltar sobre soldados, juglares y juglaresas en varias ocasiones cuando las noches entre las mesnadas se complicaban. Era temerosa y prudente de natural, se pasaba la vida tratando de alejar a su ama de las situaciones peligrosas en las que se metía sin prever las consecuencias, pero cuando llegaban los problemas la mayor parte de las veces le tocaba a ella sacar las garras.

Había vuelto al lecho tras dejar a la posadera recuperándose del encuentro en el pasillo y era evidente que más le valía no dormir en toda la noche. Odiaba a su ama y no sabía si también la amaba. Había vuelto a pensar en lo sucedido en el alfoz de Toledo y no le disgustaba en absoluto recordar las manos de María moviéndose por las zonas más íntimas de su cuerpo. Pero su vida era Gervasio y no entendía qué había sido lo que la había motivado a acudir como una gata a defender a su señora de la forma en que lo había hecho, completamente alterada. Quizá también estaba enamorada de ella.

No podía ser, hasta hacía un rato estaba pidiéndole a Dios que la apartase de su vida. Cada mirada que cruzaba con su señora la consideraba un reproche en el que la descendiente de nobles gallegos parecía decirle que aquel hombre que le había hecho perder la cordura y la razón, aquel tipo que la hacía llorar en silencio por la ausencia de la más mínima muestra de cariño desde la noche en que todo se había quebrado, no estaba destinado a acabar en los brazos

de una simple covilheira. Era tal la obsesión que sentía que a veces le daba la impresión de ver cómo se movían los labios de su ama repitiéndole una y otra vez que se olvidase de ese hombre.

Ya no dormía como antes, se limitaba a que lo pareciera en cuanto se metía bajo la manta, para no tener que soportar ni una insinuación por parte de María. Sabía que su señora andaba detrás de ver a los gobernadores de la plaza y notó que había abandonado el jergón la primera noche. Era evidente que los hombres de la taifa no se querían mezclar con mujeres en público y a la luz del día, por lo que estaba segura de que habría otra escapada nocturna por parte de su señora. Por eso, la salida de la Balteira no la cogió desprevenida, y cuando su ama se marchó esperó un rato y abandonó a hurtadillas la casa.

Salió a la solitaria calle del arrabal y subió por el callejón que llevaba hasta el establo donde habían guardado la carreta y estabulado el mulo. Gervasio dormía allí, junto a aquellas pertenencias que constituían todo cuanto le quedaba de valor a su señora. La joven se asomó por encima del murete que cerraba la cuadra, alzándose sobre las puntas de los pies, y observó que los palafreneros dormían sobre la paja en una zona apartada de los animales, mientras las cuatro carretas que pudo contar, sumando la que ellos habían llevado, estaban al fondo del recinto, con las lanzas apuntando al cielo.

Se le ensombreció el alma al darse cuenta de que Gervasio no estaba junto a los muchachos que dormían entre la paja. Albergaba la esperanza de que por una vez se hubiese quedado vigilándola a ella en vez de ir tras las faldas de su ama, como había hecho siempre, pero al final tenía razón su señora y aquel truhan no quería nada de ella ni con ella más allá de aquel rato de solaz que habían pasado en la playa malagueña. Odiaba lo que sucedió aquel día, porque en su interior algo le decía que, si no se hubiese entregado con tanta facilidad al almogávar, era posible que todavía lo tuviese suspirando por ella. Sin embargo, en otras ocasiones, esas en las que recreaba en la mente aquella mañana en el rebalaje de la playa, mientras acariciaba su propio cuerpo pensando en la piel áspera y

los músculos duros del soldado, se alegraba por no haber dejado escapar el mejor momento de su vida.

Se odiaba, odiaba la vida y todo lo que la rodeaba. No sabía qué hacer, estaba completamente atrapada en una existencia que no deseaba y de la que le era imposible huir. Nunca debería haber abandonado su aldea ni haberse unido a su perversa ama, una mujer pecadora, egoísta, borracha y pendenciera de la que solo había aprendido a convertirse en el ser despreciable que ahora era. Y a todo eso debía añadir la nueva tormenta que había invadido su mente: aquella mujer horrible que había sabido entrometerse en su amor desesperado por Gervasio y la estaba haciendo dudar. Ya no estaba segura de nada, aunque llevaba días diciéndose que, si no conseguía que aquel hombre la volviese a abrazar como lo había hecho en la playa de Málaga, no serviría de nada aquella vida llena de miserias.

Se bajó de las puntas de los pies y soltó las manos del borde superior del murete, pero antes de que se diera la vuelta alguien le tapó la boca y la rodeó por la cintura. El olor, la fuerza de esos brazos y los labios pegados a su oreja derecha hicieron que su cuerpo zozobrase por dentro. Le temblaron las piernas y fue el almogávar el que sostuvo el peso de su cuerpo, que se quedó inerte.

—Sabía que una noche vendrías a buscarme. He rezado cada puesta de sol con todas mis fuerzas, incluso entré en la habitación anoche y vi que no dormías, tu respiración no era la de las otras noches. Para mí no hay nadie más que tú. Hay una cueva en Sierra Morena, un lugar perdido en las montañas. Te juro que te llevaré allí y nos olvidaremos de esta vida, pero ahora tienes que ser fuerte.

La covilheira se dio la vuelta y lo abrazó con todas sus fuerzas. Lo besó en la cara, en los labios, en el cuello, se subió a horcajadas sobre él, que seguía de pie, y le mordió el pelo, lo saboreó y restregó la mejilla contra su frente y su cuero cabelludo. Era como si quisiera meterse por los poros de la piel del almogávar. Aquel hombre era su vida; si seguía respirando era por él. Ahora estaba segura de que, si su ama volvía a interponerse entre ellos, la mataría. Estaba loca de amor.

Gervasio era un almogávar, casi no sentía ni padecía. Estaba sobre la faz de la tierra para morir en combate a las órdenes de su señor, no había dolor ni sufrimiento capaz de hacer retroceder a hombres como él. Y en aquel momento, justo cuando debía estar velando por la señora a la que servía, se encontraba junto a la tapia de los establos, borracho de amor por la moza que se abrazaba a él con tanta fuerza que estaba a punto de hacerlo llorar. Casi no podía reprimirse, notaba que el amor desesperado de aquella muchacha era un espejo del amor imposible que el bravo guerrero de las montañas sentía por ella.

Sabía que tenía que romper con uno de los principales preceptos que había guiado su vida para huir con ella. Un almogávar de bien jamás abandonaría a su ama, una mujer que lo había salvado de la muerte segura y a la que le debía desde ese momento fidelidad hasta el fin de sus días. Eso era algo grabado a hierro y fuego en su alma guerrera, pero también era algo a lo que sabía que iba a renunciar en cuanto tuviese la oportunidad. Esa mujer que habría dejado sin respiración a cualquier persona con el abrazo que le estaba dando era su mundo, y por ella estaba dispuesto a romper con todos los principios que habían guiado su vida.

Se oyeron los pasos de uno de los alguaciles que hacían la ronda al tiempo que la luz de una lámpara iluminaba el suelo de tierra en la esquina de la calle. Gervasio se apretó contra la tapia de piedra entre dos salientes que reforzaban la construcción a modo de pilares. La distancia entre los pilares era de unos dos codos, o quizá un poco más, lo necesario para ocultarse del alguacil, que pasó justo por delante de ellos mientras contenían la respiración. El soldado se perdió por el final del callejón, pero Naia no permitió que Gervasio saliese del escondite.

—No te muevas, que el soldado puede volver —le susurró.

—Por eso, vámonos cuanto antes, seguir aquí es una locura.

—He dicho que no te muevas —le volvió a decir mientras le pasaba la lengua por la oreja.

—Esto es un poco temerario —le susurró al oído Gervasio—. Te recuerdo dónde estamos.

—Y yo te recuerdo que no te vas a mover de donde estás. Quédate tranquilo, porque, si tenemos que morir en este momento, nada me haría más feliz que hacerlo entre tus brazos.

El almogávar no sabía hablar con la soltura con la que lo hacían aquellas dos mujeres que se ganaban la vida enredando entre las mesnadas, pero de ser así le habría dicho algo muy parecido, por lo que se limitó a cumplir con los deseos de Naia, que eran también los suyos.

Seguía con la espalda apoyada en el murete y subida a horcajadas sobre la cintura del almogávar mientras este continuaba de pie. Se remangó el camisón que tenía bajo el sayo, subió los faldones del sayal del soldado y dio enseguida con el sexo completamente erecto de Gervasio. Lo guio con la mano y lo introdujo en su interior sintiendo cómo desaparecían de su mente todos aquellos sufrimientos que llevaban torturándola semanas, mientras su cuerpo se convulsionaba con aquella sensación plena y única.

49

La noche seguía cerrada, pero la luna poderosa le iba mostrando a María los secretos de la huerta de Murcia, aquella de la que había oído hablar a los sabios y cantar a los poetas; no había nada igual en el mundo. El musulmán no había vuelto a dirigirse a ella tras las breves palabras con las que trató de animarla para el encuentro que estaban a punto de mantener. El río serpenteaba entre bancales repletos de frutales que se perdían en el horizonte, donde se podía ver una sierra que contemplaba la ciudad a unas tres o cuatro millas al sur. Siguieron el cauce del río hasta que llegaron a un cruce y giraron a la izquierda. Ahora la luna los iluminaba desde la espalda y el mar de frutales se perdía en el infinito sin que montaña alguna se pudiese observar con aquella luz. La gallega estaba maravillada por la temperatura, la calma y sobre todo el olor, aquel olor a fruta fresca que lo inundaba todo.

Llevaba demasiados años viviendo en la frontera, por lo que le costaba recordar la última vez que había podido aventurarse en un desplazamiento sin temor alguno. Quizá no lo había vuelto a experimentar desde que salió de su Galicia natal.

De pronto, y sin que la soldadera lo hubiese anticipado, se encontraron frente a un risco tremendo en mitad de aquella planicie cubierta de frutales. Rodeando la escarpada montaña había una gran muralla de piedra y en lo alto del abrupto puntal rocoso estaba situada una fortaleza que sin lugar a duda era la más inaccesible que jamás había visto.

Detuvieron la carreta junto a una tienda de lona situada a unos cincuenta pasos de la primera muralla y dos centinelas ataviados con chilabas blancas y turbantes del mismo color intercambiaron unas palabras con Mohamed, al que previamente habían saludado con

unas reverencias tan exageradas que llegaban a ser ridículas. Cuando terminó el corto intercambio de palabras, tiró de las riendas hacia su izquierda y dejó la fortaleza a un lado, circunstancia que sorprendió a la Balteira.

Pero más se sorprendió al ver al final del carril por el que Mohamed condujo la carreta la construcción más impresionante que había visto nunca. Aquel castillo de almenas blancas estaba situado en lo alto de un promontorio. Era una pequeña colina en la que la mano del hombre había moldeado el relieve de la ladera creando ocho parterres geométricos, que rodeaban la fortaleza por tres de sus flancos. La construcción y su entorno eran, sin duda, la obra humana más impactante que había podido contemplar.

Los parterres tenían la altura de un hombre y una anchura de veinte pasos, y en cada uno de ellos la decoración floral era diferente. El muro que sostenía la tierra de los parterres era del mismo blanco que el de las paredes de la fortaleza, por lo que visto de frente era una especie de escalera gigante que rodeaba el castillo como si realmente uno subiese al cielo tras salvar aquellos peldaños. La fortaleza era rectangular y carecía de torre del homenaje; estaba rodeada por un adarve que recorría la totalidad del perímetro almenado.

Llegaron con el carro hasta la entrada de la fortaleza, donde el rastrillo que la cerraba se alzó prácticamente al tiempo que se detenían para atravesar la puerta del castillo de los señores de Murcia.

—Este debe de ser el Castillejo —pensó María en voz alta.

—En efecto. Es otro de los motivos por los que esta tierra no puede caer en manos indeseables. Muy probablemente lo destruyan, si llegan a tomarlo, como forma de venganza, y no se puede permitir una atrocidad como esa.

—Quiera Dios que lleguemos a tiempo —dijo María sin pensarlo demasiado.

—Confiemos en que la humildad de nuestro emir, que es inmensa, le permita aceptar la ayuda que hasta aquí le traes.

Aquella última frase del musulmán hizo que la frágil coraza de la Balteira se resquebrajara y todo su cuerpo comenzase a temblar

bajo su piel. Sintió un pinchazo y un vacío en el estómago que casi le provocó náuseas. Bajó la barbilla hasta el pecho, cerró los ojos con fuerza y se encogió en posición fetal sobre la tabla del pescante del carro en la que estaban sentados. Estuvo así un corto espacio de tiempo, después meneó la cabeza y respiró hondo antes de enfrentar los ojos a los del musulmán.

—Hemos llegado demasiado lejos para confesarlo en este momento, pero necesito hacerlo, pues estoy segura de que, si me lo guardo en mi interior durante más tiempo, es muy probable que me haga sentirme todavía más insegura en el encuentro con vuestro emir.

—Adelante —la invitó a hablar Mohamed—, no vas a tener otra oportunidad.

—Siento mucho miedo. Soy mujer, y además cristiana. Es tan osado lo que nos disponemos a hacer que me resulta increíble que hayamos llegado hasta aquí.

—No temas. Confía en que la propuesta que traes es la mejor noticia que van a escuchar en esta magnífica fortaleza en muchos años. Y para que estés tranquila del todo, te voy a confesar una cosa que jamás reconoceré haberte dicho.

María acercó la oreja a los labios de Mohamed, que, aproximándose al máximo para que su susurro no llegase a nadie más, le habló despacio.

—Debes saber que en este momento no hay nadie más temeroso en este reino que el propio emir. No lo va a mostrar, eso no lo haría jamás, pues antes preferiría morir, te lo digo completamente en serio. Pero está deseando que entres en esta fortaleza y muestres el convencimiento del rey castellano por intervenir en favor de este reino que no hace falta que te recuerde en qué situación se halla.

Tras aquellas palabras que en el fondo repitieron algo que ambos sabían, pero necesitaban recordar para enfrentarse a lo que tenían ante sí, María y Mohamed no volvieron a intercambiar una sola palabra. Ambos sabían lo que se jugaban en aquella visita y no tenían fuerza de espíritu para empezar otra conversación cuando ya había quedado todo dicho.

Un tipo con la misma indumentaria que los alguaciles que los habían interpelado en la entrada les salió al paso, tomó las manos de Mohamed entre las suyas, las besó e indicó a ambos que lo siguiesen. Cruzaron un arco, entraron en un patio muy similar al del alcázar menor, aquel en el que María había tomado los baños por la mañana, y rodearon la alberca hasta llegar a unos cojines que había frente a dos sitiales, donde les indicaron que esperasen.

Al momento, sin más dilación, aparecieron dos hombres con chilabas blancas austeras y la cabeza tocada por un pañuelo de color blanco y rojo. Uno era casi un anciano y el otro debía de tener la edad de Mohamed, unos treinta años. Ambos tenían barba, la del anciano blanca y escasa, y la del más joven negra y muy cerrada. Mohamed besó las manos de ambos hombres y María inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Sé bienvenida —le dijo el mayor a modo de presentación.

—Es un honor —respondió ella sorprendida por el perfecto acento del emir.

—María es una buena mujer y trae una proposición que humildemente desea exponer. —Mohamed no se anduvo por las ramas, sabía de lo incómodo de la situación y quiso entrar lo antes posible en el asunto.

Que una mujer, para colmo cristiana, estuviera frente al gobernador de un reino musulmán haciendo una proposición era una circunstancia insólita. Por eso no era de extrañar que se hiciese a esa hora en la que habría pocos testigos, pero tampoco escapaba a ninguno de los presentes la necesidad perentoria de aquel reino por lograr un acuerdo que les facilitase la supervivencia. Ese y no otro era el motivo por el que el propio Ibn Hud al-Dawla había accedido a que se produjera aquel encuentro.

—Vengo del reino nazarí, donde no he encontrado más que ansia por expandir su territorio hacia levante —arrancó la cristiana.

Los gerifaltes musulmanes se retorcieron en sus sitiales al observar que la mujer que tenían frente a ellos había ido directamente al fondo del problema, hecho que les hizo valorar desde el primer momento la inteligencia y el arrojo de la Balteira.

—No nos interesa lo que pienses, queremos pruebas —dijo el más joven, que se sintió ofendido por la pecadora cristiana.

Ahora fue Mohamed el que se retorció en su cojín. Tanto María como él habían sido invitados a sentarse en sendos cojines a los pies de los sitiales de los gobernadores.

—Si queréis pruebas, empezaré por el principio, y creedme que todo cuanto diga será desde el respeto más profundo. Es verdad que conocí a Hasan, si es lo que queréis saber —se atrevió la mujer.

—Continúa —volvió a intervenir el más joven de los representantes de la familia hudí.

—Ya le conté a Mohamed lo que me relató su hermano con respecto de la trágica noche de Almería. Me explicó que el arráez de aquella plaza se puso de acuerdo con al-Ahmar para utilizar a la más hermosa de las doncellas de la ciudad para atraer al buen emir a los baños de la alcazaba, y allí le dieron muerte. —María se quedó sin resuello; le costaba seguir, pero era consciente de que no debía detenerse y continuó—: Eso fue lo que pasó en realidad. Ibn Hud no murió de muerte natural, aunque creo que todo el mundo en esta taifa lo sospechó desde el principio.

Dijo lo último de corrido y sin pensar; sabía que era el peor momento y cuanto antes lo pasase antes sabría cómo iba a acabar aquella reunión. El más joven de los gobernadores, al oírla nombrar a Ibn Hud, hizo por levantarse del sitial arrancando en dirección a la gallega, pero el anciano estuvo atento y lo detuvo sujetándolo del brazo.

—Yo lo vi. Y vi también cómo Hasan trataba de impedir que cayera en aquel engaño, pero le fue imposible. Ahora está atrapado en Málaga, de donde nunca logrará salir si no obtiene ayuda. En aquellas tierras es uno de los prohombres de la ciudad, aunque tiene sobre él una vigilancia permanente y estrecha.

—¿Y para qué vienes a contarnos ahora eso?

—No he venido a contaros eso, mi señor.

—Yo no soy tu señor, yo no soy el señor de ningún cristiano. —El más joven de los gerifaltes estaba realmente enfurecido.

—Cierto es, mi señor es el rey de Castilla y está dispuesto a dar protección a estas tierras, de las que se enamorará el día que las

pise.

—Nosotros ya hemos pagado parias a ese rey cristiano —advirtió el joven.

—Sí, lo sé, y también se las ha pagado al-Ahmar, pero no pasarán dos campañas antes de que los soldados nazaríes entren por la puerta de este palacio sin igual si no dais un paso adelante —volvió a atreverse la gallega.

A continuación, sacó de su faltriquera el pergamino que le había entregado el infante Alfonso y se lo alargó a uno de los dos alguaciles que observaban impertérritos la conversación. El soldado le entregó la misiva al más joven de los gobernadores y este la leyó con atención. María sabía que el heredero de la corona había mandado que lo escribiesen en árabe por respeto a los destinatarios. Después fue el anciano el que leyó la esquela.

Sabía que ese pergamino enrollado que le había dado el heredero de la corona de Castilla en la breve parada que hizo en Toledo a la vuelta de su visita al abad de Santa María de Sobrado valía todo el oro del mundo.

—Estamos muy honrados de recibir este comunicado por parte de vuestro señor, pero debemos leerlo con cautela y tomar una decisión. No abandones nuestra ciudad hasta que te hagan llegar nuestra respuesta por escrito, y no dejes leer el documento que se te entregará a nadie que no sea el infante Alfonso o el propio rey.

Tras las palabras del anciano su acompañante hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a los sirvientes, que permanecían de pie junto a los sitiales, y ambos salieron de la estancia para volver al poco portando sendas bandejas. Obsequiaron a María y a Mohamed con unas infusiones de menta y de tomillo, que tomaron en silencio y cruzando miradas de aprobación con los gerifaltes murcianos. María tomó aquel gesto de los gobernadores como una ratificación del acuerdo al que habían llegado.

Aquella infusión fue la más deliciosa que había probado en su vida. El sabor del tomillo mezclado con la miel de las abejas en la lengua era un placer que ya había experimentado antes, pero nunca con la sensación de libertad que sentía en aquel amanecer murciano en el que por fin parecía que, tras su muerte, no pasaría la eternidad

vagando por el Averno. En ese momento se sentía la mujer más afortunada del mundo y se negaba a pensar en la multitud de obstáculos que todavía estaba obligada a superar.

50

La siguiente noche la Balteira volvió a desaparecer cuando el resto de las mujeres que ocupaban la habitación comenzaron a roncar. Mohamed y la soldadera tenían todavía mucho que hablar. El musulmán necesitaba planificar la salida de su hermano de Málaga y la gallega tenía mucha información de utilidad para el magnate en cuanto a la situación de esa ciudad y de los caminos que la separaban de Murcia.

Naia no estaba dispuesta a desaprovechar la oportunidad que le brindaba su señora para ir a visitar a Gervasio a las cuadras. Salió a hurtadillas casi al tiempo que María abandonaba el atestado cuarto donde pasaban las noches, pues hacía tiempo que ninguna de las dos era capaz de conciliar el sueño. Nada más poner un pie en la calle se encontró con Gervasio, que había visto a la Balteira dejar la casa un momento antes y tenía el presentimiento de que su covilheira tardaría poco en aparecer.

—Vuelve a la habitación y no se te ocurra volver a salir —le susurró el almogávar con gesto adusto—. Mi ama me ha encargado que vigile esta puerta, pues sospecha de ti.

—Lo mismo digo, vuelve tú a esa pocilga en la que te están comiendo las pulgas y a mí no te me acerques más con ese olor inmundo que arrastras.

Y tras aquellas palabras de bienvenida susurradas casi al oído, se comieron a besos tratando de recuperar todos los que no se habían dado durante el periodo en el que su señora los había separado. El amor y la pasión habían hecho añicos el muro de resentimiento que la Balteira había levantado entre ellos.

El almogávar consiguió sacar a la moza del arrabal con el beneplácito de un soldado con el que había hecho cierta amistad.

Una vez fuera de las murallas siguieron el curso del río aguas arriba hasta un claro en una huerta donde el cauce hacía una pequeña curva. El almogávar sacó una manta del zurrón, la extendió en el suelo y los dos se tumbaron bocarriba, tras lo cual se quedaron un rato callados, observando el manto de estrellas y la luna poderosa que iluminaba la huerta.

—¿Me vas a decir cómo has conseguido que el alguacil nos abriese la puerta con tanta facilidad?

—Dos liebres abren muchas puertas —le dijo con cierta sorna el soldado.

—No tengo duda de ello.

—Esto me recuerda a mi cueva. Allí es donde vamos a pasar los mejores momentos de nuestra vida.

—Pero tu cueva está en una sierra. Esto no puede recordarte a la sierra escarpada por la que pasamos camino de Toledo.

—Me refiero a las estrellas y a la paz de la soledad. Odio las ciudades, son como jaulas en las que encierran a las personas.

—¿No me habrás traído hasta aquí para ver las estrellas? Si quieres que te diga la verdad, las he visto muchas veces y tampoco te creas que me interesan tanto.

Tras las palabras de la moza se abrazaron y se quitaron la ropa antes de dar rienda suelta a sus deseos durante buena parte de la madrugada.

La idea de perderse con el almogávar en la sierra de Córdoba para no salir jamás de allí le había parecido inicialmente a Naia la cosa más atroz del mundo, algo que jamás haría. Pero conforme iban pasando los días algo en su interior le pedía que lo dejara todo y se marchara con aquel hombre inigualable a esa cueva para criar un buen puñado de hijos. Nada tenía en aquel momento más sentido para ella que eso.

—Qué bien te acuerdas de la sierra. Pensaba que era el último sitio sobre la tierra al que volverías.

—No soy tan mala como piensas orientándome en la naturaleza, yo también me crie en el campo. Me acuerdo a la perfección del desfiladero, y desde allí me dijiste que había una legua siguiendo el

curso del arroyo. Pero no te hagas ilusiones, porque no tengo tantas ganas de subir riscos perdidos en el mundo.

Cuando Naia regresó al jergón que compartía con su ama, esta ya estaba allí durmiendo a pierna suelta. La joven moza notó cómo las piernas le temblaban, se apoyó en la pared que había junto a su camastro y se dejó caer tratando de no despertarla. Se arropó sin apenas mover la manta y se quedó dormida, atenazada por el miedo. No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar la Balteira, pero era evidente que habría ido a comprobar si Gervasio se encontraba en las cuadras. La conocía demasiado bien y ya haría días que habría atado cabos. Las dos peleaban por el mismo hombre y era Naia la que tenía todas las de perder.

La joven covilheira durmió todo lo que no había dormido los días anteriores y cuando abrió los ojos no quedaba ninguna mujer en la habitación. Se levantó aturdida y con la sombra de la tragedia sobrevolando su mente, y salió a la calle en busca de su señora.

Se la encontró junto a la entrada de la posada, hablando con un hombre de aspecto campechano, ataviado con unos zaragüelles blancos y una camisa marrón clara, y calzado con unas alpargatas de esparto. El día era soleado y la mañana un tanto fresca, pero sin llegar a ser fría. En el gesto de la Balteira adivinó esa mirada que cualquier persona que no la conociese pensaría que anunciaba calma, pero su sierva sabía que anticipaba una batalla tan cruenta que nadie en su sano juicio sería capaz de acercarse ni a cinco leguas de ella. Se le encogió el corazón al no ver a Gervasio junto al carro, y antes de que María le dirigiese la siguiente mirada, en la que ya pudo ver el fuego, supo que no se había equivocado en el presentimiento que le había sacudido el alma nada más despertar en el lecho.

En la calle era continuo el deambular de gentes y mulos transportando mercancías hacia la puerta de la ciudad, ya que en el arrabal en que se encontraban pernoctaban muchos de los comerciantes que se ganaban la vida intramuros de la medina.

—Buenos días, Naia. Espero que hayas dormido bien, no te he querido molestar —la saludó con tono suave—. Nos marchamos.

—Buenos días, señora. Ahora mismo recojo nuestra manta, la he dejado en la habitación; no esperaba que nos marchásemos hoy.

—No te preocupes por eso, ya entro yo. Tú sube al carro —le dijo sin darle opción y sin presentarle al buen hombre que agarraba el mulo por el ronzal.

Naia subió al pescante de la carreta con el corazón encogido. Era evidente que algo había pasado con Gervasio, pero ella no iba a enterarse de momento; conocía las formas de su ama cuando se le torcía el gesto. La propia Naia era violenta y podía llegar a perder el control al punto de no importarle las consecuencias de sus actos, pero sabía dónde se hallaba y prefería no conocer la suerte que podía correr una cristiana capaz de organizar un disturbio en una ciudad musulmana. Así pues, le tocaba morderse la lengua, tragarse el orgullo y frenar las lágrimas. Pero no sería para siempre.

51

Toledo, comienzos del año 1242

Era la primera vez desde hacía casi un decenio que María estaba completamente sola. Llegó a la capital sin compañía alguna y, lejos de sentirse vulnerable y desubicada, se encontraba feliz y libre. Desde niña se había acostumbrado muy rápido a los cambios y los había buscado como forma de liberarse. Su carácter inconformista siempre la había empujado a cambiar de aires y de compañía.

Una vez que cruzó la puerta de Alcántara y accedió a las callejas del interior de la capital, sus pasos se encaminaron a las tabernas de la zona de la muralla. En ese aspecto no iba a cambiar jamás: siempre estaría más cómoda en los figones más escondidos de las villas que en los salones de la corte. Entró en una tasca en la que el ambiente era lúgubre y los pocos clientes que había trasegaban vino aguado como forma de olvidar sus penas. Miró en rededor y supo sin dudarlo a qué mesa debía sentarse.

Tras pagar una jarra de vino barato a un soldado lisiado, cuyo ojo derecho tapaba un trapo de lino sucio y que tenía pinta de llevar sentado en el mismo taburete varios días, comenzó a obtener la información que había ido a buscar a ese tugurio maloliente y cargado por el humo de dos teas que colgaban de las paredes.

—Dile a Josico que la segunda jarra no se le ocurra vendértela tan aguada, porque soy capaz de ensartarlo en el mástil más alto del alcázar. Que con un solo ojo soy tres veces más hombre que ese desgraciado, eso lo sabe aquí hasta el más nuevo. —El tipo era agresivo y desagradable.

La Balteira se alegró de que la voz de aquel individuo, que apenas conservaba tres dientes negros como el carbón, no se oyera por

encima del descomunal ruido de aquella taberna infecta en la que casi era más difícil ver que oír.

—Como te decía —continuó el hombre con la lengua trabada—, ese príncipe al que tanto me has dicho que admiras se pasa las tardes en la mancebía del barrio bajo. Dicen que al heredero le gustan mucho las estrellas. Pero ¿qué estrellas va a ver si hace semanas que está el cielo encapotado? Hacía mucho que no teníamos un invierno así en Toledo.

—¿Y qué lengua venenosa te ha dicho tal cosa? Yo al príncipe jamás lo había tenido por un hombre de alternar en los serrallos —dijo María, que continuó haciéndose la sorprendida.

—A mí no me tiene que decir ninguna lengua venenosa cosa alguna. No te equivoques conmigo, que la última que se pensó que hablaba con un medio hombre todavía se está arrepintiendo. Este ojo no me funciona —le respondió levantando el apósito y dejando ver una cicatriz horrible—, pero el resto de las cosas me van perfectamente, mejor que a muchos que se las dan por ahí de mujeriegos.

—Anda, no te molestes y no levantes la voz.

—Barragana del demonio, lárgate de aquí y déjame en paz. ¿Quién te ha invitado a sentarte a mi mesa?

—Dime dónde está exactamente esa casa de mujeres y me marcharé por donde he venido —le dijo al oído mientras le asía sus partes blandas con fuerza por debajo de la mesa.

La gallega obtuvo la información que había ido a buscar a aquel tugurio, liberó al soldado, que ya se resentía del dolor por la fuerza con la que la Balteira le agarraba los genitales, y salió a la calle, donde por fin consiguió respirar un poco de aire. Le picaban los ojos y la mano le olía a la orina de aquel desgraciado, así que agradeció el agua fresca de una de las fuentes que había en la calleja que bajaba a la puerta de Alcántara.

—Esta vez os habéis superado, mi querido infante.

—Que te aguante las cantigas de escarnio por su indudable mérito artístico no quiere decir que vaya a soportar de una desarrapada

como tú que me hables en ese tono.

—Perdonad, alteza. Se me olvidaba lo agresivo que os ponéis cuando algo os inquieta.

El infante Alfonso estaba completamente desnudo sobre el catre de una mancebía situada fuera de la ciudad amurallada, apenas a cincuenta pasos del río. La joven que se hallaba retozando con el heredero de la corona, al ver llegar a la Balteira con su poderosa voz y sus formas de señora autoritaria, había salido sobresaltada del cuartucho, sin ventanas y apenas iluminado por un tísico cabo de vela que sobresalía de una lámpara junto a la puerta.

—Voy a tener que hablar con el bueno de Nuño, últimamente anda muy despistado. No entiendo cómo te ha dejado entrar hasta el pie de mi jergón.

—Pues ya os podéis imaginar que el buen Lara anda en las mismas lides que vos. Por cierto, creo que vuestra tía Teresa también está en la ciudad; ha venido desde Salamanca.

La Balteira no era de hacer comentarios intrascendentes y observó en el gesto del infante, cuyo miembro viril había perdido la firmeza y buena parte del tamaño que exhibía cuando la gallega entró en la habitación, un rictus de desesperación por la capacidad de aquella mujer para conocer cuanto sucedía en la corte. Hasta ese momento el infante habría jurado que nadie más que él y el propio Nuño González de Lara eran conocedores de la intención de este último de pedir la mano de Teresa Alfonso de León al rey Fernando.

—María —la llamó por su nombre de pila don Alfonso, algo que apenas había hecho en un par de ocasiones desde que la conocía—, me estoy cansando de tus jueguecitos. ¿Me quieres decir qué has venido a hacer aquí?

—He venido a cumplir con aquello que os propuse, y ahora solo espero que seáis un hombre y cumpláis con vuestra parte del acuerdo —le dijo moviendo los ojos en dirección al miembro flácido del heredero al trono.

—¿Cuándo he dejado yo de cumplir un acuerdo?

—No me hagáis enumeraros las ocasiones.

La Balteira se sentó sobre las ropas del infante, depositadas sobre un escabel que constituía el único mueble de aquel cuarto junto con

el jergón en el que estaba el infante recostado, con medio cuerpo apoyado en una pared blanquecina que pedía a gritos una mano de cal. La gallega sabía que la negociación con un hombre completamente desnudo le daba ventaja y no pensaba ponerle fácil a don Alfonso recuperar sus elegantes vestimentas.

—Necesito ver a vuestro padre, traigo noticias suculentas para él. Os garantizo que el acuerdo que me acompaña desde tierras infieles va a cambiar el avinagrado carácter que cuentan que se le está poniendo a nuestro rey.

—¿Y se puede saber qué te impide ofrecerme estas nuevas tan suculentas que dices traer?

La conversación se volvió distante y la Balteira supo que tenía al infante donde quería. Habían sido más de tres años penando por los caminos, jugándose el gaznate en tierras sarracenas, y esa vez no le iba a permitir dominarla a aquel hombre, al que la vergüenza de continuar como Dios lo trajo al mundo mientras ella lo escrutaba con su fría mirada lo estaba haciendo tartamudear. La gallega iba vestida con un sayo color gris sobre el que se podían distinguir varias piezas de cuero: un chaleco cerrado con un cordel, un cinturón que le ceñía la prenda y unas muñequeras abrochadas con un cabo amarillo como el del chaleco. Se había vestido con aquellas prendas que la asemejaban a un caballero de la hueste del infante pertrechado para la batalla, al que solo le faltaría la cota, para intentar por las malas lo que no había conseguido de buenas. Llevaba la cabeza sin tocar y el pelo recogido en una trenza muy tensa que le estiraba el cabello desde la raíz para no dejar que el vuelo de su melena rubia distrajese de su aspecto marcial.

Permanecía sentada en el escabel, apoyando la mano derecha, amenazadora, en la empuñadura de la espada del infante de Castilla, que colgaba del apoyabrazos de la silla. Era del todo consciente de la imagen de dominio que ofrecía sobre el hombre indefenso que la escrutaba desde la cama.

Se cruzaron las miradas y el mismo pensamiento recorrió la cabeza de ambos, por lo que el delfín del reino trató de incorporarse para acabar con aquel humillante juego. Sin embargo, la soldadera llevaba demasiada guerra a las espaldas y, antes de que el noble

hubiese terminado de incorporarse sobre el jergón, tenía la espada desenvainada y apuntando hacia la incipiente barriga de aquel hombre que estaba empezando a dejar de ser un jovenzuelo y ya no conservaba el cuerpo delgado y fibroso que la Balteira descubrió la primera vez que lo despojó de sus ropas.

El infante volvió a reclinarse sobre la cama, casi en la misma posición que tenía antes de su arranque, y esperó a que la mujer, que le sonreía todavía con la espada en ristre, despegase los labios.

—Esta vez no me vais a engañar como las otras. Ya sé que no mentís al decir que no recordáis haber incumplido nuestros acuerdos anteriores. Para vuestra merced no fue más que otro desaire, de los que se puede permitir cuantos quiera, a otro súbdito de su reino.

—Eso que dices no solo es falso, sino además del todo injusto. Yo soy hombre de cumplir mi palabra.

—Todavía estoy esperando mi justa recompensa por los acuerdos de Écija, donde conseguí rendir la plaza para vuestro padre, y, como os dije en nuestro anterior encuentro en el adarve de la alcazaba de esta ciudad, no he recibido compensación alguna. Por tanto, en esta ocasión quiero negociar directamente con vuestro padre, el rey, y no con un infante sin palabra.

Y dicho esto, se levantó, dejó caer la espada al suelo con desprecio y salió de la habitación dejando la puerta abierta y al infante incorporándose torpemente en el jergón, ante la estupefacta mirada de las meretrices y miembros de su guardia que lo habían acompañado hasta el serrallo, que acudieron con presteza tras oír el ruido del acero golpeando contra el suelo de piedra.

52

La Balteira sabía que el infante no tardaría en dar con ella, así que se alojó en la hospedería de costumbre en sus visitas a la ciudad para ponérselo fácil al heredero al trono. Ocupó uno de los tres cuartos a los que se entraba directamente desde el patio a través de una doble arquería de herradura apuntada. Le tocó compartir habitación con una decena de mujeres, todas ellas cristianas, aunque de procedencias muy dispares, según pudo descubrir en los cuchicheos que se intercambiaron antes de dormir.

Los camastros eran de paja y estaban colocados directamente sobre el suelo, que era de barro, mientras que las paredes estaban encaladas y tenían alrededor un banco de obra adosado donde las huéspedes depositaban sus pertenencias. No había ni tan siquiera una lámpara de sebo iluminando la habitación, pero la luz de la luna que entraba a través del patio ofrecía al menos una penumbra que permitía adivinar los cuerpos de las mujeres que ocupaban los camastros. La dueña de la casa retiraba las lámparas de sebo a la hora en la que ya no se permitía salir de la habitación a las clientas de la posada.

Según pudo oír en las conversaciones entre susurros de sus compañeras de cuarto, tres de las presentes habían llegado desde León en busca de la ayuda de un físico sefardita del que esperaban conseguir medicinas y ungüentos para curar a sus maridos. Se habían puesto de acuerdo para viajar juntas, pues las tres se encontraban desesperadas.

Otras dos eran esposas de comerciantes que llegaban de las marcas a los mercados de la capital, donde hacían transacciones con telas procedentes de su tierra, según informaron al resto. Hacían aquel viaje al menos dos veces al año junto a sus maridos e hijos,

que pernoctaban con el resto de los mercaderes en un pequeño prado junto a la puerta de Alcántara, donde los mulos pastaban a sus anchas.

La capital arrastraba a los ciudadanos del reino en busca de medicina, comercio y todo cuanto tuviese que ver con la corte. Pero a María no se le ocurriría mentar ni por asomo que tenía asuntos que resolver en la corte castellana.

La hospedería se encontraba en la parte más alta de la ciudad, a la espalda del alcázar, junto a una capilla en la que los viajeros hacían cola para rogar al Señor ante lo incierto de unas vidas expuestas a todo tipo de vicisitudes por los caminos de una Hispania muy peligrosa fuera de las murallas de las ciudades.

La Balteira no intercambió palabra alguna con aquellas mujeres, que la intentaron animar a que contase su historia particular. Tardaron poco en darle la espalda y asumir que se trataba de una de las que se ganaban la vida en los serrallos, algo que le sirvió para poder dormir a sus anchas, pues todas quisieron situarse lo más alejadas posible de la pecadora.

María se despertó en mitad de la madrugada. El leve sonido de unas pisadas y los cuchicheos de dos mujeres que hablaban en susurros, junto con la actitud de alerta permanente que adoptó al acostarse, expectante por si alguien de la corte acudía a la casa de huéspedes para dar con ella, hicieron que la gallega se desvelase y dirigiese los ojos a las únicas dos mujeres que parecía que estaban despiertas en ese momento. No movió otro músculo del cuerpo e incluso siguió respirando con la cadencia con la que lo habría hecho de haber seguido abrazada a Morfeo.

Una de las mujeres, la que acababa de entrar en la estancia, estaba agachada y parecía interrogar a la otra, que señaló al jergón de María. Era obvio que, tal como había previsto, el infante Alfonso había mandado a alguien en su busca. La mujer se le acercó, le puso la mano sobre la coronilla y le revolvió el pelo sin mucha ni poca violencia. Podría haberla despertado con mucha más suavidad de lo que lo hizo, pero estaba claro que el infante no había dicho en su encargo que se trataba de una mujer de calidad, ni una mujer de

calidad iba a estar allí durmiendo en un cuarto en el que podía recalar cualquier recién llegada a Toledo.

La Balteira no tenía ganas de comportarse como un corderito y le clavó las uñas con saña en el brazo a la mujer. Esta retiró la mano y ahogó un quejido. A continuación, María se incorporó con violencia simulando sobresalto y alargó la mano para dirigir las garras de nuevo a la cara, pero la mujer estaba ya advertida del tipo de fiera con la que se estaba jugando el cocido y se echó hacia atrás a tiempo para esquivarla y lanzarse sobre ella para aplastarla con su cuerpo, que era casi dos veces el de la gallega.

—Me han dicho que venga a por ti para llevarte al alcázar frente a mi señor, vamos a tranquilizarnos si no quieres que te haga pedazos y después lance tu carroña a los cerdos —le susurró al oído mientras le sujetaba las manos por las muñecas y la oprimía con su cuerpo.

—A mí no me amenaces si no quieres ser tú la que alimente a esos cerdos.

La fornida mujer se incorporó apoyándose en el brazo izquierdo y con el derecho agarró a la soldadera por el cuello y se lo apretó con fuerza. La Balteira notó que perdía la consciencia y que la vida se le iba, hasta que la enviada del infante aflojó aquella zarpa que parecía hecha de hierro y la dejó respirar de nuevo. Luego, la mujer se levantó con parsimonia y esperó a que la Balteira se incorporase y cubriese su camisón con un sayo marrón, que se ciñó con un cinturón de cuero. Se cubrió la cabeza con una toca blanca y se calzó sus borceguíes, que también eran de cuero.

Siguió a la mujer en paz hasta el alcázar, que estaba al girar el callejón. La poderosa construcción impresionaba por todos sus flancos, pero sobre todo por aquel en el que estaba situada la hospedería, donde la aparición de aquellas paredes de sillares que se elevaban hacia el infinito sorprendía a los viandantes tras salir de un callejón en el que las casas no tenían más de una o dos alturas.

La mujer no volvió a dirigirle la palabra. Era alta como una catedral, tenía el pelo gris recogido en un moño y sin una toca que lo ocultase, y como vestimenta llevaba una túnica similar a la de un monje, de color marrón, que le cubría desde el cuello hasta los pies. Llevaba en la mano derecha una lámpara de sebo y el reflejo de la

luz hacía que su nariz aguileña y sus ojos pequeños y muy juntos le diesen un aspecto siniestro. Tenía un comienzo de papada que seguramente con el paso de los años acabaría por convertirse en prominente, y no miró a los ojos en ningún momento a la gallega.

Tras ellas caminaba un centinela que tampoco abrió la boca y se limitó a seguirlas a una distancia de una vara portando una tea.

Los dos vigilantes de la puerta de la dependencia real les franquearon el paso sin formular pregunta alguna y antes de que el día despuntase María se encontraba en una fría sala de gran tamaño, sentada en una silla de madera colocada junto a otras once alrededor de una mesa. Las paredes de la habitación eran de piedra y había cuatro teas iluminando la estancia.

—Espero que entendáis que me asustasteis cuando vinisteis a recogerme en la posada, no era mi intención haceros daño. —María se estaba dando cuenta de que aquella mujer valía mucho más como amiga que como enemiga.

—Yo no tengo que entender nada. Quédate aquí tranquila y calladita, y no tendrás ningún problema conmigo. Si no es así, espero que te hayas dado cuenta de que no pienso pasarte ni una. A mí las barraganas del infante me traen sin cuidado.

—Yo no soy una barragana; soy soldadera y música —saltó como un resorte.

—Todas venís con el mismo cuento. Lo dicho: compórtate si no quieres que me enfade. Y créeme que no quieres que me enfade.

Tras aquellas palabras la mujer se marchó y cerró la puerta atrancándola por fuera con un cerrojo que crujió como si se estuviera sellando para siempre. María entendió que la habían llevado hasta allí para verse con el infante. Nadie le había dicho nada, pero era evidente que estaba en aquel lugar para eso, ninguna otra posibilidad rondaba su cabeza. La garganta seguía doliéndole como si estuviera tragando pequeñas piedras y tenía la sensación de que, cuando bebiese un trago de agua, iba a ver las estrellas cuando el líquido pasase por su gaznate. No había sido tan buena idea enfrentarse a aquella mujer, quienquiera que fuese.

María supuso que alguien entraría al poco de llegar ella a la sala, pero el tiempo transcurría y parecía como si se hubiesen olvidado de

que alguien esperaba entre aquellas cuatro paredes.

Las campanas de la parroquia que se encontraba entre la casa en la que había pernoctado y el alcázar fueron dando las horas y nadie entró en aquel salón, en el que la decoración estaba hecha a base de tapices de fondo granate, sobre los que había coloridos bordados de damas recibiendo ofrendas de mozas y caballos apoyados en los cuartos traseros, levantando las patas delanteras y con la cabeza girada hacia donde se encontraba la gallega, con un escorzo de cuello imposible para esos animales.

Hacía rato que había asumido que aquel castigo al que la estaban sometiendo formaba parte de los juegos a los que acostumbraba el infante, que disfrutaba más con aquellas cosas que con el mismo acto carnal que había compartido con él en varias ocasiones.

Cuando las campanas de la parroquia ya habían dado la hora en cinco ocasiones, la mujer que la había conducido hasta allí entró con una bandeja en la que portaba un cuscurro de pan, carne de un ave desmenuzada y una jarra con agua. La dejó sobre la mesa y se marchó.

Justo cuando terminó de comer con voracidad todo cuanto había en la escudilla, la mujer volvió a aparecer y la acompañó en completo silencio a las letrinas que había en el exterior del edificio, en un patio trasero. Después volvió a acompañarla hasta el salón y se marchó.

53

La noche la sorprendió en aquel cautiverio, lo percibió a través de la pequeña ventana abocinada que constituía el único atisbo de comunicación con el exterior de aquel cuarto que cada vez le parecía más pequeño. Cuando ya pensaba que iba a tener que pasar la noche allí encerrada, la mujer, que se había convertido en una especie de carcelera para ella, volvió a aparecer y se dirigió muy seria a la gallega:

—Buenas noches. Quítate la ropa.

—¿Cómo decís?

—Haz lo que te digo.

María ya había comprobado que con aquella mujer era mejor no jugar y se quitó el cinturón, el sayo y los borceguíes.

—El camisón también.

Se quitó el camisón y quedó desnuda del todo frente a la mujer, que se acercó hasta ella para quitarle el colgante que pendía de su cuello y provocó que la Balteira reaccionase lanzando la mano en un acto reflejo para detenerla. Pero se quedó a medias porque recordó que era mejor pensárselo dos veces antes de intentar algo por la fuerza con aquella mujer.

—El colgante no, por favor —le rogó.

—¿Naciste con el colgante en el cuello?

—Por supuesto que no.

—Pues fuera. Debes estar como Dios te trajo al mundo.

Se hizo con el colgante y el resto de la ropa, y lo depositó sin demasiado cuidado sobre una de las sillas que había al otro lado de la mesa. A continuación, la siniestra mujer salió de la sala y al poco entró el infante Alfonso.

—Me alegro de verte, María. Has sido muy amable al aceptar la invitación para venir a verme.

—El placer es mío —le dijo la soldadera, de pie, haciendo una genuflexión y mostrándose completamente de frente, para que el heredero del trono de Castilla se tomase la revancha con fruición.

—Ahora vamos a llegar a un acuerdo. No tiene sentido que sigamos jugando a esconder nuestras cartas. No entiendo cómo han podido cambiar tanto nuestras relaciones en los últimos tiempos. Desde el asunto de Écija la hostilidad entre nosotros parece no dejar de crecer.

—Si me permitís, señor, desde Écija han pasado tres años en los que casi no he salido de territorio infiel y me he jugado este lindo cuello que tenéis a vuestra merced para observarlo, así como al resto de mi cuerpo.

—En efecto, me gusta observar tu cuerpo.

—Yo pensaba que os gustaba más observar el de mi covilheira.

—El de tu covilheira también me gusta. Por cierto, no la he visto contigo, ni tampoco a ese guardián nocturno que tantas vidas se cobró.

Al infante le gustaba dejarles claro a sus súbditos que conocía más de ellos de lo que podían llegar a imaginarse. Los ajustes de cuentas perpetrados por Gervasio eran algo que a María le gustaba mantener en secreto, y don Alfonso había conseguido ponerla nerviosa con aquel comentario, ambos lo sabían. La gallega desvió la mirada y se cubrió el pecho derecho con el brazo. De pronto sintió vergüenza e indefensión, se vio más a merced de aquel hombre de lo que le gustaría.

—Lo de mi covilheira y el almogávar es una larga historia —dijo por fin.

—Me dijiste que querías ver al rey, que yo no soy más que una especie de bufón de la corte.

—Yo jamás he dicho tal cosa. Ambos sabemos que en Écija os ganasteis la confianza de vuestro padre, el rey. El señor de Vitoria perdió el mando que os entregó vuestro señor padre y en la primera oportunidad que os brindó supisteis darle a ganar la plaza. —Y tras decir esto hizo una pausa para que el príncipe pensara sobre lo que

acababa de escuchar, pues era de suma importancia para la gallega —. Los dos sabemos que no os habría sido posible ganarla sin mi intervención, y me quedé esperando algún gesto de vuestra parte que hasta el día de hoy no he recibido. Así que en esta ocasión no me va a volver a pasar.

—¿Y por qué estás tan segura?

—Porque prefiero que el reino de Murcia engrose una taifa musulmana o el mismo reino de Aragón antes que entregárosla por nada —dijo, tratando de ser lo más despectiva posible.

—Eres una mujer desnuda e indefensa que puede no salir con vida de esta fortaleza, ¿te has parado a pensarlo?

—Ni por un instante. No sois un asesino y menos un necio. Es más, creo que sois una persona muy inteligente que llegará a ser un gran rey.

El elogio debilita y hace mella en las personas, en especial en alguien tan necesitado de reconocimiento como el infante, al que su padre, el rey, tan controlado por su esposa, jamás dedicaba una palabra amable.

—En la faltriquera del sayo que se encuentra con el resto de mis ropas sobre aquel escabel hay dos documentos. —La Balteira se decidió a hablar sin tapujos. La conversación daba vueltas y no iba a llegar a ningún sitio si no hacía algo—. Uno de ellos necesita la rúbrica de vuestro padre para que el abad del convento de Sobrado me permita descansar *in aeternum* junto a mi familia en el cementerio de ese cenobio.

—¿Y el otro?

—En el otro traigo el ofrecimiento del emir de Murcia. La idea era tener la rúbrica en el primero para daros a continuación el segundo, pero estoy en vuestras manos y ya no me queda otra opción que ser franca con vos y suplicar vuestra generosidad.

El infante titubeó. La gallega sabía que, a pesar de los continuos cambios de humor y actitud a los que acostumbraba el primogénito del rey Fernando, no era una mala persona, como a veces le gustaba aparentar. Además, estaba pasando una mala racha y la soldadera era consciente de ello, como también lo era media corte. Quedaba poco para el nacimiento de su segundo hijo, y su abuela hacía poco

que había conocido tal hecho, circunstancia que la había enfurecido. En esa ocasión el escarnio para la reina madre era doble, pues la hija de su fiel servidor, Rodrigo Fernández, el señor de Villada, era la madre del segundo bisnieto ilegítimo que le iba a dar don Alfonso.

Por los indiscretos pasillos de la corte corrían como el rayo los rumores del monumental enfado que arrastraba la reina Berenguela, que a pesar de estar en Burgos y no en Toledo, que era donde se manejaba el reino desde que el rey había trasladado allí su hogar, seguía siendo la auténtica matriarca del clan, o al menos eso era lo que la orgullosa madre del rey Fernando se empeñaba en reivindicar con su comportamiento siempre airado y altivo.

Todos esos factores debían dar vueltas en la cabeza del infante, que parecía perdido en cavilaciones mientras clavaba los ojos en los generosos pechos de la gallega, que lo miraba esperando la reacción del heredero. Este se levantó, agarró toda la ropa que había sobre el escabel y se la dio a la soldadera.

María sabía que no era el momento de cubrirse el cuerpo. Ella no le dio esa oportunidad a él cuando lo tuvo completamente desnudo en la habitación de la mancebía, y era obvio que don Alfonso no había olvidado aquella humillación. Rebuscó en la faltriquera del sayo entre el montón de ropa y sacó el pergamino enrollado con el sello del convento de Sobrado. Se lo alargó al príncipe y luego dio con el otro, el que llevaba el sello de la taifa murciana, y también se lo entregó.

—Así que al final llevaste mi misiva a Murcia y supiste sacarle partido. No esperaba menos —le dijo esbozando una sonrisa.

—En efecto, pero os suplico que esta vez me auxiliéis en aquello que os pido: la rúbrica de vuestro señor padre y el sello real me garantizarían la paz eterna. —Lo merecía después de todo lo que había luchado, pero sabía que ese argumento no le interesaba en absoluto a don Alfonso y se decidió a ser pragmática—. Si me conseguís esa rúbrica, dispondréis de mis servicios para el resto de vuestra vida sin pago alguno.

54

Serranía de Cuenca, noviembre de 1242

La Balteira se había acostumbrado a moverse en solitario, no echaba de menos ni por un momento a sus antiguos siervos, o al menos eso era lo que se decía a sí misma para mantener el ánimo. Estaba en un momento de su vida en el que solo temía a la eternidad y nada de lo que pudiese acontecerle sobre la faz de esta tierra, a la que cada vez le encontraba menos sentido, la atemorizaba lo más mínimo. Antes de salir de Murcia, exactamente un año atrás, había quedado en verse en aquella villa fronteriza con Mohamed para acordar los detalles del encuentro entre los embajadores murcianos y el rey de Castilla. Sabía que la familia real era imprevisible y, a pesar de su habilidad para dar con el heredero al trono, no quiso arriesgarse y le pidió al magnate murciano un año de tiempo para organizar su encuentro con la corte de Castilla. Pero en Toledo todo fue mucho más rápido de lo previsto y consiguió verse con el heredero a la corona nada más recalar en la capital, por lo que le sobraron un buen número de meses en los que había estado alejada del mundo y sin apenas contacto con nadie.

Algunas noches había echado de menos las timbas de cartas o las declamaciones sobre cuatro maderos en mitad de una reunión de soldados, ya fuesen cristianos o musulmanes, pero no había encontrado en su interior la fuerza para aventurarse a los caminos. Era como si su vida se hubiese quedado paralizada hasta que consiguiera llevarle al abad de Sobrado aquel documento rubricado por el rey, que en aquel momento tenía en su poder el infante Alfonso.

Llegó a la villa de Cañete con la noche cerrada. Conocía bien esta localidad fronteriza, pues hacía unos años había pasado allí varias

semanas limpiándoles las faltriqueras a soldados castellanos que iban perdiendo la vida un día a manos sarracenas y el siguiente a manos de tropas del incansable Jaime I, el rey de los aragoneses.

La soldadera sabía que la puerta de la ciudad se encontraría cerrada a esa hora, pero también sabía que Mohamed, salvo que se hubiese topado con algún obstáculo insalvable, estaría allí, ansioso por verla. Tenía la seguridad de que el magnate musulmán habría estado contando los días hacia atrás. La última vez que habían hablado vio en sus ojos negros el ansia por encontrarse con su hermano.

Por tanto, la gallega no debía preocuparse por que la puerta de la fortaleza estuviese cerrada, ya que, según habían quedado, el musulmán plantaría su tienda para esperar por ella a la vera del río, que estaba media legua antes de la entrada de la ciudad.

La gallega se alejó de los arrieros con los que había compartido los dos últimos días de su desplazamiento, varias familias que habían estado siguiendo a los soldados en las últimas escaramuzas de las mesnadas del rey Fernando contra las tropas de al-Ahmar y ahora volvían a su aldea en la serranía para pasar el invierno.

Cuando estuvo segura de que esos ruidosos grupos se habían alejado lo suficiente, reemprendió el camino tras ellos, pero sin dejarse ver hasta que dio con lo que estaba buscando: uno de los soldados de la taifa murciana que acompañaba a Mohamed le salió al paso. Estaba del todo segura de que aquello sería así. El propio musulmán le había dicho que no tuviese cuidado, que él daría con ella antes de que arribase a la villa. No tenía duda alguna de que Mohamed estaría contando los días que quedaban hasta encontrarse con ella, pues su hermano seguía entre los temibles Asquilula y esta era la peor compañía que querías tener si tu fidelidad no era sincera.

—Mi señor os espera —le dijo en romance castellano el soldado que dio con ella mientras el mulo de María, que estaba derrengado, bebía en un charco.

—¿Qué señor?

—Venimos de Murcia, mi señor responde al nombre de Mohamed.

—En tal caso vas a tener que contener a esa montura, porque mi mulo tiene muchos años y llevamos muchas millas recorridas.

—Descuidad, el campamento está a menos de media legua.

El soldado era muy joven, era posible que no hubiera cumplido los dieciséis años, y montaba un caballo blanco recortado de bonitas hechuras. El chico era moreno, con la piel de la cara picada por la juventud, y tenía un bigote de pelusilla que resultaba algo ridículo en aquel gesto serio que miraba hacia delante mientras se preocupaba por que su montura cabalgase junto al carro de la cristiana.

Siguió al soldado hasta un grupo de tiendas en el que había un fuerte olor a maderos quemados y carne asada. Se encontró con el hombre de la mirada imposible de olvidar nada más llegar a aquel pequeño asentamiento plantado a la vera del río. El campamento consistía en una decena de pequeñas tiendas de lona alrededor de otras más grandes. En el centro de todas ellas había una que superaba a todas en tamaño. Como se imaginó la gallega al ver el campamento, fue de esa tienda de la que salió Mohamed para recibirla.

El piafar de los caballos y los relinchos daban una idea de la gran cantidad de soldados que habían acompañado la incursión del prohombre murciano en tierras cristianas. Eran muchas las ocasiones en que aquellas batidas pacíficas discurrían con total tranquilidad, pero no era mala idea contar con armas suficientes para hacer frente a cualquier contratiempo que pudiese sorprenderlos.

—Buenas noches, imagino que estarás muy cansada. —María casi había olvidado el impacto de aquellos ojos y las maneras educadas de aquel hombre, por lo que tuvo que contener el gesto de sorpresa.

—No os preocupéis por eso. Estoy perfectamente.

—Te pido disculpas por mi impaciencia, pero necesito preguntártelo sin demora. ¿Me traes buenas noticias?

La Balteira se quedó mirando al magnate musulmán y adivinó en su rostro el sufrimiento de un hombre que no solo soportaba la presión que suponía ver a su solar desmoronarse a manos de los reinos vecinos, sino que llevaba un año aguardando por un encuentro en el que por fin sabría algo con respecto al futuro de su hermano.

—Las noticias son buenas, pero el rey partió hacia Burgos a ver a su señora madre y nadie, ni siquiera el propio monarca, sabe cuándo

volverá a Toledo.

—No hay nadie ajeno en toda la Península al carácter y el poder de la reina madre —coincidió el musulmán.

—Cuando esté de vuelta os lo haré saber y podréis negociar el acuerdo.

—Nosotros no podemos aguantar más en nuestra frontera, tú misma lo viste el año pasado en el campamento del río Almanzora. Al-Ahmar y sus ejércitos nos arrasarán en la próxima campaña. Antes de la primavera necesitamos la espada de vuestro señor rey o nos aplastarán.

—¿Se ha dado mal la campaña este año? —preguntó María.

—No es solo el asedio que estamos sufriendo por el oeste, tenemos también al rey de los aragoneses a punto de acabar con nuestras defensas por el noreste, junto al Mediterráneo, por lo que, si no conseguimos un acuerdo antes de que las lluvias y los hielos cesen, nuestra taifa será historia.

—Mohamed —dijo la cristiana casi implorando al prohombre musulmán—, esto es lo que puedo hacer por vos, pero os juro por mi Dios que la espada del rey Fernando defenderá vuestro reino; solo debéis esperar a que el rey regrese a la corte.

La gallega sabía que aquel contratiempo podía dar al traste con todos sus planes. Todo cuanto le estaba contando el hermano de Hasan era cierto: al-Ahmar estaba a punto de completar su dominio sobre el sur de la Península y Murcia era su siguiente objetivo, y además el rey cristiano de Aragón era un guerrero incansable que ya había acabado con un buen número de taifas sarracenas.

En ese momento se arrepintió de haber apostado por el reino de Castilla, cuyo rey era un desconocido para ella. Su punto de apoyo era el infante Alfonso, que algún día reinaría, pero de momento su enemistad con la reina Juana y su vida dispersa en manos de mujeres a las que no sabía amar y luego dejar de lado sin dejar un reguero de hijos bastardos había provocado que su abuela, un apoyo imprescindible para dominar aquel reino, no estuviese en buena disposición con él.

Pero no debía obsesionarse con eso. La realidad era que, aunque la Balteira hubiese conseguido aproximarse a las cortes de Granada

o Zaragoza, el acuerdo entre los herederos de Ibn Hud y los seguidores de al-Ahmar era imposible, sobre todo por su diferente invocación, pues cada uno seguía a un califa diferente. Y en cuanto al reino de Aragón, la situación no era mucho mejor; las batallas en la frontera noreste de la taifa habían dejado heridas muy difíciles de cicatrizar entre ambos solares.

—Mandaremos una comitiva a Burgos. Yo mismo la encabezaré y tendré un encuentro con vuestro rey y con su señora madre si es necesario. —El musulmán clavó los ojos en la gallega.

—Tendréis que viajar por tierra cristiana muchas leguas, más de cien.

—Aunque tuviese que atravesar el gran desierto de África a pie, lo haría para salvar a mi pueblo.

María sabía lo que suponía aquello y no le gustó. Había previsto salir de la tienda de lona con un acuerdo tan nítido que el infante de Castilla se viera obligado a lacrarle con un sello de oro el pergamino para el maldito abad de Sobrado, pero podía olvidarse de eso. El murciano era un tipo inteligente que quería cerrar el acuerdo con la única persona en el reino que tenía poder para ello, y a la gallega le tocaba seguir esperando algo que empezaba a parecerle que no lograría jamás.

—Está bien —le dijo con la mejor cara que fue capaz de mostrar —. Tenéis que concederme un día. Mañana a esta misma hora volveré a veros y os confirmaré si es posible cuanto me solicitáis.

—Un día. No puedo concederte más tiempo. Y no es ni una amenaza ni un capricho. —El tono de Mohamed, en efecto, no sonaba intimidante—. Es que mi pueblo no tiene más tiempo.

La gallega hizo un gesto de asentimiento, se levantó y esperó a que la acompañase hasta la salida de la jaima. El gerifalte salió con ella, levantó la mirada y mandó con sus penetrantes ojos negros a uno de los centinelas, que esperaba en la puerta de su tienda ataviado con una túnica blanca y un turbante del mismo color, que acompañase a la visitante hasta el exterior del pequeño asentamiento. Tal y como le había parecido a María al llegar, había una gran cantidad de hombres protegiendo el contorno.

La gallega se deshizo del vigilante que le había puesto el señor del asentamiento cuando dejó atrás la última de las tiendas y se fue hasta uno de los chopos que había junto al río, que discurría a unos pasos de la arboleda con un curso tan tranquilo que no emitía sonido alguno. La luna iluminaba el paisaje con fuerza; habían pasado dos días desde la luna llena y todavía permitía moverse en la noche fría y despejada sin dificultad. La madrugada había avanzado y no quedaba demasiado para el alba. La Balteira sabía que no iba a ser capaz de conciliar el sueño, por lo que se decidió a montar el mulo que la esperaba junto al río y remontar el cauce hasta un pequeño puente romano que daba acceso a la ciudad. Habían pasado unos años, pero el puente era robusto, y, a pesar de que había visto destruir puentes tanto a las tropas cristianas como a las musulmanas, no era una gran ruta la que discurría por allí y no era probable que lo hubiesen destruido.

Cruzó el puente, que allí seguía, y se encaminó a la puerta de la villa. Había algunos labriegos esperando a pagar el portazgo para entrar a vender sus hortalizas, pero aún no había amanecido y le tocó esperar junto a ellos el acceso al interior de la ciudad amurallada.

55

Con las primeras luces del día abrieron la puerta de la ciudad. María entró andando tras dejar a su pollino atado a una de las argollas que había junto a la entrada de la muralla. La primera calle con la que se encontró tenía el suelo de piedra y era muy estrecha. A ambos lados de la calle había casas de una y dos alturas en buen estado. Todo seguía más o menos como lo había dejado la última vez que estuvo allí, e incluso parecía que las calles estaban más cuidadas.

Los diez comerciantes que entraron junto a ella y los labriegos se encaminaron hacia la plaza, en la que a pesar de la hora ya se veía movimiento. Los pocos años que habían transcurrido desde su última estancia en aquella ciudad amurallada habían sido muy favorables para la villa, y eso se percibía nada más poner un pie allí. Tanto las construcciones como las calles que fue encontrándose estaban limpias y sin apenas musgo entre los sillares; tampoco halló restos de inmundicias en el suelo, algo con lo que no era extraño tropezarse en muchas de las villas que había visitado. Era evidente que el castillo y la presencia de los ejércitos de Castilla tanto en la ciudad como en las inmediaciones habían atraído a muchos ciudadanos que sabían de la importancia de tener las armas cerca en aquellas tierras fronterizas.

La Balteira subió un tanto apesadumbrada la empinada cuesta que llevaba hasta el castillo donde se encontraba uno de los acuartelamientos más importantes de la frontera sureste del reino. Don Alfonso sabía muy bien a quién debía mandar a la plaza para recibir las noticias que la soldadera tuviese para él; aquel no era un negocio menor para el príncipe, y conocía las malas artes y la facilidad de la gallega para enredar a cualquiera de sus oficiales.

Dos soldados ataviados con loriga de batalla, espada al cinto y un yelmo nasal la recibieron a la puerta de la fortaleza. Pensó que quizá tendría fortuna y el príncipe se hubiese tenido que contentar con otro hombre de su confianza para recibirla, así que antes de mostrar sus credenciales probó suerte con los soldados. Le corroía la intriga por saber con quién iba a tener que verse la cara, y aún tenía la esperanza de que no fuese Nuño González de Lara.

—Buenos días. ¿No sabríais decirme dónde puede parar una cristiana en esta medina?

—Probad en la plaza del mercado, allí seguro que os pueden dar alguna indicación —le contestó el más bajo de los dos. Se trataba de un tipo fuerte, con unos brazos musculosos marcados bajo las mangas de la camisa, y la cara angulosa.

—Ya he probado, pero nadie ha querido decirme nada. La gente de este pueblo parece un poco antipática. —Y mostró su mejor sonrisa picarona.

—Marchaos ahora mismo. Este paso debe estar siempre despejado, así que, salvo que tengáis algo que hacer en el interior de este acuartelamiento, debéis despejar la zona —intervino el otro centinela.

—Disculpad, no lo sabía. Pero sí que me esperan en el interior. De hecho, me espera el jefe del acuartelamiento, pero no estoy segura de quién se trata.

Mostró el documento enrollado y con sello de la casa de don Alfonso. El más alto de los centinelas, sin leer el documento, le abrió el portón y la invitó a seguirlo con un gesto que indicaba hacia el patio interior.

—No tardaréis en salir de dudas —le dijo el soldado, que no se arredró ante el sello.

Atravesaron el patio, donde bullía la actividad entre los palafreneros. Limpiaban los caballos y movían grandes cantidades de paja fresca para los animales en la zona del fondo, donde unas caballerizas ocupaban la zona oeste. Al mismo tiempo, en el lado opuesto, los soldados batían espadas de madera en grupos de dos y tres combatientes mientras el resto, hasta juntar casi el medio

centenar, observaban con atención las disputas, esperando su turno para comenzar el entrenamiento.

El centinela entró en la torre del homenaje sin cruzar una palabra con el soldado que custodiaba el acceso al edificio, al pie de la escalera, y la gallega lo siguió por un pasillo oscuro y frío, en el que no había una sola ventana y apenas una tea iluminaba el estrecho corredor de sillares.

Llegaron con la cara helada, exhalando bocanadas de vaho y castañeteando los dientes, a una sala en la que no había puerta, donde encontraron a tres hombres con la espalda encorvada hacia una gran mesa. Los dos más jóvenes escuchaban con atención al mayor del grupo, que les explicaba, valiéndose de un plano, el plan para materializar una pequeña escaramuza que tenían pensado llevar a cabo en otra de las innumerables incursiones propias de la frontera.

Los tres hombres iban ataviados con calzas de color oscuro, sayo de lino de color verde y sobrevesta. Uno de ellos llevaba debajo la cota de malla, algo que dejaba clara la inmediatez de la incursión que estaban preparando.

Al sentir la presencia del centinela y la mujer, cortaron la conversación y dirigieron la mirada a la entrada del salón. En la sala había cuatro ventanas abocinadas y seis teas con la punta bien impregnada en resina, que daban una luz que poco tenía que envidiar a la del sol del mediodía.

Los ojos de María encontraron sin remedio los de Nuño González de Lara. Habían sido muchos años, pero al fin había llegado el día. La garganta se le cerró a la soldadera y notó cómo el aire apenas le entraba en los pulmones, al tiempo que se sentía incapaz de tragar saliva. El señor de Écija le aguantó la mirada y el resto de los ocupantes de la sala no necesitaron que este les ordenase salir.

—Buenos días, señor —balbuceó la Balteira cuando por fin se quedaron solos en aquel salón frío y luminoso.

—Buenos días. ¿Qué te trae por aquí?

—Lo sabe vuestra merced mejor que yo misma, si me permitís.

—Así que tu misterioso amigo, el magnate musulmán, del que no conocemos el nombre ni el cargo que ocupa en la taifa murciana,

aquel que nos dijo que haría cuanto le pidieses, no ha sido tan fácil de convencer.

—No es eso, señor. Quiere ver a nuestro rey.

La Balteira sabía que el poco cuidado que había tenido para con los más próximos oficiales de don Alfonso algún día le pasaría factura. A pesar de eso solo una vez intentó reconciliarse con ellos y fue justo con el consejero que en aquel momento tenía frente a ella, que demostró ser un tipo demasiado listo para caer en las trampas que le habían servido para ganarse la vida. A los oficiales de sus ejércitos los había limpiado noche tras noche en las campañas de la ribera del Genil, donde las fogatas duraban hasta el amanecer y era raro que no desplumase absolutamente a todos los soldados que se aproximaban a ella, ya fuera en una timba de dados o en un concurso de tiro de ballesta. Pero con el alférez de los ejércitos no había podido; con él, incluso intentó el truco más viejo que se conoce ofreciendo su propio cuerpo y el de su covilheira, pero el buen Nuño era un hombre inteligente e íntegro al que jamás había visto mezclado con su tropa en celebración alguna, y el día que dio con él se quedó con las ganas de sumarlo a su lista de víctimas.

Le contó al cabeza de los Lara, con tono pausado y tratando de buscar sus ojos huidizos, la reunión mantenida en la tienda de Mohamed, el prohombre murciano; y este guardó silencio durante un rato mientras meditaba sobre lo que acababa de escuchar. El desplazamiento de los musulmanes al norte podía ser la solución a aquella situación endiablada, pero tenía sus riesgos.

—El frío ya no nos va a abandonar en un buen número de meses, por lo que los caminos se van a poner casi impracticables —la sorprendió el noble.

—Ni el frío ni el calor del gran desierto de África pararían a los que saben que con la llegada de la primavera van a tener la cabeza clavada sobre una pica en la puerta de la medina de Murcia.

—En ese caso no creo que el rey tenga objeción alguna en reunirse con una embajada de la taifa murciana allá en Burgos. La adhesión de un reino bien vale un encuentro.

—Los integrantes de la comitiva murciana están más que dispuestos a desafiar los rigores del invierno, de eso podéis estar

seguro, señor. Si les dais vuestra autorización, saldrán de inmediato hacia el norte para reunirse con nuestro rey.

A pesar de sus reticencias a encontrarse con el prohombre que tenía frente a ella, la gallega se dio cuenta enseguida de su integridad; por eso se había ganado el sobrenombre de «el buen Lara». Su tono de voz era sosegado y se percibía su inteligencia en el hecho de que ni la menospreciaba por ser mujer ni dejaba ver resentimiento alguno por el comportamiento indecente que la soldadera había tenido tanto con sus ejércitos como con el propio infante de Castilla, al que había dedicado algunas cantigas por las que su alférez la hubiese pasado a cuchillo de buena gana.

—No. No los mandes hacia el norte todavía.

—¡Pero nos necesitan ya, no pueden aguantar un mes más, están asediados por el oeste y por el norte!

—Si me lo permites, los asuntos militares prefiero valorarlos yo mismo.

El buen Lara sabía que debían esperar a que la primavera estuviese más próxima para negociar una paria más favorable; en aquel momento, con la llegada del invierno, se generaba una sensación de seguridad que era un mal aliado para debatir sobre la protección en las fronteras, ya que la mayoría de ellas se protegían solas con la aparición de los hielos y los caminos convertidos en lodazales por los cuales las máquinas de guerra eran incapaces de moverse.

—Dile al prohombre hudí que espere a que pase la Navidad, y seis semanas después inicie el camino hacia Burgos. En su camino hacia el norte se encontrará fortalezas como esta en la que nos hallamos, así como retenes con mesnadas tanto de la corona como de nobles castellanos. Intentaremos que los respeten y les permitan llegar hasta Burgos, pero no respondemos si se les ocurre hacer alguna provocación.

—¿Qué camino deben seguir? —preguntó María, que se sentía mucho más tranquila.

—Ya hemos hablado cuanto es de interés para la comitiva musulmana; yo no pienso llevarlos de la mano hasta Burgos, si es lo que pretendes.

—Entonces, si no se os ofrece otra cosa, yo me retiro —dijo la gallega cuando vio la oportunidad de salir de aquel incómodo encuentro sin que la conversación se hubiese llegado a enrarecer.

—Sí que se me ofrece una cosa más —indicó el noble, con voz seria.

—Vos diréis, entonces. —A la Balteira se le cerró la garganta.

—Nuestro príncipe, don Alfonso, es un hombre generoso y capaz de perdonar determinadas cosas que yo jamás te perdonaría. De hecho, siempre ha tenido con tu persona una paciencia que hasta el día de hoy no entiendo de dónde procede.

—Yo he hecho mucho por este solar y por el heredero al trono, y vos lo sabéis mejor que nadie. Habéis estado en aquellos encuentros en los que le facilité a don Alfonso la información que precisaba para someter muchas plazas en la frontera. —La gallega se decidió a no dejarse avasallar.

—No me vengas otra vez con el cuento de Écija, porque creo que no podría soportarlo. Y, además, no era por ahí por donde quería que discurriese esta conversación.

—Entonces decidme lo que queréis de mi persona para que pueda marcharme al encuentro del magnate musulmán.

María se dio cuenta de que estaba demasiado nerviosa, y en ningún momento había pretendido hablarle de manera tan brusca al noble de ojos bondadosos y poblada barba rubia que la miraba sin inmutar el gesto.

—Disculpad, mi señor. Queríais decirme algo y ni tan siquiera os he dado la oportunidad.

—Tenemos por delante unos meses que pueden hacerse muy largos —dijo el caballero, con gesto amable—. Este tipo de negocios suelen ser inciertos hasta que por fin llegan a culminarse, y estoy seguro de que tu participación será importante.

Tras decir estas palabras y percibir en el rostro de su interlocutora que esta se había serenado y empezaba a prestarle atención, decidió que era el momento de entrar en la parte más complicada de cuanto pretendía pedirle.

—Lo pasado, pasado está.

—¿Qué insinuáis? —preguntó María, que sospechaba lo que vendría a continuación.

—Los años van pasando y por ley de vida debemos ir calmándonos. Nuestro señor, don Alfonso, y tú tenéis un pasado en común que sabes bien que nunca aprobé.

—Pero ¿vos quién sois para opinar sobre las compañías de vuestro señor?

—No soy nadie, por supuesto que no.

—Perdonadme —pidió enseguida María, que volvió a darse cuenta de su torpeza.

—Don Alfonso es un hombre prometido, eso no hace falta que te lo recuerde, y la corte ha sufrido mucho por los deslices de nuestro infante, si te soy sincero. Eres una mujer inteligente y valoro mucho tu aportación a nuestro solar, créeme.

—Os lo agradezco de corazón. Es la primera vez que alguien de vuestra talla me dice algo así después de tantos años.

—Solo te pido una cosa. Sé lo más discreta que puedas en los meses sucesivos, lo necesitamos. Te lo pido por Castilla.

La Balteira hizo un gesto afirmativo con la cabeza y salió de vuelta al pasillo donde aguardaba el centinela. Desanduvo aquel corredor y el patio de la fortaleza con el ánimo renovado: eran muy buenas las noticias que llevaría al caer la noche a las tiendas de lona que la esperaban junto al río.

56

Córdoba, febrero de 1243

El infante Alfonso estaba pasando uno de esos periodos de su vida en los que le costaba verle el sentido a su existencia. Los dos hijos que había tenido vivían con sus respectivas madres, alejados de él. Mientras tanto, la reina Juana, la esposa de su padre, se pasaba las jornadas susurrándole al oído al rey lo necio e inútil que era su hijo, al que tenía al mando de sus ejércitos cuando era más que evidente que era todo menos un guerrero. El príncipe era consciente de que en eso tenía razón la hija del conde de Aumale. Sin embargo, el golpe de efecto que iba a causar la llegada de la comitiva murciana a Burgos podía cambiar mucho tanto el ambiente en su contra que se respiraba en la capital norteña como la percepción que tenían de él su padre y su abuela tras el nacimiento de su segundo bastardo.

Según los cálculos del buen Nuño, no debía faltar más de un mes para que los emisarios de Ibn Hud al-Dawla llegasen con la confirmación de la noticia que el infante les había anticipado en Navidad.

A pesar de aquella noticia, que a buen seguro formaría un gran revuelo en las más altas esferas de la corte, el infante sentía que su vida era un lento transitar hacia ningún lugar. Ni siquiera su afición por la música, los minerales, la poesía y la astrología le servían para cambiar la espesa bruma que se cernía sobre él desde hacía meses. Su prometida era una niña a la que no podría desposar en más de cinco años y su comportamiento era el centro de atención de todo el reino.

Casi todas las conversaciones que tenía con el rey versaban sobre el mismo asunto. Su padre trataba de convencerlo de que no se encaprichase de mujer alguna; le insistía en que debía saciar su sed

viril con algunas de las cortesanas que pululaban a su alrededor, pero sin decantarse por ninguna. Debía recordar que era un hombre prometido.

Alfonso había intentado comportarse de esa manera, con absoluta frialdad, pero no iba con su carácter de joven apasionado y enamoradizo. Su padre, a pesar de ofrecerle estos consejos con aire distraído y casi como si fuese un regalo, sabía que su hijo no era ese tipo de hombre y nunca le haría caso. Era evidente a los ojos del príncipe que don Fernando lo hacía sobre todo por contentar a la reina madre, que seguía teniendo una gran influencia sobre él, y a su señora esposa. De hecho, tuvieron una conversación subida de tono la última vez que coincidieron antes de que su padre partiese hacia Burgos.

—Id entonces, mi señor, al norte —le dijo a su padre cuando este lo informó de su viaje inminente— y trasladadle mis mejores deseos a mi abuela, la reina Berenguela.

—Dejo esta frontera en tus manos con la esperanza de que cuides de ella. Es el extremo más conflictivo de nuestro solar y sé que eres el único que puede custodiarla.

—Me halagan vuestras palabras, padre —le dijo el príncipe, que estaba preparado para lo que venía después.

—Sabes que hay un asunto que tanto tu señora abuela como yo mismo debemos abordar con el fin de reprenderte. Tienes un compromiso con la hija del rey de los aragoneses y no podemos permitir que sigan llegando a oídos de don Jaime determinadas actitudes por tu parte.

—Padre, pedidle a vuestra señora esposa que dé reposo a esa mente atribulada y se dedique a cuidar de sus seres más próximos. Y decidle de mi parte que no está permitido que el nombre de Alfonso de Castilla vuelva a salir de sus labios.

Con aquellas palabras, en las que ni tan siquiera nombró a la reina madre, el príncipe le dejaba claro al rey que sabía que por encima de las cuestiones que atañían al reino estaba la mano silenciosa de la reina Juana, que de un tiempo a aquella parte estaba empezando a manejar al rey a su antojo. El monarca había dejado de estar dominado por su madre para estarlo ahora por su segunda esposa.

—No te permito tal insolencia. Recuerda de quién estás hablando.

—También quiero que le digáis a vuestra señora madre que no se vuelva a referir a mí como un niño al que puede manejar a su antojo. Soy el heredero de la corona de León y de Castilla, y exijo que se me trate como tal.

El rey le hizo un gesto con el mentón para que se marchase de su presencia y decidió no contestarle. El príncipe Alfonso tenía razón en la mayoría de las cosas que le había dicho, y en el fondo se alegró de que su hijo por fin adoptase el papel que le correspondía en el reino.

En Córdoba pasaba la mayor parte del tiempo en casa de los Guzmán. Pedro y Nuño eran sus mejores amigos y su residencia estaba a tiro de piedra del alcázar, donde vivía el infante.

Una de las terapias que mejor le funcionaba era la de pasear en solitario y tratar de conocerse a sí mismo a través de largas meditaciones. En esos paseos solía ir a la antigua muralla, que se encontraba semiderruida, y una vez allí pasaba largos ratos contemplando el paisaje. El lugar dejaba la ciudad a sus espaldas y esto le transmitía la sensación de que todo el peso que descansaba sobre sus hombros desaparecía al perder de vista los edificios de la corte.

Una tarde, mientras paseaba por los restos de la muralla romana, le dio la sensación de que el suelo se tambaleaba bajo sus pies y sintió que los sillares iban a vencerse. Era como si un terremoto hubiese empezado a sacudir esa zona de la ciudad, cuando en realidad lo que sucedía era que le estaba dando un repentino mareo que le hizo perder el conocimiento.

—Traed agua y unos paños para empaparle la frente.

Fue lo primero que oyó mientras trataba de volver en sí entre una nebulosa, sin reconocer quién lo decía. De pronto se encontró completamente desorientado y confundido.

—Hay que llamar al físico.

Reconoció perfectamente la voz de su amigo Pedro Guzmán.

—¡No hace falta, ya vuelve en sí! Dios mío, pensé que no iba a volver a abrir los ojos.

Aquella voz también la reconoció y le produjo un gran alivio oírla. Debido a la carencia de amor maternal que tenía grabada a fuego en el alma, y muy probablemente por la situación de desamparo emocional en que se encontraba, durante los últimos meses había estado aproximándose a Mayor Guillén de Guzmán, hermana de Nuño y Pedro.

Mayor era una mujer guapa, inteligente, de carácter decidido, y en ocasiones podía parecer demasiado seria, pero era una mujer con la que se sentía muy cómodo. Era culta, y por ello podía tener con ella conversaciones que no había mantenido más que con sus profesores. Además, se sentía atraído por la sensualidad de aquella mujer, que era tres lustros mayor que él, pero que lo atraía con más vigor de lo que lo hacían las jovencitas en aquella etapa de su vida.

Cuando volvió definitivamente en sí se encontró en su alcoba, metido en la cama, rodeado de sus amigos, los Guzmán, y sus sirvientes más próximos. Recordaba el paseo por la muralla romana en el que se había sentido mareado, pero nada más; el traslado desde allí hasta sus aposentos se había borrado de su mente.

Mayor de Guzmán, a la que el príncipe se encontró dando instrucciones cuando recuperó la consciencia, mandó salir de la habitación a los miembros del servicio del infante y a sus hermanos, que acataron sus palabras sin objeción alguna. Mayor era el tipo de persona que no necesitaba decir las cosas dos veces. Tenía en la corte fama de generosa, justa y poco amiga de los chismes. Sus hermanos pasaban la vida con el infante y a ella se la consideraba casi un miembro más de la familia real, por lo que los sirvientes de don Alfonso no dudaron en abandonar la habitación y dejarla al cuidado del príncipe.

Mayor le explicó cómo lo había visto apoyarse en una de las paredes medio derruidas de la muralla y caer al suelo dejando el cuello doblado contra la pared. Al verlo acudió todo lo rápido que pudo y, tras tratar de hacer que volviera en sí, fue a buscar ayuda.

—¿Y qué hacíais vos allí? —balbuceó don Alfonso.

—Lo mismo que vos, ya os he visto otras veces, pasear y tratar de ordenar mis ideas; esa muralla me relaja.

—Acercaos, por favor, y hacedme un masaje; me siento muy agarrotado. —El príncipe se sentía atraído por aquella mujer y estaba deseando sentir sus manos sobre la piel.

Mayor se recostó a la derecha del príncipe, que estaba levemente incorporado en la cama, le pasó la mano izquierda por detrás del cuello y comenzó a masajearle los hombros con ambas manos. El heredero al trono levantó levemente la cabeza, cerró los ojos y trató de disfrutar del masaje, que le relajó las vértebras, y al momento se sintió mucho mejor. Cuando esta terminó el masaje, el infante se giró y puso la cara frente a la de ella. Mayor le sujetó y lo besó en los labios.

El heredero sentía por esa mujer, a la que siempre había respetado por ser mayor que él y hermana de sus íntimos amigos, algo que no era capaz de describir, pero que tenía mucho que ver con el aplomo y la serenidad que desprendía, algo de lo que él carecía.

A Mayor de Guzmán no se le conocía marido ni amante. Era una mujer con la piel muy blanca, el pelo de color rojo fuego y al menos una cuarta más alta que cualquier hombre. Su estatura, junto con su linaje, había conseguido algo que ella siempre había deseado: mantenerse alejada de los acuerdos conyugales dentro de la corte, donde nadie consideraba tener suficiente talla, en ningún aspecto, para pretenderla.

Don Alfonso se recostó y Mayor se venció sobre él. El príncipe tan solo llevaba puesto un camisón y estaba cubierto por una fina sábana de seda que le permitía a la mujer recorrer con la mano el pecho del infante, los hombros y los brazos. Lo besó mientras notaba cómo las manos del príncipe trataban de deshacerse del pesado sayo de ella, y tras librarse del vestido de la dama con su ayuda, avanzó por los muslos de esta en dirección a sus nalgas, donde se tropezó con un pequeño calzón de lino del que la mujer se deshizo. Tras desprenderse de esta pieza solo la cubría una camisa blanca de lino fino de manga larga, que la tapaba desde el cuello hasta los tobillos. La cortesana se introdujo entre las sábanas y le remangó el camisón a don Alfonso. Ahora era ella la que recorría las

nalgas del príncipe y le masajeaba el culo con las manos atrapadas entre el cuerpo del infante y la cama.

Estuvieron largo rato acariciándose, besándose en el cuello y mojando sus camisas de sudor hasta que don Alfonso se puso sobre ella y la penetró suavemente.

Hicieron el amor abrazados como si no fuese su primera vez y llevasen una eternidad entregándose el uno a los brazos del otro, y en verdad posiblemente había sido así, aunque nunca hubieran tenido el valor de cruzar el límite que estaban atravesando esa tarde extrañamente cálida del invierno cordobés. Las miradas que llevaban meses intercambiándose mientras se hacían los distraídos en la casa de los Guzmán eran lo bastante explícitas para dos personas de su edad como para saber que antes o después se atreverían a dar aquel paso.

Cuando Mayor de Guzmán salió de los aposentos de Alfonso todo el mundo en el alcázar era consciente de lo que acababa de suceder, pero la poderosa mujer abandonó la habitación con la dignidad de la que había hecho gala toda su vida. No rehuyó hablar con el servicio y tranquilizarlos con respecto del estado de salud del infante, que ya se había recuperado.

—No hay de qué preocuparse, el príncipe se ha restablecido por completo y pronto saldrá de sus aposentos por su propio pie. En todo caso, estad atentos por la noche, por si vuelve a tener otro episodio.

—Muchas gracias, señora. Así lo haremos. Mantendremos al físico pendiente de nuestro señor, podéis quedar tranquila. —Una mujer entrada en años, ataviada con un uniforme gris oscuro y un delantal blanco, fue la única que se atrevió a responderle, a pesar de la tensión que se respiraba en el ambiente.

—Entonces me marcho tranquila sabiendo que está en tan buenas manos.

Don Alfonso no tardó en abandonar su alcoba y dirigirse a la residencia de los Guzmán, donde pidió ver de inmediato a sus amigos. Les explicó lo que había sucedido, pues era perfectamente consciente de que acabaría llegando hasta sus oídos, y les pidió permiso para seguir viéndose con su hermana. Esas fueron sus

palabras. Tanto Nuño como Pedro respondieron con júbilo y se abrazaron a él. Los hermanos de Mayor no querían escuchar las explicaciones de su amigo: era el heredero al trono y tenían claro que aquello era un honor para ellos y mostraba el respeto que el príncipe sentía por su hermana.

Al final escucharon su relato, en el que les detalló la conversación que había mantenido con ella. Quería que las cosas estuviesen perfectamente claras desde el principio. Había pasado por dos romances, que habían acabado muy mal, en las cortes de Salamanca y Toledo, y sabía lo importante que era que las noticias llegasen de primera mano a los interesados. La corte estaba llena de malentendidos intencionados que conseguían enfrentar hasta a las familias más unidas.

El príncipe había tenido tiempo de hablar durante largo rato con Mayor después de recorrer en su jergón hasta el último rincón de su cuerpo, bien entrada la noche. Y mientras esta continuaba tumbada bocarriba, tapada por las sábanas de seda del infante, con su larga melena roja esparcida sobre los almohadones, el heredero permanecía de lado mirándola fijamente como el que contempla algo que cree no merecer. Le dijo que el destino los había puesto en aquella desvencijada muralla esa tarde para unirlos, algo de lo que el infante estaba completamente convencido, y le rogó que no se separase de él jamás. Las palabras del príncipe le sirvieron a Mayor para corroborar lo que había sospechado desde el primer día en que habló con él: el futuro rey de Castilla necesitaba madurar mucho si quería llevar aquella corona con el aplomo que exigía.

El príncipe, por su parte, no había tomado la decisión de entregarse a ella mientras hacían el amor y experimentaba cómo aquella mujer llena de energía frenaba su caída, una caída por la boca de un pozo negro que parecía no tener fin. Era como si su mundo de tinieblas hubiera encontrado de pronto la luz de un sol poderoso. Pero el anhelo por entregarse a esa mujer no había surgido de pronto. Hacía meses que andaba reuniendo el valor para verse a solas con ella y empezar una relación que estaba dispuesto a madurar, y que por azar de la vida había comenzado por el final.

Por nada del mundo permitiría que esa mujer que tenía bajo sus sábanas saliese de sus aposentos sin escuchar su declaración más sincera. Estaba seguro de que, de no ser correspondido por ella, sentiría una desgracia tan profunda que enfermaría, y no tenía la certeza de que en aquella ocasión pudiese volver a recomponer los pedazos de su maltrecho corazón.

—No pienses que estás hablando con una de esas cortesanas recién salidas del cascarón —le advirtió Mayor, que obviamente había dejado el trato cortés de lado.

—No sé qué podría hacer yo sin ti. Mi vida es como la boca de un pozo en el que solo hay oscuridad, y ahora es como si mirase hacia arriba y viese luz en lugar de la negrura del agujero.

—Eres un hombre prometido, padre de dos hijos y con una corona esperando para posarse sobre tu testuz. Si tú estás deprimido, imagínate el resto de tu reino.

—Renuncio a ese matrimonio, no quiero saber nada de esa niña. Son mi padre y mi abuela los instigadores de esas abominables ideas. No tengo interés alguno en tener por suegro al rey de los aragoneses, ese conquistador incansable que el día que nos descuidemos asaltará nuestra frontera e invadirá Castilla como ha hecho con todos los territorios que tiene a su alrededor.

—Alfonso. —Lo llamó por su nombre por primera vez desde que lo conocía—. Me tendrás siempre, pero no me casaré contigo ni tengo en este momento la intención de darte hijos ni me interpondré en tu matrimonio. Viviré en mi casa y siempre serás bienvenido en ella. Sabes que tengo rentas para vivir y no necesito a un hombre que me mantenga, no sufras por ello. Y, además, hace años que decidí que no deseo compartir mi vida con nadie, por lo que no buscaré otro hombre para contraer nupcias. Si aceptas esta relación, me tendrás para ti, pero no quiero ninguna de otro tipo.

—La acepto y esta misma noche iré a ver a tus hermanos y los pondré al tanto.

—Por mí no lo hagas, pero, si quieres hacerlo por ti, no te lo pienso impedir.

Para Mayor las palabras del príncipe suponían el final de su vida en solitario y el comienzo de una situación en la que toda la presión

de la corte recaería sobre sus espaldas. Conocía los entresijos de palacio como nadie en el reino y sabía que desde el momento en que atravesase la puerta de la alcoba y saliese al rellano donde la esperaban los siervos del infante, que los habían oído gemir y hasta gritar de placer, sería la comidilla de todas las plazas y mercados de la península Ibérica, tanto cristianos como musulmanes.

Nada de aquello suponía un problema para la mujer templada y segura de sí misma, que no pensaba ocultarse de nadie ni sentía vergüenza por lo que le esperaba. Su comportamiento en presencia de otras personas sería el que le pidiesen sus entrañas, sin duda de total naturalidad y discreción, pero no lo haría por cumplir con ningún protocolo, sino porque no sentía necesidad alguna ni de demostrar a nadie que era la amante del heredero ni de ocultarlo.

57

El mes de febrero fue lluvioso, pero para don Alfonso fue el más luminoso que recordaba desde que vino al mundo. La relación con Mayor de Guzmán era exactamente como ella le adelantó el extraño día en que se convirtieron en amantes: lo recibía en su casa siempre que lo deseaba, lo dejaba marchar sin pedirle explicaciones sobre cuándo volvería ni a qué dedicaba sus días, y cuando estaba con ella se rodeaba de profesores y eruditos con los que exploraban todas las ciencias y jugaban al ajedrez.

Los despachos procedentes de Toledo y Burgos proporcionaban pocas noticias y en su mayoría se referían a la aparente calma que reinaba en las fronteras del norte del solar. El príncipe se alegraba de haber tenido aquella conversación con su señor padre, pues era obvio que sus amoríos con Mayor de Guzmán hacía semanas que habrían llegado a Burgos. Era probable que la noticia hubiera llegado a la capital del norte al día siguiente de conocerse en Córdoba, pero Alfonso no había recibido ni una línea al respecto del asunto. Lo único que le molestaba era que su padre estuviese soportando por él la presión de aquellas dos mujeres con las que él nunca había congeniado. Ni tan siquiera de niño había conseguido arrancarle una sonrisa a su abuela paterna.

Le daban ganas de viajar a Burgos de la mano de la mujer que le había devuelto la confianza en sí mismo para sentarla en los salones de la corte mientras les sostenía la mirada a su madrastra y a su abuela. Aunque sabía que era mucho más cómodo seguir en aquella ciudad rodeado de sus amigos y de su amante disfrutando de aquel invierno sereno y placentero.

Pero una mañana de comienzos del mes de marzo se encontró con el tío de Mayor, Rodrigo González de Girón, en la sala donde se

recibían las visitas en el alcázar. La presencia del mayordomo mayor de palacio no era presagio de buenas noticias, pues el veterano luchador palentino no habría abandonado su pertinaz actividad cetrera por un correo ordinario.

—Enhorabuena, mi señor. —Fue lo primero que salió de los labios del visitante.

—¿A qué viene este recibimiento? Tu presencia en esta sala, aunque no lo creas, me inquieta.

—Pues nada debe inquietaros, hijo. —Se aproximó al infante el ricohombre.

—Habla pues y no prolongues más la incógnita.

—Ha llegado despacho de Burgos. Es breve, pues viene por mensajera, pero vuestro padre está henchido de alegría y orgullo por vuestro feliz acuerdo con los magnates murcianos. Nos entregan el reino con todos sus castillos.

Aquel era el último detalle que le faltaba al mes para completar el momento más pletórico de la existencia del príncipe. Necesitaba salir de aquella sala e ir a casa de Mayor para agradecerle el cambio que le había imprimido a su existencia. Estaba seguro de que era la influencia de aquella mujer, perfecta por donde la mirase, la que había cambiado su estrella.

El magnate castellano se lo quedó mirando y leyó con perfecta nitidez el brillo en los ojos del heredero de la corona, circunstancia que le hizo aguardar un momento antes de continuar con la parte más importante del mensaje que tenía para el joven príncipe. Don Alfonso advirtió en la pausa del mayordomo que algo grave venía a continuación y se mostró dispuesto a afrontar lo que hubiese tras esa primera noticia que acababa de recibir con tanto orgullo.

—Vuestro padre no se encuentra con ánimo para acometer esta tarea —dijo el consejero real sin esquivarle la mirada—, por lo que os encomienda el honor de comandar la toma de Murcia.

—Dime la verdad. Mi padre está grave. —Por un momento sintió que se le revolvían las entrañas.

El príncipe no quería que su última conversación con su progenitor fuese aquella que habían tenido por culpa de la reina Juana y la reina madre, aquella en la que se había atrevido a dirigirle las

palabras más gruesas que le había dicho en su vida. Quería a su padre, quería abrazarlo y verlo al menos una vez más. Se juró que, si tenía esa oportunidad, la aprovecharía para decirle cuánto lo admiraba. De pronto se dio cuenta de lo necio que había sido: su comportamiento siempre había sido el propio de un niño y, sin apenas tiempo para asimilarlo, se encontraba al frente del reino.

—Vuestro señor padre no está grave. Tiene una dolencia que no le permite trasladarse con facilidad y la campaña no será fácil, a pesar de lo que pueda parecer, pero al rey le quedan muchos años de vida.

—Manda una mensajera y dile a mi padre que marcharé de inmediato a Toledo para preparar lo necesario. Tomaré Murcia para el reino de Castilla, por la gracia de Dios.

El infante casi dejó con la palabra en la boca al bravo veterano de las Navas de Tolosa y salió a las pedregosas calles del alcázar en busca de la casa de su amante. La sirvienta de Mayor le abrió extrañada, pues era raro que el infante buscase a su ama antes de comer. Era por todos conocida en la corte la afición de don Alfonso por rodearse de libros y eruditos en las horas posteriores a los despachos en palacio, para luego salir a pasear o jugar largas partidas de ajedrez por las tardes, y solo después de dar por concluidas estas actividades, con la luz del sol ya desaparecida, era cuando solía ir a visitar a aquella mujer que le había cambiado la vida.

Al oír su voz, Mayor acudió a la entrada de la vivienda. No era una casa grande y estaba adosada a la gran mansión que ocupaban sus hermanos junto al resto de los familiares, primos, tíos y parientes cercanos; ella prefería vivir aparte de la familia. La casa era de una sola planta y tenía un recibidor, una cocina donde dormía la sirvienta y una alcoba en la que había, además de un jergón, una pequeña tina. No disponía de letrinas, sino que contaba con un cubo con una tapadera que vaciaban en las de la casa grande y dejaban en un pequeño patio trasero que había junto a la cocina.

Don Alfonso entró en la habitación de Mayor y le transmitió la información que acababa de conocer en el palacio del alcázar.

—Debes partir cuanto antes, ya me dijiste que con la llegada de la primavera podían empezar las revueltas, y no queremos que te veas atrapado en una batalla imprevista.

—Quiero que entres junto a mí en Murcia, quiero que tomemos juntos aquel solar. Mandaré que vengan a por ti cuando llegue el momento.

Mayor lo abrazó y lo besó.

No se recostaron en el jergón ni se juraron amor eterno. Don Alfonso había cometido el error de olvidar el acuerdo que sellaron el primer día que se amaron, pero ella lo había corregido al menos cinco veces desde entonces y ya tenía la lección muy bien aprendida. Alfonso se despidió con la cabeza y no con el corazón, algo que hizo sonreír a aquella mujer de ideas claras.

—Te juro, Alfonso, que estaré allí. Por nada del mundo te fallaría en un momento como ese, lo sabes perfectamente. Pero solo entraré junto a ti si las circunstancias lo permiten. Se trata de un momento de suma importancia para ambos reinos, no es un paseo de dos enamorados. Espero que seas consciente de ello.

—Nunca saldrá de esos labios una palabra con la que no esté completamente de acuerdo. Pero te garantizo que jamás olvidarás ese momento.

—Estoy segura. Y ahora demuestra a tu señor padre que no yerra enviándote a tomar tan preciada plaza.

Mayor había sabido desde niña el lugar que ocupaba en el mundo y debía ser fiel a su forma de pensar si no quería acabar como otra cortesana más, criando hijos y aguantando la ausencia de alguno de esos nobles ufanos que apenas visitaban sus predios para embarazar a su esposa entre campaña y campaña. Sabía que su familia tenía jerarquía suficiente para que pudiera ser una mujer respetada de puertas afuera de su casa, mientras en el interior de esta su carácter fuerte pero justo le había hecho ganarse el respeto de sus hermanos. A don Alfonso siempre lo vio como uno más de los amigos de sus hermanos, con los que pasaba la mayor parte del tiempo en sus estancias en Córdoba. No le pasaron desapercibidas las miradas fugaces que se cruzó con el infante en más de una

ocasión, algo que no podía juzgarse como accidental, y se dio perfecta cuenta del encaprichamiento del aristócrata por ella.

En un principio trató de alejarse de don Alfonso por todos los medios e intentó no salir a las zonas comunes de la casa familiar cuando los visitaba el infante, pero se entretenía observándolo sin ser vista mientras este la buscaba con la mirada por todos los rincones de la casa. Sabía de sus paseos por la antigua muralla y de sus tardes contemplando el curso del río mientras su cabeza probablemente daba vueltas a la hija que nunca podía ver o al siguiente hijo que estaba a punto de venir al mundo y que era la comidilla de la corte y su secreto peor guardado.

Cuando llegó a Córdoba la noticia del nacimiento del segundo hijo de don Alfonso, los paseos melancólicos del príncipe se hicieron cada vez más largos y meditabundos. Había días que, con el gesto roto, ni siquiera era capaz de levantar la cabeza y mirar al horizonte.

A fuerza de esquivarlo y observarlo sin hacerse notar, fue ella la que acabó por encapricharse del heredero a la corona, en especial por la fragilidad que mostraba aquel hombre que se enfrentaría, quisiera o no, a la grave tarea de portar la corona de León y Castilla a no mucho tardar. El rey Fernando era un hombre con una salud que había titubeado en los últimos tiempos, y el paso de los años tampoco jugaba a su favor.

Mayor seguía a don Alfonso cada tarde en sus paseos y lo esperaba cada noche con impaciencia en la casa familiar de los Guzmán, donde no residía, pero hacía prácticamente toda su vida. Cuando se marchaba a su casa, se metía en su alcoba y fantaseaba con abrazar al príncipe mientras este se entregaba a ella y se perdía bajo las pieles de su jergón.

El día en que lo vio desvanecerse sobre las desvencijadas piedras de la antigua muralla no lo dudó. Sabía que había llegado su momento: era consciente de que el príncipe tenía todavía más ganas que ella de tocar su piel y besar sus labios. La cortesana tenía edad suficiente para casi ser abuela y sin haber estado casada ya había disfrutado de las mieles de la pasión en numerosas ocasiones, sobre todo en una época de su vida en la que se había acercado a la

soldadesca con la sagacidad y la discreción de quien sabe extraer el jugo de una naranja sin mancharse el sayo.

En el día en que el infante de Castilla recibió el honorable encargo por parte de su señor padre, el rey, de tomar en nombre de la corona el reino de Murcia, supo que había aprovechado el poco tiempo del que había dispuesto. Había convertido a aquel niño desvalido, al que había amado en su lecho la tarde en que lo rescató de su desvanecimiento, en un hombre que no solo se guiaba por el corazón y las vísceras.

Se sentía completamente orgullosa, hasta el punto de que se le escapó una leve sonrisa mientras trataba de acabar con el bordado de un pequeño tapiz cuyo resultado no la estaba satisfaciendo. Se dijo que había estado cincelando a aquel hombre ingenuo para sentirse cómoda con él y, sin darse cuenta, le hacía un favor al reino, ya que lo había hecho madurar y sentirse seguro de sí mismo, algo capital ante los acontecimientos que se le habían presentado.

58

Toledo, segunda semana de marzo de 1243

Gonzalo Morán seguía teniendo esa media sonrisa y la mirada limpia que le indicaba a don Alfonso, sin lugar a equívoco, que se encontraba ante un servidor de alma noble y sincera. Y por todo cuanto había sucedido desde el día en que lo conoció, tres años atrás, estaba convencido de que no había errado ni un ápice en aquel pálpito. Mientras formó parte de su escolta personal como integrante del Contino de los Donceles, caballeros segundones condenados a no heredar y que, por tanto, acababan por adquirir tareas de menos lustre alrededor de la corte, siempre fue cumplidor, serio y respetuoso. Además, debía añadir que en el trato personal mostraba un carácter alegre que en muchas ocasiones había sido capaz de levantar el alicaído ánimo al infante, que pasaba un auténtico calvario en aquella época en la que lo habían obligado a alejarse de Salamanca, donde quedaba su gran amor.

Gonzalo estaba sentado en el salón de la pequeña pero coqueta casa que habitaba junto a su mujer y un niño, que esta mantenía entre los brazos como si fuese un recién nacido a pesar de que contaba con un año. La mujer era alta, con la piel muy blanca, el pelo trigueño y unos impresionantes ojos azules. Tenía el cuello girado hacia la izquierda y miraba al suelo sin fijar la vista mientras el bebé hacía pompas de saliva y emitía gorgoritos.

Se sentía muy incómoda en aquella situación y hacía todo lo posible para que los dos hombres que la acompañaban en la sala fueran conscientes de ello. No estaba dispuesta a permitir que aquel fuese un momento del que ninguno de los dos guardase un recuerdo agradable. Era tal la rigidez de la mujer que el bebé que tenía entre los brazos percibió la hostilidad del momento y comenzó a patalear y

arquear la pequeña espalda hacia atrás tratando de separarse de ella. La mujer reaccionó meciéndose mientras seguía de pie y apretaba con delicadeza al niño contra su pecho. El invitado miraba hacia el crío, incapaz de cruzar sus ojos con los de la arisca madre o con los de su anfitrión.

La esposa de Gonzalo llevaba un sayo de terciopelo italiano color verde oscuro, de cuello redondo. Por debajo del vestido sobresalía una camisa blanca que asomaba en el cuello y los puños. El sayo era largo y ni siquiera permitía ver el calzado de la mujer, que permanecía en un lado de la sala, mostrando un claro desaire tanto al invitado como a su marido, que estaban sentados en el otro extremo del salón, a unos cuatro pasos de donde se encontraban madre e hijo de pie.

Había una chimenea encendida y el fuego era poderoso y crepitante, y proporcionaba un calor sin el que habría sido casi imposible permanecer en aquella estancia en la fría mañana mesetaria. El infante estaba sentado en el borde de una silla forrada de tela, junto a una mesa baja en la que había una jarra con vino rebajado y dos tazas de plata.

En otra de las sillas, recostado, mostrando mucha más comodidad por la situación e incluso alegría por compartir aquel momento, aunque las circunstancias no fuesen las más idóneas, se encontraba Gonzalo Morán, al que el príncipe volvió a envidiar como siempre que había compartido un encuentro con él. Esbozaba esa sonrisa natural que le salía del alma y que mostraba la alegría con la que parecía convivir de manera perenne. Don Alfonso había dedicado largos ratos a analizar a aquel hombre, que tenía su misma edad, pero que no parecía arrastrar ninguna aflicción a pesar de sus muchos años en un lugar tan complicado como era la corte.

El anfitrión tenía una barba cerrada y un vello abundante que le sobresalía por el cuello de la camisa blanca, que llevaba bajo una sobrevesta granate. Apoyaba sus grandes y velludas manos sobre el reposabrazos del sillón mientras miraba con ojos expectantes a su invitado.

—Es un gran honor que hayáis tenido a bien honrarnos con esta visita, mi señor.

—Llevo un año esperando a que llegue este día, así que soy yo quien está realmente honrado de venir a este hogar.

—Soy consciente, mi señor, de que insististeis en que viniésemos a la corte y tuviésemos todas las comodidades, tanto en este hogar como con las dos mujeres que nos ayudan con el cuidado del niño, por lo que nuestro agradecimiento es infinito.

—Querido Gonzalo, no solo soy afortunado por poder colaborar con vosotros, sino que para mí no puede haber mayor placer que venir en persona y comprobar el mimo con el que criais al pequeño —expresó el infante desde el fondo de su corazón.

—Alteza, no hace falta que os diga que estáis en vuestra casa y podéis venir cuantas veces deseéis.

La señora de la casa no esperó a que se dirigieran a ella, se acercó con gesto indiferente hasta donde se encontraban los dos hombres sentados y esperó a que estos interrumpiesen su conversación y levantasen la mirada hacia ella. Estaba deseando que el infante se marchase, y no quería esperar ni un momento más.

La presencia de don Alfonso le removía las entrañas. Siempre había sentido algo por el heredero al trono, una atracción mezclada con recelo y pudor. Era como si su sola presencia la hiciese caer rendida en sus brazos sin que pudiera remediarlo, al tiempo que sentía pánico por lo que implicaba acercarse a aquel hombre tan débil en apariencia, pero con tanto poder. Le había venido muy bien no verlo en casi dos años, pero siempre había sabido que aquel temido momento habría de llegar.

El infante se puso en pie, miró a los ojos color azul cielo de la cortesana y, sin dirigir palabra alguna a la mujer, bajó la vista hasta el bebé. El niño lo miró con la boca y los ojos muy abiertos, del mismo color que los de su madre, y pudo ver los dos incisivos centrales inferiores, que aguardaban en solitario al resto de los dientes, que pronto poblarían esas encías.

—Este es vuestro hijo, alteza —le dijo Elvira antes de inclinar levemente la cabeza en señal de respeto.

—Ha tenido suerte de sacar la belleza de su madre.

—Muchas gracias, alteza. ¿Queréis tomarlo entre vuestros brazos?

—Por supuesto, a eso he venido.

El niño miró a la madre con cara de susto mientras esta se deshacía de él, pero no lloró ni protestó cuando su padre se lo pegó al pecho. Pareció gustarle el tacto de la seda del sayal marrón oscuro del príncipe, que lo meció con tiento y le dio un beso en la frente.

—Lo llamamos «el niño» —dijo Gonzalo, que percibió mucha frialdad entre los antiguos amantes.

—¿Y qué tal se porta «el niño»? —preguntó don Alfonso.

Elvira levantó la mano y cortó la respuesta de su marido con ese gesto y una mirada de reproche.

—Si lo queréis saber, no tenéis más que comprobarlo.

—Don Alfonso, no hagáis caso a mi esposa, está alterada. Vuestro hijo se porta muy bien y es un niño muy querido por todos.

—Bueno, creo que estáis haciendo un gran trabajo en su crianza.

A continuación, devolvió al pequeño a los brazos de su madre y salió de aquel hogar en el que era evidente que la madre de su hijo guardaba un gran resentimiento hacia él. Sin embargo, no se lo podía reprochar, ya que se había marchado de Toledo hacía casi dos años, tras besarla en la frente y jurarle amistad para siempre, cuando aquella mujer quería otra cosa de él. Por otra parte, no había duda de que hasta la capital del Tajo habían llegado noticias de la nueva relación del infante con Mayor de Guzmán, algo que se podía leer en los ojos huidizos y brillantes de Elvira. Se sabía despreciado por aquella mujer, que todavía era más guapa de lo que la recordaba. Era como si en los casi dos años que habían estado sin verse él hubiese envejecido diez y ella los hubiese rejuvenecido.

Al pinchazo que había notado en el estómago al entrar en aquella sala y encontrarse con Elvira se estaba uniendo ahora una aceleración en su respiración, consecuencia de la ansiedad que le había producido aquel encuentro. Recordaba la piel blanca y suave de aquella mujer, sus formas voluptuosas y sus gemidos sordos en aquel granero donde había pasado los mejores momentos de su vida. Esa misma mujer era la que se negaba a tener el menor roce con él en aquel momento, algo terrible para el heredero de la corona, que ya había pasado antes por algo muy similar en su

primer encuentro con María Alfonso tras el alumbramiento de su hija Berenguela.

Por todo aquello el infante se sintió terriblemente incómodo en casa de doña Elvira, pero lo cierto era que nada pudo hacer para permanecer más tiempo en Toledo cuando su padre le ordenó que se alejase de esa corte, y Elvira, aunque se negaba a reconocerlo, sabía que era así. Su amigo y fiel consejero, Juan García, había informado a su padre de la relación del príncipe con Elvira, y don Fernando no tuvo más remedio que mandar de inmediato a su hijo de vuelta a Córdoba. Lo alejó de la corte como había hecho antes en Salamanca, pues era todo lo que estaba en su mano para cortar las inapropiadas relaciones en las que el infante parecía empeñado en reincidir. El propio infante empezaba a pensar que era una forma de sancionar a su padre y a su abuela, la reina Berenguela, por la obstinación de estos en prometerlo con niñas que todavía no estaban en edad casadera.

Don Alfonso sabía, por comentarios que había recibido en su círculo, del gran resentimiento que Elvira le guardaba, y había ido hasta su casa dispuesto a explicarle las circunstancias que habían motivado su abrupta marcha dos años atrás. Sin embargo, estaba claro que la joven no estaba dispuesta a escuchar su retahíla de excusas, por lo que admitió que debía soportar la tristeza que le había supuesto aquella visita y tratar de asumir la situación, a pesar de que ambos sabían que no había dejado a aquella hermosa mujer por voluntad propia. Y, además, en ningún momento se había desentendido de aquel niño que acababa de tener entre los brazos. Se había ocupado de reconocer a su hijo desde el mismo momento de su nacimiento. Para ello mandó a uña de caballo a Gonzalo Morán para que avisara a todas las autoridades de que Juan Fernández había venido a este mundo y era hijo suyo, y tanto él como su madre serían desde aquel momento familiares del heredero de la corona de Castilla y se les trataría con la cortesía correspondiente.

Y más aún. El infante sabía desde el día en que conoció a Elvira que esta estaba enamorada de Gonzalo Morán, el más apuesto de los cortesanos que gravitaban aquel entorno en las jornadas veraniegas de la corte. En los jardines del alcázar se jugaba a los

naipes y se recitaban poemas mientras los pajes del infante y los soldados se movían por los alrededores, donde el juego de miradas entre las mozas y los caballeros iba configurando parejas de cortesanos entre silencios y sonrisas.

Elvira no era de las más asiduas a los encuentros vespertinos. Era casi una recién llegada a la corte cuando el infante la conoció, y además no la caracterizaba la facilidad para acercarse al resto de las cortesanas. Desde su llegada a Toledo el grueso de las integrantes de la corte le había dado en cierto modo la espalda. Sus impresionantes ojos y la figura de su cuerpo, alta, estilizada y con unas curvas sinuosas y sugerentes, como gustaban a los hombres, generó desde el primer momento mucha envidia entre las mozas casaderas.

Sus encuentros secretos con el infante las tardes lluviosas del mes de junio en las que se refugiaban en los graneros situados a poca distancia de los jardines del Alcázar, y en las que la moza quedó encinta, llegó hasta los oídos de toda la corte. Las envidias que se generaron alrededor de la joven sufrieron tal escalada de violencia por parte de las otras mujeres que los señores de Villada viajaron de manera urgente a Toledo para llevar a su hija de vuelta a su solar.

El príncipe sabía que su amor con aquella mujer era imposible. El pacto con la casa de Aragón para sus nupcias con la hija del rey Jaime I estaba por encima de todo cuanto el joven pudiese hacer, y a pesar del dolor que le supuso, fue magnánimo en su decisión con respecto a su amante. No lo dudó, y en el momento que supo que Elvira había dado a luz al hijo que le había engendrado, le mandó a Gonzalo Morán. Sabía perfectamente que el amor que un día había habido entre ellos volvería a prender, y así fue.

Y, por supuesto, no dudó en aprobar y animar el enlace entre ambos en el momento en que su macero se lo pidió, por lo que, a pesar de cuanto había pasado, esperaba un comportamiento más conciliador por parte de Elvira. En todo caso, el príncipe era un hombre inteligente y sensible, y sabía que no solo debía asumir la situación, sino que con el paso del tiempo era probable que la joven acabase por entenderlo y perdonarlo.

—Ya te advertí de que lo único que ibas a conseguir con esa visita era remover aquella herida que dejaste sin cerrar. —Su amigo Juan García no era de los que acostumbraban a ofrecerle palabras de consuelo.

—Según tú, lo correcto es venir a Toledo y no hacer por ver a mi hijo. Esa es la mejor idea que te viene a la mente, que me esconda como un cobarde.

—No. Pero ya te dije que era más conveniente dejar elegir a doña Elvira cuándo y en qué circunstancias quería que se produjese ese encuentro. Quizá no le apetecía someterse a una visita inoportuna en el salón de su hogar. Por cierto, ¿cómo está el niño?

—El niño está fuerte como un roble —dijo el príncipe antes de volver el rostro y dar por concluida la conversación.

El infante entró en el imponente edificio de la corte, el alcázar toledano, rumiando lo que había pasado en la casa de Gonzalo y Elvira. No veía qué más podía hacer por aquella mujer por la que todavía sentía un cosquilleo pertinaz en el estómago. Le había otorgado el tratamiento de doña; le había mandado a Gonzalo Morán, quien era pretendiente de la joven cuando el infante se interpuso entre ellos; había aprobado sus nupcias, y les había buscado acomodo en la corte.

Al final, la sensación que le quedaba con Elvira era la misma que tenía con María. Las madres de sus hijos bastardos lo adoraban en la intimidad, eran cariñosas y entregadas cuando nadie los observaba, pero parecía como si una barrera se interpusiese entre ellos cuando se encontraban frente a otras personas. El encuentro que acababa de tener le recordaba mucho al día en que le dio el pésame a María frente a la catedral de Salamanca a la salida del oficio. Era como si se avergonzasen de haber coincidido con él en la vida, y aquello le dolía, pues el príncipe se consideraba un humanista por encima de todas las cosas y estaba claro que era en aquello, en su calidad humana, en lo que les fallaba a las personas a las que más quería.

Además, acababa de darse cuenta de que hacía solo un rato había tenido a su hijo entre los brazos, y era tal la atribulación que invadía su mente que ni tan siquiera había notado nada especial al tener al fruto de su amor pegado al pecho. Debía de tener mucho cuidado

para no convertirse en la clase de persona que siempre había aborrecido en la corte, esos que se manejaban entre intrigas palaciegas sin sentir la más mínima piedad por las gentes de las que se rodeaban.

Pero había algo que lo reconfortaba, y era que Mayor de Guzmán, que en aquel momento aguardaba noticias del infante en Córdoba, era una mujer con una gran personalidad y no tenía objeción alguna en coincidir con el infante en cualquier lugar de la corte o fuera de esta.

Llegado ese momento, no sabía por cuál de las tres mujeres de su vida decidirse. Cada una era diferente a la anterior, y las tres, de alguna manera, lo habían rescatado en distintos periodos de su existencia.

59

Su intención en aquella jornada, en la que había tenido que enfrentarse al resentimiento que le guardaba una de las mujeres a las que más había querido, era la de encerrarse en el salón donde recopilaba la información extraída de su observación del firmamento, pues el día no parecía tener reservado para él nada halagüeño. Había recogido muchos datos en las últimas noches y necesitaba ordenarlos. Pero al saludar a los centinelas de la entrada había reconocido al palafrenero que solía desplazarse con el mayordomo mayor de palacio, y desde ese momento supo que las tablas que esperaban por él debían aguardar mejor ocasión.

Al entrar en el estrecho pasillo que conducía hasta la sala en la que se reunía con sus consejeros más próximos, Alfonso vio a don Rodrigo González de Girón, hermano de la madre de los Guzmán, dirigiéndose hacia él con presteza.

—¡Están aquí! —le dijo con un grito sordo que casi era un susurro para que no llegase más allá de aquel pasillo.

—¿Quiénes? —preguntó sin poder evitar mostrarse un poco preocupado.

—Los musulmanes, la delegación murciana. Vienen a veros.

En aquel momento, en el angosto pasillo hecho a base de grandes sillares y pobremente iluminado, el infante de Castilla comprendió que se había convertido en el máximo representante del reino. Esta vez su padre no lo acompañaría hasta la puerta de la plaza que fuesen a tomar para recibir la llave de manos de los alcaides, como había sucedido en tantas ocasiones, y tampoco sería un alcaide el que entregaría la plaza. Tomaría el reino de Murcia y sería él, con su amada, el que tendría el honor de cobrar la pieza para el reino.

El encuentro de la comitiva musulmana con el rey había transcurrido según lo previsto en Burgos y ahora todo quedaba entre el reyezuelo murciano y el infante de Castilla. Aquella visita que esperaba por él lo confirmaba.

Don Alfonso se dio la vuelta y desanduvo el pasillo sin aguardar a oír una sola palabra más. Encaminó sus pasos hacia el salón donde se despachaban los encuentros con las personalidades ajenas al entorno más cercano de la familia real. Ya había recibido la visita de algunos de los más importantes señores de su reino en esa misma estancia, pero aquel era, sin duda, el encuentro de más alta responsabilidad que iba a mantener allí sin la presencia de su padre, el rey.

Cuando llegó al recibidor del gran salón, se encontró con media docena de soldados musulmanes desarmados que hacían guardia ante la puerta de doble hoja que daba acceso a la pieza. Junto a ellos, una decena de centinelas cristianos, con las espadas al cinto, aguardaban al infante, y al verlo llegar el mayor de ellos, un soldado entrado en años y acostumbrado a tratar tanto con el infante como con su padre, levantó la barbilla esperando el gesto de don Alfonso. Este asintió tras detenerse ante él y el centinela llamó a la puerta y la abrió sin esperar respuesta.

En la corte nadie era ajeno a la situación del gobierno del reino. El rey no estaba ni mucho menos moribundo y tampoco la reina madre había dejado de lado ese carácter dominante que proyectaba una sombra alargada desde Burgos hasta el punto más recóndito del reino. Sin embargo, el paso de los años y los achaques en forma de enfermedad de ambos estaban empezando a cargar el gobierno del solar sobre las espaldas del infante Alfonso. Su hermano Fadrique había dejado de hacerle sombra desde que lo habían enviado a tierras teutonas.

El príncipe entró con energía al gran salón y se encontró a tres representantes de la taifa murciana sentados en un lado de la descomunal mesa. Tanto el salón como la mesa, en forma de U, se antojaban demasiado grandes para la exigua representación que habían desplazado los murcianos para aquel encuentro, circunstancia que no menguó ni un ápice el ánimo del infante.

Los musulmanes iban ataviados con chilabas blancas y llevaban la cabeza cubierta por turbantes del mismo color. Los tres eran morenos y con cerradas barbas de color negro. Se levantaron al verlo entrar en la sala e hicieron una leve genuflexión.

La sala era rectangular y tenía una gran chimenea en la pared opuesta a la cabecera de la mesa. El frío era terrible en el exterior, pues la primavera se negaba a sustituir los rigores del invierno, pero los troncos se agolpaban en el hogar y ardían con grandes llamas que calentaban al tiempo que iluminaban esa parte de la estancia. En las paredes, entre los tapices con motivos de caza había antorchas que proyectaban su luz con fuerza y dejaban ver con nitidez los pendones de León y Castilla, que colgaban de la superficie de las mesas cual si fuesen manteles.

El infante miró a sus visitantes con gesto serio y se encaminó a una de las sillas que estaban justo frente a las que habían elegido los representantes de Ibn Hud al-Dawla. Pero en el salón se encontraba el maestre de la Orden de Santiago, Pelayo Pérez Correa. Era un guerrero con una experiencia dilatada que había recorrido más campos de batalla de los que era capaz de recordar y sabía demasiado como para permitir aquello, así que se interpuso con su cuerpo de guerrero y su larga y poblada barba, que le llegaba bastante más abajo del pecho, y acompañó al infante hasta la silla que se encontraba en el centro de la cabecera de la mesa.

—Alteza, jamás permitirá un servidor de vos que os sentéis de igual a igual frente a esa delegación de infieles que no se merecen compartir esta sala con el heredero de la corona de León y de Castilla.

—Pelayo, agradezco tu gesto, pero esta embajada ha venido hasta aquí en son de paz y tras recibir el visto bueno de mi señor padre, que te recuerdo es tu rey, al que debes lealtad.

—Antes me dejaría degollar por el alfanje de uno de esos de ahí que fallarle a vuestro señor padre, pero no vamos a permitir humillaciones, y menos en nuestra casa.

Un ujier de avanzada edad que estaba junto a ellos fue testigo de la conversación, que escuchó con gesto hierático hasta que entendió que había llegado a su fin y se dirigió a la pesada silla para moverla

y que el infante tomase asiento. Pero el guerrero portugués, que había luchado con gran éxito en el Alentejo perjudicando de manera ostensible a los musulmanes, no había terminado de mostrarle el respeto debido y apartó con brusquedad al servidor de palacio para ser él quien moviese el sitial del príncipe. Quería dejar claro a aquellos infieles dónde y ante quién se encontraban, pues parecía que todo iban a ser parabienes para aquellos intrusos cuyos alfanjes tantas veces había visto desenvainar.

—Sed bienvenidos —dijo por fin Alfonso cuando consiguió calmar al santiaguista.

—Muchas gracias por vuestra hospitalidad.

—¿Habéis encontrado dificultades en vuestro desplazamiento por nuestros dominios?

—No tenemos queja alguna de la que dar parte. Agradecemos el trato recibido.

En ese momento el infante se dio cuenta de que estaba hablando con el prohombre que había negociado con la Balteira para que ese encuentro pudiese producirse. Solo se lo había comentado en una o dos ocasiones, y además lo había hecho de pasada cuando le narró su periplo en Málaga y luego en la frontera del reino de Murcia, pero era evidente que esos eran los inolvidables ojos negros de los que le había hablado la gallega.

—Si os digo verdad, no os esperábamos tan pronto —probó a decir el príncipe para sonsacar a aquel hombre que lo miraba con ojos expectantes.

—El rey de los aragoneses… —Se detuvo tras pronunciar estas palabras y esperó al gesto afirmativo del yerno de Jaime I—. Si me lo permitís, tiene prisa, y sus prisas son las nuestras.

—Os aconsejo pertrechar con vuestros mejores hombres esa frontera norte —apuntó el maestre santiaguista—, no es don Jaime enemigo al que se deba dar ventaja. Creedme, lo conozco bien.

—Sabias palabras son esas. En aquella frontera hemos perdido a muchos de nuestros mejores caballeros. La frontera oeste tampoco es pacífica, pero hay muchas ciudades fortificadas entre ese límite de nuestros dominios y la capital; aun así, tampoco debemos descuidarla.

—He oído que en algunas de esas ciudades no se respeta a vuestro reyezuelo —dijo sin poder evitar un leve gesto despectivo el portugués, que había tomado peso en la conversación.

—No os preocupéis por ello, siempre hay manzanas podridas en un cesto. Sabremos ocuparnos de eso en su justo momento, pero ahora es preferible que nos centremos en la amenaza cristiana por el norte y la del Arjona por el oeste.

Todos los presentes en la reunión conocían la situación de las fronteras del reino murciano, pero los cristianos estaban contentos de oírlo de voz de un alto magnate de la corte hudí. Esto significaba lo que todos entendían: la desesperación era máxima, tenían el agua al cuello y el pueblo los recibiría con los brazos abiertos. Por experiencias anteriores eran conocedores de lo complicado que resultaba recibir una plaza en la que el pueblo estuviese en contra, pero los ciudadanos de a pie conocían los entresijos de la política de sus taifas casi mejor que los propios gobernantes. Eran ellos y sus familias los que morían en esas fronteras asediadas por los pueblos vecinos, por lo que recibirían la llegada de la poderosa espada del reino de Castilla con todas las bendiciones.

Las partes reunidas en aquella mesa no ignoraban la tensión que producía en aquel encuentro la presencia del maestre de la Orden de Santiago. Ni por un momento querían romper aquel acuerdo en el que ganaban ambas partes en detrimento del rey nazarí y del futuro suegro de don Alfonso, el rey de los aragoneses. Algo flotaba en el ambiente y las miradas cruzadas. En especial las que se intercambiaron Mohamed, el representante musulmán, y don Pelayo eran miradas de tregua y de aceptación, que reconocían que el negocio que había sobre aquella robusta mesa condonaba las cuitas pendientes.

La Orden de Santiago era gran conocedora de las tierras a las que iba a someter Castilla. Había blandido la espada contra las tropas infieles en multitud de ocasiones en aquel solar, en el que recientemente había conquistado las plazas de Chinchilla y Yeste, y había hostigado muchas otras posiciones en el norte del reino de Ibn Hud al-Dawla. Pero aquella reunión en la que no se pronunciaría palabra alguna sobre el particular sellaba de paso la paz entre los

santiaguistas y la taifa, que no recibiría más incursiones por parte de aquellos monjes militares.

Tras un silencio que duró más de lo esperado, el ricohombre murciano clavó sus profundos ojos negros en los del infante y le habló con un ritmo lento, casi solemne:

—Os rogamos que no esperéis ni un día más para salir a uña de caballo hacia Murcia. Id y tomad la ciudad en las condiciones que quedaron pactadas con vuestro señor padre, el valeroso rey de Castilla. Se lo pedimos con toda la humildad del mundo.

—De León y de Castilla —apuntó don Pelayo.

—De León y de Castilla —aceptó el musulmán, con el mismo ritmo quedo en el habla, sosteniéndole la mirada al maestre santiaguista —. Espero, don Pelayo, que confiéis en nuestras buenas intenciones. En este momento nuestros intereses son comunes y nuestros enemigos también.

—Escuchadme, porque solo os lo voy a decir una vez. Vuestros intereses no sé cuáles son, de hecho no tengo ningún interés en conocerlos, pero mis enemigos siempre seréis vos y vuestro pueblo. No lo olvidéis.

Tras esas palabras la reunión concluyó dejando en la sala un ambiente enrarecido que el representante musulmán supo rebajar haciendo una genuflexión antes de abandonar la estancia.

60

Toledo, marzo de 1243

El infante tenía prisa por conquistar el reino de Murcia. Sabía que, de conseguirse, aquel sería un logro personal, y no quería que su primera gran aportación al reino, que un día estaría bajo su gobierno, se le escapase. Era como si cada vez que se ponía el sol sin llegar a la puerta de la capital murciana la posibilidad real de hacerse con la taifa se alejase. A pesar de estar a punto de emprender la marcha, parecía como si cada día surgiese un nuevo imprevisto que se interponía entre él y aquella ciudad que estaba convirtiéndose en una obsesión para el joven príncipe.

Una de las noches que pasó en Toledo en la espera, recibió la inesperada y siempre incómoda visita de María la Balteira. Estaba del todo seguro de que no se libraría de pasar por el trance de vérselas con esa mujer que jamás perdonaba una deuda, algo a lo que la familia real no estaba acostumbrada. No la había citado ni sabía cómo habría dado con él la soldadera, pero de pronto apareció en su alcoba en mitad de una madrugada.

—¿No echáis de menos la compañía de vuestra nueva amante entre estas pieles tan frías? —le susurró la trovadora al oído tras introducir la mano en el interior de las pieles de la cama para recorrer el torso del príncipe en dirección a su entrepierna.

—¡Qué diablos! —exclamó el infante cuando terminó de comprender la situación.

—No gritéis, señor, que vais a despertar a esos guardas tan relajados que tenéis. Y no queremos que le vayan con el cuento de vuestras noches acompañado por cortesanas a la buena de Mayor.

No era la primera ni la segunda ni la quinta vez que aquella mujer, que conocía todas las artes para embaucar incluso al mismo

demonio, se colaba en el lugar más privado de su corte, pero esto no se lo podía reprochar pues por estas dotes era por las que precisamente la necesitaba. Aquella habilidad era la que le había servido para penetrar hasta el mismo centro de poder de cuantas taifas había logrado para el príncipe castellano.

El heredero al trono sabía que la soldadera estaba en lo cierto y le interesaba que ese encuentro quedase en secreto. Mayor no le había exigido que le guardase ausencia, en realidad no le había exigido nada, pero se negaba a enturbiar la relación que en aquel momento lo significaba todo para él. La gallega había llegado hasta la alcoba del príncipe con un plan y era obvio que no pensaba detenerse. Siguió con el recorrido de la mano por el vientre del infante, que, a pesar de hacer un tímido intento por alejarse de ella, se dio por vencido con suma facilidad cuando la trovadora llegó hasta su destino, detuvo la mano y agarró con delicadeza el miembro de este, que terminó de endurecerse al contacto con el calor de la mano y el movimiento de los dedos.

—Parece que os alegráis de verme —le susurró al oído al tiempo que le lamía el lóbulo de la oreja.

—Por supuesto que no, no soy un ingenuo. Sé a por lo que vienes, era consciente de que tardarías poco en aparecer. En aquella mesa —dijo moviendo la cabeza en dirección a los pies de la cama— está el documento para el abad del monasterio gallego. No era necesario que asaltases mi alcoba para tener tu maldita rúbrica. Pero no te haré entrega de ella hasta que el pendón de Castilla ondee en el alcázar de Murcia.

—¿Seguro que no estáis contento con mi visita? —La gallega no pensaba dejar a medias aquel negocio; necesitaba seguir teniendo el dominio sobre el príncipe—. Esa es una forma muy fea de recibir a una dama.

Tras decir eso, levantó las pieles del lecho y reptó por la cama hasta poner su cuerpo sobre el del príncipe, que no hizo el mínimo ademán por apartarse de ella. Una vez pegada a él, rozó su cara con la de este, notando en su piel la aspereza de la barba mal rasurada, y a continuación guio el pene del heredero al interior de su cuerpo para comenzar a cabalgarlo con lentitud.

—¿Me vais a decir, alteza, que no me echabais de menos? ¿Estáis seguro? Esa nueva amante que tenéis podría ser vuestra abuela, y lo sabéis. ¿Tiene edad todavía para complaceros o necesita llevar a otras doncellas que hagan el trabajo? Porque imagino que ese cuerpo no debe tener la firmeza de los que soléis frecuentar.

El príncipe hizo por apartarse de ella y esta lo apretó con las piernas y comenzó a cabalgarlo con más ímpetu, mientras el heredero echaba la cabeza hacia atrás y se dejaba llevar, vencido por las artes de aquella mujer que siempre acertaba a doblegarlo. Era imposible que pudiese luchar contra una persona que conocía sus puntos débiles como nadie en todo el orbe.

—Alteza —dijo la mujer tras dejarlo exhalando profundas bocanadas de aire tumbado bocarriba en la cama—, creo que tenéis tan abandonada la práctica del deporte como la de los juegos de alcoba. Yo si fuera vos madrugaría para asistir a las partidas de caza con más asiduidad. Y, tal y como os he indicado antes, buscaría una amante que os sirviera para algo más que para asistir junto a vos a esas interminables charlas con físicos y astrónomos.

—Imagino que no todos tenemos las mismas inquietudes. Ahora te pido que abandones esta habitación con la discreción con la que has entrado.

—Antes de eso os voy a pedir una cosa: mostradme el documento rubricado por vuestro señor padre, por favor. Necesito verlo, es lo último que os voy a requerir, tened piedad. Hace años que no soy capaz de conciliar el sueño por culpa de esa inquietud —le rogó la Balteira con lágrimas en los ojos.

El príncipe era consciente de que le debía alguna muestra del cumplimiento de su parte en aquel acuerdo. Era cierto que la soldadera había puesto en juego su vida durante años y merecía incluso llevarse aquel documento, pero no podía permitirse perderla justo ahora, cuando sabía que podía ser una pieza muy importante si se torcían las cosas con los caballeros musulmanes que le habían servido la entrega de Murcia. Por eso, se levantó del lecho y fue completamente desnudo hasta el escritorio, sacó una llave del cajón y abrió la caja de madera que había sobre la mesa para sacar el pergamino enrollado.

—Aquí lo tienes —le dijo mostrándole el documento—, en unos pocos días será de tu propiedad y se lo podrás llevar a ese codicioso oblato.

María sabía que el príncipe era testarudo y, por tanto, le resultaría imposible llevarse el documento que había ido a recoger, pero al menos ya tenía la certeza de que la esquela contaba con la rúbrica del rey. Ahora le tocaba seguir de cerca la expedición del infante a tierras murcianas, y por nada del mundo debía permitir que el acuerdo con los magnates musulmanes se torciera.

Con una sensación agridulce en el ánimo y poco más por hacer en ese lecho, estimó que había llegado el momento de dar por concluido el encuentro en las alcobas reales. Abandonó el alcázar toledano entre las sombras de los poderosos pilares hechos a base de grandes sillares, que le permitieron huir entre sus sombras sin que la vieran. Estaba segura de que había dejado al futuro rey de Castilla con el desorden mental que requería la gallega para seguir disponiendo de él cuando lo precisase.

María odiaba todo cuanto tuviese que ver con esa corte castellana. Nunca había soportado considerarse una mera herramienta en manos de aquellos hombres que manejaban el reino a su antojo, pero debía ser sincera al menos consigo misma, y aunque se negase a admitirlo estaba muy dolida con el príncipe de Castilla. Cada vez que sabía de una nueva relación de don Alfonso se consideraba traicionada por este, algo que se empeñaba en repetirse que era absurdo, porque con aquel ser egocéntrico y desconfiado no había nada más que un intercambio de intereses.

No soportaba la situación. Había abandonado aquel jergón, en el que no era más que una intrusa, con el alma hecha trizas. Era obvio que se había quedado sola en la vida porque se consideraba incapaz de dejarse querer. La invadían tal inseguridad y miedo al rechazo que en vez de relajarse y permitirles a las personas por las que había sentido algo que se aproximasen a ella, les mostraba su lado más agresivo y desconfiado y conseguía alejarlas para acabar completamente enfrentada en una relación en la que resultaba imposible dar marcha atrás.

Y ahora, mientras caminaba por las gélidas callejuelas de Toledo embutida en su capa de lana gruesa, notaba cómo una lágrima le resbalaba por la mejilla y se odiaba por eso. El príncipe de Castilla no era para ella, lo sabía a la perfección, no era para ella ni jamás lo había pretendido. Pero lo que en realidad la fustigaba era que él no fuese capaz de considerarla otra cosa que no fuese su ariete en las alcazabas musulmanas. Mientras tanto, el corazón del infante pasaba de una cortesana a otra sin reparar jamás en ella, la mujer que le había conseguido todo cuanto había logrado al sur del río Tajo.

61

El infante no soportaba la situación. Su padre, a pesar de conocer como nadie la desesperación de los gobernantes de una plaza cuando esta se encontraba rodeada de enemigos voraces, estaba a demasiada distancia y no podía calcular cómo de peligrosa era la espera a la que estaba sometiendo su decisión. No era descartable que para cuando llegase el correo de Burgos con los parabienes del monarca ya no hubiese reino que tomar, salvo que estuviese dispuesto a emprender una contienda contra las tropas de al-Ahmar o las del mismo Jaime I.

La autorización regia no iba a ser tan inmediata como las circunstancias obligaban, eso era evidente. A buen seguro tendría que superar por encima de todo el escepticismo de la reina Juana, a quien el reino de Castilla no le importaba absolutamente nada y esta aportación del odiado heredero al trono de su marido le estaría sentando a cuerno quemado.

Pero don Alfonso se desesperaba en Toledo, pues sabía que la autorización de su señor padre no era la única traba que debían superar antes de emprender la marcha. El maestre santiaguista, que ostentaba el mando militar de la gran expedición que se desplazaría hasta el reino musulmán, había avisado al joven infante de que no permitiría que la comitiva real atravesase la puerta de Alcántara hasta que las huestes estuviesen completadas.

Las mesnadas, procedentes de todos los puntos del reino, habían ido situándose en los alrededores de la capital, al otro lado del río, ante la imposibilidad material de alojarlos a todos en el interior de la ciudad amurallada. Las tiendas se situaron más allá del puente y configuraban una ciudad de lonas cuyo tamaño, cada día mayor, era muy superior al de muchas de las aldeas del alfoz de la capital.

Junto a las tiendas había cercados repletos de animales, donde los bueyes y los mulos esperaban plácidamente el momento de emprender el camino mientras los caballos de guerra piafaban y relinchaban deseosos de reanudar la marcha. Los mozos atendían con mimo a aquellos poderosos corceles, y junto a esas improvisadas caballerizas había campos de entrenamiento donde la tropa se ejercitaba, expectante por comenzar un desplazamiento a tierras infieles donde confiaban en llenar las faltriqueras.

A pesar de que el tamaño de la tropa comenzaba a ser inmanejable, don Pelayo le insistía al joven príncipe en que todavía no contaba ni con la mitad de los efectivos que iba a precisar para la magna operación que tenían por delante. Por momentos, don Alfonso llegó a pensar que la mesnada nunca terminaría de completarse a ojos del santiaguista.

La tensión y el aburrimiento previo a la salida de la tropa ocasionaron trifulcas, duelos, bailes, noches de borrachera y por supuesto enterramientos de soldados muertos.

A poca distancia de la improvisada ciudad militar iba creciendo cada día en tamaño un grupo de carros abigarrados, chamizos de tela de colores variados y tiendas que apenas se mantenían en pie. En su mayoría cobijaban a soldados de fortuna, tahúres, nigromantes y pequeños representantes de casi todos los oficios conocidos. Estos mercaderes, que avanzarían con el ejército en dirección al sur, eran en su mayoría comerciantes incapaces de pagar el portazgo de las ciudades y menos aún de hacerse con un local en las calles comerciales de alguna medina próspera. En muchas ocasiones habían sobrevivido al invierno a cuenta de la mendicidad y de los pocos ahorros del año anterior, mientras esperaban a que las campañas de la primavera y el verano les diesen la posibilidad de ganarse el sustento comerciando entre las mesnadas.

La desesperación por emprender la marcha hizo que el heredero reuniese el valor para citar al maestre santiaguista en la pequeña sala de audiencias del alcázar, a fin de reprocharle el exasperante retraso que estaban acumulando.

—Vas a tener que convencerme para que no emprendamos hoy mismo el camino que nos debe llevar hasta las tierras murcianas. —Al heredero al trono se le veía impaciente por rubricar lo que había acordado con los emisarios de Ibn Hud al-Dawla.

—De esta ciudad de Toledo no saldrá una carreta hasta que contemos con la mesnada al completo, y al menos tardarán dos jornadas en llegar los últimos hombres procedentes de Burgos —le espetó el santiaguista, airado desde el primer momento.

—No vamos a tomar la taifa por las armas. Ya sé que nada te gustaría más, pero tenemos un acuerdo en este documento que ahora mismo te muestro en el que se nos constata que la plaza nos será rendida.

—Os tengo, mi señor, por inteligente y experto a pesar de vuestra juventud —el tono pasó a ser más distante y cuidadoso—, por lo que no veo necesario recordaros que el viaje al que nos enfrentamos es de cien leguas y en él nos vamos a encontrar con incontables asentamientos musulmanes.

—Asentamientos que estarán encantados de franquearnos el paso, toda vez que somos la espada, muy bien pagada, por cierto, que debe defenderlos.

—¿Es un remanso de paz a favor de vuestro señor padre nuestro reino?

La incómoda pregunta hizo removerse al príncipe en el sitial de madera maciza en el que estaba sentado, en el extremo de la mesa.

—No sé a qué te refieres.

—Pues pensad en ello.

El maestre santiaguista dejó al príncipe con la palabra en la boca y salió del salón donde tanto el heredero como su inseparable Juan García compartían la idea de lo absurdo e innecesario de tal espera por unas armas que no iban a utilizar.

Don Pelayo Pérez Correa sabía que el príncipe estaba en lo cierto en cuanto a las fechas, pero no con respecto a la tropa que debía acompañarlos. No solo necesitarían tropas suficientes para enfrentarse a las hordas musulmanas, sino que pretendía hacerse con castillos y fortalezas en los que debería dejar acuartelamientos y por tanto la tropa iría reduciendo su tamaño de camino a Murcia.

En todo caso, la tropa que aguardaba para emprender la marcha a la vera del Tajo era tan numerosa como para arrancar, pero el experimentado luchador jamás iniciaría la ofensiva sin la presencia del grupo almogávar que iba a garantizar el logro de la grave encomienda que le había solicitado en persona el rey Fernando. Y confiaba en que aquella tropa llegase esa misma noche.

El portugués no se equivocó. Cuando por fin había conseguido conciliar el sueño, tras oír la campana de la parroquia cercana al alcázar en tres ocasiones después de completas, los nudillos del escudero en la puerta que cerraba su celda lo sobresaltaron y tuvo que contenerse para no abrirla y atravesarle el gaznate con su daga.

Cuando fue consciente de la situación, comprendió lo que significaba ese golpeteo en la puerta: el momento de enfrentar su acero con los alfanjes sarracenos había llegado, y ahora iba a ser el príncipe el que lo tendría que detener a él.

62

No me fío ni de mi sombra.

Aquellas fueron las primeras palabras que oyó el capitán almogávar de labios del maestre de la Orden de Santiago en las caballerizas reales.

El jefe almogávar no se inmutó ni hizo por saludar a su viejo compañero de batallas. Era un tipo callado, de los que miran directo a los ojos, algo que ponía nerviosos a todos los hombres con los que se relacionaba. A todos menos a don Pelayo Pérez Correa, que sabía lo que era un almogávar mejor que nadie y no esperaba otra cosa de aquel tipo alto, delgado, con la piel oscura por una vida entera a la intemperie y una mirada de ojos negros y fijos imposibles de descifrar.

El almogávar había llegado junto con su grupo de treinta hombres a Toledo procedente de la frontera de Valencia, donde habían tenido las primeras refriegas tras el invierno. El último año, así como los dos anteriores, habían vendido sus servicios a la corona de Aragón, donde raramente les faltaba labor, ya que el rey Jaime era un guerrero insaciable. Pero recibió aviso del maestre de la Orden de Santiago, al que había servido en tantas ocasiones y al que no le convenía volverle la espalda, y allí estaba para cumplir con el luso.

Habían cabalgado toda la noche sin descanso para llegar a Toledo, donde el heredero de la corona urgía al jefe militar de la expedición para salir hacia Murcia. Los hombres de su partida quedaron fuera de la ciudad, abrevando y dando descanso a sus monturas junto al río, mientras el capitán rendía visita a las caballerizas del alcázar, donde mantuvo una discreta reunión con don Pelayo.

—No quiero veros ni sentiros. Ojalá fuera esta la última vez que me viese obligado a ver la cicatriz que os atraviesa la cara de lado a

lado, pero me temo que no va a ser posible. De cada plaza fortificada entre esta capital y la del reino de Murcia saldrán grupos armados para impedir que el príncipe llegue hasta el corazón del reino musulmán. Quiero que me deis parte, al alba de cada jornada, de cuanto suceda en nuestro siguiente día de cabalgada y secundéis nuestros ataques llegada la hora.

—Allí estaremos —dijo el soldado en un tono seco.

—Vaya esto por delante y un pago similar a la llegada.

El almogávar recogió la pesada bolsa sin añadir palabra alguna y salió de las caballerizas. Era de madrugada y la puerta de la ciudad estaba cerrada, pero don Pelayo sabía que un almogávar como aquel no necesitaba un salvoconducto para salir de la fortaleza. Antes de que el maestre santiaguista llegase a sus aposentos, a buen seguro el capitán almogávar se habría descolgado por la muralla tras atravesar las calles como una sombra silente.

El encuentro en las cuadras del alcázar, rodeados por bueyes, mulos y caballos que dormitaban ajenos a la conversación mientras el grupo de palafreneros roncaba al fondo del pajar, había sido tan corto como era preceptivo. La tropa que mandaba aquel capitán, que se había ganado su lugar matando musulmanes y asaltando aldeas, ni negociaba ni protestaba por la cantidad recibida por sus servicios. Una vez comprometido a cumplir con su señor, morirían por él, y, si lo ganado en la incursión no cubría sus expectativas, aquella sería la última vez que se venderían a ese pendón.

El maestre de la Orden de Santiago era famoso en toda la península Ibérica por su carácter airado, sus malas maneras y las deudas que había dejado en muchos de los sitios donde había estado. Pero había una cosa que tenía bien clara el buen luchador luso: jamás dejó un florín a deber a una mesnada y menos a un grupo de almogávares como el que acababa de contratar. Era justo por pagar más de lo acostumbrado a sus ejércitos por lo que había dejado de atender otros pagos, en especial los relacionados con deudas de juego; sabía que nunca le saldría a cuenta deber dinero a las mesnadas.

Esa fama de buen pagador era la que le había conseguido al mejor grupo de almogávares de la Península en un muy breve plazo

de tiempo, ya que al buen soldado portugués lo habían avisado a la carrera para que se pusiera al mando de la tropa que tomaría Murcia y todos los castillos fieles a esa taifa. Ahora que había estrechado la mano rasposa y dura del capitán almogávar sentía por primera vez que la incursión en tierras murcianas traería los réditos que se esperaban para la corona. Si faltaba alguna mesnada, tiempo tendrían para alcanzarlos por el camino. A buen seguro la estancia en la ciudad fortificada de Alcaraz sería larga y allí podrían esperar por las mesnadas que estuviesen por unirse a ellos.

Le había costado convencer al tozudo infante de Castilla de la necesidad de un poderoso ejército, pero utilizó todas las argucias a su alcance. Al fin lo consiguió con la inestimable ayuda de don Rodrigo González de Girón, al que don Alfonso respetaba más por ser tío de Mayor de Guzmán que por su legendaria fama de guerrero, bien ganada en la recordada victoria de las Navas.

El círculo de fieles cercanos al infante, entre los que se encontraba el maestre de la Orden de Santiago a pesar de no llevar demasiado tiempo engrosando la nómina de acólitos del heredero, empezaba a tomarse muy en serio el papel de Mayor de Guzmán. Hasta el momento las amantes que habían formado parte de la vida de don Alfonso, en especial María Alfonso de León y Elvira Rodríguez de Villada, se habían limitado a coincidir con el primogénito del rey en encuentros furtivos alejados de la vista de la corte. Apenas el bueno de Juan García y algún allegado más tenían noticia de estos encuentros.

Por tanto, nada se sabía sobre la personalidad de estas mujeres que habían acompañado al joven príncipe, pero ese no era el caso de Mayor de Guzmán, de la que se hacía acompañar en todas las ocasiones en que coincidían en la misma ciudad, si bien don Alfonso no ofrecía en público muestras demasiado evidentes del amor que le profesaba.

En el tiempo en que fue amante de las anteriores mujeres don Alfonso todavía no tenía una relevancia tan visible en el reino. Su progenitor gozaba de una formidable salud y sus correrías eran más bien las de un adulto que se comportaba como un niño. Además, sus opiniones no gozaban de la importancia que tenían en aquel

momento, en que su padre estaba postrado en la cama en Burgos, recuperándose de una larga dolencia, y el príncipe era la cabeza visible del reino. Eso hacía resaltar la importancia de las apariciones del heredero acompañado por doña Mayor.

Según habían informado al maestre de la Orden de Santiago, al ver a la pareja en los actos públicos saltaba a la vista la diferencia de edad y de compostura. Se observaba en aquella mujer la determinación de una dama que infundía el respeto que el joven príncipe no era capaz de proyectar. Por tanto, el maestre santiaguista supo, desde el día en que vio aparecer en Toledo al infante acompañado del mayordomo mayor de palacio y tío de Mayor de Guzmán, que ahí era donde debía trabajarse al heredero. Desde Córdoba habían llegado muy buenas referencias de la nueva amante del príncipe, pues su fama de mujer templada y justa había recorrido las casi cien leguas que separaban la capital califal de la capital del Tajo.

Cuando don Pelayo volvió a su celda en el alcázar toledano, se encontró la puerta entornada y un pequeño haz de luz asomando por el vano. Se acercó con cautela hasta la puerta y la abrió despacio mientras el leve chirrido anunciaba su llegada. Cuando terminó de abrir la hoja se encontró sentada en el lecho a una mujer que lo miraba con gesto serio. La conocía. La había visto en infinidad de veladas ganándose unas monedas entre las mesnadas. Sabía que era descarada, lenguaraz y peligrosa.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí, mujer?

—¿Y esas formas? Mis amigas de la Extremadura leonesa y el Alentejo portugués nunca me dijeron que fueseis tan rudo.

—Haz el favor de marcharte de mis aposentos.

—¿Vuestros aposentos? Vuestros aposentos son los jergones más harapientos de cuantos serrallos se cuentan en el oeste de la Península. No queráis engañarme.

—Si vienes a chantajearme con mi pasado, llegas tarde. Todos esos pecados los conocen tanto los rectores de la Orden como los consejeros del rey.

—Nunca osaría yo chantajearos. Todo lo contrario, vengo para ponerme a vuestro servicio. Ambos sabemos que nos esperan unos

días muy complicados a la vera del príncipe y vamos a tener que colaborar muy estrechamente si queremos ver ese pendón al cual vos y yo rendimos tributo ondeando en el mástil del alcázar de Murcia.

—No creo que una barragana del tres al cuarto tenga nada que ofrecer —dijo el santiaguista tras cerrar la puerta de la pequeña habitación una vez que entró en ella.

María se levantó de un salto, agarró al hombre por la entrepierna, apretó con suficiente fuerza el bulto que sintió entre los dedos y le pegó la boca a la oreja.

—No me importa cuántos musulmanes hayas matado ni cuántas tierras hayas conquistado, soy capaz de matarte si vuelves a hablarme así.

La Balteira no había renunciado a todo en la vida para que alguien como el portugués llegase a humillarla.

Le soltó la entrepierna al guerrero y este, tras cerciorarse de que todo seguía en su sitio, se hizo con un taburete de tres patas y se sentó frente a ella. Era cierto que tenían por delante un desplazamiento azaroso y, según tenía entendido, aquella mujer era la embajadora, por llamarla de alguna manera, que había conseguido el trato con el caballero musulmán que parecía estar al frente de la comitiva murciana.

—Nuestros intereses son los mismos —siguió María volviendo al trato respetuoso hacia el santiaguista una vez que la paz regresó a la pequeña celda—. Ambos queremos conquistar ese reino, y estoy dispuesta a ser vuestra infiltrada tanto entre los embajadores murcianos como entre las sábanas del infante.

La gallega sabía que debía darle un tiempo al luso para que pensara sobre lo que acababa de suceder y entendió que era el momento de retirarse. Si el aguerrido soldado portugués pensaba con frialdad la propuesta que acababa de recibir, estaba completamente segura de que la aceptaría. Un infiltrado en las filas enemigas es algo que jamás había visto rechazar a nadie; de hecho, gracias a esa ansia por conocer lo que sucedía en el interior del bando enemigo había conseguido hacerse con muy buenos sueldos. Pero aquel tipo no era de los que dejaban pasar las oportunidades y

la sorprendió sujetándola por la manga del sayo cuando se disponía a abandonar el pequeño cuarto.

—¿Adónde crees que vas?

—A donde no os importa.

—De aquí no te mueves sin contarme cuáles son esos intereses que te obligan. Antes de unir mi destino a alguien me gusta saber si se juega tanto como yo en el envite o si saltará como una rata en mitad de la travesía.

—Estoy segura de que me juego más que vos, así que no os preocupéis, porque no puedo permitirme abandonar el barco —dijo ella con aplomo.

—¿Y?

Era evidente que no era bastante para el portugués.

—Matarán a mis padres en Galicia si no les llevo un documento rubricado por el rey, que está en poder de don Alfonso, y el infante me ha asegurado que no me lo dará hasta que se produzca la toma de Murcia.

El santiaguista detectó que la gallega sabía mentir, y eso le dio suficientes garantías para saber que tenía de su lado a alguien que podía serle de mucha ayuda. Por ese motivo, le soltó la manga del sayo y la dejó marchar.

63

Frontera norte del reino de Murcia,
últimos días de marzo de 1243

El infante Alfonso perdió enseguida la cuenta de los días que habían transcurrido desde que salieron de la capital, pero lo que no podía obviar era la hostilidad que despertaba el paso de las huestes en su incursión por las tierras al sur del Tajo. Cada día que pasaba sentía mayor agradecimiento hacia el maestre santiaguista, que había aguantado con ánimo inquebrantable la presión a la que lo había sometido para comenzar la campaña de Murcia. Ahora entendía el porqué de la fenomenal tropa que había exigido reunir antes de comenzar la singladura en pos del reino musulmán.

Todavía recordaba las palabras gruesas que habían intercambiado en el salón del alcázar de Toledo dos días antes de emprender el desplazamiento hacia el reino hudí. Ahora que se encontraban muy cerca de Murcia y con más trifulcas de las que jamás habría podido imaginar a la espalda, las juzgaba más que necesarias.

Pronto tendría que buscar una buena plaza que entregarle al maestre de la Orden de Santiago como compensación por su impagable servicio. No se había ganado su afecto, pero sí su agradecimiento y admiración por la determinación con la que había resuelto todas las escaramuzas a las que se habían enfrentado hasta la fecha.

Agradecía ese carácter seco e imposible que en tantos momentos casi lo llevó a prescindir de sus servicios. Pero hacía días que se había dado cuenta de que, por mucho que le pesara, ese era el carácter que necesitaba a su lado un príncipe inexperto como él. Su padre había demostrado conocerlo a la perfección cuando le mandó al malencarado luchador portugués nada más conocer la intención

del emir murciano de someter su solar a la poderosa espada del reino de Castilla.

Unos días atrás, la cuarta noche después de haber salido de Toledo, cuando el infante entró en su carpa después de haberse despedido de sus más estrechos colaboradores, se encontró con una esquela sobre su lecho. No tuvo que abrirla para saber quién la había depositado allí. Solo había una persona en el mundo que era capaz de sortear su guardia una vez tras otra sin que la interceptaran.

La nota, en efecto, era de María la Balteira, y en ella lo urgía a verse con la soldadera en solitario junto al arroyo que pasaba a escasos cien pasos del asentamiento. Don Alfonso sabía que no era buena idea volverle la espalda y se las ingenió para acudir anónimamente hasta el lugar.

—Buenas noches, mi señor.

—Buenas noches. Imagino que lo que te ha llevado a citarme en estas circunstancias es algo de suma importancia.

—Alteza, sé que estáis muy bien acompañado, pero ignoro si sois consciente de que pronto seréis el rey de este solar.

—Espero que no me hayas traído hasta aquí para recordarme que mi padre está enfermo en Burgos, porque eso lo sé.

—Vais a ser rey, y un rey no es un figurante montado en un corcel. Un rey debe luchar y ganarse el respeto de su pueblo.

—No sé qué quieres decirme con eso.

—No olvidéis, señor, que me gano el pan entre la tropa.

Y, sin mediar una palabra más, se perdió en la negrura.

Una mañana lluviosa y con un viento que parecía querer arrancar los postes que sostenían las carpas en las que dormitaba la comitiva real, el príncipe amaneció antes de la hora y se presentó delante del maestre santiaguista vistiendo cota de malla bajo la sobrevesta, con la espada colgada al cinto y las botas gruesas de batalla cubriéndole las calzas hasta las rodillas. Bajo el brazo portaba el yelmo, y en el gesto la convicción del que está llevando a cabo una acción largamente madurada: los labios apretados, la mirada afilada

apuntando directa a los ojos del caballero portugués y el silencio como saludo.

El príncipe había llegado sin compañía alguna hasta el grupo de caballeros que conversaba bajo una de las lonas situadas junto al cercado donde los palafreneros se afanaban en la preparación de los corceles, que relinchaban y piafaban nerviosos por el viento, la lluvia y la proximidad de la batalla. Eran animales con amplia experiencia en la batalla y conocían perfectamente lo que vendría a continuación, cuando los cubrieran con las bardas y las grebas para protegerles tanto el cuerpo como las patas.

Apenas una lámpara iluminaba la reunión de la docena de caballeros que callaron al ver al heredero al trono llegar hasta ellos. Don Pelayo abandonó el círculo y fue al encuentro de don Alfonso.

—Buenos días. ¿Qué hacéis aquí?

—Quiero salir en la avanzada.

—Hoy es un mal día, vamos a encontrarnos con una fortaleza muy bien protegida y me temo que la oposición a nuestra marcha va a ser feroz.

—Más interés tengo entonces. No merezco el solar que voy a recibir si no desnudo mi espada y lo gano junto a mis hombres.

—No se hable más.

El portugués sorprendió al príncipe, que no tuvo que exponerle el sinfín de argumentos que había recopilado en el lecho para torcer la voluntad del capitán. Las noches sin Mayor eran angustiosas y eternas para el príncipe, y a eso había que añadir que apenas se habían encontrado con dos madrugadas despejadas en las que la observación del firmamento lo había ayudado a sobrellevar la ausencia de aquella mujer a la que cada día anhelaba con más fuerza.

El santiaguista volvió acompañado por el príncipe hasta el grupo de caballeros, que estudiaba con minuciosidad un plano donde estaban indicados los puntos más conflictivos de la ruta a la que se enfrentarían en el día que estaba por amanecer.

El capitán portugués era un experto conocedor del terreno, pues había luchado en varias campañas con gran éxito al frente de la Orden de Santiago en el reino de Murcia y sus alrededores. Así pues,

era el único de los presentes en la reunión que tomaba la palabra mientras el resto lo escuchaba con gesto de atención y respeto. Cuando terminó con su disertación, hizo un gesto al capitán almogávar, que estaba justo frente a él, al otro lado de la mesa, y este abandonó el encuentro sin modificar el gesto serio con el que había atendido a las explicaciones del máximo responsable de los ejércitos.

Cuando el almogávar abandonó el círculo, el capitán luso fue indicando a cada mando en qué lugar debía salir su mesnada. De fondo se podía oír al grupo de almogávares tomando la delantera.

El comando salió al galope cuando ya se adivinaba por el este la primera luz del día, y el grueso de los caballeros, comandado por el príncipe Alfonso y Pelayo Pérez Correa, los siguió a un trote ligero. La idea era estar advertidos por el grupo de almogávares cuando comenzasen las hostilidades, algo que sabían casi con toda seguridad dónde se produciría. El maestre informó al príncipe de la existencia de una cañada cerca del inicio de la ruta; era una vaguada abrupta rodeada de una espesa masa de coníferas que una avanzada musulmana jamás desaprovecharía.

El grupo de rastreo formado por expertos almogávares llegó de vuelta cuando la apagada luz de un amanecer gris y lluvioso le había ganado definitivamente la batalla a la negrura. Tras una breve conversación entre el capitán de la escuadra y don Pelayo, este levantó el brazo y lo avanzó con violencia hacia delante, y los caballeros desnudaron sus aceros y salieron al galope en pos del lugar donde ya habían comenzado las hostilidades.

Apenas tardaron medio padrenuestro en llegar hasta lo que desde el primer momento se advirtió que era bastante más que una escaramuza. Parecía mentira que estuviese tan cerca el lugar donde almogávares y musulmanes se batían, un llano en el que se abría una gran explanada entre los pinos, que los musulmanes habían quemado y tronchado a las bravas para completar el espacio donde atacar a las huestes cristianas saliendo de entre la espesura.

Esta explanada de firme irregular se encontraba justo después de una bajada muy empinada, por la que los caballos tenían dificultades para bajar con los caballeros montados sobre ellos y provistos con

todos los pertrechos para la batalla. Tres de los caballeros rodaron por el suelo mientras sus monturas trataban de ponerse en pie tras perder los cuartos delanteros por lo pedregoso y empinado del camino. Los demás fueron salvando el escollo como buenamente pudieron. Los musulmanes habían elegido con gran astucia el lugar para enfrentar a la avanzada cristiana, que además se encontró con lo más intenso de la lluvia en el momento de enfrentarse al pedregoso terraplén que debían salvar para batir sus aceros.

Don Alfonso no perdía de vista al maestre santiaguista y llegó a rebufo de este hasta el vértice donde el camino comenzaba la abrupta cuesta. Bajo los cascos de los animales se veía el combate desigual en el que los musulmanes triplicaban a los almogávares y caballeros recién llegados. El grueso de la tropa no tardaría en unirse a ellos a pesar de desplazarse a pie. En aquel momento lo más importante era tratar de contener el envite el tiempo suficiente para que el grueso de las mesnadas cayera sobre la fuerza musulmana. Dos de los batallones que se desplazaban entre los bosques habían salido antes que los mismos almogávares y, según informó el portugués al heredero al trono, atacarían por los flancos tras la primera embestida de la caballería.

También informó al príncipe de que en este tipo de ataques no usaban arqueros y tampoco era normal que los empleasen los musulmanes, pero había que estar preparados por si los atacaban con una salva de flechas, por lo que el escudo era fundamental.

Don Alfonso no era rey y, por tanto, ni llevaba corona ni completaba su indumentaria con una capa real. Esta circunstancia tranquilizó al luso, que sabía que los musulmanes sacrificarían a todos los hombres disponibles si fueran conscientes de la pieza que podían cobrarse aquella mañana. Don Pelayo no comentó este particular con el heredero, pues en aquel amanecer había reconocido en el mesurado joven a un hombre capaz de cualquier heroicidad, y él sería responsable directo si acarreaba consecuencias de las que hubiera que arrepentirse.

El príncipe no era un gran jinete ni un gran luchador, eso era algo que nadie en Castilla desconocía, pero aquella mañana el heredero no estaba dispuesto a permitir que se hablara ni un día más de esa

guisa sobre él. Se había repetido hasta aburrirse que ese no era el rey que él mismo querría para Castilla, así que cuando el maestre se giró para indicarle algo, que seguro que tenía que ver con esperar al grueso de la mesnada para entrar en acción, el príncipe desnudó su espada y se lanzó colina abajo dejando a don Pelayo Pérez con la palabra en la boca.

Nada más entrar en la refriega, don Alfonso repartió espadazos y mandobles con un pesado mazo que le hizo empezar a jadear casi desde el primer momento. La mayoría de los musulmanes peleaban a pie, y los que lo hacían a caballo manejaban sus monturas con destreza. Pero el príncipe no llegó a sentir el peligro de cerca en ningún momento, pues al poco de comenzar la lid se formó un cinturón de seguridad en torno a él. Tanto el maestre de la Orden de Santiago como los hermanos de doña Mayor, Nuño y Pedro, y su fiel Juan García peleaban espalda con espalda junto al heredero al trono de Castilla, que, llevado por un instinto que jamás había sentido, encaró y derribó a cuantos oponentes encontró frente a su mazo.

La batalla no duró demasiado y antes del mediodía los pocos musulmanes que permanecían con vida habían clavado las rodillas en el lodo y suplicaban piedad. El príncipe se aseguró de que se respetaran las vidas de aquellos oponentes, y don Pelayo no se vio en disposición de llevarle la contraria a un hombre que ya nunca sería el mismo para él.

Tras la refriega don Alfonso se encontraba pletórico, le costaba respirar y notaba que el camisón interior y la braga de malla de lana estaban completamente empapados bajo su cota. Se había quitado el yelmo y tenía el cabello chorreando, y notaba el frío en la sien, de la que intuía que le salía una columna de vapor similar a la que desprendía la cabeza de su fiel Juan García.

Dejó el mazo en la vaina que tenía adosada a la silla de su caballo y envainó la espada en su cinto. Y fue en ese momento cuando se dio cuenta del peso de la cota de malla y las rozaduras que le hacía en el cuello y los costados. Hasta ese momento no había reparado en ninguna de esas sensaciones que la adrenalina de la batalla había opacado.

La lluvia se había detenido, pero el barro, la sangre y los cuerpos desperdigados entre los tocones de los árboles talados y las gruesas ramas chamuscadas convertían aquella ciénaga en la antesala del infierno.

Los soldados victoriosos no perdían el tiempo en buscar a compañeros caídos ni hacían caso de los lamentos de los heridos. Estos gritaban desesperados al ver cómo la vida se les iba por las heridas abiertas y cómo parte de sus extremidades se encontraban tiradas a escasos codos de donde se hallaban, mutilados y a expensas de una muerte segura.

Los que habían tenido la suerte de estar en condiciones de mantenerse en pie sin heridas de pronóstico fatal aprovechaban su ventura desnudando los cadáveres para hacerse con todo aquello que pudiesen rapiñar, tanto entre los suyos como entre los musulmanes.

Cuando don Alfonso consiguió salir de su aturdimiento y empezó a ser consciente de la situación, espoleó al caballo y salió de aquel lugar en el que su excitación inicial por la victoria estaba empezando a convertirse en una repulsión absoluta por todo cuanto lo rodeaba. Sabía de buena tinta cómo terminaban aquellas cosas y le había tocado la mejor parte. Pero era la primera vez que estaba tan cerca de la miseria humana en su máxima expresión, con la mezcla de muerte y dolor mezclados con la máxima bajeza de los hombres, los cuales, en lugar de acudir a ayudar al que sufre, se aprovechaban de la situación.

Aquel fue el último encuentro hostil antes de llegar a la plaza de Alcaraz.

64

Al día siguiente amaneció una mañana luminosa que nada tenía que ver con la anterior, en la que habían desnudado las espadas bajo un aguacero infernal. El infante y su ejército comenzaron la marcha al alba. El príncipe cabalgaba junto al maestre portugués en absoluto silencio. No habían intercambiado una sola palabra tras salir del campo de batalla. Cada rato que pasaba, el heredero al trono sentía más desasosiego por lo acontecido el día anterior. Siempre había estado en contra de las guerras, pero ahora, tras verse de verdad involucrado en una batalla con todas sus consecuencias, sentía que se había quitado el velo que le impedía ver lo bárbaros que podían llegar a ser los hombres, entre los que se incluía a sí mismo.

Remontaron un alto y a lo lejos vieron a un jinete cabalgando a trote rápido hacia donde ellos se encontraban. No le dijo palabra a don Pelayo, al que no le costaba cabalgar en absoluto silencio mientras repasaba las cuentas de un rosario, pero vio en su rostro que no había nada que temer, y en efecto al poco contempló la cara ajada del capitán de la tropa almogávar, que los buscaba para darles el parte.

La comitiva se detuvo al ver llegar al capitán y aguardaron por sus nuevas. La tropa almogávar había arrancado bastante antes de la salida del sol para rastrear el terreno. Estaban cerca de la ciudad santiaguista de Alcaraz, y era en el alfoz de esta fortaleza donde debían encontrar a la delegación hudí. Don Pelayo se acercó para hablar con el jefe del grupo de rastreo y regresó con las noticias hasta donde se encontraba don Alfonso.

Este trató de dejar atrás los pensamientos que lo habían acompañado casi toda la noche y se convenció de que un rey estaba

obligado a asumir determinadas actitudes de su hueste. Le destrozaba el alma asistir a comportamientos como los que había visto tras la batalla del día anterior y estaba convencido de que debía ayudar a cambiar las cosas, pero era consciente de que nada lograría con el lamento y la pena. Una verdadera avalancha de pensamientos encontrados ocupaba su mente, algo que no era nuevo para él, pero la conquista de su tierra prometida se encontraba cada día más cerca y estaba obligado a centrarse en aquel único pensamiento. Pronto haría su entrada soñada en la medina hudí acompañado por su gran amor.

—Pendones de la taifa de Murcia a media legua de la ciudad de Alcaraz.

—Esas son grandes noticias, mi buen maestre —dijo el príncipe con una gran sonrisa.

—La presencia musulmana jamás será una buena nueva para este vuestro servidor.

—Vamos a rubricar la sumisión de Murcia al reino de Castilla. Espero que esto sí te parezca una buena noticia —informó con tono solemne don Alfonso.

—Alteza, conozco vuestra intención de mostrar a vuestro señor padre, nuestro rey, la capacidad que poseéis para culminar una encomienda de tan suma importancia para nuestro reino. La conozco y la respeto, pero llegados a este punto os pido humildemente —el santiaguista vio en el gesto del príncipe que era mejor que fuese cauteloso al elegir las palabras— que penséis en todo cuanto os he dicho desde que comenzamos esta singladura y analicéis si he estado atinado en mis consejos.

—Sabes que sí. De hecho, ya te lo he reconocido en más de una ocasión, pero este momento es el que llevábamos esperando desde nuestra salida de Toledo.

—Vamos a mantener la conversación que nos proponen y ya extraeremos conclusiones tras meditar con calma lo que tengan para ofrecernos. No es el reino que vamos a tomar un solar en cuyo interior abunde la paz, así que difícilmente vendrán con toda la verdad.

—¿Cómo puedes decir tal cosa, si todavía no hemos escuchado su propuesta?

—Sabéis que esta espada que reposa en mi cinto —respondió posando la mano sobre el puño— la he desnudado en repetidas ocasiones en este solar, por lo que no es una osadía por mi parte afirmar que lo conozco muy bien. En nuestro primer encuentro, allá en el alcázar de Toledo, nada mencionaron sobre las rebeliones que están soportando en fortalezas muy importantes de la taifa. Nunca me fiaré de ellos.

Don Pelayo no iba a cambiar su parecer sobre el mundo musulmán, al que se había enfrentado casi cada día desde que tenía uso de razón, pero el príncipe que tenía frente a él había demostrado ser digno hijo del rey Fernando y el portugués escuchaba sus palabras con respeto por primera vez. Por ese motivo, dio la vuelta a su caballo e inició la marcha en pos de la fortaleza santiaguista junto al heredero de Castilla y al resto de la comitiva, que arrancó pesadamente tras ellos.

—Alteza, sabéis que os aprecio y es justo por ello que quiero avisaros de los peligros a los que nos enfrentamos. Nunca os fieis de un musulmán: tienen una gran habilidad para embaucar a las personas a las que luego clavan los alfanjes cuando más confiadas se encuentran. Lo he visto con estos ojos que se han de comer los gusanos.

—Con esos ojos que se han de comer los gusanos habrás visto llevar a cabo todo tipo de traiciones tanto a musulmanes como a cristianos; no os engañéis, mi buen maestre.

El portugués refunfuñó un improperio en su idioma, que el príncipe entendió a la perfección, y continuó cabalgando con la boca cerrada y el mentón apuntando al frente.

El grupo de almogávares había arrancado a uña de caballo, tras asistir el capitán de estos al intercambio de palabras entre el príncipe y don Pelayo, y desapareció en dirección a la villa de Alcaraz. No hacía falta dar orden alguna a la fuerza de asalto, que tomaría posiciones en los alrededores de la fortaleza sin que los detectaran. Un mal gesto por parte de alguno de los soldados de la comitiva murciana, aunque fuese una mano apoyada en el pomo del puño de

una espada con un movimiento más rápido de lo normal, podía provocar que el grupo de asalto asaeteara a los musulmanes sin pensar en las consecuencias.

65

Alfoz de Alcaraz

La llegada de las huestes encabezadas por don Alfonso al encuentro con la comitiva murciana estuvo cargada de tensión. Mohamed, el mismo magnate musulmán que se había desplazado el mes anterior hasta Toledo para rogar a los mandos militares cristianos y al propio príncipe que se pusiesen en camino lo antes posible, los esperaba a la distancia de un tiro de ballesta del primer grupo de casuchas desperdigadas junto a los huertos que conducían a las murallas.

El musulmán los recibió en un pequeño repecho del camino montado en un caballo negro enjaezado que le proporcionaba a su jinete la majestuosidad que este quería ofrecer, toda vez que ningún familiar de Ibn Hud al-Dawla lo acompañaba en aquel encuentro. Iba ataviado con una chilaba blanca y llevaba la cabeza tocada por un turbante del mismo color. De su cinturón de cuero, cerrado con una pesada hebilla de bronce, colgaba una cimitarra con empuñadura de marfil.

El grupo de muqaddamines que lo acompañaba estaba compuesto por cuatro hombres, ataviados de la misma guisa y con las mejillas cubiertas también por espesas barbas, de manera que prácticamente solo se les veían los ojos. Cada uno de aquellos hombres sostenía una lanza de la que pendía una estrecha banderola con inscripciones en árabe bordadas en hilo dorado. Eran mensajes incomprensibles para los cristianos, pero resultaba evidente que se trataba de versos del Corán e inscripciones referentes a su fe.

Detrás de la cabecera de la comitiva había una tropa de soldados armados con alfanjes y puñales en los cintos. El grupo no superaba el medio centenar y era evidente que no podrían hacer frente al

poderoso ejército que acompañaba al heredero de la corona castellana, pero podían mandar a un buen puñado de cristianos al otro mundo antes de sucumbir. No era una fuerza que estuviese allí para amenazar a la comitiva encabezada por el heredero al trono de Castilla, sino más bien una forma de mostrar que ese que iban a tomar era un pueblo guerrero.

La comitiva cristiana se detuvo a unos cuarenta pasos de la formación musulmana y los miembros de la primera línea del grupo se sostuvieron la mirada con los adelantados musulmanes. El príncipe había estado en situaciones parecidas a esa en más de una ocasión con su padre y sabía que los primeros momentos eran los más delicados, pues los malentendidos y un desaire inoportuno podía dar al traste con años de negociación. Confiaba en que, a pesar de su rudeza y su incorregible animadversión por el mundo musulmán, su capitán, que obviamente iba a querer ser el primero en conversar con el enviado de Ibn Hud al-Dawla, tuviese la mesura de valorar aquel momento crucial con sabiduría.

—Alteza —se dirigió don Pelayo al príncipe atendiendo el protocolo —, os pido que no avancéis para dialogar con esta embajada. Entre los hombres que forman la comitiva que tenemos frente a nosotros no hay miembro alguno de la familia real y no deberíais acercar vuestra montura a la de unos meros portadores de órdenes; ya les concedisteis tal honor en Toledo.

—Haced caso a don Pelayo —apuntó don Rodrigo González—; os lo ruego, señor.

Quizá el infante unos días atrás habría tenido la tentación de adelantarse y conversar con el tipo de los embaucadores ojos negros, pero el tiempo que había pasado junto al santiaguista lo había convencido de que era un hombre de fiar, por lo que hizo caso de sus lugartenientes y permaneció expectante sobre la montura.

El maestre portugués y el mayordomo mayor de palacio avanzaron despacio sobre sus caballos, que cabeceaban y lanzaban relinchos mientras el gerifalte murciano se separaba del frente de la comitiva musulmana y se dirigía hasta la línea imaginaria que dividía ambos grupos a mitad de camino. Los únicos que sucumbieron a la tensión del momento fueron las monturas, tanto las de los dos magnates

cristianos como la del musulmán, que se contagió del nerviosismo de los corceles que montaban los cristianos cuando estos se acercaron y se quedaron apenas a una vara de distancia.

—Sed bienvenidos a nuestras tierras —dijo el musulmán haciendo un movimiento circular con el brazo derecho, que simulaba abarcar todo el contorno que los rodeaba.

—Muy poco afortunadas encuentro vuestras palabras —irrumpió el portugués con su peculiar acento, levantando la barbilla en dirección a la fortaleza de Alcaraz.

—Hasta aquí hemos venido a cerrar un acuerdo y no a medir nuestras espadas; espero que esas sigan siendo vuestras intenciones.

Mohamed sabía que el capitán santiaguista desenvainaría de buena gana, pero también que a unos pasos de donde se encontraban estaba el astuto heredero castellano, que jamás perdonaría una torpeza de ese calibre.

—Es posible que penséis que en Castilla no sabemos lo que pasa más allá de nuestras fronteras, pero lo sabemos muy bien. Para empezar, no veo entre la comitiva que tenéis a la espalda a vuestro reyezuelo.

El musulmán se movió incómodo sobre la silla de cuero repujado con tachuelas de oro. Esperaba palabras hostiles por parte de don Pelayo, que era un guerrero que había ganado su prestigio en el campo de batalla, pero el desprecio de don Rodrigo hacia su rey lo dejó desconcertado.

—Nuestro rey rubricará cuanto firmemos y estará presto a recibiros en nuestra capital cuando lleguéis con vuestras huestes.

—Escuchadme con atención porque no os lo voy a decir dos veces. En primer lugar, nunca llegaremos hasta vuestra capital si antes no nos encontramos con el rey de vuestro solar para que rubrique en persona y frente al príncipe de Castilla la sumisión de sus tierras. Y no habrá acuerdo si no vienen en persona los alcaides de los castillos de la taifa.

—¡Pero esto que pedís es algo que llevará días o semanas conseguir!

—O quizá no lo consigáis nunca porque todas estas fortalezas no os son tan fieles como queréis hacernos creer.

—Las fortalezas de nuestro reino rinden pleitesía a nuestro rey, eso es algo que no voy a permitir que se ponga en duda.

—En ese caso no creo que tengáis dificultad alguna en hacerlos venir.

Los representantes cristianos aguardaron sin moverse a que el prohombre musulmán girase grupas y arrancase a trote ligero de vuelta a Murcia, seguido por sus huestes, que esperaron a que los magnates avanzasen por el camino levantando una espesa polvareda para seguirlos.

Cuando la comitiva musulmana empezó a disiparse y la suave brisa que peinaba los huertos del alfoz de Alcaraz arrastró la nube de polvo levantada por sus caballos, los cristianos arrancaron en dirección a la puerta de Granada de la fortaleza, tras un intercambio de palabras en las que el príncipe pidió explicaciones a sus jefes de expedición.

—¿Qué significa lo que acabo de contemplar? —quiso saber don Alfonso, que se encaró directamente con el maestre santiaguista.

—Su alteza, si me permitís… —quiso intervenir don Rodrigo.

—No te permito. Le estoy preguntando a don Pelayo.

—Sabéis que os tengo por un hombre cabal —arrancó con tono pausado el jefe militar—. Lo que acabáis de presenciar significa que esos que habéis visto levantar el polvo camino a su capital van a estar aquí de vuelta antes de lo que os imagináis. Y van a venir como deberían haber venido desde el primer momento.

—Déjate de palabrerías. Nos estamos jugando todo un reino, no sé si eres consciente de ello.

—Con todo el respeto del mundo, para que ese reino pase a engrosar el solar al cual representamos hace falta mucho más que cuatro palabras con un enviado del que no sabemos nada en absoluto. Hasta aquí deben venir alcaides, gobernadores y el mismo rey en persona si queremos que todos nuestros esfuerzos sirvan de algo. Y si no, ahí detrás tenemos las armas para comenzar un asedio del que, creedme, saldríamos victoriosos.

—Esperemos por tu bien que esos representantes que has nombrado acudan de verdad a encontrarse con nosotros y podamos rubricar el acuerdo que ha costado tantos años y tantas vidas.

Tras aquellas palabras, el príncipe giró grupas y encaró la puerta de la ciudad.

La medina los esperaba engalanada. Los estandartes y las divisas castellanas cubrían las fachadas de las casas junto a enseñas y distintivos de la Orden de Santiago. La devoción por la orden santiaguista tanto en la ciudad como en su alfoz y toda la sierra era algo que los miembros de aquellas huestes iban a conocer muy pronto. La orden que encabezaba don Pelayo Pérez Correa había luchado con saña en la sierra de Segura durante la última década y había arrebatado infinidad de posiciones a los musulmanes de la taifa murciana. A don Pelayo se le veía henchido de orgullo mientras se dirigían por los callejones del centro de la villa en dirección a la plaza Mayor.

Aquella era una ciudad cristiana desde hacía años y lo mostraba con mucho orgullo, sobre todo en un momento como aquel, en el que las tropas de don Alfonso habían llegado hasta el corazón de la fortaleza que un día los antepasados del príncipe les habían arrebatado a los musulmanes tras la victoria en la batalla de las Navas.

66

Era evidente que los murcianos sentían el inminente avance tanto de las tropas aragonesas como de las nazaríes sobre su solar y necesitaban cerrar aquel acuerdo lo antes posible. No pasó ni una semana cuando una espesa polvareda avisó al centinela encargado de vigilar el camino del avance de una fenomenal comitiva que se aproximaba a la ciudad amurallada.

Don Alfonso no pudo ocultar su emoción cuando conoció la noticia e insistió en acudir al encuentro con los tenentes de las principales fortalezas del reino que pronto le pertenecería, pero sus consejeros se opusieron en redondo y no le permitieron intervenir en las conversaciones, a las que asistió como mero oyente. La situación del reino de Murcia era perentoria, pues veía cómo cada vez los días eran más largos, más cálidos y ausentes de lluvias. Aquellas eran las mejores condiciones para que los ejércitos que rodeaban el reino rompiesen las hostilidades, y esto propició que Mohamed, que oficiaba como representante de la dinastía hudí, no ofreciera objeción alguna a negociar con los responsables militares de Castilla en vez de con el propio príncipe.

El magnate musulmán había luchado lo indecible para celebrar la junta que iba a tener lugar en Alcaraz y no quería arriesgarse a estropearla. De eso eran conscientes tanto los cristianos como los musulmanes. Desde el mismo día en que salió desairado de vuelta a su capital tras el encuentro con el maestre de Santiago y don Rodrigo González, no había dormido ni una sola noche, hecho que era fácilmente constatable con solo mirarle el rostro, ajado y con unas ojeras azuladas. Tal y como le habían echado en cara los magnates cristianos, los castillos de la taifa estaban en muy malas relaciones con los herederos de Ibn Hud, y el reino se desmoronaba

merced a la sucesión de derrotas cosechadas por los ejércitos murcianos y el poderío de los reinos vecinos. La propia Orden de Santiago había perpetrado enormes daños al norte de la taifa.

Mohamed, unos días atrás, había llegado a Murcia en plena madrugada después de reventar dos monturas y destrozar su propio cuerpo. A pesar de que se trataba de uno de los mejores jinetes de la taifa, jamás se había sometido a una cabalgada como aquella, que había provocado que le doliesen músculos que hasta ese momento desconocía tener. Además no sentía las posaderas ni la zona interior de los muslos, que se le habían quedado dormidas por completo. Y a eso debía añadir un dolor de cuello y espalda tan terribles que le hicieron difícil bajar de la montura.

Hizo el viaje en la mitad de tiempo de lo que sería normal para un desplazamiento como aquel. Tras el encuentro mantenido con los magnates cristianos en las inmediaciones de la fortaleza de Alcaraz, cabalgó hasta el alfoz de la ciudad de Cieza como si el mundo que conocía fuera a ser destruido, algo que en parte era cierto. Allí lo esperaban un palafrenero y dos siervos, que le dieron agua y fruta y le cambiaron la exhausta montura por otra descansada y presta para recorrer a galope las diez leguas que todavía lo separaban de la capital del Segura. En su cabalgada desbocada dejó atrás a todos los hombres que lo acompañaban sin importarle lo peligroso que resultaba adentrarse en los caminos en solitario. Debía llegar lo antes posible al castillo vecino a la capital donde lo esperaba, ansiosa de noticias, la plana mayor de la taifa, encabezada por el mismo Ibn Hud al-Dawla. Nadie sabía mejor que él lo cerca que estaba el pacto de saltar por los aires y lo que supondría perder una jornada entera en el viaje de vuelta a Murcia.

Una vez en el castillo sito junto a la fortificación de Monteagudo, informó sin tapujos a su señor de cuanto había sucedido en la reunión y se ofreció a ir él mismo en persona a negociar uno a uno con los alcaides de todos los castillos del reino. Ninguno de los presentes en la tensa reunión era ajeno a las tiranteces que había con muchos de esos alcaides ni, por tanto, a lo incierto de la labor

que debían acometer. Sabían que más de uno se negaría a recibir al enviado del rey aunque este fuese a ofrecerles un arcón repleto de oro, pero con otros podría haber más fortuna, y estaban obligados al menos a intentarlo.

—El tiempo apremia —dijo Mohamed mirando al suelo en señal de respeto y sumisión ante la máxima dignidad del reino—, eso es algo que todos tenemos en nuestra mente, mi adorado emir; por tanto, me ofrezco con toda la humildad del mundo a salir a uña de caballo en busca de esos acuerdos con los arráeces y alcaides de nuestros castillos.

—Pediré por ti. —Fue la respuesta afirmativa de Ibn Hud al-Dawla, y a continuación se puso la mano en el pecho y asintió con la cabeza.

—Solo la muerte podrá detenerme —dijo al final Mohamed.

Ninguno de los presentes se opuso al ofrecimiento del buen vasallo una vez que recibió la bendición del emir, así que este salió del Castillejo esa misma noche, sin tiempo que perder.

Le llevó tres días con sus noches convencer a los alcaides de las principales fortalezas de la taifa, que pusieron innumerables condiciones para acompañarlo hasta la ciudad de Alcaraz. Pero la presión de las hordas aragonesas y nazaríes, que habían asediado más de una de estas fortalezas durante la campaña anterior, fue el mayor aliado del pertinaz magnate musulmán, que se había propuesto encomendar todas sus fuerzas en conseguir ese abrazo que ansiaba dar a su hermano Hasan.

No fue capaz de convencer a todos los alcaides, pero al menos consiguió algunos muy significativos, como el señor de Aledo, que tenía una posición de privilegio en un cerro a mitad de camino entre la capital murciana y Lorca.

Lorca, por su parte, era una plaza que ni se molestó en visitar, pues era del todo imposible conseguir su sumisión, pues se había independizado de la taifa años atrás, aunque el buen magnate hudí tenía claro que más pronto que tarde acabaría por someterse a la espada castellana. Si no lo hacía mediante sumisión, sería por asedio. No solo era una gran ciudad con muy buenas defensas, sino que además se encontraba en un lugar estratégico, muy cerca de la

frontera con el reino nazarí, y nadie en su sano juicio dejaría ese cabo por atar.

Después de cerrar el acuerdo en la fortaleza de Aledo se dirigió a los castillos del norte, y luego a los del este del reino. Los del norte llevaban años soportando las continuas cargas de la Orden de Santiago mientras las posiciones más cercanas al Mediterráneo no estaban en mejor disposición debido a la permanente amenaza del suegro de don Alfonso, Jaime I, el rey de los aragoneses.

67

El 2 de abril se despertó una mañana soleada y fría en la que se pudo ver una nutrida representación de magnates del reino de Murcia esperando a que el rastrillo de la puerta de la ciudad de Alcaraz se elevase.

El maestre santiaguista, informado de la llegada de los negociadores musulmanes, ordenó que la puerta se abriese con la salida del sol, como de costumbre, ni un momento antes. El portugués estaba empeñado en dar el tratamiento que merecían los recién llegados, toda vez que el centinela lo informó de que no veía pendones reales entre los que ondeaban en lo alto de las lanzas infieles.

Cuando don Pelayo bajó la estrecha escalera que daba acceso al torreón desde el que se manejaba la puerta de la fortaleza, se encontró de bruces con María la Balteira. Sabía que ese encuentro era inevitable y apenas le quedaban fuerzas para afrontarlo. Aquella mujer debía de estar igual de agotada que él, pero parecía que aún tenía resuello para echarle en cara lo que había sucedido esa madrugada.

—Habéis estado a punto de echarlo todo a perder. Y cuando digo «todo», me refiero a todo.

—Pero ya está hecho —se defendió el santiaguista.

—Los he retenido hasta que casi la mitad de los tenentes de las fortalezas han estado a punto de girar grupas para volverse a sus respectivos castillos, pues no se explicaban el porqué de aquella espera en mitad de los caminos.

—Es por Castilla.

—No es por Castilla, es por vuestro patrimonio y el de vuestro sobrino. ¿O acaso creéis que nací ayer?

María estaba avisada de las correrías del portugués en las pequeñas fortalezas y aldeas que había salido a tomar con un grupo de acólitos. La llegada de la comitiva murciana había estado a punto de toparse con el santiaguista y sus hombres desnudando las espadas contra plazas del reino que pretendían anexionar en el mismo día en que se iba a firmar la sumisión pacífica de las fortalezas. Era evidente que los magnates murcianos estaban al día de las escaramuzas que seguía protagonizando don Pelayo, pero una cosa era conocerlo por terceros y otra muy distinta encontrarse con que el mismo día de la firma el guerrero luso estaba de correrías por la frontera.

La Balteira le lanzó la mirada más fría que fue capaz de mostrarle y el portugués entendió que no habría más oportunidades. Ninguno de los dos había pegado ojo en toda la noche y no tenía sentido seguir allí, así que María se marchó dejando tras de sí un evidente rastro de escepticismo.

Una vez levantado el rastrillo, los musulmanes accedieron al centro de la ciudad fortificada siguiendo lo que parecía una especie de procesión. La plaza principal de la medina se quedó pequeña para albergar el gran número de dignidades musulmanas que esperaban para rendir pleitesía a los que iban a convertirse en garantes de su seguridad, pues con esa premisa habían acudido hasta Alcaraz. Por las vestimentas, los pendones al viento y las barbillas bien erguidas, los caballeros musulmanes demostraban a quien los mirase que su señor nunca sería un rey cristiano, sino que seguiría siéndolo por siempre el representante del califa de Túnez en la Península, que no era otro que Ibn Hud al-Dawla, emir de la taifa de Murcia. Muchos de ellos tenían cuitas pendientes con él, pero no hablarían jamás de ellas en presencia de los magnates cristianos.

Habían sido claros con Mohamed, el representante del emir: dadas las circunstancias, se someterían a la soberanía de Castilla, pero mantendrían su religión y parte de sus derechos, a pesar de perder la mayoría de sus tributos. Lo aceptaban a sabiendas de que era mejor trato perder buena parte de lo que consideraban que les

pertenecía por derecho que perderlo todo, incluso la vida, a manos de un ejército de mayor tamaño y mejor preparado que el propio.

En la sala magna del real monasterio de la ciudad, ubicado en la plaza Mayor, el príncipe se mantuvo hierático en un sitial de madera maciza tapizado en terciopelo granate. Se encontraba situado en la cabecera de la mesa, mientras a su derecha don Pelayo Pérez Correa y don Rodrigo González Girón recibían uno a uno a los alcaides de los castillos del reino de Murcia, que habían ido entrando en absoluto silencio para rubricar su sumisión y entrega a la corona de Castilla.

A aquellas alturas de la campaña, la tropa cristiana había dejado buena parte de las mesnadas en los diferentes castillos que habían ido ocupando en su trayectoria. No obstante, todavía disponía de más de la mitad de los hombres con los que habían salido de Toledo, suficientes para las decenas de fortalezas que faltaban por tomar. El maestre santiaguista había previsto hasta el último detalle de la toma del reino murciano, ya que conocía el solar como la palma de su mano.

Rubricaron los acuerdos en primer lugar los tenentes de las fortalezas de Aledo, Alicante, Cieza, Orihuela, Crevillente, Elche y Ricote. Y tras estos todavía pasaron otros alcaides a los que el príncipe no pudo ver, pues le anunciaron la entrada en la ciudad de Mayor de Guzmán, procedente de Córdoba, hecho que había tenido más inquieto al príncipe que la propia llegada de los magnates musulmanes.

El rey murciano no se encontraba entre los representantes de las fortalezas que habían rendido sumisión en Alcaraz. Los negociadores castellanos ya lo preveían y por eso decidieron no entrar sobre aquel asunto hasta tener a buen recaudo los documentos rubricados por el resto de los alcaides.

—Y bien, ¿dónde se esconde vuestro rey? —preguntó el maestre a Mohamed cuando salió el último alcaide.

—Ya tenéis la rúbrica de los alcaides de todas las fortalezas del reino, como habíamos hablado.

—En efecto, ya las tenemos —dijo don Pelayo al tiempo que las guardaba en una robusta caja de madera—. Pero nos falta la más

importante, la del Alcázar de Murcia.

—Esa la tendréis en su momento.

—Me parece que no nos entendemos, y eso es algo extraño, porque habláis nuestra lengua con gran conocimiento. Nunca llegaremos a Murcia en son de paz si no firmamos ante vuestro rey la sumisión a Castilla.

—Me parece que he dado sobradas muestras de mi compromiso con el acuerdo que contraje con vuestras mercedes hace una semana en estas mismas tierras. Hasta aquí me han acompañado los alcaides de todos los castillos de la taifa, como me exigisteis.

—Mentís, y el que miente una vez mentirá dos veces, así que asediaremos vuestra capital si no firma el rey. ¿Queda claro? —El santiaguista hacía tronar su poderosa voz.

—No miento. —Mohamed sabía perfectamente a lo que se refería el maestre—. Las fortalezas de Mula, Lorca y Cartagena no nos son fieles en este momento y por esa razón no están aquí acompañando al resto de los alcaides, pero creedme que nunca se aliarán con el reyezuelo nazarí.

—Palabras y más palabras. Ya sabéis lo que exigimos si no queréis conocer el peso de la espada del reino de Castilla.

—En una semana nos citamos en la ciudad de Hellín. Allí se rubricará la sumisión.

Y tras aquellas palabras, con las que parecía asumir una dolorosa derrota, el enviado hudí se levantó con los ojos vidriosos, hizo una reverencia del todo innecesaria y salió del salón arrastrando los pies.

Ni el mayordomo mayor de palacio ni el maestre de la Orden de Santiago se movieron de las sillas ni dijeron cosa alguna cuando el musulmán abandonó la estancia. Don Rodrigo dirigió una mirada al macero que custodiaba la puerta y este abandonó la sala dejando a los magnates al calor de la chimenea que calentaba aquella sala decorada con tapices y trofeos de caza. Era una pieza muy bien iluminada merced a cuatro antorchas que pendían de las sobrias paredes de piedra gris, donde dos ventanas saeteras apenas permitían que entrase la luz natural de la mañana fría y despejada con la que había amanecido Alcaraz.

Los representantes castellanos coincidieron en la poca confianza que les inspiraban los acuerdos que acababan de recoger. Era evidente que algunos de aquellos alcaides no iban a rendir sus fortalezas con la facilidad que anunciaban esos pactos que reposaban en el interior del cofre. Pero una vez firmados los documentos el que no entregase la plaza por las buenas acabaría por conocer el acero castellano por las malas, y nadie podría reprenderlos por ello.

—Mi buen maestre, tenéis dentro de ese cajón el mejor acuerdo del que nunca hubiese soñado —dijo don Rodrigo tras coincidir por completo con el santiaguista en los reparos que ambos tenían ante lo que acababa de suceder.

—Sé por dónde van esas palabras y creedme que hace unos años habría estado de acuerdo por completo con vos, pero el ímpetu en la batalla decrece conforme van pasando los otoños.

—Esas no son las noticias que han llegado hasta mis oídos —dijo señalándose la oreja derecha.

—Los escarceos de las últimas jornadas han tenido más que ver con asuntos sin resolver de la Orden que con el ansia de desnudar el acero. Vos sabéis los abundantes intereses que tiene en estos pagos.

—Bueno. Vamos a dejarlo aquí, pues no nos va a llevar a nada seguir dándole vueltas. Solo os insisto en lo primero que os dije: ambos sabemos que estas rúbricas que más nos vale guardar con celo nos conceden permiso para utilizar la espada que os cuelga del cinto.

La reunión que acababan de mantener con los alcaides de la taifa había sido tan larga como tensa, pues todos los representantes musulmanes habrían rebanado el cuello del maestre santiaguista aunque les hubiese costado el suyo propio. Eran conocedores de las despiadadas incursiones del guerrero portugués, que no había cesado en sus trifulcas fronterizas ni siquiera en aquellos días previos a la firma de los acuerdos.

Don Pelayo había regresado de vuelta a Alcaraz para la firma de las sumisiones musulmanas aquella misma madrugada mientras la ciudad dormía. De hecho, cruzó la puerta un poco antes de que llegase el grueso de los alcaides procedentes de Cieza, donde se

habían encontrado para llegar todos juntos hasta Alcaraz. Las últimas cinco jornadas don Pelayo se había ausentado con una nutrida mesnada junto a su hermano Gómez y a Gil Gómez de Vinhal, y había llegado casi hasta Hellín, apropiándose de alquerías y castillos menores en los que había ido dejando pequeñas guarniciones de las que daría parte al infante cuando reemprendiesen el camino hacia Murcia. No tendría oportunidad de ver al heredero hasta entonces, ya que, según le habían informado, cuando Mayor Guillén de Guzmán captaba su atención el infante tardaba días en volver a dar señales de vida.

María se encontró con Mohamed junto a una choza para guardar aperos de labranza que había en el alfoz de la ciudad. El musulmán le había insistido la madrugada anterior en que necesitaba hablar con ella de un asunto de vida o muerte antes de marcharse de la ciudad, pero prefería esperar a que estuviesen las sumisiones de las fortalezas firmadas antes de mantener esa reunión.

—Buenas noches, María.

El musulmán se acercó con tanto sigilo que sobresaltó a la cristiana.

—¡Mohamed!

—Gracias por venir. Tenía dudas de que no hubieras podido salir de la ciudad, no sé si te dará tiempo a entrar antes de que cierren la puerta.

—Ya me conocéis —respondió la gallega con una sonrisa pícara en el rostro.

—Me preocupa mi hermano Hasan. No sé si estás al tanto del impacto que va a recibir todo el reino nazarí cuando se conozca la sumisión. —Aquella última palabra la pronunció con un gesto evidente de dolor.

—No entiendo a qué os referís.

—Hasan tiene pasado hudí. Mientras haya calma, esas cosas parece que se olvidan, pero no es así. Solo se guardan en un arcón que se abre cuando llegan los momentos de zozobra, como el que vamos a provocar con el acuerdo que hemos alcanzado.

—¿Os vais a echar atrás?

—No, eso nunca. Aunque quisiéramos, sabes que es imposible. —Hizo un receso y continuó tras tragar saliva—. Necesito que viajes a Granada y hables con un hombre, el único que puede salvarle la vida. Me puse en contacto con él a través de un mensajero y aceptó recibirte.

—Pero entonces no estaré en la toma de Murcia.

—Sí lo conseguirás. Yo te proporcionaré los caballos y los mozos para que puedas hacer el viaje y estar de vuelta para la toma de la ciudad.

María era consciente de que no podía negarse. Estaba en deuda con Hasan y tenía la vida de este en sus manos. Jamás volvería a dormir tranquila si le daba la espalda al hombre que tenía frente a ella con su penetrante mirada.

—¿Y no podría realizar la misión otra persona?

—Si pudiese llevarla a cabo otra persona, no te lo habría pedido.

María lo miró con gesto serio y aceptó asintiendo con la cabeza.

68

La mañana en que la expedición castellana reemprendía la marcha rumbo a la capital murciana, tras dos semanas en la ciudad de Alcaraz, el maestre de la Orden de Santiago tenía sensaciones encontradas. Por un lado, era consciente de que debía estar pletórico tras la inacabable nómina de plazas que había tomado para el reino castellano y el gran trofeo que iban a sumar, pero por otro estaba dándose cuenta de que su aportación militar, una vez organizado el nuevo solar, se tornaría irrelevante. Esto le provocaba una sensación adelantada de inutilidad que le hacía sentirse vacío, algo que ya le había sucedido un lustro atrás, una vez concluidas sus meritorias conquistas en el sur de Portugal.

Después de aquello estuvo perdido en figones y serrallos por toda la Extremadura leonesa, donde no dejó un solo amigo. Sí dejó, en cambio, infinidad de deudas y desafueros, que dieron con sus huesos en más de un calabozo, de donde salió esgrimiendo la fama ganada en la frontera con su espada, a la que le debía todo cuanto era.

La contrición y el rezo fueron, tras aquellos años en los que anduvo sin rumbo, su refugio, y aquel encuentro con la fe, junto con su bien ganada fama de batallador, propició que, tras la sorprendente renuncia de don Rodrigo Íñiguez, lo nombraran maestre de la Orden de Santiago.

Una vez elegido maestre de Santiago, y acompañado por su inseparable Gonzalo Eanes do Vinhal, volcó en la orden toda su energía y llenó el hueco que tenía en su interior con una actividad incansable que llevó a los santiaguistas a conquistar castillos y encomiendas por toda la frontera.

La relación del maestre santiaguista con el príncipe y su entorno más próximo fue desde el primer momento fría y difícil. Al heredero de la corona le gustaba elegir a sus colaboradores, y don Pelayo había llegado de la mano del rey, por lo que el joven Alfonso no ocultaba el gran resentimiento que sentía hacia el portugués por la capacidad de este para comunicarse con Burgos sin pasar por él. Le constaba que mantenía al día al rey de cuanto iba aconteciendo, y esto era algo que el infante no podía soportar, pues sospechaba que la información que viajaba hasta la capital del norte iba repleta de comentarios del propio maestre, en los que sin duda él saldría mal parado, y no podía hacer nada al respecto. Además, el heredero gustaba de rodearse de personas de trato educado y elegante, y el bravo guerrero portugués era terco y absurdamente agresivo en demasiadas ocasiones.

Sin embargo, el príncipe congenió desde el primer momento con el primo hermano del maestre, Gonzalo Eanes do Vinhal, al que le presentaron como un valeroso caballero, y al que tuvo la oportunidad de ver blandiendo la espada en la batalla previa a su entrada en Alcaraz con gran eficacia y valentía, pero que se ganó a don Alfonso por su amplio repertorio de poesías y su voz aterciopelada.

Para el príncipe fue algo sorprendente encontrar a un hombre que aunase estas dos virtudes. Jamás había visto a un bravo luchador como aquel, que además de blandir la espada como nadie, era capaz de componer con gran brillantez. Y debía reconocer que, si era buen luchador, era todavía mejor compositor. Tenía un ingenio tal que había escrito unas cantigas de amigo y de amor que podían ser las más entrañables que hubiera escuchado, y por otro lado había conseguido componer otras de escarnio en cuyas estrofas encontraba los adjetivos más hirientes y certeros.

Al heredero de Castilla se le pasaba el tiempo en presencia del portugués sin darse cuenta, ya que además se daba la circunstancia de que trovaba y cantaba en portugués y galaicoportugués, la lengua predilecta del príncipe para la música. De hecho, casi desde que habían salido de Toledo el heredero al trono alternaba largas cabalgadas junto al maestre santiaguista con otras en las que

cantaba y recitaba poesía junto al primo de este. Esa circunstancia que obligaba a don Pelayo a detener al resto de la tropa para poner espacio entre los poetas y el resto de los integrantes de la marcha, pues el maestre se abochornaba de aquella actitud que veía indigna en magnates de su alcurnia y responsabilidad.

En aquella mañana, antes de emprender la marcha, mientras esperaban al heredero de la corona de Castilla en el exterior de la ciudad amurallada de Alcaraz, con un viento gélido que todavía se hacía sentir en las noches primaverales de la sierra, el maestre rezaba en silencio y pedía al Altísimo fuerzas que sometiera a su alma descarriada, esa que lo conducía por los peores senderos, y lo ayudase a buscar refugio en la oración cuando sus deberes en Murcia hubiesen concluido. Tenía un verdadero pánico por la llegada del momento en el que sentiría un vacío absoluto.

El grueso de la mesnada que se desplazaba a pie junto con las carretas más pesadas, tiradas por bueyes, había emprendido el camino el día anterior. Tenían orden de levantar un campamento en un punto del camino que los almogávares habían localizado entre las localidades de Las Peñas y Hellín, a unas quince leguas.

El príncipe llegó hasta la cabeza de la comitiva acompañado por Mayor de Guzmán y sus inseparables hermanos, los íntimos del infante, Nuño y Pedro Guillén, que se situaron en la tercera fila de la comitiva.

Don Alfonso saludó a don Pelayo y a don Rodrigo González con un leve movimiento de mentón e hizo arrancar a su caballo a paso ligero en el frío amanecer de aquella tierra que hasta el momento lo había colmado de alegrías.

El infante había aprovechado la claridad de las noches en aquella ciudad para observar el firmamento y el movimiento de los astros, su gran pasión abandonada por la gran atribulación que había sentido los últimos meses. Aquel cielo estrellado y los mensajes que de él sentía haber captado lo habían convencido de que estaba en un lugar que le haría feliz.

La primera noche tras salir de la ciudad de Alcaraz la pasaron en unas tiendas de lona improvisadas junto a un arroyo, a mitad de camino entre Alcaraz y Hellín. La carpa del heredero disponía de un

gran lecho situado sobre pieles y alfombras convenientemente distribuidas por el suelo, que aislaban el jergón de la humedad del terreno y del curso de agua que discurría apenas a unas varas de distancia. Estaba alejada del grupo de tiendas en las que se alojaba fray Pedro Gallego junto al maestre santiaguista, los hermanos de Mayor, otras autoridades eclesiásticas que los acompañaban y los demás mandos militares. El resto de la tropa dormía al raso al otro lado del arroyo, a suficiente distancia como para que no llegase el molesto escándalo que acompañaba a los soldados, sus familias y el resto de los gremios que se arremolinaban en torno a ellos.

La tienda del infante estaba custodiada, pero nadie debía acercarse a ella hasta que este lo indicase. Al heredero le gustaba disfrutar de las noches en compañía de su amada y de las estrellas sin ningún tipo de molestia.

—Esto es lo último que me podía imaginar de alguien como vos —le dijo desde detrás María la Balteira.

El maestre de la Orden de Santiago estaba a punto de subirse a su montura, que esperaba por él amarrada a un chopo a la vera de un arroyo. Había un pequeño asentamiento de tiendas de lona a algo menos de cincuenta pasos del lugar en el que había dejado pastando a su poderoso caballo de guerra. El portugués iba embozado, pero aun así María pudo ver, con el reflejo de la luna, cómo su presencia había hecho mella en el caballero, al que ante la sorpresa se le frunció el ceño.

—Pensé que habías salido a uña de caballo en dirección a Granada, si te digo la verdad.

—Veo que me seguís los pasos con tanto interés como yo los vuestros, y por eso pensé que no era mala idea retrasar un día mi viaje para comprobar en persona vuestra traición.

—No sé qué crees que estás viendo, pero te aseguro que estás completamente errada en lo que sea que tengas en esa cabeza —le dijo el santiaguista recortando la distancia que había entre ellos para golpearla con el índice en la sien.

—¿Sabe nuestro príncipe algo de esa tropa que tenéis allí escondida? —preguntó y levantó el mentón en dirección a las tiendas—. Lo digo porque igual le interesa conocerlo: cuantas más tropas tenga a su disposición, mejor irá el negocio por el que debemos velar.

—El príncipe no tiene conocimiento de esta pequeña guarnición. La tengo aquí de reserva por si tuviésemos alguna emboscada inesperada a la que no pudiésemos hacer frente con las fuerzas de las que disponemos.

María sabía a la perfección cuál era el papel de aquellos soldados que el santiaguista mantenía alejados del resto de las tropas. Mohamed se había preocupado de ponerla al día para proporcionarle unas cartas marcadas a aquella trilera que a buen seguro sabría cómo manejar.

—Esas tropas están ahí para dejarlas en las fortalezas que tomáis por vuestra cuenta y escamoteáis a nuestro reino. No soy nueva ni tampoco ciega. Nada diré al respecto, solo espero que sepáis pagar mi silencio como se merece y tengáis siempre presente que os estoy observando.

—A mí no me amenaces.

—Yo no os amenazo, pero este asunto que os traéis entre manos tendría muy difícil explicación si llegase a oídos indiscretos, y eso es algo que tanto vos como yo sabemos.

El santiaguista montó en su caballo y se marchó, consciente de que todo cuanto le había dicho aquella enviada del mismísimo demonio era cierto.

Por la mañana emprendieron la ruta con las primeras luces del alba. El objetivo era recorrer las casi diez leguas que los separaban del campamento situado entre Las Peñas y Hellín. Para ello había que sortear un camino que, según les habían dicho, tenía cierta complicación en una zona montañosa donde las monturas debían transitar con tiento, lo que ralentizaría la marcha. Era casi seguro que llegarían cuando la noche se hubiese echado sobre ellos.

La cabalgada fue muy dura y llegaron al asentamiento guiados por el capitán almogávar, que portaba una poderosa antorcha, cuando muchos de los jinetes y absolutamente todas las monturas estaban

exhaustos. Las tiendas se divisaban desde lejos, pues la avanzada de la tropa, que llevaba todo el día acampada allí, festejaba alrededor de las hogueras el día de asueto, que habían dedicado a beber vino de la tierra, cantar y bailar, ajenos a la llegada de la comitiva del príncipe.

Tanto el heredero como su amante cayeron rendidos en la cama al llegar a la tienda, y casi no fueron capaces ni de comer un cuscurro de pan por el cansancio del interminable día.

69

A pesar de las agrias dificultades de las negociaciones, los murcianos estaban decididos a someter su reino, por lo que acataron sin demora lo acordado. Cuando todavía no había terminado de amanecer el siguiente día, entró en la tienda que compartían Alfonso y Mayor un hermano de esta, Nuño. Despertó con cautela al infante, que salió de entre las pieles de la cama completamente desnudo y se cubrió con la capa que su amigo le ofreció. Era evidente que algo de suma importancia sucedía para que el bueno de Nuño Guillén hubiese irrumpido en la improvisada alcoba del príncipe de aquella manera.

—Están aquí, mi señor —lo informó Nuño cuando pasaron al segundo habitáculo de la tienda.

—¿El emir de Murcia? —preguntó siguiendo con el tono de susurro que había empleado su consejero.

—Sí, ha venido una comitiva encabezada por el hijo del emir y quieren verte cuanto antes.

El príncipe asintió con la cabeza, se deshizo de la capa y permitió a su amigo que comenzase a vestirlo con el sayal de seda rojo con incrustaciones de pedrería en la solapa y las mangas, que habían llevado para cuando llegase el momento crucial.

Sobre la mesa situada en un costado de la carpa había panes de nueces y de frutas y queso, junto a una jarra de plata llena hasta la mitad de vino de la tierra rebajado. El príncipe se levantaba hambriento de normal, pero en aquel momento se sentía incapaz de ingerir nada en absoluto.

—Entonces, Nuño, los musulmanes por fin se han decidido a mover ficha. Demos gracias al Altísimo, porque no sé qué era peor, si la incertidumbre de verlos esquivar tantas veces esta decisión o

soportar a don Pelayo aireando su mal humor por los continuos desplantes de la familia real hudí.

—El caso, Alfonso, es que ya están aquí y parece que esa sumisión va a quedar firmada en este apartado lugar. Pensé que este momento nunca llegaría. Si te digo verdad, entre las mesnadas ya se estaba barruntando la posibilidad de que jamás tomásemos aquella tierra si no era por las armas.

En el exterior de la carpa era noche cerrada. Se oían rumores de conversaciones a lo lejos y el relincho de algún caballo entremezclado con los mugidos de los bueyes. Al salir de la tienda notó el frío de la sierra y comprobó que el rocío de la noche había humedecido tanto las lonas como los matojos que había a ambos lados de la alfombra que mostraba el camino hacia el punto de reunión.

Siguió a Nuño hasta la tienda donde habían de encontrarse, en la que habían colocado un sitial de madera maciza decorado con incrustaciones de piedras preciosas y filigranas de oro y plata. La silla se encontraba sobre un cajón de madera de un codo de alto, forrado con una alfombra traída de Oriente. Las lonas de la tienda que hacían de pared estaban cubiertas por banderolas con los escudos de Castilla y León, y cruces de la Orden de Santiago. En el interior la temperatura era gélida, pues la llegada de la comitiva musulmana había cogido de improviso a los cristianos, que esperaban verse con los representantes islámicos a media tarde. La iluminación de la gran carpa era más que suficiente, merced a un despliegue de lámparas de sebo distribuidas tanto por el suelo como sobre las mesas y en dos soportes de bronce situados a ambos lados del sitial del príncipe.

Don Rodrigo González de Girón, tío de Nuño, esperaba en el interior de la tienda por el infante, con la corona de oro maciza entre las manos. Le indicó a Alfonso que tomase asiento en el sitial y le colocó con esmero la corona que tantas veces había puesto sobre la testuz de su señor padre.

Don Alfonso notó en ese instante en los hombros el peso del vasto solar sobre el que reinaba su progenitor. Sabía que aquel era otro de esos momentos que estaba viviendo en la toma de Murcia que no

olvidaría jamás. Igual que le había sucedido en el salón del alcázar de Toledo, se sentía la cabeza visible de Castilla, y nunca hasta aquel momento se había imaginado la energía que insuflaba esa sensación. Muchas veces, sobre todo en la época en la que más incomprendido se había sentido al tener que abandonar a las madres de sus hijos, a las que amaba con todo su ser, pensó en desentenderse de todo y dejar a su hermano Fadrique ese honor que tanto ansiaba, pues no sentía deseo alguno de convertirse en rey de Castilla. Pero ahora que había experimentado esa poderosa sensación estaba completamente seguro de que era el sueño de su vida.

La tienda que habían preparado para el encuentro con la familia real hudí era la de mayor tamaño de todo el asentamiento. Podía albergar sin dificultad dos docenas de hombres y en aquel momento solo estaban en su interior el infante, don Rodrigo, Nuño y dos maceros que custodiaban la cortina blanca que servía de puerta. Al poco se oyeron unas voces procedentes del exterior y uno de los centinelas corrió la cortina para que entrase en la sala el maestre santiaguista, precediendo a la embajada musulmana.

Don Pelayo, tras esperar la confirmación del mayordomo mayor de palacio, anduvo sobre la alfombra marrón oscuro hasta el mismo pie del sitial ocupado por el heredero a la corona e hizo una genuflexión. A continuación se dio la vuelta y, señalando a los tres hombres que lo seguían, hizo la presentación.

—Alteza, he aquí Ahmed, hijo del emir de la taifa de Murcia, Ibn Hud al-Dawla.

—Es un honor encontrarnos ante vuestra alteza.

—Es un honor recibiros.

Las primeras palabras entre el heredero castellano, que permanecía sentado en su sitial, y el hijo del emir murciano anunciaban un entendimiento tan fácil como necesario. La negociación para llegar hasta el punto en el que estaban había sido lo bastante áspera y tediosa como para saber que los castellanos, comandados por el príncipe, pero con la vigilancia implacable de don Pelayo Pérez Correa, no iban a permitir el mínimo desaire por parte de aquellos que habían ido a someter su solar.

En las primeras palabras, en los gestos y en el tono de voz se percibía, sin necesidad de prestar demasiada atención, que Mohamed, el magnate musulmán que había tejido con paciencia el acuerdo, había informado a los herederos de Ibn Hud sobre la actitud que debían observar.

Los musulmanes iban ataviados con túnicas de seda. Las de los dos lugartenientes eran de color azul pálido y la del hijo del emir era de un rojo muy claro. Llevaban brocados de hermosa factura en hilo de oro en el pecho y las mangas, y la cabeza cubierta con turbantes blancos. Las caras de los dos consejeros estaban tupidas con cerradas barbas entrecanas, mientras que la piel de la cara del heredero hudí estaba apenas cubierta por una pelusa lampiña que le daba un aspecto desastrado.

A uno de los representantes llegado desde Murcia lo conocían a la perfección: se trataba de Mohamed, el principal artífice de aquel encuentro, junto a la soldadera gallega.

—Imagino que habréis venido hasta aquí para hablar —irrumpió con unas formas del todo improcedentes el maestre santiaguista, para el que cualquier encuentro con los representantes del islam era una batalla en sí.

—Traemos con nosotros un documento en el que exponemos el acuerdo entre nuestros solares —dijo el mandatario musulmán.

Don Pelayo trató de responder a esto de malas maneras, pero el príncipe, que no quería dejar pasar la oportunidad de dar la talla como representante del reino, lo detuvo levantando la mano derecha y pidiéndole calma con dos gestos de cabeza.

—Respetado Ahmed, es importante que en estos encuentros llamemos a las cosas por su nombre. Este es un acuerdo de vasallaje por el que la taifa de Murcia se somete a la corona de Castilla. Debéis reconocer esto en primer lugar para que esta conversación continúe adelante.

—No solo lo reconozco, sino que además os lo pido encarecidamente.

—Y yo lo acepto si las condiciones que vienen en ese documento son las que previamente habíamos pactado con el magnate que tenéis a vuestra derecha.

Tanto el príncipe como su homónimo murciano miraron hacia Mohamed, algo que les sirvió para rebajar la tensión que empezaba a notarse en el gélido ambiente de la carpa en la que todos los ocupantes exhalaban un espeso vaho al respirar.

—Con vuestro permiso y la más absoluta humildad —comenzó Mohamed—, a partir de la firma de este acuerdo serán las autoridades cristianas las que se encargarán de cobrar los impuestos en las ciudades de nuestro reino que pasen a su dominio, excepción hecha de los tributos propios del emir y de los arráeces de las diferentes fortalezas, y los musulmanes de Murcia se declararán vasallos del rey don Fernando.

—Así sea —apuntó el príncipe.

—A cambio —dijo en este caso el hijo del emir—, Castilla se compromete a respetar el patrimonio, las costumbres y los ritos religiosos practicados por las gentes de nuestro pueblo. Podremos mantener nuestro propio ejército y seguir acuñando moneda como hemos hecho desde antiguo.

—Ese ejército no peleará contra Castilla, supongo —dijo don Rodrigo con tono respetuoso.

—Eso nunca —aseguró el joven musulmán poniéndose la mano derecha en el pecho.

Entonces el príncipe se levantó del sitial, bajó el peldaño que hacía de estrado, sobre el que estaba colocada su aparatosa silla, miró a los ojos al hijo de Ibn Hud al-Dawla, que solo era algo más joven que él, aunque de aspecto mucho más aniñado, y le indicó con la mirada que se acercasen a la mesa situada en la izquierda de la carpa. Sobre ella había una pluma, tinta y polvo secante. El príncipe puso sobre el tablón el documento que le había ofrecido el murciano y se lo dio a firmar a su invitado.

La pluma de ganso en la mano del hijo del emir musulmán tenía demasiado significado para los representantes hudíes que lo habían acompañado, y volvieron el rostro para no ver al joven estampar la firma sobre el lienzo. Era como si con aquella rúbrica diesen por concluida la independencia de un reino antiguo y orgulloso. Don Alfonso se dio cuenta del hecho y estuvo a punto de intervenir para recordarles que el propio Ibn Hud, el gran rey andalusí, había

solicitado en el pasado a su señor padre, el rey Fernando, la protección de la corona de Castilla a cambio de unas suculentas parias, por lo que no había nada de lo que avergonzarse, pero se limitó a firmar tras el musulmán en absoluto silencio.

Una vez firmada la esquela por ambas partes, se cogieron las manos, se las besaron y se fundieron en un abrazo.

70

Murcia, primero de mayo de 1243

El heredero al trono de Castilla apenas había conseguido pegar ojo en toda la noche. A su lado, Mayor de Guzmán dormía a pierna suelta. Era algo que siempre había admirado de aquella mujer que lo había rescatado en lo peor de su vida, lo había recogido literalmente del suelo y le había dado a su alma atribulada y vulnerable un seno en el que resguardarse. La amaba siempre que tenía ocasión. Cada noche que pasaba junto a ella buscaba esa piel suave y ese cuerpo hospitalario que lo recibía con una mezcla de amor casi maternal y deseo.

Doña Mayor se había unido a la comitiva en Alcaraz y desde entonces casi no se había separado del infante, más por petición de este que por iniciativa de ella. Alfonso se sentía seguro cuando tenía cerca a aquella mujer más de una década mayor que él. Además de una maravillosa amante, había encontrado en ella el cobijo que llevaba años buscando. El príncipe, a pesar de ser un hombre de veintiún años, seguía sintiendo la carencia del calor maternal, algo de lo que apenas había gozado en su vida. La mujer poderosa y comprensiva que había encontrado en Córdoba sabía ofrecérselo al tiempo que le daba el espacio que necesitaba un amante de las ciencias y las artes como era el heredero al trono.

El lecho de plumas con sábanas de seda en el que dormían cuando se desplazaban era casi tan confortable como el que tenía en Córdoba o en Toledo. Por tanto, ese no era el motivo por el que permanecía tumbado bocarriba con los ojos abiertos como platos, aguardando a que uno de los hermanos de Mayor irrumpiese en la tienda de lona para anunciarle que había llegado el gran día.

El relincho y el piafar de los caballos, junto con el rumor de las conversaciones en voz baja de los centinelas, acompañaba al infante en sus cavilaciones. Resultaba mucho más llevadero que los juglares que vociferaban a primera hora de la noche, cuando las mesnadas todavía les prestaban algo de atención antes de caer por los suelos tras vaciar ingentes cantidades de vino de la comarca.

La continua y monótona voz de Gonzalo Yáñez Doviñal, el trovador castellano que acompañaba a las mesnadas de don Diego Alfonso de Rojas, le había impedido conciliar el sueño nada más irse a la cama. A partir de ahí había tenido que atravesar una madrugada llena de inquietudes y dudas, precisamente la noche previa al día más importante de su existencia.

Sin embargo, era cierto que algo debía agradecer a aquel parlanchín de Gonzalo Yáñez, al que no soportaba y al que consideraba un juglar de baja estofa pese al alto concepto que aquel tenía de sí mismo. Había puesto al día a las mesnadas capitaneadas por Ferrando Pérez de Pina, recientemente incorporadas a la comitiva, sobre lo poco pacífico que había sido el avance desde Toledo hasta la planicie en la que habían plantado sus tiendas en un remanso del río Segura.

Esa primera parte de la disertación del juglar no le molestó en absoluto, y de hecho le dolió que no fuese más extensa. El trovador recitaba consciente de que el príncipe lo estaba escuchando con atención desde su tienda, pues, aunque no se encontraba cerca de la improvisada plaza pública, era muy fácil que su aguda voz penetrase por aquellas paredes hechas de lona.

—¿Y quién creéis que alzó su espada y picó espuelas barranco abajo ofreciendo el pecho de su montura y repartiendo mandobles a diestro y siniestro?

—¿El maestre? —gritó una voz que el infante no estaba seguro si pertenecía a un gancho del juglar o a algún caballero santiaguista.

—El maestre salió a uña de caballo, torrentera abajo, ofreciendo el pecho de su corcel y empuñando la espada. Pero al menos dos varas por delante de este iba nuestro príncipe, don Alfonso, con el gesto desencajado, buscando cuerpos de infieles para descabalgarlos con la maza.

El juglar debía hilar muy fino y no dejar en evidencia ni por un momento a ninguno de los magnates de aquellas mesnadas, y mucho menos al legendario santiaguista.

—Eso es imposible —bramó una voz que, sin duda, pertenecía a un gancho del trovador—, el príncipe es un hombre de letras, un músico y un estudioso de la ciencia; ni siquiera está interesado en acudir a las partidas de caza.

—¡Cuidado con esa lengua cargada con veneno de las víboras! Aquí hay decenas de soldados que pelearon hombro con hombro con el príncipe y pueden atestiguar tanto la veracidad de estas palabras como el valor con el que lanzó su montura por aquel barranco que se asemejaba a la entrada del mismísimo Averno.

—¡Sí, yo estuve allí y lo vi con estos ojos! —gritó un mesnadero con una voz grave que tronó por encima del murmullo creciente.

—¡Yo también estuve con el príncipe de Castilla! —gritó otro hombre.

—Castilla está de enhorabuena: no solo cuenta con un rey valeroso y fuerte que espera noticias en Burgos, sino que tiene a su digno heredero entre estas tropas, dispuesto a dejarse la misma vida por este pendón —sentenció el juglar para arrancar enseguida la algarabía entre los presentes.

Los vítores y parabienes que ensalzaban la figura del heredero hicieron que la mesnada rugiera como si de un ataque en avalancha se tratase. Cada miembro del ejército intentaba que se escuchasen por encima de los demás sus muestras de admiración por la valentía del heredero.

A partir de ese momento el resto de la noche consistió en oír a los soldados cantar, pelear y por último decaer hasta que un silencio solo roto por cuchicheos y sonidos emitidos por los animales se apoderó de la noche. El vaticinio del príncipe se había cumplido de punta a cabo y le había sido absolutamente imposible pegar ojo. La entrada en Murcia y la toma de su alcázar sería una realidad en la siguiente jornada, y la ansiedad se lo estaba comiendo por dentro.

71

Por fin llegó la mañana más esperada de toda su existencia, el deseado día en que tomaría la capital hudí. Don Alfonso agradeció la entrada de Nuño en la carpa para dar por finalizada aquella madrugada que había sido un suplicio. Se levantó del jergón y acompañó al hermano de su amante al reservado que había tras las cortinas, en la propia tienda, para permitir que lo vistiesen con las galas propias de un rey.

Cuando salió, ataviado con esa majestuosa ropa, apenas se adivinaba el sol, pero Alfonso estaba tan atribulado que no sintió el frío del amanecer. Inspiró con fuerza para serenarse y se dirigió, junto a Nuño, hasta la tienda en la que el mayordomo mayor y el maestre santiaguista lo esperaban.

—Su alteza, ha llegado el gran día. No permitáis que los que van a ser vuestros súbditos nos confundan con un pueblo amigo.

—Mi fiel Pelayo —habló el príncipe con la magnanimidad de un soberano—, hoy es el día de la generosidad y la comprensión para este pueblo que se va a someter al dominio de Castilla. Solo espero de ti que no confundas tu labor en esta comitiva que en poco entrará en Murcia.

—Siempre seré vuestro fiel servidor. No confundiré el lugar que ocupo, pero tampoco permitiré que ningún seguidor del islam equivoque el sitio que le corresponde —le insistió el tozudo guerrero portugués por enésima vez.

—Si osas dejarte llevar por tu espíritu vengativo y profieres alguna ofensa hacia los que van a ser un pueblo con el que nos veremos obligados a convivir a partir del día de hoy, créeme que ya no serás un fiel servidor de tu rey, y tampoco de este príncipe. Quizá me he equivocado al permitirte en demasiadas ocasiones rebasar los límites

de tus atribuciones en esta embajada, pero eso se ha acabado en el día de hoy.

El santiaguista miró hacia delante visiblemente contrariado.

—¿Me has escuchado con atención? —preguntó don Alfonso con un tono que reflejaba bien a las claras que la advertencia era auténtica.

—Perfectamente, mi señor. Pero…

—Hoy no hay peros —lo cortó en seco el heredero de la corona—. «Sí, mi señor» es la única respuesta que te va a permitir acompañar a esta comitiva al interior de la medina murciana.

—Sí, mi señor —dijo por fin el maestre santiaguista mirando a los ojos al príncipe.

Tras aquella conversación con su consejero más próximo, el heredero salió de la tienda y vio a la comitiva preparada para emprender el camino. El número de cristianos que se disponían a entrar en las calles de la medina murciana era muy cuantioso, y eso hizo que el príncipe sintiera el orgullo de comandar aquel enorme ejército, que le había mostrado su fidelidad a lo largo de todo el desplazamiento desde la capital toledana.

La delegación estaba compuesta por los representantes de la Iglesia, los capitanes de las mesnadas que lo habían acompañado hasta la misma puerta de Murcia, su hermano Fernando y los hermanos de su amada, a los que se incorporaría doña Mayor cuando estuviese dispuesta. El príncipe se puso al frente y arrancó junto al resto de mandos militares sin ser capaz de sentir ni oír nada de lo que sucedía a su alrededor. Se sentía mareado e incapaz de separar los labios para pronunciar palabra alguna; se sabía superado por la importancia de lo que estaba por suceder.

Su montura se abría paso entre las gentes, que se habían agolpado a ambos lados del camino que conducía a la capital entre vastas extensiones de frutales. Habría elegido un caballo poderoso como hizo su padre la mañana de la sumisión de Écija, pero él no era el recio rey de Castilla con infinidad de conquistas a las espaldas, aunque un día lo sería. Prefirió utilizar una montura dócil y fácil de manejar que lo guiase hasta la capital sin que el infante apenas tuviese que sujetar las riendas.

No disfrutó del desfile entre sus nuevos súbditos, ni siquiera fue consciente de lo que sucedía a su alrededor. Estaba agotado y era incapaz de pensar en cuál debía ser su función una vez que la enseña de Castilla ondease en el alcázar murciano. La conquista pacífica de la plaza se había convertido en un complejo ejercicio de fuerza e ingenio en el que no solo habían tenido que batir las espadas, sino que se había visto en mitad de tantas refriegas palaciegas que había perdido la cuenta. Sentía que había peleado en esas disputas con más saña para torcer la voluntad de sus propios consejeros que de los enviados de Ibn Hud al-Dawla.

Mientras el caballo lo conducía a esa ciudad que llevaba meses suspirando por tomar, le vino a la mente el trabajo incesante que la reina Juana debía de estar haciendo sobre la conciencia de su señor padre. Se le habría agotado la saliva hablándole de la indeseable soldadera que su hijo había introducido en las alcobas de cuantos arráeces y alcaides musulmanes se habían interpuesto en su camino, para conducir por la senda del pecado y la nigromancia el destino del reino de Castilla. Estaría intentando convencerlo de que todo su legado sucumbiría a las garras del maligno si permitía que el príncipe continuase con esas malas artes con las que había conseguido el logro que estaba por brindarle al rey Fernando.

La cabecera de la comitiva, comandada por el príncipe, dejó a su izquierda el arrabal de la Arrixaca y se plantó frente a la puerta de la Aduana, donde la delegación se detuvo, aunque los soldados musulmanes que la custodiaban se habían apartado para franquearles el paso. Don Alfonso miró hacia delante y, sin saber por qué, una lágrima brotó de su mejilla. La imagen de la reina Juana difamándolo al oído de su padre se transformó en la de su madre, a la que nunca había sabido perdonar por haberlo abandonado tan pronto, peinándolo y repitiéndole que sería un gran rey y conquistaría infinidad de territorios para Castilla. También recordó cómo su madre le describía la corte en la que había crecido, y en la que tenía a su familia materna. No debía renunciar a ella jamás; podría llevarlo a coronarse emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, cargo que en ese momento ostentaba el primo de su madre, Federico II Hohenstaufen.

Aquel recuerdo de su infancia en Toledo, antes de que sus ayos se lo llevasen a tierras gallegas, le hizo llorar como un niño sin que nadie se apercibiese de ello.

En la puerta de entrada a la medina había un gentío tan abrumador que podía verse reflejado incluso en el gesto de don Pelayo Pérez Correa, algo difícil de conseguir, pues el santiaguista jamás cambiaba su expresión de ceño fruncido y ojos entrecerrados. Estuvieron parados frente a la puerta más tiempo del que esperaban. El príncipe parecía extasiado a ojos de quienes lo rodeaban, cientos de personas que se agolpaban tanto en el interior como en el exterior de la muralla; pero no lo estaba, sino todo lo contrario, sentía que controlaba por completo la situación.

Don Alfonso volvió en sí después de todas aquellas cavilaciones y notó la mente despejada y pletórica. Aspiró el olor de la naturaleza que rodeaba aquella ciudad bañada por el río cercano, miró al cielo y vio ese sol que brillaba tan luminoso y radiante como le habían anticipado, y también vio a un pueblo entregado. Un pueblo que lo esperaba desde antes del invierno, temblando de miedo ante el empuje de los ejércitos vecinos que asediaban su frontera dispuestos a pasarlos por las armas.

Justo bajo la puerta de la ciudad estaba María la Balteira mirando al príncipe, que la vio y le hizo un gesto de asentimiento con el mentón. Esa mueca, que valía por un apretón de manos, hizo completamente feliz a aquella mujer, que se había ausentado la última parte del trayecto y había llegado esa madrugada directa desde Granada. Estaba agotada y la espalda la estaba matando; nunca en toda su vida había montado a la velocidad a la que lo había hecho esos días, y su cuerpo se lo estaba recordando. Aun así, le puso su mejor sonrisa al heredero castellano para confirmarle que había captado el mensaje.

Don Alfonso era el hombre más feliz sobre la tierra. Hacía meses que había calculado con esmero el día de la toma de la plaza. Al final, entre retrasos y esperas, los astros se habían puesto de acuerdo para que fuera justo aquel día, en el que Marte estaba en conjunción con su Sol Natal, en el que entrasen en su ansiada capital. Esta conjunción era la que sin duda le daría más confianza,

ya que a Marte se le consideraba el Dios de la guerra, y en una jornada como aquella, en la que tomaban el nuevo solar, aunque fuese de forma pacífica, sentía la fuerza de esa energía.

El heredero al trono de Castilla se volvió en su silla ante la mirada del gentío, que estaba en completo silencio, esperando el siguiente movimiento del príncipe, que buscó con la mirada al hijo de Ibn Hud al-Dawla. Cuando encontró sus ojos negros le hizo un gesto con el mentón para que situara su montura tras la grupa de su caballo.

El musulmán se abrió paso entre los miembros de más alto rango de la corte del príncipe y detuvo su caballo a tres varas del del infante. A continuación don Alfonso buscó a Mayor, y esta, sin necesidad de que su amante le hiciese gesto alguno, avanzó hasta situar su yegua casi a la altura del corcel del príncipe.

—No me atrevería a cruzar esta puerta sin ti. Es más, creo que nunca lo habría logrado sin tu apoyo. Este reino es la consagración de nuestro amor indestructible —le dijo el príncipe al oído a su amante tras acercar su montura a la de esta.

—Yo no soy más que una fiel servidora del reino de Castilla como lo sois vos, alteza. Y es para mí un honor acompañaros en este momento, que sin duda será inolvidable para este nuestro solar.

—Entonces no demoremos más la entrada en esta medina y sirvamos al reino de Castilla, que es al que debemos nuestra existencia.

72

Una vez que todo estuvo ordenado según lo había previsto don Alfonso, este aflojó las riendas de su caballo, un poderoso corcel blanco, dócil a la par que impresionante, perteneciente a la cuadra de su señor padre, y cruzó al paso la puerta de la Aduana de la ciudad de Murcia. Junto a él, apenas un paso por detrás, entró Mayor de Guzmán, tal y como habían fabulado tantas veces.

El infante sintió con total plenitud aquel instante crucial. Pudo experimentar en primera persona lo que significaba anexionar un reino a la corona, algo que no habían conseguido tantos monarcas en el pasado, pues muchos de ellos habían conocido el final de su vida sin dar por concluidas interminables negociaciones o infructuosas campañas militares. Y, además, había que valorar que no era cosecha menor la que había logrado a base de ingenio e inteligencia: el príncipe, con aquella anexión, daba por fin salida al Mediterráneo a la corona de Castilla.

El día era luminoso y la seda del sayo rojo que vestía el infante reflejaba ese sol y distinguía al príncipe entre todas las dignidades que lo acompañaban. Encima del sayo llevaba puesta una capa blanca y sobre su cabeza resplandecía, desprendiendo destellos de luz, la imponente corona de oro de Castilla. Tras don Alfonso y Mayor llegaba una larga comitiva en la que los familiares directos habían adelantado su posición y se habían colocado enseguida detrás del hijo de Ibn Hud al-Dawla. Un par de varas por detrás del musulmán desfilaban el infante Fernando y los hermanos de Mayor, Nuño y Pedro Guillén de Guzmán.

Habían recorrido frondosos parajes llenos de frutales en su camino hacia la capital. Aquellos árboles, en su mayoría limoneros, mandarinos y naranjos, mecían sus hojas con la brisa de la mañana

y parecían aplaudir la llegada del cortejo. Las fincas alternaban con otras en las que no se veía un solo árbol, sino que estaban perfectamente abancaladas para el cultivo de todo tipo de verduras, cultivos prósperos todos ellos en una tierra que según les habían hecho saber a los cristianos era rica y fértil. Se encontraban en un auténtico vergel.

Pero no fue hasta que cruzaron el puente sobre el río y se encontraron con las murallas de Murcia cuando comprobaron de primera mano la grandiosidad de la ciudad que se disponían a tomar. Habían oído hablar maravillas de la capital del rey Lobo, y la primera impresión fue suficiente para saber que todos aquellos elogios no formaban parte de las exageraciones propias de charlatanes de taberna. Se trataba de una ciudad sin duda próspera, pues las construcciones no solo habían rebasado la muralla de la ciudad, sino la del arrabal que quedaba a poniente de la puerta por la que habían entrado en la medina.

Tanto el camino entre los huertos que los llevó hasta la capital como el interior de la ciudad amurallada se encontraban abarrotados por el gentío, que esperaba impaciente a la comitiva cristiana. El pueblo sabía que el emir musulmán seguiría siendo el señor de aquellas tierras y que solamente rendían sumisión a los castellanos como forma de protección ante el empuje de los reinos vecinos. Aquella circunstancia convertía la sumisión en un acto de amistad más que de sometimiento.

Los imanes de las diferentes mezquitas habían transmitido de manera insistente aquel mensaje expiatorio para los magnates hudíes, tanto intramuros de la ciudad como en los arrabales. A eso había que añadir que en los mercados, baños y lugares de encuentro de los ciudadanos, por orden del emir, se habían colocado edictos en los que se proclamaba la continuidad de la dinastía hudí al frente del reino, a pesar de la sumisión del alcázar. La actitud colaborativa de los funcionarios hudíes fue fundamental para que el plan trazado por el emir y sus principales magnates no levantase ampollas entre los ciudadanos más escépticos.

—Si yo fuese tú, no diría lo que estás pensando en este momento.

El encargado de la gran biblioteca aledaña a la mezquita aljama se dirigió en voz baja a un asiduo consumidor de aquellas obras, que fruncía el ceño conforme avanzaba en la lectura del edicto.

—No creo que sea yo el único que observa en estas líneas una verdad tan difícil de ver que ni un niño de cinco años la creería.

—Tú no debes creer nada, Nordin. Estás obligado a respaldar a tu emir en todo cuanto este disponga, si no quieres acabar en las mazmorras del alcázar o algo peor. Será mejor que esas ideas que estoy viendo asomar en tu mirada las guardes con celo, porque los ánimos están muy excitados.

El mensaje debía llegar a todos los habitantes del reino y para ello había funcionarios de la taifa leyendo en voz alta estos edictos y vigilando las reacciones del pueblo. Una misión que en los mercados llevaron a cabo los mismos almotacenes.

Tanto los musulmanes como los judíos del reino podrían seguir practicando sus ritos religiosos, y la única gran diferencia que observarían en su vida sería que serían los cristianos los que recaudarían los impuestos.

Era obvio que en esa ciudad había una aceptable convivencia entre religiones, lo cual no quería decir que se apreciasen ni se respetasen, algo que estaba muy lejos de suceder. Simplemente era puro instinto de supervivencia, y a pesar de la tensión que suponía la nueva situación del reino, la experiencia en plazas donde la corona de Castilla cohabitaba con el pueblo musulmán trasladaba un mensaje de absoluta tranquilidad a los seguidores del islam, a los que nunca habían castigado por ello.

La comitiva llegó hasta la mezquita aljama, en el corazón de la ciudad, y se detuvo. Junto a la mezquita principal se hallaba la puerta de la alcazaba, que era el alcázar de la ciudad, conocido como alcázar mayor. La plaza que había entre la mezquita aljama y la muralla que cerraba el castillo se encontraba completamente abarrotada, pero en ese momento no se oía nada en absoluto. Nadie en la medina era ajeno a la gravedad de aquel instante en el que el alcázar iba a someterse a Castilla.

La comitiva cristiana que había entrado hasta el corazón de la capital de la taifa se encontraba detenida frente al rastrillo de

entrada a la fortaleza, que estaba subido como señal de bienvenida a la delegación encabezada por don Alfonso. Ahmed, el hijo de Ibn Hud al-Dawla, estaba situado en la tercera línea, escoltado por los dos consejeros que lo habían acompañado hasta aquel lugar próximo a Hellín donde había firmado la sumisión de su taifa.

Tres hombres, vestidos a la usanza musulmana con chilabas blancas y turbantes del mismo color, salieron del interior del alcázar con paso lento, la mirada altiva y las manos recogidas bajo las ropas. Tenían largas barbas que debieron de ser morenas tiempo atrás, pero que los muchos años habían tornado blancas en dos de ellos y gris en el tercero.

La situación era muy desigual. Aquellos tres hombres entrados en edad miraban sin agachar la cabeza ni humillarse ante el empuje cristiano, pero se trataba de una representación tan endeble que casi era lastimosa. Uno de esos tres hombres era el emir de la taifa, Ibn Hud al-Dawla, que se ofrecía a dar la bienvenida al príncipe de Castilla, desarmado e indefenso, mientras del otro lado la comitiva cristiana desplegaba un enorme poderío.

El príncipe estaba acompañado en ese momento solemne, además de por su hermano, el infante Fernando, por el obispo de Cuenca, vestido con hábito púrpura; el franciscano fray Pedro Gallego, que llevaba su hábito marrón; y tras ellos don Pelayo Pérez Correa, mirando con aspecto fiero a los anfitriones de aquel castillo. Junto a este estaban don Rodrigo González de Girón y los hermanos de doña Mayor, Pedro y Nuño. La amante del príncipe, tras entrar en la ciudad acompañando al heredero, había optado por ocupar una posición más discreta, varias filas atrás.

Tras los altos representantes el grueso de la tropa ondeaba los pendones castellanos, santiaguistas y de las mesnadas que se habían desplazado hasta Murcia para rendirla. Tras las banderolas, y hasta donde alcanzaba la vista, las lanzas y cruces llenaban las calles. Se respetarían haciendas, costumbres y usos religiosos, pero la cristianización del reino comenzaba en ese mismo momento.

—Sed bienvenidos a esta vuestra nueva morada —comenzó el emir, que rompió el silencio expectante.

—Nos sentimos honrados por este caluroso recibimiento.

Fueron las primeras palabras del infante, que se había acercado hasta la reducida comitiva y le habló al emir desde su caballo.

—Con la confianza en vuestra generosidad en el cumplimiento de cuanto quedó rubricado en los acuerdos, os entregamos esta fortaleza que hemos defendido durante largo tiempo. Esperamos que a partir de ahora la defendáis derramando hasta la última gota de vuestra sangre si fuese necesario. Esta es vuestra ciudad y esta vuestra fortaleza.

—Como tal la defenderá Castilla, no lo pongáis en duda, como tampoco dudéis jamás de la palabra del reino que represento con orgullo —dijo el heredero del trono castellano en tono serio.

A continuación, el príncipe se giró hacia el maestre de la Orden de Santiago y este descabalgó dejando el ronzal de su equino a un palafrenero que acudió presto de entre los soldados que secundaban a la comitiva principal.

El portugués atravesó las murallas de la fortaleza y se introdujo en el interior del patio, donde una escalinata de piedra conducía hasta el adarve de la muralla del alcázar. Arrió entonces la enseña de la taifa murciana e izó la de Castilla. De entre la masa de gentes que se agolpaban frente a la fortaleza salieron algunos vítores de familias de mozárabes que habían vivido apocados durante décadas; e incluso de muladíes que nunca habían dejado de profesar su religión a escondidas.

El franciscano que acompañaba a la comitiva había informado al príncipe de que, a pesar de los muchos años de dominación musulmana, se encaminaban a una tierra donde la cristianización no iba a ser tan difícil como en otras. Sabían a ciencia cierta que todavía se seguía practicando el rito católico a escondidas en el populoso arrabal de la Arrixaca.

La idea del infante era mantener una convivencia lo más pacífica posible con la dinastía hudí, que seguiría gobernando la taifa, y para eso el heredero, a pesar de haber colocado el pendón castellano en el alcázar mayor, insistió en que el emir continuase residiendo allí mientras él lo haría temporalmente en el alcázar menor hasta fijar su residencia en el Castillejo, un castillo situado junto a la fortaleza

militar de Monteagudo, en una almunia a algo más de media legua de la capital.

En aquel castillo en mitad de la huerta habían residido Ibn Hud al-Dawla y su familia hasta que el príncipe, aconsejado por el maestre santiaguista, que iba a dejar su mejor guarnición en la cercana fortaleza de Monteagudo, le indicó al heredero de la corona de Castilla que aquel era el sitio más seguro para el príncipe y su amada. El bregado militar luso sabía que, una vez ganada la plaza, tocaba ganarse al pueblo, y a pesar de la buena sintonía que se podía observar con los habitantes de la taifa, no debían dejarse llevar por las apariencias. Estaban obligados a recordar cada día que había un emir como cabeza visible de ese pueblo, aunque fuese la espada del rey Fernando la que los mantuviese a salvo.

73

El infante y Mayor se instalaron, por tanto, en el alcázar menor de la ciudad de manera provisional. Este palacete se encontraba en el arrabal de la Arrixaca y era una construcción típicamente islámica, con muros de yesería en la que se podían observar los más elaborados diseños de ataurique. Los espacios estaban separados por grandes arcos y columnas rematadas por capiteles corintios. El palacio tenía un inmenso patio central provisto de un jardín dividido en cuatro parterres, canalizaciones de agua y una gran alberca central. Los amantes pasaron pocos días en aquella residencia, que estaba rodeada de grandes casas con parcelas ajardinadas en la zona más desahogada del arrabal.

En su parte más populosa el arrabal era un barrio hecho a base de construcciones abigarradas que formaban calles desordenadas, llenas de recovecos y con plazas en las que surgían mercados improvisados. En ellos era fácil encontrarse con adivinos, buhoneros o incluso mujeres que señalaban con la mirada hacia los callejones, donde al volver la esquina atendían a los comerciantes y huertanos a cualquier hora del día. Mientras, en la parte oeste del barrio proliferaban talleres artesanales, entre los que los alfareros abundaban por encima de todos los gremios.

Y este arrabal, que se encontraba perimetrado por una poderosa muralla, tenía en la parte norte una trama urbana diametralmente distinta a la del resto. En aquella zona había una vía principal que discurría de oeste a este y la dividía en dos mitades. A ambos lados de esta gran avenida se veían casas grandes rodeadas de pequeños huertos; era aquí justo donde estaba situado el alcázar menor.

Tanto don Alfonso como doña Mayor quedaron impactados por aquel arrabal, en el que había servicio de alcantarillado, algo extraño

de ver incluso en las calles más importantes de las principales ciudades castellanas. Y, además, el arrabal poseía una muralla, que si bien no tenía las condiciones de la que perimetraba la ciudad, servía para ahuyentar posibles ataques inesperados y para contener las crecidas del río Segura.

—Mi amor, sabes que no solo han venido a verme las musas desde que nos acogen las paredes de este palacio refrescado por fuentes y con un continuo olor a azahar. La distancia con Toledo, y sobre todo con Burgos, y no me refiero únicamente en millas, sino al hecho de que parece que estemos en otro mundo, me ha hecho pensar en algo que llevaba mucho tiempo en mi cabeza sin que fuera consciente de ello.

Mayor miraba al príncipe recostada en el lecho mientras los primeros rayos del alba entraban tímidos a través de las cortinas blancas del dosel de la cama.

—La proximidad con mi señor padre, pero sobre todo con la reina madre, mi querida abuela, me ha alejado mentalmente de mi madre, y quiero que sepas que, en la puerta de esta ciudad, la mañana en que fui a tomarla para nuestro reino, sentí el abrazo de mi señora madre como si fuera real. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Lo que no entiendo es cómo no has experimentado estos sentimientos antes. —Mayor siempre tenía en sus labios la frase que Alfonso necesitaba escuchar.

—Honraré la memoria de mi madre y a su primo Federico II, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Te juro que lucharé con toda mi alma para obtener el cetro que un día, quiera Dios que sea dentro de muchos años, quedará vacante.

Lo dijo con tal convencimiento que Mayor detectó por primera vez en el gesto, en las palabras y, sobre todo, en los ojos del príncipe los rasgos y el aplomo de un rey convencido de que tenía ante sí una tarea que no podría acometer cualquier hombre.

El infante había caído prendido de aquella ciudad antes de entrar en ella y aquello le hacía elevar su mente cultivada y ambiciosa.

Su admiración por la ciudad en la que se hallaban no hizo sino crecer, algo que no tardó en transmitir a su amada. Lo cautivaron el clima, las frutas y hortalizas de la huerta. También el dinamismo

comercial de aquella medina defendida por una gran muralla de dieciocho varas de altura y con un grosor de algo más de siete pasos, salpicada por casi un centenar de torres de vigilancia, rematadas con almenas y matacanes, que cubrían todo el contorno de la ciudad. Además, la muralla disponía de una antemuralla con saeteras en la que casi todos los pasos de ronda estaban guarnecidos, y las puertas de la ciudad estaban protegidas por torreones. Todos aquellos detalles convertían la medina en casi inexpugnable, hecho que había atraído a muchos musulmanes del norte de la Península, donde la presión cristiana era ya asfixiante para ellos.

En aquel momento en que la tensión bélica era máxima, los cristianos se encontraron las seis puertas de la ciudad custodiadas por una docena de hombres cada una. Estas puertas, rematadas con arcos de herradura, estaban protegidas desde el adarve de la muralla por otros tantos arqueros dispuestos a asaetear a cualquier visitante imprevisto.

Las guarniciones de defensa de la ciudad pasaron a ser cristianas desde el momento de la toma de la alcazaba, pero don Pelayo Pérez Correa sorprendió al príncipe al aceptar reunirse con el jefe militar de la taifa para escuchar sus consejos en cuanto a la defensa de la medina.

La noche anterior a la visita, en la que el maestre santiaguista había informado al príncipe de sus avances en la protección de los accesos a la medina, don Pelayo tuvo el encuentro que estaba esperando con María la Balteira. La gallega aguardó por él en el banco de piedra en el que había tenido sus primeras conversaciones con Mohamed en su anterior visita a Murcia. La puerta de la ciudad estaba cerrada, pero eso no era obstáculo para ninguno de los dos, ya que contaban con un salvoconducto para moverse a sus anchas.

—Buenas noches, mi estimado maestre.

—Buenas noches. Para ti soy don Pelayo, si no tienes inconveniente.

—¿Cómo lo iba a tener?

—Desembucha lo que has venido a pedirme y acabemos cuanto antes con esta humillante situación.

—Solo voy a pediros un favor, que además no os va a costar emolumento alguno y, si sois inteligente, os va a ayudar en vuestra labor con las tropas que tenéis repartidas por este solar.

El santiaguista se movió incómodo en el banco, se sentó en el borde y miró fijamente a María, con los ojos inyectados en sangre y las mejillas, que le asomaban por encima de la barba, completamente encendidas, como las brasas de una hoguera. La noche era clara y la luz de la luna permitía ver con nitidez el rostro del guerrero.

—¿Me estás diciendo, a mí, lo que debo hacer, cómo debo organizar los ejércitos de este solar? ¿He escuchado bien?

—Mohamed —dijo María obviando la actitud airada de su interlocutor—. Os acordáis de él, ¿verdad?

—Me acuerdo —gruñó el portugués.

—Haríais bien en consultarle con respecto a las fortalezas de este reino. Os recuerdo que fue él quien logró que todos acudiesen a Alcaraz para firmar las sumisiones.

—No todos fueron, también te lo recuerdo.

—Cuidaos de Mohamed. Procuradle una posición cómoda entre los consejeros que van a conservar su estatus en la taifa y podréis olvidaros de mí para siempre, que creo que es vuestro mayor anhelo.

—No te sientas tan importante, pero cuenta con ello. Ese Mohamed al final cumplió su palabra.

María era consciente de que el maestre santiaguista tenía un carácter imposible, pero cumpliría con aquello a lo que acababa de comprometerse, y para ella era importantísimo que tanto Mohamed como Hasan, cuando estuviese de vuelta en Murcia, conservasen una buena posición. La gallega conocía la facilidad con la que se depuraba a antiguos consejeros cuando surgían cambios en las cúpulas de poder.

Algo más de dos semanas estuvieron el príncipe y doña Mayor en el palacio del arrabal de la Arrixaca antes de instalarse en el Castillejo, residencia oficial del príncipe, donde viviría hasta la llegada del

otoño mientras se normalizaba la situación en la nueva plaza. Pero para cuando se trasladó al castillo vecino de la fortaleza de Monteagudo había corroborado todo cuanto sentía por aquella ciudad, y aquello le hizo tomar una decisión que estaba dispuesto a mantener el resto de su vida. En adelante pasaría largas temporadas allí. Murcia se había convertido en su lugar predilecto.

En las dos semanas que había pasado en el arrabal de la Arrixaca le había dado tiempo a cruzar la muralla cada día para visitar las bibliotecas de la medina, en las que había una actividad incesante de sabios musulmanes y judíos. Contaba, además, con una amplia red de escuelas y el príncipe rápidamente se interesó por descubrir los conocimientos que allí se impartían; quedó gratamente sorprendido cuando le explicaron que a las artes y a las letras les daban el mismo nivel de importancia que a las ciencias.

Desde la primera noche que pasó en aquella ciudad, las musas, que llevaban un tiempo siéndole esquivas, fueron a visitarlo, y pasó varias madrugadas en vela componiendo una cantiga a la que fue dando forma conforme fue conociendo los secretos de aquel edén que acababa de descubrir.

La medicina también tenía suma importancia en aquella ciudad, en la que había un gran hospital y otros de tamaño mediano donde ejercían médicos de reputada fama, físicos en su mayoría judíos, pero también musulmanes, de los que el príncipe había oído hablar años atrás a sus maestros en Toledo.

Aquella ciudad, que un día había sido capital del orgulloso Ibn Hud, tenía una grandiosidad que poco a poco fueron conociendo don Alfonso y doña Mayor. Aparte de la mezquita aljama, había otras treinta más e infinidad de palacios dispuestos en las grandes avenidas y espacios verdes que había creado en su día Ibn Mardanis para hacer de su capital el paraíso en la tierra. A la pareja de enamorados cristianos también les dio tiempo a perderse por el descomunal zoco de la ciudad. Allí la seda, la alfarería, el comercio de especias, los orfebres y, por supuesto, los vendedores de frutas y hortalizas hacían de aquel mercado uno de los más importantes del sur de la Península.

Las calles estaban repletas de fuentes y canalizaciones de agua que aportaban frescor cuando apretaba la canícula. Y aquella no era la única forma de combatir el calor, ya que la arquitectura de la propia medina estaba diseñada con ese fin a base de callejones estrechos y revirados en los que el sol penetraba con dificultad.

La llegada a la ciudad de musulmanes y judíos que huían de lugares más inestables en la Península había concentrado una gran acumulación de eruditos y llevado una gran riqueza cultural a Murcia. El estudio de la astronomía y la medicina, junto con la filosofía y las matemáticas, hicieron que el príncipe se sintiera en un paraíso. La única pena era saber que esperaban por él tareas de gobierno en Toledo que antes o después estaría obligado a atender.

El castillo que había elegido el maestre santiaguista para el príncipe, a las afueras de la ciudad, era un lugar tranquilo en mitad de la huerta, situado en un pequeño promontorio con unas vistas maravillosas sobre un mar de frutales que se perdían en el horizonte.

El inacabable lienzo de limoneros y naranjos que poblaba aquella huerta se perdía hacia el norte y el este, mientras que mirando hacia el sur se vislumbraban los tejados de la medina. En ella sobresalía la mezquita aljama, que mostraba orgullosa su alminar, visible a leguas de distancia en aquella zona plana donde el río Segura discurría con calma. Más allá de la ciudad, cerrando el alfoz de Murcia por el sur, surgía orgullosa una cadena montañosa tras la que se hallaba una planicie de unas diez leguas que conducían hasta el mar y la ciudad de Cartagena, una de las plazas que se habían negado a someterse al dominio castellano. Aquella ciudad, junto a las de Lorca y Mula, constituían los siguientes escollos que el heredero castellano debía superar para terminar de dominar aquel solar.

Hasta el castillo donde residían don Alfonso y doña Mayor se desplazó parte del saber de la ciudad en el comienzo del verano. Las veladas de poesía y música a la vera de las fuentes que refrescaban las noches en la residencia palaciega, junto a la fortaleza de Monteagudo, significaron para el heredero castellano la vuelta a esos momentos de absoluta felicidad en el alcázar toledano. En este caso

disfrutaban de ese manto de estrellas como techo en lugar de los sobrios sillares del alcázar.

Antes de volver a sus obligaciones en Toledo, a Alfonso le dio tiempo de sembrar la semilla de lo que acabaría por crear la madrasa murciana, en la que trabajarían sabios, teólogos, juristas e intelectuales de las tres religiones. El príncipe estaba entregado por completo a un científico que había conocido al poco de llegar a Murcia, al-Ricotí, un sabio que abarcaba tantas disciplinas como se podían conocer. Geometría, lógica, aritmética, derecho y medicina eran algunas de las ciencias que el musulmán dominaba.

Las conversaciones se hacían interminables con este erudito, al que puso al frente de los estudios que acabarían por crear la madrasa: una reunión de eruditos en la que se aunaría el conocimiento de todos ellos y se traducirían numerosos textos. El tiempo se detenía cuando aquel hombre de voz pausada y sentido del humor inteligente y mordaz profundizaba en algún asunto al que los llevaba la curiosidad del cristiano.

El príncipe y el sabio habían estado conversando durante toda la madrugada de un día de primeros de julio. Al llegar la mañana, de pronto el musulmán levantó la mirada y dejó de hablar. Desde el otro lado de la alberca que ocupaba el centro del patio del Castillejo los observaba con gesto serio el maestre de la Orden de Santiago. No le costó adivinar a don Alfonso que a su interlocutor no le gustaba aquel hombre, que lo miraba con un rictus de desaprobación. Era obvio que ya había oído hablar en la ciudad de la presencia del fiero combatiente del islam.

—Maestro, creo que ha sido una velada muy interesante, espero que podamos continuar pronto con nuestra disquisición.

—Eso mismo espera un servidor, alteza.

Y tras esa abrupta interrupción el musulmán abandonó el patio asegurándose de no coincidir con el militar cristiano, que se encaminó con paso firme hasta donde se encontraba don Alfonso, sentado sobre unos cojines de seda, con los pies dentro de la alberca.

—Debo hablar con vuestra merced —dijo sin miramientos el maestre, de pie frente al príncipe.

—Creo que eso es evidente. Siéntate.

—Prefiero permanecer de pie.

—No era una pregunta.

El portugués torció el gesto con tal violencia que, a pesar de su enorme barba gris, se adivinó perfectamente tras la masa de vello.

—Entiendo, mi señor, que disfrutéis del crisol de culturas que nos hemos encontrado en esta tierra, pero nuestras obligaciones militares todavía no han concluido.

—Siento que el fallecimiento de Alvar Pérez llegase en el peor momento, pero las cosas son así y hay que aceptarlas. Imagino que mi señor padre y tú tuvisteis vuestras dudas sobre a quién enviar a tomar esta plaza cuando os encontrasteis sin alférez. Y es ahora cuando estáis empezando a pensar que quizá os equivocasteis enviándome a mí.

—Nunca he querido insinuar eso.

—Pues déjame que te diga que estoy dispuesto a seguir siendo la cabeza visible de este reino mientras mi señor padre me lo indique, y cuando el Señor lo disponga, y el rey ya no esté con nosotros, continuaré con esa labor.

El príncipe había aprendido a tratar al maestre. Eran casi cinco meses los que llevaba junto a aquel hombre rudo y de ideas fijas, y había observado que, al contrario de lo que sucedía con la inmensa mayoría de las personas, se encontraba más cómodo en conversaciones hostiles que en diálogos sosegados.

—Y ahora, si eres tan amable, no tengo todo el día.

—Señor, hasta el día de hoy nos hemos hecho con treinta y dos castillos, en los que tenemos a tenentes castellanos que se encargarán de cobrar los tributos. Además, en cada castillo hay guarnición militar suficiente para asegurar la plaza.

—Háblame de lo que has venido a hablar o me marcharé a descansar y te dejaré con la palabra en la boca. Esto ya me lo trasladaste hace una semana.

—Hay tres plazas para cuya conquista debemos esperar; el desgaste de fuerzas no nos va a merecer la pena.

El príncipe sabía que el santiaguista era tozudo y difícil de llevar, pero también era un estratega que le había demostrado de sobra su fiabilidad, por lo que no tenía pensado objetar nada a cuanto le transmitiese.

—Ya sabéis que me refiero a Lorca, Cartagena y Mula.

—Lo sé a la perfección.

—Quiero hablaros de otras cuatro plazas que serían las últimas, junto a estas, que nos faltarían para hacernos con todo el solar y dar por cumplido lo pactado en Alcaraz. La primera es Orihuela, en la que hemos puesto un cerco y creo que pronto podremos entrar.

—Eso mismo me dijiste hace una semana cuando hablamos del particular.

—Creedme, señor. Cada vez más gente está abandonando la medina, pronto caerá la pieza —dijo esbozando una pequeña sonrisa.

—¿Y con respecto a las otras tres?

—Son las plazas de Alicante, Aledo y Ricote. En ellas estamos en negociaciones, y creo que avanzan en muy buena línea.

El príncipe casi soltó una carcajada cuando imaginó al santiaguista negociando con señores musulmanes, algo que debía de estar produciéndole un dolor interior que jamás superaría. Don Alfonso se ahorró la trifulca dialéctica y nada le dijo al luso sobre ello, pero su cara debió de reflejar que ya no aguantaría mucho más aquella letanía de explicaciones, así que el maestre santiaguista se apresuró a trasladarle el último de sus mensajes.

—Y, por último, mi señor, ese franciscano que nos acompañó desde Toledo parece que está consiguiendo buenos frutos de su trabajo: los oficios religiosos tienen más adeptos cada día que pasa.

—Celebro que lo reconozcas —le dijo a modo de reproche el príncipe mientras se secaba los pies antes de perderse camino de sus aposentos.

74

Murcia, finales del verano de 1243

El sonido fue tan leve que nadie lo oyó. Los ocho esclavos que dormían con el tobillo anillado junto al tiro de mulas con el que araban aquellas tierras de la vega baja del río Segura roncaban a pierna suelta después de haber soportado una jornada que comenzaba antes de la salida del sol y terminaba bastante después de la caída del astro rey. En cualquier otro punto de la península Ibérica aquellas jornadas de trabajo veraniegas serían durísimas, pero en la vega del Segura llegaban a ser mortales. De hecho, en el verano que estaba por concluir habían perdido la vida tres esclavos de aquella finca, un número bajo merced a que este había sido de los estíos más suaves que se recordaban en años. Sin ir más lejos, el año anterior habían perecido ocho.

El señor que había comprado a Gervasio un año antes en el mercado de esclavos de Murcia poseía una tierra tan fértil que casi con mirarla brotaban las hortalizas, y aquello lo había convertido en un hombre muy rico. Desde cualquier lugar de la almunia en la que trabajaba el almogávar se podía divisar la fortificación militar de Monteagudo. Era del todo impensable que nadie pudiera intentar el asalto al formidable palacio en el que residían los miembros de la familia que había comprado al cristiano.

A pesar de todo, Gervasio sabía que no existía fortaleza inexpugnable. Él mismo había tomado, junto con un grupo de almogávares, la grandiosa ciudad de Córdoba, por lo que era absurdo confiarse a unas paredes de piedra y un grupo de alguaciles. Aunque los cristianos tuviesen una formidable guarnición en el castillo vecino, difícilmente harían nada por su señor, que era

un magnate musulmán al que los soldados cristianos pasarían por las armas si el heredero de la corona de Castilla se lo permitiese.

Cuando una turba estaba convencida de entrar en algún sitio, su experiencia le decía que no había casi nada en el mundo que pudiese evitarlo. Y no habían sido pocas las veces que había llegado hasta sus oídos en los últimos días el descontento de algunos miembros de la corte con su señor, al que veían favorecido por la familia hudí, que le había permitido ampliar sus dominios a costa de otros señores que eran incluso familia directa del propio emir. Esos movimientos se habían producido a raíz de la entrada de los cristianos en la plaza. No había pasado ni un mes desde que se había producido la entrega del alcázar de la ciudad a los cristianos, y ya se habían sucedido multitud de pequeñas trifulcas entre comerciantes, magnates e incluso miembros de la propia familia de Ibn Hud al-Dawla, que habían visto mermados sus privilegios con el establecimiento de la nueva situación.

No todo el mundo era capaz de identificar el sonido de una turba asaltando una finca perimetrada con un muro de la altura de un hombre y vigías apostados cada cien pasos. Los ladridos de los perros apagados en seco, el grito sordo de un centinela al que rebanan el cuello y el roce de las escalas apoyándose en los muros, junto con el sueño roto de las bestias, constituían pistas mucho más que elocuentes para un almogávar de que la almunia estaba sufriendo un ataque.

Sabía que debía moverse con urgencia. En ese tipo de asaltos el señor de las tierras a veces conservaba el pellejo, pero sus esclavos no solían correr la misma suerte. A los que no perecían en la refriega los ejecutaban como sospechosos de encontrarse al tanto de lo sucedido.

—Esteban —le susurró a su compañero de argolla mientras le zarandeaba el hombro con cautela.

El burgalés alargó la mano y le tapó la boca para que lo dejase dormir. Le tenía cariño a aquel tipo bonachón pero algo duro de mollera, que, según le había contado, había caído preso en una razia en la frontera de Toledo dos años atrás.

—No te lo voy a decir dos veces. Están tomando la finca, más te vale salir de aquí a la carrera si no quieres conocer lo afilados que están los alfanjes hudíes.

—Yo de aquí no me muevo, y será mejor que dejes de inventarte cosas si no quieres que esos perros que están ahí fuera te hagan picadillo.

—¿Oyes a los perros? ¿Los oyes? No, ¿verdad? ¿Y no te parece extraño? Te voy a decir lo que sucederá antes de que salga el sol: estaremos muertos. Así que ve pensando lo que quieres hacer al respecto y date prisa, porque nadie te va a preguntar antes de rebanarte el cuello. —Hasta ahí duró la conversación.

Gervasio contorsionó el pie como había hecho tantas veces para liberarse de la argolla y se levantó la costra que todavía tenía de la ocasión anterior en que se había soltado con motivo de una pelea entre esclavos. Se levantó con sigilo y se asomó entre los tablones que cerraban el establo. La luna estaba en cuarto creciente, pero iluminaba la escena con suficiente claridad para ver lo que sucedía en las inmediaciones de la casona. Una turba compuesta por más de veinte integrantes escalaba las paredes para entrar a través de las ventanas de la planta superior. Había dos centinelas tumbados sobre el suelo de piedra de la entrada de la casa, y no distinguía si había un charco de sangre alrededor de los cuerpos, pero era muy probable que estuviesen muertos. También debían de estarlo los perros guardianes que solían estar sueltos por la finca.

El dueño de aquel predio era un musulmán honrado que no regalaba el descanso a sus siervos ni perdonaba la ración de látigo para el que no cumpliese con sus obligaciones. Sin embargo, jamás los privó de comida, agua o un lecho de paja en el que dormir junto a las mulas. Además, permitía a sus siervos el tiempo necesario para cumplir con sus ritos religiosos, cualesquiera que fuesen. Gervasio se ganó enseguida el respeto de los encargados de las huertas y apenas recibió un par de latigazos en el tiempo que estuvo trabajando en la finca.

En aquel momento ese prohombre exigente pero justo con los suyos debía de estar pasando un apuro cuyo final era incierto. La taifa estaba muy revuelta desde la entrada del infante en la ciudad y

muchos de los que hasta hacía bien poco eran los favoritos del emir en este momento no sabían muy bien cuál era su nueva situación.

Así que Gervasio, tras meditar en el escaso tiempo que tuvo, se decidió a salir de la almunia como alma que llevara el demonio. Allí solo le esperaban el sufrimiento y probablemente la muerte, y por la cantidad de hombres que estaban tomando la finca era seguro que antes de la salida del sol su amo dejaría de serlo y su capataz no preguntaría a nadie por él. Conocía de primera mano los amaneceres tras las incursiones en los poblados que arrasaba con el grupo en el que servía a las órdenes del señor de Molina.

No miró hacia atrás al salir del establo. Lo hizo saltando la valla que daba directamente a los huertos que había en la parte posterior de la gran casa. Esos bancales estaban plantados de limoneros y naranjos, por lo que podría correr en pos de la tapia trasera de la finca sin que nadie lo viera. Tuvo la precaución de correr bien agachado, pero no por pasar inadvertido, sino por no perder un ojo en alguna de las traicioneras ramas de aquellos frutales que ya le habían causado un rasguño bien profundo en el brazo derecho.

Llegó hasta la tapia, la escaló con presteza y, sin tiempo para pensar lo que estaba haciendo, se convirtió en un hombre libre. Atrás quedaban los veinte meses que había pasado bajo el yugo musulmán, primero en las mazmorras de la ciudad, después en un zulo al que lo había llevado junto con otros cinco presos un tratante de esclavos y por último en la finca en la que había pasado más de un año trabajando como agricultor.

Desde el mismo momento en que su vida había dado un nuevo giro, uno tan grande como el de la mañana en que el grupo de almogávares lo arrancó de su cueva o la noche en que su ama lo rescató moribundo de un campo de batalla, supo que una oportunidad como aquella podía surgir, y por tanto sabía con exactitud lo que debía hacer. Recordaba, como si hubiese ocurrido ese mismo día, a los cuatro soldados musulmanes que lo habían reducido, cuando aún no había despuntado el día, en el pajar en el que dormitaba junto al mulo de su señora y el carro con sus pertenencias.

A pesar de que no quería darle importancia a la situación, era consciente de que a su ama le ardía por dentro un fuego que jamás se apagaría. Notaba cómo lo miraba y, sobre todo, cómo miraba a Naia. Era un triángulo que a buen seguro iba a acabar de forma trágica, pues ya le había intervenido un cuchillo a su joven amante una noche posterior a la velada en la que se pusieron las cartas bocarriba. Pero el veneno seguía inoculado entre los tres y por eso su ama lo había denunciado a los alguaciles de la ciudad y había conseguido lo que andaba buscando. A la Balteira no le importaba destrozar su propia vida y la de sus siervos; el despecho se la comía por dentro y, si no podía tener al almogávar ni a su sierva para ella, no los tendría nadie. Lo vio reflejado en sus ojos celestes, que lo miraban con fijeza desde la puerta del establo mientras le ataban las manos a la espalda y le engrilletaban los tobillos.

—No os fieis de su aspecto inocente —les espetó la Balteira a los guardas—, atadlo a conciencia, porque es capaz de matarnos a cuantos estamos aquí con una mano sujeta a la espalda. Creedme, pues lo he visto hacerlo en más de una ocasión.

—Cuidadla. Ella no ha tenido ninguna culpa en lo que ha sucedido. Vos sabéis mejor que nadie que es un alma pura —le pidió Gervasio a María en el breve instante en que lo dejaron frente a ella antes de llevárselo.

—Los tres hemos sido culpables de lo que ha sucedido. Creo que nunca debimos recoger lo que quedaba de ti en aquel barrizal infestado de cadáveres en la frontera.

—No volváis a pegarle, es lo único que os pido. Espero que esto pague por todo cuanto os hemos hecho —dijo mirando su propio cuerpo repleto de cadenas y grilletes.

Y, sin tiempo para más, se lo llevaron a empellones camino de los calabozos.

Gervasio sabía que era fundamental alejarse lo máximo posible de aquel lugar. Nadie lo iba a perseguir, pero quizá huyesen más esclavos, y no sería extraño que se organizase una batida en su busca. Se movió todo lo rápido que pudo bordeando la finca y luego

se decidió a correr hacia el noroeste. Era un almogávar, nadie sobre la tierra era capaz de orientarse mejor que él.

A pesar del peligro evidente que suponía, pasó entre el Castillejo y la fortaleza de Monteagudo, aprovechando los frutales para moverse sin que lo detectaran. La luz del día quería abrirse paso a su espalda y vio con nitidez los pendones del reino de Castilla ondeando sobre los mástiles de la impresionante fortaleza blanca. Era cierto, por tanto: la llegada a la taifa del infante Alfonso, así como la elección de esta fortaleza extramuros de la ciudad para ubicar su residencia.

75

Caminó y corrió mucho por las noches a partir de aquel amanecer. Sobre todo corrió con la ayuda de una luna que cada noche era de mayor tamaño y le iluminaba con más claridad el camino. Desde que había salido de la almunia ribereña del Segura no había tenido en mente otra cosa que volver a aquel lugar que lo llamaba sin cesar desde el mismo día en que salió de allí con las huestes del señor de Molina.

—Un día tendrás que huir.

Conservaba para enfrentarse a cada vicisitud que se encontraba en la vida el recuerdo de una conversación con su padre.

—Padre, un almogávar siempre ha de luchar, nunca puede huir.

—No hay mayor error en la vida que morir sin sentido. Nunca abandones una batalla en la que al menos haya un soldado de tu hueste luchando, ni a una persona de bien que necesite tu ayuda, eso nunca. Pero es muy posible que un día te encuentres en la obligación de poner tierra de por medio.

Era de noche y se habían fabricado dos lechos con la pinaza de las coníferas de aquel bosque. Dormitaban al raso y su padre lo ayudaba a distinguir los sonidos de la naturaleza.

—Pues ese día en el que tengas que salir a la carrera, ya sabes que debes descansar por el día y correr por las noches, alejarte de las rutas y utilizar los cursos de los ríos para orientarte. Y sobre todo, ten confianza en que nadie te encontrará mientras estés en el bosque.

—¿Y si alguien me encuentra, padre?

—Si alguien te encuentra, sabrás lo que debes hacer. Tu instinto te guiará, pero hay una cosa que no debes olvidar bajo ningún concepto. Si en algún momento dudas…

—Ya lo sé, padre. Si en algún momento dudo, estaré muerto, así que es importante que saque mi *coltell* antes de que lo haga el otro.

Su padre alargó la mano y le revolvió la melena castaña antes de que ambos cayeran dormidos.

No sabía qué le esperaba en su cueva de Sierra Morena, ni siquiera sabía si sus hermanos seguirían viviendo allí o se encontraría a otras personas ocupando el lugar que un día había sido el hogar de su familia. No había día que no se fustigase por no haber vuelto desde que lo abandonó dejando atrás a tres niños con cara de guerreros, pero con el alma rota por dentro. Era consciente de que no le quedaban días de vida para compensar a sus hermanos por lo que les había hecho. Si conseguía encontrarlos, se juró que jamás volvería a apartarse de su familia.

Mientras había estado enrolado en el cuerpo de almogávares le había sido imposible desplazarse hasta Sierra Morena para saber de ellos, pero en el tiempo en que estuvo al servicio de María la Balteira tuvo la posibilidad de abandonar a aquellas dos mujeres para volver a su hogar, y no lo hizo. Llevaba eso clavado en un corazón que añoraba con toda la fuerza del mundo a aquellos tres mocosos, pero había una cosa que, aunque tratase de ocultársela a sí mismo, no podía obviar, y era que echaba a Naia tanto de menos como a sus hermanos, aunque fuese de otra manera.

Decidió la ruta que debía seguir con la misma rapidez con la que se determinó a saltar la tapia de la finca de su dueño para escapar a la carrera de una muerte segura. Cuando salió del alfoz de Murcia, siguió el curso del río Segura en el sentido contrario de la corriente. Conocía muy buena parte de al-Ándalus y sabía que ese río que discurría a pocas varas de la finca en la que había trabajado un año entero nacía en la cara este de la sierra, donde se veían las primeras aguas del río Guadalquivir, el mismo que lo llevaría hasta Córdoba. Así pues, en lugar de arriesgarse a seguir la ruta que llevaba a Lorca y desde allí a Guadix, se decidió por la que lo dejaría menos expuesto. No podía olvidar que, aunque en su fuero interno él se

considerase un almogávar, para los musulmanes era un esclavo cristiano que había escapado de su amo.

Siguió el cauce del río hacia el noroeste en las zonas en las que el curso del Segura discurría entre huertas y montes. Cuando el curso atravesaba una ciudad se alejaba lo suficiente para no alertar a los guardas, que por lo general estaban acompañados por perros que detectaban cualquier movimiento. En su camino hacia la sierra donde debía buscar el curso del Guadalquivir pudo ver los efectos de la campaña recién llevada a cabo por el reino de Castilla. En el castillo de Cieza contempló el pabellón castellano ondeando al viento, y cuatro días después se encontró con el pendón de los santiaguistas en el castillo de Yeste. Comprobar la presencia castellana en aquellas tierras le produjo más tranquilidad que orgullo. Era extraño, pero no sentía rencor ni ánimo de venganza hacia aquel pueblo que lo había convertido en esclavo. Quizá era porque su mente en ese momento no pensaba en otra cosa que no fuese en abrazar a sus seres queridos.

Tardó poco en fabricarse utensilios para hacer fuego y cazar. Para defenderse no necesitó hacer ninguna arma; nadie lo iba ni tan siquiera a sentir en su desplazamiento de casi cien leguas, salvo que él lo permitiese. Sabía muy bien lo que tenía que hacer para ocultarse del mundo; nada se le daba mejor. Si se lo proponía, podía hacer que nadie volviera a verlo en lo que le quedaba de vida.

Dormía sobre todo por el día, ya que la noche era su principal aliada para desplazarse sin que lo detectaran, en los riscos que divisaba desde las planicies o en agujeros que excavaba en el suelo y en los que apenas dejaba un pequeño hueco para poder ver la luz del sol y respirar. Por la noche asaltaba huertos, fincas y casas mientras los dueños dormían. En algunas de las jornadas, en especial las noches en las que no llovía, suspiraba por que aquel viaje que había improvisado en el tiempo que dura un pestañeo no se acabase jamás. Notaba la felicidad que le producía la sensación de ser libre en aquella tierra que sabía musulmana y enemiga en muchas zonas, pero de la que se ocultaba y observaba con el privilegio de los que miran sin ser vistos.

La última parte del camino que lo llevó hasta el nacimiento del río Segura tuvo que hacerla a plena luz del día. La montaña era escarpada y los desfiladeros por los que discurría el río, que en muchas ocasiones perdía de vista, pero cuyo curso seguía por el sonido de las torrenteras, eran precipicios de más de veinte codos de altura que convertían aquella zona en una trampa mortal si perdía pie en alguno de los barrancos.

Una vez descubierta la cueva inundada donde nacía el río, se valió de su sentido de la orientación y de las indicaciones que le habían dado años atrás, cuando todavía estaba enrolado en el cuerpo de almogávares, para llegar hasta el nacimiento del Guadalquivir. Siguió el curso del nuevo río y pronto empezó a caminar por las noches, ya que el terreno era más favorable y el peligro de que lo descubrieran seguía rondándole la cabeza. Ya no pensaba en la posibilidad de que nadie supiese de su huida, sino en lo difícil que le resultaría explicar la procedencia de un hombre solo en medio de ningún lugar.

Cuando divisó la ciudad de Andújar, se decidió a seguir por la Vía Augusta. Por la noche no era difícil que estuviese despejada y le facilitaría la última parte del camino.

Llegó a Córdoba un amanecer en el que la lluvia apenas dejaba ver la llegada de la mañana. En las inmediaciones de la gran ciudad no tuvo que ocultarse, pues había infinidad de personas que llenaron el camino cuando el gris de la mañana sustituyó al negro de la noche, y le proporcionaron el manto del anonimato.

76

En su vigésimo segundo amanecer, tras haber dejado atrás el castillo de Almodóvar y haber caminado durante medio día, vislumbró unas montañas que parecían estar allí esperándolo ansiosas. Se le hizo un nudo en la garganta que apenas le permitía respirar. Había andado y corrido toda la noche, y a pesar de que era consciente de lo cerca que estaba de su hogar, no se le había pasado por la cabeza que estaba a punto de saber qué había sido de los suyos.

Los ocupantes de otras cuevas con los que tenían alguna relación, sobre todo por haber coincidido con ellos en el mercado del pueblo, no eran amigos ni lo serían jamás, ya que en los riscos no había abundancia de nada y todo estaba en disputa. Era difícil mantener amistad con gentes que te robaban el ganado cuando no la caza, así que lo mejor era no cruzar palabra. Gervasio se alegraba de aquello, ya que, si no daba con su familia en la cueva, prefería pensar que habían ido a vivir a cualquier otro sitio. No quería que alguien le narrara alguna matanza de esas que él había conocido cuando habitaba aquellos pagos y una banda de salteadores o el resto de una avanzada musulmana tomaba a cuchillo algún asentamiento.

Entendió que aquella zona no era cristiana, pero tampoco estaba dominada en su totalidad por los musulmanes, a pesar de estar situada al sur del gran río Tajo. Se sentía seguro en aquel lugar donde había una gran cantidad de ciudades tomadas por los cristianos, en especial Córdoba, que era la gran ciudad más cercana, aquella que él mismo había ayudado a tomar. Por ello, se decidió a correr hacia su casa a plena luz del día.

La gran montaña parecía alejarse a cada paso que daba y además se sentía agotado. Llevaba desde el anochecer del día anterior sin

parar de correr y ya estaba cayendo el sol tras los riscos donde le esperaba el lugar al que sus pies se dirigían sin que fuera capaz de detenerlos.

Con la noche cerrada apoyó por primera vez la mano sobre una roca puntiaguda y áspera que sobresalía un poco más arriba de su cabeza, en la pared de una montaña que parecía absolutamente imposible de sortear. Pero no lo era, él lo sabía mejor que nadie. Los dientes que todavía conservaba le habían crecido escalando aquel risco que le ahorraba una jornada de viaje al que quisiera llegar hasta la cueva de sus padres.

Una vez salvado aquel desnivel, apenas estaba a la distancia de un tiro de ballesta de su hogar. La luz de la luna no era ni mucho menos suficiente para distinguir los apoyos que debía utilizar para salvar aquel último escollo, pero hay cosas que no se olvidan y tenía grabados a fuego en lo más hondo de su ser los pasos que debía dar. Aquel risco y otros cuantos de los que había en aquella sierra conformaban su persona.

Cada mano y cada pie que fue apoyando en las protuberancias de la montaña le fueron arrancando una lágrima. Cruzaban a toda velocidad por su mente los años de ausencia de su hogar, las matanzas que había protagonizado perdiendo por completo la consciencia de quién era, transformándose en un monstruo que arrancaba vidas como si aquellos a los que rebanaba el cuello no fuesen personas, y por fin el año y medio largo que había pasado como esclavo en Murcia. Le daba la sensación de que todos aquellos acontecimientos le hacían agarrarse a aquellas piedras y ramas de los arbustos que crecían entre las rocas como quien espera que la vida le dé una nueva oportunidad.

Se le escapó un gemido cuando recordó la imagen de Naia agarrada a su cuello, amándolo como hacen los amantes proscritos. Ahora se daba cuenta de que había sido un amor imposible, pero no se arrepentía de aquellos escasos momentos que había pasado abrazado a ella, oliendo su pelo y besando su cuello y su cuerpo. Nadie le había hablado nunca del amor, y por eso lo había atrapado con tanta fuerza. En aquellos meses de cautiverio había llegado a convencerse de que la vida alejado de aquella muchacha no tenía

ningún sentido. Pero solo pensar en sus hermanos y en la posibilidad de regresar a esa cueva que estaba a punto de volver a pisar le mantuvo con el ánimo suficiente para seguir adelante.

Cuando no le faltaba más de media vara para llegar a la cresta del risco, oyó un sonido tan leve que casi creyó que lo había imaginado, pero no lo dudó y se soltó de la última roca, dejándose caer al vacío. Mientras su cuerpo se despegaba de la montaña y aceleraba acantilado abajo, oyó el filo de un *coltell* que cortaba el aire. Estiró los brazos, notó las hojas de una rama y casi en el mismo momento sintió más ramas recias que le golpeaban los antebrazos. Agarró con fuerza el tronco de esa encina caprichosa, que había crecido en un lugar imposible de aquel risco, y su cuerpo quedó colgando a cien varas de altura. Había hecho esa temeridad muchas veces, casi a modo de juego, pero aquella era la primera vez que le servía para salvar la vida.

Se alegró por ello. Ahora estaba seguro de que sus hermanos seguían allí. Su padre le había enseñado a vigilar aquel paso que daba un acceso tan franco como imprevisible a las visitas inesperadas, y era evidente que el ataque que había sufrido tenía el sello de su familia. Les habían grabado a fuego la idea de que, mientras ese acceso estuviese bien vigilado, los que dormían en la cueva no tendrían qué temer.

—¡Joan, soy Gervasio! —le gritó en el romance que habían llevado sus padres desde el Pirineo.

—¡Gervasio, hermano! Te dábamos por muerto. ¡Por Dios, qué alegría!

—Ahora voy a subir, y espero que no trates de matarme otra vez.

—Aquí tienes mi mano, sube y cógela.

Escaló las últimas varas de distancia que le quedaban, como si el Altísimo tirase de él. Dio un salto cuando holló la cima y se abrazó a su hermano, que resultó ser un saco de huesos mucho más enclenque de lo que esperaba. Lo apretó contra su pecho con la mirada nublada por las lágrimas que le inundaban las pupilas y lo levantó y besó impulsado por un ansia interior que le impedía soltarlo y hablarle.

—No tengo palabras para expresarte cuánto os he echado de menos. Dime una cosa, ¿estáis bien los tres?

—Eso creo —le respondió su hermano.

Gervasio se separó de él, posó las manos sobre sus hombros y lo miró con atención. Era noche cerrada y la luna apenas le dejaba distinguir los rasgos de la cara de su hermano, pero vio lo suficiente para encontrar una explicación al poco peso que había ganado el niño en los casi siete años que habían pasado desde el día que los abrazó por última vez.

—Tú no eres Joan, tú eres Guri. ¿Dónde está tu hermano? ¿Por qué no está él haciendo la ronda?

—Joan se marchó, salió con la llegada de la primavera. Unos hombres como los que vinieron a por ti se lo llevaron.

—Pero no es posible, si apenas debía de contar con trece años.

—Cada vez se los están llevando más jóvenes —le dijo su hermano con el aplomo de un hombre, a pesar de que tenía tan solo doce años.

—¿Habéis sabido algo de él?

—Nadie ha traído sus armas —cerró el niño la conversación sin querer darle más importancia al hecho.

Aquel estoicismo sobrecogió a Gervasio, que reconoció en su hermano la pétrea condición de los almogávares, y sintió un orgullo que casi superó al amor que sentía por aquel joven delgado. El muchacho seguía plantado frente a él con el *coltell* colgando de su cinturón, hecho con una cuerda, mientras el pincho de la punta de la lanza le sobresalía por encima del hombro izquierdo.

—¿Vas a hacer guardia toda la noche?

—No. Podemos ir a la cueva. Los perros están bien adiestrados: ellos han sido los que me han advertido de tu presencia.

Gervasio dejó que el nuevo jefe de aquella manada lo guiara y anduvo tras él con las mejillas húmedas de lágrimas.

Los perros no ladraron al sentirlos llegar. Eran capaces de detectar cuándo su amo volvía alterado, y aquel no era el caso. Los recibieron con leves gemidos muy parecidos al llanto de los lebreles, pero en un tono casi imperceptible. Las escasas ascuas que todavía quedaban del fuego que calentaba e iluminaba les permitían ver a

los tres perros que los observaban tumbados en el suelo con las patas delanteras juntas y los ojos fijos en ellos dos.

Uno de los perros, el mayor, se abalanzó sobre Gervasio, y este clavó las rodillas en el suelo y lo abrazó con el cariño con el que se estrecha a un animal que nace cuando uno es un niño y lo acompaña a explorar todos los rincones de los montes.

De pronto, desde el interior de la cueva se oyó el llanto de un bebé y Gervasio se quedó paralizado. No había contado con que ninguna otra familia compartiese la cueva con sus hermanos, pero era algo muy común. A pesar de haberle parecido ver un buen número de ovejas en el cercado que había junto a la cueva, suficientes para alimentar a dos niños sin tener que admitir a nadie que aportase comida a cambio de un techo, era posible que alguien estuviese viviendo con ellos.

No le dio tiempo a preguntar nada a Guri, pues su hermana Erme apareció con un bebé entre los brazos. Erme no tenía edad para ser madre todavía, de eso estaba seguro, así que el bebé no era suyo. A pesar de su corta edad, pudo ver en el rostro de su hermana la dureza de quien ha desafiado a la vida desde que ha tenido uso de razón. Sus hermanos sin duda la habrían protegido, pero solo eran dos niños en un mundo difícil y cruel que requería de un valor y una inteligencia privilegiada para ver anochecer cada día, por lo que esa niña también debía de tener las garras afiladas para seguir sobre la faz de la tierra.

Una vez que Erme llegó hasta donde se encontraban Guri y Gervasio, los perros entendieron a la perfección que su momento de juegos con el forastero habían concluido y se movieron con las orejas gachas hacia el exterior de la cueva. La niña meció al bebé que llevaba entre los brazos y, tras mirar de arriba abajo al recién llegado, se dirigió a su hermano Guri.

—¿Quién es este? —le preguntó con un acento catalán muy cerrado, intentando que el forastero no la entendiese.

—Este es tu hermano Gervasio —se anticipó el recién llegado.

—¿Y qué has venido a buscar?

—He venido a buscarte a ti. A ti y a tus hermanos, mis hermanos —intervino Gervasio, utilizando la lengua que él mismo les había

enseñado.

—¿Y cuándo te vas a marchar de nuevo?

—Ya no me voy a marchar más. Es increíble que todavía estéis vivos y conservéis la cueva. Estoy muy orgulloso de vosotros.

Una luz temblorosa se hacía cada vez más presente en las paredes de la cueva donde la sombra de una mujer ataviada con un sayo desde el cuello hasta los pies se iba haciendo cada vez más pequeña a medida que se acercaba a ellos y se estrechaba la cavidad.

Cuando la mujer estuvo a dos varas de distancia, la lámpara de sebo que llevaba en la mano le iluminó la cara y Gervasio vio los blanquecinos rasgos de la piel de Naia. Gervasio la miró y después miró al bebé que portaba entre los brazos su hermana Erme. Miró a Naia con el corazón latiéndole tan fuerte que pensaba que le iba a estallar en el pecho, luego miró al bebé y después de nuevo a ella, que le hizo un gesto afirmativo con la cabeza al tiempo que esbozaba una leve sonrisa con los labios apretados.

Su hermana le ofreció al bebé, y Gervasio lo cogió de sus manos y lo atrajo a su pecho. Una vez que lo tuvo, lo levantó hasta ponerlo frente a su cara y lo besó en una sonrosada mejilla, y después pegó los labios a su oído y le susurró con orgullo la frase que había oído tantas veces en los labios de su padre: «Mi pequeño almogávar».

Con el niño pegado al pecho, se acercó hasta Naia y la atrajo hacia sí con el brazo que tenía libre, para que los tres apretujasen los cuerpos ante la atenta mirada de sus hermanos, que, tras observarlos durante un instante, se aproximaron y se unieron a ellos.

77

Mar Mediterráneo, enfilación del cabo Tiñoso,
seis millas mar adentro,
marzo de 1245

La luz de la luna llena se colaba descarada entre los tablones de la cubierta de la fusta. A Hasan le recordaba a las noches en las que una luna tan poderosa como aquella entraba a través de los barrotes de la celda en la que había pasado más de un año y medio. La noticia de la toma de Murcia por parte del infante Alfonso enfureció a los indómitos Asquilula, que hostigaron sin distinción a muladíes, cristianos, judíos y cualquiera de cuya veneración al califa al-Rasid de Marruecos se dudara.

El miedo se instauró en la ciudad de Málaga, donde todo el que no fuese familia directa de los magnates arjoneros se había convertido, de la noche a la mañana, en sospechoso de intrigar en favor de la corona de Castilla para facilitar la entrada de las tropas del rey Fernando en la plaza y derrocar a los arráeces de la ciudad. Estos mostraban ya sin tapujos su distanciamiento con el rey nazarí tras el frío encuentro mantenido entre los gobernadores de Málaga y una embajada enviada por al-Ahmar desde Granada apenas un mes antes de la toma de Murcia por parte del infante Alfonso.

Surgieron nuevas personas de confianza. Gentes que nunca habían formado parte de los círculos de poder en la alcazaba de pronto se erigieron como los más fiables consejeros de los arráeces. Los nuevos gerifaltes de la plaza salían de entre los militares de mayor rango, los imanes de las mezquitas y los comerciantes más interesados en esta nueva situación, que no eran otros que los tratantes de esclavos.

La cárcel de la alcazaba se llenó hasta arriba de ciudadanos, que hasta el día en que llegaron las inquietantes noticias de la toma de Murcia por las tropas castellanas vivían pacíficamente en el interior de la medina sin nada que temer. Incluso muchos de ellos contaban con la confianza y el reconocimiento de los gobernadores locales.

Ese fue el caso de Hasan, que en el mismo día pasó de ser el hombre más feliz de la ciudad a conocer el interior de los temidos calabozos que había en las profundidades de la alcazaba.

Mustafá, un tratante de esclavos corrupto, que había propuesto en más de una ocasión a Hasan que viajara junto a él a Granada para denunciar ante el mismo al-Ahmar a los hermanos Asquilula por traidores al reino nazarí, se había convertido en uno de los consejeros más próximos a los propios arráeces. Las traiciones y los repentinos cambios de bando entre los prohombres de la ciudad habían hecho imposible saber en quién confiar en aquellos momentos de auténtica zozobra.

—Pero Mustafá… ¡Que soy yo! ¿Es que has perdido el juicio? Entre nosotros hay secretos que vamos a llevarnos a la tumba —casi le suplicó Hasan cuando vio que no se trataba de una broma la orden de arresto que le mostraba su amigo, acompañado por cuatro soldados de los Asquilula, a los que conocía a la perfección y que lo miraban serios y en silencio.

—Como digas una palabra más no llegarás vivo a las mazmorras. Ni somos amigos ni lo hemos sido jamás, y esos secretos de los que hablas no son más que meras invenciones propias de un traidor hudí.

—Espero que sepas lo que estás haciendo y lo hayas pensado muy bien, porque no habrá agujero en el que puedas esconderte, rata inmunda. Te encontraré y haré justicia contigo.

—Lo que más puede ayudarte en este momento es cerrar esa boca pecadora para no empeorar más la situación.

Y tras esas palabras se hizo a un lado y permitió que los soldados lo prendieran sin emplear la violencia, pues Hasan levantó los brazos y se dejó hacer al ver que no tenía posibilidad alguna de escapar de aquella encerrona en su propia casa.

Ahora, mientras un viento de poniente empujaba las velas de la fusta en dirección a los mercados de esclavos de Sicilia, Hasan debía reconocer que el tiempo pasado en el interior de la cárcel malagueña probablemente le había salvado la vida. Había tenido noticias de muchos antiguos hombres de confianza que habían compartido largas campañas en la frontera junto a él defendiendo los pendones de los Asquilula que finalmente habían sido ahorcados o decapitados en alguna plaza de la ciudad, como disuasión para quien fuese sospechoso de no guardarles fidelidad.

Antes de que se ocultase la luna, se podía intuir por proa el nacimiento de un nuevo día. Los más de cincuenta hombres que estaban hacinados junto a Hasan en la bodega de aquel barco dormían, agotados por los días de zozobra pasados a causa de un temporal de poniente que pensaron que llevaría el barco al fondo del mar con todos ellos dentro. La bodega no se había baldeado, ni tan siquiera ventilado en la semana larga que llevaban de travesía, y el olor en aquella mazmorra flotante había superado con creces el que había tenido que soportar durante su cautiverio en los calabozos.

Hasan llevaba despierto un buen rato. Apenas había conciliado el sueño esa noche a pesar de que era la más propicia para ello por la navegación tranquila de la que habían disfrutado. El sol se había escondido y se había llevado con él la violencia de un viento cuyas rachas hacían crujir todas las cuadernas de la nave generando un pánico atroz entre el grupo de encadenados.

Las cuadernas del barco volvieron a crujir con fuerza, pero aquella vez no fue por un golpe de mar ni por una racha de viento, sino por el cambio de rumbo de la fusta, que viró hacia el norte con la intención de recalar en alguno de los últimos puertos de la Península. Aquella parada de cabotaje era habitual en el recorrido de los barcos de esclavos a lo largo de su ruta mediterránea.

El pasaje de la bodega se despertó sobresaltado entre malos presagios. Los ocupantes de ese lugar estrecho y pestilente se habían acostumbrado a languidecer entre los tablones, ateridos de frío y con las enfermedades que ya arrastraban de sus anteriores cautiverios agravándose, hasta el punto de que tres de ellos habían perecido en el interior de la bodega. Era tal el estado de enajenación

mental que empezaban a padecer algunos de ellos que habían llegado al convencimiento de que por nada del mundo abandonarían aquel infecto lugar del que pensaban que solo saldrían para que los sometieran a las torturas más crueles.

—¡Nos hundimos! —gritó uno de ellos desde la zona de popa.

—Ojalá —le respondió un cristiano que se había pasado el viaje rezando a su dios para que no le permitiese llegar a aquellas tierras de infieles en las que lo despellejarían.

—No nos hundimos, la mar está en calma. Vamos a puerto. Al fin podremos librarnos de los tres muertos que llevamos aquí podridos y de toda la inmundicia sobre la que estamos durmiendo —dijo el comerciante judío, que había intentado mantener a flote la moral del grupo desde la salida del puerto de Málaga.

Era evidente que tanto él como todos los demás hombres, muchos de ellos enfermos de disentería, sabían que en aquel puerto al que se dirigían nadie iba a limpiar el barco ni a despejar de cadáveres la bodega. Seguirían lanzándoles la comida como a animales, a través de una escotilla que comunicaba la bodega con la cubierta de la nave.

A casi ninguno de los prisioneros a los que todavía les regía la mente se le escapaba que se encontraban muy cerca del puerto al que se dirigían, pues los graznidos de las gaviotas, que habían comenzado de manera muy leve, estaban empezando a clavárseles en los oídos. Era evidente que había pequeñas embarcaciones de pesca con abundantes capturas que regresaban a puerto, y aquello motivaba que las aves estuviesen cada vez más revueltas.

El frío en aquel barco era cruel. Hasan no había pasado más frío en todos los días de su existencia, ni siquiera en las campañas que se habían prolongado hasta casi el invierno, en las que había tenido que luchar en campos de batalla helados y rodeados de nieve. A través de dos pequeñas aberturas del tamaño de una hogaza de pan, que estaban situadas en la parte anterior y posterior del techo de la bodega, se colaba una corriente de aire gélido que helaba hasta el alma. Pero, a pesar de que no se detenía ni un momento,

era incapaz de llevarse ese olor inmundo, del que no iba a olvidarse en todos los días que le quedasen de vida, que ya debían ser pocos.

Había mercados de esclavos en algunos puertos de la Península y las noticias que tenían eran que a ellos los venderían como un lote en Sicilia. Pero el silencio que de pronto invadió aquel lúgubre espacio tenía mucho de inquietud y de miedo atávico a la tarima donde los expondrían como a ganado para venderlos.

Habían oído historias terribles de esclavos a los que introducían en las galerías de las minas para picar sin ningún tipo de seguridad en busca de minerales. Eran incontables los esclavos que habían muerto sepultados por derrumbes en el interior de esas galerías. Ejemplos como aquel les rondaban la cabeza a aquellos hombres que habían sido comerciantes, orfebres, cambistas o incluso consejeros de la familia Asquilula, como era el caso de Hasan.

—Como a alguno de esos tratantes de esclavos se le ocurra asomarse a esta bodega, os juro que lo estrangulo con estas cadenas, le arranco la cabeza y se la lanzo a los peces —bramó el cristiano, que seguía mostrando su miedo atávico a la esclavitud.

—¿Y por dónde vas a lanzar esa cabeza? Si aquí no hay una mísera tronera por la que podamos ver ni un trozo de mar… —respondió otro.

—Eso no importa, juro que mato al que se acerque a mí aunque tenga que llevarme a alguno de vosotros por delante.

—Calla ya esa boca si no quieres que sea tu cabeza la que arranquemos. No aguanto más tus lamentos. Si a mí me ofrecen salir de aquí, no lo dudaré aunque sea por no volver a oírte.

Reconocieron que habían entrado en el puerto cuando el barco dejó de zozobrar, al introducirse en las aguas calmas del interior de la dársena. La tripulación se comunicó a gritos con los marineros del puerto para hacerse oír, y Hasan detectó que lo hacían en el romance que se hablaba en al-Ándalus, por lo que el puerto debía de estar en una ciudad cristiana. Aquello tampoco era garantía de nada, pues en los puertos cristianos también se comerciaba con esclavos.

El barco golpeó varias veces el muelle del puerto y los gritos entre la tripulación, esa vez en árabe, generaron una gran tensión en la

cubierta, en la que se pudo oír el látigo del jefe de la tripulación silbando y golpeando las espaldas de los marinos que se afanaban dando carreras sobre las tablas del techo de la bodega. Por fin, el barco quedó perfectamente asegurado y se oyó el golpe de la rampa de madera al fijarse en la banda de estribor de la fusta. Al momento pudieron sentir las ruedas de madera de los carros subiendo provisiones y bajando toneles y cajas vacías desde el interior del barco a tierra.

El sonido de la cadena que cerraba la escotilla se oyó y todos los presos miraron al lugar por el que entraba el único torrente de luz que podían ver en todo el día, pues por las dos troneras por las que entraba aquel frío inmundo apenas entraba luz. La tronera estaba justo sobre la cabeza de Hasan, que era el receptor de la comida y el encargado de distribuirla entre el resto.

Se puso en pie al ver la tabla abierta, un regalo, pues en aquel agujero infernal era imposible erguirse, y sacó la cabeza al exterior. Aquel era su momento del día; probablemente sus compañeros de la mazmorra no habían reparado en el privilegio que constituía ese respiro, en el sentido más literal de la palabra. Porque para el antiguo consejero ese privilegio, que había obtenido sin solicitarlo, era un regalo tan importante como para que cualquiera de los otros integrantes del grupo de desgraciados de aquella bodega lo estrangulase con las cadenas que llevaban atadas a las muñecas para así poder quedarse con el sitio que permitía ese breve respiro diario que bien valía una vida.

Sacó las manos para recoger la comida y el agua, tirando de las pesadas cadenas a las que las tenía atadas, y un tripulante obeso y con la cara picada de viruela lo sostuvo en peso mientras otro tripulante le soltaba los grilletes. Trató de mover los brazos y pataleó para librarse de aquellos hombres que lo querían arrancar de aquel infierno, que de repente temió abandonar. Cualquier cosa que le esperase en ese mundo cruel que había fuera, ese mundo que hacía casi dos años que no había vuelto a ver, sería peor que la calma que se había acostumbrado a sentir en las entrañas de aquella nave hecha a base de cuadernas de madera que crujía con los embates de la mar y los estaba matando a base de frío y diarreas. El forcejeo

duró lo suficiente como para que se diera cuenta de que estaba perdiendo la cabeza. No podía haber otro motivo para luchar de aquella forma por permanecer en aquella ciénaga flotante.

Por fin lo sacaron al exterior y lo llevaron a la proa del barco tirando de su mano, pues era incapaz de ver nada con el sol cegándole los ojos.

78

Hacía frío en la cubierta de la fusta, pero el sol brillaba con fuerza, tanta que le costaba levantar la vista y no era capaz de reconocer aquel puerto, pues tenía los ojos cubiertos de legañas y lágrimas. Lo desnudaron y lo lavaron a conciencia mientras él trataba de tapar las partes más delicadas de su cuerpo por vergüenza y por evitar que le golpeasen la entrepierna con aquel cepillo, que más bien parecía un rastrillo de cerdas de hierro.

—Déjate hacer —le decía el chico que le lanzaba los cubos de agua mientras el otro se empleaba con el cepillo—. Como no nos permitas emplearnos a fondo, te van a comer las pulgas.

—Levanta los brazos y quédate quieto; esto lo hacemos por tu bien —le insistió el otro.

—Pues dejadme un cepillo de mano y yo lo haré. No soy una bestia —les indicó Hasan cuando detectó en el tono de aquellos individuos una ausencia absoluta de hostilidad.

—De eso nada, date la vuelta para que terminemos lo que hemos empezado. Ya casi estás listo —dijo el del cubo de agua.

El individuo del cepillo, un tipo alto, muy delgado, con una barba desaliñada de poco vello y apenas cuatro dientes amarillentos en la boca, mojó las cerdas por enésima vez en el balde de vinagre y volvió a aplicarle la loción, esa vez por la espalda y las nalgas. Lo obligó a agacharse y a abrir las piernas, y terminó de recorrer su anatomía con aquel cepillo implacable.

—Y ahora ocúpate de enjuagarlo bien para que caiga toda esa mugre de su cuerpo. Vas a tener que derramar sobre él al menos cuatro cubos llenos hasta el borde —le dijo al chico, que estaba exhausto de llenar y vaciar cubos.

Cuando terminaron con los baldes de agua, el tipo que se había encargado de rasparle con el cepillo le alargó un recipiente de latón.

—Ahora imprégnate el cuerpo con este aceite de lavanda y ya solo te queda esperar que un día salga de tu nariz ese olor inmundo que solo conoce el que ha viajado dentro de una de esas bodegas.

Cuando dieron por concluido su aseo, se le acercó Mustafá con los ojos vidriosos y no fue capaz de dirigirle la palabra. Le alargó unas ropas que depositó sobre el banco corrido de madera que recorría la proa de la nave y se retiró.

Hasan notó de pronto un latigazo en la mente y trató de mantener la calma repasando los últimos dos años, mientras se ponía las calzas negras. Recordó el día que Mustafá lo condujo a empellones hasta la mazmorra de la alcazaba y los años en aquel cuarto sin ventanas en el que ahora veía con claridad que había sido un privilegiado. Las celdas estaban repletas de prisioneros de todo tipo y en la que él ocupó apenas había coincidido con cuatro o cinco comerciantes judíos ancianos.

Después de ver cómo pasaban a cuchillo a casi todos los consejeros que habían perdido la confianza de los arráeces, él seguía con vida y había embarcado con la excusa de que lo enviaran a un mercado de esclavos a Sicilia. Ahora lo entendía todo.

Se metió por la cabeza la túnica de lana, se anudó el turbante blanco, se calzó los borceguíes de cuero de cabrito, sus favoritos, y se puso en pie. Miró al final por encima de la borda del barco y se encontró con las dos poderosas montañas que cerraban el puerto de Cartagena.

Notó que había algo en el interior del bolsillo de la túnica, metió la mano y sacó su anillo, el mismo que había entregado a María la Balteira, la gallega a la que había confiado su suerte antes de que el mundo se hundiera bajo sus pies.

De pronto percibió que alguien se acercaba. Se dio la vuelta y se encontró con los ojos de Mohamed. Nadie sobre la faz de la tierra, salvo ellos dos, tenía esos ojos negros. Dio dos pasos temblorosos y se abalanzó sobre su hermano, que le dio el abrazo por el que ambos habían suspirado años.

Mustafá asistió al fraternal abrazo desde el muelle del puerto. Su parte en ese negocio acababa allí: había dos hermanos con muchos años que recuperar y el resto del mundo estaba de más para ellos en ese momento. Y además el tratante de esclavos estaba impaciente por regresar a Málaga. Palpó el pergamino que llevaba escondido entre los pliegues del sayo y se dirigió a la nave que estaba a punto de zarpar rumbo al este, aprovechando una brisa de levante que pronto se convertiría en algo más, a tenor de los borreguitos que se observaban a una milla de la costa.

No tardó ni siquiera una semana en llegar a Málaga. El viaje fue placentero y apenas tuvieron un par de noches movidas. El levante era un viento noble que comenzaba el día mostrando unas leves brisas para luego desatarse a mediodía y morir casi al anochecer. Además, el barco en el que navegó iba rumbo a Inglaterra con una carga suculenta de productos de las huertas, papel, una importante remesa de lana castellana y grandes cantidades de aceite que cargaron en el puerto de Motril. Prefería viajar en los barcos cargueros, donde el ambiente era mucho más relajado. En los de esclavos era fácil asistir a escenas violentas por parte de la tripulación, que solía manejar con mano de hierro a un pasaje que viajaba hacinado como el ganado y con una incertidumbre inmensa sobre su futuro, lo cual los convertía en gente desesperada dispuesta a cualquier cosa.

Se había citado con María la Balteira en la vivienda en la que residía la gallega desde hacía algo más de un año en la ciudad de Málaga. Se trataba de una habitación ubicada en la planta superior de una casa de dos alturas, muy cerca de la entrada del mercado de la Alcaicería.

El negocio que le había propuesto la soldadera gallega dos años atrás, en primavera, era tan peligroso como lucrativo, y había llegado el momento de recibir el segundo pago. Era primera hora del día cuando el tratante subió la escalera exterior que conducía al cuarto de la cristiana.

—Buenos días.

María se anticipó para que el visitante no llamase con los nudillos y abrió la puerta cuando oyó las pisadas sobre los peldaños. Se

sentía observada por los vecinos, que no gustaban de tener una cristiana viviendo allí, y prefería que no viesen a aquel individuo entrando en su cuarto. Hizo pasar a aquel hombre alto, desgarbado, con mirada huidiza, barba grisácea y tono de voz grave, y cerró la puerta tras asomarse y comprobar que nadie los observaba.

—Buenos días. Os veo intranquila.

—No os preocupéis. No es por vos. ¿Traéis lo que acordamos?

—Por supuesto, aquí lo traigo —respondió el tratante apoyando la mano sobre el sayo a la altura del costado—. ¿Y vos?

—Primero la esquela, si no tenéis inconveniente.

El musulmán vio en la cara de la Balteira la misma prisa y gesto de agotamiento que había encontrado dos años atrás, cuando se vio con ella en aquella chopera junto al río Genil, a media milla aproximadamente de Santa Fe. En aquel momento era lógico, pues era consciente de que la gallega había cabalgado desde la frontera del reino de Murcia a revientacaballos. Pero esa mañana no acertaba a saber cuál era el motivo.

El musulmán le mostró el documento que había recibido de manos de Mohamed en el puerto de Cartagena donde este atestiguaba que su hermano había llegado sano y salvo a su destino. La cristiana leyó la esquela y sacó de entre los pliegues de su sayal un saquito de cuero que depositó sobre la pequeña mesa en la que estaba apoyada la lámpara de sebo que iluminaba aquella estancia pequeña y destartalada. Además de la mesa, un jergón de paja y dos taburetes constituían todo el mobiliario de aquella pieza de paredes grisáceas que un día estuvieron encaladas.

El musulmán abrió el envoltorio de cuero y encontró un buen puñado de monedas. Se trataba de dinares y octavos de dinar de oro. Cogió los dinares y los acercó a la mecha de la lámpara para comprobar que eran hafsíes con ceca de Tremecén y Ceuta.

—Y ahora, ¿me vais a decir qué os sucede?

—Ahora os vais a marchar de mi casa antes de que alguien nos vea y tengamos problemas ambos.

—De aquí no pienso moverme hasta que no os sinceréis conmigo.

Aquel individuo enigmático la ponía nerviosa, pero no estaba en disposición de elegir, así que se aventuró a ponerse en sus manos.

—No os voy a explicar los motivos, pero necesito viajar a Tierra Santa.

—En nuestra religión también tenemos nuestras obligaciones, no debéis ruborizaros por ello.

—¿Me podéis ayudar o no? —le preguntó, cortando bruscamente a aquel tipo de modales refinados.

—Debéis ir a Barcelona y embarcar en alguna partida de tropas y peregrinos que desde allí se organice para llegar a San Juan de Acre. Eso nunca va a ser un problema, solo es cuestión de encontrar la embarcación adecuada, salen por decenas. El problema podéis tenerlo cuando queráis huir de vuelta a Hispania, porque os aseguro que querréis volver en el mismo momento en que pongáis un pie allí.

—Eso vos no lo sabéis.

—Creedme, lo sé.

El tratante sacó de la faltriquera de su sayo un taco de cinco pequeños pergaminos del tamaño de la palma de una mano, le alargó uno de ellos a María y esta lo tomó. El pergamino era blanco y en el centro tenía lacrado un sello, que obviamente era el sello personal del tratante.

—En aquel puerto, en San Juan de Acre, acercaos al capitán del barco de esclavos que prefiráis y le mostráis este sello. Os aconsejo que no lo perdáis, amiga mía, porque puede valer tanto como vuestra vida.

A continuación, y sin esperar agradecimiento alguno por parte de la cristiana, se levantó y salió de aquella habitación en la que no había llegado a sentirse cómodo en ningún momento. El tratante tenía suficiente experiencia como para saber cuándo debía dar por concluidos determinados encuentros, y era obvio que en aquella pequeña casa no quedaba dinar alguno por ganar.

79

Armea, Galicia, otoño de 1267

El padre Guillén salió de la habitación donde descansaba la Balteira y cerró la puerta con sumo cuidado para no molestarla. Hacía una semana que casi le resultaba imposible levantarse del lecho, y era el caritativo religioso el que se estaba ocupando de cuidarla en esos últimos momentos.

El cura había llegado hasta Galicia junto a la soldadera, procedente de la ciudad de Salamanca, hacía algo más de un año. La capital de la Extremadura leonesa había sido la última villa en la que había recalado aquella mujer sin igual que había exprimido la vida hasta la última gota, y parecía evidente que a su existencia no le quedaba más que una lenta agonía. María era una mujer valiente que afrontó la situación con coraje desde que supo que era irreversible, y al ver cercano su fin contrató los servicios del religioso para que la acompañase cada día, en cumplimiento de la palabra dada al desaparecido abad del convento de Santa María de Sobrado.

El religioso le había exigido, entre otras muchas prerrogativas, que muriera en paz con Dios para poder descansar en el cementerio del monasterio. Esa condición, junto con la autorización firmada por la casa real de Castilla, su peregrinación a Tierra Santa y la donación de todos sus bienes a la institución religiosa, era imprescindible para ganarse su ansiado privilegio.

El padre Guillén terminó de cerrar la puerta del cuarto, donde descansaba moribunda María Pérez, la Balteira, y miró a Ponto, que le sostuvo la mirada hasta que el cura le devolvió un casi imperceptible gesto afirmativo con la cabeza perfectamente tonsurada. El gesto era leve, pero las consecuencias que acarreaba eran tan terribles que el prelado se justificaba hacia sus adentros

diciéndose que él solo le trasladaba al tipo frío y violento que esperaba sentado junto al hogar la necesidad de hacer que entrasen en razón los vigentes responsables del convento de Sobrado.

Ponto era un asesino condenado a galeras que había escapado de la muerte en el naufragio de una de las naves de la flota del rey Jaime de Aragón que habían partido rumbo a San Juan de Acre para medirse a las fuerzas sarracenas y recuperar los santos lugares. María la Balteira había coincidido con aquel tipo callado en la nave que la había traído de vuelta de Tierra Santa, donde este se había enrolado como grumete para poder regresar a la Península.

El viaje de vuelta era caro y el maleante no estaba dispuesto a ganarse los sueldos necesarios para pagar el pasaje peleando contra la turba infiel, que era infinitamente mayor en número y mejor preparada que la de los orgullosos defensores de la cruz. Por ello, aceptó la propuesta que le hizo el capitán para trabajar a bordo de la coca. Era propiedad de un tratante de esclavos veneciano que utilizaba sus barcos para devolver a tierra cristiana a cruzados, religiosos, comerciantes, peregrinos y todo tipo de gentes que se animaban a correr una aventura incierta como era aquella de cruzar el mar para encontrarse en una tierra hostil a la que los cristianos iban para hacer fortuna o para ganar la salvación.

La soldadera formaba parte del segundo grupo de intrépidos aventureros, pero, a pesar de encontrarse en un viaje para salvar su alma, no dudó en unirse a una partida de naipes en la que un comerciante florentino trató de hacerle lo que tantas veces les había hecho ella a los soldados en las campañas de frontera. Aquella velada de mar calma y viento suave acabó en una trifulca en la que el expresidiario salió en defensa de la gallega, por lo que congenió con él y acabó por contratarlo como mozo cuando desembarcaron en Barcelona.

—Conmigo no te faltará un plato de comida ni un techo bajo el que dormir, no te puedo prometer nada más. Eso sí, como veo que eres de esos a los que les ha comido la lengua el gato, estás de suerte, porque jamás me dirigiré a ti salvo que sea para pegarte o recriminarte algo.

Aquellas fueron las palabras de la gallega cuando el tipo bajó su equipaje en el puerto de Barcelona. Y a fe que casi había cumplido con lo pactado. Aquella mujer no le hablaba jamás; se habían acostumbrado a comunicarse con la mirada, salvo en las noches de fogata en los caminos, cuando vaciaba medio pellejo de vino. Entonces soltaba la lengua y la mano con alegría. Pero aquel tipo no tenía mejor ocupación, y ahora que la trovadora estaba llegando a su final sentía una pena que le inundaba el alma, algo que no había experimentado nunca. Por esa circunstancia, Ponto estaba deseando tomar cartas en el asunto que el buen religioso que los acompañaba desde hacía un año acababa de encargarle.

La casa en la que había recalado la Balteira en su vuelta a Armea tenía una habitación, que era donde agonizaba la trovadora, y una sala con un hogar, donde dormían el exconvicto y el cura que velaban por aquella mujer que había exprimido la vida hasta su último jugo.

El religioso explicó a su compañero de ronquidos y desvelos lo sucedido en el convento de Sobrado un mes atrás. El padre Guillén había ido con los documentos que le había facilitado la señora para organizar su entierro en el cementerio de la congregación, como determinaban las cartas selladas que les mostró, pero tanto el abad como el prior lo informaron de que tenían órdenes de no permitir en aquel cementerio el entierro de una pecadora indecente como María.

El religioso conocía el tipo de personas a las que se enfrentaba y volvió sobre sus pasos sin mediar palabra. Por desgracia, había pasado por situaciones similares antes. Hacía mucho tiempo que acompañaba a ancianos en sus últimos años o meses de vida, y era muy normal encontrarse con intentos de extorsión como aquellos. Su señora le advirtió de que, en ese caso, hablase con Ponto, que sabía lo que debía hacer.

—¿De cuánto tiempo disponemos, padre? —quiso saber el tipo huidizo y siniestro que miraba al hogar mientras interpelaba al oblato.

—Dudo mucho que nuestra pobre señora sobreviva a esta noche.

—Padre —el matón jamás lo había llamado por su nombre—, el día que os conocí me planteé mataros esa misma madrugada.

¿Sabéis por qué no lo hice?

—Porque habrías tenido que matar a otro cura al día siguiente.

—En efecto, la señora me dijo que necesitaba estar acompañada por un religioso, y doña María nunca ha sido de esas que cambian de opinión, por lo que me contuve a sabiendas de que estaba condenado a compartir los últimos días de mi ama con un embaucador vestido con sotana.

El cura miraba a Ponto con curiosidad. Jamás había enlazado tantas palabras seguidas, y tenía verdadero interés por saber adónde conducía aquella conversación inesperada.

—¿No querrá eso decir que el día que nuestra señora nos abandone te librarás de mi persona?

—Todo lo contrario. Quería deciros que, si me hubiese encontrado con alguien como vos antes en la vida, mucho antes, quiero decir, cuando todavía era un niño y no había cometido las atrocidades que he cometido, es posible que eso que habéis pretendido desde el día en que me conocisteis hubiese llegado a buen puerto. Me equivoqué con vos y quería que lo supieseis antes de que separemos nuestros destinos.

—Dios perdona a todo el que se acerque a él y abandone el camino torcido. Nos separaremos, como bien has dicho, y es probable que nunca más volvamos a vernos, pero siempre rezaré por ti —le dijo al final el padre Guillén, que se había acercado hasta él y le apoyaba la mano en el hombro.

Era media tarde, pero la incesante lluvia que llevaba al menos un mes cayendo sin parar había convertido las tardes en noches casi desde la hora de comer. Las nubes eran tan espesas que el sol no era capaz de dar ni un poco de claridad tras la hora nona.

Ponto se embozó en su capa y salió de la pequeña casa de piedra sin dar explicaciones al padre Guillén, que se imaginaba a la perfección el itinerario de aquel hombre con el que le quedaban pocos días de vida en común.

Aquello último le pesaba en el alma al padre, pues apenas había sido capaz de ayudar a aquel matón a superar la tormenta que arrastraba en su interior y que lo había convertido en un hombre arisco y también muy agresivo, consecuencia de una infancia que no

había sido tal y que había acabado por convertirlo en la persona que era.

El exconvicto perdió a sus padres cuando no tenía uso de razón y se crio literalmente en las calles aledañas al puerto de Barcelona, viviendo de la mendicidad, de la pillería y finalmente de la delincuencia, algo de lo que, según había podido comprobar el religioso, no se arrepentía en absoluto.

Ponto entró empapado en lo de la Rala. A pesar del frío y la lluvia que parecía despoblar por completo las callejas de la parte baja de la villa, en el interior del serrallo se encontraban todos los paisanos que faltaban en las calles, circunstancia que no le venía nada bien para sus intereses al catalán.

La Rala lo miró de medio lado y puso mal gesto. El antiguo remero tenía escrito en la cara el carácter y la vida problemática que arrastraba. Una cicatriz le cruzaba la frente y terminaba en mitad del pómulo, por lo que resultaba increíble que el ojo derecho continuase en su sitio. Su dentadura era amarillenta y sus encías casi negras; apenas conservaba siete u ocho dientes y su piel renegrida y arrugada no permitía distinguir su edad. El pelo gris le escaseaba en la frente y en la coronilla, y tenía siempre barba de una semana, como si el pelo que le cubría las mejillas no fuese capaz de crecer más allá. Sus ojos eran negros y huidizos, ojos de culpable, en opinión de la Rala.

Pero aquella vez su mirada no rehuyó los ojos de la madama; se fue directo hasta donde ella se encontraba hablando con dos de las muchachas, que se quejaban la una de la otra por uno de los clientes que acababan de llegar y era muy querido por sus generosas propinas.

La Rala llevaba demasiados años en el oficio y sabía cuándo las cosas eran inevitables, y lo que fuese que aquel tipo sucio y desaliñado hubiera ido a pedirle más le valía que estuviese en su mano concedérselo, porque aquella no era la cara del que se iba a marchar con una palmadita en la espalda. Así pues, dejó a sus muchachas discutiendo entre ellas, fue al encuentro del catalán, lo agarró del brazo y se lo llevó a uno de los pequeños cubículos cerrados por una pesada cortina de color granate.

—¿Cuál de las que están ahí fuera es la que va al convento a visitar a los de las sotanas?

—Apenas sé quién eres y mucho menos de qué me estás hablando —se defendió la madama sin alterar el gesto.

—Sabes quién soy, a mí no me engañas. Son demasiados años en el negocio y conoces todo cuanto pasa en la comarca. Estoy seguro de que no hay tonel de vino que se venda en esta bendita tierra, ni niño que nazca, hombre que engañe a su mujer o anciano que muera que no llegue a tus oídos antes que a nadie.

—Sí que es verdad que sé quién eres —dijo la madama, dispuesta a echarle arrestos al asunto—. Desde la primera vez que vi tu cara, acompañado por la vieja esa que todo el mundo sabe en este pueblo a lo que ha dedicado la vida, supe exactamente lo que eras.

—¿A qué ha dedicado la vida mi señora? O mejor, no me lo contestes, ¿a qué has dedicado la vida tú?

—El caso es que tu cara representa sin lugar a equívoco qué tipo de hombre eres.

—Sigue, no pares ahí. ¿Qué tipo de hombre soy yo?

—Uno de esos que son capaces de entrar armados a una casa como la mía para amenazar a una mujer indefensa.

La madama no podía retroceder un paso más sin caer en el jergón. El individuo del aliento insoportable había ido acercándose a ella y ya no tenía más espacio físico para recular. Sus abultados pechos y su barriga no menos prominente se apretujaban contra el cuerpo duro y esquelético del tipo, que le hablaba casi en un susurro al oído. El secuaz de la Balteira tenía una mano colocada en forma de cuenco junto a la oreja de la mujer para que sus palabras le llegaran perfectamente claras a la propietaria del serrallo. Mientras, con la otra sostenía su daga y se ocupaba de que el roce de su cuerpo con el de la mujer estuviese acompañado por la caricia de la punta de su puñal.

—Cuando acabe con lo que tengo que hacer me iré de este pueblo y jamás me volverás a ver, por eso no te preocupes. Pero ahora vas a salir a la sala y le vas a recordar a la habitual del convento que esos curas están muy aburridos y desatendidos con tantos días de lluvia.

—¿Y eso es todo? —le preguntó la mujer con cara de desprecio, apartando la barriga de la punta del estilete.

—Eso es casi todo. Dile que en mitad del trajín ponga una excusa y se marche de la casa dejándolos en la habitación, que se marche y no mire atrás. Créeme, lo digo por su bien y por el tuyo.

—¿Dejándolos? ¿Por qué insinúas que son más de uno los religiosos que va a visitar mi chica?

—No juegues conmigo, te lo advierto. Por las buenas no doy problemas, pero desde niño he tenido muy mal pronto cuando han tratado de tomarme el pelo. No llevo tantos años como tú en este pueblo del demonio, pero me ha dado tiempo a averiguar algunas cosas, y los juegos del prior y el abad del convento con las chicas son parte de los chismorreos que corren por esta casa.

—Voy a tener que amarrar más corta a una que yo me sé —maldijo la Rala.

Ponto guardó el puñal, se separó de la mujer, que lo miró de arriba abajo con gesto despectivo, y se quedó en mitad del vano de la puerta. Luego metió la mano en la faltriquera de su sayo y le tendió a la madama un pequeño saco de cuero a rebosar de monedas.

—Espero que esto sea suficiente para sellar tu boca y la de tu chica.

—Con eso puedes contar. Y que sepas que puñales aquí tenemos todos, por lo que, si le pasa algo a mi chica, no descansaré hasta ver tus tripas en un cubo.

—Si hace lo que le he dicho no tiene que temer; si no, no respondo —le dijo clavándole los ojos.

—Vuelve a medianoche y la Gertru estará esperándote. No te preocupes por la discreción de mis chicas, no entiendo cómo han podido ser tan lenguaraces y hablar de lo del convento, pues les tengo la boca sellada.

80

La Gertru no era una mujer joven. Sin duda, era la de más edad de cuantas trabajaban para la Rala. Debía de tener aproximadamente la misma edad de la madama. Era una mujer con aire inocente y carácter alegre. Se acercó hasta donde estaba el matón, con actitud desenfadada y dispuesta a cumplir con su deber si no había más remedio, aunque le dejó claro que por ella podían hacer otras cosas.

—Tú debes de ser Ponto.

El tipo la miró serio y afirmó con la cabeza.

—¿Y estás seguro de que quieres ir hasta el maldito convento con la que está cayendo? Si quieres, podemos pasar un rato muy bueno aquí —dijo meciendo dos pechos grandes y muy bien insinuados tras un sayo malva claro.

—Otro día —fue la respuesta seca del matón.

Así que se embutieron debajo de sendas capas y salieron a la calle adoquinada. El camino que los separaba del convento era largo, y les llevaría buena parte de la noche llegar hasta allí con los senderos embarrados. No obstante, el saquito con las costuras a reventar lleno de monedas, que a buen seguro la Rala había contado antes de enviar a la Gertru junto al exconvicto, era tanto dinero como podía ganar el negocio de la madama lleno de parroquianos en una semana. Además, la madama había estado mucho más generosa que de costumbre y había apartado una moneda de plata para su chica, circunstancia esta que al principio asustó un poco a la buena de la Gertru, que recordaba la última vez que su ama la había obsequiado con una moneda como aquella.

A la meretriz no le gustaba el tipo que caminaba junto a ella, pero mucho menos le gustaba llevar la contraria a la Rala. La había visto desahuciar a compañeras que se habían quedado de un momento

para otro en la calle con una mano delante y otra detrás. Además, a la que echaba de su casa le revolvía sus pocas pertenencias hasta que daba con el poco dinero que hubiera podido ahorrar y se lo quitaba para que pasase hambre, y también le rapaba el pelo para que ningún hombre se le acercase.

La Rala le había dicho que le pagaba el equivalente a cinco noches a cambio de hacer algo tan sencillo como dejar a los curas en mitad de la sesión y salir corriendo de vuelta al serrallo. Le insistió en que se fuera tan rápido como le dieran las piernas y no mirase atrás. Solo debía dejar la puerta abierta y olvidarse para siempre de que había estado esa noche en el convento. Era obvio que aquel hombre algo iba a hacerles a aquellos dos bellacos que no merecían el hábito con el que los había visto en las fiestas de la patrona.

La meretriz tenía bien claro que iba a correr como no lo había hecho nunca. Su ama no le había contado de la misa la mitad porque pensaba que estaba alunada. Pero la Gertru era mucho más lista de lo que aparentaba y sabía de lo que iba el asunto, como también supo, el día en que ayudó a la madama a sacar el cuerpo de la Julilla del serrallo, que no había sido un cliente el que la había tirado escaleras abajo, sino ella misma en uno de sus arrebatos. Como siempre que ocurría algo que había que llevarse a la tumba, fue a por la Gertru para que la ayudase a librarse del cuerpo de la pobre pelirroja. La madama ni siquiera se molestó en contarle una historia medio creíble; le largó la moneda de plata sin darle explicaciones. Así que esa noche le tocaba correr como alma que lleva el diablo, porque eso era lo que le sugería esa moneda brillante de plata.

El compás del convento no estaba cerrado en su totalidad. La tapia era más bien una delimitación de los contornos de las tierras que pertenecían al cenobio, así que, una vez que llegaron a su destino, se introdujeron en los viñedos que había intramuros y caminaron en dirección a los edificios de la congregación.

Cuando se encontraban a tiro de piedra del edificio principal, el secuaz se dio la vuelta y le indicó con un gesto a la Gertru que tomase la delantera para conducirlo hasta los aposentos del abad,

pero esta extendió la palma de la mano para decirle que se detuviese.

—¿Cuál es el problema? —le preguntó en un susurro que contenía un tono de reprimenda.

—El problema es que estamos en un convento, no sé si te has dado cuenta.

Ponto la miró con gesto serio, sin saber qué quería decir su compañera. Decidió ser paciente y esperar a las explicaciones de aquella mujer que tenía una abundante melena clara en la que se mezclaban pelos rubios con otros blancos producto de la edad. Su cabello estaba tan bien peinado que le llamó la atención cuando se encontró con ella en el serrallo. Ahora, después de andar durante largo rato con la melena escondida bajo el capuchón del sayo y mojada, no debía lucir tanto esplendor. Era baja de estatura, le llegaba a Ponto por el pecho y tenía las caderas anchas y un culo grande que se marcaba incluso a través de la capa. Llevaba el escote del sayo atado con un cordel y lo lucía sin descaro, pero con el orgullo de quien sabe sacar partido a un cuerpo generoso como el que Dios le había proporcionado a aquella mujer.

—De acuerdo, me rindo.

—Muy bien, así me gusta —dijo ella mostrando una sonrisa—. Vamos a tener que esperar un rato hasta que acabe el rezo de maitines. Los curas son como los pollos de corral, que cantan cuando amanece, solo que ellos van organizando sus días alrededor de las misas.

—¿Y cómo sabes tanto de la vida en los conventos? No tienes pinta de monja —le dijo mostrando por primera vez una media sonrisa.

—Lo que no sé es cómo sabes tú tan poco, pues tienes ya años suficientes para conocer algunas cosas. Si estás tan despistado en otros asuntos —le susurró señalándole la entrepierna—, quiero que sepas que yo soy una experta y te puedo ayudar.

—Ya te dije que otro día —le respondió Ponto todavía con la media sonrisa en la boca.

—Yo no sé lo que hemos venido a hacer al convento ni me interesa. Solo te pido que, sea lo que sea lo que les vas a hacer a

esos dos, te esperes a que me haya marchado. Y por favor no le digas a nadie que he venido contigo esta noche. Si quieres que te diga la verdad, tengo una corazonada aquí —dijo poniéndose la mano en la zona de su cuerpo de la que se sentía más orgullosa—, y es que esos dos van a morir hoy.

—Haz simplemente lo que te ha dicho la Rala: corre todo lo que te den esas piernas, que lo que suceda en esa casa no es asunto tuyo.

—Aunque no lo creas, un poco asunto mío sí que es. En esa casa he ganado muy buenos dineros y tú tienes escrita en la cara tu profesión.

—Estoy seguro de que tu ama te ha pagado muy bien esta visita, así que no tientes más a tu suerte —aquellas fueron sus últimas palabras.

Había una techumbre de madera sujeta por cuatro postes que cubría las herramientas y una torre de espuertas de esparto, situada en la parte más próxima al edificio principal del convento. Desde allí podían observar los movimientos que se produjesen, sin peligro de que los detectaran, así que se sentaron en el poyete de piedra que cerraba el cuarto de aperos y esperaron a ver salir al abad y al prior del interior del convento, de vuelta a la casa abacial.

Aguardaron un buen rato en su escondrijo hasta que el chirrido de los goznes de la puerta lateral del convento les advirtió de la salida de los rectores de la congregación. La Gertru se levantó resuelta y caminó con paso firme sobre el lodazal en que estaba convertido el acceso al monasterio; sus pasos la delataron al instante.

—Hermano Gonzalo —bisbiseó la enérgica mujer levantando la mano y mirando en dirección a los oblatos, que la observaban embutidos en sus capas en completo silencio.

La Gertru aceleró el paso tratando de recoger el vuelo de su sayo y de la capa para no arrastrarlo por aquella superficie resbaladiza y blanda donde sus borceguíes, completamente empapados, se le clavaban hasta los tobillos. El farol que iluminaba esa parte de la entrada lateral del convento estaba bien protegido y emitía la claridad suficiente para que Ponto pudiese ver sin dificultad lo que allí sucedía.

—No te esperábamos, y menos en una noche como esta. Debes de estar empapada —le dijo el prior cuando la mujer llegó hasta donde se hallaban.

—Entrad ahora mismo en la habitación y quitaos los hábitos si no queréis que la Gertru saque la vara y os deje vuestros blancos y gordos culos en carne viva.

Los prelados dieron un respingo y entraron con presteza en la casa mientras la mujer iba tras ellos dándoles empujones y pellizcos en las protuberancias que se les marcaban alrededor de la barriga y los costados bajo los hábitos blancos. Cuando entraron en la casa, la meretriz ni siquiera les dejó tiempo para que se calentasen las manos en el hogar que había en el recibidor, que hacía las veces de salón, cocina y comedor de la pequeña casa.

La lumbre apenas estaba formada por los rescoldos de dos leños que daban sus últimos coletazos en espera de un tronco seco que generase unas buenas llamas. Sobre la mesa que había en el centro de la sala descansaba una vela, que junto con la lámpara que portaba el hermano Gonzalo era la única iluminación de la residencia del abad.

—Rápido, entrad en la habitación y despojaos de esos hábitos que no merecéis vestir.

El hermano Diego, el abad de la congregación, la miró con gesto de desaprobación, y la Gertru no se achantó.

—¿Conque me vienes con esas, hermano Diego? Pues tú serás el primero en ser castigado. Cuando estés desnudo túmbate bocarriba en la cama y el hermano Gonzalo se pondrá encima de ti para asfixiarte hasta que yo diga.

Los prelados se deshicieron de las ropas y las pusieron sobre un escabel que había junto al jergón. Miraron a la mujer, que les devolvió un gesto severo y, moviendo la cabeza en dirección al catre, les hizo tumbarse como les había ordenado. A continuación la Gertru salió de la habitación y de la casa, y empezó a correr tan rápido como fue capaz, mientras las gotas de lluvia le resbalaban por las mejillas y se le colaban por el escote del sayo, pues ni tan siquiera había reparado en cerrarse bien la capa.

Ponto entró en la casa abacial un momento después de que lo hiciesen los dos religiosos y la mujer que los había introducido en la vivienda a base de achuchones. El matón esperó la salida de la meretriz junto al hogar del recibidor, eligiendo el arma con la que ejecutaría su trabajo. Había varios cubiertos y unas escudillas en remojo dentro de un gran balde de latón, que estaba lleno hasta la mitad de agua. Uno de los cuchillos que había entre los cubiertos era más grande que los demás; tenía el filo muy bien trabajado y la hoja debía de medir unas siete pulgadas.

Al ver aquel cuchillo, que no tenía nada que envidiar a su daga, el barcelonés esbozó una sonrisa de satisfacción. Aquel tipo de cosas siempre le habían alegrado el espíritu: matar a esos dos indeseables con su propio cuchillo era el mejor regalo que podían hacerle en ese momento.

Así que, cuando vio a la Gertru salir apurada en busca de la puerta y sin reparar en su presencia, entró en la habitación y le asestó dos puñaladas en la espalda al prior de la congregación, que se hallaba subido a horcajadas sobre el abad haciendo como que lo estrangulaba. El tipo se retorció por el dolor y arqueó la espalda mientras trataba en balde de llegar con la mano hasta el lugar donde había recibido las puñaladas. Tras emitir un grito agudo de dolor se venció hacia su izquierda y cayó al suelo, incapaz de aguantar el peso de su cuerpo con un solo brazo. Sin perder un instante, el secuaz se abalanzó sobre el padre Diego y le asestó una puñalada en el pecho y otra en el cuello, ante la mirada de pánico del religioso, que no movió ni un músculo y se quedó en la misma posición en la que lo encontró, con los ojos abiertos como platos y la mirada perdida.

—Espero que en el infierno tengáis tiempo de pensar lo poco que os hubiese costado darle tierra en vuestro cementerio a una mujer a la que no solo le quitasteis todo su patrimonio, sino que peregrinó a Tierra Santa y se ha hecho acompañar por un prelado en sus últimos meses de vida, como le solicitasteis. Aunque ahora ya es tarde para lamentaciones, o al menos eso parece.

Y, tras aquellas palabras, esbozó media sonrisa y le sacó el cuchillo del cuello al padre Diego.

A Ponto no le hizo falta mirar atrás ni comprobar si les había arrebatado la vida a los dos curas. No conocía otro oficio y sabía de sobra que las cuatro puñaladas que acababa de asestarles, en las que, como era costumbre en el despiadado asesino, se había preocupado de girar bien el cuchillo una vez atravesada la carne, eran más que suficientes para que aquellos dos desgraciados comprobasen si san Pedro estaba allí esperándolos o si era otro el camino que debían tomar.

Tiró el cuchillo al balde y se marchó sin prisa pero sin detenerse, camino de la covacha de la Balteira, donde no hacía falta que hablase ni una palabra con el padre Guillén, otro religioso que no las debía de tener todas consigo con respecto a su devenir en la siguiente vida. Aunque, si el Altísimo el día del juicio final se molestaba en interrogar a los testigos y le preguntaba su opinión, le diría que a ese buen hombre, al que había decidido hablar lo mínimo para que dejase de intentar apartarlo de la mala vida, lo pusiera a la derecha de san Pedro a dar la bienvenida a las personas de bien que se hubiesen ganado el derecho a cruzar esa puerta, porque nunca había conocido a un religioso con mejor corazón.

81

Llegó a la casa completamente empapado y con la conciencia tranquila. Algo en su interior le decía que el mundo era mejor sin aquellos dos impostores que habían recibido demasiado tarde su merecido. El fuego del hogar de la sala estaba desatendido y la puerta de la habitación de la señora estaba entornada; era evidente que el padre Guillén le había dedicado toda la tarde a aquella mujer que los había unido entre esas cuatro paredes grisáceas.

Entró en la habitación tratando de hacer el mínimo ruido posible y se encontró al cura en su posición habitual, sentado a la derecha del lecho de paja, con la mano de la enferma entre las suyas. El religioso le dirigió una mirada interrogadora al secuaz, que se la devolvió con una afirmación que no solo le confirmaba que había cumplido con su cometido, sino que habían hecho lo correcto.

El oblato, tras tener la confirmación de que se había convertido en cómplice e instigador del asesinato de dos religiosos, apartó la mirada del matón y tragó saliva con dificultad. Se sintió mareado y le pareció que aquella habitación, en la que apenas cabía el jergón, un pequeño baúl y el escabel que había junto a la puerta, se estrechaba aún más sobre él. Era tan abominable lo que habían hecho que no era capaz de pensar con claridad sobre el tipo de hombre en el que se había convertido. En vez de conseguir llevar a Ponto por el buen camino, era el exconvicto quien lo estaba llevando a él a su terreno, ahora se daba cuenta.

Pero debía abandonar esa actitud egoísta de inmediato, dejar de pensar en sí mismo y ocuparse de la pobre mujer a la que le estaba sosteniendo la mano. La gallega había pasado buena tarde, y hasta el regreso de Ponto el padre Guillén estaba contento, porque su señora tenía una expresión de felicidad que le hacía albergar la

esperanza de que no estaría sufriendo dolor alguno y además debía de estar disfrutando con los pensamientos que recorrían su mente.

María se sentía en paz. Era como si el leve olor a leña quemada que impregnaba la estancia le confirmase que todavía seguía entre los vivos. Además, notaba cómo el aire viciado penetraba por su boca y llegaba hasta su pecho, sin llenarlo como antaño pero dándole el aliento suficiente para que su mente siguiese repasando su vida. Solo recordaba a una persona con claridad; se acordaba de su cara, su pelo y el sonido de su voz. Le gustaba pensar en ella, se trataba de Naia. Ahora sabía que siempre había estado enamorada de aquella forma de andar, de su voz aguda con el acento de esa aldea cuyo nombre no recordaba, pero que estaba muy cerca de donde ella misma había nacido. Y, sobre todo, se alegraba por haber llevado a cabo con aquella niña el acto de generosidad más grande de su vida a pesar del resentimiento que sentía hacia esa rapaza, que en vez de elegirla a ella había elegido a aquel almogávar que le robó al amor de su vida.

—No lo mires ni lo pienses más. Mañana, con la primera luz del día, echas a andar y en menos de dos jornadas estarás en esa cueva en la que deseo que seas tan feliz como esperas ser.

Recordaba vagamente las palabras que le había dicho a Naia en el último desplazamiento que hicieron juntas desde Córdoba a Toledo, una noche que acamparon al raso en el paso de Sierra Morena. No era capaz de distinguir si aquella fue la ocasión en la que luego continuó su viaje hasta Santa María de Sobrado para ver al condenado abad, pero estaba casi segura de que así era.

—Ama, lo siento mucho, de verdad —le respondió con lágrimas en los ojos la sierva—. ¿Cómo lo habéis sabido?

—A veces pensáis que no os oigo, y es cierto que bebo mucho por las noches y caigo desmayada por el efecto del alcohol, pero ahora te lo puedo decir. No todas las veces que me habéis visto desplomarme borracha lo estaba tanto.

—Ama, siempre os llevaré en mi corazón.

—Cuida a esa criatura que está creciendo en tus entrañas; a ella es a la que siempre debes llevar en tu corazón.

Su castigada mente no le permitía recordar cuántas monedas le había dado a Naia para que emprendiera su nueva singladura, pero lo que sí recordaba era la luz que irradiaba aquella mañana la cara de la rapaza al despedirse de ella para ir en busca de su felicidad. Esa imagen que nunca borró de su memoria hacía que se sintiera dichosa y libre.

Había estado tentada de ir en busca de aquella cueva de la que hablaban en sus noches de confidencias sus dos siervos, entre susurros, para comprobar si su covilheira había encontrado esa dicha que buscó alejada de ella, pero prefirió no ir y quedarse con la duda. En el fondo no estaba segura de que la felicidad de Naia hubiera conseguido hacerla feliz a ella. Lo que sí tenía claro era que Gervasio estaría con la rapaza. No pudo evitar traicionarlo en Murcia, estaba loca de amor y de celos, y fue incapaz de contenerse, pero estaba segura de que el almogávar habría escapado de aquella mazmorra a la que lo habían condenado.

Epílogo

Cementerio del convento de Sobrado,
otoño de 1267

La lluvia fina seguía cayendo impenitente sobre el cementerio en aquella noche brumosa en la que la niebla iba y venía. El concejo, más que una extensión de tierra, empezaba a parecer una ciénaga. Los habitantes de la zona estaban más que acostumbrados a ver llover y soportar semanas sin noticias del sol, pero incluso para aquellas gentes la incesante lluvia y la acumulación de días grises estaban empezando a resultar enfermizas. El cementerio, así como todo el compás del cenobio, se había convertido en un lodazal en el que los huertos, aunque parase de llover ese mismo día, tardarían al menos dos semanas en estar aptos para el trabajo.

En el interior del convento los hermanos no habían tardado ni un día en asegurar en los corrillos que se formaban a espaldas del cillerero y el herbolario que lo sucedido era parte de una maldición que se había cernido sobre la congregación y que acabaría con todos ellos. El padre Esteban, que de facto era el responsable de la institución religiosa en aquel momento, sabía que, hasta que no se aclarase lo sucedido, sería imposible acabar con las suspicacias. Sin embargo, no estaba seguro de que a nadie en las altas esferas de la diócesis le interesara que se supiese en realidad lo que había ocurrido, por lo que era posible que nunca llegara a saberse.

Por su parte, el padre Guillén y Ponto, tras llegar hasta el cementerio portando el cuerpo de la Balteira en un ataúd de pino, se mantuvieron en un discreto segundo plano. Mientras los apesadumbrados monjes despedían a sus hermanos, el religioso se unió a los rezos de los cistercienses que pedían por el alma de sus compañeros. Ponto optó por refugiarse de la lluvia bajo el capuchón

de su capa, ajeno a las plegarias. La noche seguía cerrada sobre el compás de Sobrado y apenas se vislumbraban unos bultos en el interior del cementerio. Los hábitos blancos de los cistercienses casi no se distinguían entre la bruma, pero sus plegarias se oían con nitidez a pesar del tono apesadumbrado.

Las letanías continuaron con su cadencia monocorde durante largo rato hasta que la campanita que hizo sonar uno de los hermanos detuvo abruptamente el ruego. La proximidad del siguiente rezo, el de prima, obligaba a los religiosos a acudir al templo. La regla cisterciense era muy estricta, así que se dieron por concluidos los salmos y la procesión de túnicas blancas empapadas comenzó a discurrir con paso rápido en dirección a la capilla.

Una vez que el grueso de los hermanos abandonó el cementerio en dirección a la iglesia, los recién llegados se quedaron allí con la única compañía del hermano Esteban, que se acercó hasta ellos como representante de la congregación.

—Buenos días. ¿Qué se os ofrece en esta madrugada tan triste?

—Buenos días, hermano. Os acompaño en el sentimiento.

—Muchas gracias, os acompaño yo también —dijo el oblato mirando hacia el ataúd que había sobre el remolque del carro.

—Veo dos túmulos —dijo el padre Guillén señalando con la mirada en dirección al cementerio—, ¿son dos religiosos los que han fallecido?

—Por desgracia sí, hermano.

El padre Guillén agachó la cabeza en señal de respeto, se persignó y miró hacia los túmulos antes de girarse de nuevo hacia el cisterciense y continuar con lo que lo había llevado hasta allí.

Sacó de la faltriquera de su hábito, con sumo cuidado, para que se mojase lo menos posible, un documento firmado por el antiguo abad de la congregación. En ese documento se autorizaba la sepultura del cuerpo de María Pérez, cuyo cadáver llevaban embalsamado en el ataúd, en el cementerio en el que se hallaban. Le alargó la esquela con el sello de Sobrado al representante del convento y este lo tomó y lo leyó con atención ayudándose con la luz de la lámpara.

A continuación le mostró otra esquela, esa sellada por el rey Fernando III en Burgos. El padre Esteban acercó un poco más la

lámpara, admirado ante el sello real, y leyó con atención el documento.

Cuando terminó con el documento se lo devolvió al religioso. Solo entonces reparó en su cara: le resultaba conocida, lo había visto en los oficios de la parroquia del pueblo y se habían intercambiado saludos a la salida del oficio. Se encontraba ante un hombre con buenas intenciones, su instinto no le había fallado nunca, y nada le habría gustado más en el mundo que contar para el convento con un religioso como ese que estaba allí frente a él, completamente empapado, cumpliendo con las últimas voluntades de una mujer que había puesto su alma en manos de ese servidor de Dios.

—¿Es María Pérez la mujer que transportáis en esa caja? —preguntó el padre Esteban.

—En efecto, ella es. Murió hace dos días en gracia con Dios.

—Aguardad aquí, que de inmediato os mandaré a dos mozos para que le caven una fosa en aquella zona —dijo señalando con la manga empapada hacia la parte de la derecha del cementerio—. ¿Traéis una lápida o avisamos al cantero?

—La traemos con nosotros.

Ponto se acercó hasta ellos y mostró al padre Esteban la piedra con el nombre de su señora tallado: «María Pérez LA BALTEIRA».

Nota del autor

La Edad Media fue una época muy convulsa en la que las guerras se sucedían de continuo, en especial desde la primavera hasta el otoño. En invierno las nevadas, las lluvias y los hielos, que convertían en impracticables muchos de los caminos, detenían el avance de las mesnadas que se batían sin descanso en la península Ibérica. Por tanto, la guerra se convirtió en una forma de vida en aquel tiempo en el que los periodos de paz eran prácticamente inexistentes.

Junto a las numerosas mesnadas que abundaban en Hispania viajaban incontables profesionales de todos los oficios que se ganaban la vida alrededor de las tropas. En los asentamientos de lona que plantaban los ejércitos en los asedios o en las avanzadas se generaba un segundo asentamiento que iba ganando en tamaño conforme transcurría el tiempo y se iban incorporando oficios a la ciudad satélite de las huestes.

Entre los oficios que seguían a las tropas podíamos encontrar los mismos que ofrecería cualquier medina bien surtida: buhoneros, armeros, herreros, sastres, curanderos, carpinteros, mercenarios que esperaban poder reforzar las mesnadas a cambio de un buen dinero y hasta nigromantes.

De cada oficio podía haber un buen número de integrantes, que acostumbraban a colocar sus tiendas junto a los mercaderes del mismo ramo, por lo que incluso se originaba una pequeña organización por gremios.

También era frecuente que un grupo de judíos acompañase a los ejércitos tanto para asistir financieramente a los comandantes militares como para recibir tras la campaña los pagos en especie que se hubiesen concretado, pagos que en ocasiones podían ser todo un territorio. En esas ciudades ambulantes que seguían a los ejércitos podíamos ver reflejada la realidad de la sociedad, ya que dando

servicio a una mesnada cristiana había tanto judíos como musulmanes, por poner un ejemplo. Esto significaba que las guerras servían a los intereses de los poderosos mientras el pueblo solo aspiraba a conseguir algo que echarse a la boca sin poder participar de las cuitas de los reyes y los nobles, que vivían una realidad ajena a la de sus vasallos. Y estos mercaderes ambulantes, en su afán por sobrevivir, no distinguían la religión del ejército al que daban servicio, eso era algo que el hambre no les permitía.

Los integrantes de las mesnadas pasaban largos periodos fuera de sus casas, alejados de sus familias y acompañados únicamente por otros soldados, por lo que era muy frecuente que sobrellevaran las noches entre batallas bebiendo, cantando, apostando y en muchas ocasiones batiéndose con otros soldados. Ese tipo de noches solían estar amenizadas por trovadores, poetas y contadores de chistes que subían a las tablas para hacer reír a la soldadesca. Pero sobre todo eran las soldaderas las estrellas de esas veladas.

Las soldaderas recitaban poesías, cantaban y tocaban instrumentos a cambio de una soldada, de ahí su nombre. En el siglo XIII, si tenemos que hablar de una soldadera que brilló por encima de todas las demás, esa fue María la Balteira.

Era una profesión que se desarrollaba sobre todo en esas ciudades itinerantes de lona que seguían a los ejércitos, aunque también podíamos encontrarnos a alguna de estas soldaderas actuando en la corte, que sin embargo no era su hábitat natural. De hecho, las soldaderas que actuaban en los castillos de los nobles y las dependencias reales solían hacerlo durante el invierno, pues el resto del año nobles y caballeros abandonaban a sus familias para atender las campañas bélicas.

Tras analizar el carácter eminentemente bélico de la Edad Media podemos entender que este oficio no era ni ocasional ni discontinuo, sino que estas artistas encargadas de proporcionar distracción y solaz a las tropas apenas tenían descanso. La guerra se convirtió en una forma de vida en la península Ibérica durante siglos en los que generaciones de hombres y mujeres que la habitaron en aquel tiempo no conocieron otra existencia.

María Pérez la Balteira era natural de Armea. Desconocemos cuándo nació con exactitud, pero sí que hay una gran certeza de que murió después de 1267. Esta gallega fue otra de las grandes mujeres que vivieron en la Edad Media en España. Era noble de cuna y, por tanto, tuvo una ventaja evidente sobre la inmensa mayoría de las personas que vivieron en aquellos años, contó con profesores que la enseñaron a leer y a escribir.

Desde pequeña tuvo mucha personalidad y un carácter rebelde, algo que compartían casi todas las mujeres de la época que resaltaron sobre las demás. Desafió los retrógrados parámetros patriarcales de entonces para arriesgarse a pasar una vida de hambre y miseria a fin de no convertirse en otra noble señora, dependiente de un marido al que tuviese que esperar en casa criando a su prole mientras este se ocupaba de los intereses de la familia.

Salió a los caminos siendo una niña y se refugió entre trovadores y artistas callejeros, a los que se unió gracias a su habilidad para el baile. Los artistas ambulantes no alimentarían a una niña por caridad, ya que no eran precisamente gentes con posibles, por lo que el hecho de que consiguiera unirse a estas caravanas nos sirve para constatar que se trataba de una bailarina precoz capaz de ganarse el sustento con su arte desde antes de los diez años.

Con el paso del tiempo la joven artista comenzó a destacar en el canto y la poesía. De hecho sufrió claramente la discriminación habitual en la época por razón de su género y se opacó, como les ocurrió a tantas artistas mujeres, su gran talento. Pero a pesar de esto hemos podido conocer que la gallega fue una virtuosa con la viola y el laúd, y una afilada compositora de cantigas de escarnio, tres de las cuales han llegado hasta nuestros días.

La mala vida y las malas compañías fueron parte de su existencia. Se la acusó de infinidad de cosas, pero no fue ninguna de ellas, pues, a pesar de no ser mujer recatada, nunca se demostró que se ganase la vida ni con la prostitución ni con la nigromancia, hecho que sin duda habría salido a colación en alguna de las diez cantigas de escarnio que se conservan de cuantas le dedicaron otros trovadores.

Era habitual de las timbas de cartas y de dados, donde su habilidad y probablemente sus malas artes le permitían desplumar un día tras otro a los soldados de las mesnadas castellanas y aragonesas. Fue también una gran tiradora de ballesta y era habitual que apostara con los más afinados soldados, a los que solía batir.

Dejó tras de sí fama también de deslenguada y malhablada, bebedora y mala perdedora. Sus improperios se oían a distancia cuando una noche se le torcía.

Pero por encima de todo la Balteira fue famosa por frecuentar las cortes del rey Fernando III y después la de su hijo, el rey Alfonso X el Sabio. Con el rey sabio tuvo una gran conexión y gracias a las famosas cantigas de escarnio conocemos más en profundidad el personaje que fue María Pérez la Balteira.

Esta fascinante mujer, a pesar de lo que pueda parecer, era una persona temerosa de Dios y consciente durante toda su vida de la deuda que iba contrayendo a cada paso que daba con los preceptos de la fe. Por eso decidió emprender una peregrinación a Tierra Santa en busca de la reconciliación con el Altísimo. Y no contenta con eso se hizo acompañar los últimos meses de su vida por un cura para asegurarse de morir en gracia con Dios.

Mientras ejerció su profesión fue capaz de seducir con su arte y su cuerpo agraciado tanto a cristianos como a musulmanes, y precisamente por eso el infante Alfonso comenzó a utilizarla, antes incluso de recoger el cetro castellano de su padre, como espía, para que le facilitase información de las defensas de las ciudades e incluso para acordar reuniones en busca de acuerdos de sumisión de algunas plazas al reino de Castilla.

Fue en la frontera de al-Ándalus donde trabajó con más asiduidad para el joven príncipe, con el que tenía una relación tan próxima que enervaba a sus más cercanos consejeros, además de proporcionarle a Juana de Ponthieu, segunda esposa de su padre, argumentos sólidos para desacreditar al joven príncipe. Lo acusaba de alternar con nigromantes y mujeres musulmanas como forma de llevar a cabo sus provechosos acuerdos con las taifas en al-Ándalus.

En cuanto a Alfonso X el Sabio (Toledo 1221-Sevilla 1284), poco se puede añadir a los ríos de tinta que se han escrito sobre este rey,

cuya aportación a la cultura siempre recordaremos, y no tanto su tarea de gobierno sobre el solar que le legó su padre, Fernando III el Santo.

Su aportación a la música, los juegos de mesa, las leyes, la astronomía, la astrología y el progreso de la sociedad no ha tenido hasta el día de hoy monarca que lo iguale. Su inteligencia y sus ganas por aprender y difundir esos conocimientos lo llevaron a destinar una enorme cantidad de recursos a una serie de disciplinas que acabaron por crear una huella admirada en toda Europa.

Solo la Escuela de Traductores de Toledo, en la que se lograron traducir al latín y al castellano los conocimientos de filosofía, ciencia y medicina escritos por los grandes maestros árabes y hebreos, nos deja un legado difícil de superar.

Y a esto habría que añadir el libro de las *Siete Partidas* en el que, rodeado por los mejores juristas del momento, dejó el cuerpo legislativo que sirvió de guía al desarrollo jurídico de los siguientes siglos.

También escribió la *General Estoria*, donde dio a conocer la historia universal desde sus orígenes hasta el tiempo en el que él vivió. A ella debemos añadir *Estoria de España*, referida al reino de León. Compuso cantigas, escribió el *Libro de los juegos*, donde recogió los juegos del ajedrez, dados y tablas, contribuyendo de pleno a la historia de la cultura, y a esto debemos sumar algo tan relevante como que, a través de sus conocimientos astronómicos, aportó una gran seguridad a la navegación en mar abierto.

Como monarca, Alfonso X fue muy contestado por la nobleza de la época, que lo tachó de soberbio e intransigente, pero en el fondo esas críticas siempre estuvieron influenciadas por el marcado carácter autoritario de este rey, que fue el primero en oponerse al enorme poder de los nobles castellanos. Nos encontramos ante el primer rey que se situó por encima de todo y de todos. Su mandato provenía de Dios y por tanto era divino, circunstancia que lo situaba por encima de la nobleza y la Iglesia.

Pero si hubo algo que se le atragantó a Alfonso X, fue su lucha por el trono imperial, algo a lo que se agarraron con fuerza sus detractores para criticar su reinado, ya que el monarca derrochó

mucha energía e ingentes cantidades de dinero en una tarea que le fue esquiva y le acabó frustrando y agriando el carácter.

A esto tenemos que añadir que su primogénito, Fernando de la Cerda, murió prematuramente y la sucesión del reino se sometió a una gran tensión motivada por el enfrentamiento entre los partidarios del hijo de su primogénito, Alfonso de la Cerda, y su hijo Sancho, que finalmente reinaría con el nombre de Sancho IV.

Poco después de morir su primogénito, su hermano Fadrique conspiró para remover del trono a Alfonso X en favor de su hijo Sancho, y la refriega acabó con el ajusticiamiento de su propio hermano, el infante Fadrique.

El final del reinado de Alfonso X estuvo repleto de acontecimientos que dejaron una mancha en su legado, motivo por el que muchos historiadores han terminado hablando más de las sombras que de las luces de este rey que fue más recordado por su aportación a la ciencia, la cultura y la literatura que por su labor como monarca.

Concluyo con un último apunte que no quería dejar de lado por su trascendencia para este libro. El príncipe Alfonso era un hombre volcado en las ciencias y la cultura. De todos es conocida su afición por la astrología, los minerales, las ciencias, el derecho y los juegos, pero por encima de todas, la gran afición del joven heredero de la corona de Castilla era la música.

Y a pesar de que el infante escribía de manera habitual en latín y en el romance que se utilizaba en Castilla, para la música y la poesía el gallego era su idioma predilecto. El príncipe apenas vivió con su madre, a la que además perdió cuando todavía era un adolescente, y se crio con sus ayos en Galicia, donde aprendió su idioma casi como lengua materna.

Él escribía cantigas y poemas en esta lengua en la que se refugiaba y que sin duda era la que mejor le permitía expresar lo que sentía, y a mi entender su conexión con María la Balteira surgió precisamente por la comunicación entre dos músicos que compartían un idioma que les permitió expresarse y entenderse a la perfección. No olvidemos que el príncipe le dedicó al menos una cantiga de

escarnio a la Balteira, algo digno de mención viniendo de un heredero a la corona y siendo ella una mujer cuya reputación estuvo siempre en entredicho; este hecho sin duda nos demostró que la relación de don Alfonso con esta artista fue especial para él.

Por último, me atrevería a decir que el tiempo que vivió junto a Mayor de Guzmán en Murcia, tras la toma del reino, fue una de las épocas más felices en la vida de Alfonso X el Sabio.

Agradecimientos

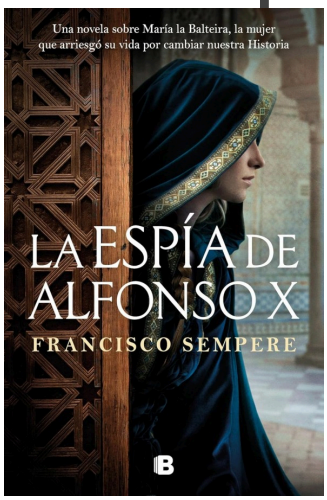
Gracias a Pablo Álvarez, por permitirme formar parte de la familia de Editabundo, y a David de Alba, David Álvarez y el resto de los integrantes de la agencia. Todos ellos han sido un gran apoyo para hacer este libro.

Quería agradecer el esfuerzo de Clara Rasero y Elena Recasens así como el de todo el equipo de Penguin Random House, que me han apoyado desde el primer momento.

Augusto y José Luis, muchas gracias por proveerme de documentación sin la que no habría podido hilar esta historia medieval.

Y, sobre todo, gracias a ti, lector.

Una tierra en guerra.
Un hombre que se convertirá en rey legendario.
Una mujer capaz de conquistar mil reinos.



Siglo XIII. La inestabilidad más allá del río Tajo ha convertido el sur de la península ibérica en un campo de batalla donde confluyen los intereses de los reinos musulmanes, enfrentados entre sí, con los de Aragón y Castilla, que hostigan sin descanso a sus habitantes en busca de la reconquista.

Con el fin de controlar las fronteras, Fernando III envía al infante Alfonso, el futuro monarca Alfonso X el Sabio, a la recién conquistada Córdoba. Será allí donde tope con una mujer cuyo carácter e inteligencia cambiarán la Historia: María la Balteira.

El infante se valdrá de esta brava y enigmática dama, que arriesgará su vida intrigando entre los arráeces y los gobernadores de las principales ciudades musulmanas de al-Ándalus. De este modo, logrará hacerse con las plazas más importantes del sur de la península en su camino hacia la conquista del reino de Murcia.

En esta novela exquisitamente documentada, el autor de *La cortesana de León* nos descubre la desconocida y envolvente figura de María la Balteira, su valentía y audacia. Capaz de

moverse entre la corte, los campos de batalla y las peligrosas medinas musulmanas, esta mujer se convirtió en una figura clave capaz de cambiar el curso de un reino y de nuestra Historia.

Francisco Sempere Sánchez (Málaga, 1972) es economista y escritor.

Comenzó su andadura como autor en el año 2012 con la publicación de algunas novelas negras como la trilogía de Pedro Iniesta formada por 36 metros bajo tierra, Planta 43 y El enigma de León. Posteriormente publicó Turbio invierno en Marbella y El delantero centro, una obra de género deportivo.

En 2021 Sempere cambió de registro literario y, atraído por su pasión por la Historia, se sumergió en el estudio del medievo español, lo que lo ha llevado a convertirse en un prolífico escritor de este género.

Después del gran éxito cosechado con sus dos primeros thrillers históricos, *La cortesana de León* (Ediciones B, 2023) y *La abadesa de Barcelona* (Ediciones B, 2024), ahora vuelve con *La espía de Alfonso X*, el relato más íntimo entre el poliédrico rey en su etapa de infante de Castilla y la soldadera María Pérez la Balteira, dos personajes fundamentales en la reconquista de al-Ándalus.



Primera edición: febrero de 2026

© 2026, Francisco Sempere
Autor representado por Editabundo Agencia Literaria, S. L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: José Luis Paniagua
Imagen de portada: José Luis Paniagua a partir de imágenes de ©Arcangel, Freepik y Unsplash

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8402-6

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La espía de Alfonso X
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66

Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Epílogo
Nota del autor
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Francisco Sempere
Créditos